

Jonathan Harker viaja a Transilvania para cerrar un negocio inmobiliario con un misterioso conde que acaba de comprar varias propiedades en Londres. Después de un viaje preñado de ominosas señales, Harker es recogido en el Paso de Borgo por un siniestro carruaje que le lleva, acunado por el canto de los lobos, a un castillo en ruinas. Tal es el inquietante principio de una novela magistral que alumbró uno de los mitos más populares y poderosos de todos los tiempos: Drácula. La fuerza del personaje —del que el cine se adueñó hasta la saciedad— ha eclipsado a lo largo de los años la calidad, la originalidad y la rareza de la obra de Bram Stoker, sin duda una de las últimas y más estremecedoras aportaciones a la literatura gótica anglosajona. Abre nuestra edición un espléndido, riguroso e iluminador prólogo del escritor Rodrigo Fresán, perfecta antesala de los salones del inmortal vampiro.



Bram Stoker

Drácula (trad. Óscar Palmer)

Valdemar: Gótica - 59

ePub r1.5

Titivillus 17.08.2020

Título original: Dracula

Bram Stoker, 1897

Traducción: Óscar Palmer Yáñez

Ilustraciones: Santiago Sequeiros

Diseño de portada: Craig LaRotonda / Revelation Studios

Nombre de portada: Ophelia's Dream

Editor digital: Titivillus

Escaneo: vampy815

ePub base r2.1



Introducción

«Los seres que llamamos vampiros existen. Algunos de nosotros tenemos pruebas irrefutables de ello». Más de un siglo después de que el profesor Van Helsing pronunciara estas palabras, el mito de Drácula sigue más vivo que nunca gracias a una capacidad preternatural para mutar que le ha llevado a convertirse en un ícono mundial de la cultura pop, adoptado por múltiples generaciones en diversas y sucesivas encarnaciones, desde el engolado exotismo de Bela Lugosi hasta la entrañable vocación pedagógica del Conde Dracu de Barrio Sésamo, pasando, cómo no, por el demoníaco Christopher Lee de la Hammer, el vampírico supervillano de la Marvel o el simpático abuelo de los Munster, por mencionar sólo unos pocos. Pero si bien la figura del nefando Conde es hoy en día ineludible gracias a medios como el teatro, el cine, la televisión, el cómic, la canción e incluso la industria de la alimentación, no es menos cierto que la novela original sigue resultando, a pesar de todo, tan fascinante como largamente desconocida. Desconocida a un nivel puramente argumental por el público en general, educado en las andanzas del vampiro transilvano a través de la pequeña y la gran pantalla, y desconocida también a un nivel más profundo por aquellos lectores que se limitan a contemplar *Drácula* como una simple novela de horror y aventuras, pasando por sus páginas con la misma ligereza con la que caminarían de puntillas por encima de una capa de hielo sin sospechar que, bajo sus pies, se extiende un lago abisal y pantanoso, repleto de secretos y de monstruos.

No deja de ser sintomático que, a pesar de los casi ciento diez años transcurridos, desde la fecha de la publicación original, y a pesar de las varias decenas de versiones acumuladas por la novela en nuestro país, hubiera que esperar hasta 1993 para encontrar en España una edición crítica anotada con un mínimo de rigor y exhaustividad, acompañada de un estudio preliminar informado (nos referimos, claro está, a la edición de Juan Antonio Molina Foix aparecida en la colección Letras universales de Ediciones Cátedra, cuyo ensayo introductorio no hemos intentado mimetizar y al que nos remitimos). Más de una década ha pasado desde entonces y, por desgracia, el ejemplo no parece haber cundido. En el mismo periodo, sin embargo, el estudio de la obra de Stoker ha experimentado notables avances en los países anglosajones, gracias a la aparición de varias ediciones críticas realmente excelentes, publicaciones como *The Journal of Dracula Studies* (cuya página web pone al alcance de cualquiera sus siempre interesantes artículos), reveladoras recopilaciones de ensayos, como las editadas por Elizabeth Miller, e incluso una nueva biografía de Bram Stoker a cargo de Barbara Belford. Parecía necesaria, por lo tanto, una nueva edición en castellano que acercara la novela a este nuevo contexto, tapara ciertos agujeros y, a ser posible, abriera otros nuevos, pues nuestro mayor deseo sería, desde luego, que no fuera la última.

Sobre esta edición

La pasión de Bram Stoker por el juego idiomático alcanza su paroxismo en *Drácula*, obra en la que, aprovechando la libertad formal del inglés, transcribe fonéticamente no menos de media docena de acentos distintos, por lo que cualquier intento de trasladar tal cual al castellano el dialecto marinero de Yorkshire utilizado por el señor Swales, el habla ruda y torpe de los varios transportistas que se cruzan en el camino de Jonathan Harker o el constante galimatías mediante el que se expresa el profesor Van Helsing, parece predestinado al absurdo. No obstante, he intentado mantener, en la medida de lo posible, el juego planteado por Stoker, adoptando ciertos manierismos identificativos de cada personaje. El profesor Van Helsing, por ejemplo, suele hablar correctamente cuando su voz es transmitida por el doctor Seward, pero comete errores en los tiempos verbales cuando la transcripción corre a cargo de Mina Harker; cuando redacta sus propios textos, prescinde directamente de varias reglas sintácticas y se expresa sobre todo en presente. Drácula, por su parte, se expresa con suma corrección, pero tiende a construir sus frases con mayor aparatosidad que el resto de los personajes. Los modismos americanos de Quincey Morris han encontrado su equivalente en un uso informal de la palabra, algo que también he utilizado, aumentando el número de formas coloquiales en los personajes de extracción social baja, como los transportistas o el guarda del zoo.

Otro de los principales retos a la hora de preparar esta edición ha sido, sin duda, la variedad y el alcance de los conocimientos manejados por Stoker. Las magníficas ediciones críticas de Nina Auerbach, David J. Skal, Maurice Hindle y John Paul Riquelme —para Norton, Penguin y Bedford/St. Martin's respectivamente— me han sido de gran ayuda a la hora de identificar muchas de sus múltiples referencias literarias, religiosas, filosóficas y científicas. En cuanto a las referencias bíblicas, me he guiado por la traducción dirigida por José Angel Ubieta López para la edición de 1998 de la *Biblia de Jerusalén*, publicada por Editorial Desclée de Brouwer. Así mismo, y en lo que a las múltiples citas de Shakespeare se refiere, me han resultado particularmente útiles tanto la edición bilingüe de *Hamlet* del Instituto Shakespeare, dirigida por Manuel Ángel Conejero Dionís-Bayer y editada por Cátedra, como las *Obras Completas* editadas por Aguilar con traducción de Luis Astrana Marín. Agradezco a José Luis González y Kika Carmona su aportación de documentos gráficos y literarios.

Óscar Palmer

Mayo 2005

Prólogo

Bram Stoker necesitaba unas vacaciones. La década de los ochenta había sido de todo menos tranquila, y su trabajo como gerente del teatro Lyceum y secretario personal de Henry Irving, el más célebre actor de la época, consumía la mayor parte de su tiempo. Stoker no sólo había supervisado minuciosamente varios de los montajes teatrales más espectaculares de la escena británica, como *Hamlet*, *El mercader de Venecia*, *Macbeth* y un mastodóntico *Fausto*, sino que además se había encargado de organizar tres complejas, prolongadas y agotadoras giras por Norteamérica y Canadá. En cualquier caso, no podía quejarse. Durante toda su vida el teatro había sido su gran pasión, admiraba a Irving, con una adoración incondicional reservada a los genios del Parnaso, y su posición como segundo al mando de una de las entidades culturales referenciales de la Inglaterra victoriana le había puesto en contacto directo con los más variados y distinguidos caballeros de las ciencias, las artes, la política y la investigación; del primer ministro William Gladstone al Príncipe Eduardo, de *sir* Richard Burton a Ármín Vámbéry, de Conan Doyle a Mark Twain, de George Bernard Shaw a lord Tennyson. Además, sus repetidos viajes a Estados Unidos le habían dado la oportunidad de cumplir uno de sus sueños de juventud: conocer personalmente a su mayor ídolo literario, el poeta norteamericano Walt Whitman.

Sin embargo, la relación con Irving nunca llegó a ser enteramente satisfactoria. En palabras del escritor Horace Wyndham: «[Irving] se rodeó de una horda de parásitos avariciosos de tercera fila. [Stoker] tenía más cerebro que todos ellos juntos y odiaba verles. Si él no hubiera estado en el puente de mando, el barco del Lyceum habría naufragado mucho antes de lo que lo hizo». Pero mantener firme el timón le creó más de un conflicto con el despótico Irving, más preocupado por su ego que por la buena marcha de la empresa. Aquellos que le conocieron bien —entre ellos su primera dama del Lyceum y amante ocasional, Ellen Terry—, afirman que el actor sólo mantuvo un vínculo afectivo profundo y prolongado con sus terriers, a los que adoraba. Es fácil imaginar, pues, la frustración de su *manager*, cuya amistad y admiración jamás encontraron una correspondencia adecuada.

Por otra parte, inmerso en sus deberes diarios, Stoker apenas tuvo tiempo para practicar su otra gran pasión: la literatura. En toda la década, sólo consiguió completar un libro de cuentos infantiles, escrito con su hijo en mente, y una novela que aún no había visto la luz, pero que publicaría en breve. Es cierto que algunos relatos suyos habían ido apareciendo en varias publicaciones, y que incluso había editado un librito, *A Glimpse of America*, muy bien recibido por la crítica, con el texto de una conferencia acerca de Estados Unidos que había pronunciado en 1885. Pero ahora todo estaba a punto de cambiar. Esta

vez tenía un proyecto realmente interesante... un proyecto que podría, quizá, ganar definitivamente el respeto de Irving, no sólo como el excelente gerente, contable y crítico que era, sino como creador. Un proyecto en el que iba a poder abordar algunos de sus más profundos sentimientos y lidiar con algunos de sus fantasmas más personales. Un proyecto, al fin y al cabo, imposible de liquidar aprovechando un par de tiempos muertos, como hacía con los cuentos y encargos periodísticos. Sencillamente imposible. Hasta entonces se había limitado a jugar con él, dándole vueltas en la cabeza, planificando una estructura. Finalmente, el 8 de marzo de 1890, se animó a dar el paso definitivo y plasmó algunas de sus ideas sobre el papel. Seis días más tarde había completado un esquema sorprendentemente definitivo, dividiendo la novela en cuatro libros —que tituló *De Estiria a Londres, Tragedia, Descubrimiento y Castigo*—, compuestos a su vez de siete capítulos cada uno. Había llegado incluso a describir mediante breves apuntes lo que debía ocurrir en cada uno de ellos. El capítulo I del primer libro, por ejemplo, recogería «Las cartas de los abogados», mediante las que presentaría a algunos de sus personajes. El capítulo II estaría dedicado a la «Visita a Estiria» de un notario británico. El tercero describiría tres acontecimientos: «El viaje — los lobos — la llama azul». El cuarto narraría la «Llegada al castillo». Y en el quinto... en el quinto iba a demostrar que su villano, el Conde Wampyr, podía ser tan turbador, calculador y diabólico como el Shylock o el Mefistófeles encarnados por Irving. De hecho, prácticamente estaba creando un personaje cortado a la medida del gran histrión. Casi podía imaginarle, surgiendo de entre las sombras con los ojos llameantes, rodeado de una tormenta de furia eléctrica creada con alguno de los ingeniosos efectos especiales característicos del Lyceum, rechazando a las tres voraces vampiras dispuestas a besar hasta la extenuación a un semiinconsciente Jonathan Harker. Era una escena brillante. Y no era la única. Esta nueva novela, que probablemente titulara *The Un-Dead (El no-muerto)*, tenía un gran potencial dramático. Una adaptación teatral de la misma, a cargo de la compañía del Lyceum, podría dejar a la altura del betún a las numerosas obras de temática vampírica que tan populares habían demostrado ser durante todo el siglo XIX, desde la publicación de *El vampiro*, de Polidori, en 1819. Lord Ruthven, su refinado y aristocrático chupasangres, había conquistado la imaginación de los lectores y había servido de base para obras como *lord Ruthven et les vampires* (1820), de Charles Nodier y Cyprien Berard; *Le vampire* (1820), de Nodier en solitario; *The Vampire, or the Bride of the Isles* (1820), de James Robinson Planché; *Le Vampire, drama fantastique*, de Alejandro Dumas padre (1851); o *The Vampire* (1852), de Dion Boucicault. Algunas de ellas, representadas durante décadas, habían dado a conocer entre el público Victoriano tanto el personaje de lord Ruthven como las convenciones del relato vampírico. También *Varney the Vampire or The Feast of Blood*, el interminable serial de James Malcolm Rhymer publicado por entregas entre 1845 y 1847, había contado con el favor popular. Las referencias comenzaban a agolparse en la cabeza de Stoker. Sheridan Le Fanu y su *Carmilla*, Charles Robert Maturin y su *Melmoth el errabundo*, Coleridge y *La rima del anciano marinero*... Pero ¿cómo abordar un relato de vampiros en una era «científica, escéptica y positivista»? Tenía que escribir una novela gótica moderna,

en la que los ambientes medievales de Horace Walpole y Ann Radcliffe, con sus ruinosos castillos y abadías, sus mazmorras y sus pasadizos, sus mujeres virtuosas acosadas por hombres tan atractivos como peligrosos, fueran de la mano de los últimos avances de la técnica y la vida moderna. Una novela de misterio sin solución racional, en la que los métodos de investigación propios de las novelas de Wilkie Collins se aplicaran a lo sobrenatural. Una novela de aventuras científica en la que la resolución dependiera tanto de las heroicidades físicas propias de los héroes de H. Rider Haggard como del talento académico.

Desde luego, era una idea muy prometedora. Pero iba a requerir de mucho tiempo. Y de una preparación exhaustiva. Decididamente, necesitaba unas vacaciones.

* * *

Cuatro meses más tarde, en agosto de 1890, las tuvo. El trayecto de ocho horas en tren había merecido la pena. Whitby, el pequeño pueblo pesquero de la costa de Yorkshire, era tan pintoresco y acogedor como todo el mundo le había dicho. No era de extrañar que se estuviera convirtiendo en uno de los destinos turísticos predilectos de los londinenses. Aquí, Bram Stoker iba a encontrar algo más que tiempo para trabajar en su nueva novela; iba a encontrar la mayoría de los elementos que contribuirían a hacerla tan inmortal como su personaje.

Mientras su esposa, Florence, pasaba las tardes socializando en el casino, Stoker se dedicaba a charlar con los pescadores que se reunían en el cementerio de la iglesia de St. Mary, a pesar de que en ocasiones le costaba horrores entender su cerrado dialecto. Afortunadamente, mientras rebuscaba en la biblioteca pública, encontró el libro *A Glossary of Words Used in the Neighborhood of Whitby*, escrito por Francis Kildale Robinson, del que copió 164 palabras (posteriormente usaría 64 de ellas en la novela). No sería su único hallazgo.

Para entonces, la idea de ambientar su novela en Estiria había dejado de resultarle tan atractiva. En un principio le había parecido lo más lógico. Después de todo, Le Fanu había situado allí su *Carmilla*. Sin embargo, cuanto más investigaba, más atractiva le resultaba la idea de convertir a su Conde Wampyr en ciudadano de Transilvania, sobre todo después de haber leído todo lo referente a sus fascinantes supersticiones en el libro *The Land Beyond The Forest: Facts, Figures and Fancies from Transylvania*, de Emily Gerard, una escritora inglesa que había residido dos años en la región. Quizá fuera ése el motivo por el que, en una de sus visitas a la biblioteca de Whitby, decidiera consultar un añejo volumen, de aspecto árido y farragoso, escrito por un antiguo cónsul británico en Bucarest y titulado *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia*. Meticuloso como de costumbre, copió una serie de datos que posteriormente mecanografiaría y pegaría en su cuaderno de notas. Un nombre en particular había llamado su atención. Intrigado, volvió a repasar la lista de personajes que había redactado en marzo. «Doctor de manicomio, Seward. Joven prometida con él, Lucy

Westenra, compañera de estudios de Mina Murray. Un paciente loco. Un abogado, Abraham Aronson. Su pasante, Jonathan Harker. Un detective. Un investigador psíquico. Un pintor. Un tejano. El Conde - Conde Wampyr». ¿Realmente iba a llamarle Wampyr? Empezaba a dudar de que fuera buena idea. ¿Por qué no probar con el nombre que acababa de encontrar? Después de todo, según afirmaba el libro, era una palabra en idioma valaco para designar al Diablo. Seguía teniendo connotaciones malignas, pero era infinitamente más sutil y sonoro: Drácula. Conde Drácula. Stoker tachó Wampyr y lo sustituyó por su nuevo hallazgo. Ciertamente, sonaba bien. A continuación, lo escribió dos veces más, una a cada lado de las palabras *Historiae Persona*, que encabezaban el folio. Por último, volvió a escribirlo en la esquina superior izquierda, subrayándolo, como para asegurarse. Sin duda, había encontrado lo que estaba buscando.

Poco a poco, las piezas del *puzzle* estaban encajando. Una conversación con un guardacostas le puso sobre la pista del espectacular naufragio de una goleta rusa, la *Dimitri*, de Narva, que había encallado en el malecón de Tate Hill. Recurriendo una vez más a la biblioteca, encontró el ejemplar de la *Whitby Gazette* correspondiente al incidente y leyó la siguiente descripción, que incorporaría de modo muy similar a la novela: «Los malecones y acantilados estaban abarrotados de espectadores nerviosos, cuando la goleta, todavía a un par de cientos de yardas del puerto, fue golpeada con violencia por las olas. Aun así, consiguió alcanzar la seguridad de las aguas tranquilas. Los espectadores amontonados en el malecón lanzaron un grito de alegría al verla entrar a salvo». Una foto del reputado Frank Meadow Sutcliffe, vecino de Whitby, daba cuenta del estado en el que había quedado la goleta.

Mientras Stoker se afanaba recopilando documentación, otro escritor, el también ilustrador y veterano humorista del semanario *Punch* George Du Marier, aprovechaba su estancia vacacional en Whitby para darle vueltas a la que iba a ser su nueva novela: *Trilby* (Finalmente publicada en 1894). Resulta tentador imaginarse a ambos autores compartiendo un puro y una copa de oporto en la terraza del casino, discutiendo sus respectivos proyectos, pues es innegable que ambas novelas comparten varias similitudes. También Du Maurier había imaginado un memorable villano venido de Oriente: Svengali, el demoníaco hipnotista que consume la vida de la inocente Trilby mediante sus poderes mesméricos. Además de ser cortejada por tres pretendientes —Taffy, Sandee y el pequeño Billy—, Trilby lleva una vida dual completamente dependiente de la influencia de Svengali, que la convierte mediante hipnosis en una primorosa cantante de celebrada fama y fortuna, a pesar de que en estado normal ni siquiera sepa cantar. Drácula no sólo comparte los poderes hipnóticos de Svengali, sino también varios rasgos físicos, como la nariz ganchuda, las cejas espesas y la frente abombada. Así mismo, Lucy, su víctima, igualmente cortejada por tres amigos, cambia radicalmente cada vez que se encuentra bajo su influjo.

Fuese como fuese, Stoker había llegado a Whitby armado de una sólida estructura argumental para su novela. En apenas un par de semanas había conseguido reunir suficiente documentación como para ir revistiéndola mediante la inclusión de varios incidentes memorables y un villano de nombre cautivador. Sin embargo, aún tendrían que pasar más de seis años para que pudiera poner el punto final a la que habría de ser la obra de su vida.

* * *

Que Stoker no consideraba *Drácula* como una más entre sus novelas resulta evidente al comprobar la cantidad de tiempo y esfuerzo obsesivo que invirtió en ella. Entre 1890 y 1897, año definitivo de su publicación, siguió haciendo frente a sus responsabilidades en el Lyceum, organizó otras dos giras por Norteamérica, escribió varios cuentos e incluso tres novelas, aprovechando generalmente sus periodos vacacionales. Sin embargo, en ningún momento apresuró la redacción de *Drácula*, dejando que fuera madurando apropiadamente y retocando una y otra vez decenas de pequeños detalles. A pesar de que ya en 1892 se había decantado definitivamente por un esquema muy similar al que aparece en la versión final de la novela, apuntando en un calendario todos los acontecimientos que deberían suceder a cada personaje a lo largo del año 1893, sus últimas notas son del 17 de marzo de 1896, lo que indica que siguió trabajando, puliendo e investigando hasta el último momento.

Stoker escribió *Drácula* a máquina basándose directamente en sus notas, o bien contrató a alguien para que mecanografiara una desaparecida primera versión manuscrita. El documento final estaba compuesto de 530 folios. Muchos de ellos no eran sino hojas en blanco sobre las que el autor había pegado párrafos recortados de otros folios, unidos entre sí mediante frases añadidas a mano. De hecho, prácticamente todas las páginas muestran abundantes revisiones. En algunos casos denotan su indecisión respecto a ciertos elementos de la novela. Por ejemplo, se aprecian varios huecos en blanco en los lugares en los que tendría que haber aparecido el nombre de Renfield, que fue añadido posteriormente a mano. En otras ocasiones, sencillamente se le identifica como *flyman* u hombre de las moscas. Lo mismo pasa con otros nombres y localizaciones, como lord Godalming, Arthur Holmwood, Swales o Carfax, así como con las fechas del diario de a bordo de la *Demeter*. Además de las correcciones de Stoker, el documento contiene varias notas al margen en los pasajes de las diversas transfusiones y de la trepanación de Renfield, hechas probablemente por sir William Thornley Stoker, el hermano mayor de Bram y uno de los cirujanos más respetados de Gran Bretaña. Por último, también pueden apreciarse varias correcciones pertenecientes a una tercera mano, probablemente la de algún editor de Constable, ya que se ocupan principalmente de corregir la puntuación y, ocasionalmente, de sustituir alguna palabra.

El 18 de mayo de 1897, ocho días antes de la fecha de publicación de *Drácula*, Stoker organizó una maratoniana lectura dramática del texto

en el Lyceum para asegurarse el *copyright* de la versión teatral de su obra, recurriendo a varios actores profesionales de la *troupe* de Henry Irving. Sin embargo, cualquier esperanza que pudiera tener de ver algún día al gran actor declamando su texto, se desvaneció cuando, según cuenta la leyenda, éste abandonó el teatro a mitad de la improvisada representación exclamando a voz en grito: «¡Qué espanto!». Y, sin embargo, el instinto de Stoker era acertado. *Drácula* acabaría, eventualmente, cosechando un éxito rotundo en los escenarios teatrales y, por extensión, en los cines, ya que las películas protagonizadas por el Conde transilvano casi siempre se han basado más en las adaptaciones dramáticas que en la novela original. Sin embargo, ni él ni Irving llegarían a verlo.

En 1899 Stoker supervisó la publicación de la primera edición americana de *Drácula*, en la que se introdujeron algunos ligeros cambios. Finalmente, en 1901, recortó varios pasajes para una edición económica en tapa blanda, editada también por Constable, despidiéndose así de una obra que, de un modo u otro, le había estado acompañando durante más de una década. A partir de entonces y hasta el día de su muerte, acaecida el 20 de abril de 1912, Stoker siguió cobrando unos modestos *royalties* por las sucesivas reimpresiones de su novela, ya entonces considerada por todos como la más importante de sus obras. Nada, sin embargo, podría haberle hecho sospechar el fenómeno en el que se iba a convertir con el paso del tiempo.

* * *

En el mejor de los casos, los críticos contemporáneos de Stoker nunca vieron en *Drácula* nada más allá de una buena y escalofriante historia de terror. O, si lo vieron, no lo indicaron. Habría que esperar a los años setenta para que todo un nuevo movimiento crítico dedicara su atención a la novela, atraído por su capacidad de sugerencia y las —literalmente— decenas de posibles lecturas ocultas en diferentes estratos de la narración. Tal y como apunta David J. Skal en su libro *Hollywood Gothic*: «*Drácula* es un libro radicalmente distinto a principios del siglo XXI que en 1897; aunque el texto no ha sido alterado, el contexto se ha transformado —y transformado sustancialmente—. [...] Con toda probabilidad [Stoker] únicamente consideraba su libro un entretenimiento, un *thriller* apasionante. Los críticos serios de Stoker coinciden casi unánimemente en su conclusión de que *Drácula* fue en parte el producto de influencias inconscientes, y no un trabajo completamente controlado. La voluminosa correspondencia de Stoker en nombre de Henry Irving (afirmó haber escrito no menos de cincuenta cartas al día, y cerca de medio millón en los 26 años que estuvo a su servicio), así como su prolífica producción narrativa, sugieren que era capaz de producir prosa con una facilidad próxima a la escritura automática. [...] *Drácula* ha llegado a ser considerado por muchos como una fascinante piedra Rosetta de los aspectos más oscuros de la psique victoriana y, de hecho, cumple esa función admirablemente, tal y como atestiguan cientos de artículos y estudios académicos».

Efectivamente, *Drácula* contiene suficientes elementos como para sostener las más variadas lecturas, muchas de ellas enfrentadas entre sí. El teórico Franco Moretti, por ejemplo, desarrolló en un interesantísimo artículo una interpretación marxista de la novela, argumentando que lo que en realidad narraba era el enfrentamiento entre un grupo de profesionales liberales de la burguesía británica y un monopolista surgido del medievo. Según Moretti, *Drácula* no es sino un arquetípico acumulador de capital que necesita expandirse en un crecimiento continuo, lo que representaría una auténtica amenaza en el liberalismo económico de la Inglaterra victoriana. El tema de la novela sería, en este caso, un uso moral del dinero frente a la acumulación monopolista incapaz de crear riqueza («¡Cuánto puede llegar a conseguir cuando se usa adecuadamente; y cuánto mal podría provocar utilizado de manera indigna!», exclama Mina Harker refiriéndose al poder del dinero). Para Stephen D. Arata, sin embargo, la clave reside en el temor Victoriano ante la oleada de emigración experimentada por Londres en la segunda mitad del siglo XIX, una suerte de colonización inversa en la que el gran Imperio Británico es invadido por fuerzas exteriores que socavan sus valores desde dentro. En realidad, hay tantos elementos para acusar a Stoker de haber escrito una novela sumamente misógina (la sexualidad de la mujer debe ser reprimida y controlada, o contrarrestada con actos de merecida violencia) como para reconocerle su militancia a favor de una mayor independencia de la mujer (de hecho, Lucy, perfecta y descerebrada representante de los valores tradicionales de la mujer victoriana, fallece a manos de *Drácula*, mientras que Mina, joven profesional y trabajadora, es instrumental para asegurar su propia salvación, a pesar de la manifiesta inutilidad de los hombres que la acompañan). De igual modo, *Drácula* puede ser tanto una fantasía adolescente de damiselas en peligro que necesitan ser rescatadas como la aventura iniciática de unos hombres desorientados en pos de su masculinidad. Allí donde teóricos como Phyllis A. Roth ven un evidente complejo de Edipo (después de todo, cinco son los hombres que acuden al rescate de Mina y cinco eran los hermanos que tenían que competir con su padre por los afectos de Charlotte Stoker), otros como Christopher Craft ven una no menos evidente insatisfacción sexual (motivada por la aparente frigidez de la esposa de Bram) claramente reflejada en una inversión de los roles sexuales Victorianos. ¿Es *Drácula* una parábola cristiana sobre la lucha entre el bien y el mal, o quizá una parodia del catolicismo siguiendo la misma línea de humor grotesco mostrado por Stoker —quien, después de todo, era protestante— en otros escritos como «Los dualistas» o «La squaw»? ¿Son los sangrantes labios de las vampiras imágenes menstruales? ¿Son acaso sus bocas trasuntos de la temida *vagina dentatda*? ¿Son sus escenas de horror una clara muestra del temor de Stoker por la castración, o son por el contrario una metáfora sobre la sífilis, plaga que por cierto se manifiesta mediante llagas circulares de borde rojizo? ¿Hasta dónde llega la lectura homoerótica de *Drácula*? ¿Es un reflejo sublimado del amor no correspondido de Stoker por Henry Irving? ¿O es, como indica Barbara Belford, un ajuste de cuentas metafórico con Oscar Wilde — amigo personal de Stoker y antiguo pretendiente de su esposa, a la que siguió visitando regularmente—, movido por «el impulso psicológico

llamado troilismo, en el que el deseo homosexual por alguien es expresado queriendo compartir a su compañera», tal y como hace el ambiguo Conde al intercambiar fluidos con Mina junto a su dormido marido?

Como bien indica Skal: «*Drácula* es uno de los textos más obsesionantes de la historia de la literatura. Un auténtico agujero negro de la imaginación. [...] La conclusión ineludible es que Bram Stoker, trabajando de un modo fundamentalmente intuitivo, pero sin duda impulsado por más de un par de demonios personales, localizó un pozo de motivos arquetípicos tan profundo y persistente que puede adaptarse a la forma de casi cualquier continente crítico».

Qué era lo que quería transmitir realmente Stoker —al margen de hacer pasar un buen o mal rato a sus lectores—, seguirá siendo motivo de debate tanto tiempo como la novela siga siendo motivo de estudio. Parecería algo precipitado, en cualquier caso, atribuir tan amplio abanico de lecturas e interpretaciones al inconsciente, como si el escritor fuera un médium a través del cual nos hubieran alcanzado los temores y contradicciones de la era victoriana. Después de todo, Stoker fue durante toda su vida un amante de los enigmas. Uno de sus libros favoritos, de pequeño, era un volumen en el que se enumeraban los diferentes sistemas cifrados mediante los que los espías hacían llegar sus mensajes. La misma dedicatoria de *Drácula* está escrita en código, y en sus páginas se suceden anagramas, claves y otros enmascaramientos. Incluso los nombres de sus personajes ocultan, en varios casos, información de lo más reveladora. El origen etimológico de Lucy Westenra, por ejemplo, tiene el significado de «luz del oeste», algo que la relaciona desde un primer momento con Lucifer, el ángel caído, a cuyo abrazo está destinada. También el señor Swales tiene su destino grabado a fuego en el nombre; el verbo *swale*, en el dialecto de Yorkshire, quiere decir «consumirse, apagarse como una vela ante una corriente de aire».

Cuando, un año después de la publicación de su novela, Stoker tuvo que redactar unas notas autobiográficas para su inclusión en el *Who's Who*, indicó que sus pasatiempos eran «más o menos los mismos que los de los otros hijos de Adán», algo que algunos críticos faltos de ideas se han apresurado a teñir de connotaciones cainitas, cuando en realidad se estaba refiriendo al poema «Hijos de Adán», de Walt Whitman, en el que los hombres «saben cómo nadar, remar, montar, pelear, disparar, correr, golpear, retirarse, avanzar, resistir, defenderse a sí mismos». Una vez más, Stoker volvía a expresarse en código. De hecho, no resultaría muy difícil imaginar que toda la novela hubiera sido concebida como un largo mensaje en clave, que estuviera enmascarando algo más que simples deseos insatisfechos, desconcierto causado por el papel emergente de la mujer en el nuevo siglo o temor ante la proliferación de extranjeros en las calles de Londres. En principio, no parece probable. Pero no deja de resultar curioso la cantidad de veces que Stoker llama la atención sobre la escasa credibilidad de sus narradores, empezando ya por su nota introductoria —en la que deja bien claro que los

documentos seleccionados reflejan únicamente «el punto de vista y el alcance de los conocimientos de aquellos que los redactaron»—, poniendo de relieve las numerosas contradicciones en las que incurren, el modo en el que se mienten unos a otros o escogen ocultarse retazos de información e incluso los numerosos delitos que cometen. Por su parte, Belford ha identificado en la novela una evidente corriente derivada del tarot, «simbólica de la clásica búsqueda gnóstica. Jonathan Harker es, obviamente, el Loco, que viaja lejos y encuentra peligros; en las cartas se le describe como un joven portando un hatillo y una rosa, en compañía de su perro frente a un precipicio. Durante sus viajes, Harker se encuentra con el Mago (Van Helsing), la Emperatriz (Mina), los Amantes (Lucy y Arthur), el Ermitaño (Seward), el Diablo (Drácula) y el Ahorcado (Quincey Morris)». Stoker nunca fue miembro de la orden esotérica Golden Dawn, como erróneamente se ha indicado en más de una ocasión, pero indudablemente poseía ciertos conocimientos ocultistas, y tenía relación directa con algunos de sus miembros como, por ejemplo, Constance Wilde, la mujer de Oscar, quien también había sido discípula de *Madame Blavatsky*, fundadora de la teosofía. Todo esto bien podría no significar nada, o podría significar mucho. El estudio de la obra de *Drácula* no parece tener visos de agotarse y sigue resultando tan fascinante, complejo y estimulante como hace treinta años. Fuera intencionadamente o no, lo cierto es que Bram Stoker no podría haber elaborado un enigma más apasionante y duradero.

Dracula



DRACULA

BY

BRAM STOKER

WESTMINSTER

ARCHIBALD CONSTABLE AND COMPANY

& WHITEHALL GARDENS

1897

A

MI QUERIDO AMIGO

HOMMY-BEG^[1]

El modo en que estos papeles han sido ordenados en secuencia se pondrá de manifiesto durante su lectura. Se han eliminado todos los elementos superfluos de manera que una historia prácticamente en desacuerdo con todas las creencias recientes pueda sostenerse por sí misma como un hecho factual. No hay en ella referencias al pasado en los que la memoria pudiera equivocarse, ya que todos los documentos seleccionados son estrictamente contemporáneos, y reflejan el punto de vista y el grado de conocimiento de aquellos que los redactaron^[2]

Capítulo I

DIARIO DE JONATHAN HARKER^[3]

(*Taquigrafiado*)

3 de mayo. Bistritz^[4] . —Salí de Múnich el 1 de mayo a las 8:35 de la tarde, y llegué a Viena al día siguiente por la mañana temprano; debería haber llegado a las 6:46, pero el tren sufrió una hora de retraso. Buda-Pest parece una ciudad maravillosa, a juzgar por lo que vislumbré desde el tren y lo poco que pude pasear por sus calles. Me dio miedo alejarme demasiado de la estación, ya que, aunque habíamos llegado tarde, volveríamos a partir con la menor demora posible respecto a la hora prevista. Tuve la impresión de que estábamos abandonando Occidente y adentrándonos en Oriente; el más occidental de los espléndidos puentes que cruzan sobre el Danubio, que alcanza aquí una anchura y una profundidad de nobles proporciones, nos condujo hasta las tradiciones del dominio turco^[5] .

Partimos con bastante puntualidad y llegamos a Klausenburgo^[6] después del anochecer. Allí pasé la noche en el Hotel Royale. Almorcé, o más bien cené, un plato de pollo condimentado de algún modo con pimentón rojo, que aunque estaba muy bueno me provocó mucha sed. (Nota: recuerda pedir la receta para Mina). Le pregunté al camarero, y me dijo que se llamaba paprika hendí, y que, como era plato nacional, podría pedirlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Mis escasos conocimientos de alemán resultaron ser de mucha utilidad; de hecho, no sé cómo habría podido apañármelas sin ellos.

Durante mi estancia en Londres había aprovechado que disponía de cierto tiempo libre para visitar el Museo Británico, en cuya biblioteca consulté los libros y mapas relacionados con Transilvania; se me había ocurrido que ciertos conocimientos previos del país difícilmente dejarían de serme útiles a la hora de tratar con uno de sus nobles. Descubrí que la región por él mencionada se encuentra en el extremo más oriental del país, justo en la frontera entre tres estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en pleno corazón de los montes Cárpatos; una de las regiones más agrestes y menos conocidas de Europa. No fui capaz de encontrar ningún mapa o tratado que revelara la localización exacta del castillo de los Drácula, dado que aún no existen mapas de este país comparables a nuestros mapas del Servicio Estatal de Cartografía^[7] ; pero descubrí que Bistritz, la ciudad con posta mencionada por el Conde Drácula, es un lugar bastante conocido. Transcribiré aquí algunas de mis notas, ya

que podrían servir para refrescarme la memoria cuando hable con Mina de mis viajes.

La población de Transilvania está compuesta por cuatro nacionalidades distintas: al sur, los sajones y, mezclados con ellos, los valacos, que son descendientes de los dacios; al oeste, los magiares; y al este y al norte, los szeklers. Yo me dirijo al encuentro de estos últimos, que afirman descender de Atila y los hunos. Y bien podría ser cierto, pues cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI encontraron a los hunos ya instalados en él. He leído que todas las supersticiones conocidas del mundo se dan cita en la herradura de los Cárpatos, como si ésta fuera el centro de una especie de remolino de la imaginación; de ser así, mi estancia podría resultar muy interesante. (Nota: debes pedirle al Conde que te lo cuente todo al respecto).

Aunque mi cama era bastante cómoda no dormí bien, pues tuve todo tipo de extraños sueños. Un perro se pasó toda la noche aullando bajo mi ventana, lo que quizá tuviera algo que ver; o también pudo ser culpa de la paprika, ya que tuve que beberme todo el agua que había en mi damajuana y aun así continué sediento. Me dormí poco antes del amanecer hasta que esta mañana me han despertado unos insistentes golpes contra mi puerta, por lo que supongo que para entonces debía de estar profundamente dormido. He desayunado más paprika, una especie de gachas de harina de maíz que según me han dicho eran mamaliga, y berenjenas rellenas de carne picada, un plato excelente que ellos llaman impletata. (Nota: pide también la receta). He tenido que desayunar deprisa, pues el tren salía poco antes de las 8:00 o, mejor dicho, debería haberlo hecho, pues tras llegar a la estación a las 7:30, he tenido que pasar más de una hora sentado en el vagón antes de que empezáramos a movernos. Me da la impresión de que cuanto más avanzamos hacia el Este, más impuntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Durante todo el día hemos ido avanzando muy lentamente a través de una región repleta de todo tipo de bellezas. En ocasiones hemos divisado pequeños pueblos o castillos situados en lo alto de escarpadas colinas, como los que vemos en los antiguos misales; otras veces hemos pasado junto a ríos y torrentes que parecen sufrir enormes crecidas, a juzgar por los anchos márgenes pedregosos que se extienden a ambos lados. Hace falta gran cantidad de agua y una corriente fuerte para barrer por completo las orillas de un río. En todas las estaciones había grupos de personas, a veces multitudes, vestidas con gran variedad de atuendos. Algunos de ellos eran idénticos a nuestros campesinos o a los que he visto en Francia y Alemania, con sus chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones hechos en casa; pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres parecían bonitas, mientras no se acercara uno a ellas, pero eran muy desgarradas de cintura. Todas tenían mangas blancas largas de un estilo u otro y la mayoría llevaba grandes cinturones de los que colgaban cintas de algún tejido, como si fueran vestidos de *ballet* aunque, por supuesto, con enaguas debajo. Los tipos más extraños que hemos visto han sido los eslovacos, que son más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros vaqueros, amplios

pantalones blancos de campana llenos de mugre, camisas de lino blanco y enormes y pesados cintos de piel, de casi un pie de ancho, tachonados con clavos de latón. Calzan botas altas y llevan los pantalones embutidos en ellas; tienen el pelo largo y negro, y mostachos poblados y negros también. Son muy pintorescos, pero no parecen agradables. Si alguien los viera sobre un escenario los tomaría de inmediato por un añejo grupo de bandoleros orientales. En todo caso, según me han dicho, son inofensivos y carecen en gran medida de asertividad natural.

Ya había oscurecido cuando llegamos a Bistritz, que es una ciudad antigua muy interesante. Al estar situada prácticamente en la frontera (ya que el desfiladero de Borgo conduce hasta Bucovina) ha padecido una existencia muy tumultuosa, y ciertamente quedan huellas evidentes de ello. Hace cincuenta años, una serie de grandes incendios provocó un caos terrible en cinco ocasiones distintas. A principios del siglo XVII sufrió un asedio de tres semanas en el que perdieron la vida trece mil personas, víctimas de la guerra, el hambre y las enfermedades.

El Conde Drácula me había indicado que me dirigiera al Hotel Golden Krone, que ha resultado ser, para mi satisfacción, completamente anticuado, pues por supuesto quiero aprender todo lo que sea posible sobre las costumbres del país. Evidentemente me estaban esperando, ya que al acercarme a la puerta me he encontrado a una anciana de aspecto alegre con el habitual atuendo campesino (enaguas blancas bajo un largo delantal de colores, doble —por delante y por detrás—, y ajustado hasta prácticamente el límite de la modestia). Cuando he llegado junto a ella me ha hecho una reverencia y ha dicho:

—¿El *Herr* inglés?

—Sí —he respondido yo—. Jonathan Harker.

Ella ha sonreído, y le ha dicho algo a un anciano en blancas mangas de camisa, que la había seguido hasta la puerta. El anciano se ha marchado, pero inmediatamente ha regresado con una carta:

AMIGO MÍO — Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con ansiedad. Descanse bien esta noche. Mañana a las tres partirá la diligencia a Bucovina; tiene usted reservada una plaza en ella. Mi carruaje le esperará en el paso de Borgo para traerle hasta mí. Confío en que su viaje desde Londres haya sido feliz, y que disfrutará de su estancia en mi bello país. Su amigo,

DRÁCULA

4 de mayo . —Me he enterado de que mi posadero había recibido una carta del Conde, indicándole que se asegurara de conseguirme el mejor asiento de la diligencia; pero al preguntarle acerca de los detalles se ha mostrado un tanto reticente, y ha fingido que no comprendía mi alemán. Esto no podía ser cierto, ya que hasta entonces lo había entendido perfectamente; al menos había respondido a mis preguntas exactamente

como si lo hiciera. Él y su mujer, la anciana que me recibió ayer, se han mirado el uno al otro con expresión atemorizada. Él ha farfullado que había recibido el dinero por medio de una carta, y que eso era todo lo que sabía. Al preguntarle si conocía al Conde Drácula, y si podía hablarme de su castillo, tanto él como su mujer se han persignado y, asegurando que no sabían absolutamente nada, sencillamente se han negado a seguir hablando. Faltaba tan poco para la hora de partida que no he tenido tiempo de preguntar a nadie más. Todo resultaba muy misterioso y poco alentador.

Justo antes de mi partida, la anciana ha subido a mi habitación y me ha dicho, presa de la histeria:

—¿Tiene que ir? ¡Oh! Joven *Herr*, ¿tiene que ir?

Se encontraba sumida en un estado de agitación tal que parecía haber perdido el dominio de su escaso alemán, y lo mezclaba todo con algún otro idioma que yo ignoraba por completo. A duras penas he sido capaz de ir entendiéndola, haciéndole muchas preguntas. Cuando le he dicho que tenía que partir de inmediato, pues me esperaba un negocio importante, ella ha vuelto a preguntar:

—¿Sabe qué día es hoy?

He respondido que era el 4 de mayo. Ella ha negado con la cabeza mientras insistía:

—¡Oh, sí! Ya lo sé. ¡Ya lo sé! ¿Pero sabe qué día es hoy?

Al decirle que no la entendía, ha proseguido:

—Es la víspera del Día de San Jorge^[8]. ¿No sabe que esta noche, cuando el reloj marque la medianoche, todos los entes malvados del mundo tendrán libertad para utilizar todo su poder e influencia? ¿Sabe adónde se dirige y hacia qué se dirige?

Estaba tan visiblemente alterada que he intentado consolarla, pero sin resultado. Finalmente, se ha arrodillado delante de mí y me ha implorado que no fuera; que al menos esperara uno o dos días antes de marcharme. Ha sido todo muy ridículo, pero me ha producido una sensación de incomodidad. En cualquier caso, tenía negocios que atender, y no podía permitir que nada interfiriera con ellos. Por lo tanto, he intentado levantarla del suelo, y le he dicho, con tanta seriedad como me ha sido posible, que agradecía su preocupación, pero que mi deber era imperioso, y que debía marcharme. Entonces ella se ha levantado y se ha secado los ojos, y tomando un crucifijo que llevaba colgado al cuello me lo ha ofrecido. No he sabido qué hacer, pues, como miembro de la Iglesia Anglicana, me han enseñado a considerar tales objetos como en cierta medida idólatras y, sin embargo, me ha parecido muy descortés negarle nada a una anciana tan bienintencionada y en

semejante estado mental. Ha percibido, supongo, la duda en mi rostro, pues ha colgado el rosario alrededor de mi cuello y ha dicho:

—Por el amor de su madre.

Y ha salido de la habitación.

Estoy escribiendo esta entrada en el diario mientras espero la diligencia que, por supuesto, llega tarde; y el crucifijo sigue alrededor de mi cuello. No sé si será debido al temor de la anciana, o a las muchas tradiciones espectrales de este lugar, o al crucifijo en sí, pero no me siento ni mucho menos tan tranquilo como de costumbre. Si por alguna razón este libro llegase hasta Mina antes que yo, que le lleve mi despedida. ¡Aquí llega la diligencia!

5 de mayo. El castillo . —La bruma de la mañana ya se ha disipado, y el sol brilla alto sobre el lejano horizonte, que parece dentado, no sé si con árboles o colinas, pues se encuentra a tanta distancia que los objetos grandes se confunden con los pequeños. No tengo sueño y, como mañana no va a venir nadie a despertarme, voy a escribir hasta que me entre sueño. Tengo muchas cosas extrañas que anotar, de modo que para evitar que quien vaya a leerlas pueda imaginar que comí en exceso antes de salir de Bistritz, permítaseme registrar mi comida con todo detalle. Tomé lo que ellos llaman «filete del salteador»: trozos de tocino, cebolla y buey, sazonados con pimentón rojo, pinchados en brochetas y asados en el fuego... ¡al estilo sencillo de la carne para gatos que se vende en Londres^[9] ! El vino fue Golden Mediasch, que provoca una extraña picazón en la lengua, que no resulta, en todo caso, desagradable. Sólo bebí un par de vasos, y nada más.

Cuando subí a la diligencia el conductor aún no se había sentado en el pescante, y le vi hablando con la posadera. Evidentemente estaban hablando de mí, pues de vez en cuando me miraban, y algunas de las personas sentadas en el banco que había junto a la puerta (que ellos llaman con un nombre que significa «portador de palabras») se acercaron a escuchar, y luego me miraron, la mayoría de ellos con compasión. Pude oír algunas palabras repetidas varias veces, palabras extrañas, ya que en el grupo había personas de diversas nacionalidades. Así que, discretamente, saqué del maletín mi diccionario políglota y las busqué. Debo reconocer que no me animaron, pues algunas de ellas eran: *Ordog* : Satán, *pokol* : infierno, *stregoica* : bruja, *vrolak* y *vlkosak* : las dos significan lo mismo, siendo una la expresión eslovaca, y la otra serbia, para algo que bien es hombre lobo o vampiro. (Nota : recuerda preguntarle al Conde acerca de estas supersticiones).

Cuando partimos, todos aquellos que se habían congregado junto a la puerta de la posada, cuyo número había aumentado considerablemente para entonces, hicieron la señal de la cruz y extendieron dos dedos hacia mí. Con cierta dificultad conseguí que un compañero de viaje me explicara qué significaba aquello; al principio no me contestó, pero al saber que yo era inglés me dijo que se trataba de una protección o

salvaguada contra el mal de ojo. No me resultó grato, dirigiéndome como me dirigía hacia un lugar ignoto para encontrarme con un hombre al que no conocía, pero todos parecían tan amables, y tan apenados, y tan simpáticos que no pude evitar sentirme conmovido. Nunca olvidaré la última visión que tuve del patio de la posada y su multitud de pintorescos personajes, todos persignándose alrededor del amplio pórtico, sobre un fondo de abundante follaje de adelfas y naranjos en verdes cubas arracimadas en el centro del patio. Entonces nuestro conductor, cuyos anchos calzones (gotza, los llaman) de lino blanco cubrían todo el frontal del pescante, hizo restallar su gran látigo por encima de sus cuatro pequeños caballos, que marchaban uno junto al otro, e iniciamos nuestro viaje.

Pronto olvidé mis temores fantasmales ante la belleza del paisaje que nos rodeaba, aunque de haber conocido el idioma —o más bien los idiomas— que hablaban mis compañeros de viaje, quizá no habría sido capaz de descartarlos con tanta facilidad. Frente a nosotros se extendía una tierra verde y desigual, llena de bosques y arboledas, sembrada de altas colinas coronadas por grupos de árboles o granjas, con sus blancos hastiales hacia la carretera. Por todas partes había una cantidad desconcertante de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales, cerezos... a medida que pasamos junto a ellos pude ver la verde hierba bajo los árboles, sembrada de pétalos caídos. La carretera discurría entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman la *Mittel Land*^[10], ora perdiéndose de vista tras una curva recubierta de hierba, ora tapada por las dispersas copas de los pinos, que descendían una y otra vez por las laderas de las colinas como lenguas de fuego. La carretera era accidentada, pero aun así parecíamos volar por encima de ella a una velocidad febril. No pude entender entonces a qué venía esa prisa, pero resultaba evidente que el conductor estaba decidido a llegar a Borgo Prund^[11] sin pérdida de tiempo. Alguien me dijo que esta carretera es excelente durante el verano, pero que aún no había sido reparada después de las nevadas invernales. En este aspecto difiere del resto de las carreteras de los Cárpatos en general, dado que la falta de mantenimiento es una vieja tradición. Antaño los hospodares^[12] las dejaban sin reparar para evitar que los turcos pudieran pensar que las estaban preparando para permitir el paso de tropas extranjeras, precipitando de este modo una guerra que siempre estaba a punto de estallar.

Más allá de las abultadas y verdes colinas de la *Mittel Land*, se extendían imponentes laderas boscosas que llegaban a alcanzar incluso las elevadas cumbres de los Cárpatos, erguidos bajo el sol de la tarde que caía sobre ellos extrayendo todos los gloriosos colores de esta bella cordillera: azul oscuro y morado a las sombras de los picos; verde y marrón allí donde la hierba se mezcla con las rocas; y una interminable perspectiva de rocas dentadas y peñascos puntiagudos que se perdían en la distancia, allá donde los picos nevados se alzaban imponentes. Intermitentemente se adivinaban poderosas hendiduras en las montañas, a través de las cuales, a medida que el sol se iba ocultando, pudimos ver ocasionalmente el blanco resplandor del agua al

precipitarse. Uno de mis compañeros me tocó el brazo cuando rodeábamos la base de una colina y se vislumbró el orgulloso pico cubierto de nieve de una montaña, que pareció, según recorriamos nuestro serpenteante camino, alzarse justo frente a nosotros:

—¡Mire! *¡Isten szék !* ¡El trono de Dios! —y se santiguó fervorosamente.

Mientras continuábamos avanzando por la interminable y sinuosa carretera, el sol se hundió más y más a nuestras espaldas, y las sombras de la tarde empezaron a extenderse a nuestro alrededor. Este efecto se veía enfatizado por el hecho de que la nevada cumbre de la montaña aún seguía reflejando la puesta del sol y parecía brillar con un delicado tono frío y rosáceo. Ocasionalmente nos cruzamos con algunos checos y eslovacos, todos con su pintoresca vestimenta, pero me di cuenta de que el bocio estaba dolorosamente extendido entre ellos. Junto a la carretera había muchas cruces y, cada vez que pasábamos junto a una de ellas, todos mis acompañantes se santiguaban. Ocasionalmente veíamos arrodillado frente a un sepulcro a un campesino o campesina, que ni siquiera volvía la cabeza al aproximarnos nosotros, sino que, en su rendida devoción, parecía no tener ni ojos ni oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas nuevas para mí: por ejemplo, los almiares en los árboles, o los diseminados bosquecillos de hermosos abedules llorones, con sus blancos troncos brillando como la plata a través del delicado verdor de las hojas. De vez en cuando adelantábamos a algún *leiter-waggon*, el típico carro del campesino común, con sus largas vértebras como de serpiente, diseñadas para adaptarse a las irregularidades de la carretera. Sobre ellos iba siempre sentado un grupo más bien numeroso de campesinos que regresaban a casa, con sus chalecos de lana, blancos los de los checos, de colores los de los eslovacos; estos últimos llevaban además, como si fueran lanzas, sus largos garrotes con un hacha en el extremo. A medida que fue cayendo la tarde empezó a hacer mucho frío y la llegada del ocaso pareció fundir en una oscura neblina la penumbra de los árboles —robles, hayas y pinos—, aunque en los valles que corrían profundos entre los espolones de las colinas, a medida que ascendíamos a través del desfiladero, los oscuros abetos se alzaban aquí y allá frente a un fondo de nieve tardía. A veces, dado que la carretera atajaba a través de bosques de pinos que en la oscuridad parecían estar cada vez más cerca de nosotros, grandes masas de gris, que ocasionalmente cubrían los árboles, producían un efecto peculiarmente extraño y solemne, que reavivó las ideas y sombrías figuraciones engendradas durante la tarde, cuando la menguante puesta del sol puso de extraño relieve las fantasmales nubes que, a lo largo y ancho de los Cárpatos, parecían recorrer incesantemente los valles. A veces las colinas eran tan escarpadas que, a pesar de la prisa de nuestro conductor, los caballos sólo podían avanzar muy lentamente. Manifesté mi deseo de bajarme para caminar a su lado, como hacemos en Inglaterra, pero el conductor no quiso ni oír hablar de ello.

—No, no —dijo—. No debe usted caminar por aquí, los perros son demasiado fieros.

Después añadió, con evidente intención de hacer gala de su humor negro, pues volvió la cabeza para comprobar la sonrisa aprobadora de los demás:

—Es posible que antes de irse a la cama tenga experiencias similares de sobra.

Sólo efectuó una parada momentánea para encender las lámparas.

Cuando oscureció pareció cundir cierto nerviosismo entre los pasajeros, que siguieron hablando con él, uno tras otro, como instándole a aumentar la velocidad. Él fustigó a los caballos sin piedad con su gran látigo y les apremió a esforzarse más con salvajes gritos de ánimo. Entonces, a través de la oscuridad, pude ver una especie de mancha de luz gris frente a nosotros, como si hubiera una hendidura en las colinas. El nerviosismo de los pasajeros aumentó; la desbocada diligencia se tambaleó sobre sus enormes muelles de cuero, y osciló como un barco a la deriva en un mar tormentoso. Tuve que agarrarme. La carretera se volvió más llana y tuvimos la sensación de volar sobre ella. Las montañas parecieron cerrarse a ambos lados del camino y fruncir su ceño sobre nosotros; estábamos entrando en el desfiladero de Borgo. Uno tras otro, varios pasajeros me ofrecieron regalos, que me obligaron a aceptar con una vehemencia que no admitía oposición; eran realmente extraños y variados, pero todos y cada uno de ellos fueron ofrecidos con sencillez y buena voluntad, acompañados de una palabra amable, una bendición y aquella extraña mezcla de gestos temerosos que había visto en el exterior del hotel en Bistritz: el signo de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Entonces, mientras avanzamos a toda velocidad, el conductor se inclinó hacia delante, y los pasajeros se asomaron, cada uno por su lado, por encima del borde de la diligencia, y escrutaron ansiosos la oscuridad. Era evidente que estaba sucediendo algo muy emocionante, o por lo menos se esperaba que fuera a suceder, pero aunque le pregunté a cada pasajero ninguno quiso darme la más mínima explicación. Este estado de nerviosismo se mantuvo durante algún tiempo; hasta que finalmente vimos frente a nosotros el desfiladero abriéndose hacia el este. Había nubes oscuras y pasajeras por encima, y en el aire la opresiva sensación del trueno. Parecía como si la cadena montañosa hubiera separado dos atmósferas, y ahora hubiésemos llegado a la tormentosa. Yo busqué con la mirada el medio de transporte que habría de conducirme hasta el Conde. Esperaba ver llegar el resplandor de los faroles a través de la oscuridad de un momento a otro; pero todo era negrura. La única luz provenía de los parpadeantes rayos de nuestros propios faroles, frente a los cuales se alzaba, en una nube blanca, el aliento de nuestros agotados caballos. Podíamos ver la carretera arenosa extendiéndose blanca frente a nosotros, pero no había rastro de vehículo alguno. Los pasajeros se reclinaron con un suspiro de alivio, que parecía burlarse de mi propia decepción. Estaba pensando qué podía hacer a continuación, cuando el conductor, mirando su reloj, le dijo a los otros algo que apenas pude oír, de tan bajo como lo dijo; me pareció que era: «Una hora de adelanto sobre la hora

prevista». Después, volviéndose hacia mí, dijo en un alemán peor que el mío:

—No hay carruaje aquí. Nadie espera al *Herr*, después de todo. Ahora vendrá hasta Bucovina, y volverá mañana, o al día siguiente; mejor al día siguiente.

Mientras hablaba, los caballos empezaron a relinchar y a bufar y a tirar violentamente, por lo que el conductor tuvo que contenerlos. Entonces, suscitando un coro de gritos entre los campesinos y un persignarse universal, una calesa con cuatro caballos apareció detrás de nosotros, nos alcanzó y se colocó junto a la diligencia. Pude ver, a la luz de nuestros faroles, que los caballos eran unos animales espléndidos, negros como el carbón. Los conducía un hombre alto, de barba larga y marrón, tocado con un enorme sombrero negro que parecía esconder su rostro. Sólo pude ver, cuando se volvió hacia nosotros, el fulgor de un par de ojos muy brillantes que parecían rojos a la luz de los faroles.

—Ha llegado pronto esta noche, amigo mío —le dijo al conductor.

El hombre tartamudeó al responder:

—El *Herr* inglés tenía prisa.

—Será por eso, supongo —respondió el desconocido—, por lo que deseaba usted que continuara hasta Bucovina. No puede engañarme, amigo mío; sé demasiado, y mis caballos son rápidos.

Al responder, sonrió. La luz de los faroles alumbró una boca de aspecto severo, con labios muy rojos y dientes de aspecto afilado, blancos como el marfil. Uno de mis acompañantes le susurró a otro el verso del *Lenore* de Burger^[13]:

«Denn die Todten reiten schnell»

(«Pues los muertos viajan rápido»)

Evidentemente, el extraño cochero oyó sus palabras, pues le dedicó una sonrisa deslumbrante. El pasajero ocultó su rostro, al tiempo que extendía sus dos dedos y se santiguaba.

—Entrégueme el equipaje del *Herr* —dijo el cochero; y con suma presteza mis maletas fueron entregadas y depositadas en la calesa. Después, el cochero me ayudó a descender por un lateral de la diligencia, ya que la calesa estaba pegada justo al lado, agarrándome del brazo con una mano que parecía una zarpa de acero; su fuerza debía de ser prodigiosa. Sin decir una sola palabra tiró de las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos dirigimos hacia la oscuridad del desfiladero. Al volver la vista atrás, vi el aliento de los caballos de la diligencia a la luz de los faroles, y proyectadas contra ella las siluetas de mis ex compañeros persignándose. Entonces el conductor hizo restallar

el látigo y azuzó a sus caballos, y allá siguieron en su camino hacia Bucovina.

Al verles desaparecer en la oscuridad sentí un frío extraño, y una sensación de soledad se adueñó de mí; pero el cochero echó una capa sobre mis hombros, y una manta sobre mis rodillas, y dijo en excelente alemán:

—La noche es fría, *mein Herr*, y mi amo, el Conde, me ha encargado que cuide de usted. Hay una frasca de *slivovitz* [el aguardiente de ciruelas del país] bajo el asiento, en caso de que la requiera.

No probé ni una gota, pero en todo caso era un consuelo saber que estaba allí. Me sentí un tanto extraño y no poco asustado. Creo que de haber tenido otra alternativa, la habría tomado, en vez de continuar aquel viaje nocturno rumbo a lo desconocido. El carruaje avanzó a ritmo frenético en línea recta, después dimos un giro completo y recorrimos otro camino recto. Me dio la impresión de que sencillamente estábamos recorriendo una y otra vez el mismo trayecto, de modo que tomé un saliente como referencia y descubrí que así era. Me hubiera gustado preguntarle al cochero qué significaba aquello, pero en realidad me daba miedo hacerlo, pues pensé que, teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba, cualquier protesta por mi parte habría tenido nulo efecto en caso de que existiera intención de demorarnos. Inmediatamente, puesto que tenía curiosidad por saber cuánto tiempo había transcurrido, encendí una cerilla, y observé mi reloj a la luz de la llama; faltaban un par de minutos para la medianoche. Esto me produjo una especie de sobresalto, pues supongo que la superstición general sobre la medianoche había aumentado con mis experiencias recientes. Esperé con una enfermiza sensación de incertidumbre.

En ese momento un perro comenzó a aullar desde una granja situada más adelante, en algún lugar del camino... un lamento prolongado y agónico, como de terror, que fue coreado por otro perro, y luego por otro, y otro más, hasta que, arrastrado por el viento que ahora soplaba suavemente a través del desfiladero, se alzó un aullido salvaje que parecía surgir de todo el país, hasta donde fuera capaz de abarcar la imaginación en la oscuridad de la noche. Al oír el primer aullido, los caballos habían empezado a cabecear y a retroceder, pero el cochero les habló tranquilizadamente y guardaron silencio, aunque siguieron temblando y sudando tal y como lo habrían hecho después de una carrera motivada por un susto repentino. Entonces, en la lejanía, desde lo alto de las montañas, a ambos lados de nuestro camino, brotó un aullido más potente y agudo, el de los lobos, que nos afectó de modo similar tanto a los caballos como a mí, pues yo estaba dispuesto a saltar de la calesa para echar a correr, mientras ellos volvían a retroceder y a tirar alocadamente, por lo que el conductor tuvo que utilizar toda su considerable fuerza para impedir que se desbocaran. Transcurridos un par de minutos, mis propios oídos se habían acostumbrado al sonido, y los caballos se tranquilizaron lo suficiente como para que el cochero

podiera descender y plantarse frente a ellos. Les acarició y tranquilizó, y les susurró algo a los oídos, tal y como he oído que hacen los domadores de caballos, y con extraordinarios resultados, pues ante sus caricias volvieron a ser dóciles, aunque siguieron temblando. El cochero volvió a subir al pescante y, haciendo restallar las riendas, partió a gran velocidad. Esta vez, tras alcanzar el extremo más alejado del desfiladero, se internó repentinamente por un estrecho sendero que doblaba bruscamente hacia la derecha.

Pronto nos vimos completamente rodeados de árboles, que en algunos lugares se arqueaban por encima de la carretera hasta tal extremo que pasábamos por debajo de ellos como por un túnel; y, una vez más, grandes y amenazadores peñascos se alzaban imponentes a cada lado. Aunque estábamos a resguardo, pude oír cómo se iba levantando el viento, pues gemía y ululaba a través de las rocas, y las ramas de los árboles chocaban entre sí a nuestro paso. Cada vez hacía más y más frío, y empezó a caer una fina nieve en polvo, de modo que en poco tiempo tanto nosotros como todo lo que nos rodeaba quedó cubierto por una sábana blanca. El viento cortante seguía arrastrando los aullidos de los perros, aunque éstos fueron tornándose más débiles a medida que avanzábamos. El aullido de los lobos, sin embargo, sonaba cada vez más cerca, como si estuvieran aproximándose a nosotros desde todos los costados. Sentí un miedo terrible, y los caballos compartían mi miedo; pero el conductor no dio muestras de inquietud. No dejaba de volver la cabeza a derecha e izquierda, pero yo no podía ver nada a través de la oscuridad.

De repente, lejos a nuestra izquierda, vi parpadear débilmente una llama azul. El conductor la vio al mismo tiempo; inmediatamente detuvo los caballos y, saltando al suelo, desapareció en la oscuridad. No supe qué hacer, mucho menos teniendo en cuenta que el aullido de los lobos sonaba cada vez más cercano; pero aún estaba preguntándomelo cuando el conductor reapareció repentinamente, y sin decir palabra volvió a subir al pescante, y reanudamos nuestro viaje. Imagino que debí de quedarme dormido y continué soñando con el incidente, pues pareció repetirse eternamente, y ahora, volviendo la vista atrás, me parece una especie de horrenda pesadilla. En una ocasión la llama apareció tan cerca del camino que, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba, pude ver los movimientos del cochero. Se aproximó rápidamente al lugar del que brotaba la llama azul (debía de ser muy escasa, pues no parecía iluminar apenas lo que la rodeaba) y, reuniendo unas cuantas piedras, las amontonó formando una especie de hito. Hubo un momento en el que experimenté un extraño efecto óptico, pues cuando el cochero se interpuso entre mi campo de visión y la llama, no me la tapó, ya que continué viendo su espectral parpadeo. Esto me inquietó, pero ya que el efecto fue sólo momentáneo, supuse que mis ojos me habían engañado esforzándose por ver a través de la oscuridad. Después, durante algún tiempo, no hubo más llamas azules, y seguimos avanzando rápidamente a través de la negrura, con el aullido de los lobos a nuestro alrededor, como si nos estuvieran siguiendo en un círculo movedizo.

Finalmente llegó una ocasión en la que el conductor se alejó mucho más de lo que lo había hecho hasta entonces, y en su ausencia los caballos empezaron a temblar más que nunca y a bufar y a relinchar de miedo. No pude encontrar ningún motivo para ello, ya que el aullido de los lobos había cesado por completo; pero justo entonces la luna, asomando entre las negras nubes, apareció tras la serrada cresta de un peñasco recubierto de pinos, y su luz reveló un anillo de lobos a nuestro alrededor, con los dientes blancos y las lenguas rojas y colgantes, de largas extremidades nervudas y pelo abundante y enmarañado. Resultaban cien veces más terribles en aquel siniestro silencio que cuando aullaban. Por mi parte, sentí una especie de parálisis provocada por el miedo. Sólo cuando un hombre se encuentra a sí mismo cara a cara frente a semejantes horrores puede entender su auténtico alcance.

Los lobos aullaron al unísono, como si la luz de la luna hubiera ejercido algún peculiar efecto sobre ellos. Los caballos se alborotaron y cocearon, y miraron indefensos a su alrededor desorbitando tanto los ojos que resultaba doloroso verlos, pero el anillo viviente de terror los rodeaba por todos lados y a la fuerza tenían que permanecer en su interior. Llamé al cochero para que viniera, ya que me parecía que nuestra única oportunidad era intentar romper el círculo y ayudarlo a aproximarse. Grité y golpeé el lateral de la calesa, con la esperanza de que el ruido asustara a los lobos de ese costado, dándole así la oportunidad de alcanzar el coche. Cómo llegó hasta allí, no lo sé, pero oí su voz elevarse en un tono de orden imperiosa, y dirigiendo la mirada hacia el sonido, le vi plantado en mitad del camino. Cuando extendió sus largos brazos, como si echara a un lado algún obstáculo impalpable, los lobos retrocedieron. Justo entonces una espesa nube cubrió la faz de la luna, de modo que una vez más nos vimos sumidos en la oscuridad.

Cuando pude volver a ver, el conductor estaba subiendo a la calesa y los lobos habían desaparecido. Todo esto era tan extraño e increíble que un miedo terrible se apoderó de mí, y temí hablar o moverme. El tiempo pareció hacerse interminable mientras seguíamos avanzando, ahora envueltos en una completa oscuridad, ya que las nubes ocultaban la luna. Continuamos ascendiendo, con ocasionales periodos de rápido descenso, pero en general siempre ascendiendo. De repente fui consciente del hecho de que el cochero estaba dirigiendo los caballos hacia el patio de un vasto castillo en ruinas, de cuyas altas ventanas negras no surgía un solo rayo de luz, y cuyas derruidas almenas mostraban una línea dentada contra el cielo iluminado por la luna.

Capítulo II

DIARIO DE JONATHAN HARKER

(continuación)

5 de mayo . —Supongo que debí de quedarme dormido, pues, de haber estado completamente despierto, seguramente me habría llamado la atención la llegada a un lugar tan extraordinario. En la negrura, el patio parecía tener un tamaño considerable y, como varios pasajes oscuros surgían de él a través de grandes arcos redondos, quizá parecía más grande de lo que realmente es. Todavía no he podido verlo a la luz del día.

Cuando la calesa se detuvo, el cochero saltó al suelo y me tendió una mano para ayudarme a descender. Una vez más, no pude evitar advertir su prodigiosa fuerza. Su mano parecía un torno de acero que podría haber aplastado la mía de haberlo querido. Después tomó mi equipaje y lo colocó en el suelo junto a mí, cerca de una gran puerta, vieja y tachonada con largos clavos de hierro, enmarcada en un sobresaliente pórtico de piedra maciza. Incluso con aquella escasa luz pude ver que la piedra había sido profusamente tallada, pero las tallas se habían desgastado debido a la acción del tiempo y los rigores del clima. Mientras observaba esto, el cochero volvió a subir a su pescante e hizo restallar las riendas; los caballos avanzaron y desaparecieron con el coche a través de una de las oscuras aberturas.

Permanecí en silencio en el mismo sitio en el que me encontraba, pues no sabía qué hacer. No había rastro de campanilla o aldabón, y no parecía probable que mi voz pudiera penetrar a través de aquellos amenazadores muros y oscuros ventanales. El tiempo que estuve esperando pareció alargarse interminablemente, y empecé a sentir que me invadían las dudas y el temor. ¿Qué clase de siniestra aventura era aquélla en la que me había embarcado? ¿Era éste acaso un incidente habitual en la vida de un pasante enviado para explicarle a un extranjero los detalles de la compra de una propiedad en Londres? ¡Pasante! A Mina no le gustaría oír eso. Digamos mejor, notario... pues justo antes de abandonar Londres recibí la confirmación de que había aprobado mi examen. ¡Ahora soy todo un notario! Empecé a restregarme los ojos y a pellizcarme para comprobar que estaba despierto. Todo me parecía una horrible pesadilla, y esperaba despertarme de un momento a otro para descubrir que en realidad me encontraba en mi casa, mientras el amanecer se filtraba a través de las ventanas, como ya me había sucedido alguna que otra mañana tras un día de trabajo excesivo. Pero mi carne respondió a la prueba de los

pellizcos, y mis ojos no me engañaban. Estaba realmente despierto y perdido en mitad de los Cárpatos. Lo único que podía hacer ahora era armarme de paciencia y esperar la llegada del amanecer.

Justo cuando había llegado a esta conclusión, oí un ruido de pasos al otro lado de la gran puerta, y vi a través de las hendiduras el resplandor de una luz que se aproximaba. A continuación, llegó un ruido de cadenas y el estruendo metálico de enormes cerrojos al ser descorridos. Una llave giró en la cerradura con el agudo chirrido de un largo desuso, y la gran puerta se abrió.

En el interior me esperaba un hombre alto y maduro, apuradamente afeitado salvo por un largo mostacho blanco y vestido de negro de la cabeza a los pies, sin una sola mota de color. Sostenía en la mano una antigua lámpara de plata, en la que la llama ardía sin tubo ni globo de ningún tipo, que parpadeó ante la corriente que entraba por la puerta abierta, arrojando largas y temblorosas sombras. El anciano me invitó a entrar mediante un cortés movimiento de su mano derecha, diciendo en un inglés excelente, aunque con una extraña entonación:

—¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

No hizo ningún ademán de acercarse a recibirme, sino que permaneció inmóvil como una estatua, como si su gesto de bienvenida le hubiera transformado en piedra^[14]. En cualquier caso, en el preciso instante en el que traspasé el umbral, avanzó impulsivamente y, alargando la mano, estrechó la mía con una fuerza que me hizo parpadear, un efecto en modo alguno paliado por el hecho de que parecía tan fría como el hielo... más como la mano de un muerto que la de un hombre vivo.

—Bienvenido a mi casa —repitió—. Entre libremente. Marche sano y salvo... ¡y deje algo de la felicidad que trae consigo!

La fuerza de su apretón de manos era tan similar a la que había advertido en el cochero, cuyo rostro no había visto, que por un momento dudé si no estaría hablando con la misma persona; de modo que, para cerciorarme, saludé interrogativamente:

—¿Conde Drácula?

Él me dedicó una cortés reverencia y respondió:

—Yo soy Drácula. Y le doy la bienvenida, señor Harker, a mi casa. Entre; el aire de la noche es frío, y debe comer y descansar.

Mientras hablaba, colgó la lámpara de un soporte que había en la pared y, saliendo al patio, tomó mi equipaje. Antes de que pudiera impedirlo, ya lo había llevado hasta el interior. Protesté, pero él insistió:

—No, caballero, es usted mi invitado. Es tarde, y el servicio no está disponible. Deje que sea yo mismo quien se ocupe de su comodidad.

Insistió en encargarse de mi equipaje, que acarreó por todo el corredor, una enorme escalera de caracol, y a lo largo de otro interminable pasillo, sobre cuyo suelo de piedra resonaron pesadamente nuestros pasos. Finalmente, abrió de par en par una pesada puerta, tras la que me alegró ver una estancia bien iluminada, en la que había una mesa preparada para la cena, y en cuyo enorme hogar rugía y chisporroteaba un fuego de leña.

El Conde se detuvo, depositó mi equipaje en el suelo y cerró la puerta. Después cruzó la estancia y abrió otra puerta que conducía a una pequeña sala octogonal, iluminada por una sola lámpara, y aparentemente sin ningún tipo de ventanas. Tras atravesar ésta, abrió una tercera puerta y me indicó que entrara. Fue una grata visión, pues se trataba de un gran dormitorio bien iluminado y calentado por otro fuego que rugía huecamente en la amplia chimenea. El Conde en persona depositó mi equipaje en su interior y se retiró, diciendo, antes de cerrar la puerta:

—Querrá usted refrescarse y asearse después de su viaje. Confío en que encontrará todo lo necesario. Cuando esté listo, venga a la otra habitación, donde encontrará su cena preparada.

La luz y el calor y la cortés bienvenida del Conde parecían haber disipado todas mis dudas y temores. Una vez recuperado mi estado normal, descubrí que estaba medio muerto de hambre; de modo que, tras asearme apresuradamente, me dirigí a la otra habitación.

Encontré la cena ya dispuesta. Mi anfitrión, de pie junto a la gran chimenea, apoyado contra la piedra, hizo un gracioso ademán en dirección a la mesa, y dijo:

—Se lo ruego, siéntese y cene cuanto le plazca. Confío en que sabrá excusarme por no acompañarle; pero ya he comido, y nunca ceno^[15].

Le entregué la carta sellada que me había confiado el señor Hawkins. La abrió y la leyó con gesto serio; después, con una encantadora sonrisa, me la entregó para que la leyera. Un pasaje, al menos, me provocó un escalofrío de placer:

«Lamento mucho que un ataque de gota, mal del que padezco constantemente, me impida terminantemente emprender cualquier tipo de viaje en un futuro cercano; no obstante, me alegra poder afirmar que envío a un digno sustituto, uno que cuenta con toda mi confianza. Es un hombre joven, rebotante de energía y talento, y de muy fiel disposición. Es discreto y callado, y ha alcanzado la hombría a mi servicio. Podrá atenderle siempre que usted lo desee mientras dure su estancia, y seguirá sus instrucciones en lo que usted disponga».

El Conde en persona se acercó a la mesa y destapó una fuente. Me abalancé de inmediato sobre un pollo asado buenísimo que, junto con algo de queso, una ensalada y una botella de Tokay^[16] añejo del que bebí dos copas, constituyó mi cena. Mientras yo comía, el Conde me hizo muchas preguntas sobre mi viaje, y le conté por etapas todo lo que había experimentado.

Para entonces ya había terminado de cenar y, siguiendo el deseo de mi anfitrión, acerqué una silla junto al fuego y empecé a disfrutar de un puro que me había ofrecido él, al tiempo que se excusaba por no fumar. Ahora que tenía oportunidad de observarle, descubrí que tenía unos rasgos muy acentuados.

Su rostro era marcadamente —muy marcadamente— aquilino; de nariz delgada, con el puente alto y unos orificios nasales peculiarmente arqueados. Tenía la frente amplia y abombada y, aunque el pelo escaseaba alrededor de las sienes, crecía profusamente en el resto de la cabeza. Sus cejas eran enormes, y casi se encontraban por encima de la nariz, con un pelo espeso que parecía rizarse bajo su misma profusión. La boca, hasta donde podía ver bajo el poblado mostacho, era firme y de aspecto más bien cruel, con unos colmillos blancos y singularmente afilados que asomaban por encima de los labios, cuyo intenso color rojo denotaba una sorprendente vitalidad en un hombre de su edad. En cuanto al resto, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas; la barbilla era ancha y fuerte, y las mejillas firmes aunque hundidas. El efecto general era de una extraordinaria palidez.

Hasta entonces había podido ver los dorsos de sus manos mientras descansaban sobre sus rodillas a la luz de la lumbre, y me habían parecido más bien blancas y finas; pero viéndolas ahora, cerca de mí, no pude evitar reparar en que eran más bien bastas... anchas, de dedos achaparrados. Por extraño que parezca, crecían pelos en el centro de las palmas. Sus uñas eran largas y finas, y las tenía cortadas en punta^[17]. Cuando el Conde se inclinó sobre mí y sus manos me tocaron, fui incapaz de reprimir un escalofrío. Quizá fuera debido a que su aliento olía a rancio, pero me sobrevino una horrible sensación de náusea que, por mucho que lo intenté, no logré disimular. El Conde, que evidentemente lo había notado, retrocedió; y dedicándome una especie de siniestra sonrisa que dejó al descubierto sus protuberantes colmillos, mostrándolos mucho más de lo que hasta entonces había hecho, se sentó de nuevo al otro lado de la chimenea. Ambos permanecemos en silencio un rato y, al mirar hacia la ventana, vi los primeros tímidos rayos del alba. Una extraña quietud parecía extenderse sobre todas las cosas; pero al escuchar atentamente pude oír, alzándose desde lo más profundo del valle, el aullido de muchos lobos. Los ojos del Conde centellearon, y dijo:

—Escúcheles... los hijos de la noche. ¡Qué música hacen! —viendo, supongo, alguna expresión en mi rostro que le debió de resultar extraña,

añadió—: Ah, caballero, ustedes los habitantes de la ciudad no pueden entender los sentimientos del cazador.

Después se levantó y dijo:

—Pero debe de estar usted cansado. Su dormitorio está listo y podrá dormir hasta la hora que le plazca. Yo tengo que ausentarme hasta la tarde; de modo que descanse bien y dulces sueños —y con una cortés reverencia abrió para mí la puerta de la sala octogonal y entré en mi dormitorio...

Me encuentro sumido en un mar de dudas. Recelo, temo; se me ocurren extrañas ideas que no oso confesar ni ante mí mismo. ¡Que Dios me proteja, aunque sólo sea por aquéllos a los que quiero!

7 de mayo . —Vuelve a ser por la mañana temprano, pero he descansado y disfrutado de las últimas veinticuatro horas. Ayer dormí hasta bien avanzado el día y me desperté a mi antojo. Cuando terminé de vestirme fui a la estancia en la que habíamos cenado la noche anterior, donde encontré preparado un desayuno frío y una cafetera caliente junto a la chimenea. Encima de la mesa había una tarjeta con el siguiente mensaje:

«Tengo que ausentarme un rato. No me espere. — D.» Así que me dispuse a disfrutar de una copiosa comida, y eso fue precisamente lo que hice. Cuando acabé, busqué una campanilla para hacerles saber a los criados que ya había terminado, pero no pude encontrar ninguna. Ciertamente, esta casa tiene algunas deficiencias muy curiosas, teniendo en cuenta las extraordinarias muestras de riqueza que veo a mi alrededor. El servicio de la mesa es de oro, y está tan bellamente forjado que su valor debe ser inmenso. Tanto las cortinas como la tapicería de las sillas, de los sofás y de mi cama, son de los más valiosos y hermosos tejidos, y ya en el momento de su confección debieron de ser de un valor fabuloso, pues tienen siglos de antigüedad, aunque se conservan en excelentes condiciones. Vi algunos parecidos en Hampton Court^[18], pero estaban desgastados, deshilachados y roídos por las polillas. Sin embargo, y a pesar de todo eso, no hay espejos en ninguna de las habitaciones. Ni siquiera en mi tocador, por lo que tuve que sacar el pequeño espejito de viaje que llevo en mi maleta para afeitarme o peinarme los cabellos. Aún no he visto un solo sirviente por ninguna parte, ni oído un solo sonido cerca del castillo a excepción del aullido de los lobos. Cuando terminé mi colación —no sé si llamarla desayuno o almuerzo, dado que eran entre las cinco y las seis de la tarde—, busqué algo que leer, ya que no quería recorrer el castillo sin haber solicitado antes el permiso del Conde. Sin embargo, no había un solo libro o periódico en toda la estancia, ni siquiera utensilios de escritura; de modo que abrí una de las puertas y descubrí una especie de biblioteca. Intenté abrir también otra puerta situada frente a la mía, pero estaba cerrada.

En la biblioteca encontré, para mi enorme satisfacción, un gran número de libros ingleses —estanterías enteras repletas de ellos— y volúmenes encuadernados de diarios y revistas. Sobre una mesa en el centro había esparcidos varios diarios y revistas ingleses, aunque ninguna era de fecha demasiado reciente. Los libros eran de las más variadas materias: historia, geografía, política, economía, botánica, geología, leyes... todos relacionados con Inglaterra, la vida inglesa y sus costumbres. Había incluso libros de referencia tales como el Directorio Comercial de Londres^[19], los libros «Rojo» y «Azul^[20]», el Almanaque de Whitaker^[21], los anuarios del Ejército y la Marina^[22], y (en cierto modo me alegró verlo) el Anuario Legal^[23].

Mientras estaba hojeando los libros, se abrió la puerta y entró el Conde. Me saludó calurosamente y manifestó su deseo de que hubiera disfrutado de una noche de descanso. Después prosiguió:

—Me alegra que haya encontrado el camino hasta aquí, pues estoy seguro de que hay muchas cosas que serán de su interés. Estos amigos —y posó su mano sobre algunos de los libros— han sido fieles compañeros míos desde que hace años se me ocurriera la idea de ir a Londres, y me han proporcionado muchas muchas horas de placer. Gracias a ellos he llegado a conocer su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Ansío caminar por las abarrotadas calles de su poderoso Londres, de hallarme en medio del torbellino y el frenesí de la humanidad, de compartir su vida, su cambio, su muerte, y todo lo que la hace ser lo que es. ¡Pero, ay! Por ahora sólo conozco su lengua a través de los libros. De usted, amigo mío, confío aprender a hablarla.

—Pero, Conde —dije—, ¡si habla usted inglés perfectamente!

Él me dedicó una solemne reverencia.

—Le agradezco, amigo mío, su estimación excesivamente halagadora, pero temo no haber sino comenzado a internarme por el camino que quisiera recorrer. Ciertamente, conozco la gramática y las palabras, pero aún no sé cómo hablarlas.

—Desde luego que sí —dije yo—. Habla usted francamente bien.

—No, no —respondió él—. Bien sé que, en cuanto caminara y hablara en su Londres, ninguno allí dejaría de identificarme como extranjero. Eso no es suficiente para mí. Aquí soy noble; un boyardo; el populacho me conoce, soy amo. Pero un forastero en tierra extraña^[24] no es nadie; los hombres no le conocen y por lo tanto le ignoran. Me contento con ser como los demás, de modo que ningún hombre se detenga al verme, o haga una pausa en su conversación al oír mis palabras, para decir: «¡Ja, ja! ¡Un extranjero!». He sido amo durante tanto tiempo que desearía continuar siéndolo... o por lo menos no ser vasallo de ningún otro. Usted no ha venido a mí sólo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de

Exeter, para contármelo todo sobre mi nueva propiedad en Londres. Confío también en que permanecerá aquí conmigo una temporada, para que, mediante nuestras charlas, pueda aprender el acento inglés; y desearía que me indicara cuando cometa error, incluso el más mínimo, en mi hablar. Siento que haya tenido que ausentarme tanto tiempo hoy; pero sabrá usted, lo sé, perdonar a alguien que tiene tantos asuntos importantes de los que ocuparse.

Por supuesto, afirmé que lo entendía con todo el énfasis que fui capaz de reunir, y pregunté si me daba su permiso para entrar en aquella habitación cuando lo deseara.

—Sí, por supuesto —respondió él—. Puede visitar cualquier parte del castillo que se le antoje, excepto allí donde las puertas estén cerradas, donde, por supuesto, no deseará ir. Hay motivos para que las cosas sean como son; si viera usted con mis ojos, o supiera lo que yo sé, quizá lo entendería mejor.

Dije que estaba convencido de ello, y él prosiguió:

—Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestras costumbres no son sus costumbres, y habrá muchas cosas que a usted le resulten extrañas. ¡Qué digo! A juzgar por lo que ya me ha contado sobre sus experiencias, seguro que puede hacerse una idea de lo extrañas que pueden llegar a ser aquí las cosas.

Esto dio pie a una larga conversación. Y puesto que resultaba evidente que el Conde quería hablar, aunque sólo fuera por el puro placer de charlar, le hice muchas preguntas relacionadas con los sucesos que había vivido o que me habían llamado la atención. A veces evitaba algún tema o desviaba la conversación fingiendo que no me entendía, pero en general respondió a todo lo que le pregunté con la mayor franqueza. Después, a medida que fue avanzando la tarde, me volví algo más osado y le interrogué acerca de algunos de los extraños sucesos de la noche anterior; como, por ejemplo, ¿por qué había ido el cochero a los lugares en los que habíamos visto las llamas azules? ¿Era realmente cierto que señalaban lugares en los que había oro enterrado? Él me explicó entonces que existía una creencia muy extendida, según la cual en cierta noche del año (de hecho, la noche anterior, cuando se supone que todos los espíritus malignos campan a sus anchas) una llama azul aparece sobre todos los lugares en los que hay un tesoro enterrado.

—No puede existir la menor duda de que hay tesoros enterrados en la región por la que vino anoche —continuó—, ya que los valacos, los sajones y el turco han luchado durante siglos por ella. ¡Vaya! No queda ni un solo palmo de tierra en toda esta región que no haya sido regado con la sangre de patriotas o invasores. Hace mucho tiempo, en aquellos tumultuosos días en los que los austríacos y los húngaros llegaban con sus hordas, los patriotas (hombres y mujeres, los ancianos y los niños también) se alzaban para ir a su encuentro y esperaban su llegada apostados sobre los pasos, en lo más alto de los peñascos, para sembrar

la destrucción entre ellos con sus avalanchas artificiales^[25]. Cuando finalmente el invasor triunfó, lo que encontró fue muy poco, pues todo lo que tenían había encontrado refugio en el amistoso suelo.

—¿Pero cómo es posible —dije yo— que ese oro haya permanecido tanto tiempo sin ser descubierto, cuando existen señales inequívocas que permitirían a cualquiera encontrarlo sólo con que se tomara la molestia de mirar?

El Conde sonrió, y sus labios dejaron al descubierto las encías, permitiendo que asomaran sus largos y afilados caninos.

—¡Porque en el fondo el campesino es un cobarde y un necio! —respondió—. Esas llamas sólo aparecen una noche. Y esa noche ningún hombre de este país renunciará, si puede evitarlo, a buscar cobijo tras cuatro paredes. Es más, querido caballero, incluso en el caso de que lo hiciera, no sabría a qué atenerse. ¡Vaya! Seguro que ni siquiera ese campesino que, según me ha contado usted, marcó el lugar en el que se encontraba la llama, sabría después dónde buscar a la luz del día^[26]. Me atrevería a jurar que tampoco usted sería capaz de encontrar esos lugares de nuevo.

—Tiene usted razón —admití—. Un muerto tendría tanta idea como yo de por dónde empezar a buscar.

A continuación pasamos a otros asuntos.

—Vamos —dijo al fin el Conde—, hableme de Londres y de esa casa que han adquirido para mí.

Excusándome por mi dejadez, fui a mi dormitorio a buscar los papeles que llevaba en mi maletín. Mientras los ordenaba, oí un entrecuchar de porcelana y plata en la estancia de al lado y, al pasar por ella, comprobé que alguien había recogido la mesa y encendido la lámpara, ya que para entonces estaba sumida en la oscuridad. Las lámparas también habían sido encendidas en el estudio o biblioteca, donde encontré al Conde recostado en el sofá, leyendo, de entre todas las cosas del mundo, una Guía Bradshaw de Inglaterra^[27]. Cuando entré, despejó la mesa de libros y periódicos y procedimos a repasar los planos, escrituras y todo tipo de cifras. Nada dejaba de interesarle, y me hizo un millar de preguntas relacionadas con la propiedad y sus alrededores. Evidentemente, había estudiado de antemano el tema del vecindario a través de los documentos que había conseguido reunir, ya que al final resultó que sabía al respecto mucho más que yo. Cuando se lo indiqué, respondió:

—Bueno, amigo mío, ¿acaso no es completamente necesario que así sea? Cuando vaya allí, estaré completamente solo, y mi amigo Harker Jonathan... no, discúlpeme, caigo en la costumbre de mi país de poner el patronímico delante... Mi amigo Jonathan Harker ya no estará a mi lado

para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a millas de distancia^[28], trabajando probablemente en asuntos legales con mi otro amigo, Peter Hawkins. ¡Así pues...!

Repasamos concienzudamente todos los detalles de la compra de la propiedad en Purfleet^[29]. Después de haberle descrito los procedimientos y haber obtenido su firma en los papeles que la requerían, preparé una carta para enviárselos al señor Hawkins. Finalmente, el Conde me preguntó cómo había dado con un lugar tan apropiado. Le leí las notas que había tomado en su momento, y que transcribo a continuación:

«He encontrado un lugar que parece cumplir con los requisitos necesarios en un camino vecinal de Purfleet. Un cartel ruinoso indicaba que el lugar estaba a la venta. Está completamente rodeado por un alto muro, de estructura antigua, levantado con enormes piedras, que lleva años sin ser reparado. Las puertas son de roble viejo y hierro comido por el óxido.

»La propiedad se llama Carfax, sin duda una corrupción del antiguo *Quatre Face*^[30], ya que la casa tiene cuatro fachadas, de acuerdo a los cuatro puntos cardinales de la brújula. Ocupa en total unos veinte acres, completamente rodeados por el sólido muro de piedra ya mencionado. Hay muchos árboles, por lo que en algunas zonas es sombría, y también hay un profundo y oscuro estanque, o pequeño lago, evidentemente alimentado por algunos arroyos, pues el agua es cristalina y fluye en una corriente de considerables proporciones. La casa es muy grande y se remonta, diría yo, a tiempos medievales, ya que parte de la misma está construida con bloques de piedra de gran espesor y sólo tiene un par de ventanas en lo más alto, enrejadas con barrotes de hierro. Parece haber formado parte de una fortaleza, y se encuentra cerca de una vieja capilla o iglesia en la que no pude entrar, ya que no tenía la llave de la puerta que conduce a ella desde la casa, pero he tomado vistas desde diferentes ángulos con mi Kodak^[31]. A la casa se le han hecho algunos añadidos, pero sin orden ni concierto, y sólo puedo hacer un cálculo aproximado de la cantidad de terreno que ocupa realmente, que debe ser enorme. Sólo hay un par de casas en los alrededores, siendo una de ellas una gran mansión recientemente construida y convertida en manicomio privado. No es visible, en todo caso, desde los terrenos de Carfax».

Cuando terminé de leer mi descripción, el Conde comentó:

—Me alegra que sea vieja y grande. Yo mismo provengo de una familia centenaria, y vivir en una casa nueva me mataría. Una casa no se hace habitable en un día; y, después de todo, qué pocos días hacen un siglo. Me alegra que haya una capilla antigua. A nosotros, los nobles transilvanos, no nos agrada pensar que nuestros huesos puedan acabar reposando entre los de los muertos comunes. No busco alegría, ni risas, ni la brillante voluptuosidad de la luz del sol y las aguas cristalinas, que

tanto complacen a los jóvenes y alegres. Yo ya no soy joven. Y mi corazón, después de tantos años agotadores de llorar a los muertos, no está en consonancia con la risa. Más aún, los muros de mi castillo se agrietan, abundan las sombras y el viento exhala su frío aliento a través de las derruidas almenas y ventanales. Amo las sombras y la penumbra, y quisiera estar a solas con mis pensamientos siempre que me plazca.

De algún modo sus palabras y su aspecto no parecían concordar, o acaso fuera su peculiar rostro, que hacía que su sonrisa pareciera maligna y saturnal.

Poco después, con una excusa, me dejó a solas, solicitándome que recopilara mis papeles. Viendo que su ausencia se prolongaba, empecé a hojear algunos de los libros que me rodeaban. Uno era un atlas que, según descubrí, se abría automáticamente por la página dedicada a Inglaterra, como si ese mapa hubiera sido consultado con frecuencia. Al observarlo más detenidamente pude ver que ciertos lugares habían sido señalados con pequeños círculos, y al examinarlos me di cuenta de que uno de ellos marcaba evidentemente la situación de la nueva propiedad del Conde, puesto que se encontraba cerca de Londres, hacia el este; los otros dos eran Exeter y Whitby, en la costa de Yorkshire.

Había pasado casi una hora cuando regresó el Conde.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Aún enfrascado en los libros? ¡Bien! Pero no debería trabajar siempre. Venga, me han comunicado que su cena está lista.

Me tomó del brazo y fuimos a la habitación de al lado, donde encontré una excelente cena ya dispuesta en la mesa. Una vez más, el Conde se disculpó por no acompañarme, ya que, según dijo, había cenado en el rato que había tenido que ausentarse de la casa. Pero se sentó, igual que la noche anterior, a charlar mientras yo comía. Cuando terminé de cenar fumé, también como la noche anterior, y el Conde me acompañó durante horas charlando y haciendo preguntas sobre cualquier tema imaginable. Me pareció que realmente se estaba haciendo muy tarde, pero no dije nada, puesto que me sentía en la obligación de complacer los deseos de mi anfitrión. No tenía sueño, pues el largo descanso de la noche anterior me había fortalecido; pero no pude evitar sentir ese escalofrío que le sobreviene a uno al despuntar el alba, y que es, a su modo, como el cambio de la marea. Dicen que aquellas personas que están próximas a la muerte, fallecen generalmente al despuntar el alba o con el cambio de la marea; cualquiera que haya experimentado, agotado y obligado por las circunstancias, este cambio en la atmósfera, bien podrá creerlo. En ese momento oímos el canto del gallo ascendiendo con estridencia sobrenatural a través del límpido aire de la mañana; el Conde Drácula, poniéndose en pie de un salto, dijo:

—¡Vaya, ya se ha vuelto a hacer de día! ¡Qué descuidado soy dejando que trasnoche usted tanto! Debe hacer menos interesante su conversación sobre mi adorado nuevo país, Inglaterra, de modo que no olvide cómo vuela el tiempo.

Y, tras hacer una cortés reverencia, se marchó.

Me dirigí a mi dormitorio y descorrí las cortinas, pero había poco que ver; mi ventana daba al patio; todo lo que pude ver fue el cálido gris del cielo iluminándose gradualmente. Así que he vuelto a echar las cortinas y he escrito la entrada de hoy.

8 de mayo . —Había empezado a temer, mientras escribía este diario, que pudiera acabar siendo demasiado disperso; pero ahora me alegra haber entrado en detalles desde el principio, pues hay algo tan extraño en este lugar y en todo lo que se oculta en su interior, que no puedo evitar sentirme intranquilo. Cómo desearía encontrarme sano y salvo lejos de aquí, o no haber venido nunca. Podría ser que esta extraña existencia nocturna esté empezando a afectarme; ¡pero ojalá sólo fuera eso! Si al menos hubiera aquí alguien con quien hablar, podría aguantarlo, pero no hay nadie más. ¡Sólo puedo hablar con el Conde, y él...! Temo que en este lugar no haya más almas que la mía. Permítaseme ser tan prosaico como puedan serlo los hechos; me ayudará a soportarlos mejor, y mi imaginación no debe desbocarse. Si lo hiciera, estoy perdido. Permítaseme aclarar de inmediato en qué situación me encuentro... o creo encontrarme.

Sólo llevaba un par de horas durmiendo cuando, sintiendo que no podría dormir más, me levanté. Colgué de la ventana mi espejito de viaje y estaba empezando a afeitarme. De repente noté que una mano se posaba sobre mi hombro, y oí la voz del Conde dándome los buenos días. Me sobresalté, pues me sorprendió no haberle visto entrar, a pesar de que el reflejo del espejo mostraba toda la habitación a mis espaldas. Al sobresaltarme me corté ligeramente, pero en ese momento no me di cuenta. Tras haber respondido al saludo del Conde, me volví de nuevo hacia el espejo para intentar comprender cómo podía haberme equivocado. Esta vez no había lugar a error, pues el Conde estaba tan cerca de mí que podía verle por encima de mi hombro. ¡Pero no había ningún reflejo suyo en el espejo! ¡Aunque veía toda la habitación a mis espaldas, no había rastro de ningún hombre en ella aparte de mí! Esto me alarmó sobremanera y, como colofón a tantas otras cosas extrañas, estaba comenzando a incrementar esa vaga sensación de inquietud que siempre tengo cuando el Conde está cerca; pero en ese instante me fijé en que el corte había sangrado un poco, y que la sangre goteaba de mi barbilla. Dejé la cuchilla y me di media vuelta para buscar un trozo de esparadrapo. Cuando el Conde me vio el rostro, sus ojos ardieron con una especie de furia demoníaca y me agarró de repente de la garganta. Yo retrocedí y su mano rozó el rosario del que cuelga el crucifijo. Esto provocó un cambio instantáneo en él, pues su furia desapareció tan rápido que me resultó difícil creer que alguna vez hubiera estado allí.

—Tenga cuidado —me dijo—. Tenga mucho cuidado de no cortarse. Es más peligroso de lo que usted imagina en este país.

Después, viendo el espejito de afeitar, añadió:

—Y éste es el miserable objeto que ha causado el daño. Una repugnante baratija al servicio de la vanidad humana. ¡Fuera de aquí! —y abriendo la pesada ventana con un tirón de su terrible mano, arrojó el espejo al exterior, donde se deshizo en añicos contra las piedras del patio. Después se retiró sin mediar palabra. Es un auténtico inconveniente, pues no veo cómo voy a afeitarme ahora a menos que utilice el estuche de mi reloj o el fondo de la bacía, que afortunadamente es de metal.

Cuando fui al comedor el desayuno estaba preparado, pero no pude encontrar al Conde por ninguna parte. De modo que desayuné a solas. Resulta muy extraño que hasta ahora no haya visto aún comer o beber al Conde. ¡Debe de ser un hombre muy singular! Tras terminar el desayuno exploré un poco el castillo. Salí a las escaleras y encontré una habitación con vistas al sur. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba podía apreciarla en su totalidad. El castillo está situado al borde mismo de un terrible precipicio. ¡Una piedra que cayera desde la ventana se precipitaría mil pies sin tocar nada! Un mar de verdes copas se extiende hasta donde alcanza la vista, con profundas grietas ocasionales allí donde se abre un abismo. De vez en cuando pueden verse los hilos de plata de los ríos que serpentean en profundas gargantas a través de los bosques.

Pero no me siento con ánimos para describir estas bellezas, pues cuando terminé de admirar la vista, continué explorando; puertas, puertas, puertas por todas partes, y todas ellas cerradas y acerrojadas. Salvo las ventanas que se abren en los muros del castillo, no hay ninguna salida disponible.

El castillo es una auténtica prisión, ¡y yo soy su prisionero!

Capítulo III

DIARIO DE JONATHAN HARKER

(continuación)

Cuando descubrí que era un prisionero, me invadió una especie de locura. Subí y bajé a la carrera las escaleras, probando todas y cada una de las puertas que pude encontrar y mirando por cada ventana; pero al poco rato la convicción de que me encontraba en un estado de indefensión total triunfó sobre todo lo demás. Echando la vista atrás, ahora que han transcurrido un par de horas, pienso que debo de haberme vuelto realmente loco, pues me comporté de un modo muy similar a como lo hace una rata atrapada en una trampa. Cuando, en todo caso, la convicción de que estaba indefenso se ha apoderado de mí, me he sentado tranquilamente (tan tranquilamente como nunca lo haya estado en mi vida) y me he puesto a pensar en qué hacer a continuación. Aún sigo pensando, y todavía no he llegado a ninguna conclusión categórica. Sólo de una cosa estoy seguro: que no servirá de nada transmitirle mi convicción al Conde. Bien sabe él que me tiene prisionero; y puesto que él es quien así lo ha dispuesto, y que sin duda tendrá sus propios motivos para ello, confiar en él todos los hechos sólo me procuraría nuevos engaños. A mi juicio, el único curso de acción posible es guardarme mis conocimientos y mis temores para mí mismo y mantener los ojos bien abiertos. Sé perfectamente que o bien me estoy dejando engañar como un niño por mis propios temores, o bien me encuentro en una situación desesperada; de ser esto último, necesito, y necesitaré, de todo mi ingenio para sobrevivir. Apenas había llegado a esta conclusión cuando oí cerrarse la gran puerta de abajo, y supe que el Conde había regresado. Como no vino de inmediato a la biblioteca, me dirigí cautelosamente hasta mi habitación y le descubrí haciendo la cama. Esto era raro, pero sólo confirmó lo que ya había sospechado desde un principio: que no había sirvientes en la casa. Me aseguré de ello más tarde, cuando le observé a través del hueco de los goznes de la puerta preparando la mesa en el comedor; pues si él en persona realiza todas estas tareas domésticas, es prueba incontestable de que no hay nadie más para encargarse de hacerlas. Esto me produjo inquietud, pues si no hay nadie más en el castillo, debió de ser el Conde en persona quien condujo el coche que me trajo hasta aquí. ¡Qué idea tan terrible! Pues, de ser así, ¿qué significa que pudiera controlar a los lobos, tal como lo hizo, con sólo alzar su mano en silencio? ¿Cuál era el motivo de que todo el mundo en Bistritz y todos los pasajeros de la diligencia temieran tan terriblemente por mí? ¿Qué significaba la entrega del crucifijo, del ajo, de la rosa silvestre, de la rama de fresno? ¡Bendita sea aquella buena, buena mujer que colgó el crucifijo en torno a mi cuello!

Pues cada vez que lo toco, me ofrece fuerza y consuelo. No deja de ser extraño que un objeto que me han enseñado a contemplar desfavorablemente como idólatra, pueda en momentos de soledad y turbación servir de ayuda. ¿Acaso hay algo en la esencia del objeto en sí mismo, o es que funciona como medio, como ayuda tangible, para conjurar recuerdos de simpatía y consuelo? Algún día, de ser posible, debo analizar este fenómeno e intentar formarme una opinión sobre él. Mientras tanto, debo averiguar todo lo que pueda sobre el Conde Drácula, ya que podría ayudarme a entender. Esta noche podría hablar de sí mismo, si llevo la conversación en esa dirección. Tengo que ser muy cuidadoso, en todo caso, para no despertar sus sospechas.

Medianoche . —He mantenido una larga charla con el Conde. Le he hecho un par de preguntas acerca de la historia de Transilvania y el tema le ha animado de manera asombrosa. Al mencionar sucesos y gente, y especialmente batallas, habló como si hubiera estado presente en todas ellas. Después explicó su entusiasmo afirmando que, para un *boyardo* , el orgullo de su casa y su linaje es su propio orgullo, que su gloria es su gloria, que su destino es su destino. Siempre que se refería a su linaje decía «nosotros», casi utilizando el plural mayestático. Ojalá pudiera anotar todo lo que dijo tal y como lo dijo, pues para mí resultó del todo fascinante. Parecía contener en su persona toda la historia del país. Se fue excitando a medida que iba hablando y recorrió la habitación tirando de su gran mostacho blanco y agarrando cualquier objeto que quedara a su alcance como si fuera a aplastarlo con su tremenda fuerza. Una cosa dijo que intentaré anotar tan fielmente como pueda; pues cuenta, a su modo, la historia de su raza:

—Nosotros los szekler nos hemos ganado el derecho a ser orgullosos, pues por nuestras venas fluye la sangre de muchas razas valientes que lucharon, como lucha el león, por la soberanía. Hasta aquí, centro del remolino de las razas europeas, la tribu de los ugrios^[32] trajo consigo desde Islandia el espíritu batallador legado por Thor y Wodin^[33] , que con feroz intensidad desplegaron sus *berserkers* ^[34] en las costas de Europa; sí, y en las de Asia y Africa también, hasta que las gentes pensaron que los mismísimos hombres-lobo habían desembarcado. Y cuando por fin llegaron aquí, a quiénes encontraron si no a los hunos, cuya furia guerrera había barrido la tierra como una lengua de fuego, hasta que los pueblos moribundos creyeron que por sus venas corría la sangre de aquellas viejas brujas que, tras ser expulsadas de Escitia, habían copulado con los diablos en el desierto^[35] . ¡Necios, necios! ¿Qué diablo o qué bruja fue jamás tan grande como Atila, cuya sangre corre por estas venas? —dijo elevando los brazos—. ¿Es sorprendente acaso que seamos una raza conquistadora; que seamos orgullosos; que cuando el magiar, el lombardo, el ávaro, el búlgaro, o el turco hayan enviado a sus legiones contra nuestras fronteras, les hayamos rechazado? ¿Acaso es de extrañar que después de que Arpad^[36] y sus legiones hubieran arrasado la madre patria húngara, nos encontraran aquí al alcanzar la frontera? ¿Acaso es de extrañar que su *honfoglalas* terminara aquí? ¿O que cuando la oleada húngara barriera Oriente, los

szekler fueran agasajados como hermanos de sangre de los victoriosos magiares, y que fuera a nosotros a quienes se les confiara durante siglos la protección de la frontera con Turquía^[37] ? O, mejor dicho, el interminable deber de proteger la frontera, pues, como dice el turco, «el agua duerme, pero el enemigo es insomne». ¿Quién de entre las Cuatro Naciones^[38] recibió con más alegría que nosotros la «espada sangrienta^[39] », y quién se agrupó con mayor presteza bajo el estandarte del Rey en respuesta a su llamada guerrera? Cuando fue redimida la gran vergüenza de mi nación, la vergüenza de Cassova^[40] , en la que las banderas de valacos y magiares cayeron ante la Media Luna; ¿quién si no uno de mi propia raza fue el que, como *voivoda* , cruzó el Danubio y derrotó al turco en su propio terreno^[41] ? ¡Así es, fue un Drácula! ¡Qué vergüenza que fuera su propio e indigno hermano quien, cuando él hubo caído, vendiera a su pueblo al turco y trajera la vergüenza y la esclavitud sobre él^[42] ! ¿No fue acaso este Drácula el que inspiró a otro de su raza quien, tiempo después, condujo a sus fuerzas una y otra vez al otro lado del río, a Turquía; quien, a pesar de ser rechazado, regresó una y otra y otra y otra vez, aunque tuviera que volver completamente solo del ensangrentado campo de batalla en el que sus tropas estaban siendo masacradas, puesto que sabía que sólo él podría, en última instancia, triunfar^[43] ? Dijeron que sólo pensaba en sí mismo. ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un líder? ¿En qué acaba una guerra sin un cerebro y un corazón que la guíen? Y una vez más, cuando nos sacudimos el yugo del húngaro tras la batalla de Mohacs^[44] , nosotros los de la sangre de Drácula nos contamos entre sus dirigentes, pues nuestro espíritu no cejaría mientras no fuéramos libres. Ah, joven caballero, los szekler (y los Drácula, como la sangre que hace palpar sus corazones, sus cerebros y sus espadas) pueden jactarse de un historial que esos Habsburgo y esos Romanoff^[45] nunca podrán alcanzar aunque sigan multiplicándose como hongos. Los días de guerrear han terminado. La sangre es demasiado preciosa en estos tiempos de paz deshonrosa, y las glorias de las grandes razas son sólo una historia que contar.

Para entonces estaba empezando a despuntar el alba, y nos retiramos a la cama. (*Mem.* , este diario se parece horrores al comienzo de *Las mil y una noches* , pues todo debe interrumpirse con el canto del gallo... como la aparición del fantasma del padre de Hamlet^[46]).

12 de mayo . —Permítaseme empezar con hechos... hechos escuetos y sin adornar, verificados por libros y cifras, de los que no puede haber duda alguna. No debo confundirlos con experiencias basadas en mis propias observaciones ni con mis recuerdos. Anoche, cuando el Conde llegó de sus aposentos, empezó haciéndome preguntas acerca de asuntos legales y sobre los procedimientos habituales en cierto tipo de negocios. Yo había pasado el día aburrido entre libros y, sencillamente para ocupar mi mente en algo, había estado repasando algunos de los temas sobre los que había tenido que examinarme en el Lincoln's

Inn^[47] . Había cierto método en las inquisiciones del Conde, por lo que trataré de anotarlas en secuencia; el conocimiento podría llegar a serme útil de algún modo o en algún momento^[48] .

Primero, me preguntó si un hombre en Inglaterra podría tener dos notarios o más. Le dije que podría tener una docena si así lo deseaba, pero que no sería inteligente tener a más de un notario dedicado a una única transacción, ya que sólo uno podría ocuparse del caso y cambiar en pleno proceso iría a ciencia cierta en contra de sus propios intereses. Pareció entenderlo perfectamente y pasó a preguntar si existiría alguna dificultad práctica en el hecho de tener a un notario dedicado en exclusiva, digamos, a las transacciones bancarias, y a otro ocupándose de organizar envíos por barco, en previsión de que se necesitara mano de obra local en algún lugar alejado del hogar del primero. Le pedí que se explicara con más claridad, para no correr el riesgo de aconsejarle mal, de modo que dijo:

—Le pondré un ejemplo. Su amigo, y también mío, el señor Peter Hawkins, a la sombra de su bella catedral de Exeter, lejos de Londres, compra para mí, a través de su amable mediación, una mansión en Londres. ¡Bien! Ahora deje que le diga con franqueza, no vaya a parecerle a usted extraño que me haya procurado los servicios de alguien tan alejado de Londres, en vez de los de un residente, que mi motivo fue precisamente que ningún interés local pudiera ser satisfecho al margen de mis deseos; y ya que un londinense podría haber buscado quizá un beneficio propio, o el de un amigo, procedí pues de este modo a buscar un agente cuya labor pudiera obrar únicamente en mi interés. Ahora supongamos que yo, que tengo muchos y variados negocios, deseara embarcar bienes, digamos, rumbo a Newcastle, o a Durham, o a Harwich, o a Dover. ¿No podría ser que me facilitara las cosas el consignar a una persona diferente en cada uno de estos puertos?

Respondí que ciertamente sería lo más fácil, pero que los notarios tenemos un sistema de colaboración entre nosotros, según el cual los trabajos locales pueden seguir realizándose localmente si bien siguiendo las instrucciones de cualquier notario, de modo que el cliente, poniéndose sencillamente en manos de un solo hombre, pueda ver cumplidos sus deseos sin mayores complicaciones.

—Pero —intervino él— tendría libertad para dar las instrucciones yo mismo, ¿no es así?

—Por supuesto —respondí—; y eso suelen hacer a menudo los hombres de negocios que no quieren que todos sus asuntos estén en conocimiento de una sola persona.

—¡Bien! —dijo él, y a continuación me preguntó acerca de los procedimientos que había que seguir a la hora de preparar envíos, los impresos que había que rellenar, y todo tipo de dificultades que pudieran surgir, pero que pudieran prevenirse de antemano. Se lo expliqué todo lo mejor que supe y él me dejó con la impresión de que realmente podría

ser un notario fantástico, pues no había nada que no hubiera previsto o en lo que no hubiera pensado ya. Para ser un hombre que nunca había visitado el país y que evidentemente no trataba mucho en el mundo de los negocios, su conocimiento y perspicacia resultaban prodigiosos. Cuando su curiosidad quedó satisfecha en todos estos puntos, y yo lo verifiqué lo mejor que pude con los libros que tenía a mi disposición, el Conde se levantó de repente y dijo:

—¿Ha escrito desde su primera carta a nuestro amigo el señor Peter Hawkins, o a cualquier otra persona?

Respondí con cierta amargura que no, que hasta entonces no había tenido oportunidad de escribirle cartas a nadie.

—Entonces escriba ahora, mi joven amigo —me dijo poniendo una pesada mano sobre mi hombro—; escriba a nuestro amigo, y a cualquier otro, y comuníquelos, si tiene a bien, que permanecerá aquí conmigo un mes a partir del día de hoy.

—¿Desea que me quede tanto tiempo? —pregunté con el corazón encogido ante aquella perspectiva.

—Lo deseo enormemente; es más, no aceptaré ninguna negativa. Cuando su amo, patrón, o como quiera llamarlo, se comprometió a enviar aquí a alguien en su nombre, quedó entendido que sólo mis necesidades serían tenidas en cuenta. Y yo no he escatimado nada. ¿No es así?

¿Qué podía hacer sino asentir en muestra de aceptación? Se trataba de los intereses del señor Hawkins, no de los míos, y tenía que pensar en él, no en mí mismo; además, mientras el Conde Drácula hablaba, vi algo en sus ojos y en su porte que me hizo recordar que yo era su prisionero, y que si él así lo deseaba, podía no dejarme opción. El Conde vio su victoria en mi asentimiento, y su dominio en la turbación de mi rostro, pues empezó a hacer uso de ellos de inmediato, si bien a su propio modo zalamero e irresistible:

—Le ruego, mi buen joven amigo, que no mencione en sus cartas nada que no tenga que ver con los negocios. Sin duda complacerá a sus amigos saber que se encuentra usted bien y que está deseando volver a casa con ellos, ¿no es así?

Mientras decía esto me entregó tres folios y tres sobres, todos del más fino papel. Viéndolos, y viéndole luego a él, y apercibiéndome de su tranquila sonrisa, con los afilados colmillos destacando sobre el rojo labio inferior, entendí tan bien como si lo hubiera dicho en voz alta que debía tener cuidado con lo que escribía, pues sería capaz de leerlo. De modo que decidí limitarme por el momento a escribir unas notas formales, pero escribir en secreto y en detalle al señor Hawkins, y también a Mina, pues a ella podía escribirle en taquigrafía, que confundiría al Conde en caso de verla. Después de escribir mis dos

cartas me senté en silencio a leer un libro, mientras el Conde escribía varias notas para las que fue consultando algunos de los volúmenes que tenía sobre la mesa. Después tomó mis dos cartas, las unió a las suyas y recogió sus útiles de escritura. En el instante en el que la puerta se cerró tras él, me incliné a observar las cartas, que estaban vueltas sobre la mesa. No sentí escrúpulos al obrar así, pues dadas las circunstancias sentí que debía protegerme a mí mismo de todos los modos que estuvieran a mi alcance.

Una de las cartas estaba dirigida a Samuel F. Billington, nº 7 de la calle Crescent, Whitby; otra a *Herr* Leutner, Varna; la tercera era para Coutts & Co., Londres, y la cuarta para *Herren* Klopstock & Billreuth, banqueros, Buda-Pest. La segunda y cuarta aún estaban abiertas. Estaba a punto de echarles un vistazo cuando vi girar el pomo de la puerta. Volví a sentarme en mi asiento con el tiempo justo para colocar las cartas tal como las había encontrado y para retomar mi libro antes de que el Conde, sosteniendo aún una carta más en su mano, entrara en la habitación. Recogió las cartas de la mesa, las lacró concienzudamente, y después, volviéndose a mí, dijo:

—Confío en que sabrá perdonarme, pero esta noche tengo mucho trabajo que hacer en privado. Espero que lo encontrará todo a su gusto.

Al llegar a la puerta se volvió hacia mí y, tras una pausa momentánea, añadió:

—Deje que le dé un consejo, mi querido joven amigo... Mejor aún, déjeme advertirle muy seriamente de que en el caso de que abandone usted estas habitaciones, no deberá dormir bajo ninguna circunstancia en ninguna otra parte del castillo. Es viejo y tiene muchos recuerdos. Malos sueños esperan a aquellos que duermen imprudentemente. ¡Queda avisado! En caso de que ahora o en cualquier otro momento le venciera el sueño, o estuviera a punto de hacerlo, apresúrese a regresar a su propia cámara o a alguna de estas habitaciones, pues de ese modo podrá descansar sano y salvo. Pero si no se anda con cuidado a este respecto, entonces...

Terminó su advertencia de un modo horrible, pues hizo un gesto como de lavarse las manos. Capté perfectamente su significado. Mi única duda ahora es si algún sueño puede ser más terrible que la antinatural y horrible red de oscuridad y misterio que parece estar cerrándose a mi alrededor.

Más tarde . —Ratifico las últimas palabras escritas, pero esta vez ya no cabe ninguna duda. No temeré dormir en ningún lugar en el que no esté él . He colocado el crucifijo en la cabecera de mi cama... Imagino que así mi descanso permanecerá libre de pesadillas; y ahí se quedará.

Cuando el Conde me dejó a solas fui a mi dormitorio. Al cabo de un rato, al no oír ningún ruido, salí y subí las escaleras de piedra para mirar hacia el sur. Aquella vasta expansión, aun siendo inaccesible para mí,

me provocaba una especie de sensación de libertad, en comparación con la estrecha oscuridad del patio. Contemplando el exterior de esta manera, sentí que realmente me hallaba en una prisión, y sentí la necesidad de respirar un soplo de aire fresco, aunque fuera nocturno. Empiezo a notar que esta existencia nocturna me está pasando factura. Está destruyendo mi entereza. Mi propia sombra me provoca sobresaltos, y me asaltan todo tipo de horribles figuraciones. ¡Dios sabe que en este condenado lugar hay fundamentos de sobra para cualquier miedo terrible! Contemplé el bello paisaje, bañado por la suave luz amarilla de la luna, hasta que casi hubo tanta claridad como si fuese de día. Bajo la suave luz, las colinas distantes se fundían entre sí, y las sombras en los valles y las gargantas se tornaban de un negro aterciopelado. La mera contemplación de aquella belleza parecía alegrar mi espíritu; y había paz y consuelo en cada bocanada de aire que tomaba. Al inclinarme por encima de la ventana, me llamó la atención algo que se movía un piso por debajo de mí, hacia la izquierda, donde imaginaba, teniendo en cuenta la distribución de las habitaciones, que estarían las ventanas de los aposentos del Conde. La ventana a la que yo estaba asomado era alta y profunda, dividida por un parteluz de piedra y, aunque desgastada por las inclemencias del tiempo, aún estaba entera; aunque, evidentemente, las molduras hacía mucho tiempo que habían desaparecido. Retrocedí ocultándome tras la cantería, y observé cuidadosamente.

Lo que vi fue la cabeza del Conde asomando por la ventana. No vi su rostro, pero era reconocible por el cuello y el movimiento de sus brazos y espalda. En cualquier caso, no podía equivocarme con aquellas manos que tantas oportunidades había tenido de estudiar. Al principio me sentí interesado y en cierto modo entretenido, pues resulta asombroso lo poco que hace falta para entretener a un hombre cuando está prisionero. Pero mis sentimientos se tornaron repulsión y terror cuando vi todo su cuerpo emerger lentamente por la ventana y empezar a descender reptando por el muro del castillo, *cabeza abajo* sobre aquel terrible abismo, con su capa ondulando a su alrededor como unas enormes alas. Al principio no pude creer lo que veían mis ojos. Pensé que se trataba de un engaño provocado por la luz de la luna, algún efecto óptico de las sombras; pero continué observando, y no podía ser ninguna ilusión. Vi los dedos de manos y pies agarrar las esquinas de las piedras, desprovistas de mortero tras el desgaste de los años, y así, sirviéndose de todo saliente e irregularidad, descender a velocidad considerable, igual que un lagarto recorre una pared.

¿Qué clase de hombre es éste, o qué clase de criatura es ésta bajo la apariencia de un hombre? Siento el espanto de este horrible lugar sobrecogiéndome; tengo miedo, un miedo terrible, y no tengo escapatoria; estoy cercado por terrores en los que no me atrevo a pensar...

15 de mayo . —Una vez más he visto al Conde salir como un lagarto. Se dirigió hacia la izquierda, descendiendo diagonalmente unos cien pies, y desapareció a través de algún agujero o ventana. Cuando su cabeza

desapareció, me incliné hacia fuera para intentar ver más, pero sin resultado... la distancia era demasiado grande para permitir un adecuado ángulo de visión. Sabía que ahora había dejado el castillo, y pensé aprovechar la oportunidad para explorar más de lo que hasta entonces me había atrevido. Regresé a la estancia y, tomando una lámpara, intenté abrir todas las puertas. Tal y como había esperado, estaban todas cerradas con llave, y las cerraduras eran nuevas. Descendí las escaleras de piedra hasta llegar al recibidor por el que había entrado la primera noche, y descubrí que podía descorrer los cerrojos con bastante facilidad, así como desenganchar las grandes cadenas; pero la puerta estaba cerrada, ¡y la llave no estaba! El Conde debe de guardarla en su habitación; tengo que comprobar si su puerta está cerrada o no, por si pudiera conseguirla y escapar. A continuación examiné minuciosamente varias escaleras y pasadizos, e intenté abrir las puertas que encontré en ellos. Cerca del recibidor había una o dos habitaciones pequeñas que estaban abiertas, pero no había en ellas nada que ver salvo muebles viejos, polvorientos con los años y roídos por las polillas. Finalmente, en cualquier caso, encontré una puerta situada en lo alto de una escalera que, aunque parecía estar cerrada, cedió un poco al presionarla. Lo intenté con más fuerza, y descubrí que no estaba realmente cerrada, sino que la resistencia se debía a que las bisagras habían cedido, y que la pesada puerta descansaba sobre el suelo. Se me presentaba una oportunidad que quizá no volvería a tener, de modo que seguí empujando, y tras muchos esfuerzos conseguí forzarla lo suficiente para entrar. Me hallaba ahora en un ala del castillo situada más a la derecha de las estancias que ya conocía y un piso por debajo. Desde las ventanas pude ver que las habitaciones se extendían hacia al sur del castillo. Tanto a un lado como a otro, había un gran precipicio. El castillo estaba levantado sobre el extremo de una gran peña, de modo que era prácticamente inexpugnable por tres lados. Había grandes ventanas, situadas a una altura que ninguna honda ni arco ni culebrina podrían alcanzar, asegurando así una luz y una comodidad imposibles en una posición que necesitara ser protegida. Hacia el oeste se extendía un gran valle y más allá, elevándose en la distancia, grandes espesuras serranas dentadas en las que, montaña tras montaña, la mismísima roca aparecía tachonada de fresnos y espinos, cuyas raíces se agarraban a las grietas y huecos y resquicios de la piedra. Ésta era evidentemente la parte del castillo habitada en los días de antaño, pues el mobiliario tenía aspecto de ser más cómodo que cualquiera que hubiera visto hasta entonces. Las ventanas no tenían cortinas, y la amarillenta luz de la luna, que se derramaba a través de las celosías en forma de diamantes, le permitía a uno incluso distinguir colores, a la vez que disimulaba el abundante polvo que lo cubría todo y disfrazaba en parte los estragos del tiempo y las polillas. Mi lámpara parecía servir de poco ante la brillante luz lunar, pero me alegraba tenerla conmigo, pues aquel lugar desprendía una terrible soledad que helaba mi corazón y hacía tambalearse mi coraje. Aun así, era mejor que seguir viviendo solo en las habitaciones que había llegado a odiar debido a la presencia del Conde y, tras esforzarme un poco por controlar mis nervios, descubrí que me invadía una relajada tranquilidad. Aquí sigo, sentado frente a una pequeña mesa de madera de roble sobre la que, antaño, posiblemente alguna bella dama

escribiera, con muchos titubeos y muchos rubores, su torpe carta de amor, anotando con taquigrafía en mi diario todo lo que ha sucedido desde la última vez que lo cerré. Esto sí que es un avance del siglo XIX. Y sin embargo, a menos que mis sentidos me engañen, los viejos siglos tenían, y tienen, poderes propios que la mera «modernidad» no puede matar^[49] .

Más tarde. Mañana del 16 de mayo . —Dios proteja mi cordura, pues es lo único que me queda. La seguridad y la garantía de seguridad son cosas del pasado. Mientras siga aquí sólo puedo desear una cosa: no volverme loco, si es que, de hecho, no lo estoy ya. De seguir cuerdo, entonces es a buen seguro enajenante pensar que, de todas las cosas abominables que acechan en este odioso lugar, el Conde es la menos terrible para mí; que sólo en él puedo buscar seguridad, aunque sólo sea mientras pueda servir a sus propósitos. ¡Dios del cielo! ¡Dios misericordioso! Permite que me calme, pues realmente este camino conduce a la locura^[50] . Empiezo a ver bajo una nueva luz ciertas cosas que me habían confundido. Hasta ahora nunca había comprendido del todo qué quería decir Shakespeare cuando hizo exclamar a Hamlet:

«¡Mis cuadernos! ¡Rápido, mis cuadernos!

Es necesario que anote esto^[51] », etc.,

pues ahora, sintiendo como si mi propia mente se hubiera desquiciado o como si hubiera sufrido una impresión que necesariamente debe acabar con ella, recurro a mi diario en busca de reposo. El hábito de anotar detalladamente debe contribuir a tranquilizarme.

La misteriosa advertencia del Conde ya me había asustado en su momento; más me asusta ahora cuando pienso en ella, pues ahora el Conde tiene un temible poder sobre mí. ¡Me dará miedo dudar de lo que pueda decirme!

Cuando terminé de escribir en mi diario y volví a guardar, felizmente, el libro y la pluma en mi bolsillo, me sentí adormilado. Me vino a la memoria la advertencia del Conde, pero me dio placer desobedecerle. La sensación de sueño me rondaba, y con ella la obstinación que el sueño trae consigo como rémora. El suave claro de luna me tranquilizó, y la enorme extensión del exterior me proporcionaba una sensación de libertad que me resultó refrescante. Decidí no regresar esa noche a mis habitaciones cargadas de penumbra, sino dormir aquí, donde las damas de antaño se habían sentado y cantado, viviendo dulces vidas mientras sus gentiles pechos suspiraban por los hombres que habían partido a batallar en despiadadas guerras. Arrastré un gran sofá hasta sacarlo de su rincón y lo coloqué de modo que, al tumbarme, pudiera ver la cautivadora vista que se extendía a este y oeste. Luego, sin preocuparme por el polvo, me acomodé para dormir.

Y supongo que me quedé dormido. Eso espero, pero temo, pues todo lo que sucedió a continuación fue alarmantemente real... tan real que incluso ahora que ha llegado la mañana y me siento a plena luz del día, no puedo ni por un instante creer que fuera todo un sueño.

No estaba solo. La habitación era la misma, no había sufrido ningún cambio desde que había entrado en ella; pude ver en el suelo, iluminadas por el claro de luna, mis propias huellas marcando los lugares en los que había perturbado la larga acumulación de polvo. En el claro de la luna, frente a mí, había tres mujeres jóvenes; damas, a juzgar por sus vestidos y modales. En el preciso instante en que las vi, pensé que debía de estar soñando, pues aunque tenían la luna a sus espaldas no arrojaban sombra alguna sobre el suelo. Se acercaron a mí y me observaron un rato, y luego murmuraron entre sí. Dos eran morenas, y tenían altas narices aquilinas, como la del Conde, y enormes ojos oscuros y penetrantes, que parecían casi rojos en contraste con la palidez amarillenta de la luna. La otra era de tez clara, y tan hermosa como pueda serlo una mujer, con grandes, ondulantes masas de pelo dorado y ojos como pálidos zafiros. Por alguna razón su rostro me resultó familiar, y me pareció reconocerlo en relación a algún temor soñado, pero en aquel momento no conseguí recordar cuándo ni dónde^[52]. Los dientes de las tres eran blancos y brillantes, y relucían como perlas contra el rubí de sus voluptuosos labios. Había algo en ellas que me inquietaba, haciéndome sentir deseo y, al mismo tiempo, un miedo mortal. Sentí en mi corazón un perverso y abrasador deseo de que me besaran con esos labios rojos. No me agrada anotar esto, pues si algún día estas líneas encontraran los ojos de Mina podrían causarle dolor; pero es la verdad. Susurraron entre ellas, y después las tres rieron... una risa argentina, musical, pero tan áspera que nunca habría podido surgir de la suavidad de unos labios humanos. Era como la intolerable y cosquilleante dulzura de unas copas de cristal al ser tocadas por una mano hábil. La chica rubia sacudió la cabeza coquetamente, y las otras dos la animaron. Una dijo:

—¡Adelante! Sé la primera, y nosotras te seguiremos; tuyo es el derecho de empezar.

La otra añadió:

—Es joven y fuerte, hay besos para todas.

Yo yacía en silencio, observando por debajo de mis pestañas sumido en una agonía de deliciosa anticipación. La chica rubia avanzó y se reclinó sobre mí hasta que sentí los movimientos de su aliento. En un sentido era dulce, dulce como la miel, y me recorrió los nervios con el mismo estremecimiento que me había provocado su voz, pero con un poso amargo que yacía bajo la dulzura; una amarga repugnancia, como la que huele uno en la sangre.

Temía levantar los párpados, pero miré y vi perfectamente a través de las pestañas. La chica rubia se arrodilló y se reclinó sobre mí, recreándose a sus anchas. Actuaba con una deliberada voluptuosidad que resultaba a la vez excitante y repulsiva, y al arquear el cuello realmente se relamió los labios, como un animal, hasta que pude ver a la luz de la luna los destellos de su saliva brillando sobre los labios escarlatas y la lengua roja, mientras relamía los blancos dientes afilados. Su cabeza descendió más y más, hasta que sus labios quedaron por debajo del alcance de mi boca y mi barbilla, y parecieron a punto de engancharse en mi garganta. Entonces se detuvo, y oí el chasqueo de su lengua restallando contra sus dientes y labios, y sentí su cálido aliento en mi cuello. Entonces la piel de mi garganta empezó a cosquillear, tal y como lo hace la carne de uno cuando la mano que va a hacer las cosquillas se aproxima cada vez más... y más. Sentí el suave, tembloroso toque de los labios sobre la supersensible piel de mi garganta, y los duros picos de dos colmillos afilados, rozándome y deteniéndose ahí. Cerré los ojos en un lánguido éxtasis y esperé... esperé con el corazón palpitando.

Pero en aquel instante otra sensación me atravesó tan rápida como el rayo. Fui consciente de la presencia del Conde y de que se hallaba como envuelto en una tormenta de furia. Al abrir los ojos involuntariamente, vi su poderosa mano asir el estilizado cuello de la mujer rubia y, con la potencia de un gigante, tirar de ella hacia atrás, los azules ojos transformados por la furia, los blancos dientes mordiendo el aire con rabia, y las blancas mejillas ardiendo con el rubor de la pasión. ¡Pero el Conde! Nunca había imaginado semejante cólera y furia, ni siquiera en los demonios del averno. Sus ojos echaban literalmente chispas, y su luz roja refulgía como si las llamas del fuego infernal ardieran tras ellos. Tenía el rostro mortalmente pálido, y las líneas del mismo se marcaban con tanta intensidad que asemejaban cables tensados; las espesas cejas que se encontraban sobre la nariz parecían ahora una única barra distorsionada de metal al rojo vivo. Con un fiero barrido de su brazo, arrojó a la mujer lejos de él, y luego gesticuló en dirección a las otras, como si las estuviera azotando para que retrocedieran; era el mismo gesto imperioso que le había visto utilizar con los lobos. En un tono de voz que, aunque bajo, casi un susurro, pareció cortar el aire y luego resonar por toda la habitación, exclamó:

—¿Cómo osáis tocarle, ninguna de vosotras? ¿Cómo osáis posar vuestros ojos sobre él cuando lo he prohibido? ¡Atrás, os digo a todas! ¡Este hombre me pertenece^[53]! Guardaos mucho de tocarle, o tendréis que responder ante mí.

La chica rubia, con una risa de escabrosa coquetería, se volvió para responderle:

—Tú nunca has amado... ¡tú nunca amas!

Al oír esto las otras mujeres se unieron a ella, y por toda la habitación resonó una risa tal, tan áspera, carente de alegría y de alma, que casi

me desmayé al oírla; parecía el placer de los demonios. Entonces el Conde se volvió hacia ellas, tras observar detenidamente mi rostro, y dijo con un suave murmullo:

—Sí, también yo puedo amar; vosotras mismas lo supisteis en el pasado. ¿No es así? Bueno, os prometo que cuando haya terminado con él, podréis besarle a voluntad. ¡Pero ahora marchaos! ¡Marchaos! Debo despertarle, pues tenemos trabajos pendientes.

—¿No vamos a tener nada esta noche? —dijo una de ellas, con una risa grave, mientras señalaba un saco que él había arrojado al suelo, y que se movía como si hubiera un ser vivo en su interior. A modo de respuesta, él asintió con la cabeza. Una de las mujeres saltó hacia delante y lo abrió. Si mis oídos no me engañaron, de su interior surgieron un suspiro sofocado y una queja llorosa, como la de un niño medio ahogado. Las mujeres se arracimaron a su alrededor, mientras yo quedaba paralizado por el horror; pero mientras las observaba, desaparecieron, y con ellas el espantoso saco. No había ninguna puerta cerca de ellas, y no podrían haber pasado a mi lado sin yo percibirlo. Simplemente parecieron fundirse en los rayos lunares y pasar a través de la ventana, pues por un momento pude ver en el exterior sus vagas y sombrías siluetas antes de que desaparecieran por completo.

Entonces el horror me dominó por completo y me hundí en la inconsciencia.

Capítulo IV

DIARIO DE JONATHAN HARKER

(*continuación*)

Desperté en mi propia cama. Si no lo había soñado todo, el Conde debió de encargarse de llevarme hasta allí. Intenté llegar a alguna conclusión al respecto, pero no pude alcanzar ningún resultado incuestionable. Ciertamente, había toda una serie de pequeñas evidencias, como que mis ropas estuvieran plegadas y colocadas de un modo que no era el habitual. Mi reloj se había parado, a pesar de que tengo la rigurosa costumbre de darle cuerda todas las noches —ya que es lo último que hago antes de irme a dormir—, y muchos otros detalles por el estilo. Pero estos detalles no constituyen pruebas, pues bien podrían evidenciar que mi mente no regía como de costumbre y, por un motivo u otro, ciertamente había estado muy alterado. Debía buscar pruebas. De una cosa sí me alegro: en caso de que fuera el Conde quien me trajese hasta aquí y quien me desvistiera, debió de hacerlo con prisas, pues mis bolsillos permanecen intactos. Estoy seguro de que este diario habría representado para él un misterio que no habría tolerado. Se lo habría quedado o lo habría destruido. Cuando contemplo esta habitación, que tan llena había estado para mí de temores, veo ahora una especie de santuario, pues nada puede ser más terrible que aquellas horrendas mujeres, que esperaban (que *esperan*) chupar mi sangre.

18 de mayo. —He bajado a ver aquella habitación otra vez a la luz del día, pues tengo que saber la verdad. Cuando llegué a la puerta situada en lo alto de las escaleras, la encontré cerrada. Había sido empujada contra la jamba con tanta fuerza que parte de la madera estaba astillada. Comprobé que la llave no estaba echada, pero la puerta estaba cerrada por dentro. Temo que no fue un sueño y debo actuar conforme a este principio.

19 de mayo. —Ya no hay duda de que me encuentro en una situación apurada. Anoche el Conde me pidió en un tono de lo más cortés que escribiera tres cartas, una diciendo que mi trabajo aquí estaba casi finalizado y que partiría de regreso a casa en un par de días, otra diciendo que iba a partir a la mañana siguiente de la fecha de la carta, y una tercera en la que afirmara haber dejado el castillo y llegado a Bistritz. De buena gana me habría rebelado, pero sentí que en la presente situación sería una locura reñir abiertamente con el Conde, encontrándome como me encuentro a su absoluta merced; y negarme equivaldría a levantar sus sospechas y a despertar su ira. Sabe que sé demasiado y que no debo vivir, no vaya a convertirme en un peligro

para él; mi única oportunidad es seguir prolongando mis opciones. Podría suceder algo que me brindara una ocasión de escapar. Vi en sus ojos algo de esa rabia contenida que se manifestó cuando arrojó a aquella mujer rubia lejos de su lado. Me explicó que las postas eran escasas y poco fiables, y que escribiendo ahora me aseguraría la tranquilidad de mis amigos; y me aseguró con mucha vehemencia que revocaría el envío de las últimas cartas, que permanecerían guardadas en Bistritz hasta su debido momento, en caso de que la providencia admitiera que yo prolongara mi estancia. Fingí por lo tanto aceptar su razonamiento, y le pregunté qué fechas debería poner en las cartas. Él calculó un minuto, y luego dijo:

—La primera debería ser del 12 de junio, la segunda del 19 de junio y la tercera del 29 de junio.

Ahora sé cuánto me queda de vida. ¡Que Dios me ayude!

28 de mayo . —Existe una oportunidad de escapar, o por lo menos de enviar noticias a casa. Una banda de zíngaros ha llegado al castillo; están acampados en el patio. Los zíngaros son gitanos; tengo notas acerca de ellos en mi libro. Son oriundos de esta parte del mundo, si bien están relacionados con los gitanos normales y corrientes de todo el mundo. Hay miles de ellos en Hungría y Transilvania, y viven prácticamente al margen de toda ley. Por regla general, se suelen poner al servicio de algún gran noble o *boyardo* , y se hacen llamar por su nombre. No le tienen miedo a nada y su única religión es la superstición; sólo hablan sus propias variantes de la lengua romaní.

Escribiré algunas cartas a casa e intentaré conseguir que ellos las envíen al correo. Ya he hablado con ellos a través de mi ventana y he trabado conocimiento. Ellos se quitaron sus sombreros y me hicieron una reverencia y muchos gestos que, en cualquier caso, no pude entender más de lo que habría entendido su idioma...

He escrito las cartas. La de Mina está en taquigrafía, y al señor Hawkins simplemente le pido que se ponga en contacto con ella. A Mina le he expuesto mi situación, pero sin detallar los horrores que tan sólo puedo conjeturar. Si fuera a desnudarle mi alma podría impresionarla y aterrorizarla hasta la muerte. En caso de que las cartas no lleguen a su destino, el Conde no tendrá modo de saber mi secreto o el alcance de mis conocimientos...

He entregado las cartas; las he arrojado a través de los barrotes de mi ventana junto con una moneda de oro y he hecho cuantos gestos se me han ocurrido para darles a entender que las echaran al correo. El hombre que las ha recogido las ha presionado contra su corazón, ha hecho una reverencia y luego las ha guardado bajo su gorra. No podía hacer nada más. Me he retirado al estudio y me he puesto a leer. Como el Conde no estaba, he escrito esto...

El Conde ha venido. Se ha sentado a mi lado, y ha dicho con su tono de voz más zalamero mientras abría dos cartas:

—Los zíngaros me han entregado estas cartas, de las cuales, aunque desconozco su procedencia, deberé, por supuesto, hacerme cargo. ¡Veamos! —debe de haberlas estudiado—. Una es de usted, para mi amigo Peter Hawkins; la otra... —en ese momento vio los símbolos, extraños para él, y la oscuridad se apoderó de su rostro, y sus ojos centellearon perversamente—. ¡La otra es un objeto vil, un ultraje a la amistad y a la hospitalidad! No está firmada. ¡Bueno! Entonces no nos concierne a nosotros.

Y calmadamente acercó la carta y el sobre a la llama de la lámpara hasta que se consumieron. Después continuó:

—La carta a Hawkins... ésa, por supuesto, la enviaré, ya que es suya. Y sus cartas son sagradas para mí. Me perdonará usted, amigo mío, que inadvertidamente haya roto el lacre. ¿No querrá sellarla de nuevo?

Me extendió la carta y, con una cortés reverencia, me entregó un sobre nuevo. No podía hacer otra cosa que volver a ponerle la dirección y entregárselo en silencio. Cuando salió de la habitación oí cómo la llave giraba suavemente en la cerradura. Un minuto más tarde me acerqué a probarla, pero la puerta estaba cerrada.

Cuando, una hora o dos más tarde, el Conde entró silenciosamente en la habitación, su llegada me despertó, pues me había quedado dormido en el sofá. Se comportó de manera sumamente cortés y alegre y, viendo que había estado durmiendo, dijo:

—Vaya, amigo mío, ¿está usted cansado? Vaya a acostarse. En la cama podrá, a buen seguro, descansar. Me temo que esta noche no tendré el placer de charlar con usted, puesto que me esperan muchas tareas; pero confío en que podrá dormir.

Pasé a mi habitación y me acosté, y, por extraño que parezca, dormí sin soñar. La desesperación tiene sus propios momentos de alivio.

31 de mayo . —Cuando me desperté esta mañana se me ocurrió coger papel y unos sobres que llevaba en mi bolsa y guardarlos en mi bolsillo, para escribir en el caso de que encontrara una oportunidad. ¡Pero de nuevo una sorpresa, de nuevo un sobresalto!

Hasta la última hoja de papel había desaparecido, y con ellas todas mis notas, mis memorandos relacionados con trenes y viajes, mi carta de crédito, de hecho, todo lo que me podría ser útil una vez estuviera fuera del castillo. Me senté a reflexionar un rato, y después se me ocurrió una idea, y registré mi baúl y el armario en el que había guardado mis ropas.

El traje con el que había viajado había desaparecido, y también mi sobretodo y mi manta de viaje; no encontré ni rastro de ellos por ninguna parte. Esto tiene toda la pinta de ser una nueva villanía del Conde...

17 de Junio . —Esta mañana, mientras estaba sentado al borde de la cama, estrujándome los sesos, oí en el exterior un restallar de látigos, y pisadas, y arrastrar de cascos de caballos ascendiendo el sendero rocoso que se extiende más allá del patio. Me abalancé hacia la ventana esperanzado, y vi entrar en el patio dos grandes *leiter-waggons* , cada uno de ellos arrastrado por ocho robustos caballos; y guiando a cada par, un eslovaco, con sus anchos sombreros, grandes cinturones claveteados, sucios chalecos de lana y botas altas. También tenían sus largos garrotes a mano. Corrí hasta la puerta, con la intención de descender para intentar unirme a ellos a través del vestíbulo, ya que pensé que esa vía podría estar abierta para ellos. De nuevo una conmoción: mi puerta estaba cerrada por fuera.

Entonces corrí hasta la ventana y les grité. Miraron hacia mí bobaliconamente y me señalaron, pero justo entonces el *hetmán* ^[54] de los zíngaros salió y, viéndoles señalar hacia mi ventana, dijo algo que les hizo reír. A partir de ese momento, por mucho que me esforcé, por mucho que grité lastimeramente y supliqué angustiado, no conseguí que volvieran a mirarme. Volvían la cabeza con resolución. Los *leiter-waggons* iban cargados con unas grandes cajas cuadradas, con asideros de ancha sogá; evidentemente, estaban vacías, a juzgar por la facilidad con la que las manejaban los eslovacos, y por el ruido hueco que produjeron al ser bruscamente movidas. Cuando las hubieron descargado y apilado todas en un gran montón en una esquina del patio, los eslovacos recibieron algún dinero del zíngaro y, escupiendo sobre las monedas para propiciar la buena suerte, acudieron cada uno perezosamente de vuelta a sus correspondientes caballos. Poco después, oí el restallar de sus látigos morir en la distancia.

24 de Junio, antes del amanecer . —Anoche el Conde me dejó temprano y se encerró en su propia habitación. Tan pronto como me atreví, subí corriendo las escaleras de caracol, y miré por la ventana que se abría hacia el sur. He pensado que debo vigilar al Conde, pues está ocurriendo algo. Los zíngaros se han acuartelado en algún lugar del castillo, y están realizando algún tipo de trabajo. Lo sé porque de vez en cuando oigo un ruido lejano y amortiguado, como de pala y azadón. Sea lo que sea, sólo puede tener como objetivo alguna cruel villanía.

Llevaba asomado a la ventana poco menos de media hora cuando vi algo saliendo por la ventana del Conde. Retrocedí y observé cuidadosamente, y vi emerger todo su cuerpo. Fue una nueva conmoción para mí descubrir que no sólo llevaba puestas las ropas que yo había traído en mi viaje hasta aquí, sino que además llevaba colgada del hombro la terrible saca que le había visto entregar a aquellas mujeres. El objetivo de su búsqueda estaba bien claro, ¡y con mi traje, además! Éste es, pues, su nuevo y maligno plan: permitir que otros me vean, o

eso crean, de modo que haya testigos que declaren haberme visto en ciudades o pueblos enviando mis propias cartas, a la vez que se asegura de que cualquier perversidad que pueda cometer él sea atribuida a mí por la gente local.

Me llena de furia pensar que esto pueda continuar así mientras yo sigo aquí encerrado, un auténtico prisionero, pero sin la protección de la ley que es el derecho y consuelo incluso del criminal.

Decidí que aguardaría el regreso del Conde, y durante largo tiempo permanecí sentado empecinadamente en la ventana. Entonces me di cuenta de que había unas curiosas motas flotando en los rayos de la luz lunar. Eran como diminutos granos de polvo, y se arremolinaban y arracimaban nebulosamente. Los observé con una sensación de relajación, y una especie de calma comenzó a apoderarse de mí. Me recliné sobre la tronera en una posición más cómoda, de modo que pudiera disfrutar mejor de las acrobacias aéreas.

Algo hizo que me sobresaltara, un agudo y lastimero aullido de perros que provenía de algún lugar abajo en el valle, que quedaba oculto a mi vista. Pareció resonar en mis oídos con más fuerza aún, y las motas flotantes de polvo tomaron nuevas formas ante el sonido mientras bailaban a la luz de la luna. Me descubrí luchando por despertar ante alguna llamada de mi instinto; no, era mi mismísima alma la que estaba luchando, y mis adormilados sentidos se esforzaban por responder a la llamada. ¡Estaba siendo hipnotizado! El polvo bailaba cada vez más rápido y los rayos lunares parecieron estremecerse al pasar junto a mí en dirección a la masa de oscuridad que había más allá. Siguieron juntándose hasta que parecieron concretarse en vagas formas fantasmales. Entonces me levanté de un salto, completamente despierto y en plena posesión de mis facultades, y huí gritando de aquel lugar. Las formas fantasmales que se estaban materializando gradualmente a partir de los rayos lunares, eran las de aquellas espectrales mujeres a las que estaba condenado. Huí y me sentí relativamente más a salvo en mi habitación, donde no llegaba la luz de la luna y donde la lámpara ardía brillantemente.

Al cabo de un par de horas, oí algo moviéndose en la habitación del Conde, un agudo lamento rápidamente acallado; y después se hizo el silencio, un silencio terrible, total, que me dejó helado. Con el corazón palpitando, intenté abrir la puerta; pero estaba encerrado en mi prisión, y no podía hacer nada. Me senté y sencillamente empecé a llorar.

Al sentarme oí un ruido afuera, en el patio... era el atroz grito de una mujer. Me abalancé hacia la ventana y, abriéndola, miré a través de los barrotes. Había allí, efectivamente, una mujer con el pelo alborotado, que cubría con las manos su corazón, como alguien agotado tras mucho correr. Se había apoyado en un rincón del pórtico. Pero cuando vio mi rostro en la ventana, se arrojó hacia delante y gritó con una voz cargada de amenaza:

—¡Monstruo, devuélveme a mi hijo!

Entonces se arrodilló y, elevando las manos, gritó las mismas palabras en un tono que me encogió el corazón. Después se arrancó el pelo y se golpeó el pecho, y se abandonó a todas las violencias de la emoción histérica. Finalmente, se arrojó hacia delante y, aunque no podía verla, oí los golpes de sus manos desnudas contra la puerta.

Desde alguna parte, en lo alto, probablemente desde la torre, oí la voz del Conde llamando con su seco y metálico susurro. Su llamada pareció ser respondida a lo largo y ancho por el aullido de los lobos. Antes de que hubieran pasado muchos minutos, una manada de ellos se derramó por el patio, como una presa abierta, a través del ancho pórtico de entrada.

La mujer no dio un solo grito, y el aullido de los lobos fue breve. Poco después desaparecieron de uno en uno, relamiéndose las fauces.

No pude sentir pena por ella, pues sabía lo que había sido de su hijo, y estaba mejor muerta.

¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo escapar de esta horrenda servidumbre de noche y negrura y miedo?

25 de Junio, por la mañana . —Ningún hombre sabe, hasta que ha sufrido la noche, lo dulce y grata que puede llegar a resultar la mañana para su corazón y su vista. Cuando el sol se alzó esta mañana lo suficiente como para alumbrar la parte superior del gran pórtico que hay frente a mi ventana, me sentí como si la paloma del arca se hubiera posado en aquel preciso lugar^[55] . El miedo se desprendió de mí como si se tratase de una prenda vaporosa que se disolviera ante el calor. Debo emprender algún curso de acción mientras aún me acompaña el coraje del día. Anoche llegó al correo la primera carta de esa serie fatal cuyo objetivo es borrar hasta el último rastro de mi existencia en la tierra.

Mejor no pensar en ello. ¡Acción!

Siempre ha sido durante la noche cuando me he visto importunado^[56] o amenazado, o cuando, de un modo u otro, me he sentido en peligro o atemorizado. Aún no he visto al Conde a la luz del día^[57] . ¡Quizá duerme cuando otros velan, quizá sólo esté despierto mientras los demás duermen! ¡Si tan sólo pudiera entrar en su habitación! Pero es imposible. Su puerta siempre está cerrada. No hay modo alguno.

Sí, sí que hay un modo, si alguien tuviera el suficiente valor como para ponerlo en práctica. El camino que ha recorrido él, ¿por qué no iba a poder recorrerlo otro? Yo mismo le he visto reptar desde su ventana; ¿por qué no imitarle y entrar por ella? Es una opción desesperada, pero mi necesidad es más desesperada aún. Debo arriesgarme. Lo peor que

puede pasarme es la muerte. Y la muerte de un hombre no es la de un ternero, y quizá el temido Más Allá aún siga abierto para mí. ¡Que Dios me ayude en mi empresa! Si fracaso... Adiós, Mina. Adiós, mi fiel amigo y segundo padre. ¡Adiós a todos, y por encima de todos, Mina!

Mismo día, más tarde . —He llevado a cabo la tentativa y, con la ayuda de Dios, he conseguido regresar sano y salvo a esta habitación. Debo anotar todos los detalles en orden. Aprovechando que todavía me quedaba valor, acudí de inmediato a la ventana que se abre hacia el sur y salí, sin pensarlo dos veces, a la estrecha cornisa de piedra que rodea el edificio por ese costado. Las piedras eran grandes y toscamente talladas, y el mortero había desaparecido de las juntas debido al paso de los siglos, de modo que me quité las botas y me aventuré a la desesperada. Miré hacia abajo una sola vez, como para asegurarme de que una repentina visión del terrible abismo no fuera a marearme, pero después de eso mantuve mis ojos completamente apartados. Sabía con bastante certeza en qué dirección y a qué distancia se encontraba la ventana del Conde, y me dirigí hacia ella como pude, aprovechando todas las oportunidades disponibles. No me mareé en ningún momento (supongo que estaba demasiado excitado) y en un tiempo ridículamente corto me encontré apoyado en el alféizar, intentando alzar la ventana de guillotina. En todo caso, cuando me deslicé al interior de la estancia con los pies por delante, estaba hecho un matojo de nervios. Inmediatamente miré a mi alrededor buscando al Conde, pero, para mi sorpresa y alivio, hice un descubrimiento. ¡La habitación estaba vacía! Apenas estaba amueblada con trastos viejos que parecían no haber sido utilizados nunca; el mobiliario era de estilo similar al de las habitaciones del ala sur, y estaba completamente cubierto de polvo. Busqué la llave, pero no estaba en la cerradura, y tampoco pude encontrarla en ningún otro sitio. Lo único que encontré fue un gran montón de oro apilado en un rincón... oro de todo tipo, monedas romanas y británicas y austríacas y húngaras y griegas y turcas, cubiertas por una película de polvo, como si llevaran largo tiempo yaciendo en el suelo. Ninguna tenía menos de trescientos años de antigüedad. También había cadenas y abalorios, algunos incrustados con joyas, pero todos ajados y con manchas de óxido.

En un rincón de la habitación había una pesada puerta. Intenté abrirla, pues, como no había podido encontrar ni la llave de la habitación ni la de la puerta de entrada, que era el objeto principal de mi búsqueda, debía proseguir mi examen o todos mis esfuerzos habrían sido en vano. Estaba abierta, y me condujo a través de un pasadizo de piedra hasta una escalera circular muy empinada. Descendí por ella, mirando con mucho cuidado dónde iba poniendo los pies, pues la escalera estaba a oscuras, ya que la única luz procedía de algunas troneras abiertas en la gruesa mampostería. Abajo encontré un oscuro pasadizo, más bien un túnel, del que brotaba un olor a enfermedad, a muerte; un olor a tierra vieja recientemente escarbada. A medida que recorría el pasadizo, el olor fue haciéndose cada vez más fuerte y penetrante. Finalmente empujé una pesada puerta que encontré entreabierta y me vi en una vieja y ruinosa capilla que evidentemente había sido utilizada como cementerio. El techo se había derrumbado y había dos escaleras que

conducían a las criptas, pero el suelo había sido excavado recientemente, y la tierra guardada en grandes cajas de madera, evidentemente aquellas que habían traído los eslovacos. Allí no había nadie, y aunque busqué cualquier otra salida, tampoco encontré ninguna. A continuación inspeccioné cada centímetro de suelo, decidido a no dejar pasar ninguna oportunidad. Incluso descendí a las criptas, en las que apenas entraba luz, aunque obrar así fuese anatema para mi alma. En las dos primeras no encontré nada, salvo fragmentos de viejos ataúdes y pilas de polvo; en la tercera, sin embargo, hice un descubrimiento.

Allí, en el interior de una de las grandes cajas, de las que en total había cincuenta... ¡yacía el Conde sobre una pila de tierra recién excavada! No habría podido asegurar si estaba muerto o dormido, ya que parecía ambas cosas... pues, aunque tenía los ojos abiertos y como petrificados, carecían de la vidriosidad de la muerte... y a pesar de que sus mejillas mostraban la calidez de la vida a través de su palidez, y de que tenía los labios más rojos que nunca, no había en él ni el más mínimo indicio de movimiento; ni pulso, ni aliento, ni latidos del corazón. Me incliné sobre él e intenté encontrar alguna señal de vida, pero fue en vano. No podía llevar allí tumbado mucho tiempo, pues el aroma terroso se habría disipado en apenas un par de horas. Junto a la caja estaba su tapa, a la que le habían sido practicados unos cuantos agujeros. Se me ocurrió que podría llevar las llaves encima, pero, cuando fui a registrarle, vi sus ojos muertos y, en ellos, por muy muertos que estuvieran, tal mirada de odio, aun ajenos a mi presencia, que huí de aquel lugar y, tras salir de la habitación del Conde por la ventana, trepé de nuevo por el muro del castillo. Cuando llegué a mi habitación, me arrojé jadeando sobre la cama e intenté pensar...

29 de Junio . —Hoy es la fecha de mi última carta, y el Conde se ha esforzado por demostrar que era genuina, ya que una vez más le he visto abandonar el castillo a través de la misma ventana, vestido con mi ropa. Al verle descender la pared como un lagarto, deseé haber tenido a mano un revólver o un arma letal para destruirle; aunque temo que un arma forjada únicamente por la mano del hombre no tendría el más mínimo efecto sobre él. No me he atrevido a esperar su regreso, pues temía volver a ver a aquellas extrañas hermanas^[58] . He regresado a la biblioteca y he leído allí hasta caer dormido.

Me ha despertado el Conde, mirándome tan lúgubrementemente como pueda mirar un hombre, mientras me decía:

—Amigo mío, mañana tendremos que separarnos. Usted regresará a su bella Inglaterra, yo a cierta tarea que podría terminar de tal suerte que nunca volviéramos a encontrarnos. Su carta a casa ya ha sido enviada; no estaré aquí, pero todo estará preparado para su viaje. Por la mañana han de venir los zíngaros, que tienen algunas tareas propias que desempeñar aquí, y también vendrán algunos eslovacos. Cuando se hayan marchado, mi coche vendrá a buscarle y le llevará hasta el paso de Borgo para esperar la diligencia de Bucovina a Bistritz. Aunque

tengo la esperanza de volver a verle más veces en el Castillo de los Drácula.

No me fiaba de él y me dispuse a poner a prueba su sinceridad (¡sinceridad!, parece una profanación de la palabra ya sólo escribirla asociándola a semejante monstruo), de modo que le pregunté sin ambages:

—¿Por qué no puedo partir esta misma noche?

—Porque, querido señor, mi cochero y mis caballos se encuentran lejos de aquí, cumpliendo un encargo.

—Gustosamente recorrería el camino a pie. Quiero marcharme de inmediato.

Él sonrió, una sonrisa tan tranquila, melosa y diabólica que supe que tenía que haber algún truco tras su afabilidad.

—¿Y su equipaje? —arguyó.

—No me preocupa. Puedo enviar a buscarlo en otro momento.

El Conde se levantó y dijo, con una cortesía que me hizo restregarme los ojos, tan real parecía:

—Ustedes los ingleses tienen un dicho que resulta cercano a mi corazón, pues su espíritu es el mismo que guía a nuestros *boyardos* : «Bienvenido el invitado que llega, buen viaje al invitado que ha de marchar^[59] ». Acompañeme, mi querido joven amigo. Por mucho que me apene su partida, y el hecho de que usted la desee tan repentinamente, no deberá usted permanecer ni una sola hora en mi casa en contra de su voluntad. ¡Venga!

Con una majestuosa gravedad, el Conde descendió las escaleras, llevando una lámpara, y me acompañó hasta el vestíbulo. De repente se detuvo.

—¡Escuche!

Una manada de lobos aulló muy cerca. Fue casi como si el sonido brotara en el preciso momento en el que él levantó la mano, igual que la música de una gran orquesta sigue la batuta de su director. Tras hacer una breve pausa, el Conde siguió avanzando majestuosamente hasta llegar a la puerta, descorrió los pesados cerrojos, desenganchó las grandes cadenas, y empezó a abrirla.

Para mi gran asombro, comprobé que no estaba cerrada con llave. Miré a mi alrededor suspicazmente, pero no pude ver llave de ningún tipo.

En cuanto la puerta empezó a abrirse, el aullido de los lobos en el exterior creció en intensidad y furia; los entrechocantes dientes de sus rojas mandíbulas, y las romas garras de sus pezuñas, asomaron a través de la puerta abierta. Supe que era inútil luchar contra el Conde. Con aliados semejantes bajo su mando, nada podía hacer yo. Pero aun así, la puerta seguía abriéndose lentamente, y sólo el cuerpo del Conde se interponía entre los lobos y yo. De repente se me ocurrió que éste podía ser el momento y el medio de mi perdición; iba a ser entregado a los lobos y yo mismo había sido el instigador. Había en aquella idea una perversidad diabólica lo suficientemente grande como para agradar al Conde, y como último recurso, grité:

—¡Cierre la puerta, esperaré hasta mañana! —y me cubrí el rostro con las manos para esconder mis amargas lágrimas de decepción. Con un barrido de su poderoso brazo, el Conde cerró la puerta, y los grandes cerrojos repicaron y levantaron ecos a través del vestíbulo al regresar a sus posiciones.

Regresamos a la biblioteca en silencio, y uno o dos minutos más tarde me retiré a mi habitación. Lo último que vi fue al Conde Drácula enviándome un beso con la mano, con un rojo destello de triunfo en los ojos y una sonrisa que habría enorgullecido al mismísimo Judas en el infierno.

Ya en mi habitación, a punto de acostarme, me pareció oír un cuchicheo junto a mi puerta. Me acerqué en silencio y escuché con atención. A menos que mis oídos me engañaran, oí la voz del Conde:

—¡Volved, volved a vuestro lugar! Aún no ha llegado vuestro momento. Esperad. Tened paciencia. ¡Mañana por la noche, mañana por la noche será vuestro^[60] !

Le respondió un suave murmullo de risas y, en un ataque de furia, abrí de golpe la puerta, y vi afuera a las tres terribles mujeres relamiéndose los labios. Al aparecer yo, todos se unieron en una horrible carcajada, y se alejaron.

Volví a mi habitación y me arrodillé. ¿Tan cerca está, pues, el fin? ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Señor, ayúdame, y a aquéllos a los que me quieren!

30 de Junio, por la mañana . —Éstas podrían ser las últimas palabras que escriba en este diario. Dormí justo hasta antes del amanecer, y cuando me desperté me arrodillé para rezar, pues estaba decidido a que si la Muerte venía a mí, al menos debería encontrarme preparado.

Por fin noté ese sutil cambio en el aire, y supe que estaba despuntando el alba. Oí entonces el bienvenido canto del gallo y sentí que me encontraba a salvo. Con el corazón aligerado, abrí la puerta y bajé corriendo al vestíbulo. Había visto que la puerta no estaba cerrada con llave, por lo que ahora la huida estaba a mi alcance. Con las manos

temblando por el nerviosismo, descolgué las cadenas y descorrí los voluminosos cerrojos.

Pero la puerta no se movió. La desesperación se apoderó de mí. Tiré y volví a tirar de la puerta, y la zarandeeé hasta que, voluminosa como era, empezó a traquetear en su marco. Pude ver que la llave estaba echada. El Conde la había cerrado después de que yo le dejara.

Me inundó el ansia de obtener aquella llave sin importarme el riesgo, y decidí, en aquel preciso momento, que volvería a trepar por la pared hasta alcanzar la habitación del Conde. Podría matarme, pero ahora la muerte parecía el menor de los males. Sin pensármelo dos veces corrí hasta la ventana que se abría al este^[61] y me descolgué por el muro, como la vez anterior, hasta alcanzar la habitación del Conde. Estaba vacía, pero eso era lo que yo esperaba. No vi llave alguna por ninguna parte, pero el montón de oro seguía allí. Crucé la puerta del rincón, descendí la escalera de caracol y recorrí el oscuro pasaje hasta llegar a la vieja capilla. Ahora sabía perfectamente dónde encontrar al monstruo que buscaba.

La gran caja seguía en el mismo lugar, pegada contra la pared, pero le habían puesto la tapa, aunque seguía sin estar asegurada, pero con los clavos dispuestos en sus respectivas posiciones para ser amartillados. Supe que debía registrar el cuerpo en busca de la llave, de modo que retiré la tapa y la apoyé contra la pared; entonces vi algo que me estremeció hasta el alma de horror. Allí estaba el Conde, sí, pero parecía haber rejuvenecido, ya que el pelo y el mostacho habían pasado de ser blancos a un oscuro gris metálico; tenía las mejillas más llenas y la blanca piel mostraba un rubor rubicundo por debajo de la epidermis; también la boca estaba más roja que nunca, pues de los labios chorreaban goterones de sangre fresca que descendían en un hilillo desde las comisuras de la boca y corrían sobre la barbilla y el cuello. Incluso los profundos y ardientes ojos parecían incrustados en la hinchada carne, de tan inflados como tenía los párpados y las bolsas. Parecía como si aquella horrible criatura rebosara sangre; yacía como una asquerosa sanguijuela, agotada en su propia repleción. Temblé al inclinarme para tocarle, y todo mi cuerpo sintió náuseas al contacto: pero tenía que registrarle o de otro modo estaba perdido. La noche siguiente podría ver mi propio cuerpo convertido en un banquete similar para aquel horrendo trío. Palpé todo su cuerpo, pero no pude encontrar ni rastro de la llave. Entonces hice una pausa y miré al Conde. Había una sonrisa burlona en su hinchada cara que pareció volverme loco. Éste era el ser al que yo estaba ayudando a trasladarse a Londres, donde, quizá por siglos venideros, podría saciar su sed de sangre entre sus millones de habitantes, y crear un nuevo y siempre creciente círculo de semidemonios que depredarían sobre los indefensos^[62]. Sólo de pensarlo me volvía loco. Me dominó un terrible deseo de librar al mundo de semejante monstruo. No había ningún arma letal a mano, pero agarré una pala que los trabajadores habían estado usando para llenar las cajas y, elevándola tan alto como pude, golpeé, con el filo hacia abajo, el odioso rostro. Pero en el último instante la cabeza giró, y sus

ojos cayeron sobre mí con toda su horrible furia de basilisco. La visión pareció paralizarme, y la pala giró en mi mano y rebotó sobre su cabeza, haciéndole simplemente un profundo corte sobre la frente. La pala cayó de mis manos cruzada sobre la caja y, al retirarla, el reborde de la hoja quedó atrapado en el borde de la tapa, que cayó de nuevo, ocultando a la horrible cosa. La última visión que tuve de él fue la de su rostro hinchado, manchado de sangre y exhibiendo una sonrisa tan maliciosa que habría mantenido el tipo en el último círculo del infierno.

Pensé y pensé qué debería hacer a continuación, pero mi cerebro parecía arder, de modo que esperé con la desesperación creciendo en mi interior. Mientras esperaba, oí en la distancia una canción gitana entonada por voces alegres que se aproximaban; y, por encima de la canción, el rodar de pesadas ruedas y el restallar de los látigos. Los zingaros y los eslovacos de los que había hablado el Conde estaban llegando. Echando un último vistazo a mi alrededor, y a la caja que contenía el vil cuerpo, salí corriendo de aquel lugar y alcancé la habitación del Conde, decidido a salir corriendo en el momento en que la puerta se abriera. Agudizando el oído, pude oír llegando desde abajo el rechinar de una llave en la gran cerradura, y la apertura de la pesada puerta. Debía de haber otro medio de entrada o alguien tenía una llave para una de las puertas cerradas. Entonces escuché el ruido de muchos pies recorriendo algún pasadizo que produjo un eco metálico. Me dispuse a volver a salir corriendo en dirección a la cripta, donde podría encontrar la nueva entrada; pero justo en ese momento pareció alzarse un violento soplo de viento y la puerta que conducía a la escalera de caracol se cerró con un golpe que hizo volar el polvo de los dinteles. Cuando corrí a abrirla, descubrí que estaba cerrada sin remisión. Volvía a ser un prisionero, y la red de perdición se cerraba cada vez más.

Mientras escribo esto, desde el pasadizo de abajo me llega el ruido de muchos pasos y el retumbar de objetos pesados al ser trasladados; sin duda las cajas, con su carga de tierra. Oigo martillos; están clavando la tapa de la caja. Ahora puedo oír unos enérgicos pasos recorriendo el vestíbulo, seguidos de muchos otros pies perezosos.

Han cerrado la puerta, las cadenas repican; la llave rechina en la cerradura; puedo oír el ruido de la llave al ser retirada; después, abren y cierran otra puerta; oigo crujir la cerradura y el cerrojo. ¡Escucha! En el patio, descendiendo el rocoso camino, el rodar de las pesadas ruedas, el restallar de los látigos, y el coro de los zingaros desapareciendo en la lejanía.

Estoy a solas en el castillo con esas horrendas mujeres. ¡Qué digo! Mina es una mujer, y no tiene nada en común con ellas. ¡Ellas son diablos del Averno!

No debo permanecer a solas con ellas; intentaré descender la pared del castillo hasta mucho más abajo de lo que lo he intentado hasta ahora. Me llevaré conmigo algo de oro, por si acaso pudiera necesitarlo más adelante. Quizá consiga escapar de este terrible lugar.

¡Y luego lejos, a casa! ¡Lejos, hasta el tren más cercano y más rápido!
¡Lejos de este lugar maldito, de esta tierra maldita, donde el diablo y sus
vástagos aún caminan con pies terrenales!

Al menos, la piedad de Dios es mayor que la de estos monstruos. Y el
precipicio es alto y escarpado. Y a sus pies un hombre podría dormir...
como un hombre. ¡Adiós a todos! ¡Mina!

Capítulo V

Carta de la señorita Mina Murray a la señorita Lucy Westenra

9 de mayo

Queridísima Lucy:

Perdona que haya tardado tanto en escribirte, pero he estado sencillamente desbordada de trabajo. La vida de una ayudante de profesora de escuela es, en ocasiones, agotadora. No veo el momento de estar contigo, junto al mar, donde podremos pasear las dos libremente y levantar nuestros castillos en el aire. Últimamente he estado trabajando muy duro, porque quiero mantener el ritmo de los estudios de Jonathan y he estado practicando muy asiduamente la taquigrafía. Cuando estemos casados podré ser útil a Jonathan, y si consigo estenografiar lo suficientemente bien podré anotar de este modo todo lo que él quiera decir y pasarlo luego a limpio con la máquina de escribir, pues también estoy practicando asiduamente la mecanografía^[63]. A veces nos escribimos mutuamente cartas taquografiadas, y él lleva un diario estenográfico de sus viajes por el extranjero. Cuando esté contigo, también yo llevaré un diario del mismo modo. Pero no me refiero a una de esas agendas de-dos-páginas-para-cada-semana-con-el-domingo-apretujado-en-un-rin-cón, sino a un libro en el que pueda ir escribiendo cada vez que me sienta inclinada a ello. Supongo que no habrá en mi diario nada de demasiado interés para otra gente, pero no está pensado para ellos^[64]. Quizá algún día se lo enseñe a Jonathan, si es que hay en él algo que merezca la pena compartir, pero en realidad es un cuaderno de ejercicios. Voy a intentar hacer lo que veo que hacen las damas periodistas^[65]: entrevistar, escribir descripciones e intentar recordar conversaciones. Me han dicho que, con un poco de práctica, uno puede llegar a recordar todo lo que ha sucedido o todo lo que ha oído decir durante el día. En cualquier caso, ya veremos. Ya te contaré mis pequeños planes cuando nos reunamos. Acabo de recibir un par de líneas apresuradas de Jonathan desde Transilvania. Está bien, y debería regresar en una semana. Estoy deseando que me cuente todas sus aventuras. Debe de ser tan bonito ver países extraños... Me pregunto si nosotros (me refiero a Jonathan y a mí) llegaremos a visitarlos alguna vez juntos. Están sonando las campanadas de las diez en punto. Adiós.

Te quiere,

MINA

Cuéntame todas las novedades cuando escribas. Hace mucho que no me cuentas nada. He oído rumores, particularmente sobre un hombre alto, atractivo, de pelo rizado...???

Carta, Lucy Westenra a Mina Murray

17 Chatham Street

Miércoles

Queridísima Mina:

Debo decir que me acusas *muy* injustamente de ser una mala corresponsal. Desde que nos separamos te he escrito *dos* veces y tu última carta fue únicamente la *segunda*. Además, no tengo nada que contarte. Sinceramente, apenas ha sucedido nada de interés. La ciudad está muy agradable en esta época y vamos mucho a las galerías de arte y a pasear y a montar por el parque. En cuanto al hombre alto de pelo rizado, imagino que se referirán al que me acompañó en el último concierto al aire libre. Evidentemente alguien ha estado chismorreando. Se trata del señor Holmwood. Viene a visitarnos a menudo, y él y mamá se entienden muy bien; tienen muchas cosas en común de las que hablar. Hace poco conocimos a un hombre que sería *perfecto para ti*, si no estuvieras ya comprometida con Jonathan. Es un *parti*^[66] excelente; atractivo, acomodado y de buena cuna. Es doctor y muy listo. ¡Imagínate! Sólo tiene veintinueve años y ya tiene un inmenso manicomio completamente a su cargo. Me lo presentó el señor Holmwood. Él nos hizo una visita, y desde entonces viene a menudo. Creo que se trata de uno de los hombres más decididos que he visto jamás y, sin embargo, el más calmado. Parece absolutamente imperturbable. Puedo imaginar el sorprendente poder que debe de ejercer sobre sus pacientes. Tiene la curiosa costumbre de mirarte directamente a la cara, como si intentara leerte los pensamientos. Conmigo lo intenta muy a menudo pero me alegra poder decir que soy un hueso duro de roer. Lo sé por mi espejo. ¿Alguna vez has intentado leer tu propio rostro? *Yo lo hago* y puedo decirte que no es un mal estudio, aunque resulta más difícil de lo que podrías imaginar si nunca lo has intentado. Él dice que podría brindarle un curioso estudio psicológico y, humildemente, creo que así es. Como ya sabes, no me interesan tanto los vestidos como para ser capaz de describir las nuevas modas. Vestir es un muermo. Ya vuelvo a utilizar argot, pero da igual; Arthur dice lo mismo todos los días. Bueno, el conejo ha salido de la chistera. Mina, nos hemos contado todos nuestros secretos la una a la otra desde que éramos *niñas*^[67]; hemos dormido juntas y comido juntas, y reído y llorado juntas; y ahora, aunque ya he hablado, me gustaría seguir hablando. Oh, Mina, ¿no lo adivinas? Le amo. Me estoy sonrojando mientras escribo esto, pues aunque *creo* que él también me ama, no me lo ha dicho con palabras. Pero, oh, Mina, le amo, le amo, ¡le amo! Ya está, ya me siento mejor. Ojalá estuviera contigo, querida, desvestiéndonos sentadas junto al fuego, como solíamos hacer; entonces intentaría describirte lo que siento. Ni siquiera sé cómo me he atrevido a

escribir esto, aunque sea a ti. Me da miedo parar, pues podría romper la carta, y no quiero parar, pues *estoy deseando* contártelo todo. Respóndeme *de inmediato* , y dime todo lo que piensas. Mina, debo parar. Buenas noches. Recuérdame en tus oraciones; y, Mina, reza por mi felicidad.

Lucy

P. D. —No necesito decirte que esto es un secreto. Buenas noches otra vez.

L.

Carta, Lucy Westenra a Mina Murray

24 de mayo

Queridísima Mina:

¡Gracias, gracias y gracias otra vez por tu encantadora carta! Ha sido maravilloso poder contártelo y contar con tu simpatía.

Querida, siempre llueve sobre mojado. Qué ciertos son los viejos refranes. Aquí me tienes, a punto de cumplir veinte años en septiembre^[68] y, sin embargo, nunca había recibido una propuesta de matrimonio hasta el día de hoy, al menos no una genuina, y hoy he recibido tres. ¡Imagínate! ¡TRES propuestas en un solo día! ¿No es terrible? Realmente siento lástima, siento mucha lástima, por dos de los pobres muchachos. Oh, Mina, soy tan feliz que no sé qué hacer conmigo misma. ¡Y tres proposiciones! Pero, por el amor del cielo, no se lo cuentes a ninguna de las chicas, o empezarán a ocurrírseles todo tipo de ideas extravagantes, y se sentirán injuriadas y menospreciadas si no reciben como mínimo seis el mismo día que regresen a casa^[69]. Algunas chicas son tan vanidosas... Tú y yo, querida Mina, que estamos prometidas y pronto vamos a sentar la cabeza para convertirnos en viejas mujeres sobriamente casadas, podemos despreciar la vanidad. Bueno, debo hablarte de los tres, pero tienes que guardarme el secreto, querida, y no contárselo a *nadie*, excepto, por supuesto, a Jonathan. A él claro que se lo contarás, pues también yo, si estuviera en tu lugar, se lo contaría sin duda alguna a Arthur. Una mujer debería contárselo todo a su esposo... ¿no lo crees así, querida? Y debo ser justa. A los hombres les gusta que las mujeres, y sobre todo sus esposas, sean tan justas como lo son ellos; y las mujeres, me temo, no siempre son tan justas como deberían serlo. Bueno, querida, mi número uno vino justo antes del almuerzo. Ya te hablé de él, el doctor John Seward, el hombre del manicomio, con la mandíbula fuerte y la frente despejada. Exteriormente parecía muy frío, pero también estaba nervioso. Evidentemente había estado ensayando todas sus palabras hasta el más mínimo detalle, y las recordó; pero casi se sentó sobre su propio sombrero de seda^[70], algo que los hombres no suelen hacer generalmente cuando están tranquilos. Y después, cuando quiso aparentar haberse calmado, se puso a jugar con una lanceta de un modo que casi me hizo gritar. Habló conmigo muy directamente, Mina. Me dijo lo querida que era para él, a pesar de que hiciera tan poco tiempo que nos habíamos conocido, y me habló de cómo sería su vida si me tuviera a su lado para ayudarle y animarle. Iba a contarme lo desgraciado que sería en caso de que yo no sintiera nada por él, pero cuando me vio llorar dijo que era un bruto y que no quería aumentar mis actuales preocupaciones^[71]. Entonces se derrumbó y me preguntó

si podría llegar a amarle con el tiempo, y cuando negué con la cabeza sus manos empezaron a temblar. Entonces, titubeando dulcemente, me preguntó si ya sentía algo por otro. Lo expresó de un modo muy lindo, afirmando que no quería sonsacarme confidencias, sino que únicamente necesitaba saberlo, pues mientras el corazón de una mujer estuviera libre un hombre podría tener esperanzas. Y entonces, Mina, sentí que era una especie de deber decirle que sí había alguien. Sólo le dije eso. Entonces se levantó y, tomando mis manos entre las suyas, con mucha entereza y seriedad, dijo que me deseaba que fuera muy feliz, y que si alguna vez necesitaba un amigo, tendría en él a uno de los mejores. Oh, querida Mina, no pude evitar echarme a llorar; y deberás perdonar que esta carta esté completamente emborronada. Es muy bonito que se te declaren y todo eso, pero no hay ninguna felicidad en el hecho de ver a un pobre muchacho que sabes que te ama sinceramente marchándose con el corazón roto, y tener la certeza de que, diga lo que diga en ese momento, estás desapareciendo de su vida. Querida, por el momento debo parar. Me siento tan desgraciada, aunque soy tan feliz.

Por la tarde.

Arthur acaba de marcharse, y ya me siento más animada que cuando lo dejé, de modo que puedo seguir contándote cómo transcurrió el día. Bueno, querida, mi número dos llegó después del almuerzo. Es un muchacho estupendo, un americano de Texas, y tiene un aspecto tan joven y lozano que parece casi imposible que haya estado en tantos lugares y haya vivido semejantes aventuras. Comprendo a la pobre Desdémona^[72] cuando vertieron en su oído tan peligroso torrente de palabras, aunque fuese un hombre negro quien lo hiciera. Supongo que nosotras, las mujeres, somos tan cobardes que cuando pensamos que un hombre nos salvará de nuestros miedos, nos casamos con él. Ahora sé lo que haría si fuera hombre y quisiera que una chica me amara. En realidad no, no lo sé, pues ahí estaba el señor Morris, contándonos sus aventuras, y Arthur nunca me ha contado ninguna, y sin embargo... Querida, estoy adelantando acontecimientos. El señor Quincey P. Morris me encontró a solas. Parece que un hombre siempre sabe cómo encontrar a una chica a solas. No, no es así, pues Arthur intentó dos veces conseguir una *oportunidad*, y yo le ayudé todo lo que pude; ahora no me avergüenza reconocerlo. Debo decirte de antemano que el señor Morris no siempre habla en jerga (es decir, que nunca lo hace con desconocidos o delante de ellos, pues es realmente un caballero muy bien educado y de modales exquisitos), pero descubrió que me hacía gracia oírle hablar la jerga americana, y siempre que yo estaba presente y no había nadie cerca que pudiera escandalizarse decía unas cosas divertidísimas. A veces temo, querida, que debe de inventárselo todo, pues siempre coincide exactamente con lo que sea que tenga que decir. Pero eso es algo propio del argot. Yo no sé si algún día hablaré en argot: ni siquiera sé si a Arthur le gusta, ya que nunca le he oído usarlo hasta ahora. Bueno, el señor Morris se sentó a mi lado, y parecía tan feliz y jovial como siempre, pero igualmente pude ver que estaba muy nervioso. Tomó mis manos entre las suyas, y dijo muy dulcemente:

—Señorita Lucy, sé que no soy digno de atar los cordones de sus zapatitos, pero creo que si pretende usted esperar hasta encontrar a un hombre que lo sea, acabará uniéndose a las siete jóvenes doncellas con sus lámparas cuando finalmente renuncie^[73]. ¿No querrá amarrarse a mí para recorrer juntos el largo camino, enjaezados con un doble arnés?

Bueno, parecía tan alegre y de tan buen humor que no me resultó la mitad de duro rechazarle a él que al pobre doctor Seward, de modo que respondí, con tanta ligereza como pude, que no sabía nada de amarras y que no andaba tan suelta como para necesitar arnés. Entonces él se disculpó diciendo que si había cometido un error al hablar con tanta levedad en una ocasión tan importante, tan trascendental para él, esperaba que pudiera perdonarle. Parecía realmente serio al decirlo y yo no pude evitar sentirme un poco seria también. Mina, sé que pensarás que soy una horrible coqueta... pero debo reconocer que no pude evitar sentir una especie de júbilo al pensar que se trataba de la segunda proposición en un solo día. Y entonces, querida, antes de que pudiera decir una sola palabra, él dejó escapar un perfecto torrente de galanterías, rindiendo su corazón y su alma a mis pies. Parecía tan mortalmente serio que nunca volveré a pensar que un hombre sea informal, sólo porque se comporte alegremente en ciertos momentos. Supongo que vio algo en mi cara que le llamó la atención, pues de repente paró y exclamó con una especie de fervor masculino que me habría hecho amarle si hubiera sido libre:

—Lucy, es usted una muchacha de corazón sincero, lo sé. No estaría aquí hablando con usted como lo estoy haciendo ahora si no creyera que es de buena ley hasta lo más profundo de su alma. Dígame, con el corazón en la mano, ¿siente usted algo por alguien? Si es así, nunca volveré a molestarla ni un pelo, aunque seré, si usted me lo permite, su amigo fiel.

Querida Mina, ¿por qué son tan nobles los hombres, cuando las mujeres somos tan poco dignas de ellos? Allí había estado yo, prácticamente burlándome de este auténtico caballero de enorme corazón. Estallé en lágrimas (me temo, querida, que esta carta te parecerá torpe en más de un sentido^[74]) y me sentí realmente muy mal. ¿Por qué no puede una chica casarse con tres hombres, o con tantos como la quieran, y ahorrarse todos estos problemas? Pero eso es herejía y no debo decirlo. Me alegra poder decir que, aunque estaba llorando, fui capaz de mirar directamente a los valientes ojos del señor Morris y decirle sin rodeos:

—Sí, amo a alguien, aunque él ni siquiera me ha dicho todavía que me quiera.

Hice bien en hablarle con tanta franqueza, pues una poderosa luz iluminó su rostro y extendió sus manos para estrechar las mías (aunque creo que fui yo quien las puso entre las suyas), y dijo cordialmente:

—Esa es mi chica valiente. Vale más la pena llegar tarde a una oportunidad de ganar su corazón, que llegar a tiempo y ganar el de cualquier otra chica del mundo. No llore, querida. Si es por mí, soy duro de pelar y sé encajar los golpes. Si ese otro tipo no sabe dónde está su felicidad... bueno, será mejor que empiece a buscarla pronto, o tendrá que vérselas conmigo. Pequeña, su sinceridad y su valor han hecho de mí un amigo, y éstos escasean más que los amantes; son menos egoístas, en cualquier caso. Querida, el camino que me queda por recorrer desde este momento hasta llegar al Reino de los Cielos va a ser muy solitario. ¿No querrá darme un beso? Algo que sirva para alejar la oscuridad de vez en cuando. Si quiere, puede hacerlo, ¿sabe? Pues ese otro buen muchacho, y debe de ser un buen muchacho, querida, un muchacho estupendo o de otro modo no podría usted amarle, aún no ha hablado.

Aquello me convenció, Mina, pues fue un gesto valeroso y amable por su parte —y noble también— hacia un rival (¿no te parece?), estando él tan triste; de modo que me incliné sobre él y le besé. Él se levantó con mis manos aún entre las suyas y, mirándome a la cara (me temo que me estaba sonrojando mucho), dijo:

—Pequeña, tengo su mano entre las mías y me ha besado. Si estas dos cosas no nos convierten en amigos, nada lo hará jamás. Gracias por su dulce sinceridad para conmigo y adiós.

Me soltó la mano y, recogiendo su sombrero, salió directamente de la habitación sin volver la vista atrás, sin una sola lágrima, o titubeo, o pausa; y yo llorando como un bebé. Oh, ¿por qué un hombre así debe ser infeliz cuando montones de chicas estarían dispuestas a adorar el mismo suelo que pisa? Sé que yo lo haría si siguiera libre... sólo que no quiero ser libre. Querida, esto me altera bastante y siento que después de habértelo contado no puedo empezar a hablarte de mi felicidad, y no quiero contarte lo de mi número tres hasta que vuelva a estar completamente alegre.

Te quiere, como siempre,

Lucy

P. D. —Oh, sobre el número tres... no hará falta que te hable del número tres, ¿verdad? Además, fue todo tan confuso... apenas pareció transcurrir un instante desde que entró en la habitación hasta que sus brazos me rodearon y me estaba besando. Soy muy muy feliz, y no sé qué he hecho para merecerlo. En el futuro debo intentar demostrar que no soy desagradecida por toda Su bondad para conmigo, enviándome semejante amante, semejante marido y semejante amigo.

Adiós.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(Grabado en fonógrafo ^[75])

24 de abril ^[76] . —Hoy mengua mi apetito. No puedo comer, no puedo descansar, así que me he puesto a grabar esto. Desde el rechazo de ayer, me siento como vacío; nada en el mundo parece tener la suficiente importancia como para que merezca la pena hacerlo... Como sé que la única cura para este tipo de situación es el trabajo, he bajado a visitar a los pacientes. He escogido a uno que me ha proporcionado un estudio de gran interés. Tiene unas ideas tan pintorescas y se parece tan poco al lunático normal, que me he decidido a intentar comprenderle tan bien como me sea posible. Hoy creo haberme acercado más que nunca al corazón de su misterio.

Le he interrogado más a fondo que nunca hasta ahora, con la intención de dominar los hechos de su alucinación. Ha habido en mi manera de actuar, ahora lo veo, algo de crueldad. Parecía como si deseara empujarle hasta el extremo último de su locura, cosa que evito con los pacientes como evitaría la boca del infierno (*Mem.* , ¿en qué circunstancias *no* evitaría el pozo del infierno?). *Omnia Romae venalia sunt* ^[77] . ¡El Infierno tiene su precio! *verb. sap.* ^[78] . Si finalmente estos instintos demostraran ocultar algo, será importante poder rastrearlos *a posteriori con precisión* , de modo que será mejor que empiece a actuar así desde el principio, por lo tanto...

R. M. Renfield, *aetat* 59.— Temperamento sanguíneo; gran fuerza física; mórbidamente excitable; periodos de depresión que finalizan en alguna idea fija que no consigo averiguar. Presumo que el temperamento sanguíneo y su perturbadora influencia acaban por conducir a la enajenación mental; se trata de un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso si es que carece de egoísmo. En los hombres egoístas la precaución es una armadura que los protege tanto de sus enemigos como de sí mismos. Lo que pienso a este respecto es que cuando el yo es el punto fijo, la fuerza centrípeta se ve anulada por la centrífuga: cuando el punto fijo es un deber, una causa, etc., predomina la segunda fuerza y sólo un accidente o serie de accidentes pueden equilibrarla.

Carta, Quincey P. Morris a Honorable Arthur Holmwood

25 de mayo

Querido Art:

Hemos contado historias junto a una fogata en las praderas; y nos hemos vendado mutuamente las heridas tras un intento de desembarco en las Marquesas; y hemos brindado a orillas del Titicaca. Hay más historias que contar, nuevas heridas que curar, y más brindis por beber. ¿Qué te parece mañana por la noche junto a mi fogata? No dudo en pedírtelo porque sé que cierta dama está comprometida para cenar, y que estarás libre. Seremos sólo tres, contando a nuestro viejo camarada de Corea, Jack Seward. Él también va a venir, y ambos queremos mezclar nuestras lágrimas sobre una copa de vino y hacer un brindis de todo corazón a la salud del hombre más feliz de todo el mundo, aquel que ha conquistado el corazón más noble que Dios ha creado y el más digno de ser ganado. Te prometemos una cordial bienvenida, un recibimiento cariñoso, y un brindis tan sincero como tu propia mano derecha. Ambos juramos llevarte hasta casa si bebes demasiado a la salud de cierto par de ojos. ¡Ven!

Tu amigo, como siempre, y para siempre,

QUINCEY P. MORRIS

Telegrama de Arthur Holmwood a Quincey P. Morris

26 de mayo

Cuenta siempre conmigo. Llevo mensajes que harán que a los dos os suenen los oídos.

ART.

Capítulo VI

DIARIO DE MINA MURRAY

24 de julio. Whitby . —Lucy vino a buscarme a la estación, más simpática y adorable que nunca, y fuimos en coche hasta la casa de la calle Crescent, en la que se alojan. Es un lugar encantador. Un pequeño río, el Esk, discurre a través de un profundo valle, que se ensancha a medida que se acerca al puerto. Lo atraviesa un gran viaducto, de altos pilares, a través de los cuales la vista parece, de algún modo, estar más alejada de lo que realmente está. El valle es de un verde muy hermoso, y tan escarpado que, cuando te encuentras en lo alto de cualquiera de sus dos laderas, es como si no existiera, a menos que estés lo suficientemente cerca del borde como para mirar hacia abajo. Todas las casas de la ciudad antigua (situada en el extremo opuesto al que nos alojamos nosotras) tienen los tejados rojos y parecen haber sido apiladas una sobre la otra de cualquier manera, como las imágenes que vemos de Nuremberg^[79] . Justo sobre la ciudad se alzan las ruinas de la abadía de Whitby, que fue saqueada por los daneses^[80] y que sirve de escenario a parte de *Marmion* , cuando la chica es emparedada tras el muro^[81] . Es una ruina majestuosa, de inmenso tamaño, repleta de bellos y románticos rincones; existe una leyenda, según la cual puede verse a una dama blanca asomándose a una de las ventanas^[82] . Entre la abadía y la ciudad hay otra iglesia, la parroquial, rodeada de un gran cementerio lleno de tumbas. Éste es, a mi parecer, el lugar más hermoso de todo Whitby, pues se extiende justo por encima de la ciudad, y desde allí se divisa perfectamente el puerto y toda la bahía, hasta donde el cabo de Kettleness se interna en el mar. La loma sobre la que se alza el cementerio se interrumpe tan abruptamente sobre el puerto, que parte de la misma se ha derrumbado y algunas de las tumbas han resultado destruidas. En algunos sitios, las lápidas cuelgan por encima del arenoso sendero que pasa mucho más abajo. A través del cementerio discurren muchos paseos, con bancos a los lados; y durante todo el día la gente va allí a sentarse a contemplar la hermosa vista y a disfrutar de la brisa. Yo también vendré aquí a menudo a sentarme, a trabajar. De hecho, es aquí donde estoy escribiendo ahora, con mi libro apoyado sobre las rodillas, mientras oigo la charla de tres ancianos que están sentados a mi lado. Parece que no tienen otra cosa que hacer durante el día que venir aquí a sentarse y charlar.

A mis pies se extiende el puerto, en cuyo extremo más alejado un largo muro de granito se interna en el mar, acabando en una curva en mitad de la cual hay un faro. Un grueso rompeolas recorre la parte exterior. En el extremo más cercano, el rompeolas forma un recodo a la inversa y

en su punta también hay un faro. Entre los dos malecones se abre una estrecha entrada hacia el interior del puerto, el cual se ensancha repentinamente.

Es bonito cuando la marea está alta, pero cuando la marea baja mengua hasta quedarse en nada, y sólo la corriente del Esk permanece, discurriendo entre bancos de arena y algunas rocas ocasionales. En el exterior del puerto, a este lado, se extiende un gran arrecife como de una media milla, cuyo afilado borde surge justo por detrás del faro meridional. En su extremo hay una boya con una campana, que se balancea cuando hace mal tiempo y lanza al viento sus lúgubres tañidos. Según una leyenda local, cuando se pierde un barco, se oyen campanadas en el mar^[83]. Debo preguntárselo al anciano que se dirige hacia aquí...

Es un anciano curioso. Debe de ser terriblemente mayor, pues tiene el rostro nudoso y retorcido, como la corteza de un árbol. Me dice que tiene casi cien años y que era marino en la flota pesquera de Groenlandia cuando la batalla de Waterloo^[84]. Me temo que se trata de una persona muy escéptica, ya que cuando le he preguntado acerca de las campanadas en el mar y sobre la Dama Blanca de la abadía, me ha respondido muy bruscamente:

—Yo en su lugar no haría ni caso, señorita. Todo eso está completamente *pasao*. Oiga, que no le digo que nunca existieran, pero desde luego no en mis tiempos. Esas cosas están bien para los turistas y los domingueros, pero no para una chica guapa como usted. Esos pisaverdes de York y Leeds que siempre están jalando arenques curados y bebiendo té y buscando gangas de azabache^[85] es que se tragan cualquier cosa. Yo mismo me pregunto quién se molestará en contarles todas esas trolas... ni siquiera los periódicos, y eso que están llenos de bobadas.

Pensé que sería una persona idónea de la que aprender muchas cosas interesantes, de modo que le pregunté si no le importaría contarme algo sobre la pesca de ballenas en los viejos tiempos. Estaba dispuesto a comenzar cuando sonaron las campanadas de las seis, momento en el que se levantó esforzadamente diciendo:

—Señorita, ahora debo volver a casa. A mi nieta no le gusta tener que esperar cuando tiene listo el té, y me lleva bastante tiempo bajar cojeando los escalones, que anda que son pocos; además, el reloj me dice que me falta el sustento.

Se alejó renqueando y pude verle descender la escalinata, tan aprisa como le fue posible. La escalinata es uno de los lugares más representativos de Whitby. Conduce desde la ciudad hasta la iglesia y tiene cientos de escalones (no sé cuántos^[86]) que acaban formando una delicada curva; la pendiente es tan suave que hasta un caballo podría subirla o bajarla fácilmente. Creo que originalmente estuvo relacionada

con la abadía. También yo debo volver a casa. Lucy ha tenido que acompañar a su madre a una visita, pero como era de compromiso yo no he ido con ellas. A estas horas ya habrán vuelto a casa.

1 de agosto . —Hace una hora he subido hasta aquí con Lucy, y hemos mantenido una charla de lo más interesante con mi viejo amigo y los otros dos ancianos que siempre le acompañan. Evidentemente, él es el *sir* Oráculo^[87] del grupo, lo que me da pie a pensar que en sus tiempos debió de ser una persona muy despótica. Nunca le da la razón a nadie y continuamente contradice a todo el mundo. Si no consigue salirse con la suya discutiendo, les intimida, y luego toma su silencio como aprobación de sus puntos de vista. Lucy estaba preciosa con su vestido de lino blanco; desde que está aquí tiene muy buen color^[88] . Me he dado cuenta de que los ancianos no han perdido ni un solo momento en subir para sentarse cerca de ella, tan pronto como nos hemos sentado. Es tan afectuosa con la gente mayor... Creo que todos se han enamorado de ella nada más verla. Incluso mi viejo amigo ha sucumbido ante su encanto y no la ha contradicho ni una sola vez. Para compensar, a mí me ha tocado ración doble. Saqué a relucir el tema de las leyendas, y él se lanzó de inmediato a una especie de sermón. Tengo que intentar recordarlo y transcribirlo tal cual:

—Habladurías de necios, ni más ni menos. Todas esas maldiciones y fantasmas y apariciones y duendes y trasgos y demás, no sirven más que para que lloren los niños y las mujeres histéricas. ¡No son más que burbujas llenas de aire! Todo eso, y lo de los espectros y los presagios y las señales, se lo han inventado los curas, los pedantes malintencionados y los charlatanes de los trenes, para asustar a los pobres idiotas y para obligar a la gente a hacer cosas que de otro modo no haría. Sólo pensar en ellos me llena de furia. Porque son ellos los que, no contentos con imprimir mentiras sobre el papel y predicarlas desde los púlpitos, pretenden además grabarlas en las lápidas. Miren a su alrededor, en cualquier dirección; todas estas lápidas, inclinándose hacia uno u otro lado, por mucho que intenten alzar orgullosamente la cabeza... sencillamente derrumbándose ante el peso de las mentiras escritas en ellas. «Aquí yace el cuerpo de...», «consagrada a la memoria de...» Eso es lo que pone en todas y, sin embargo, en la mitad de ellas ni siquiera hay cuerpos; y le aseguro que a nadie le importa un rábano sus memorias, mucho menos que sean sagradas. ¡Son todo mentiras! ¡Nada más que mentiras de una u otra clase! ¡Señor! Menudo jaleo va a armarse aquí el Día del Juicio, cuando lleguen todos tambaleándose en sus mortajas, salpicándose unos a otros e intentando llevarse a rastras sus lápidas para poder demostrar lo buenos que fueron, algunos de ellos tan nerviosos y con semejante tembleque que ni siquiera podrán agarrarlas con las manos, adormiladas y resbaladizas de haber yacido en el mar, sin que se les escurran.

Intuí, por los aires que se daba el anciano y por el modo en el que miraba a su alrededor buscando la aprobación de sus colegas, que

estaba «tirándose el pisto», de modo que intervine para animarle a seguir:

—Oh, señor Swales, no puede estar hablando usted en serio. ¿Cómo van a ser falsas todas estas lápidas?

—¡Paparruchas! Quizá haya un par que no estén del todo mal, salvo porque intentan hacer parecer a la gente demasiado buena; pues los hay que se creen que un orinal, sólo por el hecho de ser suyo, ya vale tanto como el mar. Pero son todo mentiras. Por ejemplo, usted, que es forastera, viene aquí, a visitar el camposanto —asentí, pues pensé que era lo mejor, y aunque no entendía del todo su dialecto sabía que se estaba refiriendo a algo que tenía que ver con la iglesia^[89] —... ¿Y piensa usted que todas estas losas cubren a gente que disfruta cómodamente del sueño eterno? —volví a asentir—. Pues justo ahí es donde entra en juego la mentira. ¡Qué caramba! Pero si hay montones de tumbas de éstas más vacías que la tabaquera del viejo Dun un viernes por la noche.

Le dio un codazo a uno de sus compañeros, y todos rieron.

—¡Señor! ¿Y cómo iba a ser de otro modo? Mire ésa, la que está justo detrás de esa loma, ¡léala!

Me acerqué y la leí: «Edward Spencelagh, patrón de barco, asesinado por piratas en la costa de Andrés^[90], abril - 1854, aet. 30». Cuando regresé, el señor Swales prosiguió:

—Me pregunto quién le trajo a casa para meterle ahí. ¡Asesinado en la costa de Andrés! ¡Y se figura usted que su cuerpo yace ahí debajo! Caramba, podría nombrarle una docena cuyos huesos yacen en el fondo de los mares de Groenlandia, allá arriba —señaló hacia el norte— o donde sea que los hayan arrastrado las corrientes. Y aquí a su alrededor tiene sus lápidas. Con sus jóvenes ojos podrá usted leer desde aquí la letra pequeña de las mentiras. Ése es Braithwaite Lowrey, conocí a su padre, naufragó a bordo del *Lively* en la costa de Groenlandia en 1820; Andrew Woodhouse, ahogado en esos mismos mares en 1777; John Paxton, se ahogó frente al Cabo Farewell^[91] un año más tarde; o el viejo John Rawlings, cuyo abuelo navegó conmigo, ahogado en el Golfo de Finlandia en 1850^[92]. ¿Acaso cree usted que todos estos hombres vendrán corriendo a Whitby cuando suenen las trompetas? ¡Yo tengo mis dudas al respecto! Cuando llegaran aquí, tropezarían y caerían unos sobre otros de tal modo que sería como una pelea sobre el hielo de las de los viejos tiempos, cuando nos arrojábamos unos contra otros desde el amanecer hasta la puesta del sol, e intentábamos vendar nuestros cortes a la luz de la aurora boreal.

Evidentemente se trataba de una broma local, pues el viejo estalló en carcajadas y sus colegas se le unieron con entusiasmo.

—No creo que eso sea del todo correcto —argüí yo—, pues parte usted de la presunción de que toda esa pobre gente, o sus espíritus, tendrá que acarrear consigo sus lápidas el Día del Juicio Final. ¿De verdad piensa que será realmente necesario?

—Bueno, y si no, ¿para qué son las lápidas? ¡Respóndame a eso, señorita!

—Para consolar a su familia, supongo.

—¡Para consolar a su familia, supone usted! —exclamó con intenso desprecio—. ¿Cómo va a consolar a su familia saber que lo que pone en ella es mentira y que todo el pueblo lo sabe?

Señaló la losa que había a nuestros pies, sobre la que descansaba el banco, cerca del borde del acantilado.

—Lea lo que pone en esta estela —dijo. Desde donde yo estaba sentada veía las letras del revés, pero Lucy estaba frente a ellas, por lo que se inclinó y leyó:

—«Consagrada en memoria de George Canon, que murió, con la esperanza de una gloriosa resurrección, el 29 de julio de 1873, a consecuencia de una caída en las rocas de Kettleness. Esta tumba fue erigida por su desconsolada madre en memoria de su querido hijo. “Era el único hijo de su madre, y ella era viuda^[93] ”». ¡Francamente, señor Swales, no veo que tenga nada de gracioso!

Dijo esto último muy seriamente y con cierta severidad.

—¡No ve que tenga nada de gracioso! ¡Ja, ja! Pero eso es porque usted no sabe que su desconsolada madre era una arpía que le odiaba porque era un lisiado, un cojo vulgar y corriente, y él la odiaba tanto que se suicidó para que ella no pudiera cobrar el seguro de vida que le había contratado. Prácticamente se voló la parte superior de la cabeza con un viejo mosquete que tenían para asustar a los cuervos. Irónicamente, lo que consiguió fue atraerlos, a ellos y a las moscas. Así es como se cayó de las rocas. Y en cuanto a la esperanza de una gloriosa resurrección, yo mismo le oí decir a menudo que esperaba ir al infierno, ya que su madre era tan pía que a buen seguro iría al cielo y él no quería acabar en el mismo sitio que ella. ¿No es esta lápida, se mire como se mire —la golpeó con su bastón mientras hablaba—, una sarta de mentiras? ¡Anda que no se reirá Gabriel cuando Geordie llegue jadeando al cielo con su lápida echada a la espalda, exigiendo que sea aceptada como prueba!

Yo no supe qué decir, pero Lucy cambió el tema de la conversación al exclamar, levantándose:

—¡Oh! ¿Por qué nos ha contado eso? Este es mi asiento favorito, y no quiero dejarlo; y ahora resulta que debo seguir sentándome sobre la tumba de un suicida.

—No le hará daño, hermosa mía; y puede que al pobre Geordie le alegre tener a una muchacha tan bonita sentada sobre su regazo. No puede hacerle ningún daño. ¡Caramba! Yo llevo casi veinte años sentándome aquí, y nunca me lo ha hecho. No se preocupe por los que yacen bajo usted. ¡Y tampoco por los que no yacen! Ya tendrá tiempo de asustarse cuando vea que han desaparecido todas las lápidas, y el lugar quede tan desnudo como un campo de rastros. Ahí están las campanadas, debo marcharme. ¡A su servicio, señoritas!

Y se marchó cojeando.

Lucy y yo seguimos sentadas un rato, y todo lo que se extendía ante nuestra vista era tan hermoso que nos cogimos de la mano; y ella me lo contó una vez más todo acerca de Arthur y su próximo matrimonio. Aquello hizo que me apenara un poco, pues llevo todo un mes sin recibir noticias de Jonathan.

El mismo día . —He vuelto a subir aquí sola, pues estoy muy triste. No había ninguna carta para mí. Espero que a Jonathan no le haya sucedido nada. El reloj acaba de dar las nueve. Veo luces desperdigadas por toda la ciudad, a veces en hileras, siguiendo el recorrido de las calles, otras veces solitarias; bordean toda la ribera del Esk hasta morir en la curvatura del valle. A mi izquierda, la vista se ve interrumpida por la negra silueta del tejado de la vieja casa que hay junto a la abadía. Las ovejas y los corderos balan en los campos, lejos, a mis espaldas, y puedo oír el ruido de los cascos de un burro ascendiendo por la pavimentada carretera de abajo. La banda está tocando un estridente vals a buen ritmo en el malecón, y más avanzado el muelle hay una reunión del Ejército de Salvación, en una calle lateral. Ninguna de las bandas puede oír a la otra, pero desde aquí arriba las oigo y las veo a ambas. ¡Me pregunto dónde está Jonathan y si estará pensando en mí! Ojalá estuviera aquí.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

5 de junio . —Cuanto más consigo comprender a Renfield, más interesante se vuelve su caso. Posee ciertas características enormemente desarrolladas: egoísmo, reserva, y determinación. Ojalá pudiera averiguar el propósito de esta última. Parece seguir un plan propio trazado de antemano, pero aún no he conseguido averiguar en qué puede consistir. Su cualidad redentora es el amor por los animales, aunque a veces experimenta cambios tan extraños que en ocasiones imagino que sólo es anormalmente cruel. Sus mascotas son muy variadas. Ahora mismo su afición consiste en capturar moscas. Ha llegado a reunir tal cantidad que he tenido que llamarle la atención. Para mi asombro, no se ha enfurecido como yo esperaba, sino que se ha tomado el asunto con la máxima seriedad. Ha meditado un momento, y luego ha dicho:

—¿Me concede usted tres días? Me libraré de ellas.

Por supuesto le he dicho que me parecía bien. Debo observarle.

18 de junio . —Ahora ha dirigido su atención hacia las arañas, y guarda varios ejemplares enormes en una caja. Continúa alimentándolas con sus moscas, y el número de estas últimas ha disminuido sensiblemente, aunque ha utilizado la mitad de su comida para atraer a más moscas hasta su habitación.

1 de julio . —Sus arañas se están convirtiendo en una molestia tan grande como sus moscas, y hoy le he dicho que debe librarse de ellas. La noticia le ha entristecido mucho, de modo que le he pedido que se asegurara de que por lo menos desaparecieran unas cuantas. Ha consentido alegremente, y le he dado el mismo plazo que la última vez para reducir el número. Mientras estaba con él ha hecho algo que me ha dado mucho asco, pues cuando un horrendo moscardón hinchado de carroña ha entrado zumbando en la habitación, lo ha cogido, lo ha examinado exultante unos momentos entre su índice y su pulgar y, antes de que pudiera adivinar lo que iba a hacer, se lo ha metido en la boca y se lo ha comido. Le he regañado por ello, pero él ha argumentado tranquilamente que era muy bueno y muy nutritivo; que era vida, vida sana, y que le daba vida a él. Esto me ha dado una idea, o el embrión de una. Debo vigilarle para ver cómo se libra de sus arañas. Evidentemente, sufre graves problemas mentales, pues lleva un pequeño cuaderno en el que siempre está anotando algo. Páginas enteras llenas de cifras y más cifras, generalmente números simples sumados en grupos, y después los totales, también sumados en grupos, como si estuviera «redondeando» alguna cuenta, como dicen los contables.

8 de julio . —Hay un método en su locura, y mi idea embrionaria está creciendo. Pronto será una idea completamente formada, y entonces, ¡oh, cerebración inconsciente!, tendrás que pasarle el testigo a tu hermana consciente. Me he mantenido un par de días alejado de mi amigo para ser capaz de percibir si se producía algún cambio. Las cosas seguían como antes, con la salvedad de que se ha librado de algunas de sus mascotas y ahora tiene una nueva. Ha conseguido capturar un gorrión y ya lo ha domesticado parcialmente. Su modo de domesticar es bien sencillo, pues las arañas han disminuido en número. Las que quedan, en todo caso, están bien alimentadas, pues sigue atrayendo moscas tentándolas con su comida.

19 de julio . —Estamos progresando. Mi amigo tiene ahora toda una colonia de gorriones y sus moscas y arañas han sido prácticamente aniquiladas. Cuando he entrado en su habitación ha venido corriendo hacia mí y me ha dicho que quería pedirme un gran favor... un favor muy muy grande; lisonjeramente, como a un perro. Le he preguntado de qué se trataba, y me ha dicho, con una especie de éxtasis en la voz y los gestos:

—Un gatito, un lustroso y juguetón gatito, pequeño y limpio, con el que pueda jugar, y al que pueda enseñar, y alimentar... y alimentar... ¡y alimentar!

Esta petición no me cogió por sorpresa, pues ya había notado que sus mascotas iban creciendo en tamaño y vivacidad, pero no me parecía bien que su bonita familia de gorriones siguiera el mismo camino que sus moscas y arañas; de modo que le he dicho que me ocuparía de ello y le he preguntado si no preferiría tener un gatito bien grande antes que un gatito. Su ansiedad le ha traicionado al responder:

—¡Oh, sí, claro que querría un gato! Sólo le he pedido un gatito porque me daba miedo que fuera usted a negarme un gato. Pero nadie podría negarme un gatito, ¿verdad?

He negado con la cabeza, añadiendo que por el momento temía que no iba a ser posible, pero que lo estudiaría. Me ha puesto una cara triste, en la que he podido ver una advertencia de peligro, pues de repente me ha lanzado una furiosa mirada de reojo propia de un asesino. Este hombre es un maníaco homicida en potencia. Voy a ponerle a prueba aprovechando su presente anhelo y ya veremos qué sucede; entonces sabré más.

10 p.m . —He vuelto a visitarle y le he encontrado sentado en un rincón meditando tristemente. Cuando he entrado se ha arrodillado frente a mí y me ha implorado que le dejara tener un gato; que su salvación dependía de ello. En cualquier caso, me he mantenido firme y le he dicho que no podía tenerlo. Al oír esto, se ha alejado sin decir palabra, y se ha sentado a mordisquearse los dedos en el mismo rincón en el que le había encontrado. Vendré a verle mañana temprano.

20 de julio . —He visitado a Renfield muy temprano, antes de que el celador hiciera su ronda. Le he encontrado ya levantado y tarareando una canción. Estaba extendiendo en la ventana el azúcar que había guardado, y resultaba evidente que había reiniciado la caza de moscas, con alegría y buen talante. Miré a mi alrededor buscando sus pájaros y, al no verlos por ninguna parte, le pregunté dónde estaban. Respondió, sin volverse siquiera, que se habían marchado todos volando. Había un par de plumas caídas por la habitación y una gota de sangre en su almohada. No le he dicho nada, pero he advertido al guardián de que me informara si sucedía algo raro a lo largo del día.

11 a.m. . —El celador acaba de venir a decirme que Renfield está muy enfermo y que ha vomitado un montón de plumas.

—Creo, doctor —me ha dicho—, que se ha comido a sus pájaros. ¡Y que además se los ha comido crudos!

11 p.m. . —Esta noche le he dado a Renfield un fuerte opiáceo, suficiente como para hacerle dormir incluso a él, y me he llevado su cuaderno para estudiarlo. La idea que llevaba algún tiempo zumbando en mi cerebro por fin ha madurado, y la teoría ha quedado demostrada. Mi maníaco homicida es de una clase ciertamente peculiar. Voy a tener que inventarme una nueva clasificación para él y llamarle *maníaco zoófago* (comedor de vida); lo que desea es absorber tantas vidas como pueda, y se ha dispuesto a conseguirlo de un modo acumulativo. Alimentó a una araña con muchas moscas, y a un pájaro con muchas arañas. Luego quería un gato para alimentarlo con muchos pájaros. ¿Cuáles habrían sido sus siguientes pasos? Casi merecería la pena completar el experimento. Podría hacerse, si tan sólo hubiera motivo suficiente. ¡La gente se mofaba con desprecio de la vivisección y, sin embargo, los resultados saltan hoy a la vista! ¿Por qué no hacer avanzar la ciencia en su aspecto más difícil y vital, el conocimiento del cerebro? Si yo consiguiera desentrañar el secreto de aunque sólo fuera una mente como ésta, si tuviera en mi mano la llave a la imaginación de un solo lunático, podría hacer avanzar mi rama de la ciencia hasta un nivel comparado con el cual la fisiología de Burdon-Sanderson, o el conocimiento del cerebro de Ferrier^[94] , quedarían en nada. ¡Si tan sólo tuviera una causa suficiente! No debo darle demasiadas vueltas, o podría verme tentado; una buena causa podría equilibrar la balanza a mi favor. ¿Acaso no podría poseer también yo, de manera congénita, un cerebro excepcional?

Qué bien razona este hombre; los lunáticos siempre lo hacen, aunque sea dentro de su propia lógica. Me pregunto en cuántas vidas valorará la de un hombre, o si sólo la contará como una. Ha cerrado su cuenta con gran precisión, y hoy ha iniciado un nuevo registro. ¿Cuántos de nosotros no empezamos un nuevo registro cada día de nuestras vidas?

En mi caso, parece que fue ayer cuando mi vida terminó junto con mi nueva esperanza, y ciertamente comencé un nuevo registro. Y así será hasta que Aquel Que Todo Lo Registra me convoque a su presencia y

cierre definitivamente mi libro de cuentas, con un balance de pérdidas o ganancias. Oh, Lucy, Lucy, no puedo enfadarme contigo, ni puedo enfadarme con mi amigo cuya felicidad está en tus manos; sólo me queda seguir aguardando, desesperanzado, y trabajar. ¡Trabajar! ¡Trabajar!

Si tan sólo pudiera entregarme a una causa tan fuerte como la de mi pobre amigo loco, una buena causa desinteresada por la que trabajar... eso sería realmente la felicidad^[95] .

DIARIO DE MINA MURRAY

26 de julio . —Estoy inquieta, y me alivia expresar mis sentimientos en este libro; es como susurrar para una misma y escuchar al mismo tiempo. También hay algo en los símbolos taquigráficos que lo hace diferente de escribir. Me siento muy desgraciada a causa de Lucy y de Jonathan. Llevaba ya algún tiempo sin recibir noticias de Jonathan, y estaba muy preocupada; pero ayer el adorable señor Hawkins, tan amable como siempre, me envió una carta de él. Había escrito preguntándole si había tenido noticias suyas, y me dijo que acababa de llegarle la carta adjunta. Se trata de una única línea enviada desde el Castillo de Drácula, en la que dice que está a punto de iniciar el viaje de regreso. Eso no es propio de Jonathan. No lo entiendo, y me inquieta. Luego, aunque Lucy se encuentra muy bien, últimamente ha retomado su vieja costumbre de andar sonámbula. He hablado del tema con su madre y hemos decidido que a partir de ahora cerraré todas las noches con llave la puerta de nuestra habitación. La señora Westenra está convencida de que los sonámbulos siempre acaban subiendo a los tejados de las casas, o recorriendo los bordes de los precipicios, donde despiertan repentinamente para despeñarse lanzando un grito de desesperación que resuena por todo el lugar. Pobre y querida mujer; naturalmente, está muy preocupada por Lucy y me ha contado que su marido, el padre de Lucy, tenía el mismo hábito; que se levantaba en mitad de la noche y se vestía y, si nadie le detenía, salía a la calle. Lucy va a casarse en el otoño. Y ya está planeando cómo será su vestido y cómo deberá estar arreglada la casa. La entiendo, pues yo hago lo mismo, sólo que Jonathan y yo iniciaremos nuestra vida juntos de un modo mucho más sencillo, y tendremos que hacer un esfuerzo por apañarnos con lo que tenemos. El señor Holmwood (se trata del honorable Arthur Holmwood, hijo único de lord Godalming) vendrá aquí dentro de poco —tan pronto como pueda dejar la ciudad, pues su padre no se encuentra demasiado bien—, y creo que mi querida Lucy está contando los minutos que faltan hasta su llegada. Quiere llevarle hasta el banco del cementerio, junto al acantilado, y mostrarle la belleza de Whitby. Me atrevería a decir que es la espera lo que la perturba; volverá a estar bien tan pronto como llegue él.

27 de julio . —Sin noticias de Jonathan. Estoy muy preocupada por él, aunque no sé por qué debería; pero *cómo deseo* que me hubiera escrito, aunque sólo fuera una línea. Lucy camina dormida más que nunca, y sus idas y venidas por la habitación me despiertan cada noche. Afortunadamente, el tiempo es tan cálido que no existe el riesgo de que coja frío; aun así, la ansiedad y el constante despertar están comenzando a afectarme, y también yo me estoy volviendo nerviosa e insomne. Gracias a Dios, la salud de Lucy sigue estable. El señor Holmwood ha tenido que acudir repentinamente a Ring para ver a su padre, que ha caído seriamente enfermo. Lucy está desolada ante este nuevo retraso, pero no ha afectado a su aspecto; está un poco más

robusta, y sus mejillas tienen un rosa adorable. Ha perdido ese aspecto anémico que solía tener. Rezo para que dure.

3 de agosto . —Ha pasado otra semana y sigo sin tener noticias de Jonathan; tampoco el señor Hawkins, según me ha dicho. ¡Ojalá no esté enfermo! De ser así, habría escrito. Releo su última carta, pero por alguna razón no me satisface. No parece suya y, sin embargo, es su letra. No puede haber lugar a dudas. Esta última semana Lucy no ha caminado mucho sonámbula, pero tiene una extraña expresión de concentración que no consigo entender; incluso cuando duerme parece estar vigilándome. Intenta abrir la puerta y, al encontrarla cerrada, da vueltas por la habitación buscando la llave.

6 de agosto . —Tres días más, y ninguna noticia. Esta incertidumbre empieza a ser horrible. Si tan sólo supiera adonde escribir, o adonde acudir, me sentiría más tranquila; pero nadie ha oído una sola palabra de Jonathan desde aquella última carta. Sólo puedo rogarle a Dios que me dé paciencia. Lucy está más excitable que nunca, pero por lo demás se encuentra bien. La pasada noche hizo un tiempo horroroso, y los pescadores dicen que se avecina un temporal. Tengo que intentar estudiarlo y aprender a predecir los cambios del tiempo. Hoy es un día gris, y mientras escribo esto el sol sigue oculto tras espesos nubarrones, en las alturas sobre el Kettleness. Todo es gris... excepto la verde hierba, que parece esmeralda en contraste con lo que la rodea; rocas terrosas y grises; grises nubes, tintadas con el fuego solar en su extremo más alejado, colgadas sobre un mar gris, en el que los bancos de arena se internan como grises dedos^[96] . La olas rompen sobre los bajíos y las playas arenosas con un rugido, amortiguado por las brumas marinas que se internan en tierra. El horizonte está oculto en una niebla gris. Todo es vastedad; las nubes se apilan como rocas gigantes y del mar brota un «murmullo» que suena como un presagio de condena. De vez en cuando se ven algunas siluetas oscuras en la playa, a veces envueltas en la bruma, que parecen «hombres como árboles que caminan»^[97] . Los barcos de pesca se apresuran a regresar a casa, y se alzan y se hunden con el oleaje al entrar a toda velocidad en el puerto, inclinándose sobre los imbornales. Aquí llega el viejo señor Swales. Viene derecho a mí, y puedo ver, por el modo en el que se quita la gorra, que quiere hablar...

Me he quedado bastante conmovida por el cambio experimentado por el pobre anciano. Al sentarse a mi lado, ha dicho de un modo muy amable:

—Quiero decirle algo, señorita.

He notado que no estaba tranquilo, de modo que, tomando su pobre mano arrugada con la mía, le he pedido que hablara libremente; así que me ha dicho, sin retirar la mano:

—Me temo, querida, que debo de haberla escandalizado con todas esas cosas perversas que he estado contando sobre los muertos y similares las pasadas semanas; pero no lo decía en serio, y quiero que lo recuerde

cuando yo ya no esté. A nosotros, los viejos medio chochos con un pie ya en la tumba, no nos gusta nada pensar en la muerte, y no queremos tenerle miedo; por eso me he acostumbrado a tomármelo todo a la ligera, para poder aliviar un poco mi propio corazón. Pero, por el amor de Dios, señorita, no le tengo ningún miedo a la muerte; sólo que no quiero morir si puedo evitarlo. Mi hora debe de estar ya muy cercana, pues soy viejo, y cien años son demasiados para cualquier hombre. Me queda tan poco tiempo que el Viejo debe estar ya afilando su guadaña. ¿Ve? No consigo quitarme el hábito de tomármelo a chanza; las mandíbulas siguen moviéndose como por costumbre. Algún día, pronto, el Ángel de la Muerte hará sonar su trompeta por mí. ¡Pero no se lamente usted, querida mía! —pues vio que estaba llorando—. Si viniera esta misma noche, no me negaría a responder a su llamada. Pues la vida sólo es, después de todo, una espera para algo distinto de lo que estamos haciendo; y la muerte es lo único con lo que verdaderamente podemos contar. Pero estoy satisfecho, pues ya viene a por mí, querida, y viene deprisa. Podría estar llegando mientras nosotros estamos mirando y haciéndonos preguntas. Quizá está afuera, en el mar, en ese viento que trae consigo muerte y ruina y dolorosa inquietud y corazones tristes. ¡Mire! ¡Mire! —gritó de repente—. Hay algo en ese viento, y en el rugido más allá, que suena, y parece, y sabe, y huele a muerte. Está en el aire; lo siento venir. ¡Señor, haz que responda alegre cuando llegue mi llamada!

Alzó los brazos devotamente y se quitó la gorra. Su boca se movió como si estuviera rezando. Transcurridos un par de minutos en silencio, se levantó, me estrechó la mano, me bendijo y se despidió y se marchó cojeando. Todo esto me emocionó y me alteró sobremanera. Me alegré de que llegara el guardacostas con su catalejo bajo el brazo. Se detuvo para hablar conmigo, como hace siempre, pero sin dejar de observar ni un solo instante una nave desconocida.

—No consigo identificarla —dijo—. A juzgar por su aspecto, es rusa; pero se balancea de un modo extrañísimo. Esa gente no sabe lo que se hace; parecen haber visto que se acerca la tormenta, pero no consiguen decidir si dirigirse al norte, a mar abierto, o refugiarse aquí. ¡Mire, otra vez! Qué manera tan extraña de gobernarse, como si no importara la mano que haya en el timón; cambia de rumbo con cada soplo de viento. Mañana a estas horas habremos oído hablar de ella.

Capítulo VII

RECORTE DE *THE DAILYGRAPH* , 8 DE AGOSTO

(Pegado en el Diario de Mina Murray)

De un corresponsal^[98]

Whitby

Una de las mayores y más repentinas tormentas documentadas ocurrió ayer aquí, con resultados a la vez extraños y singulares. El tiempo había sido algo bochornoso, aunque no hasta un grado infrecuente durante el mes de agosto. El sábado por la tarde fue tan espléndido como no se recuerda, y ayer gran número de veraneantes se dirigieron a visitar el bosque de Mulgrave, la Bahía de Robin Hood, el molino de Rig, Runswick, Staithes y demás aledaños típicos de Whitby. Los vapores *Emma* y *Scarborough* dieron paseos a lo largo de la costa, y se realizaron una cantidad inusual de excursiones tanto hacia Whitby como desde esta misma ciudad. El día fue inusualmente bueno hasta la caída de la tarde, cuando algunos de los chafarderos que frecuentan el cementerio del acantilado este, desde cuya imponente eminencia observan las amplias extensiones de mar visibles al norte y al este, llamaron la atención sobre una repentina acumulación de «colas de yegua^[99] » sobre el cielo del noroeste. Soplaban en aquel momento un viento del sudoeste en el ligero grado que el lenguaje barométrico denomina «nº 2: brisa ligera». El guardacostas de servicio informó inmediatamente y un viejo pescador, que durante más de medio siglo ha vigilado las señales meteorológicas desde el acantilado este, predijo de manera enfática la llegada de una repentina tormenta^[100] . La llegada del ocaso fue realmente tan bella, tan magnífica con sus masas de nubes espléndidamente coloreadas, que toda una multitud se reunió a lo largo del paseo del acantilado en el viejo cementerio para gozar de la hermosa vista. Antes de que el sol se hundiera por debajo de la negra silueta del Kettleness, destacando prominentemente frente al cielo occidental, su descenso se vio marcado por un millar de nubes con todos los colores del ocaso: fuego, morado, rosa, verde, violeta, y todas las gradaciones del dorado; con algunas masas ocasionales, no muy grandes, pero de una absoluta negrura, que adoptaban todo tipo de formas tan bien contorneadas como colosales siluetas. El espectáculo no pasó desapercibido ante los pintores, e indudablemente algunos de los apuntes del «Preludio a la Gran Tormenta» adornarán las paredes de la R.A. y la R.I. el próximo mayo^[101] . Más de un capitán decidió en

aquel preciso instante que su *cobble* o su *mule*^[102], como llaman ellos a sus diferentes clases de barcas, permanecería en el puerto hasta que la tormenta hubiera pasado. Por la noche el viento amainó por completo y a medianoche se produjo una calma total, acompañada de un calor bochornoso y de esa imperativa intensidad que, ante la cercanía del trueno, afecta a las personas de naturaleza sensible^[103]. Había muy pocas luces en el mar, pues incluso los vapores costeros, que normalmente se pegan todo lo que pueden a la orilla, se mantuvieron en aguas profundas, y a la vista había muy pocas embarcaciones pesqueras. El único velamen visible era el de una goleta extranjera con todas las velas desplegadas, que aparentemente se dirigía hacia el oeste. La temeridad o ignorancia de sus oficiales fue un tema habitual en los comentarios mientras permaneció a la vista, y se hicieron esfuerzos por hacerle llegar señales advirtiéndola de que redujera trapeo debido al peligro al que se enfrentaba. Antes de que la noche hubiera caído del todo, fue vista con las velas aleutando ociosamente mientras subía y bajaba suavemente siguiendo el ondulante cabeceo del mar.

«Tan ociosa como un barco pintado en un océano pintado^[104]».

Poco antes de las diez en punto la inmovilidad del aire se tornó bastante opresiva, y el silencio era tan marcado que el balido de una oveja desde el interior, o el ladrido de un perro en la ciudad, podían oírse con toda claridad, y la banda en el malecón, con su animado aire francés, era una discordancia ante la gran armonía del silencio de la naturaleza. Poco después de la medianoche brotó un extraño sonido desde el mar y, en las alturas, el aire comenzó a traer un extraño tronar, débil y hueco.

La tormenta estalló sin previo aviso. Con una rapidez que, en el momento, pareció increíble, e incluso ahora resulta imposible de comprender, todos los aspectos de la naturaleza se convulsionaron al unísono. Las olas se alzaron con una furia cada vez mayor, cada una alzándose sobre la anterior, hasta que en muy pocos minutos el cristalino mar se había convertido en una especie de monstruo rugiente y devorador. Olas de cresta blanca golpeaban alocadamente contra los bancos de arena y ascendían los acantilados escarpados; otras rompían sobre los malecones, y barrieron con su espuma las linternas de los faros que se levantan al final de cada malecón del puerto de Whitby. El viento rugió como el trueno y sopló con tal fuerza que incluso los hombres fuertes tuvieron dificultades para conseguir mantenerse en pie o abrazarse con todas sus fuerzas a los puntales de hierro. Fue necesario evacuar los malecones de la masa de curiosos, o de otro modo las fatalidades de la noche se habrían incrementado enormemente. Sumándose a las dificultades y peligros del momento, una masa de niebla marina llegó deslizándose hacia el interior... blancas, húmedas nubes que se extendieron de modo fantasmal, tan húmedas y frías que no hacía falta más que un pequeño esfuerzo de la imaginación para pensar que los espíritus de aquellos perdidos en el mar estaban tocando a sus hermanos vivos con las frías y húmedas manos de la muerte^[105], y muchos sintieron un escalofrío mientras las espirales de

bruma marina se extendían. En ocasiones la niebla se disipaba y el mar podía ser visto hasta cierta distancia al resplandor de los relámpagos, que ahora caían rápidamente y en gran número, seguidos de unos truenos tan repentinos que todo el cielo sobre nuestras cabezas parecía temblar bajo el impacto de las pisadas de la tormenta. Algunas de las escenas reveladas de este modo fueron de inconmensurable grandeza y absorbente interés... el mar, elevándose en montañas, arrojaba hacia el cielo con cada ola densas masas de espuma blanca que la tempestad parecía arrebatarse y desperdigar por el aire; ocasionalmente, algún barco pesquero, con la vela hecha jirones, corriendo locamente en busca de refugio frente al oleaje; ocasionalmente, las blancas alas de un pájaro marino zarandeado por la tormenta. En el extremo más alto del acantilado este, el nuevo foco estaba listo para empezar a funcionar, pero aún no había sido probado. Los oficiales a su cargo lo pusieron en condiciones de operar, y aprovechando las pausas de la bruma que seguía internándose rápidamente, barrieron con él la superficie del mar. En una o dos ocasiones su servicio fue de lo más efectivo, como cuando un barco de pesca, con la regala bajo el agua, entró velozmente en el puerto, evitando, gracias a la guía de la luz protectora, el peligro de chocar contra los malecones. Cada vez que un barco lograba alcanzar el refugio del puerto, se alzaba un grito de alegría de la masa de gente que observaba desde la orilla; un grito que, por un momento, parecía alzarse por encima de la galerna para ser después barrido por su furia. Antes de que pasara mucho tiempo, el foco descubrió a cierta distancia una goleta con todas las velas desplegadas, aparentemente el mismo navío que había sido divisado anteriormente durante la tarde. Para entonces el viento había cambiado hacia el este, y un escalofrío recorrió a los vigilantes en el acantilado al darse cuenta del terrible peligro que ahora corría. Entre la goleta y el puerto yacía el gran arrecife en el que tantos buenos barcos han sufrido ocasionalmente, y mientras el viento siguiera soplando en aquella dirección, sería prácticamente imposible que la goleta alcanzara la entrada del puerto. Faltaba poco para la pleamar, pero las olas eran tan enormes que entre una y otra casi podían verse los bajíos de la costa, y la goleta, con todas las velas desplegadas, avanzaba a tal velocidad que, en palabras de un viejo lobo de mar, «debía llegar a alguna parte, aunque sólo fuese al infierno». Entonces llegó otra oleada de bruma marina, mayor que cualquier otra, una masa de niebla húmeda y fría, que pareció cerrarse en torno a todas las cosas como una mortaja gris y que dejó a los hombres únicamente el sentido del oído, pues el rugido de la tempestad, y el fragor del trueno y el estruendo del poderoso oleaje llegaban a través del húmedo olvido con más escándalo que antes. Los rayos del foco estaban fijos en la boca del puerto, al otro lado del malecón este, donde se esperaba que se produjera el choque, y los hombres esperaban sin aliento. Pero el viento cambió repentinamente hacia el noroeste y la bruma marina se dispersó ante su potencia; y entonces, *mirabile dictu* [106], entre los malecones, saltando de ola en ola mientras avanzaba a velocidad suicida, cruzó la extraña goleta llevada por el viento, con todas las velas desplegadas, y ganó la seguridad del puerto. El foco la siguió, y un escalofrío recorrió a todos los que la vieron, pues atado al timón había un cadáver, con la cabeza caída, que oscilaba

horriblemente a uno y otro lado siguiendo los movimientos del barco. No había nadie más en toda la cubierta. Un gran sobrecogimiento se apoderó de todos al darse cuenta de que el barco, como por un milagro, ¡había llegado a puerto sin otra guía salvo la de la mano de un hombre muerto! De cualquier modo, todo sucedió más rápido de lo que se tarda en escribirlo. La goleta no se detuvo, sino que siguió atravesando el puerto hasta encallar en la acumulación de arena y gravilla arrastrada por las numerosas mareas y tormentas hasta el rincón sudeste del malecón que sobresale por debajo del acantilado este, conocido localmente como Malecón de Tate Hill.

Por supuesto, se produjo un choque considerable cuando el navío impactó contra los montones de arena. Cada verga, sogas y estay se tensaron, y parte de los aparejos cayeron estruendosamente. Pero lo más extraño de todo fue que, en el mismo instante en el que la goleta tocó la orilla, un inmenso perro saltó a cubierta desde el interior, como impulsado por el impacto y, echando a correr, saltó de la proa a la arena dirigiéndose sin titubear hacia el escarpado acantilado, en cuya cima el cementerio pende sobre el paseo marítimo que se dirige al malecón este de un modo tan empinado que algunas de las lápidas («estelas^[107] », como las llaman en la vernácula de Whitby) sobresalen por encima de donde el suelo que las soportaba se ha derrumbado, y desapareció en la oscuridad, que parecía intensificarse justo más allá del alcance del foco.

Se dio la circunstancia de que en aquel momento no había nadie en el Malecón de Tate Hill, ya que todos aquéllos cuyas casas se encuentran próximas estaban bien en la cama o bien fuera, subidos al acantilado. Así, el guardacostas de servicio en el extremo oriental del puerto, que de inmediato acudió corriendo al pequeño malecón, fue el primero en subir a bordo. Los hombres que manejaban el foco, tras barrer la entrada del puerto sin ver nada, orientaron a continuación la luz sobre el derrelicto y la mantuvieron allí fija. El guardacostas subió a la goleta y cuando se aproximó al timón, se inclinó para examinarlo y retrocedió de inmediato, como presa de una súbita emoción. Esto pareció picar la curiosidad general y un numeroso grupo de espectadores empezó a correr en aquella dirección. Desde el acantilado oeste^[108], junto al puente levadizo, hasta el Malecón de Tate Hill hay un buen trecho, pero su corresponsal es una buena corredora y llegó por delante de la multitud. Cuando llegué, en todo caso, encontré ya reunida en el muelle a toda una multitud a la que el guardacostas y la policía impidieron subir a bordo. Por cortesía del contramaestre del puerto, yo obtuve, como su corresponsal, permiso para subir a cubierta, y fui una de las pocas personas que vio al marino muerto aún amarrado al timón.

No fue de extrañar que el guardacostas se hubiera sorprendido, o incluso sobrecogido, pues semejante visión no se ve a menudo. El hombre tenía las manos atadas, una sobre la otra, a un radio del timón. Entre la mano inferior y la madera había un crucifijo, cuyo rosario también estaba atado alrededor de ambas muñecas y del timón, todo ello asegurado por las tirantes sogas. El pobre tipo debía de haber

estado sentado en algún momento, pero el aleteo y los golpes de las velas habían afectado el gobernalle y le habían arrastrado a derecha e izquierda, de modo que las sogas con las que estaba atado habían cortado la carne hasta el hueso. Se tomó nota detallada del estado de las cosas, y un doctor (el cirujano J. M. Caffyn, del nº 33 de East Elliot Place), que llegó inmediatamente después de mí, declaró, tras haber realizado el examen, que el hombre debía de llevar muerto unos dos días. En su bolsillo había una botella, cuidadosamente tapada y vacía salvo por un pequeño rollo de papel, que resultó ser una adenda al diario de a bordo. El guardacostas dijo que el hombre debía de haberse atado a sí mismo, apretando los nudos con los dientes. El hecho de que un guardacostas fuera el primero en subir a bordo podría ahorrar ciertas complicaciones, más adelante, en el Tribunal del Almirantazgo, pues los guardacostas no pueden reclamar el salvamento que es el derecho del primer civil que entra en un derrelicto. En todo caso, la maquinaria legal ya se ha puesto en marcha y un joven estudiante de leyes afirma estridentemente que los derechos del propietario han sido completamente sacrificados, al estar retenida su propiedad

contraviniendo los estatutos de manos muertas^[109], dado que el timón, como símbolo, cuando no prueba, de una posesión delegada, estaba manejado literalmente por una *mano muerta*. No hará falta decir que el difunto timonel ha sido retirado reverencialmente del puesto en el que mantuvo su honorable guardia hasta la muerte (una resolución tan noble como la del joven Casabianca^[110]), y alojado en un depósito de cadáveres a la espera de que se produzca la encuesta.

La repentina tormenta ya está pasando y su fiereza remite; las multitudes se dispersan en dirección a casa y el cielo comienza a enrojecer sobre las rasas de Yorkshire. Enviaré, a tiempo para su siguiente número, más detalles sobre el barco abandonado que tan milagrosamente encontró el camino hasta puerto en mitad del temporal.

Whitby

9 de agosto. —Los acontecimientos que han seguido a la extraña llegada del barco abandonado en la tormenta de anoche son casi más sobrecogedores que el suceso en sí mismo. Resulta que la goleta es rusa, de Varna, y se llama la *Demeter*^[111]. Iba casi enteramente en lastre de arena fina, transportando únicamente una pequeña carga, un número indeterminado de grandes cajas de madera llenas de mantillo. La carga iba dirigida a un abogado de Whitby, el señor S. F. Billington, del nº 7 de la calle Crescent, quien esta mañana subió a bordo para hacerse cargo formalmente de los bienes a él consignados. El cónsul ruso, por su parte, tomó posesión formal del navío en representación del fletador y pagó todas las tasas portuarias, etc. Hoy no se habla aquí de otra cosa que no sea esta extraña coincidencia; los oficiales de la Cámara de Comercio se han mostrado muy rigurosos para asegurarse de que todo el proceso fuera llevado a cabo de acuerdo a las regulaciones vigentes. Como el asunto va a ser «cosa de un par de días», están evidentemente dispuestos a que no haya motivo de quejas posteriores. Había mucho interés en el perro que saltó a tierra cuando encalló el barco, y más de

un par de miembros de la S.P.C.A.^[112] , que tiene mucho arraigo en Whitby, han intentado ayudar al animal. Para decepción general, en cualquier caso, aún no ha sido encontrado. Puede que estuviera asustado y se abriera camino hasta los páramos, donde quizá aún siga escondiéndose aterrorizado. Algunos observan con temor esta posibilidad, no vaya a ser que más tarde pueda convertirse en un peligro, pues evidentemente se trata de un animal fiero. Esta mañana temprano, un perro grande, mestizo de mastín, propiedad de un mercader de carbón cercano al Malecón de Tate Hill, fue encontrado muerto en la carretera frente al patio de su amo. Había estado peleando con un oponente a todas luces salvaje, pues tenía la garganta destrozada y el vientre abierto en canal como por una garra bestial.

Más tarde . —Por cortesía del inspector de la Cámara de Comercio, se me ha permitido ver el diario de a bordo de la *Demeter* , que estaba en regla hasta hace tres días, si bien no contenía nada de especial interés salvo ciertos hechos relacionados con la desaparición de varios hombres. El mayor interés, en cualquier caso, concierne al papel encontrado en la botella, que fue hoy presentado en la encuesta; nunca me había topado con una narración tan extraña como la que se desarrolla entre ambos documentos. Ya que no hay motivo para ocultarlo, se me ha permitido utilizarla y, por consiguiente, les envío una transcripción, omitiendo sencillamente detalles técnicos de la vida en el mar y sobrecargo. Casi parece como si el capitán hubiera sido presa de alguna especie de manía antes de haber llegado a alta mar, condición que luego se desarrolló persistentemente durante el viaje. Por supuesto, mi declaración debe ser tomada *cum grano* ^[113] , dado que estoy escribiendo al dictado de un secretario del consulado ruso, quien amablemente me lo ha traducido, pues dispongo de poco tiempo.

DIARIO DE A BORDO DE LA *DEMETER*

Varna a Whitby

Escrito el 18 de julio. Están sucediendo cosas tan extrañas, que voy a llevar un registro detallado a partir de ahora y hasta que arribemos.

El 6 de julio terminamos de subir la carga: arena fina y cajas de tierra. A mediodía desplegamos velas. Viento del este, fresco. Tripulación: cinco marineros... dos oficiales, cocinero, y yo mismo (capitán).

El 11 de julio al amanecer entramos en el Bósforo. Abordados por oficiales de aduanas turcos. *Bakhshish* ^[114]. Todo correcto. Partimos a las 4 p.m.

El 12 de julio atravesamos los Dardanelos. Más oficiales de aduanas y lancha del escuadrón de la guardia. Más *bakhshish*. Trabajo de los oficiales concienzudo, pero rápido. Quieren que nos marchemos pronto. Al atardecer pasamos al Archipiélago ^[115].

El 13 de julio pasamos frente a cabo Matapán. Tripulación descontenta por algún motivo. Parecían asustados, pero no quisieron hablar.

El 14 de julio estuve algo preocupado por la tripulación. Todos los hombres son tipos formales y han navegado conmigo con anterioridad. El primer oficial no consiguió averiguar qué es lo que anda mal; sólo pudieron decirle que había *algo*, y se santiguaron. Ese día el oficial perdió el temperamento con uno de ellos y le golpeó. Esperaba que estallara una pelea, pero todo siguió tranquilo.

El 16 de julio el primer oficial me informó por la mañana de que un miembro de la tripulación, Petrofsky, había desaparecido. No podía explicarlo. Inició su guardia de babor al dar las ocho; fue relevado por Abramoff, pero no llegó a su litera. Hombres más desmoralizados que nunca. Todos dijeron que esperaban algo así, pero no quisieron decir nada más que había *algo* a bordo. Oficial empieza a impacientarse con ellos; temí problemas en el futuro.

El 17 de julio, ayer, uno de los hombres, Olgaren, vino a mi camarote y con mucho temor me confió que pensaba que había un desconocido a bordo. Dijo que durante su guardia se había estado refugiando detrás de la camareta alta, ya que estaba lloviendo, cuando vio a un hombre alto, delgado, que no se parecía a ninguno de la tripulación, salir por la escotilla de los camarotes, recorrer la cubierta y desaparecer. Le siguió sigilosamente, pero cuando llegó a proa no encontró a nadie y todas las escotillas estaban cerradas. Era presa de un miedo supersticioso y temo

que pueda cundir el pánico. Para acallararlo, hoy voy a registrar todo el barco concienzudamente de proa a popa.

Más tarde, me he reunido con toda la tripulación y les he dicho que ya que evidentemente pensaban que había alguien a bordo del barco, íbamos a registrarlo de proa a popa. El primer oficial se ha enfadado; ha dicho que era una locura y que ceder ante una idea tan idiota desmoralizaría a los hombres; ha dicho que él se encargaría de que no armaran jaleo con un espeque. Le dejé al mando del timón, mientras el resto iniciábamos una concienzuda búsqueda, todos juntos, con linternas; no dejamos ningún rincón sin examinar. Puesto que sólo estaban las grandes cajas de madera, no había demasiados rincones en los que un hombre pudiera esconderse. Hombres mucho más aliviados al finalizar la búsqueda, han vuelto alegremente al trabajo. Primer oficial ha fruncido el ceño, pero no ha dicho nada.

22 de julio . —Mal tiempo durante los últimos tres días, todos los marineros ocupados con el velamen. No han tenido tiempo de asustarse. Parecen haber olvidado su temor. Primer oficial contento de nuevo, todos en buena armonía. He felicitado a los hombres por su buen trabajo durante el mal tiempo. Hemos cruzado el estrecho de Gibraltar. Todo bien.

24 de julio . —Una maldición parece cernirse sobre este barco. Ya nos faltaba un marino al entrar en el golfo de Vizcaya con un tiempo terrible frente a nosotros y anoche perdimos otro hombre. Desaparecido. Como el primero, terminó su guardia y no volvió a ser visto. Los hombres tienen pánico; me han hecho llegar una petición solicitando guardias dobles, pues temen estar solos. Primer oficial violento. Temo que habrá problemas, pues o bien él o bien los hombres recurrirán a la violencia.

28 de julio . —Cuatro días en el infierno, zarandeados por una especie de *maëlstrom* , viento huracanado. Nadie ha dormido. Los hombres están completamente agotados. A duras penas van a poder hacer guardia, puesto que ninguno tiene fuerzas para continuar. El segundo oficial se ha ofrecido voluntario para pilotar y vigilar, permitiendo que los hombres dispongan de un par de horas de sueño. El viento remite, el mar sigue bravío, pero menos, el barco va más firme.

29 de julio . —Otra tragedia. Esta noche hicimos guardia sencilla porque la tripulación estaba muy cansada para doblar. Cuando el relevo de la mañana salió a cubierta no pudo encontrar a nadie salvo al timonel. Empezó a gritar y todos salieron a cubierta. Búsqueda exhaustiva, pero no hemos encontrado a nadie. Ahora hemos perdido al segundo oficial y la tripulación está aterrorizada. El primer oficial y yo hemos acordado ir armados a partir de ahora y estar atentos a cualquier indicio.

30 de julio . —Última noche. Nos estamos acercando a Inglaterra con alegría. Buen tiempo, todo el velamen desplegado. Me retiré agotado; dormí profundamente; me ha despertado el primer oficial diciéndome

que los dos hombres de guardia y el timonel han desaparecido. Sólo quedamos yo, el oficial y dos marinos para manejar el barco.

1 de agosto . —Dos días de niebla y ni una sola vela a la vista. Tenía la esperanza de que al llegar al Canal de la Mancha podría enviar señales de socorro o arribar a algún puerto. Al no tener manos suficientes para manejar las velas tenemos que dejarnos llevar por el viento. No me atrevo a arriarlas, ya que no podríamos volver a levantarlas. Algo parece empujarnos hacia una terrible condena. Oficial más desmoralizado que cualquiera de los marinos. Su naturaleza más enérgica parece haber trabajado interiormente en su contra. Los hombres están más allá del miedo, trabajan imperturbables, con paciencia. Se han preparado para lo peor. Son rusos. Él, rumano.

2 de agosto, medianoche . —Me he despertado de un sueño de un par de minutos al oír un grito, aparentemente delante de mi portilla. No he visto nada en la niebla. He corrido a cubierta y me he encontrado con el oficial. Me dice que ha oído un grito y que ha subido corriendo. Ni rastro del hombre de guardia. Otro desaparecido. ¡Señor, ayúdanos! El oficial dice que debemos de haber superado los estrechos de Dover, ya que justo cuando ha oído gritar al hombre, en un momento en el que la niebla se ha levantado, ha visto North Foreland^[116] . De ser así ahora estamos en el Mar del Norte y sólo Dios puede guiarnos en la niebla, que parece moverse con nosotros, pero Dios parece habernos abandonado.

3 de agosto . —A medianoche fui a relevar al hombre en el timón, pero cuando llegué allí no encontré a nadie. El viento era estable, como lo teníamos a favor no dimos guiñadas. No me atreví a dejarlo, de modo que llamé a gritos al oficial. En un par de segundos salió corriendo a cubierta con sus pantalones de franela. Tenía un aspecto demacrado y los ojos desorbitados y temí que su razón le hubiera abandonado. Se acercó a mí y susurró roncamente, pegando la boca a mi oído, como si temiera que el mismo aire pudiera oírle: «Está aquí; ahora lo sé. Lo vi anoche, durante la guardia, como un hombre, alto y delgado, espantosamente pálido. Estaba en la proa, mirando hacia fuera. Me arrastré detrás de eso, y le atacé con mi cuchillo; pero el cuchillo lo atravesó, estaba vacío como el aire. —Y mientras hablaba tomó su cuchillo y lo clavó salvajemente en el vacío. Después continuó—: Pero sé que está aquí, y voy a encontrarlo. Está en la bodega, quizá en una de esas cajas. Las desatornillaré todas una a una y veré. Usted ocúpese del timón». Y, con una mirada de advertencia y alzando el índice frente a sus labios, descendió. Se estaba levantando un viento picado y no pude abandonar el timón. Le vi salir de nuevo a cubierta con una caja de herramientas y una linterna y descender a la escotilla de proa. Está loco, loco de remate, y sería inútil intentar detenerle. A las cajas no puede hacerles daño: según la factura contienen «arcilla» y destaparlas es lo más inofensivo que puede hacer. Así que aquí me he quedado, ocupándome del timón, y escribiendo estas notas. Sólo puedo confiar en Dios y esperar a que se levante la niebla. Entonces, si no puedo guiar el

barco hasta algún puerto con el viento que haya, cortaré las velas y me dejaré llevar y pediré ayuda...

Ya casi todo ha terminado. Justo cuando estaba empezando a tener la esperanza de que el oficial saldría más tranquilo (pues le oí golpeando algo en la bodega, y el trabajo es bueno para él), ha surgido un repentino alarido de horror de la escotilla que me ha helado la sangre en las venas, y él ha salido a cubierta como disparado por un resorte... un demente rabioso, con los ojos desorbitados y el rostro convulsionado por el miedo. «¡Sálveme! ¡Sálveme!», ha gritado, y después ha mirado a su alrededor, a la espesa niebla. Su horror se ha tornado desesperación, y con voz firme me ha dicho: «Será mejor que venga usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Está aquí. Ahora sé el secreto. ¡El mar me salvará de Él y eso es lo único que me queda!». Antes de que pudiera decir una palabra, o adelantarme para agarrarle, ha subido de un salto a la borda y se ha arrojado deliberadamente al mar. Supongo que ahora yo también conozco el secreto. Fue este lunático quien se deshizo uno a uno de los hombres, y ahora los ha seguido él mismo. ¡Que Dios me ayude! ¿Cómo voy a explicar todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡*Cuando* llegue a puerto! ¿Ocurrirá eso alguna vez?

4 de agosto . —Persiste la niebla que el sol no consigue penetrar. Sé que ha salido el sol porque soy marino, no por otra cosa. No me he atrevido a ir abajo, no me he atrevido a abandonar el timón, de modo que he permanecido aquí toda la noche, y en la penumbra de la noche lo vi... ¡a Él! Que Dios me perdone, pero el oficial hizo bien saltando por la borda. Es mejor morir como un hombre. Nadie podría objetarle a un marino que muera en alta mar. Pero yo soy capitán y no debo abandonar mi barco. Pero confundiré a este demonio o monstruo, pues ataré mis manos al timón cuando mis fuerzas comiencen a abandonarme y junto a ellas ataré el objeto que Él (¡que Eso!) no se atreve a tocar; y después, vengan buenos o malos vientos, salvaré mi alma y mi honor como capitán. Cada vez me siento más débil y la noche se acerca. Si Él volviera a mirarme a la cara podría no quedarme tiempo para actuar...

Si embarrancamos, quizá alguien encuentre esta botella y aquellos que la encuentren puedan comprender; si no... bueno, entonces todos los hombres deberán saber que he sido digno de la confianza depositada en mí. Que Dios y la Virgen y los santos ayuden a un pobre ignorante que intenta cumplir con su deber...

Por supuesto, el veredicto ha quedado abierto. No hay pruebas que aducir; y si fue este hombre quien cometió o no los asesinatos, nadie puede afirmarlo. Los paisanos aquí defienden casi con unanimidad que el capitán es, sencillamente, un héroe, y va a tener un funeral público. Ya se ha decidido que su cuerpo sea transportado Esk arriba con una comitiva de barcos durante un trecho y luego traído de vuelta hasta el Malecón de Tate Hill, desde donde será subido por la escalinata de la abadía, puesto que va a ser enterrado en el cementerio del barranco.

Los patrones de más de cien barcos ya han manifestado su deseo de acompañarle a la tumba.

No ha podido encontrarse ni rastro del gran perro, por el que muchos se lamentan, pues teniendo en cuenta el estado actual de la opinión pública, creo que sería adoptado por la ciudad. Mañana será el funeral, y así acabará este nuevo «misterio del mar».

DIARIO DE MINA MURRAY

8 de agosto . —Lucy ha estado muy inquieta toda la noche y tampoco yo he podido dormir. La tormenta fue terrible, y mientras bramó poderosamente entre los tiros de la chimenea, me hizo temblar. Llegó una aguda bocanada que pareció una escopeta distante. Curiosamente, Lucy no se despertó, pero se levantó dos veces y se vistió. Afortunadamente, las dos veces me desperté a tiempo y conseguí desvestirla sin despertarla y volví a meterla en la cama. Es muy extraño esto del sonambulismo, pues tan pronto como su voluntad se ve frustrada físicamente, su intención, si es que hubiera alguna, desaparece para plegarse casi exactamente a la rutina de su vida.

Por la mañana nos levantamos temprano y bajamos al puerto a ver si había pasado algo durante la noche^[117] . Había muy poca gente por allí y aunque el sol brillaba con intensidad, y el aire era limpio y fresco, las enormes y siniestras olas, que parecían oscuras en sí mismas porque la espuma que las coronaba era como la nieve, se abrían paso a través de la estrecha boca del puerto... como un matón atravesando una multitud. En cierto modo me alegré de que Jonathan no estuviera anoche en el mar sino en tierra. Pero, oh, ¿está en tierra o en mar? ¿Dónde está, y cómo? Estoy inquieta y temo terriblemente por él. Si tan sólo supiera qué hacer y pudiera hacer algo...

10 de agosto . —El funeral del pobre capitán ha sido muy conmovedor. Todos y cada uno de los barcos del puerto estuvieron allí presentes y el ataúd fue llevado por capitanes todo el camino desde el Malecón de Tate Hill hasta el cementerio. Lucy vino conmigo y enseguida acudimos a nuestro viejo banco, mientras la comitiva de barcos subía el río hasta llegar al viaducto y luego volvía a bajar. Tuvimos una hermosa vista y vimos casi toda la procesión. El pobre hombre fue enterrado muy cerca de nuestro banco, de modo que cuando llegó el momento nos pusimos encima de pie y pudimos verlo todo. La pobre Lucy parecía muy alterada. Estuvo inquieta e intranquila todo el tiempo y no puedo evitar pensar que su sonambulismo nocturno le está pasando factura. Tiene una costumbre muy rara: nunca admitirá ante mí que haya causa alguna para su inquietud; o si la hubiera, ella misma no la entiende. Una causa adicional es que el pobre y anciano señor Swales fue hallado muerto esta mañana en nuestro banco, con el cuello roto. Evidentemente, como dijo el doctor, se había caído del banco debido a algún sobresalto, pues tenía una expresión de miedo y horror en el rostro que hizo sentir un escalofrío a los hombres que le encontraron. ¡Pobre y querido viejo! ¡Quizá vio a la Muerte con sus ojos agonizantes^[118] ! Lucy es tan dulce y sensible que se deja influir mucho más intensamente que otras personas. Justo ahora estaba muy perturbada por un suceso sin importancia al que yo no presté demasiada atención, aunque también yo tengo mucho cariño a los

animales. Uno de los hombres que sube aquí a menudo para ver los barcos llegó acompañado de su perro. El perro siempre está con él. Los dos son muy callados, y nunca he visto al hombre enfadado ni oído al perro ladrar. Durante el servicio el perro no quiso acercarse a su dueño, que estaba en el banco con nosotras, sino que se mantuvo a unos metros de distancia, ladrando y aullando. Su amo le habló amablemente, luego con dureza y finalmente enfadado; pero el animal ni se acercaba ni dejaba de hacer ruido. Era presa de una especie de ataque de furia, con los ojos desquiciados y todo el pelo de punta, como el rabo de un gato cuando está en pie de guerra. Finalmente, también el hombre se enfadó, y se levantó de un salto y le dio una patada al perro. Después lo agarró por el codo y medio lo arrastró, medio lo arrojó contra la lápida a la que está fijado el banco. En el momento en el que tocó la piedra, el pobre animal se calló y se echó a temblar. No intentó huir, sino que sencillamente se agazapó, estremeciéndose y encogiéndose, y se hallaba en un estado de terror tan lamentable que intenté, aunque sin resultado, reconfortarle. Lucy estaba muy apenada también, pero no intentó tocar al perro, sino que se limitó a mirarlo angustiada. Temo mucho que tenga una naturaleza demasiado hipersensible como para ir por el mundo sin problemas. Esta noche soñará con esto, estoy segura. Toda la acumulación de acontecimientos: el barco conducido a puerto por un hombre muerto; su pose, atado al timón con un crucifijo y un rosario; el conmovedor funeral; el perro, primero furioso y luego aterrorizado... todo ello alimentará sus sueños.

Creo que será mejor que se vaya a la cama físicamente agotada, de modo que voy a llevarla a dar un largo paseo siguiendo los acantilados hasta la Bahía de Robin Hood y de vuelta aquí. No debería sentirse demasiado inclinada a andar dormida después de eso.

Capítulo VIII

DIARIO DE MINA MURRAY

Mismo día, 11 p.m. en punto . —¡Oh, estoy agotada! Si no fuera porque me he impuesto la tarea de escribir este diario, esta noche no lo habría abierto. Hemos dado un paseo fantástico. Lucy, al cabo de un rato, ya estaba de buen humor, gracias, creo, a unas adorables vacas que se nos acercaron husmeando en un campo cercano al faro, y que nos aterrorizaron a las dos como tontas. Creo que nos olvidamos de todo, excepto, por supuesto, de nuestro miedo, y fue como hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar de cero. En la Bahía de Robin Hood tomamos un «té completo» buenísimo, en una encantadora y anticuada posada, que tiene un mirador justo encima de las rocas cubiertas de algas de la playa. Creo que habríamos escandalizado a la «Nueva Mujer»^[119] » con nuestro apetito. ¡Los hombres son más tolerantes, benditos sean! Después regresamos a casa haciendo algunas, o más bien muchas, paradas para descansar y con los corazones henchidos de un constante temor a los toros salvajes. Lucy estaba realmente cansada y nuestra intención era meternos en la cama tan pronto como pudiéramos. Sin embargo, el joven párroco vino de visita y la señora Westenra le pidió que se quedara a cenar. Tanto Lucy como yo tuvimos que librar una dura lucha contra Morfeo; sé que en mi caso fue dura, y eso que yo soy bastante heroica. Algún día los obispos deberían reunirse para ocuparse de la creación de una nueva clase de párrocos que no aceptaran invitaciones a cenar por mucho que les insistan y que aprendieran a distinguir cuándo las chicas están cansadas. Lucy está dormida y respira suavemente. Tiene más color de lo habitual en las mejillas, y se la ve... oh, realmente encantadora. Si el señor Holmwood se enamoró de ella viéndola sólo en la sala de estar, me pregunto qué diría si la viera ahora. Algunas de las «Nuevas Mujeres» plantearán algún día que los hombres y las mujeres deberían tener permitido verse unos a otros durmiendo antes de ofrecer o aceptar una declaración de matrimonio. Aunque supongo que en el futuro la Nueva Mujer no se conformará con limitarse a aceptar; hará las peticiones ella misma. ¡Y además lo hará muy bien! Hay cierto consuelo en eso. Esta noche estoy muy contenta, pues la querida Lucy parece estar mejor. Realmente creo que ya ha superado lo peor y que por fin se han acabado sus problemas de sonambulismo. Sería feliz sólo con saber algo de Jonathan... Que Dios le bendiga y le proteja.

11 de agosto, 3 a.m . —Diario otra vez. No tengo nada de sueño, así que bien puedo escribir. Estoy demasiado nerviosa para dormir. Hemos vivido tal aventura, una experiencia tan angustiada... Me quedé dormida tan pronto como cerré mi diario... De repente, me desperté por

completo y me senté en la cama invadida por una horrible sensación de miedo y de vacío a mi alrededor. La habitación estaba a oscuras, así que no podía ver la cama de Lucy; me estiré y palpé buscándola. Su cama estaba vacía. Encendí una cerilla y descubrí que no estaba en la habitación. La puerta estaba cerrada, pero no con llave, tal y como yo la había dejado. Me daba miedo despertar a su madre, ya que últimamente ha estado peor de salud, de modo que me puse algo de ropa y me dispuse a buscarla. Al salir de la habitación se me ocurrió que, dependiendo de las ropas que se hubiera puesto, podría orientarme sobre su destino de sonámbula. La bata significaría la casa; un vestido, el exterior. Tanto la bata como su vestido estaban en sus lugares correspondientes. «Gracias a Dios, —dije para mí misma—. No puede haber ido muy lejos sólo con el camisón». Bajé corriendo las escaleras y miré en la sala de estar. ¡No estaba allí! Entonces miré en todas las otras habitaciones abiertas de la casa, con el corazón atenazado por un miedo cada vez mayor. Finalmente llegué a la puerta del recibidor y la encontré abierta. No estaba abierta de par en par, pero el pestillo no estaba echado. La servidumbre tiene mucho cuidado de cerrar la puerta con llave cada noche, de modo que temí que Lucy pudiera haber salido tal y como iba. No había tiempo para pensar en lo que podría suceder; un temor vago y sobrecogedor oscureció todos los detalles. Tomé un chal grande y pesado y salí corriendo. El reloj daba la una cuando salí a la calle Crescent y no se veía ni un alma. Corrí a lo largo de North Terrace, pero no pude ver ni rastro de la blanca silueta que estaba buscando. Al llegar al borde del acantilado oeste, sobre el malecón, miré por encima del puerto, hacia el acantilado este, con la esperanza o el temor (no sé cuál de los dos) de ver a Lucy en su banco favorito. Había un claro de luna brillante sobre el que flotaban unas nubes negras y pesadas que convertían toda la escena en un fugaz diorama de luces y sombras al desplazarse por delante. Durante unos momentos fui incapaz de ver nada, ya que la sombra de una nube ocultaba la iglesia de St. Mary y todo lo que la rodeaba. Entonces, cuando la nube terminó de pasar, vi aparecer las ruinas de la abadía; y a medida que el borde de una estrecha banda de luz, tan nítida como el filo de una espada, iba avanzando, la iglesia y el cementerio se hicieron gradualmente visibles. Fueran cuales fueran mis esperanzas, no quedé decepcionada, pues allí, sobre nuestro banco favorito, la plateada luz de la luna iluminó una figura medio reclinada, de un blanco níveo. El paso de la nube fue demasiado rápido como para permitirme ver demasiado, pues las sombras ahogaron la luz casi de inmediato; pero me pareció ver como si una forma oscura se alzara desde detrás del banco en el que había resplandecido la blanca figura, inclinándose sobre ella. Pero no podría haber asegurado si se trataba de hombre o bestia; en cualquier caso, no esperé a captar otro vistazo, sino que bajé volando los empinados escalones hasta llegar al malecón, y pasé junto a la lonja de pescado hasta llegar al puente, que era el único modo de alcanzar el acantilado este. La ciudad parecía muerta, pues no vi ni un alma; me alegró que así fuera, pues no quería que hubiera ni un solo testigo de la condición de la pobre Lucy. El tiempo y la distancia parecieron eternizarse, mis rodillas temblaron y empecé a respirar trabajosamente mientras ascendía penosamente la interminable escalinata hasta la abadía. Debí de llegar rápido, pero aun así me pareció como si mis pies arrastraran pesos de

plomo, y como si cada articulación de mi cuerpo estuviera oxidada. Cuando llegué casi a lo alto divisé el banco y la blanca figura, ya que ahora estaba lo suficientemente cerca para distinguirla incluso a través de los periodos de sombra. Indudablemente había algo, largo y negro, echado sobre la figura semireclinada. Llamé asustada: «¡Lucy, Lucy!», y algo elevó una cabeza, y desde donde estaba pude ver un rostro blanco y unos ojos rojos y refulgentes. Lucy no respondió y yo corrí hacia la entrada del cementerio. Al entrar, la iglesia se interpuso entre mi campo de visión y el banco, por lo que aproximadamente durante un minuto la perdí de vista. Cuando volví a verla, la nube había pasado, y el claro de luna caía tan brillantemente que pude ver a Lucy medio reclinada, con la cabeza apoyada contra el respaldo del banco. Estaba completamente sola, y no había ni rastro de ningún ser vivo en los alrededores.

Cuando me incliné sobre ella pude ver que seguía dormida. Tenía los labios separados, y no respiraba suavemente, como es habitual en ella, sino dando largas y dificultosas bocanadas, como si estuviera luchando por llenar sus pulmones con cada inspiración. Al acercarme, levantó la mano aún dormida y apretó el cuello de su camisón, cerrándolo en torno a su cuello. Al hacerlo, le sobrevino un pequeño temblor, como si tuviera frío. Le pasé el cálido chal por encima de los hombros, y ajusté los extremos en torno a su cuello, pues temía que fuera a pillar un constipado mortal por culpa del aire nocturno, desvestida como estaba. Me daba miedo despertarla de inmediato, de modo que, para poder tener las manos libres para ayudarla, aseguré el chal junto a su garganta con un gran imperdible; pero la ansiedad debió de volverme torpe, y debí de pincharla o pellizcarla con él, pues poco después, cuando su respiración se volvió más tranquila, se llevó de nuevo la mano a la garganta y gimió. Después de haberla envuelto cuidadosamente, le puse mis zapatos y luego empecé a despertarla con mucha amabilidad. Al principio no respondió, pero gradualmente se fue mostrando más y más inquieta en el sueño, gimiendo y suspirando ocasionalmente. Finalmente, como se estaba haciendo demasiado tarde, y por muchas otras razones deseaba llevarla a casa de inmediato, la zarandeé con más fuerza, hasta que por fin abrió los ojos y se despertó. No pareció sorprendida de verme, ya que, por supuesto, no se dio cuenta de inmediato de dónde se encontraba. Lucy siempre se despierta con encanto, e incluso en semejante momento, a pesar de tener el cuerpo helado de frío y del espanto de encontrarse de repente desvestida en un cementerio en mitad de la noche, no perdió su gracejo. Tembló un poco y se aferró a mí; cuando le dije que me acompañara de inmediato a casa, se levantó sin decir palabra, obediente como una niña. Al andar, la grava me hizo daño en los pies y Lucy me vio estremecerme. Se paró e insistió en que recuperara mis zapatos, pero me negué a ello. En cualquier caso, en cuanto llegamos al sendero fuera del cementerio, donde había un charco de agua que aún no se había secado desde la tormenta, unté por turnos mis pies con barro, frotando uno con el otro, de modo que durante el regreso a casa nadie, en caso de que nos encontráramos con alguien, pudiera notar que iba descalza.

La fortuna nos favoreció y llegamos a casa sin encontrar un alma. Una vez vimos a un hombre, que no parecía estar del todo sobrio, caminando

por la calle frente a nosotras; pero nos escondimos en un portal hasta que desapareció en un callejón estrecho y empinado de los que hay aquí; *wynd*s , como los llaman en Escocia. Mi corazón latió con tanta violencia durante todo el trayecto que a veces pensé que iba a desmayarme. Estaba muy preocupada por Lucy; y no sólo por su salud, no fuera a sufrir debido a la exposición a la intemperie, sino también por su reputación, en caso de que la historia se extendiera. Tras haber vuelto a casa, lavarnos los pies y haber rezado juntas una oración de gracias, la arrojé en su cama. Antes de caer dormida me pidió (incluso imploró) que no le contara ni una palabra a nadie sobre su aventura sonámbula, ni siquiera a su madre. Al principio dudé si prometérselo, pero al acordarme del estado de salud de su madre y pensar cómo la inquietaría saber semejante historia y cómo podría llegar a deformarse (mejor dicho, cómo se deformaría indefectiblemente) en caso de que acabara por filtrarse, me pareció más inteligente hacerlo. Espero haber hecho bien. He cerrado la puerta con llave y he atado ésta a mi muñeca, de modo que quizá no vuelva a molestarme. Lucy duerme profundamente; el reflejo del amanecer ya brilla a lo lejos sobre el mar...

Mismo día, a mediodía . —Todo va bien. Lucy ha dormido hasta que la he despertado, y no parecía haberse movido ni siquiera de postura. Su aventura nocturna no parece haberle perjudicado; al contrario, ha resultado ser beneficiosa, pues esta mañana tiene mejor aspecto que durante las últimas semanas. Lamenté ver que mi torpeza con el imperdible le había producido una herida. En realidad, podría haber sido algo serio, pues la piel de su garganta estaba perforada. Debo de haber pellizcado un trozo de piel suelta, atravesándola, pues tiene dos pequeños puntos rojos, como pinchazos, y en el cuello de su camisa había una gota de sangre. Cuando me disculpé y me mostré preocupada al respecto, ella se rió y me acarició, y dijo que ni siquiera lo notaba. Afortunadamente no le dejarán cicatriz, ya que son muy pequeños.

Mismo día, por la noche . —Hemos pasado un día muy alegre. El aire estaba limpio, el sol brillaba y soplaban una fresca brisa. Hemos ido a almorzar al bosque de Mulgrave, la señora Westenra conduciendo por la carretera y Lucy y yo recorriendo el sendero del acantilado y uniéndonos a ella junto a la puerta. Yo me sentí un poco triste, ya que no pude dejar de pensar lo absolutamente feliz que habría sido si Jonathan nos hubiera acompañado. ¡En fin! Debo ser paciente. Por la tarde paseamos por Casino Terrace, oímos buena música de Spohr y Mackenzie^[120] y nos fuimos a la cama temprano. Lucy parece más relajada que en los últimos tiempos y se quedó dormida de inmediato. Voy a cerrar la puerta y a disponer de la llave igual que anoche, aunque hoy no espero tener ningún problema.

12 de agosto . —Mis esperanzas eran infundadas; esta noche Lucy me ha despertado dos veces intentando salir. Pareció, incluso dormida, algo contrariada al encontrar la puerta cerrada y ha vuelto a la cama con una especie de protesta. Me he despertado al amanecer, y he oído a los pájaros piar en la ventana. Lucy también se ha despertado, y me ha

alegrado ver que se sentía incluso mejor que la mañana anterior. Parecía haber recuperado su antigua jovialidad y ha venido a acurrucarse a mi lado en la cama, y me lo ha contado todo sobre Arthur; yo le he contado lo preocupada que estaba por Jonathan, y entonces ella ha intentado consolarme. Bueno, en parte lo ha conseguido, pues, aunque la simpatía no puede alterar los hechos, puede ayudar a hacerlos más llevaderos.

13 de agosto . —Otro día tranquilo. Me fui a la cama con la llave atada a la muñeca, como las veces anteriores. Una vez más me desperté en mitad de la noche y encontré a Lucy sentada en la cama, aún dormida, señalando hacia la ventana. Me levanté sigilosamente y, alzando la persiana, miré hacia fuera. Había una luna brillante, y el suave influjo de la luz sobre el mar y el cielo —fundidos juntos en un único, enorme y silencioso misterio— era de una belleza indescriptible. Delante de mí aleteaba un murciélago enorme, haciendo grandes remolinos. Una o dos veces se acercó bastante, pero supongo que se asustó al verme, y se alejó aleteando por encima del puerto en dirección a la abadía. Cuando regresé de la ventana, Lucy se había vuelto a acostar y estaba durmiendo tranquilamente. No se volvió a mover en toda la noche.

14 de agosto . —Hoy he pasado todo el día leyendo y escribiendo en el acantilado este. Lucy parece haberse prendado tanto de este lugar como yo y me resulta difícil alejarla de aquí cuando llega la hora de volver a casa para el almuerzo, el té o la cena. Esta tarde hizo un comentario muy extraño. Íbamos de regreso a casa para almorzar, habíamos llegado a lo alto de la escalinata que asciende desde el malecón oeste, y nos habíamos detenido para observar la vista, como solemos hacer. El sol se estaba poniendo, y empezaba a hundirse justo por detrás del Kettleness; la luz roja caía sobre el acantilado este y la vieja abadía, y pareció bañarlo todo en un hermoso resplandor rosado. Permanecimos un rato en silencio, cuando de repente Lucy murmuró como para sí misma:

—¡Otra vez sus ojos rojos! ¡Son exactamente iguales!

Fue una expresión tan extraña, sin venir a cuento de nada, que me sobresaltó bastante. Me ladeé un poco, como para ver bien a Lucy sin que pareciera que la estaba observando fijamente, y vi que se encontraba como en trance. Tenía una expresión rara en el rostro que no supe interpretar del todo; de modo que no dije nada pero seguí su mirada. Parecía estar observando nuestro banco, en el que había una oscura figura sentada a solas. Sentí un pequeño sobresalto, pues por un instante me pareció como si el desconocido tuviera unos ojos enormes, como llamas ardientes; pero una segunda mirada disipó la ilusión. El sol rojo iluminaba las ventanas de la iglesia de St. Mary detrás de nuestro banco, y a medida que el sol se hundía se fue produciendo tal cambio en la refracción y el reflejo como para crear el efecto de que la luz se había movido. Llamé la atención a Lucy sobre aquella peculiaridad y volvió en sí misma con un sobresalto, si bien parecía igualmente triste; podría haberse debido a que estaba pensando en lo sucedido allá arriba aquella

noche terrible. No hemos vuelto a mencionar el tema; de modo que no dije nada y fuimos a casa a almorzar. A Lucy le dolía la cabeza y se fue pronto a la cama. Esperé a que se hubiera dormido y salí a dar un pequeño paseo yo sola; caminé a lo largo de los acantilados hacia el oeste, inundada de una dulce tristeza, pues estaba pensando en Jonathan. Cuando volvía a casa (había un brillante claro de luna; tan brillante que, aunque la fachada que daba a la calle Crescent estuviera en penumbras, podía ver perfectamente) levanté la vista hacia nuestra ventana, y vi la cabeza de Lucy asomándose afuera. Pensé que quizá me estaba buscando, de modo que saqué mi pañuelo y lo agité. Ella no se dio cuenta ni hizo movimiento alguno. Justo entonces, el claro de luna siguió avanzando, doblando una esquina del edificio, y la luz cayó sobre la ventana. Pude ver perfectamente a Lucy, con la cabeza apoyada contra el alféizar y los ojos cerrados. Estaba completamente dormida, y junto a ella, posado sobre el alféizar, había lo que parecía ser un pájaro de tamaño considerable. Temía que pudiera coger frío, de modo que subí las escaleras corriendo, pero cuando entré en la habitación ya estaba volviendo a su cama, profundamente dormida y respirando con dificultad; tenía la mano apoyada en la garganta, como para protegerla del frío. No la desperté, pero la arropé cálidamente; he cuidado de que la puerta esté cerrada y la ventana seguramente acerrojada.

Parece tan dulce cuando duerme... pero está más pálida que de costumbre y su rostro tiene una expresión demacrada y ojerosa que no me gusta nada. Temo que está preocupada por algo. Ojalá pudiera averiguar de qué se trata.

15 de agosto . —Me he levantado más tarde de lo habitual. Lucy estaba lánguida y cansada, y ha seguido durmiendo después de que nos llamaran. Durante el desayuno recibimos una agradable sorpresa. El padre de Arthur está mejor y quiere que la boda se celebre pronto. Lucy rebosa silenciosa alegría y su madre está contenta y triste a la vez. Más tarde me reveló el motivo. Le apena perder a su Lucy, pero se alegra de que pronto vaya a tener alguien que la proteja. ¡Pobre, querida y encantadora señora! Me ha confiado que está sentenciada a muerte. No se lo ha contado a Lucy y me ha hecho jurar que le guardaría el secreto; su doctor le ha dicho que, en el plazo de un par de meses como mucho, fallecerá debido a que su corazón se está debilitando. Incluso ahora, una impresión podría matarla con casi total seguridad en cualquier momento. Ah, hicimos bien ocultándole la terrible noche de sonambulismo de Lucy.

17 de agosto . —Llevo dos días enteros sin escribir en este diario. No he tenido coraje para hacerlo. Una especie de nube parece estar cubriendo nuestra felicidad. Sigo sin tener noticias de Jonathan y Lucy parece encontrarse cada día más débil, mientras su madre tiene las horas contadas. No entiendo que Lucy se esté consumiendo del modo que lo está haciendo. Come bien y duerme bien, y se beneficia del aire fresco; pero las rosas de sus mejillas no hacen sino desvanecerse y cada día que pasa está más débil y más lánguida; por la noche la oigo boquear como si le faltara el aire. Guardo la llave de nuestra puerta constantemente

atada a mi muñeca, pero igualmente se levanta y pasea por la habitación y se sienta junto a la ventana abierta. Anoche, cuando me desperté, la encontré asomada hacia fuera, y cuando intenté despertarla no lo conseguí; se había desvanecido. Cuando por fin conseguí reanimarla, estaba tan débil como un gatito y lloró en silencio entre prolongadas y agónicas bocanadas en busca de aire. Cuando le pregunté cómo había llegado hasta la ventana, negó con la cabeza y me dio la espalda. Espero que sus males no se deban a aquel infortunado pinchazo con el imperdible. Acabo de observar su garganta mientras dormía, y las pequeñas heridas no parecen haberse curado. Siguen abiertas y, si acaso, son más grandes que antes, con los rebordes blanquecinos. Son como pequeños puntos blancos con centros rojos. A menos que se curen en uno o dos días, insistiré en que el doctor les eche un vistazo.

Carta, Samuel F. Billington e Hijo, abogados, Whitby, a Sres. Cáster,

Paterson &Co., Londres

17 de agosto

Muy señores nuestros:

Acompañando a la presente adjuntamos factura detallada de mercancía enviada mediante Grandes Ferrocarriles del Norte. Dicha mercancía debe ser entregada en Carfax, cerca de Purfleet, de modo inmediato tras la recepción de la misma en la estación de King's Cross. La casa está por el momento vacía, pero adjuntas encontrarán también las llaves, todas ellas etiquetadas.

Harán el favor de depositar las cajas que forman el envío, cincuenta en total, en el edificio parcialmente derruido que forma parte de la casa, marcado con una «A» en el diagrama adjunto. Su agente reconocerá fácilmente la localización, dado que se trata de la antigua capilla de la mansión. La mercancía parte en tren esta noche a las 9:30, y llegará a King's Cross a las 4:30 de la tarde de mañana. Dado que nuestro cliente desea que la entrega se efectúe tan pronto como sea posible, les agradeceremos tengan preparado un equipo en Kings Cross a la hora mencionada y trasladen de inmediato la mercancía a su destino. Con el fin de evitar cualquier retraso posible por motivo de formalidades rutinarias relacionadas con el pago, adjuntamos aquí un talón por valor de diez libras (10 £), de cuya recepción rogamos acuse. De darse el caso de que el importe fuera menor que esta cantidad, pueden devolver el sobrante; en caso de ser mayor, enviaremos de inmediato un cheque por la diferencia tan pronto como nos lo hagan saber. Al marcharse, deberán dejar las llaves en el recibidor principal de la casa, donde el propietario podrá recuperarlas al entrar con su duplicado.

Por favor, no juzguen un exceso de los límites de la cortesía profesional el que les presionemos por todos los medios para que procedan con la máxima rapidez.

Quedamos, queridos señores,

fielmente a su disposición,

SAMUEL F. BILLINGTON E HIJO

Carta, Sres. Cáster, Paterson & Co., Londres, a Sres. Billington

e Hijo, Whitby

21 de agosto

Muy señores nuestros:

Nos complace acusar recibo de 10 £, y enviar cheque por valor de 1£. 17s. 9d^[121] ., cantidad abonada de más, como demuestra la factura detallada que encontrarán adjunta. Mercancía entregada en estricta concordancia con las instrucciones y llaves dejadas en recibidor principal de la parcela, como ordenado.

Quedamos, queridos señores,

respetuosamente suyos,

Pro CARTER, PATERSON & CO.

DIARIO DE MINA MURRAY

18 de agosto . —Hoy me siento feliz y escribo sentada en el banco del cementerio. Lucy está muchísimo mejor. Durmió bien toda la noche, y no me molestó ni una sola vez. El rubor parece estar regresando a sus mejillas, aunque aún sigue tristemente pálida y se la ve agotada. Si estuviera de algún modo anémica podría entenderlo, pero no lo está. Está de buen humor y repleta de vida y alegría. Toda su mórbida reticencia parece haberse esfumado, y acaba de recordarme —¡como si necesitara recordatorios!— aquella noche, y que fue aquí, en este mismo banco, donde la encontré dormida. Mientras me lo contaba golpeaba juguetonamente la lápida con el talón de su bota, y ha dicho:

—¡Mis pobres piecitos no hicieron demasiado ruido entonces! Me atrevería a decir que el pobre señor Swales me habría dicho que era porque no quería despertar a Geordie.

Dado que estaba de un humor tan comunicativo, le pregunté si aquella noche había soñado algo. Antes de responder, ha fruncido el ceño de ese modo tan encantador que Arthur dice adorar —le llamo Arthur, como acostumbra hacer ella—; y, de hecho, no me extraña que así sea. Después, cayó en una especie de medio trance, como intentando recordarlo para sí misma:

—No soñé del todo; sino que todo pareció ser real. Lo único que deseaba era estar aquí, en este lugar. No sé por qué, pues había algo que me daba miedo... no sé el qué. Aunque supongo que debía de estar dormida, recuerdo andar por las calles y atravesar el puente. Un pez saltó justo cuando yo pasaba y me asomé para verlo, y oí a un montón de perros aullando. Toda la ciudad parecía estar llena de perros aullando todos a la vez... mientras subía la escalinata. Después tengo un vago recuerdo de algo largo y oscuro, con los ojos rojos, iguales a los que vimos en la puesta del sol, y algo muy dulce y muy amargo rodeándome a la vez; y después me pareció hundirme en aguas profundas y verdes, y oír una canción en mis oídos, como he oído que les pasa a los hombres que se están ahogando; después todo pareció alejarse de mí; mi alma pareció salir de mi cuerpo y flotar por el aire. Creo recordar que una vez vi el faro de poniente justo debajo de mí [122] , y entonces sentí una especie de sensación angustiosa, como si estuviera en mitad de un terremoto, y regresé y te encontré zarandeando mi cuerpo. Te vi hacerlo antes de sentirlo.

Entonces se echó a reír. Todo me resultaba un poco extraño y la escuché conteniendo el aliento. No me gustó del todo y pensé que era mejor que no siguiera dándole vueltas en su cabeza, de modo que pasamos a otros temas, y Lucy volvió a ser una vez más la de siempre. Cuando llegamos a casa, la brisa fresca le había fortalecido, y sus pálidas mejillas

estaban realmente más rosadas. Su madre se alegró al verla, y las tres pasamos una velada muy alegre juntas.

19 de agosto . —¡Alegría, alegría, alegría! Bueno, no todo es alegría. Pero por fin he tenido noticias de Jonathan. Mi querido muchacho ha estado enfermo, ésa es la razón de que no escribiera. Ahora ya no temo decirlo o pensarlo, pues ahora ya lo sé. El señor Hawkins me ha enviado la carta personalmente. Oh, siempre es tan amable... Mañana voy a partir al encuentro de Jonathan, para ayudar a cuidarle de ser necesario y para traerle a casa. El señor Hawkins dice que sería buena idea casarnos allí. He llorado tanto sobre la carta de la buena hermana, que puedo notarla húmeda contra mi pecho, donde la he guardado. Es de Jonathan y debe estar cerca de mi corazón, pues él está *en* mi corazón. Mi viaje está planificado y mi equipaje preparado. Sólo voy a llevarme un vestido de repuesto. Lucy llevará mi baúl a Londres y me lo guardará hasta que envíe a buscarlo, pues podría ser que... No debo escribir más; debo guardármelo hasta poder decírselo a Jonathan, mi marido. La carta que él ha visto y tocado me reconfortará hasta que nos encontremos.

Carta, Sor Agatha, Hospital de San José y la Virgen María, Buda-Pest, a la señorita Miss Wilhelmina Murray

12 de agosto

Querida señorita:

Le escribo siguiendo los deseos del señor Jonathan Harker, quien aún se encuentra demasiado débil como para escribirle personalmente, aunque evoluciona bien, gracias a Dios, a San José y a la Virgen María. Lleva casi seis semanas a nuestro cargo, aquejado de una violenta fiebre cerebral. Desea que le envíe su amor y que le diga que mediante este mismo correo escribo en su nombre al señor Peter Hawkins, de Exeter, para comunicarle, con todos los respetos, que lamenta su retraso y que ha cumplido con su misión. Aún deberá reposar algunas semanas en nuestro sanatorio de las colinas, pero luego regresará aquí. Desea que le diga que no lleva suficiente dinero consigo y que le gustaría pagar su estancia aquí, de modo que otros que lo necesiten no carezcan de ayuda.

Suya, con simpatía y todas las bendiciones,

SOR AGATHA

P. D. —Aprovechando que mi paciente se ha dormido, vuelvo a abrir la carta para poner algo más en su conocimiento. Me lo ha contado todo sobre usted y sé que en breve va a convertirse en su esposa. ¡Mis bendiciones para ambos! Ha sufrido una conmoción terrible (eso dice nuestro doctor), y en su delirio ha desvariado sobre cosas horribles; lobos, veneno y sangre, fantasmas y demonios, y otras cosas que no me atrevo a escribir. Tenga siempre mucho cuidado y asegúrese de que no ocurra nada que pueda alterarle de este modo en el futuro; las huellas de una enfermedad como la suya no desaparecen así como así. Deberíamos haberle escrito hace mucho, pero no sabíamos nada de sus amigos, y no llevaba encima ningún documento que alguien pudiera entender. Llegó en el tren de Klausenburgo y el jefe de estación le contó al guardia que le trajo que había llegado a la estación corriendo, exigiendo a gritos un billete de regreso a casa. Viendo por su comportamiento violento que era inglés^[123], le dieron un billete para la estación más lejana en la dirección que seguía el tren.

Puede estar segura de que está bien cuidado. Ha conquistado el corazón de todos nosotros con su dulzura y amabilidad. Realmente está mejorando y no tengo la menor duda de que en un par de semanas volverá a ser el mismo. Pero cuide de él, por su bien. Le ruego a Dios, a San José y a la Virgen María que les den muchos muchos años de felicidad a ambos.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

19 de agosto . —Ayer por la noche Renfield experimentó un extraño y repentino cambio. A eso de las ocho en punto, comenzó a ponerse nervioso y a olfatear como un perro al que acaban de azuzar. El celador se sorprendió de su comportamiento y, conociendo mi interés por él, le animó a hablar. Normalmente es respetuoso con él, en ocasiones hasta servil; pero anoche, según me cuenta el hombre, fue muy arrogante. Ni siquiera se dignó hablar con él. Lo único que le dijo fue:

—No quiero hablar contigo; ahora ya no cuentas. Mi Señor está cerca.

El celador cree que se trata de alguna forma repentina de manía religiosa, que le ha dominado. De ser así, debemos prepararnos para lo peor, pues un hombre de su fuerza, afectado de manía homicida y religiosa a la vez, podría ser peligroso. Es una terrible combinación. A las nueve en punto yo mismo le hice una visita. Su actitud para conmigo fue la misma que hacia el celador; perdido en su sublime egomanía, la diferencia que pueda existir entre nosotros dos es, para él, insignificante. Realmente parece manía religiosa; pronto creará ser Dios. Y estas distinciones infinitesimales entre hombres son demasiado ínfimas para un ser Omnipotente. ¡Cómo se traicionan a sí mismos estos locos! El Dios real se preocupa hasta de un gorrión caído del nido; sin embargo, el Dios creado por la vanidad humana no es capaz de ver diferencias entre un águila y un gorrión^[124] . ¡Oh, si los hombres tan sólo supieran!

Durante media hora o más, Renfield continuó alterándose cada vez más. Fingí no vigilarle, pero de todos modos le tuve bajo estricta observación. De repente asomó a sus ojos esa mirada furtiva que vemos cada vez que un lunático ha tenido una idea, y con ella ese movimiento sigiloso de la cabeza y la espalda que los celadores de manicomio acaban reconociendo a la perfección. Se volvió con bastante calma, fue a sentarse resignadamente en el borde de su cama y miró al vacío con ojos apagados. Quise averiguar si su apatía era real o sólo fingida e intenté hacerle hablar de sus mascotas, un tema que nunca había dejado de animarle. En un principio no respondió nada, pero finalmente afirmó malhumoradamente:

—¡Al infierno con ellas! Me importan un comino.

—¿Qué? —dije yo—. ¿No pretenderá decirme que ya no le importan sus arañas? —ahora mismo las arañas son su principal afición y el cuaderno de notas se está llenando de columnas de pequeñas cifras. Al oír esto, respondió enigmáticamente:

—Las damas de honor alegran la vista de los que esperan la llegada de la novia; pero cuando la novia se acerca, las damas de honor dejan de brillar ante unas vistas colmadas.

Se negó a explicarse, y permaneció obstinadamente sentado en su cama todo el rato que seguí con él.

Esta noche estoy agotado y bajo de ánimos. No puedo dejar de pensar en Lucy y lo diferentes que podrían haber sido las cosas. Si no me duermo de inmediato, recurriré al dorsal^[125], el moderno Morfeo. ¡C₂HCl₃O.H₂O! Debo tener cuidado para que no se convierta en un hábito. ¡No, esta noche no debo tomar nada! He estado pensando en Lucy, y no quiero deshonrarla mezclando ambas cosas. De ser necesario, pasaré la noche en vela...

Me alegro de haber tomado esa resolución; y más me alegra haberla mantenido. Estaba dando vueltas en la cama y había oído al reloj dar dos campanadas, cuando el vigilante nocturno vino a buscarme, enviado desde el pabellón, para comunicarme que Renfield se había escapado. Me puse apresuradamente las ropas y bajé corriendo de inmediato; mi paciente es una persona demasiado peligrosa como para rondar por ahí libremente. Esas ideas tuyas podrían representar un peligro para los desconocidos. El celador me estaba esperando. Me dijo que no hacía diez minutos que le había visto, aparentemente dormido en su cama, al mirar a través de la ventanilla de observación que hay en la puerta. Le llamó la atención el ruido de la ventana al ser arrancada haciendo palanca. Corrió de vuelta y vio los pies de Renfield desaparecer a través de la ventana, por lo que me hizo llamar de inmediato. Iba vestido con su pijama, y no podía haber llegado muy lejos. El celador pensó que sería más útil observar hacia dónde se dirigía que seguirle de inmediato, puesto que podía perderle de vista mientras salía del edificio por la puerta. Es un hombre corpulento y no podría haber salido por la ventana. Yo soy delgado, así que con su ayuda salí, pero con los pies por delante y, ya que sólo estábamos a un par de pies por encima del suelo, aterricé sin daños. El celador me dijo que el paciente había ido hacia la izquierda y que luego había seguido en línea recta, de modo que corrí lo más rápido que pude. Mientras atravesaba el cinturón de árboles, vi una blanca silueta escalando el alto muro que separa nuestros terrenos de los de la casa abandonada.

Volví corriendo de inmediato y le dije al vigilante que reuniera a tres o cuatro hombres y que me siguiera a los terrenos de Carfax, en caso de que nuestro amigo pudiera ser peligroso. Yo mismo tomé una escalera y, escalando el muro, me dejé caer al otro lado. Pude ver la silueta de Renfield desapareciendo tras una esquina de la casa, de modo que le seguí a la zaga. Le encontré en el lado más alejado de la casa, pegado contra la vieja puerta de roble ribeteada de hierro de la capilla. Parecía estar hablando con alguien, pero no me atreví a acercarme lo suficiente como para oír lo que estaba diciendo, no fuera a asustarle y saliera corriendo. ¡Perseguir a un enjambre de abejas no es nada en

comparación con seguir a un lunático desnudo al que le han entrado ansias de escapar! Al cabo de un par de minutos, en cualquier caso, pude ver que no se daba cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor, de modo que me atreví a acercarme más, sobre todo porque en ese momento mis hombres ya habían cruzado el muro y le estaban rodeando. Le oí decir:

—He venido para cumplir Tus órdenes, mi Señor. Ahora soy Tu esclavo, y Tú me recompensarás, pues te seré fiel. Hace tiempo que te adoro de lejos. Ahora que estás cerca, aguardo Tus órdenes, y Tú no me dejarás de lado, ¿verdad, querido Amo, cuando hagas el reparto de todo lo que es bueno?

Está claro que es un viejo egoísta y pedigüeño. No deja de pensar en los panes y los peces ni cuando cree encontrarse frente a la Real Presencia^[126]. Sus manías se combinan de un modo inquietante. Cuando nos acercamos a él, peleó como un tigre. Es inmensamente fuerte, y luchó más como una bestia salvaje que como un hombre. Nunca había visto con anterioridad a un lunático en semejante paroxismo de ira; y espero no volver a hacerlo. Es un milagro que hayamos descubierto a tiempo su fuerza y peligrosidad. Con una fuerza y una determinación como las suyas, quién sabe cuántas barrabasadas podría haber cometido antes de ser capturado. En cualquier caso, ahora está a buen recaudo. Ni el mismísimo Jack Sheppard^[127] podría librarse de la camisa de fuerza que le mantiene impedido y le hemos encadenado al muro de la habitación acolchada. Sus gritos son, en ocasiones, terribles, pero los silencios que les siguen son más amenazadores aún, pues en cada uno de sus gestos y movimientos puede percibirse su intención de matar.

Justo ahora acaba de decir por primera vez algunas palabras coherentes:

—Seré paciente, Amo. Ya viene... Ya viene... ¡Ya viene!

Dándome por aludido, también yo me he venido. Antes estaba demasiado alterado para dormir, pero este diario me ha tranquilizado y siento que aún podré dormir algo esta noche.

Capítulo IX

Carta, Mina Harker a Lucy Westenra

Buda-Pest, 24 de agosto

Queridísima Lucy:

Sé que estarás ansiosa por oír todo lo sucedido desde que nos despedimos en la estación de ferrocarril de Whitby. Bueno, querida, llegué a Hull a tiempo, tomé el barco a Hamburgo y después el tren hasta aquí. Me parece que apenas puedo recordar nada del viaje, salvo que sabía que iba al encuentro de Jonathan y que, como iba a tener que encargarme de cuidarle, sería mejor que durmiera cuanto pudiera... Encontré a mi amado, ¡ay!, tan pálido y demacrado... y aparentemente muy débil. Toda la resolución ha desaparecido de sus queridos ojos y se ha desvanecido esa tranquila dignidad que, como te conté, tenía su rostro. Es una ruina del hombre que era, y no recuerda nada de lo que le ha sucedido. Al menos, eso quiere que crea, y no voy a insistirle. Ha sufrido una terrible conmoción, y temo que si intentara recordar podría perjudicar aún más su pobre cerebro. Sor Agatha, que es una mujer bondadosa y una enfermera nata, me cuenta que, mientras estuvo fuera de sí, deliró sobre algunas cosas realmente terribles. Le pedí que me las contara; pero ella únicamente se santiguó y me dijo que nunca se las contaría a nadie; que los delirios de los enfermos son secretos de Dios, y que si una enfermera, en el ejercicio de su vocación, llegara a oírlos, debía respetar su confianza. Es un alma dulce y buena, y al día siguiente, viéndome inquieta, sacó a relucir de nuevo el tema, y tras reiterar que nunca podría revelarle a nadie los desvaríos de mi pobre amado, añadió:

—Sí puedo decirle esto, querida: no ha hecho nada malo, y usted, como su futura esposa, no tiene ningún motivo por el que preocuparse. No se ha olvidado de usted ni de todo lo que le debe. Sus temores se deben a cosas enormes, terribles, con las que ningún mortal puede tratar.

Creo que la buena mujer pensaba que yo podría estar angustiada pensando que mi pobre amado se hubiera enamorado de otra chica. ¡Qué idea, pensar que *yo* pudiera estar celosa de Jonathan! Y, sin embargo, querida, déjame reconocer en voz baja que sentí un escalofrío de alegría al *saber* que ninguna otra mujer había sido la causa de sus desgracias. Ahora estoy sentada junto a su lecho, desde donde puedo contemplar su rostro mientras duerme. ¡Se está despertando!...

Cuando se despertó me pidió su abrigo, ya que quería sacar algo del bolsillo; se lo pedí a Sor Agatha y ella me trajo todas sus pertenencias. Vi que entre ellas estaba su libro de notas, e iba a pedirle que me dejara verlo —pues supe que en él podría encontrar alguna pista acerca de su condición—, pero supongo que debió de leerme el pensamiento en los ojos, pues me envió a la ventana, diciendo que quería estar un momento a solas. Después me volvió a llamar, y cuando regresé tenía su mano sobre el libro, y me dijo muy solemnemente:

—Wilhelmina —supe entonces que estaba hablando mortalmente en serio, pues nunca me había llamado con ese nombre desde que me pidió que me casara con él—. Ya conoces, querida, mis ideas acerca de la confianza que debería existir entre marido y mujer: nunca debería haber ningún secreto, ni nada que ocultar. He sufrido una gran conmoción y cada vez que intento pensar en la causa noto que mi cabeza da vueltas, y no consigo saber si todo fue real o sólo el sueño de un demente. Sabes que he sufrido fiebre cerebral y eso es como estar loco. El secreto está aquí, pero no quiero saberlo. Quiero empezar mi vida de nuevo a partir de este momento, con nuestro matrimonio —pues, querida, habíamos decidido casarnos tan pronto como se hubieran cumplido todas las formalidades—. ¿Estás dispuesta, Wilhelmina, a compartir mi ignorancia? Aquí tienes el libro. Guárdalo, léelo si quieres, pero nunca me hagas saber; a menos que alguna solemne tarea me obligue a volver la vista hacia las amargas horas de sueño o vigilia, cordura o demencia, aquí registradas.

Se recostó, agotado, y yo guardé el libro bajo su almohada y le besé. Le he pedido a Sor Agatha que le ruegue al Padre Superior que permita que nuestra boda se celebre esta misma tarde, y estoy esperando su respuesta...

Ha venido y me ha dicho que han enviado a buscar al capellán de la misión anglicana. Vamos a casarnos dentro de una hora o tan pronto como Jonathan se despierte.

Lucy, el momento ha llegado y ha pasado. Me siento solemne, pero muy muy feliz. Jonathan despertó poco después de que hubiera transcurrido la hora, y todo estaba preparado. Se sentó en la cama, apoyado sobre unas almohadas, y pronunció su «sí, quiero» con energía y firmeza. Yo apenas pude hablar; mi corazón estaba tan pletórico que incluso estas palabras parecían ahogarme. Las buenas hermanas han sido tan amables... Ruego a Dios que me permita no olvidarlas nunca; ni a ellas, ni la sagrada y adorable responsabilidad que he aceptado. Debo hablarte de mi regalo de bodas. Cuando el capellán y las hermanas me dejaron a solas con mi esposo... ¡Oh, Lucy, es la primera vez que escribo las palabras «mi esposo»! Cuando me dejaron a solas con mi esposo, saqué el libro de debajo de su almohada, lo envolví en papel blanco y lo até con un trozo de cinta azul celeste que llevaba alrededor de mi cuello, y sellé el nudo con lacre, utilizando como sello mi alianza matrimonial. Después lo besé y se lo mostré a mi marido, y le dije que lo guardaría así, para que fuese un símbolo externo y visible, durante toda nuestra

vida, de que confiábamos el uno en el otro; y que nunca lo abriría a menos que fuera por su propio bien, o por imperiosa obligación. Entonces él tomó mi mano entre las tuyas —oh, Lucy, fue la primera vez que tomó la mano de *su esposa* y dijo que era el detalle más adorable del mundo entero, y que, de ser necesario, volvería a vivir todo lo pasado para ser merecedor de él. Mi pobre amado se refería a una parte del pasado; pero aún no distingue bien el tiempo, y al principio no me extrañaría que confundiese no sólo los meses, sino los años.

En fin, querida, ¿qué iba a decirle? Nada, salvo que era la mujer más feliz del mundo y que no tenía nada que entregarle excepto a mí misma, mi vida y mi confianza, y que con ellas iban mi amor y mi devoción por todos los días de mi vida. Y, querida, cuando me besó y me atrajo hacia sí con sus pobres débiles brazos, fue como si se hubiese pronunciado un voto muy solemne entre nosotros...

Lucy, querida, ¿sabes por qué te cuento todo esto? No sólo porque sea todo tan grato para mí, sino porque has sido, y sigues siendo, muy querida para mí. Fue un privilegio ser tu amiga y tu guía cuando abandonaste las aulas para prepararte para la escuela de la vida^[128]. Quiero que veas ahora, a través de los ojos de una esposa muy feliz, adonde me ha conducido mi sentido del deber; de modo que también tú, en tu propia vida matrimonial, puedas ser todo lo feliz que soy yo. Querida, ruego a Dios Todopoderoso que tu vida pueda llegar a ser todo lo que promete: un largo día soleado, sin tempestades, ni deberes olvidados, ni desconfianzas. No puedo desearte que no vayas a sufrir nunca, pues eso es imposible; pero espero al menos que *siempre seas* tan feliz como lo soy yo *ahora*. Adiós, querida. Echaré esta carta al correo de inmediato, y quizá te escriba otra vez muy pronto. Ahora debo parar, pues Jonathan se está despertando. ¡Debo atender a mi marido!

Te querrá siempre,

MINA HARKER

Carta, Lucy Westenra a Mina Harker

Whitby, 30 de agosto ^[129]

Queridísima Mina:

Océanos de amor y millones de besos. Ojalá puedas estar pronto en tu propia casa acompañada de tu esposo. Y cómo desearía que pudieras volver a Inglaterra lo suficientemente pronto como para pasar algún tiempo aquí con nosotros. Este aire tan saludable restablecería pronto a Jonathan; a mí me ha restablecido bastante. Tengo un apetito de cormorán, me siento muy animada y duermo bien. Te alegrará saber que no he vuelto a tener ninguna crisis de sonambulismo. Creo que

durante la última semana ni siquiera me he movido de la cama —me refiero a cuando me meto en ella por las noches—. Arthur dice que me estoy poniendo gorda. Por cierto, olvidaba decirte que Arthur está aquí. Vamos a dar largos paseos, caminando y en automóvil, y montamos y navegamos y jugamos al tenis y pescamos juntos; y le quiero más que nunca. Él *me asegura* que me ama más, pero lo dudo, porque al principio me dijo que nunca podría amarme más de lo que lo hacía entonces. Pero esto son tonterías. Oigo que me llama. Así que nada más por el momento de tu querida

LUCY

P. D. —Mamá te envía su amor. Parece estar mejor, la pobre.

P. P. D. —Nos casamos el 28 de septiembre.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

20 de agosto . —El caso de Renfield se vuelve más interesante todavía. Ahora se ha tranquilizado hasta tal punto que experimenta periodos en los que su cólera remite por completo. La primera semana después de su primer ataque se mantuvo perpetuamente violento. Después, una noche, justo al salir la luna, se tranquilizó, y se limitó a murmurar para sí mismo: «Ahora puedo esperar; ahora puedo esperar». El celador vino a decírmelo, de modo que corrí a echarle un vistazo. Seguía con la camisa de fuerza en la habitación acolchada, pero la expresión ofuscada había desaparecido de su rostro, y los ojos habían recuperado en parte su antigua expresión suplicante (casi podría decir «rastrera»). Me sentí satisfecho con su condición y ordené que fuera liberado. Los celadores titubearon, pero finalmente llevaron a cabo mis deseos sin rechistar. Cosa curiosa, el paciente tuvo suficiente humor para captar su desconfianza, pues, acercándose a mí, me dijo en un susurro, sin dejar de observarles furtivamente:

—¡Creen que podría hacerle daño! ¡Imagínese, yo haciéndole daño a usted ! ¡Idiotas!

Fue en cierto modo un consuelo para mis sentimientos comprobar que incluso la mente de este pobre loco era capaz de disociarme de los demás. En cualquier caso no consigo seguir su razonamiento. ¿Debo interpretar que piensa que tenemos algo en común, de modo que debemos, como quien dice, mantenernos unidos; o es que piensa obtener de mí algo tan valioso que necesita asegurarse de mi bienestar? Debo averiguarlo más adelante. Esta noche no va a hablar. Ni siquiera la ofrenda de un gatito, e incluso la de un gato grande, ha conseguido tentarle. Sólo ha dicho:

—No tengo ningún interés en los gatos. Ahora tengo otras cosas en las que pensar, y puedo esperar; puedo esperar.

Al cabo de un rato le dejé solo. El celador me cuenta que se mantuvo tranquilo justo hasta antes del amanecer, y que entonces empezó a inquietarse, y a la larga se puso violento, hasta que finalmente cayó presa de un paroxismo que le agotó tanto que se desvaneció en una especie de coma.

Ya van tres noches que sucede lo mismo: violento durante todo el día, después tranquilo desde la salida de la luna hasta el amanecer. Ojalá pudiera encontrar alguna pista sobre la causa. Casi se diría que hubiera alguna influencia externa, yendo y viniendo. ¡Feliz idea! Esta noche deberemos enfrentar el ingenio del cuerdo al del loco. Ya escapó una vez sin ayuda; esta noche tendrá que escapar con la nuestra. Vamos a darle

una oportunidad, y diré a los hombres que estén preparados para seguirle en caso de que sea necesario...

23 de agosto . —«Siempre sucede lo inesperado». ¡Qué bien conocía la vida Disraeli^[130] ! Nuestro pájaro, al encontrar la jaula abierta, no quiso volar, de modo que todos nuestros sutiles preparativos han sido completamente inútiles. En cualquier caso, hemos demostrado una cosa: que los periodos de calma duran un tiempo razonable. En el futuro podremos aflojar sus ataduras un par de horas cada día. Le he dado al celador nocturno órdenes de encerrarle solamente en la habitación acolchada, una vez se haya calmado, hasta una hora antes del amanecer. El cuerpo del pobre diablo agradecerá el respiro, aunque su mente no pueda apreciarlo. ¡Qué oigo! ¡De nuevo lo inesperado! Me acaban de llamar; el paciente ha vuelto a escapar.

Más tarde . —Otra aventura nocturna. Renfield esperó astutamente hasta que el celador entró en su habitación para inspeccionar. Entonces le ha esquivado, ha salido al pasillo y ha echado a correr. He ordenado a los celadores que le siguieran. De nuevo hemos tenido que entrar en los terrenos de la casa desierta, y le hemos vuelto a encontrar en el mismo sitio, pegado contra la puerta de la vieja capilla. Al verme se ha puesto furioso, y si los celadores no le hubieran agarrado a tiempo habría intentado matarme. Mientras le estábamos reduciendo ha sucedido una cosa extraña. De repente ha redoblado sus esfuerzos, para después calmarse súbitamente. Instintivamente, he mirado a mi alrededor, pero no he podido ver nada. Después he captado una mirada del paciente y la he seguido, sin distinguir nada en el cielo iluminado por la luna salvo un gran murciélago que aleteaba silencioso y fantasmal mientras volaba hacia el oeste. Los murciélagos normalmente no paran de girar y dar vueltas sobre sí mismos, pero éste parecía avanzar en línea recta, como si supiera adonde se dirigía o tuviera un propósito concreto^[131] . El paciente estaba cada vez más tranquilo, y al poco rato ha dicho:

—No hará falta que me aten; iré sin oponer resistencia —y hemos regresado a casa sin problemas. Noto que hay algo ominoso en su calma, y no olvidaré esta noche...

DIARIO DE LUCY WESTENRA

Hillingham, 24 de agosto . —Debo imitar a Mina, y seguir anotando las cosas que van sucediendo. Después podremos mantener largas charlas cuando volvamos a encontrarnos. Me pregunto cuándo será eso. Ojalá estuviera otra vez conmigo, pues me siento muy desgraciada. Anoche me pareció volver a soñar, igual que cuando estaba en Whitby. Quizá sea el cambio de aires, o la vuelta a casa. Todo me parece oscuro y horrendo, pues no consigo recordar nada; pero me siento atenazada por un vago temor, y me siento muy débil y agotada. Cuando Arthur vino a almorzar pareció muy afligido al verme y yo no estaba de humor para fingir alegría. Me pregunto si mamá me dejaría dormir en su habitación esta noche. Me inventaré una excusa y lo intentaré.

25 de agosto . —Otra mala noche. Mamá no quiso aceptar mi proposición. Ella tampoco parece encontrarse demasiado bien y sin duda teme preocuparme. Intenté mantenerme despierta y lo conseguí durante un rato; pero cuando el reloj marcó las doce me desperté de una cabezada, de modo que debí de quedarme dormida. Oí una especie como de arañazos o aleteos contra la ventana, pero no les presté atención, y como no recuerdo nada más, supongo que me quedé dormida. Más pesadillas. Ojalá pudiera recordarlas. Esta mañana me siento horriblemente débil. Mi cara tiene una palidez fantasmal y me duele la garganta. Creo que algo va mal con mis pulmones, pues constantemente me falta el aire. Cuando venga Arthur intentaré alegrarme; si no, sé que también él será desgraciado al verme así.

Carta, Arthur Holmwood al doctor Seward

Hotel Albemarle ^[132] , 31 de agosto

Querido Jack:

Quiero que me hagas un favor. Lucy está mal; es decir, no padece ninguna enfermedad en particular, pero tiene un aspecto horrible, y empeora día a día. Le he preguntado si existe algún motivo; no me atrevo a preguntarle a su madre, pues trastornar la mente de la pobre señora en su presente estado de salud, inquietándola sobre su hija, sería fatal. La señora Westenra me ha confiado que sus días están contados —enfermedad del corazón—, aunque Lucy aún no lo sabe. Estoy seguro de que algo perturba la mente de mi querida muchacha. Casi enloquezco cada vez que pienso en ella; mirarla me causa dolor físico. Le dije que te iba a pedir que la examinaras y, aunque en un principio ha puesto reparos —conozco el motivo, viejo amigo—, finalmente ha consentido. Sé que será una tarea dolorosa para ti, viejo amigo, pero es por *su* bien, así que no debo dudar en pedírtelo ni tú en actuar. Para no despertar las sospechas de la señora Westenra, mañana te esperan a comer en Hillingham, a las dos en punto. Después de comer, Lucy aprovechará para quedarse a solas contigo. Yo iré a tomar el té, y luego podremos marcharnos juntos. Estoy muy preocupado, y quiero hablar contigo a solas tan pronto como sea posible en cuanto la hayas visto. ¡No falles!

ARTHUR

Telegrama, Arthur Holmwood a Seward

1 de septiembre

Me han llamado de casa. Padre está peor. Escribiré. Escribe a Ring en detalle con correo de la noche. Telegrafía si necesario.

Carta, doctor Seward a Arthur Holmwood

2 de septiembre

Querido camarada:

Respecto a la salud de la señorita Westenra, me apresuro a aclararte de inmediato que, en mi opinión, no existe ningún trastorno funcional ni tampoco ninguna enfermedad que yo conozca. Al mismo tiempo, no me gusta su aspecto lo más mínimo; es deplorablemente distinto al que tenía cuando la vi por última vez. Por supuesto, debes tener en cuenta que no he tenido oportunidad de examinarla tal y como me hubiera gustado; el hecho mismo de nuestra amistad crea una pequeña dificultad que ni tan siquiera la ciencia médica o la costumbre pueden salvar. Será mejor que te cuente lo que sucedió exactamente, dejando que extraigas, hasta cierto punto, tus propias conclusiones. Luego te diré qué he hecho y qué propongo hacer.

Encontré a la señorita Westenra de aparente buen humor. Su madre estaba presente, y casi de inmediato me convencí de que estaba haciendo todo lo posible por disimular ante la buena señora para evitarle preocupaciones. No me cabe la menor duda de que intuye —si es que no lo sabe con certeza— cuán necesario es tomar precauciones. Comimos los tres solos, y como todos nos esforzamos por parecer alegres, acabamos por conseguir, como una especie de recompensa a nuestros esfuerzos, que surgiera algo de auténtica alegría entre nosotros. Después, la señora Westenra se retiró a echar la siesta y Lucy se quedó a solas conmigo. Fuimos a su tocador, y hasta que llegamos allí siguió aparentando alegría, pues los criados iban y venían. Sin embargo, tan pronto como la puerta se cerró a nuestras espaldas, la máscara cayó de su rostro, y se hundió en una silla exhalando un gran suspiro y se cubrió los ojos con las manos. Cuando vi que sus ánimos habían decaído, aproveché su reacción de inmediato para hacer un diagnóstico. Ella me dijo muy dulcemente:

—No sabría decirle cuánto odio hablar sobre mí misma.

Le recordé que la confianza de un médico era sagrada, pero que tú estabas terriblemente preocupado por ella. Enseguida entendió a qué me refería, y despachó el asunto exclamando:

—Cuéntele a Arthur todo lo que le parezca necesario. ¡No es por mí por quien temo, sino sólo por él!

De modo que tengo bastante libertad. Pude ver fácilmente que sufre carencia de sangre, pero no encontré ninguna de las características habituales de la anemia. Por azares del destino, he sido capaz de analizar la calidad de su sangre, pues al intentar abrir una ventana que se había agarrotado, cedió el cordón y se cortó levemente la mano con un cristal roto. Fue una herida de escasa importancia, pero me proporcionó una oportunidad evidente de recoger un par de gotas de sangre que he analizado. El análisis cualitativo presenta una condición bastante normal y muestra en sí mismo, debería inferir, un vigoroso estado de salud. También he quedado convencido de que no hay motivos de preocupación en ningún otro aspecto físico; como tiene que haber una causa en alguna parte, he llegado a la conclusión de que debe tratarse de algo mental. Se queja de que en ocasiones experimenta

dificultades para respirar adecuadamente y que padece sueños pesados y letárgicos, poblados de pesadillas que la asustan, pero de las cuales no consigue recordar nada. Dice que de niña acostumbraba a ser sonámbula, que estando en Whitby recuperó el hábito, y que en una ocasión salió caminando en mitad de la noche y llegó hasta el acantilado este, donde la encontró la señorita Murray: en cualquier caso me ha asegurado que últimamente no ha vuelto a sufrir ningún episodio similar. No sé qué pensar, de modo que he hecho lo que me ha parecido mejor: he escrito a mi viejo maestro y mentor, el profesor Van Helsing, de Ámsterdam, que sabe más que nadie en el mundo sobre enfermedades ignotas. Le he pedido que viniera y, dado que me dijiste que todo corría a tu cargo, le he mencionado quién eres y tu relación con la señorita Westenra. No he hecho sino obedecer tus deseos, viejo amigo, y me sentiré orgulloso y feliz de hacer todo lo que esté en mi mano por ella. Debido a motivos personales, Van Helsing haría —lo sé— cualquier cosa por mí. De modo que, sea cual sea la razón por la que venga, deberemos acatar sus deseos. Es un hombre aparentemente arbitrario, pero eso es porque sabe de lo que habla mejor que nadie. Es filósofo y metafísico, y uno de los científicos más avanzados de su tiempo; y posee, creo yo, una mente completamente abierta. Además, tiene nervios de acero, un temperamento frío como un témpano^[133], una resolución indomable, un dominio de sí mismo y una tolerancia que más que virtudes parecen bendiciones, y el más amable y sincero corazón que jamás haya latido. Ése es su equipamiento para el noble trabajo que está llevando a cabo por la humanidad, tanto en la teoría como en la práctica, pues sus puntos de vista son tan amplios como su inabarcable simpatía. Te cuento todo esto para que puedas comprender por qué confío tanto en él. Le he pedido que venga de inmediato. Mañana volveré a ver a la señorita Westenra. Vamos a encontrarnos en los Almacenes^[134], con objeto de no alarmar a su madre con una repetición demasiado temprana de mi visita.

Siempre tuyo,

JOHN SEWARD

Carta, Abraham Van Helsing, M.D., D.Ph., D.Litt., etc., etc^[135] .,

a doctor Seward

2 de septiembre

Mi buen amigo:

Cuando he recibido tu carta ya estoy yendo hacia ti. Por buena fortuna puedo ir de inmediato, sin perjuicio para ninguno de aquellos que han puesto su confianza en mí. Si fuera otra la fortuna, lo sentiría entonces por ellos, pues cuando mi amigo me llama para ayudar a aquellos que le son queridos, yo vengo de inmediato. Dile a tu amigo que cuando aquella vez chupaste tan rápido de mi herida el veneno de la gangrena de aquel bisturí que nuestro otro amigo, demasiado nervioso, dejó escapar, hiciste más por él cuando necesita mi ayuda y tú llamas para pedirla de lo que podría hacer toda su gran fortuna. Pues aunque es un placer añadido ayudar a tu amigo; es a ti a quien acudo. Consígueme habitaciones en el Great Eastern Hotel^[136] , para estar a mano y, por favor, arréglalo de modo que podamos ver a la joven mañana mismo no muy tarde, pues es posible que tenga que regresar aquí esa misma noche. Si es necesario, volveré otra vez en tres días, y me quedaré más tiempo si debo. Hasta entonces, adiós, amigo John.

VAN HELSING

Carta, doctor Seward a Honorable Arthur Holmwood

3 de septiembre:

Van Helsing ha venido y ha vuelto a marcharse. Me acompañó hasta Hillingham, donde descubrimos que, a iniciativa de Lucy, su madre estaba comiendo fuera, de modo que pudimos estar a solas con ella. Van Helsing hizo un examen muy concienzudo de la paciente. Él me informará a mí, y yo te aconsejaré, ya que por supuesto no estuve presente todo el tiempo. Me temo que se ha quedado muy preocupado, pero dice que tiene que pensar. Cuando le hablé de nuestra amistad y de la confianza que has depositado en mí en este asunto, dijo:

—Debes decirle todo lo que piensas. Dile si quieres también lo que pienso yo, si es que puedes adivinarlo. No, no estoy bromeando. Esto no es una broma, sino un asunto de vida o muerte, quizá de más^[137].

Le pregunté qué quería decir con eso, pues estaba muy serio. Esto ocurrió cuando ya habíamos vuelto a la ciudad y él se estaba tomando una taza de té antes de partir de regreso a Ámsterdam. No me quiso dar ninguna pista más. No debes enfadarte con él, Art, pues su misma reticencia a hablar significa que todo su cerebro está trabajando por el bien de Lucy. Ya hablará con claridad suficiente cuando llegue el momento, puedes estar seguro de ello. De modo que le dije que, sencillamente, te escribiría un informe detallado de nuestra visita, igual que si estuviera escribiendo un artículo descriptivo para *The Daily Telegraph*. No pareció oírme, pues comentó que Londres no estaba tan polucionado como solía estarlo cuando él era estudiante aquí. Mañana recibiré su informe, si consigue terminarlo. Sea como sea, recibiré una carta.

Bueno, en cuanto a la visita, Lucy estaba más alegre que el primer día que la vi, y ciertamente tenía mejor aspecto. Había perdido algo de ese espantoso aspecto que tanto te alteró, y su respiración era normal.

Fue muy cariñosa con el profesor —como siempre es ella—, e intentó que se sintiera cómodo; aunque pude ver que la pobre muchacha se estaba esforzando enormemente. Creo que Van Helsing también lo percibió, pues vi bajo sus pobladas cejas la rápida mirada que conozco de antaño. El profesor empezó a charlar entonces de todo tipo de temas, salvo de nosotros mismos y enfermedades, con tal infinita afabilidad que pude ver cómo la fingida animación de la pobre Lucy se convertía en real. Después, sin previo aviso, recondujo amablemente la conversación al motivo de su visita, y cortésmente dijo:

—Mi querida señorita, tengo el gran placer de conocerla porque es usted muy amada. Eso es mucho, querida, incluso aunque estuviera aquí

aqué! al que no veo. Me dijeron que estaba usted muy desanimada, que estaba terriblemente pálida. Y yo les digo: «¡Bah!» —chasqueó los dedos en dirección a mí, y prosiguió—. Usted y yo vamos a demostrarles lo equivocados que están. ¿Cómo puede él —dijo señalándome con el mismo gesto y la misma mirada con los que me señaló en cierta ocasión cuando era alumno suyo, durante, o más bien después de, cierta ocasión en particular que nunca deja de recordarme— saber nada de jovencitas? Tiene a sus locos para jugar con ellos, para ayudarles a recuperar la felicidad y para devolverlos a aquellos que les aman. No es tarea fácil, y sin duda hay recompensas en el hecho de ser capaces de otorgar semejante felicidad. ¡Pero las jovencitas...! No tiene esposa, ni hijas, y las jóvenes no se sinceran con los jóvenes, sino con los viejos, como yo, que han conocido muchos pesares y sus causas. Así que, querida, vamos a enviarle fuera a fumar un cigarrillo en el jardín, mientras usted y yo charlamos a solas.

Capté la indirecta y salí a dar un paseo. Al poco rato el profesor se asomó a la ventana y me llamó para que entrara. Parecía serio, pero dijo:

—He realizado un examen cuidadoso, pero no existe motivo funcional. Estoy de acuerdo contigo en que ha sufrido una abundante pérdida de sangre; la ha habido, pero no la hay. Y sus condiciones no son en modo alguno las de una anémica. Le he pedido que me envíe a su doncella, para hacerle una o dos preguntas y así no exista el riesgo de pasar nada por alto. Sé bien lo que me dirá. Y, sin embargo, hay una causa; siempre hay una causa para todo. Debo volver a casa y pensar. Quiero que me envíes un telegrama cada día; y si existen motivos, volveré de nuevo. La enfermedad, pues no estar del todo bien es una enfermedad, me interesa; y la dulce jovencita también me interesa. Es encantadora, y por ella, si no por ti o por la enfermedad, vendré.

Como te decía, no quiso añadir ni una palabra más, incluso cuando estuvimos a solas. Ahora, Arthur, ya sabes lo mismo que yo. Mantendré una guardia. Confío en que tu pobre padre esté mejorando. Debe de ser una situación terrible la tuya, querido amigo, verte en semejante posición entre dos personas ambas tan queridas para ti. Sé de tu sentido del deber para con tu padre, y haces bien en adherirte a él; pero, de ser necesario, te avisaré para que vengas de inmediato junto a Lucy; de modo que no te preocupes excesivamente a menos que tengas noticias mías.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

4 de septiembre . —El paciente zoófago aún mantiene vivo nuestro interés en su caso. Sólo ha vuelto a tener otro estallido, y fue ayer a una hora inusual. Justo antes de que dieran las campanadas del mediodía, dio muestras de sentirse inquieto. El celador conoce los síntomas y solicitó ayuda de inmediato. Afortunadamente, los hombres llegaron a la carrera, justo a tiempo, ya que al dar el mediodía se volvió tan violento que necesitaron todas sus fuerzas para reducirle. En el plazo de cinco minutos, en todo caso, empezó a tranquilizarse, y finalmente se hundió en una especie de melancolía, estado en el que ha permanecido hasta ahora. El celador me cuenta que sus gritos durante el paroxismo fueron realmente espantosos; me vi desbordado de trabajo nada más llegar, pues tuve que encargarme de atender a algunos de los otros pacientes a los que los gritos de Renfield habían asustado. Ciertamente puedo entender que tuvieran ese efecto, puesto que llegaron a perturbarme incluso a mí, a pesar de encontrarme a cierta distancia. Es la hora de después del almuerzo, aquí en el asilo, y mi paciente sigue aún sentado melancólicamente en un rincón, con una expresión apagada, hosca, angustiada en el rostro, que parece indicar algo antes que mostrarlo claramente. No alcanzo a comprenderle.

Más tarde . —Otro cambio en mi paciente. A las cinco en punto fui a visitarle, y le encontré aparentemente tan feliz y contento como en sus buenos tiempos. Estaba cazando moscas y comiéndoselas, y anotando sus capturas haciendo marcas con las uñas en el borde de la puerta, entre las costuras del acolchado. Al verme se me ha acercado y se ha disculpado por su mala conducta, y me ha suplicado de modo muy humilde y servil que le dejara volver a su habitación y recuperar su libro de notas. Me ha parecido bien consentirle, de modo que ahora está de vuelta en su habitación, con la ventana abierta. Ha extendido el azúcar de su té por encima del alféizar, y ya ha conseguido reunir toda una cosecha de moscas. Por ahora no se las está comiendo, sino que las guarda en una caja, como hizo anteriormente, y ha empezado a examinar los rincones de su cuarto en busca de arañas. He intentado que me hablara acerca de los últimos días, pues cualquier pista sobre lo que realmente piensa sería de inmensa ayuda para mí; pero no ha mordido el anzuelo. Durante un rato ha parecido muy triste, y ha dicho en una especie de tono distante, como si estuviera hablando más consigo mismo que conmigo:

—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! Me ha abandonado. ¡Ya no hay esperanza para mí, a menos que lo haga por mí mismo!

Después, volviéndose repentinamente hacia mí con decisión, ha dicho:

—Doctor, ¿por qué no intenta ser bueno conmigo y me da un poco más de azúcar? Creo que sería beneficioso para mí.

—¿Y para las moscas? —dije.

—¡Sí! A las moscas también les gusta, y a mí me gustan las moscas; por lo tanto, me gusta.

Y luego hay gente tan ignorante como para pensar que los locos no razonan. Ordené que le dieran ración doble y le dejé tan contento como, supongo, lo pueda estar cualquier hombre en el mundo. Ojalá pudiera descifrar su mente.

Medianoche . —Otro cambio en él. Había ido a ver a la señorita Westenra, a la que encontré mucho mejor, y acababa de regresar. Estaba en nuestra entrada, contemplando la puesta del sol, cuando una vez más le oí chillar. Dado que su habitación da a este lado de la casa, he podido oírle mejor que esta mañana. Me ha causado una especie de sobresalto apartar la vista de la maravillosa belleza humeante de una puesta del sol sobre Londres, con sus luces refulgentes y sombras chinescas, y todos los maravillosos tintes que adquieren tanto las nubes como las aguas estancadas, para darme cuenta de la siniestra severidad de mi edificio de fría piedra, con su abundancia de vivas miserias, y mi corazón demasiado desolado como para poder soportarlo todo. Llegué a él justo cuando el sol estaba desapareciendo, y a través de su ventana he visto el disco rojo hundirse tras el horizonte. A medida que iba desapareciendo, el frenesí de Renfield fue menguando más y más; justo cuando desapareció por completo, quedó inerte entre las manos que le sujetaban y cayó al suelo. El poder de recuperación intelectual de los lunáticos es, de cualquier forma, fantástico, pues en apenas un par de minutos se ha levantado bastante calmado y ha mirado a su alrededor. Le he hecho una señal a los celadores para que no le sujetaran, pues estaba ansioso por ver qué haría. Ha acudido directamente junto a la ventana y ha barrido las migas de azúcar del alféizar; después ha tomado su caja de moscas, la ha vaciado en el exterior y ha arrojado la caja; después ha cerrado la ventana y, cruzando la habitación, se ha sentado frente a su mesa. Todo esto me ha sorprendido sobremanera, de modo que le he preguntado:

—¿Es que ya no va a seguir guardando moscas?

—No —ha respondido—. ¡Estoy harto de todas esas porquerías!

Ciertamente, se trata de un caso realmente fascinante. Ojalá pudiera comprender aunque fuese mínimamente su mente, o el motivo de sus repentinas pasiones. ¡Un momento! Quizá haya una pista, después de todo, si consiguiéramos averiguar por qué sus paroxismos se han producido hoy al atardecer y a la puesta del sol. ¿Existirá una influencia maligna del sol que afecte a según qué naturalezas en ciertos momentos, de igual modo que la luna afecta a otras? Veremos.

Telegrama, Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam

4 de septiembre . —Hoy, paciente mejor aún.

Telegrama, Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam

5 de septiembre . —Paciente mucho mejor. Buen apetito; sueño apacible; bien de ánimo, regresa el color.

Telegrama, Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam

6 de septiembre . —Terrible cambio a peor. Venga de inmediato; no pierda un minuto. Aplazaré telegrama a Holmwood hasta que la haya visto.

Capítulo X

Carta, doctor Seward a Honorable Arthur Holmwood

6 de septiembre

Querido Art:

Hoy mis noticias no son tan buenas. Esta mañana Lucy se encontraba un poco peor. En cualquier caso, algo positivo ha surgido de ello: la señora Westenra estaba, como es natural, preocupada por Lucy, de modo que me ha consultado profesionalmente sobre su estado de salud. Inmediatamente aproveché la oportunidad, y le dije que mi viejo maestro, Van Helsing, el gran especialista, iba a venir a visitarme y que le solicitaría que se hiciera cargo de su caso junto conmigo; de modo que ahora podemos ir y venir sin alarmarla indebidamente, pues una impresión supondría su muerte repentina, lo que podría resultar desastroso para Lucy, teniendo en cuenta su débil condición. Nuestro camino está erizado de dificultades, viejo amigo; pero si Dios quiere, conseguiremos superarlas todas. Te escribiré en caso de que sea necesario, de modo que si no sabes nada de mí, da por hecho que sencillamente estoy esperando noticias. Con premura.

Siempre tuyo,

JOHN SEWARD

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

7 de septiembre . —La primera cosa que me dijo Van Helsing cuando nos encontramos en Liverpool Street fue:

—¿Le has dicho algo a nuestro joven amigo, su enamorado?

—No —respondí—. Quería esperar a verle a usted, como le dije en mi telegrama. Sencillamente le he escrito una carta comunicándole que venía usted, que la señorita Westenra no se encontraba tan bien y que ya le informaría en caso de ser necesario.

—Bien, amigo mío —dijo—. ¡Muy bien! Es mejor que por el momento no lo sepa; quizá nunca llegue a saberlo. Rezo por ello. Pero si fuera necesario, entonces deberá saberlo todo. Y deja que te advierta, mi buen amigo John. Tú tratas con los locos. Pero todos los hombres están locos de un modo u otro; y de igual manera que tratas discretamente a tus locos, así deberás tratar también a los locos de Dios... el resto del mundo. Tú no les cuentas a tus locos lo que haces, ni por qué motivos lo haces; no les cuentas lo que piensas. Porque el conocimiento debe guardarse en su lugar, donde pueda descansar, donde pueda estar con los de su clase y reproducirse. Por el momento, tú y yo deberemos guardar lo que sabemos aquí, y aquí —me tocó en el corazón y la frente, y luego se señaló a sí mismo del mismo modo—. Por ahora tengo algunas ideas. Más adelante te las revelaré.

—¿Por qué no ahora? —pregunté—. Podría servir de algo; podríamos llegar a alguna conclusión.

Me interrumpió mirándome, y dijo:

—Amigo John, cuando el maíz ha brotado, pero antes de que haya llegado a madurar, mientras la leche de la madre tierra sigue nutriéndole, y la luz del sol aún no ha comenzado a pintarlo con su oro, el labriego arranca una espiga y la restriega entre sus rudas manos, y sopla las granzas verdes, y te dice: «¡Mire! Es buen maíz; hará una buena cosecha a su debido tiempo^[138] ».

No entendí su ejemplo, y así se lo dije. A modo de respuesta, alargó el brazo y me agarró de la oreja con la mano y tiró de ella juguetonamente, como solía hacer hace ya mucho tiempo, en sus clases magistrales, mientras decía:

—El buen labriego te habla así porque en ese momento ya lo sabe, pero no antes. Nunca encontrarás a un buen labriego desenterrando el maíz que acaba de plantar para ver si está creciendo; eso queda para los niños que juegan a ser labriegos, no para aquéllos cuya vida depende de

su trabajo. ¿Lo entiendes ahora, amigo John? Yo he sembrado mi maíz, y ahora la Naturaleza tiene que hacer su trabajo para hacerlo brotar; si sucede así, hay esperanzas; y yo debo esperar hasta que la espiga empiece a llenarse.

Se detuvo, pues evidentemente vio que lo entendía. Después continuó, con gran seriedad:

—Siempre fuiste un estudiante atento, y tus estanterías siempre estaban más llenas de libros que las de los demás. Entonces sólo eras estudiante; ahora eres maestro, y confío en que no hayas perdido los buenos hábitos. Recuerda, amigo mío, que el conocimiento es más poderoso que la memoria, por lo que nunca deberíamos confiar en la más débil. Aunque no hayas mantenido las buenas costumbres, déjame decirte que el caso de nuestra querida señorita podría (y ojo, digo *podría*) resultar tan interesante para nosotros, y también para otros, que todos los demás no bastarían para inclinar la balanza en su contra, como dice tu gente. Toma, pues, buena nota de todo. Ningún detalle carece de importancia. Te aconsejo que dejes constancia incluso de tus dudas y conjeturas. En el futuro podría ser interesante para ti ver lo ciertas que resultaron ser tus predicciones ¡Aprendemos del fracaso, no del éxito!

Cuando le describí los síntomas de Lucy —los mismos que con anterioridad, sólo que definitivamente más marcados—, se puso muy serio, pero no dijo nada. Tomó un maletín en el que llevaba instrumental y drogas, «la macabra parafernalia de nuestro oficio benefactor», como en una ocasión denominó, en una de sus clases, al equipamiento de un profesor de las artes médicas. Cuando nos condujeron al interior, nos recibió la señora Westenra. Estaba alarmada, pero ni mucho menos tanto como había esperado encontrarla. La Naturaleza, siguiendo uno de sus benefactores caprichos, ha decretado que incluso la muerte debe llevar consigo algún antídoto ante sus propios terrores. En su caso, en el que cualquier sobresalto podría resultar fatal, todo está ordenado de tal forma que, por una u otra causa, los asuntos que no sean personales —incluso el terrible cambio experimentado por su hija, a la que tan unida está— no parecen afectarla. Es algo parecido a lo que sucede cuando la Madre Naturaleza cubre un cuerpo extraño con una capa de tejido insensible que proteja de todo mal a aquello que de otro modo sufriría por contacto. Si esto es un ejemplo de egoísmo por decreto, entonces deberíamos detenernos a reflexionar antes de condenar a nadie por egoísta, pues podría haber raíces más profundas para ello que los meros motivos conocidos por nosotros.

Utilicé mi conocimiento de esta fase de la patología espiritual para establecer la norma de que la señora Westenra no debería ver a Lucy, ni pensar en su enfermedad, más de lo que fuera absolutamente necesario. Ella consintió con rapidez. Tanta, de hecho, que nuevamente vi la mano de la Naturaleza luchando por la vida. Nos guiaron a Van Helsing y a mí a la habitación de Lucy. Si ayer había quedado impresionado al verla, hoy quedé completamente horrorizado. Tenía una palidez cadavérica, blanca como la tiza; parecía haber perdido todo el color, incluso en los

labios y encías, y los huesos de su rostro sobresalían prominentemente; verla y oírla respirar resultaba penoso. El rostro de Van Helsing se volvió marmóreo, y sus cejas convergieron hasta casi tocarse sobre su nariz^[139]. Lucy yacía inmóvil y no parecía tener fuerzas ni para hablar, de modo que durante un rato todos permanecemos en silencio. Entonces Van Helsing me hizo una seña y salimos cuidadosamente de la habitación. En el instante en que cerramos la puerta a nuestras espaldas, recorrió rápidamente el pasillo hasta llegar a la siguiente habitación, cuya puerta estaba abierta. Me arrastró rápidamente al interior y cerró la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó—. Esto es terrible. No hay tiempo que perder. Va a morir sencillamente por falta de sangre para mantener el corazón funcionando como debería. Tenemos que hacerle una transfusión de sangre inmediatamente. ¿Tú o yo?

—Soy más joven y más fuerte, profesor. Debo ser yo.

—Entonces prepárate de inmediato. Voy a por mi maletín. Vengo preparado.

Bajé las escaleras con él y, mientras descendíamos, oímos llamar a la puerta de entrada. Cuando alcanzamos el recibidor, la doncella acababa de abrir la puerta y Arthur estaba entrando rápidamente. Se abalanzó hacia mí, susurrando angustiado:

—Jack, estaba muy preocupado. He leído tu carta entre líneas y he sufrido una agonía. Mi padre se encuentra mejor, así que he venido corriendo para comprobar por mí mismo. ¿No es ese caballero el doctor Van Helsing? Le estoy muy agradecido, caballero, por haber venido.

Al verle entrar, el profesor se mostró contrariado al ser interrumpido en semejante momento; pero ahora, tras haber observado sus robustas proporciones y haber reconocido la enérgica y lozana hombría que parecía emanar de todo él, sus ojos resplandecieron. Sin perder un momento, le dijo muy seriamente mientras le estrechaba la mano:

—Caballero, llega usted justo a tiempo. Usted es el amado de nuestra querida señorita. Está mal. Muy muy mal. No, hijo mío, no se ponga así —pues Arthur había palidecido repentinamente y se había derrumbado sobre una silla medio desvanecido—. Va usted a ayudarla. Ninguna otra persona viva podría hacer tanto como usted, y su valor es su mejor ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Arthur roncamente—. Dígamelo, y lo haré. Mi vida es suya y daría hasta la última gota de sangre de mi cuerpo por ella.

El profesor tiene un gran sentido del humor, y gracias a pasadas experiencias pude detectar un rastro del mismo en su respuesta:

—Mi joven amigo, tampoco le pido tanto. ¡No hasta la última!

—¿Qué debo hacer?

Había fuego en la mirada de Arthur, y sus fosas nasales temblaron con decisión. Van Helsing le palmeó en el hombro.

—¡Venga! —dijo—. Es usted un hombre, y además es el hombre que necesitamos. Mejor que yo, mejor que mi amigo John.

Arthur pareció perplejo, y el profesor prosiguió explicándole amablemente:

—La joven está mal, muy mal. Necesita sangre, y debe obtenerla o morir. Mi amigo John y yo hemos consultado; y estábamos a punto de realizar lo que llamamos una transfusión de sangre: transferir de las venas llenas de uno a las venas vacías de otro que languidece por su carencia. John iba a dar su sangre, dado que es más joven y fuerte que yo

—al oír esto Arthur tomó mi mano y la apretó fuertemente en silencio—. Pero usted es más apropiado que cualquiera de nosotros, viejo o joven, que tantas horas pasamos en el mundo del pensamiento. ¡Nuestros nervios no son tan acerbados ni nuestra sangre tan vigorosa como la suya!

Arthur se volvió hacia él, y dijo:

—Si sólo supiera lo alegremente que moriría por ella, entendería...

Se detuvo, al quebrársele la voz.

—¡Buen chico! —dijo Van Helsing—. En un futuro no muy lejano se sentirá feliz de haberlo dado todo por aquélla a la que ama. Ahora venga y guarde silencio. Podrá besarla una vez antes de que empecemos, pero luego deberá marcharse; y deberá marcharse tan pronto como yo se lo indique. No le diga ni una palabra a la señora Westenra... ¡ya sabe en qué delicada situación se encuentra! No debe sufrir ninguna impresión, y cualquier conocimiento de esta situación le provocaría una. ¡Acompáñeme!

Subimos los tres a la habitación de Lucy. Arthur, siguiendo una indicación, permaneció esperando fuera. Lucy volvió la cabeza y nos miró, pero no dijo nada. No estaba dormida, sencillamente estaba demasiado débil como para hacer el esfuerzo. Hablaron sus ojos; y eso fue todo. Van Helsing extrajo algunos útiles de su maletín y los colocó sobre una pequeña mesa donde ella no pudiera verlos. Después mezcló un narcótico y, acercándose a la cama, dijo alegremente:

—A ver, señorita, aquí tiene su medicina. Bébasela toda, como una niña buena. Ve a ayudarla a levantarse para que pueda tragar con más facilidad. Sí.

Ella hizo el esfuerzo y lo consiguió.

Me asombró cuánto tardó la droga en actuar. Era una demostración palpable del extremo que había alcanzado su debilidad. El tiempo pareció eternizarse hasta que el sueño comenzó a aletear en sus párpados. Finalmente, el narcótico puso de manifiesto su potencia y ella se hundió en un sueño profundo. Cuando el profesor se sintió satisfecho, llamó a Arthur al interior de la habitación, y le hizo quitarse el abrigo. Después añadió:

—Ahora puede usted darle ese beso mientras yo traigo la mesa. ¡Amigo John, ayúdame!

Ninguno de los dos miró mientras se inclinaba sobre ella.

Van Helsing, volviéndose hacia mí, dijo:

—Es tan joven y fuerte, y su sangre tan pura, que no necesitamos desfibrinarla^[140].

A continuación, rápida pero metódicamente, Van Helsing realizó la operación. A medida que la transfusión avanzaba, algo parecido a la vida pareció regresar a las mejillas de la pobre Lucy y la alegría de Arthur refulgió a través de su cada vez más acentuada palidez. Al cabo de un rato empecé a ponerme nervioso, pues la pérdida de sangre estaba empezando a afectar a Arthur, aún fuerte como es. Aquello me dio una idea del terrible esfuerzo al que se había visto sometido el sistema de Lucy, pues lo que había conseguido debilitar a Arthur sólo había servido para restaurarla a ella parcialmente. Pero el rostro del profesor siguió imperturbable, y continuó con su reloj en la mano, observando alternativamente a la paciente y a Arthur. Pude oír los latidos de mi corazón. Al cabo de un rato, dijo suavemente:

—No pierdas un instante. Ya es suficiente. Tú atiéndele a él; yo me ocuparé de ella.

Cuando todo terminó, pude comprobar hasta qué punto se había debilitado Arthur. Vendé su herida y le tomé del brazo para llevármelo de allí, cuando Van Helsing habló sin ni siquiera darse la vuelta... ¡este hombre parece tener ojos en la nuca!

—Creo que el valeroso amante se merece otro beso, y lo tendrá enseguida.

Dado que ahora había acabado la operación, acomodó la almohada bajo la cabeza de la paciente. Al hacerlo, desplazó la estrecha banda de

terciopelo negro que ella parecía llevar siempre alrededor de la garganta, ajustada con un viejo broche de diamantes que le había regalado su enamorado, y dejó al descubierto una marca roja en su cuello. Arthur no la vio, pero pude oír el profundo silbido que hace Van Helsing al aspirar cuando le traicionan sus emociones. En ese momento no dijo nada, sino que se volvió hacia mí para decir:

—Ahora, acompaña abajo a nuestro valeroso joven, dale algo de oporto, y déjale que se eche un rato. Después debe regresar a casa a descansar, y dormir mucho y comer mucho, para recuperar lo que le ha dado a su amor. No debe quedarse aquí. ¡Espera! Un momento. Entendería, caballero, que esté ansioso por conocer los resultados. Váyase pues acompañado de la seguridad de que la operación ha sido un éxito en todos los sentidos. Esta vez ha salvado usted su vida, y puede irse tranquilo a casa a descansar sabiendo que hemos hecho todo lo que podíamos hacer. Yo mismo se lo contaré a ella en cuanto esté mejor; sin duda no le amaré a usted menos por lo que ha hecho. Adiós.

Cuando Arthur se marchó, regresé a la habitación. Lucy dormía apaciblemente, pero su respiración era más fuerte y vi cómo la colcha se alzaba al compás de su pecho. Van Helsing estaba sentado junto a la cama, observándola intensamente. La marca roja volvía a estar oculta tras la banda de terciopelo. Le pregunté al profesor en un susurro:

—¿Qué opina de esa marca en su garganta?

—¿Qué opinas tú?

—Aún no la he examinado —respondí, mientras aflojaba la banda. Justo sobre la vena yugular externa había dos pinchazos, no muy grandes, pero de aspecto nada saludable. No había indicios de infección, pero los rebordes tenían un color blanquecino y aspecto de magullados, como si hubieran sido triturados. De inmediato se me ocurrió que esta herida, o lo que fuera que fuese, podía haber sido la causante de la evidente pérdida de sangre; pero rechacé la idea tan pronto como se me ocurrió, pues era del todo imposible. Toda la cama habría quedado empapada de rojo con la sangre que tendría que haber perdido la muchacha para dejarla en un estado semejante al que se encontraba antes de la transfusión.

—¿Y bien? —dijo Van Helsing.

—Y bien —respondí—. No se me ocurre nada.

El profesor se levantó.

—Tengo que volver a Ámsterdam esta misma noche —dijo—. Necesito algunos libros y objetos de allí. Tú debes quedarte aquí toda la noche, y no perderla de vista.

—¿Debo llamar a una enfermera? —pregunté.

—Somos las mejores enfermeras, tú y yo. Vigílala toda la noche; asegúrate de que esté bien alimentada, y de que nada la perturbe. No debes dormir en toda la noche. Más adelante ya dormiremos tú y yo. Volveré tan pronto como me sea posible. Entonces podremos empezar.

—¿Podremos empezar? —dije—. ¿A qué rayos se refiere?

—¡Ya lo veremos! —dijo mientras salía apresuradamente. Un momento más tarde, volvió y asomó la cabeza por la puerta, diciendo mientras levantaba el dedo índice en señal de advertencia:

—Recuerda, queda a tu cargo. Si la abandonas, y sufre algún daño... ¡no volverás a dormir tranquilo en tu vida!

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(continuación)

8 de septiembre . —He pasado toda la noche sentado junto a Lucy. El opiáceo dejó de hacerle efecto poco antes de caer la noche y se despertó de forma natural; parecía una persona distinta de la que había sido antes de la operación. Incluso estaba animada y rebosaba alegre vivacidad, aunque aún mostraba secuelas de la absoluta postración que había sufrido. Cuando le dije a la señora Westenra que el doctor Van Helsing me había ordenado que me sentara a velarla, ella casi ridiculizó la idea, señalando las fuerzas renovadas y el excelente ánimo de su hija. En cualquier caso, me mantuve firme, e hice los preparativos para mi larga vigilia. Cuando su doncella terminó de prepararla para la noche, entré en su habitación —había aprovechado el intervalo para cenar—, y tomé asiento junto a su cama. Ella no puso objeción alguna, y percibí el agradecimiento en sus ojos cada vez que sorprendí su mirada. Tras un largo rato empezó a quedarse dormida, pero hizo un esfuerzo por recomponerse y se espabiló. Este proceso se repitió en varias ocasiones, si bien a medida que fue avanzando la hora cada vez le costaba mayor esfuerzo mantenerse despierta y más cortas eran las pausas entre sus cabezadas. Era evidente que no quería dormirse, de modo que abordé el tema de inmediato:

—¿Es que no quiere dormir?

—No; tengo miedo.

—¡Miedo a dormir! ¿Y por qué? Es la bendición que todos deseamos.

—¡Ah, no sería así si el sueño fuera para usted, como para mí, un presagio de horror!

—¡Un presagio de horror! ¿A qué rayos se refiere?

—No lo sé. Oh, no lo sé. Y eso es lo más terrible. Esta debilidad me acomete siempre en el sueño; temo sólo pensar en ello.

—Pero mi querida niña, esta noche podrá dormir. Yo estoy aquí, vigilándola, y puedo prometerle que no le va a suceder nada.

—¡Ah, puedo confiar en usted! —aproveché al vuelo la oportunidad y dije:

—Le prometo que si veo cualquier indicio de que está usted teniendo una pesadilla, la despertaré de inmediato.

—¿Lo hará? ¡Oh! ¿De verdad que lo hará? ¡Qué bueno es usted conmigo! ¡Entonces dormiré!

Y casi al mismo tiempo que estas palabras, dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se durmió.

Velé a su lado toda la noche. No se movió ni una sola vez, sino que se hundió más y más en un sueño profundo y reposado, vivificante y reparador. Sus labios estaban ligeramente separados, y su pecho se alzaba y caía con la regularidad de un péndulo. Tenía una sonrisa en el rostro y resultaba evidente que ninguna pesadilla había venido a perturbar su paz mental.

Por la mañana temprano llegó su doncella, y la dejé a su cuidado para arrastrarme de cualquier manera hasta casa, pues me preocupaban muchos temas. Les envié un cable a Van Helsing y a Arthur, describiéndoles los excelentes resultados de la operación. Los múltiples retrasos acumulados en mi propio trabajo me han mantenido ocupado todo el día; ya había oscurecido cuando he tenido ocasión de preguntar por mi paciente zoófago. El informe ha sido positivo: el día y la noche anteriores permaneció bastante tranquilo. Mientras estaba cenando ha llegado un telegrama de Van Helsing desde Ámsterdam, sugiriendo que acudiera a Hillingham esta noche, ya que podría ser necesario, y comunicándome que partiría con el correo de la noche y que se reuniría conmigo por la mañana temprano.

9 de septiembre . —He llegado a Hillingham agotado y molido. Llevo dos noches sin apenas pegar ojo y mi cerebro estaba empezando a sentir ese entumecimiento que anuncia el agotamiento cerebral. Lucy estaba levantada y muy animada. Al estrecharnos las manos, ha observado intensamente mi rostro y me ha dicho:

—Nada de volver a quedarse sentado despierto esta noche. Está usted agotado. Me siento muy bien; de hecho, lo estoy; y si alguien debe quedarse a velar, seré yo quien me siente a velarle a usted.

No he intentado discutir con ella, me he limitado a bajar a cenar. Lucy me ha acompañado y, avivado por su encantadora presencia, he disfrutado de una copiosa comida, y he tomado un par de vasos de un oporto más que excelente. Después, Lucy me ha conducido arriba y me ha mostrado una habitación pegada a la suya, en la que ardía un fuego acogedor.

—Ahora debe usted quedarse aquí —ha dicho—. Dejaré abierta esta puerta, y también la de mi habitación. Si quiere puede tumbarse en el sofá, pues sé que nada induciría a ningún médico a irse a la cama mientras haya un paciente en lontananza. Si necesito algo le llamaré, y usted podrá acudir a mí de inmediato.

No he podido sino mostrarme de acuerdo, pues estaba «cansado como un perro», y no habría podido quedarme velando ni aunque lo hubiera

intentado. De modo que, tras hacerle reiterar su promesa de que me llamaría si necesitaba cualquier cosa, me he tumbado en el sofá, dispuesto a olvidarme de todo.

DIARIO DE LUCY WESTENRA

9 de septiembre . —Esta noche soy muy feliz. Me he sentido tan miserablemente débil estos últimos días, que sólo ser capaz de pensar y de moverme es como sentir la luz del sol tras una larga tempestad de viento de levante bajo un cielo plomizo. Por alguna razón siento a Arthur muy muy cercano a mí. Me parece sentir su presencia dándome su calor. Supongo que la enfermedad y la debilidad son acontecimientos egoístas que vuelven nuestra vista hacia el interior y nuestra simpatía hacia nosotros mismos, mientras que la salud y la fuerza dan riendas al Amor, para que pueda vagar por donde quiera tanto en pensamiento como en sentimiento. Yo sé dónde están mis pensamientos. ¡Si tan sólo Arthur lo supiera! Cariño, cariño, tus oídos deben zumbir mientras duermes, tal y como lo hacen los míos al despertar. ¡Oh, qué descanso tan dichoso el de anoche! Cómo dormí, con el adorable y generoso doctor Seward velándome. Y esta noche tampoco deberé temer al sueño, ya que está tan cerca de mí que sólo necesito llamarle. ¡Gracias a todo el mundo por ser tan bueno conmigo! ¡Gracias, Dios! Buenas noches, Arthur.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

10 de septiembre . —Noté la mano del profesor sobre mi cabeza y me despabilé de inmediato. Es una de las cosas que no queda más remedio que aprender en un manicomio.

—¿Y cómo está nuestra paciente?

—Cuando la dejé, bien. O mejor dicho, cuando me dejó ella a mí —respondí.

—Ven, veámoslo —dijo. Y juntos entramos en la habitación.

La persiana estaba bajada, y fui a alzarla cuidadosamente mientras Van Helsing se aproximaba a la cama, con sus suaves pisadas gatunas.

Estaba levantando la persiana, dejando que la luz de la mañana inundara la habitación, cuando oí el silbido de inspiración característico del profesor y, conociendo su rareza, un temor mortal me atravesó el corazón. Al acercarme, él retrocedió; y su exclamación de horror, «¡Gott in Himmel!»^[141], no necesitó ningún refuerzo por parte de su acongojado rostro. Levantó una mano y señaló en dirección a la cama, con su rostro de hierro contraído y de un blanco ceniciento. Sentí que me temblaban las rodillas.

Allí, sobre la cama, aparentemente desvanecida, yacía la pobre Lucy, más horriblemente pálida y cadavérica que nunca. Incluso los labios los tenía blancos, y las encías parecían haber retrocedido sobre los dientes, como a veces ocurre en los cadáveres de aquellos que han padecido una prolongada enfermedad. Van Helsing levantó un pie para descargarlo contra el suelo con ira, pero su instinto y los largos años de experiencia le sostuvieron y volvió a depositarlo suavemente.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Trae el coñac!

Corrí al comedor y regresé con el decantador. Van Helsing humedeció los blanquecinos labios de Lucy y juntos le frotamos las palmas, las muñecas y el corazón. Él le buscó el pulso, y al cabo de unos momentos de angustiosa incertidumbre, dijo:

—Aún no es demasiado tarde. Late, pero muy débilmente. Todo nuestro trabajo deshecho; tenemos que empezar de nuevo. El joven Arthur no está aquí, de modo que esta vez tengo que recurrir a ti, amigo John.

Mientras hablaba, iba metiendo la mano en su maletín y extrayendo los instrumentos para la transfusión; yo ya me había quitado el abrigo y me había subido las mangas de la camisa. En semejante situación, no

existía la posibilidad de volver a utilizar un opiáceo, ni tampoco la necesidad. Así, sin perder un solo momento, iniciamos la operación. Al cabo de un rato —tampoco pareció breve, pues sentir cómo la sangre de uno abandona sus venas es una sensación terrible, no importa lo voluntariamente que haya sido entregada—, Van Helsing elevó un dedo de advertencia.

—No te muevas —dijo—, pues temo que con su recuperado vigor pueda despertarse, y eso sería peligroso. ¡Oh, muy peligroso! Debo tomar precauciones. Le daré una inyección hipodérmica de morfina.

Procedió en su empeño diestramente y sin titubear. Lucy no experimentó ningún efecto contraproducente, pues el desvanecimiento pareció fundirse sutilmente con el sueño narcótico. Con una sensación de orgullo personal pude apreciar cómo un débil rubor asomaba a sus labios y pálidas mejillas. Ningún hombre sabe, hasta que lo ha experimentado, lo que significa notar su propia sangre, su vida, deslizándose hacia las venas de la mujer que ama.

El profesor me observó con ojo crítico.

—Con eso bastará —dijo.

—¿Sólo? —repliqué—. A Art le extrajo mucha más.

Él sonrió tristemente arguyendo:

—Él es su amado, su *fiancé*. Tú tienes trabajo, mucho trabajo que hacer por ella y por otros; y con esto bastará por ahora.

Una vez finalizada la operación, él se encargó de atender a Lucy mientras yo taponaba con los dedos mi propia incisión. Me tumbé a esperar a que estuviera libre para ocuparse de mí, pues me sentía débil y un poco mareado. Poco después, vendó mi herida y me envió abajo para que me tomara un vaso de vino. Nada más salir de la habitación, vino detrás de mí y me confió en un susurro:

—Ten en cuenta que no debemos decir nada de esto. Si nuestro joven amante apareciera inesperadamente, como la otra vez, no le digas ni media palabra. Se inquietaría y sentiría celos a la vez. Eso no debe suceder. ¡Ya lo sabes!

Cuando regresé, me examinó concienzudamente, y luego dijo:

—No tienes mal aspecto. Ve a la habitación a tumbarte en tu sofá, y descansa un rato; después, desayuna abundantemente y vuelve aquí conmigo.

Seguí sus órdenes al pie de la letra, pues sabía lo apropiadas y sensatas que eran. Había cumplido mi parte, y ahora debía recuperar fuerzas. Me sentía muy débil, y en la debilidad perdí algo del asombro ante lo

sucedido. En cualquier caso, me quedé dormido en el sofá preguntándome una y otra vez cómo podía haber empeorado tanto Lucy, y cómo podría haber perdido tanta sangre sin haber dejado ni el más mínimo rastro. Creo que debí de continuar planteándomelo en sueños, pues, tanto dormido como despierto, mis pensamientos regresaban una y otra vez a los pequeños pinchazos de su garganta y al aspecto irregular y desgastado de sus bordes, pequeños como eran.

Lucy durmió hasta bien avanzado el día; y cuando se despertó se encontraba bastante bien y había recuperado fuerzas, aunque ni mucho menos tantas como el día anterior. Cuando Van Helsing la examinó, salió a dar un paseo, dejándome al cargo con estrictas instrucciones de que no la dejara a solas ni un solo momento. Pude oír su voz desde el recibidor, preguntando la dirección de la oficina de telégrafos más cercana.

Lucy charló conmigo animadamente, y no pareció ser consciente de que hubiera sucedido nada. Intenté mantenerla entretenida e interesada. Cuando su madre subió a verla, no pareció percibir ningún cambio en absoluto, pero me dijo agradecida:

—Le debemos tanto, doctor Seward, por todo lo que ha hecho... Pero ahora en serio, debería usted procurar no trabajar en exceso. Está usted muy pálido. Necesita una esposa que le cuide y se ocupe de usted. ¡Eso es!

Al oírla, Lucy se ruborizó, aunque sólo fue un momento, pues sus pobres y agotadas venas no pudieron soportar durante mucho tiempo tan inusitado desplazamiento de sangre a la cabeza. La reacción fue de una excesiva palidez mientras volvía sus ojos implorantes hacia mí. Sonreí y asentí en dirección a ella, y posé un dedo sobre mis labios; ella volvió a hundirse entre sus almohadas con un suspiro.

Van Helsing regresó al cabo de un par de horas, y me dijo de inmediato:

—Ahora vete a casa, y come mucho, y bebe bastante. Ponte fuerte. Yo me quedo aquí esta noche, velaré a la señorita personalmente. Debemos observar el caso entre tú y yo, sin dejar que nadie más lo sepa. Tengo poderosas razones para ello. No, no preguntes; piensa lo que quieras. No temas pensar incluso lo más improbable^[142]. Buenas noches.

En el recibidor, dos de las doncellas se me acercaron para preguntar si no podría una de ellas, o ambas, pasar la noche velando a la señorita Lucy. Me imploraron que se lo permitiera; y cuando dije que el doctor Van Helsing había decretado que únicamente él o yo deberíamos velarla, me rogaron muy lastimeramente que intercediera ante el «caballero extranjero». Me sentí muy conmovido por su amabilidad. Quizá es porque estaba débil en ese momento, o quizá porque fuera por Lucy por quien se manifestó su devoción; pues una y otra vez he visto ejemplos similares de generosidad femenina. He regresado aquí a tiempo de

almorzar tardíamente; ya he hecho mis rondas —todo va bien— y he grabado esto mientras espero a que me acometa el sueño. Ya llega.

11 de septiembre . —Esta tarde he ido a Hillingham. Encontré a Van Helsing de excelente humor, y a Lucy mucho mejor. Al poco de haber llegado, trajeron un gran paquete del extranjero para el profesor. Lo abrió con mucha ceremoniosidad —fingida, por supuesto— y extrajo un gran ramo de flores blancas.

—Son para usted, señorita Lucy —dijo.

—¿Para mí? ¡Oh, doctor Van Helsing!

—Sí, querida, pero no para jugar con ellas. Son medicina —al oír esto Lucy hizo una mueca—. Pero no, no son para tomar en pócima o de forma nauseabunda, o sea que no tiene por qué arrugar su encantadora nariz, o deberé contarle a mi amigo Arthur los sufrimientos que le esperan cuando tenga que soportar ver tan distorsionada la belleza que tanto ama. ¡Ajá! Mi guapa señorita, mi broma ha devuelto su preciosa nariz a su sitio habitual. Esto es medicinal, pero usted no sabe cómo. Lo pongo en su ventana, hago una bonita guirnalda, y lo cuelgo alrededor de su cuello, para que pueda dormir bien. ¡Oh, sí! Estas flores son como la flor del loto, le harán olvidar sus problemas^[143] . Huelen igual que las aguas del Leteo y de aquella fuente de la juventud que los Conquistadores buscaron en Florida, y encontraron demasiado tarde^[144] .

Mientras hablaba, Lucy había estado examinando y oliendo las flores. Llegado este momento las dejó caer, diciendo, medio riéndose, medio disgustada:

—Oh, profesor, creo que me está tomando el pelo. ¡Pero si sólo son flores de ajo común!

Para mi sorpresa, Van Helsing se levantó y dijo con toda su severidad, apretando su mandíbula de hierro y frunciendo sus pobladas cejas hasta casi unir las:

—¡No sea frívola conmigo! ¡Yo nunca bromeo! Hay un propósito oculto en todo lo que hago; y le advierto que será mejor que no me contraríe. Tenga cuidado, por el bien de otros, si no por el suyo propio.

Entonces, viendo a la pobre Lucy asustada, como en buena lógica debía estarlo, continuó en un tono más amable:

—Oh, señorita, querida mía, no me tenga miedo. Sólo lo hago por su bien; hay muchas virtudes para usted en estas flores tan comunes. Vea, yo mismo las coloco en su habitación. Yo mismo hago la guirnalda que deberá llevar puesta. ¡Pero silencio! Nada de contárselo a aquellos que hacen preguntas inquisitivas. Debemos obedecer, y el silencio es parte

de la obediencia; y la obediencia es lo que la dejará sana y fuerte en los amorosos brazos que la esperan. Ahora siéntese un rato sin moverse. Ven conmigo, amigo John, ayúdame a engalanar la habitación con mi ajo, que ha venido desde Haarlem, donde mi amigo Vanderpool cultiva vegetales en sus invernaderos durante todo el año. Tuve que telegrafiarle ayer o no estarían aquí.

Entramos en la habitación cargados con las flores. Las acciones del profesor fueron ciertamente raras y no están descritas en ninguna farmacopea que yo conozca. Primero, cerró las ventanas y se aseguró de echarles el cerrojo; después, tomando un puñado de flores, las restregó por los bastidores, como para asegurarse de que cada brizna de aire que pudiera entrar llegara cargada con olor a ajo. Después restregó un manojo por la jamba de la puerta; por encima, por debajo, y a cada lado. Luego hizo lo mismo con la chimenea. Todo aquello me pareció grotesco, y al poco rato dije:

—Bueno, profesor, sé que siempre tiene alguna razón para sus actos, pero esto ciertamente me desconcierta. Menos mal que no nos acompaña ningún escéptico, o diría que estaba usted realizando un hechizo para mantener fuera a un espíritu maligno.

—¡Quizá lo esté! —respondió él tranquilamente mientras empezaba a tejer la guirnalda que Lucy tenía que llevar alrededor del cuello.

Después, esperamos a que Lucy terminara de asearse para la noche y, cuando se metió en la cama, él mismo colocó la guirnalda de ajo alrededor de su cuello. Las últimas palabras que le dijo, fueron:

—Tenga cuidado de no moverla; e incluso si la habitación parece cargada, esta noche no abra ni la ventana ni la puerta.

—¡Lo prometo —dijo Lucy—, y mil gracias a los dos por ser tan amables conmigo! Oh, ¿qué he hecho para verme bendecida con semejantes amigos?

Mientras nos alejábamos de la casa en mi coche, que había estado esperando, Van Helsing dijo:

—Esta noche podré dormir tranquilo, y necesito dormir. Llevo dos noches viajando, un día entero leyendo, otro día lleno de ansiedades, y por último una noche velando, sin pegar ojo. Ven a buscarme mañana temprano, y vendremos juntos a ver a nuestra hermosa señorita, que estará mucho más fuerte gracias a mi «hechizo». ¡Jo, jo!

Parecía tan confiado que yo, recordando mi propia confianza de dos noches antes y el funesto resultado, sentí temor y un vago terror. Debe de haber sido mi debilidad lo que me ha hecho dudar si contárselo a mi amigo, pero lo he sentido con más intensidad, como las lágrimas contenidas.

Capítulo XI

DIARIO DE LUCY WESTENRA

12 de septiembre . —¡Qué buenos son todos conmigo! Quiero mucho al adorable doctor Van Helsing. Me pregunto por qué le preocuparán tanto estas flores. Realmente me ha asustado, ha sido tan fiero... Y, sin embargo, debe de tener razón, pues de algún modo me proporcionan consuelo, no temo quedarme sola esta noche y ya no tengo miedo a quedarme dormida. No prestaré atención a los aleteos contra la ventana. ¡Oh, qué terrible lucha he librado últimamente contra el sueño! ¡Y la angustia provocada por la falta de sueño, o por el miedo a dormir, con semejantes e ignotos horrores como los que tiene para mí el sueño! Qué afortunadas son algunas personas, cuyas vidas no conocen el temor, ni el horror; para las que el reposo es una bendición que llega cada noche, cargado únicamente de dulces sueños. Bueno, pues esta noche espero a que llegue el sueño, yaciendo, como Ofelia en la obra, entre «guirnaldas de virgen y flores de doncella^[145] ». Antes nunca me había gustado el ajo, ¡pero esta noche me resulta delicioso! Su aroma me ha traído paz; y ya siento al sueño acercándose. Buenas noches a todos^[146] .

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

13 de septiembre . —Llegué al Berkeley^[147] y encontré a Van Helsing, como de costumbre, ya levantado. El coche solicitado desde el hotel estaba esperando. El profesor cogió su maletín, que ahora siempre le acompaña.

Quiero registrarlo todo con exactitud. Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho en punto. Hacía una mañana preciosa; el sol radiante y la fresca sensación de un otoño temprano parecían la culminación del trabajo anual de la naturaleza. Las hojas estaban adquiriendo toda clase de bellos colores, pero aún no habían empezado a caer de los árboles. Cuando entramos, nos encontramos a la señora Westenra saliendo de la sala de estar. Es muy madrugadora. Nos saludó calurosamente y dijo:

—Les alegrará saber que Lucy está mejor. La querida niña sigue dormida. He echado un vistazo a su habitación y la he visto, pero no he querido entrar, para no molestarla.

El profesor sonrió y se le vio bastante jubiloso. Se frotó las manos mientras decía:

—¡Ajá! Ya suponía que había diagnosticado correctamente el caso. Mi tratamiento está funcionando.

A lo que ella respondió:

—No debe atribuirse todo el mérito usted solo, doctor. El estado de Lucy esta mañana se debe, en parte, a mí.

—¿A qué se refiere, señora? —preguntó el profesor.

—Bueno, anoche estaba tan preocupada por la querida niña que entré en su habitación. Dormía profundamente, tan profundamente que ni siquiera mi entrada la despertó. Pero el ambiente de su habitación estaba terriblemente cargado. Había un montón de horribles y apestosas flores por todas partes, y ella incluso llevaba unas cuantas alrededor del cuello. Temí que un olor tan penetrante pudiera ser perjudicial para mi querida niña, tan débil como estaba, de modo que me las llevé todas y abrí la ventana para que entrara un poco de aire fresco. Estarán ustedes encantados con ella, estoy segura.

Dicho esto, se retiró a su tocador, donde habitualmente desayuna temprano. Mientras hablaba, yo había estado observando el rostro del profesor y lo había visto ponerse de un gris ceniciento. Había conseguido dominarse mientras la pobre señora siguió presente, pues

conocía su estado y lo fatal que resultaría cualquier sobresalto; incluso le dedicó una sonrisa mientras le abría la puerta para que pasara a su cuarto. Pero en el instante en que ella desapareció, me arrastró brusca y enérgicamente hasta el comedor y cerró la puerta.

Entonces, por primera vez en mi vida, vi derrumbarse a Van Helsing. Elevó los brazos por encima de la cabeza, con una especie de muda desesperación, y después juntó las palmas de golpe, abatido; finalmente, se sentó en una silla y, cubriéndose el rostro con las manos, empezó a llorar, con sonoros y entrecortados sollozos que parecieron surgir de lo más hondo de su afligido corazón. Después volvió a alzar los brazos, como apelando a todo el universo:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —dijo—. ¿Qué hemos hecho, qué ha hecho esta pobre criatura, para merecer tal acoso? ¿Acaso permanece aún entre nosotros un Hado, enviado desde el mundo pagano de antaño, para que suceda algo semejante, y de este modo? Esta pobre madre, sin saberlo y con la mejor intención, ha hecho algo que podría perder a su hija en cuerpo y alma; y sin embargo no podemos decírselo, no debemos ni siquiera avisarla, o moriría, y entonces ambas morirían. ¡Oh, qué terrible acoso! ¡Los poderes de los diablos actúan en nuestra contra, y de qué manera!

De repente se alzó de un salto.

—Ven —dijo—. Ven, debemos ver y actuar. Diablos o no diablos, o aunque fueran todos los diablos a la vez, no importa; les plantaremos cara igualmente.

Fue al recibidor a buscar su maletín y juntos subimos a la habitación de Lucy.

Una vez más, yo levanté la persiana mientras Van Helsing se acercaba a la cama. Esta vez no se sobresaltó al ver nuevamente en el pobre rostro la misma horrenda y cerúlea palidez. Tenía una expresión de severa tristeza e infinita piedad.

—Lo suponía —murmuró, con esa sibilante inspiración suya que tanto significaba. Sin mediar palabra, fue a cerrar la puerta y después empezó a disponer sobre la mesita los instrumentos para una nueva operación de transfusión de sangre. Yo había reconocido de inmediato su necesidad, y empecé a quitarme el abrigo, pero él me detuvo con un ademán de advertencia.

—¡No! —dijo—, hoy te encargarás de operar. Yo proveeré. Estás demasiado débil. Mientras decía esto, se quitó el abrigo y se arremangó la camisa.

Otra vez la misma operación; otra vez el narcótico; otra vez cierto resurgir del rubor en las cenicientas mejillas, acompañado de la respiración regular de un sueño natural. Sin embargo, en esta ocasión

fui yo quien se quedó vigilando mientras Van Helsing se reponía y descansaba.

Al cabo de un rato, aproveché una oportunidad para decirle a la señora Westenra que no debía retirar nada de la habitación de Lucy sin consultarle previamente; que las flores tenían una función medicinal, y que respirar su aroma formaba parte del tratamiento. A continuación volvió a hacerse cargo de la situación, indicándome que él mismo se encargaría de velarla esta noche y la siguiente, y que ya me avisaría cuando necesitara que volviera.

Una hora más tarde, Lucy se despertó de su sueño, fresca y radiante, sin secuelas aparentes de su terrible experiencia^[148] .

¿Qué significa todo esto? Empiezo a preguntarme si mi larga convivencia entre dementes no habrá empezado a afectar a mi propio cerebro.

DIARIO DE LUCY WESTENRA

17 de septiembre . —Cuatro días y cuatro noches de paz. Me estoy poniendo otra vez tan fuerte que casi no me reconozco a mí misma. Es como si hubiera vivido una larga pesadilla, y me acabara de despertar para ver la hermosa luz del sol y sentir a mi alrededor el aire fresco de la mañana. Tengo un velado medio recuerdo de largos y angustiosos momentos de espera y temor; de una oscuridad en la que no existía siquiera el dolor de la esperanza para agudizar la congoja del momento y, luego, largos periodos de olvido y un resurgir a la vida, como un buzo ascendiendo a través de una gran presión de agua. En cualquier caso, desde que el doctor Van Helsing me acompaña, todos esos malos sueños parecen haber desaparecido; los ruidos que acostumbraban a aterrorizarme como una tonta —los aleteos contra las ventanas, las voces distantes que parecían tan cercanas a mí, los duros sonidos que surgían de no sé dónde y me ordenaban hacer no sé qué— han cesado por completo. Ahora me acuesto todas las noches sin miedo a dormir. Ni siquiera intento mantenerme despierta. He acabado cogiéndole bastante cariño al ajo y cada día llega una caja para mí desde Haarlem. Esta noche el doctor Van Helsing se marcha, ya que tiene que pasar un día en Ámsterdam. Pero ya no necesito que nadie me vigile; estoy lo suficientemente recuperada como para que me dejen sola. ¡Ruego a Dios por el bienestar de mi madre, y de mi querido Arthur, y de todos nuestros amigos que tan amables han sido! Ni siquiera notaré el cambio, ya que anoche el doctor Van Helsing se pasó gran parte del tiempo durmiendo en su silla. Dos veces que me desperté, le encontré dormido; pero no temí volver a dormirme, a pesar de que unas ramas, o un murciélago, o lo que fuese, estuviera golpeando contra la ventana, casi se diría que con furia.

«The Pall Mall Gazette», 18 de septiembre

EL LOBO HUIDO

PELIGROSA AVENTURA DE NUESTRO ENTREVISTADOR

Entrevista con el guarda del Jardín Zoológico

Tras muchas preguntas y casi el mismo número de negativas, y utilizando continuamente las palabras «Pall Mall Magazine» como una especie de talismán, conseguí encontrar al guarda del sector del Jardín Zoológico en el que está incluido el departamento de los lobos. Thomas Bilder vive en una de las rústicas casitas del recinto, detrás del edificio de los elefantes, y cuando por fin le encontré estaba sentándose para tomar el té. Thomas y su esposa son gente hospitalaria, ya mayor y sin hijos, y si la muestra de hospitalidad que pude disfrutar es la habitual en ellos, deben de llevar unas vidas bastante acomodadas.

El guarda no quiso empezar a hablar de lo que él llamaba «negocios» hasta que terminamos de cenar, y todos quedamos satisfechos. Entonces, cuando la mesa estuvo despejada, y encendió su pipa, dijo:

—Ahora, señor, puede preguntarme todo lo que quiera. Sabrá usted perdonar que me niegue a hablar de temas profesionales antes de las comidas. Yo siempre les doy de cenar a los lobos y a los chacales y a las hienas de nuestro departamento antes de empezar a hacerles preguntas.

—¿A qué se refiere con eso de hacerles preguntas? —pregunté, deseando ponerle de humor charlatán.

—Un modo es atizándoles con un palo en la cabeza. Otro es rascarles las orejas, como cuando los caballeros con posibles quieren presumir delante de sus chicas. Si todavía no les he echado la cena, no me importa darles con la fusta; pero siempre espero hasta que se hayan terminado el jerez y el café, por así decirlo, antes de acercarme a rascarles las orejas. Tenga en cuenta —añadió filosóficamente— que nuestra naturaleza tiene mucho en común con la de esos animales. Usted, por ejemplo, ha venido aquí a meter la nariz en mis asuntos y yo le he respondido malhumorado que por sólo media cochina libra antes le ponía un ojo morado que responderle. Ni siquiera cuando me ha dicho sarcásticamente si me gustaría que fuera usted a pedirle permiso al superintendente para hacerme algunas preguntas. Sin ánimo de ofender, pero ¿le dije que se fuera al infierno?

—Lo hizo.

—Pues cuando dijo usted que me denunciaría por usar un lenguaje soez, eso fue como darme con el palo en la cabeza; pero la media libra lo arregló. No iba a pelear, de modo que he esperado a la hora de la comida, y he aullado igual que los lobos, y los leones, y los tigres. Pero, alabado sea Dios, ahora que la vieja me ha endiñado un pedazo de pastel y me ha enjuagado con su vieja tetera, y ya he encendido mi pipa, puede rascarme las orejas cuanto le venga en gana, que no sacará ni un solo gruñido de mí. Venga esas preguntas. Sé por qué ha venido, por el asunto del lobo huido.

—Exacto. Quiero que me dé su punto de vista. Únicamente cuénteme cómo sucedió; y cuando conozca los hechos, le preguntaré sobre cuál considera que fue la causa, y cómo piensa que acabará todo este asunto.

—De acuerdo, patrón. Ésta es toda la historia. Ese lobo, al que llamábamos Bersicker^[149] fue uno de los tres lobos grises que le enviaron de Noruega a Jamrach^[150], a quien se lo compramos hace cuatro años. Era un lobo bueno y bien educado, que nunca dio ningún problema digno de mención. Me sorprende mucho que haya querido escaparse, más que si lo hubiera intentado cualquier otro de los animales del zoo. Pero ya ve, no puede uno fiarse de los lobos más que de las mujeres.

—¡No le haga caso, caballero! —interrumpió la señora Bilder, riendo alegremente—. ¡Lleva tanto tiempo cuidando de los animales que bendito si no ha acabado siendo también él un viejo lobo! Pero no es de los peligrosos.

—Verá usted, patrón, ayer, dos horas después de haberles dado la comida, empecé a oír jaleo. Yo estaba preparando un catre en el edificio de los monos para un cachorro de puma que está enfermo; pero cuando oí los gañidos y los aullidos acudí de inmediato. Allí estaba Bersicker, mordiendo los barrotes como loco, como si quisiera salir. Ayer no vino mucha gente, y cerca sólo había un hombre, un tipo alto y delgado, con la nariz ganchuda y una barba puntiaguda y entrecana. Tenía la mirada fría y severa, y sus ojos eran rojos. Le tomé antipatía de inmediato, pues parecía ser él el motivo de que estuvieran irritados. Llevaba puestos unos guantes blancos de chivo, y va y me dice, señalando a los animales: «Guarda, estos lobos parecen alterados por algo». «Quizá sea por usted», le digo yo, pues no me gustaron los aires que se daba. Sin embargo, él no se enfadó, como yo esperaba que hiciese, sino que me dedicó una sonrisa insolente, mostrando una boca llena de dientes blancos y afilados. «Oh, no, yo no les gustaría, —dice él—. Ou, sí, sí que les gustaría», le digo yo imitando su acento. «Siempre les apetece limpiarse los dientes con uno o dos huesos después de haber comido, y usted tiene muchos». Lo raro fue que cuando los animales nos vieron hablando se tranquilizaron. Me acerqué a Bersicker y me puse a rascarle las orejas, como siempre. Entonces el hombre aquel se acercó y... ¡bendito si no metió también la mano y le acarició las orejas al lobo! «Tenga cuidado, —le digo—. Bersicker es rápido». «No se preocupe, —

dice él—, ¡estoy acostumbrado a ellos!». «¿También se dedica al negocio?», le pregunto quitándome la gorra, pues un hombre que comercia con lobos y demás animales es un buen amigo de los vigilantes. «No, —dice él—, no me dedico exactamente al negocio, pero he amaestrado a varios». Dicho esto, se sacó el sombrero tan educadamente como un lord, y se marchó. El viejo Bersicker le siguió con la mirada hasta que se perdió de vista, y luego fue a tumbarse en un rincón, del que ya no quiso volver a moverse. El caso es que anoche, tan pronto como salió la luna, los lobos empezaron a aullar. Y no había ninguna razón para que aullaran. No había nadie cerca, excepto alguien que evidentemente estaba llamando a su perro en alguna parte por detrás de los jardines, en el camino del parque. Una o dos veces salí a comprobar que todo siguiera bien, y así era. Entonces, cesaron los aullidos. Justo antes de las doce en punto hice una última ronda antes de recogerme, y que me aspen si cuando llegué a la jaula del viejo Bersicker no estaban los barrotes rotos y retorcidos y la jaula vacía. Y eso es todo lo que sé con certeza.

—¿Alguien vio algo?

—Uno de nuestros jardineros, que a esas horas volvía a casa de un espectáculo musical, vio a un gran perro gris saltar por encima de los setos del jardín. Al menos eso dice; pero yo personalmente no le doy mucho crédito, pues no le mencionó ni una sola palabra sobre eso a su mujer cuando llegó a casa, y no fue hasta que se enteró de que se había escapado el lobo, y ya habíamos pasado toda la noche rastreando el parque buscando a Bersicker, cuando recordó haber visto algo. Mi opinión es que se le subió la música a la cabeza.

—Y dígame, señor Bilder, ¿puede explicar de algún modo la huida del lobo?

—Bueno, patrón —dijo con una sospechosa especie de modestia—, creo que sí que puedo; aunque no sé si le convencerá a usted la teoría.

—A buen seguro que sí. Si un hombre como usted, que tiene experiencia con los animales y los conoce bien, no puede elaborar una buena hipótesis, ¿quien podría intentarlo?

—Pues veré, patrón, me lo explico de la siguiente manera: me parece a mí que ese lobo escapó... sencillamente porque quería salir.

Viendo las ganas con las que tanto Thomas como su esposa se rieron con la broma, entendí que no era la primera vez que la ponían en práctica, y que toda su explicación era sencillamente un elaborado embuste. No podía competir en chanzas con el digno Thomas, pero se me ocurrió que tenía un modo más seguro de ganarme su aprecio, de modo que le dije:

—Bueno, señor Bilder, consideremos que mi medio soberano ya ha dado todo lo que tenía que dar de sí, y que este hermano suyo está esperando

a reunirse con él tan pronto como me haya dicho qué cree usted que va a suceder.

—Tiene razón, patrón —dijo animadamente—. Sé que me perdonará que me haya choteado de usted, pero es que aquí la vieja me ha guiñado el ojo, que es prácticamente lo mismo que decirme que lo hiciera.

—¡No es cierto! —dijo la anciana.

—Mi opinión es la siguiente: que ese lobo se ha escondido en alguna parte. Nuestro desmemoriado jardinero ha dicho que lo vio galopando hacia el norte más rápido que un caballo; pero yo no le creo, pues verás, patrón, los lobos no galopan, como tampoco lo hacen los perros; no están creados para eso. Los lobos imponen mucho en los libros de cuentos, y me atrevería a decir que cuando persiguen algo en manadas pueden llegar a hacer un ruido infernal y a despedazarlo, sea lo que sea. Pero, alabado sea Dios, en la vida real un lobo es sólo una criatura vil, ni la mitad de lista que un buen perro; y ni la mitad de un cuarto de luchadora. Éste no está acostumbrado a pelear, ni siquiera a buscarse el sustento, y lo más probable es que siga en los alrededores del parque, escondido y tembloroso, preguntándose dónde va a conseguir su desayuno, si es que es capaz de pensar; o quizá haya llegado a otra zona y se haya metido en una carbonera. ¡Menudo susto se va a llevar alguna cocinera cuando vea sus ojos verdes resplandeciendo en la oscuridad! Si no consigue comida, acabará por salir a buscarla, y quizá tenga la suerte de llegar a una carnicería a tiempo. Si no lo hace, y alguna niñera sale a dar un paseo con un soldado, dejando al niño en el cochecito... en fin, no me sorprendería que en el censo les faltara un niño. Eso es todo.

Le estaba dando su medio soberano, cuando algo se asomó repetidas veces a la ventana, y el rostro del señor Bilder dobló su longitud con la sorpresa.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¡Pero si es el viejo Bersicker, que ha vuelto por sí solo!

El señor Bilder se levantó y abrió la puerta; un proceder completamente innecesario, en opinión del que esto suscribe. Siempre he pensado que el mejor modo de ver a un animal salvaje es desde el otro lado de una barrera lo suficientemente resistente; la experiencia personal ha potenciado esta idea antes que menguarla.

En todo caso, no hay nada como la costumbre, ya que ni Bilder ni su esposa prestaron más atención al lobo de la que le habría prestado yo a un perro. De hecho, el animal era tan pacífico y se portó tan educadamente como el padre de todos los lobos ilustrados, el viejo amigo de Caperucita Roja, intentando ganarse su confianza con un disfraz.

La escena fue una inenarrable mezcla de comedia y patetismo. El malvado lobo que durante medio día había paralizado Londres, haciendo temblar dentro de sus zapatos a todos los niños de la ciudad, había regresado con ánimo de penitente, para verse colmado de caricias, como si de una especie de hijo pródigo vulpino^[151] se tratase. El viejo Bilder le examinó todo el cuerpo con la más tierna solicitud, y cuando terminó con su penitente, dijo:

—Mire, ya sabía yo que el pobre viejo se metería en algún lío; ¿no se lo he estado diciendo todo el rato? Mírele la cabeza, llena de cortes y cristales rotos. Ha debido de saltar por encima de algún muro. Es una vergüenza que la gente tenga permitido cubrir sus muros con botellas rotas. Esto es lo que pasa luego. Anda, ven, Bersicker.

Se llevó al lobo y lo encerró en una jaula, con un trozo de carne que cumplió, en cantidad al menos, las condiciones elementales del becerro bien cebado^[152], y se marchó a dar parte.

También yo me marché a redactar la única información exclusiva ofrecida hoy en relación con esta extraña huida en el Zoo.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

17 de septiembre . —Después de comer, me encontraba en mi estudio poniendo en orden mis informes —que, debido a la urgencia de otros trabajos y a mis numerosas visitas a Lucy, habían quedado lamentablemente atrasados—, cuando de repente la puerta se ha abierto de par en par y mi paciente se ha abalanzado al interior con el rostro deformado por la ira. Me he quedado estupefacto, pues que un paciente acuda por iniciativa propia al despacho del superintendente es algo prácticamente insólito. Sin perder un solo instante se ha lanzado contra mí. Llevaba un cuchillo en la mano, y como he visto que era peligroso, he intentado interponer la mesa entre nosotros. En cualquier caso, ha sido demasiado rápido y demasiado fuerte para mí; pues antes de que pudiera recobrar el equilibrio ya me había atacado, abriéndome un tajo bastante grave en la muñeca izquierda. Antes de que pudiera volver a golpear, en todo caso, le he propinado un derechazo que le ha hecho caer de espaldas al suelo cuan largo era. Mi muñeca ha sangrado abundantemente, formando un charco en la alfombra. Como he visto que mi amigo no tenía intención de volver a atacarme, me he ocupado de vendarme la muñeca, sin apartar la vista un solo momento de la postrada figura. Cuando los celadores han irrumpido en la habitación y hemos dirigido nuestra atención hacia él, su conducta me ha provocado auténticas náuseas. Yacía tumbado sobre el pecho, lamiendo como un perro la sangre que había manado de mi muñeca herida. Los celadores han podido reducirle con facilidad y, para mi sorpresa, les ha acompañado sin oponer resistencia, simplemente repitiendo una y otra vez: «¡La sangre es la vida! ¡La sangre es la vida!»^[153] .

Ahora mismo no puedo permitirme perder más sangre: ya he perdido demasiada últimamente para mi bienestar físico, y la prolongada tensión de la enfermedad de Lucy, y sus horribles fases, está comenzando a afectarme. Estoy sobreexcitado y agotado, y necesito descansar, descansar, descansar. Afortunadamente, Van Helsing no me ha convocado, por lo que no me veo en la obligación de renunciar al sueño; no podría pasar esta noche sin dormir.

Telegrama, Van Helsing, Amberes, a Seward, Carfax

(Enviado a Carfax, Sussex, al no haberse especificado condado;
entregado con veintidós horas de retraso)

17de septiembre . —Esta noche no faltes en Hillingham. Si no vigilancia continua, al menos visitas frecuentes para comprobar que flores siguen en su sitio; muy importante; no faltes. Me reuniré contigo tan pronto como sea posible tras llegada.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

18 de septiembre . —Salgo a tomar el tren para Londres. La llegada del telegrama de Van Helsing me ha llenado de consternación. Hemos perdido toda una noche, y ya sé por amarga experiencia lo que puede pasar en una sola noche. Por supuesto, es posible que todo vaya bien, pero... ¿qué *podría* haber pasado? No hay duda de que una horrible condena pende sobre nosotros, asegurándose de que todo accidente posible venga a frustrar nuestro propósito. Voy a llevarme este cilindro conmigo, y luego podré completar mi entrada en el fonógrafo de Lucy.

MEMORÁNDUM DEJADO POR LUCY WESTENRA

17 de septiembre. Noche. —Escribo esto para que sea leído, de modo que nadie pueda, bajo ningún concepto, verse en dificultades por mi culpa. Éste es un informe detallado de lo que ha ocurrido aquí esta noche. Siento que me estoy muriendo de pura debilidad, y apenas tengo fuerzas para escribir; pero debo hacerlo, aunque muera en el intento.

Me fui a la cama como de costumbre, asegurándome de que las flores estuvieran colocadas tal como el doctor Van Helsing ha ordenado y pronto me quedé dormida.

Me desperté al oír en la ventana el aleteo que había comenzado tras mi episodio de sonambulismo en el acantilado de Whitby, cuando Mina me salvó, y que ahora conozco tan bien. No tenía miedo, pero deseé que el doctor Seward hubiera estado en la habitación contigua, como el doctor Van Helsing había dicho que estaría, para poder llamarle. Intenté dormirme, pero no lo conseguí. Entonces volví a sentir el viejo temor a quedarme dormida, y me decidí a permanecer despierta. Perversamente, el sueño intentaba vencerme ahora que no lo deseaba; de modo que, como me daba miedo estar sola, abrí la puerta de mi habitación y llamé en voz alta: «¿Hay alguien ahí?». No obtuve respuesta. Tenía miedo de despertar a mamá, así que cerré la puerta de nuevo. Entonces, afuera, entre los arbustos, oí una especie de aullido como el de un perro, pero más fiero y profundo. Me acerqué a la ventana y me asomé al exterior, pero no pude ver nada, a excepción de un gran murciélago que, evidentemente, había estado golpeando la ventana con las alas. De modo que regresé a la cama decidida a no dormirme. Al cabo de un rato se abrió la puerta, y mamá miró al interior; viendo por mis movimientos que no estaba dormida, entró y se sentó a mi lado. En un tono más suave y dulce incluso que el habitual, me dijo: «Estaba inquieta por ti, cariño, y he venido a ver si te encontrabas bien». Temí que fuera a coger frío allí sentada, y le pedí que se acostara conmigo, de modo que se metió en la cama y se tumbó a mi lado; no se quitó la bata, pues dijo que sólo estaría un rato y luego regresaría a su propia cama. Mientras yacía allí en mis brazos, y yo en los suyos, el aleteo y los golpes volvieron a sonar contra la ventana. Ella se sobresaltó y gritó algo asustada: «¿Qué es eso?». Intenté tranquilizarla, y finalmente lo conseguí y volvió a yacer tranquila; aunque todavía pude oír su pobre y querido corazón latiendo terriblemente. Al cabo de un rato se alzó de nuevo el grave aullido afuera, entre los arbustos, y poco después algo golpeó contra la ventana, y un montón de cristales rotos cayeron al suelo. La cortinilla de la ventana voló hacia atrás empujada por el viento que se abalanzó al interior, y entre los vidrios rotos asomó la cabeza de un enorme y escuálido lobo gris. Mamá chilló de terror e intentó sentarse esforzadamente, agarrando frenéticamente todo aquello que pudiera ayudarla. Entre otras cosas, agarró la guirnalda de flores que el doctor Van Helsing insiste que lleve puesta alrededor del cuello, y me la

arrancó. Durante un segundo o dos permaneció sentada, señalando al lobo, mientras un extraño y horrible gorgoteo brotaba de su garganta; después, se derrumbó como si la hubiera golpeado un rayo, y su cabeza me golpeó en la frente, dejándome aturdida unos momentos. La habitación y todo lo que me rodeaba parecía dar vueltas. Mantuve los ojos fijos en la ventana rota, pero el lobo retrocedió y una miríada de pequeñas motas parecieron entrar revoloteando a través de ella, arremolinándose y girando como los pilares de arena que describen los viajeros cuando el simún sopla en el desierto. Intenté moverme, pero estaba como hechizada, y el cuerpo de mi querida madre, que ya había empezado a enfriarse —pues su querido corazón había dejado de latir— me tenía inmovilizada; y ya no recuerdo nada más hasta transcurrido un rato.

No pareció pasar mucho tiempo hasta que recobré de nuevo la conciencia, pero cada momento fue terrible. Desde algún lugar cercano, una campana tocaba a muerto; aullaban los perros de todo el vecindario; y entre nuestros arbustos, aparentemente justo frente a la ventana, cantaba un ruiseñor. El dolor, el terror y la debilidad me habían aturdido y atontado, pero el canto del ruiseñor me sonó como la voz de mi difunta madre, que hubiera regresado a consolarme. Los ruidos debieron de despertar también a las doncellas, pues pude oír sus pies descalzos correteando frente a mi puerta. Las llamé y entraron, y cuando vieron lo que había sucedido, y qué era lo que yacía sobre mí en la cama, se pusieron a gritar. Una ráfaga de viento entró por la ventana rota y la puerta se cerró de un portazo. Alzaron el cuerpo de mi querida madre y, cuando me levanté, volvieron a extenderla sobre la cama, cubriéndola con una sábana. Estaban todas tan asustadas y nerviosas que les ordené ir al comedor a servirse una copa de vino cada una. La puerta se abrió un instante y volvió a cerrarse violentamente. Las doncellas chillaron, y después corrieron en manada hasta el comedor; yo deposité todas las flores que tenía sobre el pecho de mi querida madre. Una vez allí, recordé lo que me había dicho el doctor Van Helsing, pero no quería retirarlas. Además, ahora le pediría a alguno de los sirvientes que se sentara conmigo. Me sorprendió que las doncellas no hubieran vuelto. Las llamé, pero no obtuve respuesta, de modo que fui al comedor a buscarlas.

Mi corazón dio un vuelco al ver lo que había sucedido. Las cuatro yacían indefensas en el suelo, respirando pesadamente. El decantador de jerez estaba sobre la mesa, medio lleno, pero en el aire flotaba un extraño olor acre. Me acerqué a examinar el decantador. Olía a láudano, y mirando en el aparador descubrí que la botella que el médico de mi madre usa con ella (¡ay, usaba!) estaba vacía. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? He vuelto a la habitación con mi madre. No puedo abandonarla, y estoy completamente sola, salvo por las dormidas doncellas, a las que alguien ha drogado. ¡Sola con la muerte! No me atrevo a salir, pues puedo oír el grave aullido del lobo a través de la ventana rota.

El aire parece repleto de motas, flotando y girando en la corriente que entra por la ventana, y las luces arden con un azul mortecino, mientras se van apagando. ¿Qué voy a hacer? ¡Que Dios me proteja de todo daño esta noche! Esconderé este papel en mi pecho, donde alguien lo encontrará cuando vengan a sacarme de aquí. ¡Mi querida madre se ha ido! Es hora de que también yo me vaya. Si no sobreviviera a esta noche, adiós, querido Arthur. ¡Que Dios te proteja, querido, y que Dios me ayude!

Capítulo XII

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

18 de septiembre . —Salí de inmediato hacia Hillingham y llegué temprano. Tras decirle al cochero que me esperara en la entrada, recorrí la avenida a solas. Llamé suavemente a la puerta y tiré de la campanilla con la mayor discreción posible, ya que no quería molestar a Lucy ni a su madre, y esperaba que fuese un criado quien acudiera a abrir. Al cabo de un rato, al no haber obtenido respuesta, volví a golpear y a tirar de la campanilla; seguía sin haber respuesta. Maldije la pereza de los sirvientes, que seguían en la cama a semejante hora — pues eran las diez en punto—, de modo que volví a llamar y a golpear, esta vez con mayor impaciencia, pero siguió sin responder nadie. Hasta entonces me había limitado a culpar a los criados, pero en aquel momento me asaltó un terrible temor. ¿Era acaso este silencio otro eslabón en la infausta cadena que parecía estar estrechándose a nuestro alrededor? ¿Acaso había llegado demasiado tarde y la muerte se me había adelantado? Sabía que apenas unos minutos —incluso unos segundos— de retraso podrían suponer horas de peligro para Lucy, si es que había sufrido de nuevo una de sus horribles recaídas, por lo que rodeé la casa para ver si por casualidad encontraba una entrada en alguna parte.

No pude encontrar ningún medio de acceso. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas y acerrojadas, de modo que regresé frustrado al porche. Mientras me dirigía hacia allí, oí un ruido de cascos de caballo acercándose apresuradamente. Se detuvieron frente a la entrada, y un par de segundos más tarde vi a Van Helsing subiendo la avenida. Al verme, lanzó un grito ahogado:

—¡Entonces eras tú, y recién llegado! ¿Cómo está? ¿Llegamos demasiado tarde? ¿No recibiste mi telegrama?

Respondí, con tanta premura y coherencia como pude, que no había recibido su telegrama hasta primera hora de aquella misma mañana y que no había perdido ni un minuto en venir aquí, sólo que no había conseguido que nadie de la casa respondiera a mis llamadas. Van Helsing guardó un momento de silencio y luego se descubrió mientras decía solemnemente:

—Entonces temo que llegamos demasiado tarde. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Con su característica facilidad de recuperación, prosiguió:

—Vamos. Si no hay vía libre para entrar, tenemos que abrir una. Ahora el tiempo lo es todo para nosotros.

Rodeamos la casa hasta llegar a la parte trasera, donde había una ventana de la cocina. El profesor extrajo una pequeña sierra quirúrgica de su maletín y, tras entregármela, señaló los barrotes de hierro que protegían la ventana. Los atacué de inmediato, y en poco tiempo serré tres. Después, con un cuchillo largo y estrecho, forzamos las sujeciones de los marcos y abrimos la ventana. Ayudé a entrar al profesor y le seguí al interior. No había nadie ni en la cocina ni en los cuartos de la servidumbre, que estaban al lado. Mientras avanzábamos, fuimos comprobando todas las habitaciones que encontramos, hasta que en el comedor, vagamente iluminado por los rayos de luz que se filtraban a través de las persianas, encontramos a cuatro sirvientas tiradas en el suelo. No había posibilidad de creerlas muertas, pues sus estertóreas respiraciones y el acre aroma a láudano que flotaba en la habitación no dejaban lugar a dudas sobre su condición. Van Helsing y yo nos miramos el uno al otro, y él dijo, mientras seguíamos avanzando:

—Podemos atenderlas luego.

Subimos entonces a la habitación de Lucy. Durante unos instantes nos detuvimos junto a la puerta a escuchar, pero no conseguimos oír nada. Pálidos y temblorosos, abrimos cuidadosamente la puerta y entramos en la habitación.

¿Cómo podré describir lo que vimos? Sobre la cama yacían dos mujeres, Lucy y su madre. Esta última, en el extremo más alejado, cubierta con una sábana blanca cuyo extremo había sido levantado por la corriente que se filtraba por la ventana rota, descubriendo su rostro blanco y demacrado, en el que había grabada una expresión de terror. Junto a ella yacía Lucy, mortalmente pálida y más demacrada aún. Encontramos las flores que había llevado en torno a su cuello sobre el pecho de su madre, y su garganta descubierta mostraba las dos pequeñas heridas que ya había percibido anteriormente, sólo que mucho más blancas y horriblemente magulladas. Sin decir una sola palabra, el profesor se inclinó sobre la cama hasta que su cabeza casi tocó el pecho de la pobre Lucy; entonces volvió rápidamente la cabeza, con el mismo gesto de alguien que escucha, y poniéndose en pie de un salto gritó:

—¡Aún no es demasiado tarde! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Trae el coñac!

Corrí escaleras abajo y regresé con él, asegurándome antes de olerlo y probarlo, no fuera a estar también drogado, como el decantador de jerez que había encontrado sobre la mesa. Las doncellas aún respiraban, aunque más inquietas, por lo que imaginé que la acción del narcótico estaba empezando a desaparecer. No me quedé para asegurarme, sino que regresé junto a Van Helsing. Igual que la vez

anterior, éste le dio a Lucy unas friegas con el coñac en labios y encías, y en las muñecas y las palmas de las manos. Luego me dijo:

—Esto es todo lo que puede hacerse por el momento. Ve a despertar a esas doncellas. Azótalas en la cara con una toalla húmeda, tan fuerte como sea necesario. Oblígalas a encender un fuego y a preparar un baño caliente. Esta pobre criatura está casi tan fría como la que yace a su lado. Antes de poder hacer nada más tenemos que conseguir calentarla.

Acudí de inmediato, y apenas tuve dificultades para despertar a tres de las mujeres. La cuarta, sin embargo, era muy joven, y evidentemente la droga le había hecho mayor efecto, de modo que la tumbé sobre el sofá y la dejé dormir. Las otras se mostraron desorientadas en un principio, pero luego empezaron a recordar y se pusieron a llorar y a sollozar histéricamente. En cualquier caso, fui severo con ellas y ni siquiera las dejé hablar. Les dije que ya era suficiente con haber perdido una vida y que si seguían perdiendo el tiempo sacrificarían también a la señorita Lucy. De modo que, sollozando y llorando, fueron a desempeñar sus tareas, a medio vestir como estaban, y prepararon fuego y agua. Afortunadamente, los fuegos de la cocina y la caldera no se habían apagado, y no faltó el agua caliente. Preparamos la bañera y llevamos a Lucy, tal como estaba, y la metimos dentro. Mientras frotábamos sus miembros, oí que alguien llamaba a la puerta de entrada. Una de las doncellas corrió a vestirse apresuradamente y abrió, y luego vino a susurrarnos que había llegado un caballero que traía un mensaje del señor Holmwood. Le ordené que sencillamente le dijera que debía esperar, pues en aquel momento no podíamos atender a nadie. Se marchó a entregar el mensaje y, absorto en nuestro trabajo, me olvidé por completo de él.

En toda mi experiencia, jamás había visto al profesor trabajar con tanto denuedo. Sabía —igual que él— que estábamos luchando cara a cara con la muerte, y en una pausa así se lo dije. Él me contestó algo que no comprendí, pero con la mayor seriedad que es capaz de expresar su rostro:

—Si eso fuera todo, me detendría ahora mismo y la dejaría desvanecerse hasta encontrar la paz, pues no veo en su horizonte ninguna luz que pueda alumbrar su vida.

Luego reanudó su trabajo con renovado y aún más frenético vigor, si es que eso fuera posible.

En breve, ambos empezamos a percibir que el calor estaba surtiendo algún efecto. El corazón de Lucy latía un poquito más fuerte en el estetoscopio, y el movimiento de sus pulmones volvió a ser perceptible. El rostro de Van Helsing se iluminó y, mientras la sacábamos del baño y la envolvíamos en una sábana caliente para secarla, me dijo:

—¡El primer triunfo es nuestro! ¡Jaque al rey!

Llevamos a Lucy a otra habitación, que para entonces ya había sido preparada a tal efecto, y la tumbamos en la cama y la obligamos a tragar un par de gotas de coñac. Observé que Van Helsing ataba un suave pañuelo de seda alrededor de su garganta. Ella seguía inconsciente, y se encontraba tan mal como antes, si no peor.

Van Helsing llamó a una de las mujeres, y le ordenó que se quedara con ella y no le quitase los ojos de encima hasta que nosotros hubiéramos regresado; luego me indicó por señas que saliera de la habitación.

—Debemos deliberar sobre lo que vamos a hacer —dijo mientras descendíamos las escaleras. Al llegar al recibidor, abrió la puerta del comedor. Cuando entramos, volvió a cerrar cuidadosamente. Los postigos estaban abiertos, pero las persianas habían sido bajadas, con esa obediencia al protocolo de la muerte que las mujeres británicas de las clases bajas siempre observan rígidamente. La habitación, por lo tanto, se hallaba sumida en penumbras. En todo caso, había luz suficiente para nuestro propósito. La expresión de preocupación de Van Helsing se vio en cierto modo aligerada por otra de perplejidad. Evidentemente, algo estaba torturando su mente, de modo que esperé unos instantes, y finalmente dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿A quién vamos a recurrir en busca de ayuda? Necesitamos hacer otra transfusión de sangre cuanto antes. Esa pobre muchacha no va a aguantar mucho más de una hora. Tú estás agotado; yo también lo estoy. No me atrevo a confiar en esas mujeres, suponiendo que alguna tuviera el valor de presentarse voluntaria. ¿Cómo encontraremos a alguien que abra sus venas por ella?

—¿Es que hay algún problema conmigo?

La voz surgió de un sofá situado al otro lado de la habitación, y nada más oírla mi corazón dio un vuelco de alivio y alegría, pues era la de Quincey Morris. Van Helsing se sobresaltó, enfadado, al oír el primer sonido, pero su rostro se suavizó y una expresión de alegría asomó a sus ojos al gritar yo:

—¡Quincey Morris! —mientras corría hacia él con los brazos extendidos —. ¿Qué te trae por aquí? —le pregunté mientras nos estrechábamos las manos.

—Supongo que Art es el motivo.

Me tendió un telegrama:

«Tres días sin saber de Seward. Terriblemente preocupado. No puedo marchar. Padre sigue enfermo. Dime cómo está Lucy. No te demores. — HOLMWOOD».

—Creo que llego justo a tiempo. Sabes que sólo tienes que decirme qué debo hacer.

Van Helsing se adelantó y le estrechó la mano, mirándole directamente a los ojos, mientras decía:

—Cuando una mujer está en apuros, no hay nada mejor en este mundo que la sangre de un hombre valiente. Usted es un hombre, de eso no hay duda. ¡Puede que el diablo esté haciendo todo cuanto está en su poder en nuestra contra, pero Dios nos envía hombres cuando los necesitamos!

Una vez más llevamos a cabo aquella espantosa operación. No tengo ánimos para describirla en detalle. Lucy había sufrido una terrible conmoción que le había afectado más que otras veces, pues aunque en sus venas entró sangre suficiente, su cuerpo no respondió al tratamiento tan bien como en ocasiones anteriores. Su lucha por regresar a la vida fue un espantoso espectáculo. En cualquier caso, mejoró el funcionamiento tanto del corazón como de los pulmones, y Van Helsing le administró, al igual que la vez anterior, una inyección subcutánea de morfina que surtió buen efecto. Su desvanecimiento se convirtió en un sueño profundo. El profesor se quedó vigilando mientras yo iba abajo con Quincey Morris y enviaba a una de las doncellas a que pagara a uno de los taxistas que seguían esperando. Dejé a Quincey tumbado, después de haberse tomado un vaso de vino, y le dije a la cocinera que preparara un buen desayuno. En ese momento me asaltó una idea y volví a la habitación en la que ahora reposaba Lucy. Entré con cuidado, y encontré a Van Helsing sentado, con una o dos hojas de papel entre las manos. Evidentemente las había leído, y estaba reflexionando sobre ellas mientras apoyaba una mano contra su frente. En su rostro había una expresión de siniestra satisfacción, como la de alguien al que le han resuelto una duda. Me tendió el papel, diciendo únicamente:

—Cayó del pecho de Lucy cuando la llevamos al baño.

Cuando lo leí me quedé en silencio observando al profesor, hasta que al cabo de un rato le pregunté:

—En nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? ¿Acaso estaba, o está, loca? Y si no lo está, ¿qué clase de horrible peligro es éste al que nos enfrentamos?

Me sentía tan desconcertado que no supe qué más decir. Van Helsing extendió la mano para recuperar el papel, diciendo:

—No te preocupes por eso ahora. Olvídalo por el momento. A su tiempo lo sabrás y lo entenderás todo; pero eso será más tarde. Y ahora, ¿qué es lo que venías a decirme?

Esto me devolvió a la realidad, y volví a ser yo mismo.

—He venido a hablarle del certificado de defunción. Si no actuamos adecuadamente y con prudencia, podría haber una investigación judicial en la que nos veríamos obligados a mostrar ese papel. Tengo la esperanza de que una investigación no será necesaria, ya que a buen seguro acabaría con la pobre Lucy, si antes no lo hace otra cosa. Tanto yo, como usted, como el médico que la atendía, sabemos que la señora Westenra padecía del corazón, y podemos certificar que ésa ha sido la causa de su defunción. Podemos rellenar el certificado de inmediato, y yo mismo se lo llevaré al secretario del registro civil e iré a buscar al enterrador.

—¡Muy bien, amigo John! ¡Bien pensado! Ciertamente, por muy afligida que esté la señorita Lucy por culpa de los enemigos que la acosan, al menos puede estar feliz por los amigos que la aman. Uno, dos, tres... todos se abren las venas por ella. Incluso un viejo. Ah, sí, lo sé, amigo John; ¡no soy ciego! ¡Y te aprecio aún más por ello! Ahora, ve.

En el vestíbulo me encontré con Quincey Morris, que iba a enviarle un telegrama a Arthur comunicándole que la señora Westenra había muerto, y que Lucy también había estado mal, pero que ahora estaba mejorando y que Van Helsing y yo estábamos con ella. Cuando le dije adonde iba yo, me instó a que me apresurase, pero mientras me iba dijo:

—Cuando vuelvas, Jack, ¿podemos tener un par de palabras a solas?

Asentí a modo de respuesta y me marché. No tuve ninguna dificultad en el registro, y quedé de acuerdo con el empresario de pompas fúnebres local para que viniera aquella misma tarde a tomar medidas para el ataúd y a encargarse de los preparativos.

Cuando regresé, Quincey estaba esperándome. Le dije que le vería tan pronto como comprobara en qué estado se encontraba Lucy, y subí a su habitación. Seguía durmiendo, y aparentemente el profesor ni siquiera se había movido de la silla a su lado. Al verle llevarse el índice frente a los labios, comprendí que esperaba que despertase de un momento a otro y quería que lo hiciera de modo natural. Así que bajé al encuentro de Quincey y le llevé a la sala de estar, donde no habían bajado las persianas, y era por tanto un poco más alegre —o en cualquier caso menos lóbrega— que las demás habitaciones. Cuando estuvimos a solas, me dijo:

—Jack Seward, no quiero meterme donde no me llaman, pero éste no es un caso ordinario. Sabes que amaba a esa chica y que quería casarme con ella; aunque todo eso ya sea agua pasada, no puedo evitar seguir preocupándome por ella. ¿Puedes decirme qué es lo que le pasa? Cuando entrasteis en el comedor, el holandés... un viejo estupendo, estoy seguro de ello, ha dicho que necesitabais *otra* transfusión de sangre, y que ambos estabais agotados. Sé perfectamente que vosotros los médicos habláis *in camera* ^[154], y que un hombre no puede pretender

saber sobre qué consultan en privado. Pero éste no es un asunto corriente y, sea lo que sea, yo he hecho mi parte, ¿no es así?

—Así es —dije, y él continuó:

—Asumo que tanto tú como Van Helsing ya habéis pasado por lo mismo que he pasado yo hoy. ¿No es así?

—Así es.

—Y supongo que Art también. Estaba muy raro cuando le vi hace cuatro días en su casa. No había visto a nadie consumirse tan rápido desde que estuve en la Pampa y perdí una yegua a la que le tenía mucho cariño en una sola noche. Uno de esos grandes murciélagos que allá llaman vampiros la atacó durante la noche, y entre lo que le chupó y lo que salió por la vena que dejó abierta, no le quedó suficiente sangre dentro ni para ponerse en pie, por lo que tuve que meterle un balazo allí mismo donde había caído. Jack, si puedes decírmelo sin traicionar su confianza, hazlo; Arthur fue el primero, ¿no es así?

El pobre hombre parecía terriblemente preocupado mientras pronunciaba estas palabras. Le atormentaba la incertidumbre en torno a la mujer que amaba, y su absoluta ignorancia del terrible misterio que parecía rodearla intensificaba su dolor. Su propio corazón estaba sufriendo, y fue necesaria toda su hombría —que no era poca— para impedir que se derrumbara. Permanecí un momento en silencio antes de responder, pues pensaba que no debía traicionar nada que el profesor deseara mantener en secreto; pero ya sabía tanto, y había adivinado tanto, que no había razón que justificara no responderle, de modo que volví a utilizar la misma frase:

—Así es.

—¿Y cuánto tiempo hace que sucede esto?

—Unos diez días.

—¡Diez días! Me estás diciendo, Jack Seward, que en ese tiempo la pobre y hermosa criatura a la que todos amamos ha recibido en sus venas la sangre de cuatro hombres robustos. ¡Hombre de Dios, eso no hay cuerpo que lo aguante! —entonces, acercándose a mí, me dijo con un feroz susurro—: ¿Qué es lo que se la ha quitado?

Negué con la cabeza.

—Ése es precisamente el quid —dije—. Van Helsing está sencillamente desesperado, y a mí se me ha agotado el ingenio. Ni siquiera soy capaz de especular. Se han producido una serie de circunstancias que han echado por tierra todos nuestros preparativos para que Lucy estuviera

debidamente vigilada. Pero eso no va a volver a ocurrir. Ya no vamos a movernos de aquí hasta que todo acabe bien... o mal.

Quincey me tendió su mano.

—Cuenta conmigo —dijo—. Tú y el holandés me diréis qué debo hacer, y yo lo haré.

Cuando Lucy se despertó, ya avanzada la tarde, el primer movimiento que hizo fue palparse el pecho y, para sorpresa mía, extraer el papel que Van Helsing me había entregado para que leyera. El cuidadoso profesor lo había devuelto al lugar del que había caído, con la intención de evitar que ella se sintiera alarmada al no encontrarlo al despertarse. Sus ojos cayeron sobre Van Helsing, y luego sobre mí, y mostraron alegría. Después miró a su alrededor, y al ver en qué habitación se encontraba, un escalofrío le sacudió el cuerpo. Profirió un desgarrador alarido, y se tapó el pálido rostro con sus pobres y delgadas manos. Ambos entendimos qué significaba aquello: acababa de ser completamente consciente del fallecimiento de su madre; de modo que hicimos lo que pudimos por consolarla. Sin duda la simpatía la alivió un poco, pero estaba muy triste y desanimada, y lloró larga y débilmente. Le dijimos que, a partir de ahora, uno de los dos, o ambos a la vez, permaneceríamos en todo momento con ella, y eso pareció reconfortarla. Poco antes de la puesta del sol, cayó en una especie de sopor. Entonces sucedió algo muy extraño. Mientras aún seguía dormida, Lucy extrajo el papel de su pecho y lo partió por la mitad. Van Helsing corrió a su lado y le arrebató los trozos. En cualquier caso, ella siguió haciendo el gesto de romperlo, como si aún tuviera el papel; finalmente, alzó las manos y las abrió como si dispersara los fragmentos. Van Helsing pareció sorprendido y frunció el ceño pensativamente hasta que sus cejas se tocaron entre sí, pero no dijo nada.

19 de septiembre^[155]. —Durante la noche pasada durmió a ratos, siempre con miedo al sueño, y sintiéndose más débil cada vez que despertaba. El profesor y yo hicimos turnos para velarla, y en ningún momento la dejamos desatendida. Quincey Morris no nos hizo partícipes de sus intenciones, pero sé que pasó toda la noche patrullando alrededor de la casa.

La penetrante luz del amanecer mostró los estragos que habían sufrido las fuerzas de la pobre Lucy. Apenas era capaz de girar la cabeza, y el escaso alimento que pudo tomar no pareció hacerle ningún bien. A veces se quedaba dormida, y tanto Van Helsing como yo percibimos el cambio experimentado por su cuerpo entre el sueño y la vigilia. Mientras dormía parecía más fuerte, aunque más demacrada, y su respiración era más tranquila; su boca entreabierta mostraba las descoloridas encías retiradas de los dientes, que de este modo parecían realmente más largos y afilados de lo habitual; al despertar, la dulzura de sus ojos cambiaba evidentemente su expresión, pues volvía a tener el aspecto de siempre, aunque moribunda. Por la tarde pidió ver a Arthur,

y le telegrafiamos para que viniera. Quincey fue a buscarle a la estación.

Eran cerca de las seis en punto cuando llegó, y el sol se estaba poniendo en todo su esplendor, y la luz roja que se derramaba a través de la ventana dio algo de color a las pálidas mejillas. Cuando vio a Lucy, Arthur se sintió sencillamente ahogado por la emoción, y ninguno de nosotros fue capaz de decir nada. En las horas transcurridas, los episodios de somnolencia —o la condición comatosa que pasaba por sueño— se habían vuelto más frecuentes, de modo que los intervalos en los que era posible conversar con ella eran cada vez más cortos. La presencia de Arthur, en cualquier caso, pareció actuar como un estimulante. Lucy recobró un poco el ánimo y habló con él con más alegría de la que había mostrado desde nuestra llegada. También él consiguió recobrar la compostura y se mostró tan alegre como pudo, para que todo fuera lo más plácido posible.

Ahora son cerca de la una en punto y estoy grabando esto en el fonógrafo de Lucy. Arthur y Van Helsing están con ella. Debo relevarles dentro de un cuarto de hora para que intenten descansar hasta las seis. Temo que el día de mañana pondrá fin a nuestra vigilancia, pues la impresión ha sido demasiado grande; la pobre niña no va a poder recuperarse. Que Dios nos ayude a todos.

Carta, Mina Harker a Lucy Westenra

(No abierta por la destinataria)

17 de septiembre

Queridísima Lucy:

Parece que haya pasado *una eternidad desde* la última vez que tuve noticias tuyas o, de hecho, desde la última vez que te escribí. Sé que perdonarás mis faltas cuando hayas leído todo lo que tengo que contarte. En primer lugar, regresé con mi marido perfectamente; cuando llegamos a Exeter, había un carruaje esperándonos, y en su interior, a pesar de haber sufrido un ataque de gota, estaba el señor Hawkins. Nos llevó a su propia casa, donde tenía preparadas para nosotros unas bonitas y cómodas habitaciones, y luego cenamos juntos. Cuando terminamos de cenar, el señor Hawkins dijo:

—Queridos, quiero hacer un brindis a vuestra salud y por vuestra prosperidad; que todas las bendiciones caigan sobre vosotros. Os conozco a los dos desde que erais niños, y os he visto crecer con cariño y orgullo. Ahora quiero que establezcáis vuestro hogar aquí, conmigo. Perdí a mi mujer y a mi hijo; no tengo a nadie, y en mi testamento os lo he legado todo a vosotros.

Lucy, querida, cuando Jonathan y el anciano se estrecharon las manos, lloré. Fue una velada muy muy feliz.

Así que aquí estamos, instalados en esta hermosa y vieja casa. Desde mi dormitorio y desde el salón puedo ver los grandes olmos de la cercana catedral, con sus grandes troncos negros destacando frente a la vieja piedra amarillenta de la catedral; y puedo oír a los grajos en lo alto, graznando y graznando y parloteando y chismorreando todo el día, tal y como hacen los grajos... y los humanos. No hará falta que te diga lo ocupada que estoy, preparando cosas y cuidando de la casa. Jonathan y el señor Hawkins se pasan el día trabajando; pues, ahora que Jonathan es socio, el señor Hawkins quiere que lo aprenda todo sobre los clientes.

¿Cómo sigue tu querida madre? Ojalá pudiera hacer una escapada de uno o dos días a la ciudad para veros, querida, pero todavía no me atrevo, con semejante carga a mis espaldas; y Jonathan aún necesita cuidados. Ya empieza a tener algo más que piel sobre los huesos, pero su larga enfermedad le dejó terriblemente debilitado; todavía hoy, en ocasiones, sufre repentinos sobresaltos mientras duerme y se despierta temblando violentamente hasta que consigo, con muchos mimos, que vuelva a su habitual placidez. En cualquier caso, gracias a Dios, esto sucede cada vez con menos frecuencia a medida que van pasando los

días y confío en que, con el tiempo, acabarán por desaparecer por completo. Y ahora que te he contado todas mis novedades, deja que pregunte por las tuyas. ¿Cuándo vas a casarte? ¿Y dónde? ¿Y quién va a celebrar la ceremonia? ¿Y qué vas a ponerte? ¿Y será una boda pública o privada? Cuéntamelo todo, querida; cuéntamelo todo sobre todo, pues no hay nada que te interese que no sea querido para mí. Jonathan me pide que te envíe un «saludo respetuoso», pero a mí no me parece que eso esté bien por parte de un joven socio de la importante firma Hawkins & Harker. Por eso, como tú me quieres, y él me quiere, y yo te quiero con todos los modos y tiempos del verbo, en su lugar te enviaré simplemente su «amor». Adiós, queridísima Lucy, con todas mis bendiciones.

Tuya,

MINA HARKER

**Informe de Patrick Hennessey, M. D., M. R.C.S., L. K Q. C. P.I.,
etc., etc., a John Seward, M. D. [156]**

20 de septiembre

Estimado señor:

Siguiendo sus deseos, adjunto un informe sobre la situación de todo lo que ha dejado a mi cargo... Respecto al paciente Renfield, hay más que añadir. Ha sufrido otra crisis que podría haber tenido un fatal desenlace, pero que, afortunadamente, terminó sin consecuencias que lamentar. Esta tarde ha llegado un carro de transportistas conducido por dos hombres a la casa vacía cuyos terrenos lindan con los nuestros —la casa a la que, como recordará usted, huyó el paciente en dos ocasiones—. Los hombres se han detenido frente a nuestra puerta para pedirle al portero que les orientara, pues eran forasteros. Yo estaba asomado a la ventana del estudio, fumando un cigarro tras la comida, y he visto personalmente a uno de ellos acercarse hasta la casa. Al pasar frente a la ventana de la habitación de Renfield, el paciente ha empezado a reñir con él desde el interior, y le ha dirigido todos los insultos que se le han ocurrido. El hombre, que parecía un tipo lo suficientemente decente, se ha contentado con responderle: «Calla, pordiosero malhablado». A continuación, nuestro hombre le ha acusado de robarle y de querer asesinarle, y ha afirmado que se lo impediría aunque luego le colgaran por ello. He abierto la ventana y le he hecho una seña al hombre para que no prestara atención. Tras observar el edificio y darse cuenta de a qué clase de lugar había ido a parar, se ha limitado a añadir:

—Dios le bendiga, caballero, no me preocupa lo que digan de mí en una maldita loquería. Les compadezco a usted y al patrón por tener que vivir en la misma casa que una bestia salvaje como ésa.

Después preguntó la dirección educadamente, y le dije dónde encontraría la puerta de la casa vacía. Entonces se marchó, seguido por las amenazas, maldiciones e injurias de nuestro hombre. Bajé a ver si encontraba algún motivo que justificase su ira, dado que normalmente se trata de un hombre muy bien educado, y con la salvedad de sus ataques violentos nada de este tipo había ocurrido jamás. Sorprendentemente, le encontré muy sereno y con una actitud de lo más cordial. Intenté hacerle hablar sobre el incidente, pero él me preguntó amablemente que a qué me refería, y consiguió hacerme creer que ignoraba el asunto por completo. En cualquier caso, lamento decir que sólo fue otro ejemplo de su astucia, ya que al cabo de media hora volví a tener noticias suyas. Esta vez había saltado por la ventana de su habitación y estaba corriendo avenida abajo. Llamé a los celadores para que me siguieran y corrí tras él, pues temía que tramara alguna maldad.

Mi temor se vio justificado cuando vi descendiendo por la carretera el mismo carro que había pasado anteriormente, cargado con unas enormes cajas de madera. Los porteadores se estaban limpiando la frente de sudor y tenían las caras enrojecidas, como si hubieran estado realizando ejercicios violentos. Antes de que pudiéramos detenerle, el paciente se abalanzó sobre ellos y, tirando a uno del carro, comenzó a golpearle la cabeza contra el suelo. Si no lo hubiera agarrado justo en aquel momento, creo que habría matado al hombre entonces y allí mismo. El otro tipo saltó del carro y golpeó a Renfield en la cabeza con el mango de su pesado látigo. Fue un golpe terrible; pero no pareció notarlo, pues le agarró también, y luchó con nosotros tres, zarandeándonos de uno a otro lado como si fuéramos gatitos. Ya sabe que no soy precisamente un peso ligero, y los otros dos eran hombres corpulentos ambos. Al principio peleó en silencio; pero a medida que fuimos dominándole, y mientras los celadores le ponían la chaqueta de fuerza, empezó a gritar:

—¡Se lo impediré! ¡No conseguirán robarme! ¡No conseguirán asesinarme poco a poco! ¡Lucharé por mi Amo y Señor! —y todo tipo de incoherencias y desvaríos similares. Con considerable dificultad consiguieron llevarle de nuevo hasta la casa y meterle en la habitación acolchada. Uno de los celadores, Hardy, se rompió un dedo. En cualquier caso, se lo curé y evoluciona favorablemente.

En un principio los dos transportistas se pusieron a gritar y a amenazar con que iban a exigir daños y perjuicios, y prometieron echar sobre nosotros todo el peso de la ley. En cualquier caso, sus amenazas estaban mezcladas con una especie de disculpa indirecta por haberse dejado derrotar a manos de un débil lunático. Dijeron que de no haber sido por el modo en que su fuerza se había consumido acarreando y alzando las pesadas cajas al carro, no habrían tenido ni para empezar con él. También justificaron su derrota atribuyéndola a la extraordinaria sed que les había producido la polvorienta naturaleza de su ocupación y a la reprensible distancia que separaba el lugar de su trabajo de cualquier establecimiento de esparcimiento público. Comprendí perfectamente su indirecta, y tras invitarles a un vaso de grog^[157] bien cargado —o más bien a unos cuantos—, y darle a cada uno un soberano, quitaron hierro al ataque, y juraron que no les importaría encontrarse cualquier día con un loco aún peor sólo por el placer de conocer a un «tipo tan condenadamente majo» como aquí su corresponsal. Apunté sus nombres y direcciones, por si en algún momento fueran necesarios. Son los siguientes: Jack Smollet, de Dudding's Rents, King Georges' Road, Great Walworth, y Thomas Snelling, Peter Parley's Row, Guide Court, Bethnal Green. Ambos son empleados de Harrys & Sons, Compañía de Envíos y Mudanzas, Orange Master's Yard, Soho^[158].

Le informaré de cualquier asunto de interés que pueda suceder, y le telegrafiaré de inmediato si ocurre algo de importancia.

Me reitero, estimado señor,

fielmente suyo,

PATRICK HENNESSEY

Carta, Mina Harker a Lucy Westenra

(No abierta por la destinataria)

18 de septiembre

Queridísima Lucy:

Ha ocurrido una terrible desgracia. El señor Hawkins ha fallecido repentinamente. Quizá algunos piensen que no tenemos motivo para estar tan afligidos, pero los dos habíamos llegado a quererle tanto que realmente parece como si hubiéramos perdido un padre. Yo nunca conocí a mi padre ni a mi madre, de modo que la muerte del querido anciano ha sido un auténtico mazazo para mí. Jonathan está enormemente afligido. No es sólo que sienta pena —una profunda pena— por este hombre bueno y generoso que durante toda su vida le brindó su amistad, y que ahora, al final de sus días, le ha tratado como si fuera su propio hijo, dejándole una fortuna que, para personas de nuestra modesta educación, va más allá del sueño de la avaricia. Pero Jonathan lo siente además por otra razón. Dice que le pone nervioso la gran responsabilidad que ahora ha recaído sobre sus hombros. Empieza a dudar de sí mismo. Yo intento alegrarle, y *mi* fe en *él* le ayuda a tener fe en sí mismo. Pero es en este aspecto en el que más le afecta la grave conmoción que sufrió. Ay, qué duro es que un temperamento bueno, sencillo, noble y fuerte como el suyo —un temperamento que le ha permitido, con la ayuda de nuestro querido buen amigo, pasar de pasante a propietario en un par de años— pueda resultar tan perjudicado como para que la misma esencia de su fuerza haya desaparecido. Perdóname, querida, si te turbo con mis problemas en momentos tan felices para ti; pero, Lucy querida, debo contárselo a alguien, pues el esfuerzo de mantener una apariencia valerosa y animada ante Jonathan resulta agotadora, y aquí no hay nadie en quien pueda confiar. Me aterroriza ir a Londres, pero tendremos que hacerlo pasado mañana; pues el pobre señor Hawkins dejó en su testamento instrucciones para ser enterrado en la tumba de su padre.

Como no tiene ningún pariente, Jonathan tendrá que presidir el duelo. Intentaré acercarme a visitarte, queridísima, aunque sólo sea unos minutos. Perdóname por molestarte. Con mis mejores deseos,

Te quiere,

MINA HARKER

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

28 de septiembre . —Sólo la determinación y el hábito me permiten grabar una entrada esta noche. Me siento tan miserable, tan desanimado, tan asqueado del mundo y de todo lo que contiene, incluyendo la vida misma, que no me importaría oír en este mismo instante el aleteo del ángel de la muerte. Lo cierto es que últimamente ha estado batiendo sus siniestras alas con cierto propósito bien definido: la madre de Lucy, el padre de Arthur, y ahora... Pero debo continuar mi tarea.

A su debido tiempo, relevé a Van Helsing en la vigilancia de Lucy. Queríamos que Arthur también fuera a descansar, pero al principio se negó. No aceptó irse hasta que le dije que íbamos a necesitarle para que nos ayudara durante el día, y que no debíamos derrumbarnos todos por falta de descanso, no fuera Lucy a pagar las consecuencias. Van Helsing fue muy amable con él.

—Venga, hijo mío —dijo—; venga conmigo. Está usted enfermo y débil, y ha sufrido demasiadas penas y dolor mental, así como esa merma en sus fuerzas que ya conocemos. No debe quedarse a solas; pues la soledad sólo trae miedos y preocupaciones. Venga conmigo al salón, donde arde un gran fuego y hay dos sofás. Usted se tumbará en uno, y yo en el otro, y nuestra mutua simpatía será un consuelo para el otro, aunque no hablemos e incluso si dormimos. Arthur salió con él, dirigiendo una mirada anhelante al rostro de Lucy, que reposaba sobre su almohada casi más blanco que el mismo linón. Seguía tumbada, prácticamente inmóvil, y yo eché un vistazo a la habitación para comprobar que todo estuviera en orden. Pude ver que el profesor había insistido en su propósito de usar ajo en esta habitación, igual que en la otra; los marcos de las ventanas apestaban, y alrededor del cuello de Lucy, sobre el pañuelo de seda que Van Helsing le había vuelto a poner, había una rudimentaria guirnalda hecha de las mismas flores olorosas. La respiración de Lucy era algo estentórea, y su rostro tenía peor aspecto que nunca, pues la boca abierta mostraba las blanquecinas encías. Sus dientes, vistos bajo aquella escasa e incierta luz, parecían más largos y afilados que por la mañana. En particular, debido a algún efecto de la luz, los caninos parecían más largos y afilados que el resto. Me senté a su lado, y al rato se movió inquieta. En ese preciso momento oí una especie de amortiguado aleteo o golpeteo contra la ventana. Me acerqué sigilosamente y observé, levantando la esquina de la cortinilla. Había luna llena, y pude ver que lo que provocaba el ruido era un gran murciélago, volando en círculos —sin duda atraído por la luz, por escasa que fuera—, que golpeaba la ventana una y otra vez con las alas. Cuando regresé a mi asiento, descubrí que Lucy se había movido ligeramente y que se había arrancado las flores de ajo de la garganta. Las recompuse tan bien como pude, y me senté de nuevo a vigilarla.

Al cabo de un rato se despertó y le di algo de comer, tal como Van Helsing había prescrito. Comió muy poco y además lánguidamente. La lucha inconsciente por la vida y la entereza que hasta entonces habían marcado su enfermedad parecían haber desaparecido por completo. Me llamó la atención que, en el mismo momento en el que recuperó la conciencia, apretara las flores de ajo contra su pecho. Ciertamente resultaba extraño que cada vez que caía en el estado letárgico, con su estertórea respiración, alejara las flores de sí, para luego agarrarlas con fuerza al despertarse. No cabía la posibilidad de equivocarse a este respecto, pues en las largas horas que siguieron se durmió y volvió a despertarse en varias ocasiones, repitiendo ambas acciones en todas ellas.

A las seis en punto Van Helsing vino a relevarme. Arthur se había quedado adormilado y el profesor le había dejado seguir durmiendo compasivamente. Cuando vio el rostro de Lucy, oí su sibilante inspiración, y me dijo susurrando entrecortadamente:

—Levanta la persiana. ¡Necesito luz!

Entonces se inclinó sobre Lucy y, casi pegando su rostro contra el de ella, la examinó cuidadosamente. Retiró las flores y desanudó el pañuelo de seda de su garganta. Al hacerlo, retrocedió sobresaltado, y pude oír su exclamación, «¡Mein Gott!», sofocada en su garganta. Yo también me acerqué a mirar, y un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo.

Las heridas de la garganta habían desaparecido por completo.

Van Helsing permaneció cinco minutos observándola fijamente, con su expresión más severa. Después se volvió hacia mí, y dijo calmadamente:

—Está muriéndose. Ya no aguantará mucho más. Pero habrá mucha diferencia, escucha bien lo que te digo, entre que muera consciente o lo haga dormida. Despierta a ese pobre muchacho y dile que venga a verla por última vez; confía en nosotros y se lo hemos prometido.

Fui al comedor y le desperté. En un principio se mostró desconcertado, pero cuando vio la luz del sol filtrándose a través de las rendijas de los postigos pensó que era demasiado tarde, y expresó su temor. Le aseguré que Lucy seguía durmiendo, y le dije con la mayor delicadeza de la que fui capaz que tanto Van Helsing como yo temíamos que el final estaba cerca. Se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer de rodillas junto al sofá, donde permaneció, quizá un minuto, con la cabeza gacha, rezando, mientras sus hombros temblaban de congoja. Le tomé de la mano y le ayudé a levantarse.

—Vamos, viejo amigo —dije—, reúne todo tu coraje; será lo mejor, y más fácil para *ella*.

Cuando entramos en la habitación de Lucy, pude ver que Van Helsing, con su habitual previsión, lo había ordenado todo de modo que

pareciera tan agradable como fuera posible. Incluso había peinado los cabellos de Lucy, que ahora yacían sobre la almohada con sus brillantes rizos de siempre. Cuando entramos en la habitación, ella abrió los ojos, y al verle, susurró suavemente:

—¡Arthur! ¡Oh, amor mío, qué contenta estoy de que hayas venido!

Estaba agachándose para besarla, cuando Van Helsing le hizo retroceder.

—No —susurró—. ¡Aún no! Agárrela de la mano: la reconfortará más.

De modo que Arthur cogió su mano y se arrodilló junto a ella; y Lucy tuvo su mejor aspecto, y sus delicados rasgos rivalizaban con la belleza angelical de los ojos. Después, gradualmente, sus ojos se cerraron; y se quedó dormida. Durante un rato su pecho continuó palpitando suavemente, y su respiración iba y venía, como la de una niña agotada.

Entonces, imperceptiblemente, se produjo el extraño cambio que yo había podido percibir durante la noche. Su respiración se volvió estertórea, abrió la boca, y las pálidas encías, contraídas, hicieron que los dientes parecieran más largos y afilados que nunca. Abrió los ojos vaga e inconscientemente, como sonámbula, con una expresión apagada y dura a la vez, y dijo con una suave voluptuosidad que yo nunca había oído de sus labios:

—¡Arthur! ¡Oh, amor mío, qué contenta estoy de que hayas venido!
¡Bésame!

Arthur se inclinó con avidez para besarla, pero en ese preciso instante Van Helsing, que como yo se había visto sobresaltado por la voz de ella, se arrojó sobre él y, agarrándole del cuello con ambas manos, lo arrastró hacia atrás con una fuerza y una furia que nunca pensé que hubiera podido poseer; tanta, de hecho, que le arrojó casi al otro extremo de la habitación.

—¡No, por su vida! —dijo— ¡Por su alma eterna y por la de ella!— y se interpuso entre ambos como un león acorralado.

Arthur se quedó tan estupefacto que, por un momento, no supo qué hacer o decir; y antes de que algún impulso violento pudiera apoderarse de él, fue consciente del lugar y la ocasión, por lo que permaneció en silencio, esperando.

Yo mantuve la vista fija en Lucy, igual que Van Helsing, y vimos un espasmo de rabia cruzar velozmente su rostro como una sombra; los afilados dientes chocaron entre sí. Entonces cerró los ojos, y respiró pesadamente.

Muy poco después, abrió los ojos con toda su dulzura, y extendiendo su pobre mano, pálida y delgada, tomó la enorme mano morena de Van Helsing, la acercó a sus labios y la besó.

—Mi verdadero amigo —dijo, con escasa voz, pero indescriptible patetismo—. ¡Mi verdadero amigo, y también de él! ¡Oh, cuide de él, y otórgueme paz!

—¡Lo juro! —respondió él solemnemente, arrodillándose a su lado y tomándola de la mano, como alguien prestando juramento. Entonces se volvió hacia Arthur, y le dijo:

—Acérquese, hijo mío, tómela de la mano, y bésala en la frente, una sola vez.

Sus ojos se encontraron en vez de sus labios; y así se despidieron.

Los ojos de Lucy se cerraron; y Van Helsing, que había estado observando atentamente, tomó a Arthur del brazo y le alejó de la cama.

Entonces la respiración de Lucy se tornó estentórea de nuevo, y cesó por completo.

—Todo ha terminado —dijo Van Helsing—. ¡Ha muerto!

Tomé a Arthur del brazo y le conduje hasta el salón, donde se sentó y cubrió su rostro con las manos, sollozando de un modo que casi me hizo derrumbarme al verlo.

Regresé a la habitación y encontré a Van Helsing observando a la pobre Lucy con una expresión más sombría que nunca. El cuerpo de la muchacha había experimentado algún cambio. La muerte le había devuelto parte de su belleza, pues tanto el ceño como las mejillas habían recuperado en parte sus contornos; incluso los labios habían perdido aquella mortal palidez. Fue como si su sangre, ahora que ya no era necesaria para hacer latir el corazón, hubiera ido a suavizar los estragos de la muerte.

«Pensamos que estaba muerta mientras dormía,

y durmiendo cuando murió^[159] ».

Permanecí junto a Van Helsing, y dije:

—Bueno, la pobre muchacha al fin descansa en paz. ¡Es el fin!

Van Helsing se volvió hacia mí, y dijo con grave solemnidad:

—¡No es así! ¡Ay, no es así! ¡Esto es sólo el comienzo!

Cuando le pregunté qué quería decir, se limitó a negar con la cabeza y respondió:

—Por el momento no podemos hacer nada. Sólo esperar y ver.

Capítulo XIII

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(*continuación*)

Se dispuso que el funeral se celebrara dos días después, de modo que Lucy y su madre pudieran ser enterradas juntas. Yo personalmente me ocupé de todas las espantosas formalidades, y el cortés empresario de pompas fúnebres demostró que también sus empleados estaban en parte aquejados —o dotados— de la misma obsequiosa habilidad que él. Incluso la mujer que se encargó de amortajar a las difuntas me comentó en tono confidencial, como si fuéramos colegas de profesión, al salir de la cámara mortuoria:

—Es un cadáver muy hermoso, caballero. Ha sido un auténtico privilegio atenderla. ¡No exagero al decir que dará prestigio a nuestro establecimiento!

Observé que Van Helsing nunca se alejaba demasiado. El desorden que imperaba en la casa se lo permitía. Como no había familiares presentes, y Arthur tenía que regresar a Ring al día siguiente para atender al funeral de su padre, no pudimos avisar a ningún deudo. Dadas las circunstancias, Van Helsing y yo asumimos la tarea de examinar documentos, etc. Él insistió en revisar personalmente los papeles de Lucy. Le pregunté el motivo, pues temía que, siendo extranjero, pudiera no estar al corriente de los requisitos legales ingleses y causar, por desconocimiento, alguna complicación innecesaria.

—Lo sé, lo sé —me respondió—. Olvidas que soy abogado además de médico. Pero no todo en este asunto concierne a la ley. Tú lo sabías y por eso eludiste al juez de instrucción. Yo tengo que eludir a alguien más que al juez. Podría haber más papeles... como éste.

Mientras hablaba extrajo de su cuaderno de notas el memorando que Lucy había guardado en su pecho, y que luego había roto dormida.

—Cuando encuentres la dirección del notario de la señora Westenra, sella todos sus papeles y escríbele esta misma noche. Yo me quedaré aquí toda la noche, vigilando esta habitación y el antiguo dormitorio de la señorita Lucy, y me encargaré de buscar lo que sea que pudiera haber. No estaría bien que sus pensamientos más íntimos cayeran en manos de extraños.

Me dediqué a mi parte del trabajo, y al cabo de media hora ya había encontrado el nombre y la dirección del notario de la señora Westenra y le había escrito. Todos los papeles de la pobre mujer estaban en regla, y contenían instrucciones explícitas respecto al lugar en el que quería ser enterrada. Apenas había sellado la carta cuando, para mi sorpresa, Van Helsing entró en la habitación, diciendo:

—¿Puedo ayudarte, amigo John? Estoy libre, y si necesitas algo, estoy a tu servicio.

—¿Ha encontrado lo que estaba buscando? —pregunté, a lo que él respondió:

—No buscaba nada específico. Sólo esperaba encontrar cualquier cosa que hubiera, y eso es lo que he encontrado, en realidad sólo algunas cartas, un par de memorandos y un diario recién comenzado. Pero aquí los tengo, y de momento no le hablaremos a nadie de ellos. Mañana por la tarde veré a ese pobre muchacho y, con su autorización, usaré algunos.

Una vez finalizadas las tareas pendientes, el profesor me dijo:

—Y ahora, amigo John, creo que deberíamos acostarnos. Necesitamos dormir, tanto tú como yo, y descansar para recuperarnos. Mañana tendremos mucho que hacer, pero esta noche ya nadie nos necesita. ¡Ay!

Antes de retirarnos fuimos a ver a la pobre Lucy. Ciertamente, el empresario de pompas fúnebres había realizado un trabajo extraordinario, pues había convertido la habitación en una pequeña *chapelle ardente* ^[160]. Había multitud de hermosas flores blancas, y se había hecho de la muerte algo lo menos repulsivo posible. Su rostro quedaba oculto por un extremo de la mortaja; cuando el profesor se inclinó y la levantó cuidadosamente, ambos nos sobresaltamos ante la belleza que apareció ante nuestros ojos, perfectamente apreciable gracias a la luz que arrojaban los altos cirios. Lucy había recuperado toda su hermosura al morir, y las horas que habían transcurrido no habían hecho sino restaurar la belleza de la vida —en lugar de dejar señales de los «inadvertidos dedos de la descomposición» ^[161]—, hasta el punto de que realmente fui incapaz de creer que mis ojos estuvieran observando un cadáver.

El profesor parecía muy serio. Él no la había amado como yo, y no tenía por qué haber lágrimas en sus ojos.

—Espera aquí a que regrese —dijo abandonando la estancia. Regresó con un puñado de flores de ajo procedentes de una caja que había en el vestíbulo, que nunca había llegado a abrir, y las repartió entre las otras, alrededor de la cama y también por encima. A continuación se quitó un pequeño crucifijo de oro que llevaba en torno al cuello, bajo la camisa, y

lo colocó sobre la boca de Lucy. Luego volvió a colocar la mortaja en su sitio y salimos.

Estaba desvistiéndome en mi habitación cuando, tras dar un golpe de aviso en la puerta, el profesor entró y empezó a hablar de inmediato:

—Quiero que mañana me traigas, antes de que anochezca, un juego completo de instrumental *post-mortem* .

—¿Es que acaso debemos practicarle una autopsia? —pregunté.

—Sí, y no. Quiero operar, pero no como tú piensas. Voy a contártelo, pero no debes decirle ni una palabra a nadie. Quiero cortarle la cabeza y extraerle el corazón. ¡Ah! ¿Te escandalizas, tú, que eres cirujano? ¡Tú, al que he visto llevar a cabo, con mano firme y corazón imperturbable, operaciones a vida o muerte que harían estremecerse a los demás! Ah, pero no debo olvidar, amigo John, que tú la amabas; y no lo he olvidado, pues seré yo quien opere. Tú sólo me ayudarás. Me gustaría hacerlo esta misma noche, pero no lo haré por Arthur; mañana, tras el funeral de su padre, quedará libre de obligaciones y querrá verla... ver *eso* . Más tarde, cuando todos duerman y ella esté en su ataúd preparada para el día siguiente, tú y yo vendremos. Desatornillaremos la tapa del ataúd y llevaremos a cabo nuestra operación; luego volveremos a dejarlo todo como estaba, de modo que nadie salvo nosotros pueda saber lo que ha sucedido.

—¿Pero por qué tenemos que hacerlo? La muchacha está muerta. ¿Por qué mutilar su pobre cuerpo inútilmente? Si no existen motivos que justifiquen una autopsia, si no hay nada que ganar con ello, nada que pueda beneficiar a Lucy, a nosotros, a la ciencia o al conocimiento humano... ¿por qué hacerlo? Si no existen motivos, es monstruoso.

A modo de respuesta, Van Helsing puso una mano sobre mi hombro, y dijo con infinita ternura:

—Amigo John, me compadezco de tu pobre corazón dolorido; y te quiero aún más por lo que estás sufriendo. Si pudiera, echaría a mis espaldas la carga que acarreas. Pero hay cosas que aún desconoces y que deberás saber. Y me bendecirás por saberlas, aunque no sean agradables. John, hijo mío, hace muchos años que somos amigos y en todo este tiempo, ¿alguna vez has visto que hiciera algo sin tener una buena causa? Puedo equivocarme, pues sólo soy humano; pero siempre creo en todo lo que hago. ¿No fue por ese mismo motivo por el que llamaste cuando surgió el gran problema? ¡Sí! ¿Acaso no te sorprendió, más aún, te horrorizó que no le permitiera a Arthur besar a su amada, a pesar de que estaba muriendo, y que le apartara de su lado con todas mis fuerzas? ¡Sí! ¿Y acaso no viste cómo ella, sin embargo, me lo agradeció, con sus hermosos ojos agonizantes y su debilitada voz, y cómo besó mi tosca y anciana mano y me bendijo? ¡Sí! ¿Y acaso no me oíste jurarle una solemne promesa y no le viste a ella cerrar los ojos agradecida? Una vez más, ¡sí!

»Créeme, tengo buenas razones para hacer todo lo que quiero hacer. Llevas muchos años confiando en mí; también estas últimas semanas has creído en mí, a pesar de que han sucedido algunas cosas tan extrañas que bien podrías haber dudado. Sigue creyendo en mí un poco más, amigo John. Si no contase con tu confianza, tendría que contarte todo lo que pienso; y eso quizá no convenga. Y si debo actuar sin la confianza de mi amigo, cosa que no dudaré en hacer con confianza o sin ella, será con el corazón apesadumbrado. Y me sentiré... ay, muy solo, precisamente cuando necesito toda la ayuda y el coraje posibles.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió solemnemente:

—Amigo John, nos esperan días extraños y terribles. Trabajemos juntos, no como dos, sino como uno solo, para llegar a un buen fin. ¿Tendrás fe en mí?

Le estreché la mano y se lo prometí. Mantuve la puerta abierta mientras él se alejaba, y le observé ir hasta su habitación y entrar en ella. Mientras estaba allí, vi a una de las doncellas recorrer silenciosamente el pasillo —estaba de espaldas a mí, de modo que no me vio— y entrar en la habitación en la que yacía Lucy. La imagen me conmovió. La lealtad es tan escasa que siempre se lo agradecemos mucho a aquellos que se la muestran por iniciativa propia a los que amamos. Allí estaba aquella pobre muchacha, sobreponiéndose a los terrores que naturalmente sentía ante la muerte, para ir a velar a solas junto a las andas de su querida señorita, de modo que el pobre barro no estuviera a solas hasta recibir el descanso eterno...

Debo de haber dormido mucho y muy profundamente, pues ya era pleno día cuando Van Helsing me despertó al entrar en mi habitación. Se acercó a mi cama y me dijo:

—No te preocupes por el instrumental, no vamos a hacerlo.

—¿Por qué no? —pregunté, pues su solemnidad de la noche anterior me había impresionado sobremanera.

—Porque —dijo severamente— es demasiado tarde... o demasiado temprano. ¡Mira!

Me mostró el pequeño crucifijo de oro.

—Fue robado durante la noche.

—¿Cómo puede haber sido robado —pregunté asombrado—, si lo tiene usted?

—Porque lo recuperaré de manos de la despreciable granuja que lo robó, de la mujer que robó a los muertos y a los vivos. Su castigo llegará, a buen seguro, pero no seré yo quien se lo imponga; no sabía realmente lo

que estaba haciendo y, en su ignorancia, únicamente ha robado. Ahora debemos esperar.

Se fue sin decir nada más, dejándome con un nuevo misterio que ponderar, un nuevo acertijo al que enfrentarme.

La mañana transcurrió tristemente, pero al mediodía vino el notario: el señor Marquand, de Wholeman, Hijos, Marquand & Lidderdale. Fue muy cordial y se mostró muy agradecido por lo que habíamos hecho, librándonos de toda preocupación por los detalles. Durante el almuerzo nos contó que, desde hacía algún tiempo, la señora Westenra esperaba morir de un momento a otro debido a un ataque al corazón y que había dejado todos sus asuntos en orden; nos informó de que, con la excepción de cierta propiedad vinculante del padre de Lucy —que ahora, dado que no existía descendencia directa, iría a parar a una rama distante de la familia—, todas sus pertenencias, inmobiliarias y personales, habían sido legadas a Arthur Holmwood. Después de habernos dicho esto, añadió:

—Francamente, hicimos todo lo posible por prevenir tal disposición testamentaria, y le indicamos ciertas contingencias que bien podrían dejar a su hija sin un penique, o bien la privarían de tanta libertad como debería disponer para actuar en lo referente a una alianza matrimonial. De hecho, le presionamos tanto con este asunto que casi tuvimos un conflicto, pues la señora Westenra nos preguntó si éramos capaces o no de llevar a cabo sus deseos. Por supuesto, no nos quedó entonces otra alternativa que aceptar sus condiciones. En principio nos asistía la razón, y en un noventa y nueve por cien de los casos la lógica de los acontecimientos habría acabado demostrando la certeza de nuestro juicio. De todos modos, debo admitir francamente que, en este caso, cualquier otra disposición hubiera hecho imposible que se llevaran a cabo sus deseos. Pues, al fallecer ella antes que su hija, esta última habría entrado en posesión de todos sus bienes, e incluso aunque sólo hubiera sobrevivido a su madre por cinco minutos, su herencia, en caso de no existir testamento —algo prácticamente imposible en este caso—, habría sido tratada como si hubiera fallecido sin testar. En cuyo caso, lord Godalming, a pesar de ser un amigo tan querido, no habría tenido derecho a la más mínima reclamación; y los herederos, por muy lejanos que sean, no se verían inclinados a renunciar a sus justos derechos por razones sentimentales en favor de un completo desconocido. Les aseguro, caballeros, que me siento muy satisfecho con el resultado. Muy satisfecho, sí.

Era buena persona, pero su regocijo ante una mínima parte —aquella en la que estaba oficialmente interesado— de tamaña tragedia, fue un buen ejemplo sobre las limitaciones de la comprensión humana.

No se quedó mucho rato, pero dijo que volvería más avanzado el día para ver a lord Godalming. Su visita, en cualquier caso, nos había proporcionado cierto consuelo, ya que nos aseguró que no debíamos temer críticas hostiles a ninguna de nuestras acciones. Esperábamos

que Arthur llegara a las cinco en punto, de modo que, poco antes de esa hora, visitamos la cámara mortuoria. Y eso era precisamente en lo que se había convertido la estancia, pues ahora tanto la madre como la hija yacían en ella. El empresario de pompas fúnebres, fiel a su oficio, había realizado una verdadera exhibición de sus mercancías, y había en el lugar un aire mortuorio que mermó nuestros ánimos de inmediato. Van Helsing ordenó que volviera a arreglarlo todo tal y como estaba antes, explicando que, como lord Godalming estaba a punto de llegar, resultaría menos angustioso para sus sentimientos ver los restos mortales de su *fiancée* completamente a solas. El empresario de pompas fúnebres pareció perplejo ante su propia estupidez, y se afanó para dejarlo todo en las mismas condiciones que la noche anterior, de modo que cuando Arthur llegara pudiéramos evitar herir sus sentimientos en la medida de lo posible.

¡Pobre tipo! Parecía desesperadamente triste y roto; incluso su robusta hombría parecía haber mermado en cierto modo ante la tensión de sus emociones tan duramente puestas a prueba. Yo sabía que había estado genuina y devotamente unido a su padre; y perderle, en semejante momento además, había supuesto un amargo mazazo para él. Conmigo se mostró tan cálido como siempre, y con Van Helsing fue dulcemente cortés; pero no pude evitar ver que, de algún modo, se sentía cohibido ante él. El profesor también lo percibió, y me hizo señas para que le condujera arriba. Así lo hice, y le dejé frente a la puerta de la habitación, pues pensé que querría estar a solas con ella; pero él me tomó del brazo y me condujo al interior, diciendo roncamente:

—Tú también la amabas, viejo amigo; me lo contó todo al respecto, y ningún otro amigo estuvo más cerca de su corazón que tú. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por ella. Aún no puedo hacerme a la idea...

Llegado este momento, se le hizo imposible continuar, y arrojó sus brazos alrededor de mis hombros y apoyó la cabeza en mi pecho, sollozando:

—¡Oh, Jack, Jack! ¿Qué voy a hacer? Es como si toda la vida me hubiera abandonado de repente y ya no me quedara nada en el mundo por lo que vivir.

Le reconforté lo mejor que pude. En tales ocasiones, los hombres no necesitan palabras. Un apretón con la mano, un brazo estrechándose sobre el hombro, un sollozo al unísono... son expresiones de simpatía apreciadas por el corazón del hombre. Permanecí inmóvil y en silencio hasta que murieron sus sollozos, y entonces le dije suavemente:

—Ven a verla.

Nos acercamos juntos a la cama, y yo retiré la mortaja de su rostro. ¡Dios! Qué hermosa estaba. Su belleza parecía aumentar con cada hora. Me asustó y me sorprendió; en cuanto a Arthur, se estremeció y

finalmente empezó a temblar presa de la duda, como si padeciera fiebres. Al cabo de una larga pausa, me dijo con un débil susurro:

—Jack, ¿de verdad está muerta?

Le aseguré tristemente que así era y, a continuación, sugerí —pues sentí que debía evitar de inmediato que siguiera albergando tan horrible duda— que a menudo ocurría que, tras el fallecimiento, los rasgos solían suavizarse e incluso recuperaban su antigua belleza; y que esto sucedía especialmente en los casos en los que la muerte había sido precedida de algún sufrimiento intenso o prolongado. Esto pareció disipar sus dudas y, tras arrodillarse junto a la cama, mirándola amorosamente durante largo rato, se echó a un lado. Le dije que tenía que despedirse, pues tenían que preparar el ataúd; de modo que volvió a acercarse y tomó su mano muerta entre las suyas y la besó; y se inclinó sobre ella y la besó en la frente. Salió de la habitación, mirando cariñosamente hacia atrás por encima del hombro mientras avanzaba.

Le dejé en el salón y le dije a Van Helsing que ya se había despedido; de modo que éste fue a la cocina para decirle a los hombres de la empresa de pompas fúnebres que ya podían proceder con los preparativos y que atornillaran el ataúd. Cuando regresó, le comenté la pregunta de Arthur, y él respondió:

—No me sorprende. ¡Justo ahora, yo mismo he dudado por un momento!

Cenamos todos juntos, y pude ver que el pobre Art se esforzaba por poner buena cara. Van Helsing permaneció en silencio durante toda la cena, pero tan pronto como encendimos nuestros puros, dijo:

—Lord... —pero Arthur le interrumpió:

—¡No, no! ¡Eso no, por el amor de Dios! Al menos, no todavía. Discúlpeme, caballero, no pretendía ofenderle; pero mi pérdida es tan reciente...

El profesor respondió muy dulcemente:

—Sólo he utilizado ese título porque tenía dudas. No me veo capaz de llamarle «señor», y he llegado a apreciarle... sí, mi querido muchacho, a apreciarle como Arthur.

Arthur alargó la mano, y estrechó calurosamente la del anciano.

—Llámeme como quiera —dijo—. Espero poder ostentar siempre el título de amigo. Y permítame decirle que no tengo palabras para agradecerle su bondad para con mi pobre amada —aquí hizo una pausa momentánea, y luego prosiguió—. Sé que ella entendió su bondad incluso mejor que yo; y si fui grosero, o le falté de algún modo en

aquella ocasión en la que usted... bueno, ya recuerda —el profesor asintió—, debe perdonarme.

Van Helsing respondió con seria amabilidad:

—Sé que fue difícil para usted confiar en mí entonces, pues para confiar en semejante violencia es preciso entender; y asumo que ahora no confía en mí, no puede confiar en mí, pues aún no entiende. Y habrá, es posible, más ocasiones en las que necesitaré que confíe usted en mí, aunque no pueda, ni deba, entender todavía. Pero llegará un momento en el que su confianza en mí será total; un momento en el que lo entenderá todo con tanta claridad como si la mismísima luz del sol le hubiera iluminado. Entonces me bendecirá usted de principio a fin por haber procurado su bien, el de otros, y el de aquella a la que juré proteger.

—Desde luego, caballero, desde luego —dijo Arthur calurosamente—. Confiaré en usted en todos los sentidos. Sé que tiene usted un corazón noble, no me cabe duda de ello. Además, es usted amigo de Jack y lo fue de ella. Puede hacer lo que quiera.

El profesor se aclaró la garganta un par de veces, como si fuera a hablar, y finalmente dijo:

—¿Podría preguntarle algo ahora?

—Claro.

—¿Sabe que la señora Westenra le legó todas sus propiedades?

—No, pobrecilla; ni se me habría ocurrido.

—Y como ahora todo es suyo, tiene derecho a disponer de ello según le plazca. Necesito que me dé permiso para leer todos los papeles y cartas de la señorita Lucy. Créame, no es curiosidad vana. Tengo un motivo que ella habría aprobado, puede estar seguro. Están todos aquí. Los cogí antes de saber que eran suyos, para evitar que ninguna mano extraña pudiera tocarlos... para que ningún ojo extraño pudiera penetrar en su alma a través de sus palabras. Si me lo permite, quisiera guardarlos; ni siquiera usted podrá verlos aún, pero yo los guardaré en sitio seguro. No se perderá ni una sola palabra. Y cuando llegue el momento, se los devolveré a usted. Sé que lo que le pido es difícil, pero usted accederá por el bien de Lucy, ¿verdad que sí?

Arthur habló cordialmente, volviendo a ser el de siempre:

—Doctor Van Helsing, puede hacer lo que desee. Tengo la impresión de que al decir esto estoy cumpliendo los deseos de mi amada. No le molestaré con preguntas hasta que llegue el momento adecuado.

El viejo profesor se levantó mientras decía solemnemente:

—Y hace bien. Nos esperan momentos de dolor; pero no todo será dolor, ni tampoco este dolor será definitivo. Tanto nosotros como usted, sobre todo usted, querido muchacho, vamos a tener que cruzar aguas amargas antes de alcanzar las dulces. Pero debemos ser valientes y generosos y cumplir con nuestro deber, ¡y entonces todo irá bien!

Aquella noche dormí en un sofá en la habitación de Arthur. Van Helsing no se acostó en ningún momento. Anduvo de aquí para allá, como si estuviera patrullando la casa, sin perder en ningún momento de vista la habitación en la que Lucy yacía en su ataúd, cubierta con las flores de ajo silvestre que llenaban la noche, destacando entre el aroma de lirio y rosas, de un olor pesado y sofocante.

DIARIO DE MINA HARKER

22 de septiembre . —Escribo en el tren de camino a Exeter. Jonathan duerme.

Parece que fue ayer cuando hice la última anotación y, sin embargo, cuántas cosas han sucedido desde entonces, cuando estaba en Whitby, con todo el mundo ante mí, mientras Jonathan se encontraba lejos y no tenía noticias de él; y ahora, casada con Jonathan, Jonathan notario, socio de su empresa, rico, dueño de su negocio, el señor Hawkins muerto y enterrado, y Jonathan sufriendo otro ataque que podría perjudicarlo. Puede que algún día me pregunte al respecto. Lo anotaré todo. He perdido práctica con la taquigrafía —véase lo que la prosperidad inesperada hace por nosotros—, de modo que no me vendrá mal un poco de ejercicio para refrescarla...

La ceremonia fue muy sencilla y muy solemne. Sólo estuvimos nosotros y los sirvientes, uno o dos viejos amigos de Exeter del señor Hawkins, su agente en Londres y un caballero que vino en representación de *sir* John Paxton, el Presidente de la Incorporated Law Society^[162] . Jonathan y yo estuvimos todo el rato cogidos de la mano, y sentimos que nuestro mejor y más querido amigo nos había dejado...

Regresamos a la ciudad en silencio, tomando un autobús a Hyde Park Corner^[163] . Jonathan pensó que me gustaría ir un rato al Row^[164] , de modo que nos sentamos allí; pero había muy poca gente, y resultaba deprimente y desolador ver tantas sillas vacías. Nos hizo pensar en la silla vacía que nos esperaba en casa; de modo que nos levantamos y paseamos hacia Piccadilly. Jonathan me llevaba del brazo, tal y como lo solía hacer en los viejos tiempos, antes de que yo me fuera al colegio. Me parecía incorrecto, pues no se puede estar enseñando etiqueta y decoro a otras chicas varios años sin que se te pegue un poco de pedantería; pero se trataba de Jonathan, mi marido, y no conocíamos a nadie que pudiera vernos —y no nos importaba si lo hacían—, de modo que seguimos paseando así. Yo estaba mirando a una muchacha muy hermosa, que llevaba una enorme pamelita, sentada en una victoria^[165] frente a Giulianos^[166] , cuando noté que Jonathan apretaba mi brazo con tanta fuerza que me hizo daño, mientras decía casi sin aliento:

—¡Dios mío!

Me preocupo continuamente por Jonathan, pues siempre temo que pueda sufrir un nuevo ataque nervioso que vuelva a alterarlo; así que me volví rápidamente hacia él y le pregunté qué era lo que le había perturbado.

Estaba muy pálido, y sus ojos parecieron salirse de las órbitas mientras observaba, con una expresión medio de terror medio de asombro, a un hombre alto y delgado, de nariz ganchuda, mostacho negro y barba puntiaguda, que también estaba mirando a la hermosa muchacha. La observaba con tanta atención que no se percató de nuestra presencia, así que pude estudiarle a mi antojo. Su rostro no era agradable; era duro, y cruel, y sensual, y sus grandes dientes blancos — que parecían más blancos aún debido a lo rojo de sus labios— eran puntiagudos como los de un animal. Jonathan continuó observándole de tal modo que pensé que se daría cuenta, y temí que se lo tomara a mal —parecía tan fiero y desagradable—. Le pregunté a Jonathan por qué estaba tan alterado, y él respondió, creyendo sin duda que yo sabía tanto como él sobre el asunto:

—¿No ves quién es?

—No, querido —respondí yo—; no le conozco, ¿quién es?

Su respuesta me impresionó y me provocó un estremecimiento, ya que lo dijo como si no fuera consciente de que era conmigo, Mina, con quien estaba hablando:

—¡Es él en persona!

El pobre estaba evidentemente aterrorizado por algún motivo... terriblemente aterrorizado; creo que si no me hubiera tenido a su lado, y no hubiera podido recurrir a mí para apoyarse, se hubiera venido abajo. Continuó mirando fijamente. Un hombre salió de la tienda con un pequeño paquete y se lo entregó a la muchacha, quien a continuación se marchó en su coche. El hombre moreno mantuvo sus ojos fijos en ella, y al ver que el carruaje ascendía por Piccadilly siguió la misma dirección, llamando a un cabriolé^[167]. Jonathan lo siguió con la vista, y dijo como para sus adentros:

—Creo que es el Conde, pero tan rejuvenecido... ¡Dios mío, si así fuera! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si tuviera la certeza! ¡Si tuviera la certeza!

Se estaba alterando tanto que temí que siguiera obsesionándose con el tema si le preguntaba al respecto, así que no dije nada. Le alejé de allí en silencio, y él, agarrado a mi brazo, se dejó llevar. Paseamos un poco más, y entonces entramos a sentarnos un rato en Green Park. Era un día caluroso para ser otoño, y encontramos un banco cómodo a la sombra. Al cabo de un par de minutos mirando a la nada, los ojos de Jonathan se cerraron, y se quedó dormido en silencio, con la cabeza apoyada en mi hombro. Pensé que era lo mejor para él, así que no le molesté. Unos veinte minutos después se despertó y me dijo con bastante alegría:

—Vaya, Mina, ¿he estado durmiendo? Oh, perdona que haya sido tan grosero. Ven, vamos a tomar una taza de té en algún sitio.

Evidentemente lo había olvidado todo sobre el hombre desconocido, igual que en el transcurso de su enfermedad había olvidado todo lo que este episodio le había hecho recordar. No me gustan estos lapsos de memoria; podrían crear —o prolongar— algún daño en el cerebro. No debo preguntarle, pues temo hacer más mal que bien; pero de alguna manera debo saber todo lo acontecido durante su viaje al extranjero. Temo que ha llegado el momento de abrir aquel paquete y leer lo que sea que haya escrito en su diario. Oh, Jonathan, sé que me perdonarás si me equivoco, pero es por tu propio bien.

Más tarde . —El regreso a casa ha sido triste en todos los sentidos: falta la presencia del querido amigo que tan bueno fue con nosotros; Jonathan está pálido y mareado, afectado por una ligera recaída de su enfermedad; y ahora, un telegrama de un tal Van Helsing, sea quien sea:

«Le apenará saber que la señora Westenra falleció hace cinco días, y que Lucy falleció anteayer. Ambas fueron enterradas hoy».

¡Oh, cuánta desgracia en tan pocas palabras! ¡Pobre señora Westenra! ¡Pobre Lucy! ¡Se han ido, se han ido para no volver jamás! ¡Y pobre, pobre Arthur, cuya vida se ha visto privada de tanta dulzura! Que Dios nos ayude a todos a soportar nuestras penas.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

22 de septiembre . —Todo ha terminado. Arthur ha regresado a Ring, y se ha llevado a Quincey Morris consigo. ¡Qué tipo tan estupendo es Quincey! Creo en lo más profundo de mi corazón que ha sufrido tanto por la muerte de Lucy como cualquiera de nosotros, pero lo ha soportado todo con la moral de un vikingo. Si América es capaz de continuar engendrando hombres como él, realmente acabará siendo una verdadera potencia mundial. Van Helsing se ha acostado, pues tiene que descansar antes de su viaje. Sale para Ámsterdam esta misma noche, aunque me ha dicho que volverá mañana por la noche; que sólo necesita ultimar unos preparativos de los que tiene que encargarse personalmente. Después, si puede, pasará una temporada conmigo; dice que tiene que emprender cierta tarea en Londres que podría llevarle algún tiempo. ¡Pobre viejo! Temo que las tensiones de esta última semana han quebrantado incluso su férrea voluntad. Durante el entierro pude ver los terribles esfuerzos que hacía por contenerse. Después, cuando todo terminó, estábamos escuchando a Arthur, mientras el pobre tipo hablaba de su participación en la operación que había transferido su sangre a las venas de Lucy, y observé que el rostro de Van Helsing tan pronto palidecía como se ruborizaba. Arthur estaba diciendo que sentía como si desde entonces ambos hubiesen estado realmente casados, y que, a ojos de Dios, ella era su esposa. Ninguno de nosotros dijo una sola palabra sobre las otras operaciones, y ninguno lo hará jamás. Arthur y Quincey se marcharon juntos a la estación, y Van Helsing y yo vinimos aquí. En el momento en que estuvimos a solas en el carruaje, se dejó llevar por un ataque de histeria en toda regla. Él me ha negado después que fuese histeria, y ha insistido en que se trataba únicamente de su sentido del humor sobreponiéndose a unas circunstancias terribles. Se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas, y tuve que bajar las cortinillas, no fuera a vernos alguien y a hacerse una idea equivocada; después se echó a llorar hasta que volvió a romper a reír; y luego rió y lloró a la vez, tal y como hacen las mujeres. Intenté mostrarme severo con él, tal y como haría uno con una mujer en las mismas circunstancias; pero sin ningún resultado. ¡Qué diferentes son los hombres y las mujeres a la hora de manifestar su fuerza o su debilidad nerviosa! Entonces, cuando su semblante volvió a recuperar su acostumbrada seriedad, le pregunté a qué venía tanta hilaridad, precisamente en semejante momento. Su respuesta fue, en cierto modo, característica suya, pues fue lógica y contundente a la vez que misteriosa:

—Ah, no lo entiendes, amigo John. No creas que no estoy triste, aunque ría. ¿Ves? He llorado incluso cuando la risa me estaba ahogando. Pero tampoco vayas a pensar que estoy triste cuando lloro, pues la risa se abre paso igualmente. Ten siempre en cuenta que la risa que llama a tu puerta y pregunta: «¿Puedo entrar?», no es la auténtica risa. ¡No! La risa es como un rey, que llega cuando y como quiere. No le pregunta a

nadie; no elige el momento adecuado. Se limita a decir: «Aquí estoy». Observa mi ejemplo: siento muchísima pena por esa dulce joven; he dado mi sangre por ella, a pesar de ser un viejo agotado; le he dedicado mi tiempo, mi habilidad, mis desvelos; he abandonado a otros pacientes que me necesitaban para entregarme en exclusiva a ella. Y, sin embargo, he podido reír en su mismísimo funeral... reír cuando sobre su ataúd caía la tierra de la pala del sacristán, diciéndole a mi corazón: «¡Bum! ¡Bum!», hasta que ha reclamado la sangre de mis mejillas. Mi corazón sufre por ese pobre muchacho... Ese querido muchacho que tiene la misma edad que habría tenido mi hijo si Dios le hubiera permitido vivir, y su mismo pelo, y sus mismos ojos. Bueno, ahora ya sabes por qué le aprecio tanto. Y a pesar de todo, cuando dice cosas que tocan lo más hondo de mi corazón de marido, y que hacen que mi corazón de padre suspire por él como por ningún otro hombre —ni siquiera por ti, amigo John, pues nosotros estamos más parejos en experiencias que padre e hijo—, incluso en tales momentos, el Rey Risa acude a mí y grita y brama en mi oído: «¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!», hasta que la sangre regresa danzando y trae a mis mejillas algo de la luz que acarrea consigo. Ay, amigo John, vivimos en un mundo extraño, un mundo triste, un mundo lleno de miserias y desgracias y penurias; y aun así, cada vez que llega el Rey Risa, los hace bailar a todos al son de su canción. Los corazones sangrantes, los huesos resecos del cementerio, las lágrimas que queman al caer... todos bailan juntos al son de la música que toca con su boca carente de sonrisa. Y créeme, amigo John, es bueno y generoso al venir. ¡Ay! Nosotros, los hombres y las mujeres, somos como cuerdas sometidas a una tensión que tira de nosotros hacia extremos opuestos. Entonces llegan las lágrimas; y, al igual que hace la lluvia con las sogas, nos templan, hasta que quizá la tensión es demasiado grande, y nos rompemos. Pero el Rey Risa llega como la luz del sol, y vuelve a rebajar la tensión; y entonces podemos soportar seguir con nuestra labor, sea la que sea.

No quería herirle fingiendo no entenderle; pero, como aún desconocía el motivo de sus carcajadas, se lo pregunté. El rostro de Van Helsing se tornó severo, y me respondió con un tono muy diferente:

—Oh, fue la tétrica ironía de todo ello... la encantadora dama engalanada con flores, tan hermosa como si aún estuviera viva, hasta que, uno a uno, todos nos preguntamos si realmente estaba muerta; yaciendo en aquel espléndido mausoleo de mármol, en ese solitario cementerio, en el que descansan tantos miembros de su familia, yaciendo junto a la madre que tanto la quiso, y a la que ella tanto quiso; y aquella sagrada campana sonando, «¡dong! ¡dong! ¡dong!», triste y lentamente; y aquellos santos varones, tocados con las blancas indumentarias de los ángeles, fingiendo leer libros, a pesar de que no han dirigido su vista a las páginas ni una sola vez; y todos nosotros agachando la cabeza. Y todo, ¿para qué? Ella está muerta. ¡Así es! ¿No?

—A fe mía, profesor —dije—, que no veo nada risible en todo eso. ¡Vaya, su explicación hace el enigma más difícil todavía! Pero incluso aunque la

ceremonia fúnebre hubiese sido cómica, ¿qué pasa con el pobre Art y con su pena? Tiene el corazón sencillamente destrozado.

—Justamente. ¿Acaso no ha dicho que la transfusión de su sangre a las venas de ella la había convertido realmente en su esposa?

—Sí, es una idea que a él le resulta grata y reconfortante.

—Así es. Pero hay una dificultad, amigo John. De ser así, ¿qué pasa con los demás? ¡Jo, jo! En ese caso, esta dulce doncella es poliándrica; y yo, con mi pobre esposa muerta en lo que a mí respecta, pero viva por la ley de la Iglesia, aunque carezca por completo de actividad cerebral... yo, que sigo siendo fiel a la que ahora no es sino una no esposa, soy bígamo.

—¡Tampoco veo en eso ningún motivo para bromear! —exclamé, pues no me gustaba nada que dijera semejantes cosas. Él puso una mano sobre mi brazo, y dijo:

—Amigo John, perdona si te he molestado. No he mostrado mis sentimientos ante los demás cuando habría podido herirles, sino únicamente ante ti, viejo amigo, en quien sé que puedo confiar. Si hubieras podido ver en mi corazón entonces, cuando quise reír; si hubieras podido hacerlo cuando llegaron las carcajadas; si pudieras hacerlo ahora, que el Rey Risa ya ha empaquetado su corona y ha hecho las maletas, pues se marcha lejos, muy lejos de mí, y por mucho mucho tiempo, quizá entonces me compadecerías más que a nadie.

Me conmovió la ternura de su tono, y le pregunté por qué.

—¡Porque yo sé!

Y ahora todos nos hemos separado; y durante muchos y largos días la soledad posará sus alas siniestras sobre nuestros tejados. Lucy yace en el panteón de su familia, un mausoleo señorial situado en un cementerio solitario, lejos de la bulliciosa Londres; donde el aire es fresco, el sol se eleva sobre Hampstead Hill, y las flores silvestres crecen a su libre albedrío.

Ahora puedo dar por terminado este diario; y sólo Dios sabe si alguna vez volveré a empezar otro. Si lo hago, o si reabro éste de nuevo, será para ocuparme de otras personas y de otros asuntos; y ahora, tras haber contado el final de la historia del amor de mi vida, vuelvo a retomar el hilo del trabajo de mi vida y digo tristemente y sin esperanza:

«FINIS»

«Westminster Gazette»^[168] », 25 de septiembre

UN MISTERIO DE HAMPSTEAD

La inquietud se ha apoderado del vecindario de Hampstead^[169] debido a una serie de sucesos que parecen seguir un desarrollo paralelo a aquellos conocidos por los redactores de titulares como «El Horror de Kensington», «La Apuñaladora» o «La Mujer de Negro». Durante los pasados dos o tres días, se han sucedido varios casos de niños extraviados o que no han regresado a casa tras haber finalizado sus juegos en el Heath^[170]. En todos los casos, los niños eran demasiado pequeños para ofrecer una explicación inteligible de lo que les había ocurrido, si bien todos han afirmado a modo de excusa que habían estado con una «hermosa dama»^[171]. Todas las desapariciones se produjeron bien avanzada la tarde y en dos ocasiones los niños no fueron encontrados hasta la mañana siguiente. En el vecindario la creencia general es que, como el primer niño desaparecido explicó su ausencia asegurando que una «hermosa dama» le había invitado a dar un paseo, los otros habían adoptado la misma expresión con intención de utilizarla tan pronto como la ocasión lo permitiera. Algo muy probable, teniendo en cuenta que ahora mismo el juego favorito de los pequeños es separar a unos de otros con artimañas. Un corresponsal nos escribe lo extraordinariamente divertido que resulta ver a algunos de los renacuajos haciéndose pasar por la «hermosa dama». Alguno de nuestros caricaturistas podría, nos asegura, aprender una lección sobre la ironía de lo grotesco comparando la realidad con semejante imagen. Que la «hermosa dama» sea el papel más popular en estas representaciones *al fresco*, es sólo una nueva muestra de los principios generales de la naturaleza humana. Nuestro corresponsal añade ingenuamente que ni siquiera Ellen Terry^[172] podría ser tan arrebatadoramente atractiva como algunos de estos pequeños niños de cara mugrienta pretenden —e incluso imaginan— ser.

No obstante, existe la posibilidad de que el asunto tenga también un lado serio, pues algunos de los niños, de hecho todos los que han desaparecido durante la noche, han sufrido pequeñas lesiones o heridas en la garganta. Las heridas tienen todo el aspecto de haber sido infligidas por una rata o un perro pequeño y, aunque individualmente no revistan mucha importancia, tienden a demostrar que, sea cual sea el animal responsable de las mismas, tiene un sistema o método propio. Los policías de la división local han recibido instrucciones de estar alerta ante la desaparición de cualquier niño, especialmente si son muy pequeños, dentro de los límites y alrededores de Hampstead Heath, y ante la presencia de cualquier perro vagabundo que pudiera rondar por allí.

«Westminster Gazette», 25 de septiembre

Edición Especial

EL HORROR DE HAMPSTEAD

OTRO NIÑO HERIDO

La «Hermosa Dama »

Acabamos de recibir confirmación de que otro niño, desaparecido anoche, acaba de ser encontrado, a última hora de la mañana, bajo un arbusto de aulaga en la parte de Hampstead Heath conocida como Shooter's Hill^[173], quizá la menos frecuentada. Presenta las mismas pequeñas heridas en la garganta que se han observado en otros casos. Estaba terriblemente débil y parecía muy demacrado. También él, una vez se hubo recuperado parcialmente, contó la acostumbrada historia de haber sido atraído por la «hermosa dama».

Capítulo XIV

DIARIO DE MINA HARKER

23 de septiembre . —Jonathan ha pasado una mala noche, pero ahora está mejor. Me alegra que tenga mucho trabajo que hacer, pues eso mantiene su mente alejada de pensamientos terribles. Y... ¡oh!, cómo me alegra que ya no se vea abrumado por las responsabilidades de su nueva posición. Sabía que sería fiel a sí mismo, y ahora me siento muy orgullosa de ver a mi Jonathan elevarse a la altura de su posición, haciéndose cargo de todos los deberes que recaen sobre él. Estará fuera de casa hasta tarde, pues dijo que no podría venir a comer. Yo ya he terminado mis tareas domésticas, de modo que voy a coger su diario del extranjero y voy a encerrarme arriba en mi habitación a leerlo...

24 de septiembre . —El terrible diario de Jonathan me alteró tanto que anoche no tuve ánimos para escribir. ¡Pobrecito mío! Sea cierto, o sólo fruto de su imaginación, ¡cómo debe de haber sufrido! Me pregunto si habrá algo de verdad en todo ello. ¿Padeció fiebre cerebral y a continuación escribió esas cosas terribles; o existió algún motivo para todo ello? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a mencionarle el tema... ¡Y, sin embargo, ese hombre que vimos ayer! Parecía estar muy seguro de que era el mismo... ¡Pobre Jonathan! Supongo que fue el funeral lo que le alteró, e hizo retroceder su mente hasta ciertos pensamientos... Él está convencido de todo. Recuerdo cómo el día de nuestra boda me dijo: «A menos que algún deber solemne me imponga regresar a las horas amargas, en el sueño o la vigilia, loco o cuerdo». Un hilo de continuidad parece recorrer toda su historia... Aquel terrible Conde pensaba venir a Londres, con sus millones de habitantes... Podría existir un deber solemne; y si surge, no debemos arredrarnos ante él... Yo estaré preparada. Voy ahora mismo a por mi máquina de escribir, y voy a empezar a transcribir. Entonces estaremos preparados para mostrárselo a otros ojos, si hiciera falta. Y si fuera necesario, y yo estoy preparada, entonces quizá el pobre Jonathan no sufrirá alteraciones, pues podré hablar en su nombre, y nunca le permitiré que se sienta turbado o preocupado por ello. Si alguna vez Jonathan supera su crisis nerviosa quizá quiera contármelo todo, y yo podré hacerle preguntas y averiguar cosas para encontrar el modo de consolarle.

Carta, Van Helsing a la señora Harker

24 de septiembre

(Confidencial)

Querida señora:

Le ruego me perdone por escribirle, aunque sólo soy el amigo tan lejano que le envía la triste noticia del fallecimiento de la señorita Lucy Westenra. Por amabilidad de lord Godalming, he sido autorizado para leer sus cartas y papeles, pues estoy profundamente preocupado por ciertos asuntos de vital importancia. Entre ellos encuentro algunas cartas de usted, que muestran lo muy amigas que eran y cómo la apreciaba usted. Oh, *madam* Mina, en nombre de ese amor, le imploro, ayúdeme. Es por el bien de otros que se lo pido... para solventar un gran mal y para poner fin a muchas y terribles tribulaciones... que podrían ser mucho mayores de lo que usted pueda imaginar. ¿Me permitirá usted visitarla? Puede confiar en mí. Soy amigo del doctor John Seward y de lord Godalming —el que fuera el Arthur de la señorita Lucy—. Por el momento debo mantenerlo en secreto. Iría a Exeter a verla de inmediato, si me dice que tengo el privilegio de ir, y adonde, y cómo. Imploro su perdón, señora. He leído sus cartas a la pobre Lucy, y sé lo buena que es, y cómo sufre su marido; de modo que le ruego, si pudiera ser, que no le haga partícipe de nada, no vaya a perjudicarle. Una vez más ruego me disculpe y pido su perdón.

VAN HELSING

Telegrama, la señora Harker a Van Helsing

25 de septiembre . —Venga hoy en el tren de las diez y cuarto, si puede tomarlo. Le recibiré a la hora que llegue.

WILHEMINA HARKER

DIARIO DE MINA HARKER

25 de septiembre . —No puedo evitar sentirme terriblemente nerviosa a medida que se acerca la hora de la visita del doctor Van Helsing, pues por alguna razón tengo la esperanza de que arroje algo de luz sobre la triste experiencia de Jonathan; además, atendió a la pobre Lucy durante su última enfermedad, y podrá contármelo todo al respecto. Pero ésa es la razón de su venida; concierne a Lucy y su sonambulismo, y no a Jonathan. ¡Entonces ahora nunca sabré la auténtica verdad! Qué tonta soy. Ese terrible diario se apodera de mi imaginación y lo tiñe todo con su propio color. Por supuesto que quiere hablar sobre Lucy. La pobrecita retomó su antiguo hábito y aquella horrible noche en el acantilado debió de enfermarla. Casi había olvidado, absorta en mis propios problemas, lo enferma que estuvo luego. Debí de hablarle de su aventura sonámbula en el acantilado, y decirle que yo lo sabía todo sobre ella; ahora él quiere que se lo cuente para que pueda entenderlo. Espero haber obrado bien al no contarle nada de aquello a la señora Westenra; nunca podría perdonarme que alguna acción mía, aunque fuese por omisión, hubiera supuesto algún perjuicio para la pobre y querida Lucy. Espero también que el doctor Van Helsing no me culpe; últimamente he tenido tantas inquietudes y ansiedades que siento que ya no podría soportar más.

Supongo que llorar nos hace bien a todos en ciertas ocasiones; despeja el aire igual que la lluvia. Quizá haber leído ayer el diario es lo que me ha contrariado; luego, Jonathan se ha marchado esta mañana para pasar fuera de casa todo el día y toda la noche. Es la primera vez que nos separamos desde que nos casamos. Espero que mi amado cuide de sí mismo y que no ocurra nada que pueda alterarle. Son las dos en punto, y el doctor llegará pronto. No le diré nada sobre el diario de Jonathan a menos que me pregunte. Estoy muy contenta de haber pasado a máquina mi propio diario. Así, en caso de que pregunte sobre Lucy, podré mostrárselo. Le ahorrará muchas preguntas.

Más tarde . —Ha venido y se ha marchado. Oh, que encuentro tan extraño. ¡Y cómo me da vueltas la cabeza! Me siento como en un sueño. ¿Es posible que sea todo real, o incluso una mínima parte? Si no hubiera leído antes el diario de Jonathan, nunca habría aceptado siquiera la posibilidad. ¡Pobre, pobre Jonathan mío! Cómo debe de haber sufrido. Quiera el buen Dios que todo esto no vuelva a alterarle. Intentaré mantenerle al margen; aunque quizá llegue a ser un consuelo y una ayuda para él tener la certeza —por muy terrible que sea y a pesar de sus espantosas consecuencias— de que ni sus ojos ni oídos ni cerebro le engañaron, y que todo es cierto. A lo mejor es la duda lo que le atenaza; quizá cuando la duda desaparezca, sin importar cuál sea el resultado —vigilia o sueño—, quedará convencido y más capacitado para soportar la impresión. El doctor Van Helsing debe de ser un buen hombre —además de alguien muy inteligente— para ser amigo de Arthur y del

doctor Seward y para que ellos le hicieran venir nada menos que desde Holanda para ocuparse de Lucy. Tras haberle visto, siento que es bueno y amable, y de naturaleza noble. Cuando vuelva mañana, le hablaré de Jonathan; y después, quiera Dios que todas estas penas y angustias lleguen a un buen fin. Antes solía pensar que me gustaría hacer entrevistas; el amigo de Jonathan que escribe en el *Exeter News* le dijo que en ese tipo de trabajo lo esencial es la memoria, y que debe ser uno capaz de anotar con exactitud prácticamente todas las palabras que se digan, incluso aunque luego haga falta pulirlas. La de hoy ha sido una entrevista muy rara; voy a intentar transcribirla *verbatim* ^[174] .

Eran las dos y media cuando llamaron a la puerta. Me armé de coraje á *deux mains* ^[175] y esperé. Un par de minutos después, Mary abrió la puerta y anunció al «doctor Van Helsing».

Me levanté y le saludé con una inclinación de cabeza, y él se acercó a mí; un hombre de mediana estatura, de constitución robusta, con los hombros bien erguidos sobre un pecho ancho y hundido, y el cuello bien equilibrado sobre el tronco, igual que la cabeza lo está sobre el cuello. El porte de su cabeza sugiere de inmediato pensamiento y energía; es una cabeza noble, de buen tamaño, ancha y de amplia nuca. El rostro, apuradamente afeitado, muestra una mandíbula cuadrada y firme, una boca grande, resuelta, móvil, una nariz de tamaño considerable, bastante recta, aunque de aletas rápidas y sensibles, que parecen ensancharse cada vez que las pobladas cejas se fruncen y la boca se tensa. Tiene una frente ancha y hermosa, que al principio se yergue casi verticalmente, y luego se inclina hacia atrás sobre dos protuberancias o crestas muy separadas; una frente tal, que su pelo rojizo no tiene posibilidad alguna de derramarse sobre ella, sino que cae de modo natural hacia atrás y a los lados. Sus grandes ojos de color azul oscuro están muy separados, y son vivaces y tiernos o severos, según su estado de ánimo.

—La señora Harker, ¿no es así? —me dijo.

Yo incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—¿La que fuera la señorita Mina Murray?

De nuevo asentí.

—Es a Mina Murray a quien he venido a ver, a la que fuera amiga de esa pobre niña, la querida Lucy Westenra. *Madam* Mina, son los muertos los que me traen aquí hoy.

—Señor —dije yo—, no podría presentarse ante mí con mejores credenciales que las de haber brindado su amistad y su ayuda a Lucy Westenra —y le tendí la mano. Él la estrechó, y dijo tiernamente:

—Oh, *madam* Mina, sabía que la amiga de esa pobre chiquilla tenía que ser, por fuerza, una mujer bondadosa, pero aún me quedaba mucho por aprender.

Finalizó su discurso con una cortés reverencia. Le pregunté cuál era el motivo de su visita, de modo que él lo abordó sin rodeos:

—He leído sus cartas a la señorita Lucy. Deberá perdonarme, pero tenía que empezar a investigar por alguna parte, y no tenía a quién preguntarle. Sé que estuvo usted con ella en Whitby. A veces ella llevaba un diario... No debe sorprenderse usted, *madam* Mina; lo comenzó, siguiendo su ejemplo, después de que usted se hubiera marchado. En ese diario hace ciertas alusiones a una crisis de sonambulismo de la que, afirma ella, usted la salvó. Es por ello que, con gran perplejidad, vengo a verla, y le pido, abusando de su amabilidad, que me cuente todo lo que recuerde de aquel suceso.

—Creo que puedo contárselo todo al respecto, doctor Van Helsing.

—¡Ah! Entonces tiene usted buena memoria para los hechos y los detalles. No es habitual entre las jóvenes.

—No, doctor, lo que ocurre es que en su momento lo escribí todo. Puedo mostrárselo, si quiere.

—¡Oh, *madam* Mina, se lo agradecería! Me haría usted un gran favor.

No pude resistir la tentación de desconcertarle un poco —supongo que algo del sabor de la manzana original aún persiste en nuestras bocas—, así que le alargué el diario taquigrafiado. Él lo tomó con una cortés reverencia, y dijo:

—¿Puedo leerlo?

—Si así lo desea —respondí, tan recatadamente como pude. Él lo abrió, y por un instante su rostro se oscureció. Entonces se levantó y me dedicó otra reverencia.

—¡Oh, es usted una mujer muy inteligente! —dijo— Hace tiempo que sé que el señor Jonathan es un hombre muy afortunado, pero ahora veo que su esposa tiene todas las virtudes. ¿No me haría el honor de ayudarme, leyéndolo para mí? Por desgracia, no conozco la taquigrafía.

Para entonces mi pequeña broma había terminado y me sentía casi avergonzada de mí misma; de modo que saqué la copia mecanografiada de mi cesta de trabajo y se la entregué.

—Le ruego que me perdone —dije—. No he podido evitarlo. Pero como ya se me había ocurrido que querría preguntarme sobre la querida

Lucy, y para que no tuviera usted que esperar, no por mí, sino porque sé que su tiempo debe de ser precioso, lo he mecanografiado para usted.

Lo cogió y sus ojos refulgieron.

—Es usted muy amable —dijo—. ¿Y me permitiría leerlo ahora mismo? Tal vez necesite hacerle algunas preguntas cuando lo haya leído.

—Por supuesto —dije yo—. Léalo mientras yo encargo el almuerzo; y luego podrá usted hacerme preguntas mientras comemos.

Me dedicó una reverencia, se acomodó en una silla de espaldas a la luz y quedó absorto en los papeles. Mientras, yo fui a supervisar la preparación del almuerzo, más que nada para no molestarle. Cuando regresé le encontré recorriendo agitadamente la habitación de un lado a otro, con el rostro ardiente de emoción. Al verme, se abalanzó sobre mí y me tomó de ambas manos.

—Oh, *madam* Mina —dijo—. ¿Cómo podría expresarle lo que le debo? Este diario es un rayo de sol. Me ha abierto una puerta. Tanta luz me aturde y me deslumbra; y, sin embargo, continuamente surgen nubes para taparla. Pero eso usted no lo entiende, no puede comprenderlo. ¡Oh, pero cómo se lo agradezco! ¡Qué mujer tan brillante! Señora —esto lo dijo con mucha solemnidad—, si alguna vez Abraham Van Helsing puede hacer cualquier cosa por usted o los suyos, confío en que me lo hará saber. Será un placer y una satisfacción servirla como amigo. Y como tal amigo, pongo a su disposición, y a la disposición de aquéllos a los que ama, todo mi conocimiento y toda mi habilidad. En la vida hay sombras, y luego hay luces; usted es una de las luces. Tendrá usted una vida feliz y plena, y será la bendición de su marido.

—Pero, doctor, me alaba demasiado, y... y no me conoce usted.

—¡Que no la conozco! ¡Yo, que soy viejo, y he pasado una vida estudiando a los hombres y a las mujeres! ¡Yo, que me he especializado en el estudio del cerebro, de todo lo que le incumbe y todo lo que se deriva de él! Yo, que he leído el diario que tan generosamente ha escrito para mí, y que rezuma verdad en cada frase. ¡Dice que yo, que he leído la cariñosa carta que le escribió a la pobre Lucy, hablándole de su boda y su confianza, no la conozco! Oh, *madam* Mina, las mujeres buenas cuentan siempre, cada día, cada hora y cada minuto de sus vidas, tales cosas que hasta los ángeles las pueden leer; y nosotros, los hombres que anhelamos saber, tenemos algo parecido a los ojos de ángel. Su esposo es de carácter noble, y usted también lo es, pues confía, y la confianza no tiene lugar en las naturalezas malvadas. Por cierto, su marido... hágale de él. ¿Se ha recuperado ya? ¿Desapareció su fiebre, vuelve a estar fuerte y sano?

Tenía aquí una oportunidad de preguntarle por Jonathan, de modo que dije:

—Ya estaba casi recuperado, pero la muerte del señor Hawkins le ha alterado mucho.

El profesor interrumpió:

—Oh sí, lo sé, lo sé. He leído sus dos últimas cartas.

Yo proseguí:

—Supongo que ha debido afectarle, pues cuando estuvimos en Londres el pasado jueves sufrió una especie de impresión.

—¡Una impresión, tan poco tiempo después de una fiebre cerebral! Eso no es bueno. ¿Qué clase de impresión fue?

—Creyó ver a alguien que le recordaba algo terrible; algo que le provocó la fiebre cerebral.

Llegado a este punto, me sentí rápidamente abrumada. La preocupación por Jonathan, el horror que había experimentado, el terrible misterio de su diario, y el miedo que se había apoderado de mí desde que lo leí... todo ello se precipitó tumultuosamente sobre mí. Supongo que me puse histérica, pues me arrojé de rodillas al suelo y levanté los brazos hacia él, implorándole que curase a mi marido. Él me tomó de las manos y me levantó, me hizo sentarme en el sofá, y se sentó a mi lado; sostuvo mi mano en la suya, y me dijo con infinita dulzura:

—Llevo una vida árida y solitaria, tan dedicada al trabajo que nunca he tenido demasiado tiempo para la amistad; pero desde que vine aquí, llamado por mi amigo John Seward, he conocido a tanta gente buena y he presenciado tanta generosidad, que siento más que nunca la soledad de mi vida, mayor cuanto más me adentro en la madurez. Créame, pues, cuando le digo que vengo aquí lleno de respeto hacia usted, y que me ha dado esperanza... Esperanza no en lo que estoy buscando, sino en que aún quedan mujeres buenas que pueden hacer de la vida algo feliz... Mujeres buenas, cuyas vidas y cuya sinceridad podrán servir de ejemplo para los niños que están por venir. Me alegraría, me alegraría mucho, poder ser de alguna utilidad para usted; pues si su marido sufre, sufre dentro del campo de mi estudio y mi experiencia. Le prometo que con sumo placer haré *todo* lo que pueda por él; todo lo que pueda para devolverle su fuerza y su hombría, para que usted vuelva a ser feliz. Ahora debe comer. Está sobreexcitada, y quizá demasiado preocupada. A su marido Jonathan no le gustaría verla tan pálida; y lo que a él no le gusta en aquélla a la que ama, no le hace bien. Por lo tanto, por su salud, debe usted comer y sonreír. Ya me lo ha contado todo sobre Lucy, de modo que no hablaremos más de ello, no vaya a afligirla. Esta noche me quedaré en Exeter, pues quiero reflexionar sobre lo que me ha contado; y cuando lo haya hecho le haré algunas preguntas, si usted me lo permite. Después, usted me describirá el problema de su marido

Jonathan como buenamente pueda. Pero todavía no. Ahora debe comer; después me lo contará todo.

Después del almuerzo, cuando regresamos al salón, me dijo:

—Y ahora, cuéntemelo todo sobre él.

Cuando por fin llegó el momento de hablar con este gran hombre, tan ilustrado, empecé a temer que me tomara por una pobre idiota, y a Jonathan por loco —su diario es tan extraño—, así que vacilé en seguir adelante. Pero él fue muy amable y muy dulce, y había prometido ayudarme, y confiaba en él, de modo que dije:

—Doctor Van Helsing, lo que tengo que contarle es tan extraño que espero que no vaya a reírse de mí o de mi marido. Llevo desde ayer consumida por una duda febril; debe de ser usted amable conmigo, y no creerme insensata por haber llegado a medio creer ciertas cosas muy extrañas.

Su actitud y sus palabras me tranquilizaron, cuando dijo:

—Oh, querida mía, si tuviera idea de lo extraño que es el asunto que me ha traído hasta aquí, sería usted la que se reiría. He aprendido a no menospreciar las creencias de nadie, no importa lo extrañas que sean. He intentado mantener una mente abierta; y no son los acontecimientos ordinarios de la vida los que podrían haberla cerrado, sino las cosas extrañas, las cosas extraordinarias, las cosas que hacen que uno dude si está loco o cuerdo.

—¡Gracias, mil gracias! Me ha quitado usted un peso de encima. Si me lo permite, voy a entregarle un escrito para que lo lea. Es largo, pero lo he mecanografiado. En él encontrará explicados mis problemas y los de Jonathan. Es la copia del diario que escribió durante su viaje por el extranjero, y lo que allí sucedió. No me atrevo a comentarle nada; prefiero que lo lea y juzgue por sí mismo. Luego, cuando volvamos a vernos, quizá será tan amable como para decirme qué piensa.

—Se lo prometo —dijo él cuando le entregué los papeles—. Mañana por la mañana, tan pronto como me sea posible, vendré a verles a usted y a su marido, si me lo permiten.

—Jonathan estará aquí a las once y media. Venga a comer con nosotros y podrá verle; puede tomar el tren rápido de las 3:34, que le dejará en Paddington^[176] antes de las 8:00.

Le sorprendió que conociera con tanta exactitud el horario de los trenes, pero es que él no sabe que he memorizado todos los trenes con salida y llegada en Exeter, para serle útil a Jonathan en caso de que le surja una urgencia.

De modo que se ha marchado y se ha llevado el diario, y yo me he quedado aquí sentada, pensando... pensando no sé en qué.

Carta (manuscrita), Van Helsing a la señora Harker

25 de septiembre, 6 en punto

Querida *madam* Mina:

He leído el extraordinario diario de su esposo. Puede dormir sin dudas. Por extraño y terrible que sea... ¡es todo *cierto* ! Apostaría mi vida. Podría ser peor para otros; pero para él y para usted, no hay motivo de temor. Es un muchacho noble; y permítame que le diga, por experiencia con los hombres, que alguien capaz como él de descender por aquella pared hasta aquella habitación —¡ay, y hacerlo una segunda vez!—, no es persona que vaya a quedar permanentemente dañado por una conmoción. Su cerebro y su corazón están bien; se lo juro antes incluso de haberle visto; de modo que tranquilícese. Tendré mucho que preguntarle a su esposo sobre otras cosas. Ha sido una bendición para mí el haber venido hoy a visitarla, pues he aprendido de golpe tantas cosas que de nuevo estoy deslumbrado, más deslumbrado que nunca, y debo pensar.

Fielmente suyo,

ABRAHAM VAN HELSING

Carta, la señora Harker a Van Helsing

25 de septiembre, 6.30 p.m.

Mi querido doctor Van Helsing:

Mil gracias por su amable carta, que ha liberado a mi mente de un gran peso. Y, sin embargo, si todo es cierto, ¡qué cosas tan terribles existen en el mundo! ¡Y qué espanto que ese hombre, ese monstruo, pueda estar realmente en Londres! Me horroriza sólo pensarlo. Acabo de recibir, mientras escribía esto, un cable de Jonathan diciendo que sale de Launceston^[177] esta tarde a las 6:25, y que llegará aquí a las 10:18, de modo que esta noche no tendré nada que temer. ¿Querrá usted, por tanto, en vez de comer con nosotros, venir por favor a desayunar, a las 8:00, siempre que la hora no fuese demasiado temprana para usted? Si tiene prisa, puede volver con el tren de las 10:30, que le dejará en Paddington a las 2:35. No hace falta que responda a esta carta. Si no recibo noticia de lo contrario, asumiré que vendrá a desayunar.

Quedo su

fiel y agradecida amiga,

MINA HARKER

DIARIO DE JONATHAN HARKER

26 de septiembre . —Jamás pensé que algún día volvería a escribir en este diario, pero ha llegado el momento de hacerlo. Cuando llegué a casa anoche, Mina ya tenía la cena lista, y mientras cenamos me habló de la visita de Van Helsing, y de cómo le había entregado copias de nuestros dos diarios, y de lo preocupada que había estado por mí. Me mostró una carta del doctor en la que afirmaba que todo lo que yo había escrito era cierto. Es como si hubiera hecho de mí un hombre nuevo. Eran precisamente las dudas sobre la veracidad de todo el asunto las causantes de mi derrumbamiento. Me sentía impotente, sumido en la oscuridad, receloso. Pero ahora que sé ya no tengo miedo, ni siquiera del Conde. Después de todo, ha triunfado en su propósito de llegar a Londres, y fue a él a quien vi. Ha rejuvenecido, pero ¿cómo? Si Van Helsing se parece en lo más mínimo a la descripción que de él me ha hecho Mina, no hay duda de que es el hombre adecuado para desenmascararle y darle caza. Anoche estuvimos sentados hasta tarde, hablando del asunto. Mina se está vistiendo, y dentro de un par de minutos yo me voy a acercar al hotel para traerle hasta aquí...

Creo que se ha sorprendido al verme. Nada más entrar en la habitación y presentarme, me ha cogido del hombro y me ha colocado de cara hacia la luz y, tras un atento escrutinio, me ha dicho:

—Pero *madam* Mina me dijo que estaba usted enfermo, que había sufrido una conmoción...

Me resultó tan gracioso oír a este amable anciano de rostro enérgico llamar a mi esposa «*madam* Mina», que sonreí y dije:

—*Estaba* enfermo, y sufrí una conmoción: pero usted ya me ha curado.

—¿Y cómo?

—Con su carta de anoche a Mina. Me hallaba sumido en un mar de dudas, que hizo que toda mi vida tomara un matiz de irrealidad; no sabía en qué confiar, ni siquiera en lo que me decían mis propios sentidos. Al no saber en qué confiar, no sabía qué hacer; de modo que sólo pude recurrir a seguir trabajando en lo que hasta entonces había sido la rutina de mi vida. Pero la rutina dejó de serme beneficiosa y empecé a desconfiar de mí mismo. Doctor, no sabe usted lo duro que es llegar a dudar de todo, incluido uno mismo. No, no puede; ¿cómo podría, con unas cejas como las suyas?

Él pareció complacido y se echó a reír mientras decía:

—¡Vaya, o sea que además es fisonomista! Desde que estoy aquí, aprendo más a cada hora que pasa. Va a ser un placer desayunar con ustedes; y, oh, caballero, espero que disculpe usted los halagos de un anciano, pero su esposa es una auténtica bendición.

Podría estar oyéndole alabar a Mina durante todo un día, de modo que sencillamente asentí y guardé silencio.

—Es una de esas mujeres creadas por Dios con Su propia mano para mostrarnos a nosotros, los hombres, y también a otras mujeres, que hay un cielo en el que podemos entrar y que su luz puede estar aquí en la tierra. Tan sincera, tan dulce, tan noble, tan generosa... y eso, permítame que se lo diga, es mucho en esta época, tan escéptica y tan egoísta. En cuanto a usted, caballero, he leído todas las cartas de su esposa a la pobre señorita Lucy, y algunas hablan de usted, de modo que hace ya algunos días que le conozco a través del conocimiento de otros; pero anoche vi su auténtico yo. ¿Verdad que me estrechará usted la mano, sí? Y seamos amigos el resto de nuestra vidas.

Nos estrechamos las manos, y él fue tan sincero y tan amable que me sentí bastante ahogado por la emoción.

—Y ahora —dijo—, ¿puedo pedirle otro favor? Me espera una gran tarea, y en el conocimiento está el saber. Usted puede ayudarme en eso. ¿Puede contarme qué más sucedió antes de que se marchara usted a Transilvania? Más adelante podría solicitarle más ayuda, y de otro tipo; pero por ahora con esto bastará.

—Mire usted, caballero —dije—, la tarea que debe llevar a cabo, ¿está relacionada con el Conde?

—Así es —afirmó él con solemnidad.

—Entonces cuente conmigo de todo corazón. Dado que parte usted en el tren de las 10:30, no tendrá tiempo de leerlos; pero voy a entregarle un fajo de papeles^[178]. Puede llevárselos consigo y leerlos en el tren.

Tras el desayuno le acompañé a la estación. Cuando nos estábamos despidiendo, dijo:

—Quizá pueda usted venir a Londres si envío a buscarle. Traiga también a *madam* Mina.

—Ambos iremos cuando usted lo pida —respondí yo.

Le había conseguido los periódicos matutinos, así como los periódicos de Londres de la noche anterior, y los estaba hojeando mientras hablábamos a través de la ventana del vagón, esperando a que el tren se pusiera en marcha. De repente, su ojo pareció captar algo en uno de

ellos, la *Westminster Gazette* —lo reconocí por el color—, y su rostro palideció.

—¡Mein Gott! ¡Mein Gott! ¡Tan pronto! ¡Tan pronto!

No creo que en ese momento se acordase ni de mi presencia. Justo entonces sonó el silbato y el tren empezó a moverse. Esto le devolvió a la realidad, y se asomó por la ventanilla, para despedirse con la mano mientras gritaba:

—Transmítale mi amor a *madam* Mina; escribiré tan pronto como pueda.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

26 de septiembre . —Verdaderamente, nada tiene carácter definitivo. No ha pasado ni una semana desde que dije «Finis» y, sin embargo, aquí estoy, empezando de nuevo, o más bien continuando la misma grabación. Hasta esta tarde no había tenido motivo para volver a pensar en el pasado. Renfield está prácticamente tan cuerdo como en sus mejores momentos. Ha hecho grandes progresos con las moscas y acaba de empezar también con las arañas; de modo que no me ha dado ningún problema. He recibido una carta de Arthur, escrita el domingo, e intuyo a raíz de su lectura que lo está sobrellevando todo con gran compostura. Quincey Morris le acompaña y ésta es una gran ayuda, pues es como un pozo rebosante de buen humor. Quincey también me ha escrito un par de líneas, y gracias a él sé que Arthur ha empezado a recobrar parte de su antiguo optimismo; así que tampoco he tenido que preocuparme por ellos. En cuanto a mí, ya empezaba a abordar mi trabajo con el mismo entusiasmo que antiguamente solía sentir por él, de modo que podría haber dicho con propiedad que la herida que me infligió la pobre Lucy estaba empezando a cicatrizar. En cualquier caso, todo ha vuelto a quedar abierto de nuevo; y sólo Dios sabe cómo acabará esto. Sospecho que Van Helsing también cree saberlo, pero sólo revela un poco cada vez, lo suficiente para estimular la curiosidad. Ayer se fue a Exeter, y pasó allí toda la noche. Hoy ha regresado, prácticamente irrumpiendo en mi habitación a eso de las cinco y media, y me ha arrojado encima la *Westminster Gazette* .

—¿Qué te parece eso? —ha preguntado mientras retrocedía y se cruzaba de brazos.

He mirado por encima el periódico, pues realmente no sabía a qué se refería; pero él me lo ha quitado de entre las manos y me ha señalado un artículo sobre niños raptados mediante engaños en Hampstead. No me ha sugerido nada, hasta que he llegado a un pasaje en el que se describían unas pequeñas heridas como pinchazos en las gargantas. Se me ha ocurrido una idea y he levantado la vista.

—¿Y bien? —ha dicho él.

—Es igual que en el caso de la pobre Lucy.

—¿Y qué explicación le das?

—Sencillamente que hay alguna causa en común. Lo que fuera que la dañó a ella, ha dañado también a esos niños.

No entendí del todo su respuesta:

—Eso es cierto indirectamente, pero no directamente.

—¿A qué se refiere, profesor? —pregunté. Me sentía inclinado a tomarme a la ligera su seriedad —pues, después de todo, cuatro días de descanso, libre de apremiantes y angustiosas ansiedades, habían ayudado a renovar mis ánimos—, pero al ver su rostro me he puesto serio. Nunca, ni siquiera en lo peor de nuestra desesperación por la pobre Lucy, había parecido más severo.

—¡Dígamelo! —dije—. No puedo aventurar ninguna opinión. No sé qué pensar, y no tengo datos a partir de los que formar una conjetura.

—¿Pretendes decirme, amigo John, que no tienes la más mínima sospecha de por qué murió la pobre Lucy; ni siquiera después de todas las pistas que te han dado no sólo los hechos, sino también yo?

—De una postración nerviosa causada por una gran pérdida o desgaste de sangre.

—¿Y cómo se perdió o desgastó la sangre?

Negué con la cabeza. Él se acercó para sentarse junto a mí, y prosiguió:

—Eres un hombre inteligente, amigo John; razones bien, y tu ingenio es atrevido; pero tienes demasiados prejuicios. No dejas que tus ojos vean, ni dejas que tus oídos oigan, y aquello que está fuera de tu vida diaria no merece consideración para ti. ¿Es que acaso no crees que hay cosas que no puedes entender, y que sin embargo existen; que hay personas que ven cosas que otros no pueden? Pero existen cosas, viejas y nuevas, que los ojos de los hombres no pueden ver; pues saben, o creen saber, algunas cosas que otros hombres les han contado. ¡Ah, la culpa la tiene nuestra ciencia, que todo lo quiere explicar! Y si no lo explica, entonces afirma que no hay nada que explicar. Aun así, cada día vemos a nuestro alrededor el surgimiento de nuevas creencias, que se creen a sí mismas nuevas y que no son sino las viejas creencias, pretendiendo ser nuevas... como las mujeres en la ópera. Supongo, pues, que no crees en la transferencia corpórea^[179], ¿no? ¿Ni en las materializaciones^[180]? ¿Ni en los cuerpos astrales? ¿Ni en la lectura del pensamiento? ¿No? Ni en el hipnotismo...

—Sí —dije—. Charcot^[181] lo ha demostrado sobradamente.

Él asintió mientras continuaba:

—Entonces estás lo suficientemente convencido de su existencia. ¿Sí? Y por supuesto entenderás cómo funciona, y podrías acompañar a la mente del gran Charcot (¡lástima que ya no siga entre nosotros^[182]!) hasta el interior de la mismísima alma del paciente bajo su influencia. ¿No? Entonces, amigo John, ¿debo entender que sencillamente aceptas el hecho, y te contentas con dejar un espacio en blanco entre la premisa

y la conclusión? ¿No? Entonces dime, pues soy estudioso del cerebro, cómo es que aceptas el hipnotismo y rechazas la lectura de mentes. Permite que te diga, amigo mío, que hoy se llevan a cabo experimentos en ciencia eléctrica que habrían sido calificados de impíos por los mismos hombres que descubrieron la electricidad, quienes a su vez habrían sido quemados por brujos no mucho antes. Siempre hay misterios en la vida. ¿Por qué vivió Matusalén novecientos años y ciento sesenta y nueve el viejo Parr^[183], cuando la pobre Lucy, con la sangre de cuatro hombres corriendo por sus pobres venas, no pudo sobrevivir ni un día más? Y si hubiera vivido un día más, la podríamos haber salvado. ¿Acaso conoces todos los misterios de la vida y la muerte? ¿Conoces al completo la anatomía comparativa, y puedes afirmar, por tanto, por qué algunos hombres tienen cualidades animales, y otros no? ¿Puedes decirme por qué, cuando otras arañas mueren pequeñas, aquella enorme araña vivió durante siglos en la torre de la vieja iglesia española y creció y creció hasta que, al descender, pudo beberse el aceite de todas las lámparas de la iglesia? ¿Puedes decirme por qué en la Pampa, ¡ay, y en otras partes!, hay murciélagos que salen de noche y abren la yugular al ganado y a los caballos hasta dejarles las venas secas; por qué en algunas islas de los mares occidentales hay murciélagos que cuelgan de los árboles durante el día, descritos por aquellos que los han visto como cocos o vainas gigantes, que caen sobre los marineros que duermen en cubierta porque hace calor, y entonces... y entonces alguien los encuentra a la mañana siguiente, muertos y tan blancos como lo estuvo la señorita Lucy?

—¡Dios del cielo, profesor! —dije, levantándome—. ¿Pretende decirme que Lucy fue mordida por uno de esos murciélagos; y que semejante animal vive aquí, en Londres, en pleno siglo XIX?

Él movió la mano pidiendo silencio, y continuó:

—¿Puedes decirme por qué la tortuga vive más tiempo que generaciones de hombres; por qué el elefante ve pasar dinastías frente a él; y por qué el loro nunca muere, a no ser que le muerda un gato, un perro, o sufra algún otro contratiempo? ¿Puedes decirme por qué los hombres de todas las eras y lugares han creído que hay algunos pocos que viven para siempre si se les permite hacerlo; que hay hombres y mujeres que no pueden morir? Todos sabemos, pues la ciencia lo ha demostrado, que ha habido sapos que han pasado miles de años atrapados en rocas, encerrados en un agujero tan pequeño que sólo ellos caben en él desde que el mundo era joven. ¿Puedes decirme cómo es capaz el faquir indio de provocar su propia muerte, y ser enterrado, y su tumba sellada, y maíz sembrado encima, y el maíz recolectado y segado y sembrado y recolectado y segado de nuevo, y entonces llegan hombres que abren el sello intacto, y allí yace el faquir indio, no muerto, sino vivo para levantarse y andar entre ellos como antes?

Llegado este punto le interrumpí. Me estaba quedando perplejo; había poblado mi mente con semejante lista de excentricidades de la naturaleza e imposibilidades posibles que mi imaginación empezaba a

desbordarse. Tuve la vaga idea de que me estaba enseñando alguna lección, como hace mucho solía hacerlo en su estudio de Ámsterdam; pero entonces solía aclararme de qué se trataba, de modo que tuviera todo el tiempo en mente el objeto de reflexión. En esta ocasión no contaba con su ayuda; sin embargo, quería seguirle, así que dije:

—Profesor, déjeme ser su estudiante predilecto de nuevo. Explíqueme la tesis, de modo que pueda aplicar su conocimiento a medida que usted vaya avanzando. Por el momento vago perdido en mi mente, de un lugar a otro, siguiendo una idea tal y como lo haría un hombre loco y no uno cuerdo. Me siento como un novicio avanzando a tientas a través de un pantano en mitad de la niebla, saltando de una mata de hierba a otra en un inútil y ciego intento de moverme sin saber adónde voy.

—Es una buena imagen —dijo—. Bueno, te lo diré. Mi tesis es ésta: quiero que creas.

—¿Que crea qué?

—Que creas en cosas en las que no puedes creer. Deja que te lo ilustre. Una vez oí hablar de un americano que definía así la fe: «Es aquello que nos permite creer en cosas que sabemos que no son ciertas^[184] ». En lo que a mí respecta, yo sigo a ese hombre. Quería decir que debemos ser abiertos de mente, y no dejar que un poco de verdad haga descarrilar una gran verdad, igual que una pequeña roca hace con un vagón de ferrocarril. En primer lugar tenemos la verdad pequeña. ¡Muy bien! La mantenemos, y la valoramos; pero al mismo tiempo no debemos pensar que contiene todas las verdades del universo.

—Entonces lo que quiere es que no deje que ninguna convicción previa dañe la receptividad de mi mente respecto a algún extraño asunto. ¿Entiendo bien su lección?

—Ah, sigues siendo mi alumno favorito. Merece la pena enseñarte. Ahora que estás dispuesto a entender, has dado el primer paso para poder entender. ¿Crees entonces que esas pequeñas punzadas en las gargantas de los niños fueron hechas por lo mismo que hizo las punzadas en la de la señorita Lucy?

—Eso supongo.

Van Helsing se levantó y dijo solemnemente:

—Entonces estás equivocado. ¡Oh, ojalá fuera así! ¡Pero, ay, no! Es peor, mucho mucho peor.

—En el nombre de Dios, profesor Van Helsing, ¿a qué se refiere? —grité.

El profesor se dejó caer con un gesto de desesperación sobre una silla y apoyó los codos en la mesa, cubriéndose el rostro con las manos mientras decía:

—¡Fueron hechos por la propia señorita Lucy!

Capítulo XV

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(continuación)

Por unos momentos la ira me dominó; sentí lo mismo que si hubiera abofeteado a Lucy mientras aún vivía. Golpeé la mesa con fuerza y me levanté mientras decía:

—¡Doctor Van Helsing! ¿Está usted loco?

Él alzó la cabeza y me miró, y de algún modo la ternura de su rostro me calmó de inmediato.

—¡Ojalá lo estuviera! —dijo—. La locura sería fácil de soportar en comparación con una verdad como ésta. Oh, amigo mío, ¿por qué piensas que he dado un rodeo tan largo? ¿Por qué tardar tanto en contarte una cosa tan sencilla? ¿Ha sido porque te odio y te he odiado toda mi vida? ¿Ha sido porque deseaba afligirte? ¿Ha sido porque quería, tantos años después, vengarme de aquella vez que me salvaste la vida, de una muerte terrible además? ¡Ah, no!

—Perdóneme —dije yo. Él prosiguió:

—Amigo mío, ha sido porque deseaba revelártelo del modo más suave posible, pues sé que amabas a tan encantadora dama. Pero ni siquiera yo espero que me creas. Resulta tan difícil aceptar de inmediato cualquier verdad abstracta que podríamos dudar que tal eventualidad fuera posible cuando siempre hemos creído en su «no»; más difícil aún es aceptar una verdad tan triste y concreta, sobre todo de alguien como la señorita Lucy. Esta noche voy a demostrarlo. ¿Te atreverás a acompañarme?

Esto me dejó anonadado. A ningún hombre le gustaría demostrar una verdad semejante; aunque Byron excluía de esta categoría los celos:

«Y probar la misma verdad que más aborrecía^[185] ».

Él percibió mis dudas, y dijo:

—La lógica es bien sencilla. Nada de lógica de locos esta vez, saltando de montículo en montículo en mitad de la espesa niebla. Si no fuera cierto, entonces la demostración será un alivio; en el peor de los casos,

no nos perjudicará. ¡Y si fuera cierto! ¡Ah, ahí está el temor! Sin embargo, ese mismo temor debería ayudar a mi causa, pues hay en ella cierta necesidad de fe. Mira, te diré lo que propongo: primero, que vayamos ahora a ver a ese niño al hospital. El doctor Vincent, del North Hospital, donde los periódicos dicen que está ingresado el niño, es amigo mío, y creo que también tuyo, ya que fuisteis compañeros de clase en Ámsterdam. Sin duda permitirá que dos científicos estudien su caso. No le diremos nada más que deseamos aprender. Y luego...

—¿Y luego?

Extrajo una llave de su bolsillo y me la mostró.

—Y luego tú y yo pasaremos la noche en el cementerio en el que yace Lucy. Ésta es la llave de la puerta del panteón. Le dije al hombre de las pompas fúnebres que yo me encargaría de dársela a Arthur.

El corazón me dio un vuelco, pues sentí que nos esperaba una terrible prueba. En cualquier caso, no podía hacer nada, de modo que hice de tripas corazón y le dije que sería mejor que nos diéramos prisa, dado que se estaba haciendo tarde...

Encontramos al niño despierto. Había dormido y comido un poco, y en general evolucionaba favorablemente. El doctor Vincent retiró la venda de su garganta y nos mostró las incisiones. No había duda sobre la semejanza con las que habíamos visto en la garganta de Lucy. Éstas eran más pequeñas, y los bordes parecían más frescos; pero ésas eran las únicas diferencias. Le preguntamos a Vincent a qué las atribuía él, y él replicó que debía de tratarse del mordisco de algún animal, quizá una rata; pero, por su parte, estaba más inclinado a pensar que había sido alguno de los numerosos murciélagos que habitan en las colinas del norte de Londres.

—Entre tantos inofensivos —dijo—, es posible que haya algún espécimen salvaje del sur, perteneciente a una especie más dañina. Algún marinero podría haberse traído uno a Inglaterra, y quizá se le haya escapado; incluso es posible que algún ejemplar joven haya huido del Jardín Zoológico, quizá un vampiro criado allí. Estas cosas ocurren, ¿saben? Hace sólo diez días escapó un lobo y según creo le siguieron el rastro hasta aquí. Durante la semana siguiente los niños no jugaron en el Heath y en las callejuelas del lugar a otra cosa que no fuera Caperucita Roja, hasta que llegó para asustarles la «hermosa dama», que desde entonces se ha convertido en la atracción favorita de todos ellos. Incluso este pobre chavalín, cuando se ha despertado esta mañana, le ha preguntado a la enfermera si podía irse. Y cuando ella le ha preguntado por qué quería irse, ha dicho que porque quería ir a jugar con la «hermosa dama».

—Espero —dijo Van Helsing— que cuando envíe al niño de vuelta a casa avise a sus padres para que le vigilen estrechamente. Esa afición a extraviarse es muy peligrosa; y si el niño pasara otra noche fuera de

casa, el desenlace probablemente sería fatal. En cualquier caso, supongo que no le dejará marchar hasta dentro de un par de días.

—Por supuesto que no, seguirá aquí una semana al menos; más tiempo si no se le cura la herida.

La visita al hospital nos llevó más tiempo del que habíamos previsto, y el sol ya se había ocultado antes de que saliéramos. Cuando Van Helsing vio lo oscuro que estaba, dijo:

—No hay prisa. Es más tarde de lo que pensaba. Ven, vamos a buscar algún sitio en el que comer algo, y luego seguiremos nuestro camino.

Cenamos en Jack Straw's Castle^[186] junto a un pequeño grupo de ciclistas y otras personas alegremente ruidosas. A eso de las diez en punto salimos de la posada. Para entonces la oscuridad había aumentado, y las farolas desperdigadas hacían más densa la oscuridad en cuanto salíamos del radio de iluminación de cada una de ellas. Evidentemente, el profesor había memorizado el camino que debíamos seguir, pues avanzaba sin la menor vacilación; yo, en cambio, estaba bastante desorientado. A medida que fuimos avanzando, nos encontramos cada vez con menos gente, hasta que finalmente nos sorprendió en cierto modo cruzarnos incluso con la patrulla de policía a caballo, que hacía su habitual ronda suburbana. Por fin alcanzamos el muro del cementerio y lo escalamos. Con cierta dificultad —pues estaba muy oscuro, y el lugar nos resultaba muy ajeno— encontramos el panteón de los Westenra. El profesor sacó la llave, abrió la chirriante puerta y, echándose atrás, en un gesto inconsciente de buena educación, me hizo señas para que le precediera. Hubo una deliciosa ironía en el ofrecimiento, en aquella cortesía suya de darme preferencia en tan macabra ocasión. Mi acompañante me siguió con presteza y cerró la puerta con cautela, tras asegurarse cuidadosamente de que la cerradura era de pestillo y no de resorte. En este último caso, nos habríamos encontrado en un buen apuro. A continuación hurgó en su maletín y, extrayendo una caja de cerillas y un cabo de vela, encendió una luz. A la luz del día y repleta de flores frescas, la tumba ya había parecido lo suficientemente siniestra y espantosa. Pero ahora, que habían pasado varios días, que las flores colgaban mustias y marchitas, que sus blancos pétalos habían adquirido un color ocre, y sus verdes hojas se habían tornado marrones; ahora que la araña y el escarabajo habían recuperado su acostumbrado dominio; que la piedra descolorida por el tiempo, y el mortero incrustado de polvo, y el hierro húmedo y oxidado, y el latón deslustrado, y la plata empañada, devolvían el débil resplandor de una vela, el efecto era más deprimente y sórdido de lo que uno hubiera podido imaginarse. Transmitía irremediabilmente la idea de que la vida —la vida animal— no era lo único que podía desaparecer.

Van Helsing se aplicó a su tarea sistemáticamente. Levantando la vela de modo que pudiera leer las placas de los ataúdes, y agarrándola de tal modo que el esperma goteaba en regueros blancos que se congelaban al

tocar el metal, localizó el ataúd de Lucy. Después volvió a hurgar en su maletín y extrajo un destornillador.

—¿Qué va a hacer? —pregunté.

—Voy a abrir el féretro. Pronto te convencerás.

Sin perder tiempo comenzó a retirar los tornillos, y finalmente levantó la tapa, dejando al descubierto el revestimiento de plomo que había debajo. Aquella visión fue casi más de lo que podía soportar. Parecía una afrenta tan grande para la muerta como lo habría sido el despojarla de sus ropas en su sueño mientras aún vivía; agarré al profesor de la mano con intención de detenerle. Él se limitó a decir:

—Ahora verás —y hurgando de nuevo en su maletín extrajo una pequeña sierra de calar. Asestando con el destornillador un rápido golpe que me hizo dar un respingo, produjo un pequeño agujero en el plomo, lo suficientemente grande, en cualquier caso, como para introducir la punta de la sierra. Yo esperaba que se produjera una emanación de gases del cadáver, que llevaba allí toda una semana —nosotros, los médicos, que hemos tenido que estudiar los riesgos de nuestra profesión, hemos acabado por acostumbrarnos a semejantes cosas—, por lo que retrocedí hacia la puerta. El profesor, sin embargo, no titubeó ni un solo instante; serró un par de pies descendiendo por uno de los costados del féretro de plomo, luego en sentido transversal, y finalmente ascendiendo por el otro costado. Luego agarró el reborde, lo forzó hacia atrás, hacia la base del ataúd, y acercando la vela a la apertura me indicó que mirara.

Me acerqué y miré. El ataúd estaba vacío.

Esto supuso para mí, qué duda cabe, una sorpresa que me produjo una gran impresión, pero Van Helsing se mantuvo impertérito. Estaba ahora más convencido que nunca de que su teoría era cierta, y se sintió plenamente justificado para proseguir en su empresa.

—¿Te convences ahora, amigo John? —preguntó.

Sentí que en mi interior se despertaba mi tenaz propensión natural a la disensión, mientras le respondía:

—Estoy convencido de que el cuerpo de Lucy no está en ese ataúd. Pero eso sólo demuestra una cosa.

—¿Y qué cosa es ésa, amigo John?

—Que no está ahí.

—Es una buena lógica —dijo él—, hasta donde alcanza. ¿Pero cómo explicas... cómo puedes explicar que no esté ahí?

—Quizá haya sido un ladrón de cadáveres —sugerí—. Alguien de la funeraria podría haberlo robado.

Sentí que acababa de decir una insensatez y, sin embargo, era la única explicación real que podía sugerir. El profesor suspiró.

—¡En fin! —dijo—. Tendremos que obtener más pruebas. Ven conmigo.

Volvió a poner la tapa del ataúd, recogió todas sus cosas y las metió en su maletín, apagó la vela y también la guardó en el maletín, abrió la puerta y salimos. Van Helsing volvió a cerrar la puerta y echó la llave. Después me la ofreció, diciendo:

—¿Quieres guardarla? Más vale que te asegures.

Me eché a reír —aunque no fue una risa muy alegre, debo reconocerlo— mientras le indicaba que la guardara.

—Una llave no significa nada —dije—; podría haber duplicados; y en cualquier caso, no sería difícil forzar una cerradura de ese tipo.

Él no dijo nada, pero se guardó la llave en el bolsillo. Entonces me dijo que vigilara un extremo del cementerio, mientras él vigilaba el otro. Me aposté detrás de un tejo, y pude ver su oscura silueta alejándose hasta que las lápidas y los árboles que había entre medias le ocultaron de mi vista.

Fue una vigilia solitaria. Justo después de haber ocupado mi puesto, oí un reloj lejano dar las doce y, a su debido tiempo, la una y las dos. Estaba helado y desconcertado, y molesto con el profesor por haberme llevado a semejante misión y conmigo mismo por haber ido. Tenía demasiado frío y demasiado sueño para ser un observador atento, aunque no tanto sueño como para traicionar la confianza depositada en mí; de modo que, en general, pasé unos momentos terribles y desgraciados.

De repente, al darme la vuelta, me pareció ver una especie de estela blanca moviéndose entre dos oscuros tejos en el extremo del cementerio más alejado del panteón; al mismo tiempo, una masa oscura surgió desde el extremo ocupado por el profesor y se dirigió apresuradamente hacia ella. Entonces también yo me encaminé en la misma dirección, rodeando varias lápidas y tumbas cercadas y tropezando con algunas losas. El cielo estaba encapotado, y desde algún lugar lejano llegó el canto de un gallo madrugador. No muy lejos, por detrás de la hilera de desperdigados juníperos que marcaban el sendero que conducía hasta la iglesia, una silueta blanca e indefinida aleteó en dirección al panteón. Varios árboles me ocultaban el panteón propiamente dicho, por lo que no pude ver por dónde desapareció la silueta. Oí un crujido de pasos que provenía del primer lugar en el que había visto la blanca estela, y al

dirigirme hacia allí me encontré al profesor, que llevaba en brazos a un niño pequeño. Al verme, lo extendió hacia mí y dijo:

—¿Estás convencido ahora?

—No —dijo, en un tono que me pareció agresivo.

—¿Es que no ves a este niño?

—Sí, es un niño, pero ¿quién lo ha traído aquí? ¿Está herido? —pregunté.

—Ahora lo veremos —dijo el profesor, y ambos nos dirigimos sin dilación hacia la salida del cementerio, él llevando al niño dormido.

Cuando nos encontramos a una distancia prudencial, nos metimos entre un grupo de árboles, encendimos una cerilla y observamos el cuello del niño. No tenía ni un solo arañazo ni cicatriz de ninguna clase.

—¿Ve como yo tenía razón? —pregunté triunfalmente.

—Hemos llegado justo a tiempo —dijo el profesor agradecido.

Ahora teníamos que decidir qué hacer con el niño, de modo que deliberamos al respecto. En caso de llevarlo a una comisaría de policía, nos veríamos obligados a dar algún informe sobre nuestros movimientos durante la noche; como mínimo, deberíamos dar alguna explicación razonable sobre cómo lo habíamos encontrado. De modo que finalmente decidimos que lo llevaríamos al Heath y, cuando oyéramos acercarse a un policía, lo dejaríamos donde no le quedara más remedio que encontrarlo y a continuación buscaríamos un modo de regresar a casa lo más rápido posible. Todo salió bien. En el mismo límite de Hampstead Heath, oímos las enérgicas pisadas de un policía y, tras dejar al niño en el sendero, esperamos hasta que lo vio mientras movía su linterna de un lado a otro. Oímos su exclamación de asombro, y luego nos marchamos silenciosamente. Tuvimos la suerte de encontrar un coche cerca de Los Españoles^[187] y regresamos a la ciudad.

Como no puedo dormir, he grabado esta entrada. Pero tengo que dormir un par de horas, ya que Van Helsing vendrá a buscarme a mediodía. Insiste en que debo acompañarle en otra expedición.

27 de septiembre . —Eran las dos de la tarde cuando por fin se nos presentó una oportunidad para llevar a cabo nuestro propósito. El funeral celebrado a mediodía ya había terminado, y los últimos rezagados se habían marchado perezosamente, cuando, observando precavidamente desde detrás de un grupo de alisos, vimos al sacerdote salir y cerrar la puerta. Sabíamos que estaríamos seguros hasta la mañana siguiente, en caso de desearlo; pero el profesor me dijo que como mucho necesitaríamos una hora. Una vez más sentí aquella espantosa sensación de la realidad de las cosas, en la que cualquier

esfuerzo de la imaginación parecía fuera de lugar; y fui plenamente consciente de los peligros en los que estábamos incurriendo a ojos de la ley con nuestra impía tarea. Además, me pareció todo tan fútil... Por monstruoso que hubiera sido forzar un ataúd de plomo para comprobar si una mujer que llevaba muerta cerca de una semana lo estaba realmente, ahora parecía el colmo de la locura volver a irrumpir en el panteón cuando sabíamos, pues lo habíamos visto con nuestros propios ojos, que el ataúd estaba vacío. Me encogí de hombros, en cualquier caso, y guardé silencio, pues cuando Van Helsing está decidido a salirse con la suya, no importa quién le reconvenga. Sacó la llave, abrió la puerta del panteón y de nuevo me indicó cortésmente que le precediera. El lugar no parecía tan espantoso como la noche anterior, pero... ¡ay, qué aspecto tan indescriptiblemente desolador ofrecía ahora que estaba iluminado por el sol! Van Helsing encaminó sus pasos directamente hacia el féretro de Lucy, y yo le seguí. Volvió a inclinarse sobre él, y tiró de nuevo hacia atrás del reborde de plomo. Y entonces, un escalofrío de sorpresa y consternación recorrió todo mi cuerpo.

Allí, aparentemente tal y como la habíamos visto la noche antes de su funeral, yacía Lucy. Estaba, si es que aquello era posible, más radiantemente hermosa que nunca; y me resultó imposible creer que estuviera muerta. Tenía los labios tan rojos... no, *mucho* más rojos que antes; y las mejillas mostraban un delicado rubor.

—¿Se trata de un truco? —le dije.

—¿Estás convencido ahora? —preguntó el profesor a modo de respuesta. Mientras hablaba extendió la mano y, de un modo que me hizo temblar, echó hacia atrás los labios exánimes y dejó al descubierto los blancos dientes.

—Mira —continuó—. Mira, están incluso más afilados que antes. Con éste y con éste —dijo mientras tocaba uno de los colmillos y su correspondiente de abajo— puede morder a los niños. ¿Crees ahora, amigo John?

Una vez más, se despertó en mi interior el afán hostil de disentir. No *podía* aceptar una idea tan abrumadora como la que estaba sugiriendo; de modo que, en un intento desesperado por contradecirle, del que me avergoncé incluso en aquel mismo momento, dije:

—Puede que la hayan vuelto a colocar ahí dentro durante la noche.

—¿Ah, sí? Digamos que sí. ¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé. Pero alguien tiene que haberlo hecho.

—Y, sin embargo, lleva muerta una semana. La mayoría de la gente no tendría tal aspecto transcurrido ese tiempo.

No tenía respuesta para eso, de modo que no dije nada. Van Helsing no pareció percibir mi silencio; en cualquier caso, no mostró ni desazón ni triunfo. Se limitaba a observar atentamente el rostro de la mujer muerta, levantándole los párpados para mirarle los ojos y volviendo a separarle los labios para examinar los dientes. Entonces se volvió hacia mí y dijo:

—Tenemos aquí un caso diferente a todos los registrados: nos encontramos ante una vida dual que se sale de lo común. El vampiro la mordió mientras se encontraba en trance, sonámbula —veo que te sobresaltas; no sabías eso, amigo John, pero más adelante lo sabrás todo—, y en trance fue cuando mejor pudo volver a ella para extraerle más sangre. En trance murió, y en trance sigue no-muerta. Y en eso es en lo que difiere de los demás. Normalmente, cuando el no-muerto duerme en su hogar —mientras decía esto hizo un gesto con el brazo, aclarando qué era el «hogar» para un vampiro—, su rostro muestra lo que realmente es, pero ésta, tan encantadora cuando no era no-muerta, únicamente vuelve a la nada del muerto corriente. Su malevolencia no es apreciable a simple vista, y eso va a hacer más difícil el tener que matarla mientras duerme.

Oír esto hizo que se me helara la sangre, y me di cuenta de que estaba empezando a aceptar las teorías de Van Helsing. Y si ella estaba realmente muerta, ¿qué podía haber de terrible en la idea de matarla? Él me miró, y evidentemente percibió el cambio en mi rostro, pues dijo casi con júbilo:

—¡Ah! ¿Crees ahora?

—No me presione con todo a la vez —respondí—. Por ahora estoy dispuesto a aceptar la posibilidad. ¿Cómo piensa llevar a cabo su sangriento propósito?

—Voy a cortarle la cabeza y a llenarle la boca de ajo. Después le atravesaré el cuerpo con una estaca.

Sólo pensar en mutilar de aquel modo el cuerpo de la mujer a la que había amado me provocó un estremecimiento. Y, sin embargo, la sensación no fue tan fuerte como había esperado. De hecho estaba empezando a temblar en presencia de aquel ser; aquel no-muerto, como lo llamaba Van Helsing. Y estaba empezando a detestarlo. ¿Es posible que el amor sea completamente subjetivo, o completamente objetivo?

Durante un largo rato esperé a que Van Helsing comenzara, pero permaneció inmóvil, como perdido en sus pensamientos. Al cabo de un rato cerró su maletín con un golpe seco, y dijo:

—He estado reflexionando, y ya he decidido qué es lo mejor. Si siguiese sencillamente mi inclinación, haría lo que ha de hacerse ahora, en este

preciso momento; pero a ésta le van a seguir otras tareas, tareas que son mil veces más difíciles en tanto que las desconocemos.

Esto es sencillo. Ella aún no ha tomado ninguna vida, aunque sólo sea cuestión de tiempo; y actuar ahora sería acabar para siempre con el peligro. Pero después podríamos necesitar a Arthur, ¿y cómo vamos a contarle esto? Si tú, que viste las heridas en la garganta de Lucy, y viste las heridas tan similares en el cuello del niño del hospital; si tú, que viste el ataúd vacío anoche, y lo has visto hoy ocupado por una mujer que una semana después de su muerte sólo ha cambiado para ser más rubicunda y hermosa... si tú, que sabes todo esto, y sabes de la silueta blanca de anoche que trajo al niño hasta el cementerio, a pesar de tus propios sentidos, no creíste, ¿cómo puedo esperar entonces que Arthur, que no sabe ninguna de estas cosas, crea? Ya dudó de mí cuando le impedí besarla cuando estaba muriendo. Sé que me ha perdonado, porque piensa que si le impedí despedirse como debía fue por culpa de alguna idea equivocada; pero ahora podría pensar que por culpa de otra idea más equivocada aún, esta mujer fue enterrada en vida; y que, cometiendo el peor error de todos, nosotros la hemos matado. Discutirá entonces, arguyendo que fuimos nosotros, en nuestra equivocación, los que la matamos con nuestras ideas; y se sentirá muy desgraciado el resto de su vida. Sin embargo, lo peor de todo es que nunca podrá estar seguro. En ocasiones pensará que aquélla a la que amó fue enterrada viva, y su convencimiento poblará sus sueños con los horrores de lo que ella debió de sufrir; y otras veces pensará que quizá teníamos razón, y que su amada era, después de todo, una no-muerta. ¡No! Ya se lo dije una vez, y desde entonces he aprendido mucho. Ahora que sé que todo es verdad, estoy cien mil veces más convencido de que Arthur debe atravesar aguas amargas para alcanzar las dulces. El pobre muchacho debe pasar una hora que hará que la misma faz del cielo se torne negra para él; y después podremos actuar por el bien de todos y otorgarle paz. Estoy decidido. Marchémonos. Tú vuelve a tu manicomio a pasar la noche, y comprueba que todo esté en orden. En cuanto a mí, pasaré la noche aquí, en este cementerio. Ven a buscarme mañana por la noche al Hotel Berkeley, a las diez en punto. Yo haré llamar a Arthur, y también a ese estupendo joven de América que donó su sangre. Más tarde, todos tendremos trabajo que hacer. Ahora te acompañaré hasta Piccadilly, donde comeré algo, pues debo volver aquí antes de que caiga el sol.

De modo que cerramos el panteón y nos marchamos, saltamos el muro del cementerio, lo que no fue demasiado difícil, y regresamos en coche a Piccadilly.

**Nota dejada por Van Helsing en su baúl, en el Hotel Berkeley,
dirigida a John Seward, M.D.**

(No entregada)

27 de septiembre

Amigo John:

Escribo esto en caso de que algo sucediera. Acudo solo a vigilar aquel cementerio. Mi deseo es que el no-muerto, la señorita Lucy, no pueda salir esta noche, de modo que mañana por la noche esté más impaciente. Por lo tanto, voy a preparar algunas cosas que no le gustan —ajos y un crucifijo— y voy a sellar la puerta del panteón. Es una no-muerta reciente, y no se resistirá. Es más, estos objetos impedirán que salga, pero quizá no pudieran detenerla si su deseo fuera entrar; pues en ese momento el no-muerto está desesperado, y debe encontrar la vía de menor resistencia, sea cual sea ésta. Pasaré cerca toda la noche, desde la puesta del sol hasta el amanecer, y si hubiera algo que pudiera aprenderse, lo aprenderé. No tengo miedo por la señorita Lucy, ni de ella: pero aquel otro por cuya causa ella es no-muerta, tiene ahora el poder de buscar su tumba y hallar refugio en ella. Es astuto. Lo sé gracias al señor Jonathan, y por el modo en el que nos ha engañado hasta ahora, cuando jugó con nosotros por la vida de la señorita Lucy, y perdimos. Además, los no-muertos son fuertes en muchos sentidos. Siempre tienen en su mano la fuerza de veinte hombres; incluso la fuerza que nosotros cuatro le brindamos a la señorita Lucy también ha ido a parar a él. Por último, puede convocar a sus lobos, e ignoro a qué otras alimañas. De modo que si esta noche apareciera allí, me encontraría; y nadie más lo haría... hasta que fuese demasiado tarde. Pero también puede ser que no tenga interés en ese lugar. No hay razón por la que deba tenerlo; su terreno de caza está más lleno de presas que ese cementerio en el que una no-muerta duerme, y un anciano vigila.

Por lo tanto, escribo esto por si acaso... Toma los papeles que acompañan a éste, los diarios de Harker y el resto, y léelos. Luego, encuentra a este gran no-muerto, y córtale la cabeza y quema su corazón, o atraviésalo con una estaca, para que el mundo quede a salvo de él.

Si así fuera, adiós.

VAN HELSING

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

28 de septiembre . —Es sorprendente lo bien que puede sentarle a uno una buena noche de sueño. Ayer estaba casi dispuesto a aceptar las monstruosas ideas de Van Helsing; pero ahora las veo claramente como lo que son: atentados contra el sentido común. No me cabe duda de que él lo cree todo realmente. Me pregunto si su mente puede haberse desquiciado de algún modo. Seguramente debe de haber *alguna* explicación racional para estos misterios. ¿Acaso podría haber sido el profesor el responsable de todo esto? Es tan extraordinariamente inteligente que, si perdiera la cabeza, sería capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias cualquier obsesión de modo sorprendente. Odio pensarlo y, de hecho, descubrir que Van Helsing está loco resultaría un prodigio casi tan grande como el otro; en cualquier caso debo vigilarle atentamente. Podría arrojar algo de luz sobre el misterio.

29 de septiembre, mañana ... Anoche, poco antes de las diez en punto, Arthur y Quincey entraron en la habitación de Van Helsing; él nos contó lo que quería que hiciéramos, pero dirigiéndose especialmente a Arthur, como si nuestras voluntades estuvieran centradas en la suya. Comenzó diciendo que esperaba que todos le acompañáramos.

—Pues hay un grave deber que ha de cumplirse allí —dijo—. ¿Sin duda le sorprendió mi carta? —le preguntó directamente a lord Godalming.

—Así fue. Y durante un rato me sentí bastante molesto. Últimamente he sufrido tantos reveses que podría pasar perfectamente sin ninguno más. También he sentido curiosidad sobre a qué podría referirse usted. Quincey y yo lo estuvimos hablando; pero cuanto más lo hablábamos más desconcertados nos sentíamos, hasta el punto de que en estos momentos puedo afirmar que, en lo que a mí respecta, no tengo la más mínima idea sobre el significado de todo esto.

—Ni yo —dijo Quincey Morris lacónicamente.

—¡Oh! —dijo el profesor—. Entonces están los dos más cerca del punto de partida que aquí el amigo John, quien tendrá que retroceder un largo trecho antes de llegar siquiera tan lejos como al principio.

Era evidente que se había dado cuenta de que había vuelto a adoptar mi anterior incredulidad, sin que yo dijera una sola palabra. Entonces, volviéndose hacia los otros dos, dijo con intensa seriedad:

—Quiero que me den su permiso para hacer esta noche lo que creo correcto. Es mucho pedir, lo sé; sólo cuando sepan ustedes qué es lo que propongo hacer, y sólo entonces, sabrán realmente cuánto. Por lo tanto, debo pedirles que se comprometan en la más completa ignorancia, de

modo que luego, aunque puedan enfadarse conmigo durante un tiempo, y no debo engañarme respecto a la posibilidad de que es muy probable que así sea, no tengan ustedes que sentirse culpables de nada.

—Eso es ser franco —intervino Quincey—. Yo respondo por el profesor. No acabo de comprenderle, pero puedo jurar que es honesto; y eso ya es suficiente para mí.

—Se lo agradezco, caballero —dijo Van Helsing orgullosamente—. Me he hecho a mí mismo el honor de contarle a usted entre mis amigos de confianza, y semejante respaldo me resulta muy grato.

Extendió una mano, que Quincey estrechó.

Entonces habló Arthur:

—Doctor Van Helsing, nunca me ha gustado comprar un «cerdo en un saco», como dicen en Escocia, y si se trata de algo que pudiera comprometer mi honor de caballero, o mi fe de cristiano, no podría hacerle semejante promesa. Si puede usted asegurarme que lo que pretende no viola ni lo uno ni lo otro, entonces le doy mi consentimiento de inmediato, aunque a fe mía que no consigo entender adonde pretende llegar.

—Acepto sus limitaciones —dijo Van Helsing—, y lo único que pido de usted es que, si cree necesario condenar cualquiera de mis actos, antes lo considerará bien y se cerciorará de que no viola sus reservas.

—¡Trato hecho! —dijo Arthur—. Me parece justo. Y ahora que hemos terminado con los *pourparlers* ^[188], ¿puedo preguntarle qué es lo que debemos hacer?

—Quiero que me acompañen, en secreto, al cementerio de Kingstead.

El rostro de Arthur cambió de semblante, mientras decía atónito:

—¿Donde está enterrada la pobre Lucy?

El profesor asintió. Arthur continuó:

—¿Y cuando estemos allí?

—¡Entraremos en su panteón!

Arthur se levantó.

—Profesor, ¿habla usted en serio o se trata de una monstruosa broma? Perdóneme, veo que habla en serio.

Se volvió a sentar, pero vi que adoptaba una postura rígida y orgullosa, como la de alguien que intenta proteger su dignidad. Hubo unos momentos de silencio hasta que volvió a preguntar:

—¿Y cuando estemos dentro del panteón?

—¡Abriremos el féretro!

—¡Esto es demasiado! —dijo Arthur, volviendo a levantarse enfurecido—. Estoy dispuesto a ser paciente en todo aquello que sea razonable. ¡Pero esto...! ¡Esta profanación de la tumba de aquélla a la que...!

La indignación ahogó sus palabras. El profesor le miró compasivamente.

—Si pudiera ahorrarle un solo sufrimiento, mi pobre amigo —dijo—, Dios sabe que lo haría. Pero esta noche nuestros pies deberán caminar por senderos espinosos; o de lo contrario, más tarde y durante toda la eternidad, ¡los pies de aquélla a la que usted ama caminarán por senderos de fuego!

Arthur alzó la mirada con el rostro blanco, impenetrable, y dijo:

—¡Tenga cuidado, señor, tenga cuidado!

—¿No sería mejor que oyeran lo que tengo que decir? —dijo Van Helsing—. Así sabrán, al menos, hasta dónde llegan mis intenciones. ¿Puedo seguir?

—Me parece justo —terció Morris.

Tras una pausa, Van Helsing continuó, con esfuerzo evidente:

—La señorita Lucy está muerta, ¿no es así? ¡Sí! Entonces no podemos causarle ningún mal. Pero si no estuviera muerta...

Arthur se levantó de un salto.

—¡Buen Dios! —gritó—. ¿Qué quiere decir? ¿Es que ha habido algún error, ha sido enterrada viva?

Gimió con una angustia que ni siquiera la esperanza podría suavizar.

—No he dicho que estuviera viva, hijo mío; no lo creo. No voy más allá de decir que podría estar no-muerta.

—¡No-muerta! ¡Pero tampoco viva! ¿Qué quiere decir? ¿Es todo esto una pesadilla, o de qué se trata?

—Existen misterios que los hombres sólo pueden intuir, y que siglo tras siglo únicamente han podido resolverse en parte. Créame, nos encontramos al borde de uno. Pero aún no he terminado. ¿Podría cortarle la cabeza a la difunta señorita Lucy?

—¡Por todos los santos, no! —gritó Arthur en una tormenta de pasión—. Por nada en el mundo consentiré que se mutile su difunto cuerpo. Doctor Van Helsing, me pone usted muy duramente a prueba. ¿Qué le he hecho para que me torture de este modo? ¿Qué le hizo mi pobre y dulce muchacha para que quiera deshonorar de tal modo su tumba? ¿Está usted loco para decir semejantes cosas, o lo estoy yo por escucharlas? No se atreva a seguir pensando en semejante profanación; no voy a darle mi consentimiento para nada. Tengo el deber de proteger su tumba del ultraje; ¡y por Dios que lo haré!

Van Helsing se levantó del asiento en el que había permanecido escuchando todo el rato, y dijo severamente y con gran seriedad:

—Milord Godalming, también yo tengo un deber que cumplir, un deber para con otros, un deber para con usted, un deber para con los muertos. ¡Y por Dios que lo cumpliré! Lo único que le pido ahora es que venga conmigo, que vea y escuche; y si, cuando más adelante le haga la misma petición, no está usted incluso más deseoso que yo de llevarla a cabo, entonces... entonces cumpliré con mi deber, sea éste el que yo considere correcto. Y entonces, siguiendo los deseos de Su Señoría, me pondré completamente a su disposición para rendirle cuentas, cuando y donde lo desee.

Llegado este momento se le quebró un poco la voz, y continuó en un tono repleto de compasión:

—Pero, se lo suplico, no siga enfadado conmigo. En una larga vida de actos que a menudo no fueron placenteros para mí, y que en ocasiones me partieron el corazón, nunca me había enfrentado a una tarea tan dura como ésta de ahora. Créame cuando le digo que, si llega el momento de que usted cambie de opinión respecto a mí, bastará una mirada suya para borrar por completo esta hora tan triste, pues yo haría todo lo que fuera humanamente posible por ahorrarle dolor. Únicamente piense: ¿por qué razón iba yo a procurarme tanto trabajo y pesar? Vine aquí desde mi propia tierra para ayudar cuanto estuvo en mi mano; al principio para complacer a mi amigo John, y después para ayudar a una dulce muchacha, a la que, también yo, acabé amando. Por ella... me avergüenza revelarlo, pero se lo digo con cariño; por ella di lo mismo que usted: la sangre de mis venas. Sí, yo, que no era, como usted, su amante, sino sólo su médico y amigo. Le dediqué mis noches y días... antes de la muerte, y después de la muerte. Y si todavía ahora, que es una muerta no-muerta, mi muerte pudiera hacerle algún bien, podrá contar con ella.

Dijo esto con un orgullo muy grave y dulce, y Arthur se vio muy conmovido por ello. Estrechó la mano del anciano y dijo con la voz quebrada:

—Oh, es muy difícil pensar en todo esto, y no puedo entenderlo; pero al menos iré con usted, y esperaré.

Capítulo XVI

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(continuación)

Acababan de dar las doce menos cuarto cuando entramos en el cementerio, saltando el pequeño muro. La noche era oscura, con ocasionales rayos de luz lunar filtrándose entre los jirones de las espesas nubes que atravesaban velozmente el cielo. Por algún motivo, una vez dentro, todos nos mantuvimos muy juntos, con Van Helsing ligeramente a la cabeza, dado que abría el camino. Cuando llegamos a las proximidades del panteón, observé atentamente a Arthur, pues temía que la cercanía de un lugar tan cargado de tristes recuerdos pudiera afectarle; pero él se mantuvo firme. Supuse que el mismo misterio de nuestros actos tendía en cierto modo a contrarrestar su pena. El profesor abrió la puerta y, tras observar una lógica vacilación por parte de todos nosotros —cada uno tenía sus motivos—, resolvió el dilema entrando el primero. Los demás le seguimos, y él cerró la puerta a nuestras espaldas. A continuación encendió una linterna y señaló en dirección al ataúd. Arthur avanzó indeciso; Van Helsing me dijo:

—Tú estuviste ayer aquí conmigo. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en ese ataúd?

—Lo estaba.

El profesor se volvió a los demás, diciendo:

—Ya lo han oído; y, sin embargo, todavía se resiste a creer.

Extrajo su destornillador y, una vez más, aflojó la tapa del féretro. Arthur le observó, muy pálido, pero en silencio; cuando retiró la tapa del ataúd, se aproximó a él. Evidentemente, no sabía que el féretro tenía un revestimiento de plomo, o en cualquier caso no había pensado en ello. Cuando vio la marca de la sierra sobre el plomo, la sangre asomó a sus mejillas por un instante, pero volvió a descender con la misma rapidez, dejando en su rostro una espantosa palidez. Van Helsing forzó hacia atrás el reborde de plomo. Todos miramos a su interior, y retrocedimos.

¡El ataúd estaba vacío!

Durante varios minutos nadie dijo una sola palabra. Finalmente, Quincey Morris rompió el silencio:

—Profesor, yo he respondido por usted. Su palabra es suficiente para mí. En circunstancias normales, nunca le preguntaría algo semejante... no le deshonraría con mis dudas; pero éste es un misterio que va más allá de cualquier honor o deshonor. ¿Es esto labor suya?

—Le juro por todo lo que considero sagrado que ni me la he llevado ni la he tocado. Esto es lo que ha sucedido: hace dos noches, mi amigo Seward y yo vinimos aquí, con un buen propósito, créanme. Yo abrí el ataúd, que entonces estaba sellado, y lo encontramos vacío, como ahora. Entonces esperamos, y vimos algo blanco moviéndose entre los árboles. Al día siguiente, vinimos aquí durante el día, y la encontramos yaciendo ahí. ¿No es así, amigo John?

—Sí.

—Aquella noche llegamos justo a tiempo. Había desaparecido otro niño pequeño, al que encontramos, gracias a Dios, ileso entre las tumbas. Ayer volví antes de la puesta del sol, pues después de la puesta del sol los no-muertos pueden moverse libremente. Esperé aquí toda la noche, hasta el amanecer, pero no vi nada, debido probablemente a que había colgado de estas manillas varias cabezas de ajos, que los no-muertos no pueden soportar, así como otras cosas que también evitan. Anoche, por lo tanto, no hubo éxodo. Esta noche, antes de la puesta del sol, vine a retirar mis ajos y lo demás. Ésa es la razón de que ahora encontremos este ataúd vacío. Tengan un poco más de paciencia. Hasta ahora han sucedido muchas cosas extrañas. Esperen conmigo afuera, escondidos y sin hacer ruido, y verán cosas mucho más extrañas aún. Así pues... —dijo cerrando la portezuela corrediza de su linterna— volvamos afuera.

Abrió la puerta y salimos en fila; él fue el último y volvió a cerrar la puerta con llave.

¡Oh! ¡Qué fresca y pura parecía la brisa nocturna después del terror de aquella cripta! ¡Qué delicia ver las nubes deslizándose a toda velocidad, y los breves destellos de luz lunar que las atravesaban, mientras cruzaban el cielo... como las alegrías y las penas de la vida de un hombre! ¡Qué alivio volver a respirar aire fresco, sin la ponzoña de la muerte y la descomposición! ¡Qué sensación de humanidad, ver el destello rojo del cielo por detrás de las colinas, y oír a lo lejos el amortiguado rumor que marca la vida de una gran ciudad! Todos, cada uno a su manera, nos sentíamos sobrecogidos y abrumados. Arthur guardaba silencio, y estaba —pude verlo— luchando por vislumbrar el propósito y el significado oculto del misterio. Yo, por mi parte, aguardaba pacientemente, y me sentía de nuevo medio tentado de dejar de lado mis dudas y aceptar las conclusiones de Van Helsing. Quincey Morris permanecía flemático, a la manera del hombre que lo acepta todo y lo acepta con coraje y sangre fría, arriesgando todo cuanto tiene. Ya que no podía fumar, cortó un trozo de tabaco de buen tamaño y

empezó a mascararlo. En cuanto a Van Helsing, andaba ocupado en una tarea muy concreta. Primero extrajo de su maletín lo que parecía una delgada oblea, como de barquillo, cuidadosamente enrollada en una servilleta blanca; después, tomó un puñado doble de cierta sustancia blanca, como pasta o masilla. Machacó bien el barquillo y lo mezcló con la masa entre sus manos. Después, hizo finas tiras de la pasta resultante, y empezó a cubrir con ellas las grietas que se abrían entre la puerta del panteón y su marco. Esto me desconcertó un poco, de modo que, ya que me encontraba cerca de él, le pregunté qué era lo que estaba haciendo. Arthur y Quincey se acercaron, pues también sentían curiosidad. Él respondió:

—Estoy sellando la tumba, para que el no-muerto no pueda entrar.

—¿Y esa cosa que ha puesto ahí se lo va a impedir? —preguntó Morris
—. ¡Gran Scott! ¿Acaso estamos jugando?

—Lo hará.

—¿Qué es lo que está utilizando? —esta vez fue Arthur quien preguntó. Van Helsing se quitó el sombrero reverencialmente mientras respondía:

—La Sagrada Forma. La he traído de Ámsterdam. Me han concedido una indulgencia^[189].

Fue una respuesta que horrorizó incluso al más escéptico; y todos nosotros sentimos individualmente que ante un propósito tan grave como el del profesor, un propósito que le había llevado a utilizar lo que para él era lo más sagrado, era imposible desconfiar. Sumidos en un respetuoso silencio, regresamos cada uno al lugar que nos había asignado alrededor del panteón, ocultos a la vista de cualquiera que se aproximase. Compadecí a los otros, especialmente a Arthur. Yo ya estaba acostumbrado, a raíz de mis anteriores visitas, a tan horrenda vigilancia; y, sin embargo, a pesar de que hasta hacía una hora había repudiado las pruebas, sentí que se me encogía el corazón. Nunca las tumbas habían parecido tan espantosamente blancas; nunca habían parecido el ciprés, el tejo y el enebro, encarnar de tal modo la fúnebre melancolía; nunca habían ondulado los árboles y la hierba con tanta ominosidad; nunca las ramas habían crujido con tanto misterio; y nunca habían enviado los aullidos de los lejanos perros tal presagio cargado de desdicha a través de la noche.

Transcurrió un largo rato de silencio, un vacío profundo y cargado de pesar. Entonces, el profesor siseó y señaló a lo lejos. Avanzando por la avenida de tejos, vimos una blanca figura que sostenía algo oscuro contra su pecho. La figura se detuvo. Y en ese instante un rayo de luna asomó entre las masas de nubes pasajeras y reveló con sobrecogedora claridad a una mujer de cabellos oscuros^[190], vestida con ropas fúnebres. No pudimos verle el rostro, pues lo tenía inclinado sobre lo que descubrimos que era un niño rubio. Se produjo una pausa, y luego oímos un gritito agudo, como el que daría un niño dormido, o un perro

que sueña frente al fuego. Estábamos dispuestos a salirle al encuentro, pero un gesto de advertencia del profesor, desde su escondite detrás de un tejo, nos detuvo; a continuación, la blanca figura volvió a avanzar. Ahora estaba lo suficientemente cerca como para que la viéramos claramente, y la luz de la luna seguía rielando. Mi propio corazón se tornó frío como el hielo, y pude oír el grito ahogado de Arthur al reconocer los rasgos de Lucy Westenra. Lucy Westenra, sí, pero tan cambiada... Su dulzura se había transformado en adamantina y despiadada crueldad, y su pureza en voluptuosa lascivia. Van Helsing salió a su encuentro y, obedeciendo su señal, los demás también avanzamos. Nos colocamos los cuatro formando una barrera frente a la puerta del panteón. Van Helsing elevó su linterna y recorrió la portezuela. La luz concentrada que cayó sobre el rostro de Lucy nos permitió ver unos labios carmesíes de sangre fresca, y un reguero que corría hasta gotear por encima de la barbilla, manchando la pureza de su sudario de blanco linón.

Todos nos estremecimos de horror. Pude ver, por el modo en el que temblaba la linterna, que incluso los nervios de acero de Van Helsing habían flaqueado. Arthur estaba a mi lado, y si no le hubiera agarrado del brazo para sostenerle, habría caído.

Cuando Lucy nos vio —llamo Lucy al ser que teníamos frente a nosotros porque tenía su apariencia^[191] —, retrocedió con un gruñido de furia, como el de un gato al que han cogido por sorpresa; después sus ojos cayeron sobre nosotros, uno tras otro. Eran los ojos de Lucy en forma y color; pero unos ojos de Lucy impuros y rebosantes de fuego infernal, despojados de la pureza y amabilidad que habíamos conocido. En aquel momento, todo lo que quedaba de mi amor se convirtió en odio y desprecio; si hubiera sido necesario asesinarla entonces, podría haberlo hecho con salvaje placer. Mientras nos miraba, sus ojos refulgieron con una luz impía, y su rostro se engalanó con una sonrisa voluptuosa. ¡Oh, Dios, cómo me estremeció sólo verla! Con un movimiento descuidado, arrojó al suelo, imperturbable como un demonio, al niño que hasta entonces había apretado enérgicamente contra su pecho, gruñendo por encima de él como un perro gruñe por un hueso. El niño profirió un grito agudo, y permaneció allí sollozando. Hubo tal indiferencia en su acción que arrancó un gemido de la garganta de Arthur. Cuando Lucy avanzó hacia él con los brazos abiertos y una sonrisa lasciva, él retrocedió y ocultó el rostro entre las manos.

En cualquier caso, ella siguió avanzando, y con una elegancia lánguida y voluptuosa, dijo:

—Ven a mí, Arthur. Deja a esos otros y ven a mí. Mis brazos están hambrientos de ti. Ven, y podremos descansar juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Había algo diabólicamente dulce en su tono —algo parecido al tintineo del cristal al ser golpeado— que resonó en los cerebros de todos nosotros, a pesar de que las palabras estuviesen destinadas a otro. En

cuanto a Arthur, pareció como hechizado; tras retirar las manos de su rostro, abrió los brazos de par en par. Lucy se precipitó hacia él, pero Van Helsing se interpuso entre ellos de un salto, alzando su pequeño crucifijo de oro. Ella retrocedió ante él y, con el rostro repentinamente desencajado, repleto de furia, le esquivó por un lateral, con la intención de entrar en el mausoleo.

Sin embargo, cuando llegó a un pie o dos de la puerta, se paró como detenida por una fuerza irresistible. Entonces se volvió hacia nosotros, mostrándonos su rostro iluminado por el claro de luna, y por la luz de la linterna, que ahora ya no temblaba, sostenida por los nervios de acero de Van Helsing. Jamás en la vida había visto semejante maldad frustrada en un rostro; y confío en que ningunos ojos mortales vuelvan a verla jamás. La rosada tez se tornó lívida, los ojos parecieron arrojar chispas de fuego infernal, las cejas se fruncieron como si los pliegues de carne fueran los rizos de las serpientes de Medusa, y la encantadora boca manchada de sangre se abrió hasta formar un cuadrado, como las máscaras de pasión de los griegos y japoneses. Si alguna vez un rostro significó muerte —si las miradas pudieran matar—, lo vimos en aquel momento.

Y así, durante medio minuto que pareció una eternidad, ella permaneció inmóvil entre el crucifijo alzado y el sello sagrado que le impedía entrar. Van Helsing rompió el silencio preguntándole a Arthur:

—¡Respóndame, oh, amigo mío! ¿Debo continuar con mi trabajo?

Arthur se dejó caer de rodillas y escondió el rostro entre las manos al responder:

—Haga lo que quiera, amigo; haga lo que quiera. ¡No podemos consentir que exista un horror como éste! —y gimió violentamente. Quincey y yo nos acercamos a él simultáneamente y le tomamos de los brazos. Pudimos oír el chasquido de la linterna al cerrarse, mientras Van Helsing la bajaba. A continuación se acercó al panteón y empezó a retirar de las grietas el sagrado emblema que había colocado allí. Todos miramos con horrorizada sorpresa al ver cómo, en el preciso momento en el que él retrocedió, la mujer, que hasta entonces había tenido una presencia corpórea tan real como la nuestra, pasó a través de un intersticio por el que apenas habría entrado el filo de una navaja. Todos sentimos una sensación de alivio y satisfacción cuando vimos al profesor colocar de nuevo con calma las tiras de pasta en los rebordes de la puerta.

Cuando terminó levantó al niño del suelo y dijo:

—Vengan, amigos míos, no podemos hacer nada más hasta mañana. Hay un funeral a mediodía, de modo que vendremos todos no mucho más tarde. Hacia las dos los amigos del difunto se habrán marchado, y cuando el sacristán cierre la puerta nos quedaremos dentro. Entonces tendremos otra tarea que hacer; pero no será como la de esta noche. En

cuanto a este pequeño, no está malherido, y mañana por la noche debería estar bien. Le dejaremos en un lugar en el que pueda encontrarle la policía, como la otra noche. Y luego, a casa.

Acercándose a Arthur, dijo:

—Amigo Arthur, ha sufrido una prueba muy dolorosa; pero más adelante, cuando vuelva la vista atrás, comprenderá lo necesaria que era. Ahora está usted vadeando las aguas amargas, hijo mío. Mañana a esta misma hora, si Dios quiere, las habrá dejado atrás, y habrá bebido de las aguas dulces; de modo que no se aflija excesivamente. Hasta entonces no le pediré que me perdone.

Arthur y Quincey vinieron a casa conmigo, y durante el trayecto intentamos levantarnos el ánimo los unos a los otros. Habíamos dejado al niño sano y salvo, y estábamos cansados; de modo que todos acabamos por quedarnos más o menos dormidos.

29 de septiembre, noche . —Poco antes de las doce en punto, nosotros tres —Arthur, Quincey Morris, y yo mismo— fuimos a buscar al profesor. Fue curioso darse cuenta de que todos nos habíamos vestido con ropas negras como de común acuerdo. Por supuesto, Arthur iba de negro porque estaba de luto riguroso, pero los demás nos lo habíamos puesto instintivamente. Llegamos al cementerio a la una y media, y paseamos por allí intentando no ser vistos, de modo que cuando los enterradores completaron su tarea, y el sacristán, creyendo que todo el mundo se había marchado, cerró la puerta, tuvimos el lugar para nosotros solos. Van Helsing, en vez de su pequeño maletín negro, había traído consigo un gran bolso de cuero, parecido a una bolsa de críquet; se notaba que pesaba bastante.

Cuando estuvimos solos y oímos las últimas pisadas alejarse por la carretera, seguimos en silencio al profesor hasta el panteón, como siguiendo una consigna. Él abrió la puerta y entramos, cerrándola tras nosotros. A continuación extrajo de su bolsa la linterna, que encendió, y también dos velas de cera, que, una vez encendidas, pegó, fundiendo sus propios extremos, sobre otros ataúdes, de modo que dieran suficiente luz para trabajar. Cuando de nuevo levantó la tapa del féretro de Lucy, todos nos acercamos a mirar —Arthur temblando como una hoja—, y vimos que el cuerpo yacía allí otra vez, con toda su belleza muerta. Pero no quedaba amor en mi corazón; no quedaba nada, salvo aborrecimiento por la repugnante *Cosa* que había tomado la forma de Lucy sin poseer su alma. Pude ver incluso el rostro de Arthur endureciéndose mientras miraba. Al cabo de un rato, le preguntó a Van Helsing:

—¿Es realmente el cuerpo de Lucy, o sólo un demonio con su forma?

—Es su cuerpo y, sin embargo, no lo es. Pero espere un rato y podrá verla tal como era y es.

Aquel ser parecía una versión pesadillesca de Lucy; los dientes puntiagudos, la boca voluptuosa, manchada de sangre —ante cuya visión cualquiera se estremecería—, su aspecto carnal y carente de espíritu, como una burla demoníaca de la dulce pureza de Lucy. Van Helsing extrajo metódicamente los diversos objetos que llevaba en su bolsa y los ordenó para su uso. En primer lugar sacó un hierro de soldador y un poco de soldadura de fontanero, y luego una pequeña lámpara de aceite, que produjo, una vez encendida en un rincón de la tumba, un gas que ardía fieramente con llama azul; después, sus bisturís de operar, que dejó a mano; y por último una redonda estaca de madera, de dos o tres pulgadas de circunferencia y unos tres pies de largo^[192]. Un extremo de la misma había sido endurecido al fuego y afilado hasta conseguir una punta considerable. Junto a esta estaca extrajo un pesado martillo, semejante al que hay en las carboneras de las casas para romper los carbones. Para mí, los preparativos realizados por un médico antes de cualquier tipo de operación resultan estimulantes y reconfortantes, sin embargo, el efecto de estos objetos tanto en Arthur como en Quincey fue el de causarles una especie de consternación. En cualquier caso, ambos mantuvieron la sangre fría y permanecieron en silencio sin decir nada.

Cuando todo estuvo listo, Van Helsing dijo:

—Antes de que comencemos, déjenme que les diga lo siguiente: todo nuestro conocimiento deriva del saber popular, de la experiencia de los antiguos y de todos aquellos que han estudiado los poderes del no-muerto. Cuando alguien se convierte en tal, el cambio llega acompañado de la maldición de la inmortalidad; no pueden morir, sino que deben seguir, era tras era, cobrándose nuevas víctimas y multiplicando los males del mundo; pues todos aquellos que mueren presas del no-muerto se convierten igualmente en no-muertos para luego depredar sobre la humanidad. Y así, el círculo continúa expandiéndose siempre, como las ondas provocadas por una piedra arrojada al agua^[193]. Amigo Arthur, si hubiera recibido el beso que usted ya sabe antes de que la pobre Lucy muriera; o si, de nuevo, le hubiera besado anoche, cuando abrió usted los brazos para recibirla, a su debido tiempo, a su muerte, se habría convertido usted en un *nosferatu*, como los llaman en Europa Oriental, y con el tiempo habría acabado creando más de estos no-muertos que tanto horror nos han causado. La carrera de nuestra desdichada y querida dama no acaba sino de empezar. Por ahora, esos niños cuya sangre chupó no están tan mal; pero si ella siguiera viviendo no-muerta, ellos seguirían perdiendo cada vez más sangre. Y por el poder que ella tiene ahora sobre ellos, regresarían una y otra vez a su lado; y de ese modo ella les extraería la sangre con su perversa boca. Pero si ella muere de verdad, entonces todo cesará; las heridas de sus gargantas desaparecerán, y los pequeños volverán a sus juegos ignorantes de lo que ha sucedido. Pero la mayor bendición de todas es que cuando esta que ahora es no-muerta descansa como una auténtica muerta, entonces el alma de la desdichada dama a la que nosotros amamos volverá a ser libre. En vez de cometer perversidades durante la noche y corromperse

cada vez más en su asimilación de las mismas durante el día, podrá ocupar su puesto junto a los demás Ángeles. De modo que, amigo mío, para ella será una mano bendita la que aseste el golpe que la libere. Yo estoy dispuesto a hacerlo, pero ¿acaso no hay entre nosotros ninguno con mayor derecho? ¿No será un consuelo pensar más adelante, en el silencio de la noche, cuando el sueño no quiera venir: «Fue mi mano la que la envió a las estrellas; fue la mano de aquel que más la amó; la mano que, de entre todas, ella misma habría elegido, si hubiera podido hacerlo»? Díganme si acaso no hay alguien así entre nosotros.

Todos miramos a Arthur. Él vio, también, lo mismo que vimos nosotros: la infinita generosidad que sugería que suya debería ser la mano que hiciera de nuevo de Lucy un recuerdo sagrado para nosotros, y no uno impío. De modo que dio un paso adelante y dijo valerosamente, aunque su mano temblaba, y su rostro estaba tan pálido como la nieve:

—Mi verdadero amigo, desde lo más hondo de mi roto corazón le doy las gracias. ¡Dígame qué debo hacer, y no flaquearé!

Van Helsing le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—¡Valiente muchacho! Un momento de coraje, y habrá terminado. Debe atravesar su cuerpo con esta estaca. Será una horrible ordalía, no se engañe, pero durará poco, y después se alegrará usted de que su dolor haya sido tan grande y emergerá de esta siniestra tumba como si caminara sobre el aire. Pero una vez haya comenzado no debe flaquear. Piense únicamente que nosotros, sus auténticos amigos, estamos a su alrededor, y que rezamos por usted todo el tiempo.

—Continúe —dijo Arthur roncamente—. Dígame qué debo hacer.

—Tome esta estaca con la mano izquierda, dispuesta de modo que pueda colocar la punta sobre el corazón, y el martillo con la derecha. Después, cuando comencemos nuestra oración de difuntos —yo la leeré; tengo aquí el libro, y los otros me seguirán—, golpee en el nombre de Dios, para restituir la paz a la muerta que amamos, y para que el no-muerto desaparezca.

Arthur tomó la estaca y el martillo, y una vez su mente se dispuso a la acción, sus manos no temblaron ni titubearon. Van Helsing abrió su misal y empezó a leer, y Quincey y yo le seguimos como pudimos. Arthur colocó la punta de la estaca sobre el corazón, y al mirar pude ver su marca sobre la blanca carne. Entonces golpeó con todas sus fuerzas.

La Cosa en el ataúd se retorció y de sus abiertos labios rojos brotó un espantoso alarido que helaba la sangre. El cuerpo se agitó y se estremeció y se retorció con salvajes contorsiones; los afilados dientes blancos mordieron el vacío y desgarraron los labios, llenando la boca de una espuma escarlata. Pero Arthur no flaqueó. Parecía una representación de Thor, elevando y descargando su poderoso brazo, hundiendo más y más aquella estaca cargada de piedad, mientras la

sangre del corazón atravesado manaba y salpicaba a su alrededor. Su rostro mostraba resolución, y un brillo celestial pareció emanar de él; su visión nos dio coraje, y nuestras voces retumbaron en la pequeña cripta.

Entonces el cuerpo dejó de agitarse y retorcerse, y los dientes cesaron de morder, y la cara de estremecerse. Finalmente, yació inmóvil. La terrible tarea había terminado.

El martillo cayó de la mano de Arthur. Él se tambaleó y habría caído al suelo si no le hubiéramos sostenido. Grandes gotas de sudor perlaban su frente y su respiración era agónicamente entrecortada. La tensión había sido realmente horrenda; y de no haberse visto obligado a desempeñar semejante tarea por consideraciones sobrehumanas, jamás hubiera podido completarla. Durante un par de minutos estuvimos tan preocupados por él que no prestamos atención al féretro. Cuando volvimos a mirar, un murmullo de estremecida sorpresa corrió del primero al último de nosotros. Estábamos observando tan absortos que Arthur se levantó, pues se había sentado en el suelo, y se acercó a mirar también; entonces, una extraña luz de satisfacción alumbró su cara y disipó por completo la oscuridad de horror que la había cubierto.

Allí, en el ataúd, no yacía ya la Cosa inmundada que tanto habíamos temido y llegado a odiar —hasta tal punto que el acto de su destrucción había sido cedido como un privilegio a aquél con más derecho a ejercerlo—, sino Lucy tal y como la habíamos visto en vida, con su rostro de incomparable dulzura y pureza. Y tal y como también las habíamos visto en vida, habían vuelto a aparecer las secuelas de la preocupación y el dolor y la enfermedad; pero a todos nos resultaban queridas, pues ponían de manifiesto su verdad respecto a lo que sabíamos. Todos y cada uno de nosotros sentimos que la sagrada paz que cubría su rostro y su malogrado cuerpo como un rayo de sol era únicamente una muestra terrenal y simbólica de la paz que iba a reinar para siempre.

Van Helsing se acercó a Arthur, le puso una mano sobre el hombro, y le dijo:

—Y ahora, Arthur, amigo mío, querido muchacho, ¿me ha perdonado?

Reaccionando tras aquella terrible tensión, Arthur estrechó la mano del anciano, y después, alzándola hasta sus labios, la besó diciendo:

—¡Perdonado! Que Dios le bendiga por haberle devuelto a mi amada su alma, y a mí la paz.

Puso las manos sobre los hombros del profesor y, enterrando la cara en su pecho, lloró un rato en silencio, mientras nosotros permanecíamos inmóviles. Cuando volvió a alzar la cabeza, Van Helsing le dijo:

—Y ahora, hijo mío, puede usted besarla. Bese sus labios muertos, si lo desea, tal y como ella querría que lo hiciera si le fuera dado escoger. Pues ya no es un demonio sonriente... ni tampoco un ser inmundo para toda la eternidad. Ya no es la no-muerta del diablo. ¡Es una auténtica muerta de Dios, cuya alma está con Él!

Arthur se inclinó y la besó, y después le enviamos junto con Quincey al exterior de la tumba; el profesor y yo serramos el extremo superior de la estaca, dejando la punta en el interior del cuerpo. A continuación, cortamos la cabeza y llenamos la boca con ajo. Soldamos el ataúd de plomo, atornillamos la tapa y, reuniendo nuestras pertenencias, salimos. Cuando el profesor cerró la puerta, le entregó la llave a Arthur.

Afuera la brisa era agradable, el sol brillaba y los pájaros cantaban, y pareció como si toda la naturaleza estuviera afinada con una tonalidad diferente. Por todas partes había felicidad y alegría y paz, pues también nosotros habíamos encontrado paz, y estábamos contentos, aunque fuera con una alegría atemperada.

Antes de marcharnos, Van Helsing dijo:

—Ahora, amigos míos, hemos terminado la primera parte de nuestro trabajo, la más espeluznante para nosotros. Pero aún queda una tarea mayor: encontrar al causante de nuestras penurias y aniquilarle. Tengo varias pistas a seguir; pero aun así será una tarea larga y difícil, repleta de peligros y dolor. ¿No me ayudarán ustedes? Todos nosotros hemos aprendido a creer, ¿no es así? Y siendo así, ¿acaso no vemos cuál es nuestro deber? ¡Sí! ¿Y acaso no prometemos cumplirlo hasta el amargo final?

Cada uno por turnos estrechamos su mano y se lo prometimos. Entonces, mientras nos marchábamos, el profesor dijo:

—Dentro de dos noches deberán reunirse conmigo a las siete en punto para cenar todos juntos en casa del amigo John. Yo invitaré a dos personas más, dos personas que ustedes aún no conocen; y estaré preparado para explicarles lo que debemos hacer y detallarles mis planes. Amigo John, tú ven conmigo a casa, pues tengo que deliberar sobre muchas cosas, y tú puedes ayudarme. Esta noche partiré hacia Ámsterdam, pero regresaré mañana por la noche. Será entonces cuando empiece nuestra gran búsqueda. Pero antes tengo muchas cosas que decirles, para que sepan ustedes qué debemos hacer y qué debemos temer. Entonces renovaremos nuestra promesa; pues nos espera una tarea terrible y, una vez hayamos puesto nuestros pies en el arado, no podremos retroceder^[194].

Capítulo XVII

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

(continuación)

Cuando llegamos al Hotel Berkeley, había un telegrama para Van Helsing:

«Llego en tren. Jonathan en Whitby. Noticias importantes. —MINA HARKER».

El profesor estaba encantado.

—Ah, la maravillosa *madam* Mina —dijo—. ¡Perla entre las mujeres! Pero aunque ella venga, yo no puedo quedarme. Debe de ir a tu casa, amigo John. Tendrás que ir a esperarla a la estación. Telegráfala *en route* , de modo que esté sobre aviso.

Una vez despachado el cable, el profesor se tomó una taza de té, y mientras tanto me habló de un diario escrito por Jonathan Harker durante su estancia en el extranjero, y me entregó una copia mecanografiada del mismo, así como del diario de la señora Harker en Whitby.

—Llévatelos y estúdialos bien —dijo—. Para cuando yo regrese, ya conocerás todos los hechos, y entonces podremos iniciar mejor nuestras pesquisas. Guárdalos en sitio seguro, pues hay en ellos muchos tesoros. Incluso después de haber pasado por una experiencia como la de hoy, necesitarás de toda tu fe. Lo que aquí se cuenta —posó la mano pesadamente y con gran seriedad sobre el fajo de papeles—, podría ser el comienzo del fin para ti, para mí y para muchos otros; o podría marcar el toque de difuntos de este no-muerto que camina por la tierra. Léelo todo con mente abierta, te lo ruego; y si puedes añadir de algún modo algo a la historia que aquí se cuenta, hazlo, pues es de vital importancia.

También tú has llevado un diario de todos estos extraños acontecimientos; ¿no es así? ¡Sí! Cuando volvamos a encontrarnos deberemos repasarlos juntos.

El profesor se preparó para su partida y poco después tomó un coche a Liverpool Street^[195] . Yo me dirigí a Paddington, donde llegué unos quince minutos antes de que el tren efectuara su entrada.

La multitud se fundió en el bullicio común del andén de llegadas; y ya empezaba a preocuparme, no fuera a haber perdido a mi invitada, cuando se me aproximó una muchacha de rostro dulce y aspecto elegante y, tras echarme un rápido vistazo, dijo:

—El doctor Seward, ¿no es así?

—¡Y usted es la señora Harker! —respondí de inmediato. Ella me tendió la mano.

—Le he reconocido por la descripción de la pobre y querida Lucy; pero...

Se interrumpió repentinamente, y un rápido rubor se extendió por su rostro.

El rubor que subió a mis propias mejillas nos relajó en cierto modo a ambos, pues era una respuesta tácita al suyo. Cogí su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el metropolitano hasta Fenchurch Street^[196], después de que yo le hubiera enviado un cable a mi ama de llaves indicándole que preparase de inmediato una sala de estar y un dormitorio para la señora Harker.

Hemos llegado a la hora prevista. Ella ya sabía, por supuesto, que el lugar era un manicomio, pero he podido ver que, a pesar de todo, ha sido incapaz de reprimir un ligero escalofrío al entrar.

Me ha dicho que, si podía, vendría de inmediato a mi estudio, ya que tenía mucho que contarme. De modo que aquí estoy, terminando de grabar esta entrada de mi diario en el fonógrafo mientras la espero. Aún no he tenido oportunidad de leer los papeles que Van Helsing ha dejado a mi cargo, aunque los tengo extendidos frente a mí. Debo conseguir interesarla en algo, de modo que pueda tener oportunidad de leerlos. Ella no sabe cuán precioso es el tiempo, ni qué tarea tenemos entre manos. He de tener cuidado de no asustarla. ¡Ya está aquí!

DIARIO DE MINA HARKER

29 de septiembre . —Después de arreglarme, bajé al estudio del doctor Seward. Me detuve un momento frente a su puerta, pues me pareció que hablaba con alguien. Como, en todo caso, me había instado a que me apresurase, llamé a la puerta, y al oírle decir: «Entre», entré.

Para mi sorpresa, no había nadie con él. Estaba completamente solo, y sobre la mesa, frente a él, había un objeto que reconocí de inmediato, a partir de una descripción, como un fonógrafo. Nunca había visto uno, y sentí gran curiosidad.

—Espero no haberle hecho esperar —dije—; no me he atrevido a entrar antes porque le he oído hablando, y pensé que había alguien aquí con usted.

—¡Oh, no! —replicó, con una sonrisa—. Sólo estaba grabando mi diario.

—¿Su diario? —pregunté sorprendida.

—Sí —respondió él—. Lo guardo aquí —al decir esto, colocó su mano sobre el fonógrafo. Aquello me entusiasmó tanto que no pude evitar exclamar:

—¡Vaya, esto es mejor incluso que la taquigrafía! ¿Podría escuchar algo?

—Por supuesto —respondió él con presteza, y se levantó para ponerlo en marcha. Pero entonces se detuvo, y una expresión de preocupación asomó a su rostro.

—El caso es que... —comenzó torpemente—, únicamente guardo mi diario; y dado que trata exclusivamente, o casi exclusivamente, de mis casos, podría resultar embarazoso, o sea, quiero decir...

Se interrumpió, y yo intenté ayudarle a salir de su turbación:

—Usted ayudó a atender a la pobre Lucy durante sus últimos días. Déjeme oír cómo murió; le quedaría muy agradecida si pudiera conocer todos los detalles. Yo la quería mucho, muchísimo.

Para mi sorpresa, me respondió con una expresión de horror en el rostro:

—¿Hablarle de su muerte? ¡Por nada del mundo!

—¿Por qué no? —pregunté, sintiendo que me invadía una terrible congoja. El doctor Seward hizo una nueva pausa, y pude ver que estaba intentando inventarse una excusa. Finalmente, tartamudeó:

—Verá, es que no sé cómo localizar una parte concreta del diario —al mismo tiempo que hablaba se le ocurrió una idea, y dijo, con inconsciente sencillez, en un tono de voz diferente, y con la ingenuidad de un niño—. Por mi honor que es la pura verdad. ¡Palabra de indio!

No pude evitar sonreír, ante lo cual él hizo una mueca.

—¡Esta vez me he traicionado! —dijo—. Pero ¿puede creer que, aunque hace meses que llevo este diario, nunca se me había ocurrido qué iba a hacer para encontrar un momento determinado, en caso de que quisiera repasarlo?

Para entonces, yo ya había llegado al convencimiento de que el diario de uno de los médicos que había asistido a Lucy podría tener algo que añadir a la suma de nuestros conocimientos sobre aquel terrible ser, de modo que dije osadamente:

—Entonces, doctor Seward, lo mejor será que me permita usted que le haga una copia mecanografiada.

—¡No, no, no! —dijo poniéndose mortalmente pálido—. ¡Por nada del mundo le permitiría escuchar tan terrible historia!

O sea que era terrible. ¡Mi intuición era acertada! Me quedé pensando unos instantes y, mientras recorría con la vista la habitación, buscando inconscientemente algo que pudiera servirme de argumento, mis ojos cayeron sobre el gran fajo de hojas mecanografiadas que había sobre la mesa. Sus ojos captaron la mirada de los míos, y, sin pensarlo, siguieron su dirección. Al ver el fajo, se dio perfecta cuenta de mi intención.

—Usted no me conoce —dije—. Cuando haya leído esos documentos, mi propio diario y también el de mi esposo, que yo misma he mecanografiado, me conocerá mejor. No he vacilado en brindarle a esta causa incluso mis pensamientos más íntimos; pero, naturalmente, usted no me conoce... aún; y no debo esperar que confíe en mí tan pronto.

No cabe duda de que se trata de un hombre de noble carácter; la pobre Lucy tenía razón sobre él. Se levantó y abrió un gran cajón, en el cual había pulcramente guardados una serie de cilindros huecos de metal, cubiertos de cera negra, y dijo:

—Tiene toda la razón. No he confiado en usted porque no la conocía. Pero ahora la conozco; y permítame decirle que debería haberla conocido hace mucho tiempo. Sé que Lucy le habló de mí; también a mí me habló de usted. ¿Puedo compensarla del único modo que está en mi mano? Llévese los cilindros y escúchelos. La primera media docena son

personales, y no la horrorizarán; entonces me conocerá usted mejor. Para entonces la cena estará lista. Mientras, yo leeré algunos de estos documentos, y estaré mejor capacitado para entender ciertas cosas.

Él mismo ha traído el fonógrafo hasta mi sala de estar y lo ha ajustado para mí. Ahora me dispongo a escuchar algo agradable, estoy segura de ello; pues me va a revelar la otra cara de un auténtico episodio amoroso del cual ya conozco una versión...

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

29 de septiembre . —Estaba tan absorto en la lectura del extraordinario diario de Jonathan Harker y en el de su esposa, que he dejado que el tiempo pasara sin pensarlo. La señora Harker aún no había bajado cuando la doncella ha anunciado que la cena estaba lista, de modo que le he dicho:

—Posiblemente esté cansada; retrase la cena una hora —y continué leyendo. Acababa de terminar el diario de la señora Harker, cuando entró ella. Estaba muy hermosa, pero muy triste, y tenía los ojos húmedos de haber llorado. Por alguna razón, esto me ha conmovido sobremanera. ¡Dios sabe que últimamente he tenido motivos sobrados para llorar! Pero el alivio de las lágrimas me ha sido denegado. Y ahora, la visión de esos dulces ojos, todavía brillantes por las lágrimas recientes, me ha llegado directamente al corazón. De modo que, tan amablemente como he podido, le he dicho:

—Mucho me temo que la he afligido.

—Oh, no; afligido no —ha replicado—, pero su pena me ha conmovido más de lo que soy capaz de expresar. El fonógrafo es una máquina maravillosa, pero cruelmente sincera. Me ha transmitido, de viva voz, la angustia de su corazón. Ha sido como oír a alguien desnudando su alma frente a Dios Todopoderoso. ¡Nadie debe volver a oírlas jamás! Veo, he intentado ser útil. He transcrito todas sus palabras con mi máquina de escribir, así nadie más tendrá que oír los latidos de su corazón, como he hecho yo.

—Nadie tiene por qué saberlo; y nadie lo sabrá —dije con voz grave. Ella puso una mano sobre la mía, y dijo seriamente:

—¡Ah, pero deben!

—¡Deben! Pero ¿por qué? —pregunté.

—Porque forma parte de esta terrible historia, forma parte de la muerte de la pobre y querida Lucy, y de todo lo que condujo a ella; porque en la lucha que nos espera para librar a la tierra de este terrible monstruo necesitaremos todo el conocimiento y toda la ayuda que podamos reunir. Creo que los cilindros que me ha dado contienen más de lo que usted pretendía que yo supiera; he podido ver que su diario aporta muchas luces a este oscuro misterio. ¿Verdad que me dejará usted ayudar? Ya lo sé todo hasta cierto punto, y he podido ver, aunque su diario sólo me ha llevado hasta el 7 de septiembre, el acoso al que fue sometida la pobre Lucy, y cómo se forjó su terrible destino. Jonathan y yo hemos estado trabajando día y noche desde que nos visitó el profesor

Van Helsing. Él ha ido a Whitby a recabar más información, y mañana estará aquí para ayudarnos. No debe haber secretos entre nosotros; trabajando juntos y con absoluta confianza, seremos sin lugar a dudas más fuertes que si alguno de nosotros siguiera en la oscuridad.

Me miró de un modo tan suplicante, y al mismo tiempo manifestó tal valor y resolución, que cedí de inmediato a sus deseos.

—Puede hacer lo que considere conveniente —dije—. ¡Que Dios me perdone si me equivoco! Aún le quedan cosas terribles por escuchar; pero si ya ha avanzado tanto en el camino hacia la muerte de la pobre Lucy, sé que no se conformará con permanecer en la oscuridad. Es más, el final... el auténtico final, podría otorgarle un destello de paz. Venga, la cena está lista. Debemos fortalecernos mutuamente para lo que nos espera; nuestra tarea es cruel y temible. Cuando haya comido, podrá oír usted el resto, y yo contestaré a cualquier pregunta que se le ocurra, en caso de que haya algo que usted no entienda, aunque fuese evidente para nosotros, los que estuvimos presentes.

DIARIO DE MINA HARKER

29 de septiembre . —Después de cenar acompañé al doctor Seward a su estudio. Él trajo el fonógrafo de mi habitación, y yo mi máquina de escribir. Me instaló en una silla cómoda, dispuso el fonógrafo de manera que pudiera tocarlo sin tener que levantarme, y me mostró cómo detenerlo en caso de que quisiera hacer una pausa. Entonces, muy atentamente, se sentó en una silla de espaldas a mí, de modo que no me sintiera en lo más mínimo cohibida, y empezó a leer. Yo acerqué la horquilla metálica a mis oídos, y escuché.

Cuando terminé de oír la terrible historia de la muerte de Lucy, y... y todo lo que siguió, me recliné en la silla como si me hubieran abandonado las fuerzas. Afortunadamente, no soy proclive a los desmayos. Pero cuando el doctor Seward me vio, se levantó de un salto con una exclamación horrorizada y, tomando rápidamente una botella del aparador, me dio a beber algo de coñac, que me reanimó parcialmente en un par de minutos. Mi cerebro no paraba de dar vueltas, y de no ser porque entre aquella multitud de horrores irrumpía como un sagrado rayo de luz la certeza de que mi queridísima Lucy descansaba al fin en paz, no creo que hubiera podido evitar hacer una escena. Era todo tan descabellado, y misterioso, y extraño, que de no haber conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania no habría podido creerlo. Incluso así, seguía sin saber muy bien qué creer, de modo que opté por salir de mi apuro ocupándome de otra cosa. Retiré la tapa de mi máquina de escribir y le dije al doctor Seward:

—Déjeme que transcriba todo esto ahora mismo. Debemos estar preparados para cuando llegue el doctor Van Helsing. Le he enviado un telegrama a Jonathan para que venga aquí cuando llegue a Londres procedente de Whitby. En este asunto las fechas juegan un papel fundamental, y creo que si dejamos nuestro material preparado, y lo organizamos todo siguiendo un orden cronológico, habremos avanzado mucho. Me ha dicho usted que también van a venir lord Godalming y el señor Morris. Tenemos que ser capaces de contárselo todo cuando lleguen.

Por consiguiente, el doctor Seward puso en marcha el fonógrafo a un ritmo más lento, y yo empecé a mecanografiar a partir del séptimo cilindro. Utilicé papel carbón, y así pude sacar tres copias del diario, igual que había hecho con el resto. Ya era tarde cuando terminé, pero el doctor Seward continuó con su trabajo y fue a hacer su ronda de pacientes; cuando terminó, regresó y se sentó cerca de mí, leyendo, de modo que no me sintiera demasiado sola mientras trabajaba. Qué bueno y atento es; el mundo parece estar lleno de hombres buenos... a pesar de que también *haya* monstruos en él. Antes de darle las buenas noches, recordé lo que Jonathan había escrito en su diario respecto a la agitación que había sentido el profesor al leer algo en un periódico

vespertino en la estación de Exeter; de modo que, viendo que el doctor Seward guarda sus periódicos, tomé prestadas las carpetas del *Westminster Gazette* y la *Pall Mall Gazette*, y me los llevé a mi habitación. Recuerdo cuánto nos ayudaron los recortes del *Dailygraph* y la *Whitby Gazette* que pegué en mi diario a entender los terribles sucesos acontecidos en Whitby, cuando desembarcó el Conde Drácula, de modo que voy a repasar los diarios vespertinos desde entonces; quizá consiga encontrar alguna nueva luz. No tengo sueño, y el trabajo me ayudará a mantener la calma.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

30 de septiembre . —El señor Harker ha llegado a las nueve en punto. Había recibido el telegrama de su esposa justo antes de partir. Posee una inteligencia poco común, a juzgar por la expresión de su rostro, y está lleno de energía. Si su diario es cierto —y teniendo en cuenta mis propias y extraordinarias experiencias, debe serlo—, también es un hombre de gran valor. Ese segundo descenso a la cripta fue una notable demostración de arrojo. Tras haber leído su relato, esperaba encontrarme con un individuo rebosante de virilidad, difícilmente el caballero tranquilo con aspecto de hombre de negocios que ha llegado hoy.

Más tarde . —Tras la comida, Harker y su esposa han regresado a su habitación y, cuando hace un rato he pasado frente a la puerta, he oído el tecleo de la máquina de escribir. Están trabajando duro. La señora Harker dice que están reuniendo en orden cronológico hasta el último retazo de información que poseemos. Harker ha conseguido la correspondencia cruzada entre el destinatario de las cajas en Whitby y los transportistas de Londres que se hicieron cargo de ellas. Ahora está leyendo la transcripción que su esposa hizo ayer de mi diario. Me pregunto qué podrá sacar en claro de él. Aquí viene...

¡Qué extraño que nunca se me ocurriera que precisamente la casa de al lado pudiera ser el escondite del Conde! ¡Dios sabe que la conducta de Renfield nos proporcionó pistas suficientes! El hatillo de cartas relativas a la compra de la casa ha sido añadido a la transcripción. ¡Ay, si hubieran estado antes en nuestro poder, podríamos haber salvado a la pobre Lucy! Pero mejor no seguir por ahí... ¡Por ese camino acecha la locura^[197] ! Harker se ha vuelto a ir, y está cotejando de nuevo todos los datos. Dice que para la hora de la cena será capaz de mostrarnos una narración coherente. Opina que, mientras tanto, yo debería ir a ver a Renfield, ya que hasta ahora ha sido una especie de indicador de las idas y venidas del Conde. Yo aún no acabo de verlo claro, aunque supongo que cuando haya revisado las fechas también lo haré. ¡Menos mal que la señora Harker ha mecanografiado los contenidos de mis cilindros! De otro modo, nunca habríamos podido cotejar las fechas...

He encontrado a Renfield plácidamente sentado en su habitación con las manos entrelazadas, sonriendo beatíficamente. En ese momento parecía tan cuerdo como el que más. Me he sentado y he charlado con él sobre infinidad de temas, los cuales ha abordado con naturalidad. A continuación, de *motu proprio* , me ha hablado de la posibilidad de regresar a su casa, un tema que, que yo sepa, nunca había mencionado durante su estancia aquí. De hecho, se ha mostrado convencido de conseguir su alta de inmediato. Creo que, de no haber charlado antes con Harker y haber leído las cartas y repasado las fechas de sus

ataques, habría estado dispuesto a firmársela tras un breve periodo de observación. Tal y como están las cosas, me siento tremendamente suspicaz. Todos sus ataques estuvieron vinculados de una forma u otra a la proximidad del Conde. ¿Qué significa entonces esta absoluta conformidad? ¿Puede ser que su instinto esté convencido del ulterior triunfo del vampiro? Un momento. También él es zoófago, y en sus desaforados delirios frente a la puerta de la capilla de la casa abandonada siempre habló de un «amo». Todo esto parece confirmar nuestra idea. En cualquier caso, al cabo de un rato me marché; en estos momentos mi amigo está demasiado cuerdo como para que sea prudente interrogarle demasiado a fondo. ¡Podría empezar a pensar, y entonces...! Así que me he marchado. No me fío de estos periodos de calma suyos; por lo que le he dado al celador órdenes de que le observe atentamente, y que tenga preparada la camisa de fuerza por si hiciera falta.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

29 de septiembre, en el tren a Londres . —Cuando recibí el amable mensaje del señor Billington, comunicándome que ponía a mi disposición cuanta información obrase en su poder, pensé que lo mejor de todo sería ir a Whitby para hacer *in situ* tantas preguntas como fueran necesarias. Mi objetivo era rastrear el horrible cargamento del Conde hasta su casa de Londres. Más tarde, podríamos encargarnos de él. Billington Júnior, un muchacho muy atento, me recibió en la estación y me condujo hasta la casa de su padre, pues habían decidido que pasara la noche allí. Es una gente muy hospitalaria, con la auténtica hospitalidad de Yorkshire: dáselo todo a tu invitado y déjale libre de hacer lo que quiera. Todos sabían que ando muy ocupado, y que mi estancia sería corta, por lo que el señor Billington ya tenía preparados en su oficina todos los papeles relacionados con el envío de las cajas. Casi me dio un vuelco el corazón al ver de nuevo una de las cartas que había visto sobre el escritorio del Conde, cuando todavía no conocía sus diabólicos planes. Lo había ultimado todo a conciencia, y lo había llevado a cabo sistemáticamente y con precisión. Parecía haber previsto de antemano todos y cada uno de los obstáculos que pudieran dificultar el cumplimiento de sus designios. Por utilizar un americanismo, «no se la había jugado», y la absoluta precisión con la que sus instrucciones habían sido llevadas a cabo, había sido sencillamente el resultado lógico de su meticulosidad. Vi la factura, y tomé nota de ella: «Cincuenta cajas de tierra común, para ser utilizadas con propósitos experimentales». También hice copias de la carta dirigida a Cáster Paterson, y de su respuesta. Ésta fue toda la información que el señor Billington pudo proporcionarme, de modo que bajé al puerto y hablé con los guardacostas, con los oficiales de aduanas, y con el contramaestre del puerto. Todos tenían algo que decir acerca de la extraña llegada de la goleta, que ya ha entrado a formar parte de la tradición local; pero ninguno pudo añadir nada a aquella sencilla descripción: «Cincuenta cajas de tierra común». A continuación, fui a ver al jefe de estación, que amablemente me puso en contacto con los hombres que habían transportado físicamente las cajas. Su cuenta total coincidía exactamente con la de la lista, y no tuvieron nada más que añadir salvo que las cajas eran «mortalmente pesadas», y que levantarlas les había dejado secos. Uno de ellos añadió que fue una auténtica pena que no hubiera habido entonces ningún caballero «como usted, patrón», capaz de mostrar su apreciación por sus esfuerzos de forma líquida; otro recalcó que les había provocado tanta sed que ni siquiera el tiempo transcurrido desde entonces había podido saciarla por completo. No hará falta añadir que, antes de marcharme, me encargué de hacer desaparecer, adecuadamente y para siempre, el origen de sus reproches.

30 de septiembre . —El jefe de estación había sido lo suficientemente amable como para escribirme una nota dirigida a su viejo compañero, el

jefe de estación de King's Cross, de modo que cuando llegué allí esta mañana pude preguntarle sobre la llegada de las cajas. También él me puso en contacto con los hombres adecuados, y vi que su total coincidía con el de la factura original. Las oportunidades de padecer una sed anormal habían sido, en esta ocasión, limitadas; en cualquier caso, habían hecho un noble uso de ellas, por lo que una vez más me vi obligado a ocuparme de los resultados *ex post facto* ^[198] .

Desde allí me dirigí a la oficina central de Cáster Paterson, donde fui recibido con la mayor cortesía. Buscaron la transacción en su libro de registros y de correspondencia, y telefonearon de inmediato a su oficina de King's Cross para obtener más detalles. Por fortuna, los hombres que se habían encargado del traslado estaban allí esperando algún encargo y el oficial los envió de inmediato, haciéndoles traer consigo la hoja de ruta y todos los papeles relacionados con la entrega de las cajas en Carfax. También en esta ocasión el total coincidía exactamente; los transportistas se ofrecieron a suplir la parquedad de los informes escritos con un par de detalles de su propia experiencia. Sin embargo, pronto descubrí que éstos estaban relacionados, casi en exclusiva, con el carácter polvoriento de su trabajo y con la sed que habían padecido en consecuencia. Al ofrecerles yo una oportunidad —moneda del reino mediante— de subsanar, aunque fuera *a posteriori* , tan benéfico mal, uno de los hombres recalcó:

—Patrón, esa casa es la más rara en la que yo haya estado nunca. ¡Que me aspen si ha sido tocada en cien años! Había tanto polvo en ese lugar, que habría podido echarse uno la siesta en el suelo sin que le dolieran los huesos; y estaba todo tan descuidado que olía tan rancio como la vieja Jerusalén. ¡Aunque la palma se la lleva la vieja capilla, sí señor! Yo y mi compañero pensamos que nunca saldríamos de allí lo suficientemente aprisa. Patrón, no aceptaría menos de una libra por cada instante que tuviera que quedarme allí después de haber oscurecido.

Habiendo estado en la casa, bien pude creerle; aunque, si supiera lo mismo que yo, sospecho que habría elevado sus condiciones.

Al menos ahora tengo el convencimiento de una cosa: que *todas* las cajas que llegaron a Whitby desde Varna en el *Demeter* fueron depositadas intactas en la vieja capilla de Carfax. Por lo tanto, debería haber cincuenta de ellas allí, a menos que algunas hayan sido trasladadas desde entonces (como temo que haya pasado, a partir de lo leído en el diario del doctor Seward).

Intentaré localizar a los porteadores que fueron atacados por Renfield mientras sacaban cajas de Carfax. Podríamos averiguar muchas cosas siguiendo esta pista.

Más tarde . —Mina y yo hemos trabajado todo el día, y hemos puesto todos los papeles en orden ^[199] .

DIARIO DE MINA HARKER

30 de septiembre . —Estoy tan contenta que apenas sé cómo contenerme. Supongo que es una reacción normal, después del miedo obsesivo a que este terrible asunto, y la reapertura de su vieja herida, pudiera perjudicar a Jonathan. Cuando le vi partir hacia Whitby puse la cara más alegre de la que fui capaz, pero por dentro estaba enferma de aprensión. En cualquier caso, el esfuerzo le ha sido beneficioso. Nunca fue tan decidido, nunca tan fuerte, nunca estuvo tan repleto de energía volcánica como ahora. Tal y como dijo el buen profesor Van Helsing, su valor es de ley, y se crece ante tensiones que acabarían con alguien de carácter más débil. Ha regresado rebosante de vida y esperanzas y determinación; ya lo tenemos todo en orden para esta noche. Yo misma me siento terriblemente excitada. Supongo que una debería compadecerse de una criatura tan acosada como el Conde. Pero de eso se trata precisamente: es una criatura, no un ser humano... ni siquiera un animal. Bastaría leer la crónica del doctor Seward sobre la muerte de la pobre Lucy, y sobre todo lo que ocurrió después, para secar las fuentes de la compasión en el corazón de cualquiera.

Más tarde . —Lord Godalming y el señor Morris han llegado antes de lo que esperábamos. El doctor Seward había tenido que salir por un asunto de negocios y se había llevado a Jonathan consigo, de modo que me he tenido que encargar yo de recibirles. Para mí ha sido un encuentro doloroso, pues me ha traído a la memoria todas las esperanzas que tenía la pobre Lucy hace tan sólo un par de meses. Por supuesto, Lucy ya les había hablado de mí, y parecía que el doctor Van Helsing también me había estado «dorando la píldora», tal y como lo ha expresado el señor Morris. Pobres. Ninguno de ellos está al tanto de que lo sé todo sobre las proposiciones de matrimonio que le hicieron a Lucy. Como no sabían muy bien qué hacer o decir, ya que ignoraban hasta dónde llegaban mis conocimientos, han optado por hablar únicamente de temas intrascendentes. En cualquier caso, he reflexionado sobre el asunto, y he llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ponerles al día. Sabía, por el diario del doctor Seward, que habían estado presentes en el momento de la muerte de Lucy —su muerte real—, y que por tanto no debía tener miedo de traicionar ningún secreto antes de tiempo. De modo que les he dicho, tan buenamente como he podido, que había leído todos los papeles y diarios y que mi marido y yo, tras haberlos mecanografiado, acabábamos de terminar de ponerlos en orden. A continuación les he dado una copia a cada uno para que la leyeran en la biblioteca. Cuando lord Godalming ha recibido la suya, le ha dado la vuelta —forman un fajo bastante considerable— y me ha preguntado:

—¿Ha escrito usted todo esto, señora Harker?

He asentido, y él ha añadido:

—No acabo de comprender todo esto; pero son ustedes tan bondadosos y amables, y han estado trabajando con tanta entrega y energía, que todo lo que puedo hacer es aceptar ciegamente sus ideas e intentar ayudarles. Ya he recibido una lección al verme obligado a aceptar unos hechos que llevarían a un hombre a ser humilde hasta el final de sus días. Además, sé que quería usted a mi pobre Lucy.

Llegado este momento, se ha dado la vuelta y ha enterrado la cara entre las manos. He podido oír las lágrimas en su voz. El señor Morris, con instintiva delicadeza, ha posado un momento una mano sobre su hombro, y después ha salido silenciosamente de la habitación. Supongo que hay algo en la naturaleza de la mujer que hace que un hombre se sienta libre de desmoronarse frente a ella, y de expresar sus sentimientos más tiernos o emocionales sin sentirse menoscabado en su hombría; pues tan pronto como lord Godalming se ha encontrado a solas conmigo, se ha sentado en el sofá y se ha abandonado francamente y por completo. Yo me he sentado junto a él y le he cogido de la mano. Espero que no lo considerara un atrevimiento por mi parte, y que si, más adelante, alguna vez piensa en ello, nunca se le ocurrirá semejante idea. Pero soy injusta con él; sé que nunca lo hará, es todo un caballero. Al ver que tenía el corazón destrozado, le he dicho:

—Sí, yo quería a la pobre Lucy, y sé lo mucho que ella significaba para usted, y lo mucho que significaba usted para ella. Éramos como hermanas. Ahora que ella ya no está, ¿me permitirá que sea también como una hermana para usted, en su aflicción? Sé qué sufrimientos ha padecido, aunque sea incapaz de medir su hondura. Si la simpatía y la compasión pueden ayudarle a superar su pena, ¿permitirá usted que le brinde las mías? ¿Por Lucy?

En un instante, el pobre y querido muchacho ha quedado abrumado por la congoja. Me ha parecido como si dejara escapar de golpe todo lo que había estado sufriendo últimamente en silencio. Se ha puesto bastante histérico y, alzando las manos abiertas, ha juntado violentamente las palmas en un paroxismo de agonía. Se ha levantado y se ha vuelto a sentar, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. He sentido una infinita lástima por él y he abierto los brazos sin pensarlo. Dejando escapar un sollozo, él ha apoyado la cabeza sobre mi hombro y se ha echado a llorar como un niño agotado, temblando de la emoción.

Algo de la madre que hay en nuestro interior hace que nosotras, las mujeres, nos elevemos por encima de las cuestiones triviales cada vez que se invoca el espíritu maternal; así, he sentido la cabeza de este hombre, grande y afligido, apoyada en mí, como si fuera la del bebé que algún día podría yacer contra mi pecho, y le he acariciado el pelo como si fuera mi propio hijo. En ese momento no se me ha ocurrido lo extraño que era todo.

Al cabo de un rato sus sollozos han cesado, y se ha levantado pidiéndome disculpas, aunque no ha ocultado su emoción. Me ha dicho que durante los últimos días y noches —días agotadores y noches insomnes— había sido incapaz de hablar con nadie tal y como debe hablar un hombre en sus momentos de aflicción. No había ninguna mujer que pudiese ofrecerle su simpatía, ni tampoco, debido a las terribles circunstancias que rodeaban su sufrimiento, ninguna con la que hablar libremente.

—Ahora sé cuánto he sufrido —ha dicho, mientras se secaba los ojos—, pero aún no sé, ni nadie lo sabrá nunca, cuánto han significado para mí su dulzura y su simpatía. Con el tiempo lo sabré mejor; y créame cuando le digo que, aunque no soy desagradecido ahora, mi gratitud crecerá junto a mi entendimiento. ¿Verdad que me dejará que sea como un hermano para usted, durante el resto de nuestras vidas... en memoria de la querida Lucy?

—En memoria de la querida Lucy —he respondido mientras nos estrechábamos las manos.

—Sí, y en la suya propia —añadió él—, pues si algún valor tuviese ganar la estima y la gratitud de un hombre, hoy ha ganado usted las mías. Si alguna vez el futuro le deparara un momento en el que necesite usted la ayuda de un hombre, créame cuando le digo que no acudirá a mí en vano. Dios permita que nunca llegue la ocasión que venga a turbar la alegría de su vida; pero si alguna vez llegase, prométame que me lo hará saber.

Estaba tan alterado y su pena era tan reciente que me ha parecido que le reconfortaría, de modo que le he dicho:

—Se lo prometo.

Al salir al pasillo he visto al señor Morris mirando hacia fuera por una ventana. Se ha vuelto en cuanto ha oído mis pasos.

—¿Cómo está Art? —ha dicho. Entonces, percibiendo mis ojos enrojecidos, ha proseguido—: Ah, veo que ha estado consolándole. ¡Pobre viejo amigo! Lo necesita. Sólo una mujer puede ayudar a un hombre cuando tiene problemas del corazón; y él no tenía a nadie que le consolara.

Sobrellevaba su propio dolor con tanta valentía que me ha partido el corazón. He visto el manuscrito en su mano y, sabiendo que cuando lo leyera se daría cuenta de cuánto sabía yo, le he dicho:

—Ojalá pudiera consolar a todos los que sufren del corazón. ¿Me dejará ser su amiga, y vendrá a mí en busca de consuelo si lo necesita? Ya sabrá, más adelante, por qué le hablo de este modo.

Ha visto que estaba preocupada y, encorvándose, ha tomado mi mano y, llevándola hasta sus labios, la ha besado. Me ha parecido tan pobre consuelo para un alma tan generosa y valiente que, impulsivamente, me he inclinado y le he besado. Las lágrimas han asomado a sus ojos y por un momento se le ha hecho un nudo en la garganta. Luego me ha dicho, con mucha tranquilidad:

—¡Pequeña, nunca se arrepentirá de esa sincera amabilidad mientras viva!

Después ha entrado en el estudio a ver cómo estaba su amigo.

«¡Pequeña!», la misma palabra que le dijo a Lucy, y... ¡oh, cómo demostró ser un amigo!

Capítulo XVIII

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

30 de septiembre . —Llegué a casa a las cinco en punto y descubrí que Godalming y Morris no sólo habían llegado ya, sino que además habían leído la transcripción de los varios diarios y cartas que Harker y su maravillosa mujer han mecanografiado y ordenado. Harker aún no había regresado de entrevistarse con los transportistas de la agencia, sobre los que me escribió el doctor Hennessey. La señora Harker nos ofreció una taza de té, y puedo decir sinceramente que, por primera vez desde que vivo en ella, esta vieja casa ha parecido realmente un *hogar* . Cuando terminamos, la señora Harker dijo:

—Doctor Seward, ¿puedo pedirle un favor? Quiero ver a su paciente, el señor Renfield. Permítame verle. ¡Me interesa mucho todo lo que ha contado sobre él en su diario!

Lo dijo en un tono tan suplicante, y estaba tan bonita, que no pude negárselo; y tampoco había ninguna razón en particular por la que debiera hacerlo; de modo que la llevé conmigo. Entré en el cuarto de mi paciente y le dije que una dama deseaba verle, a lo que él simplemente respondió:

—¿Por qué?

—Está visitando la casa, y quiere ver a todos los que residen en ella —respondí.

—Oh, muy bien —dijo—. Que pase, cómo no; pero deme un minuto para limpiar todo esto.

Su método de limpieza fue muy peculiar: sencillamente se tragó todas las moscas y arañas que tenía en sus cajas antes de que pudiera detenerle. Resultaba evidente que temía o recelaba de alguna intromisión. Cuando finalizó su repulsiva tarea, dijo alegremente:

—¡Que entre la dama! —y se sentó en el borde de la cama con la cabeza gacha, pero los párpados levantados, para poder verla cuando entrara. Por un momento pensé que podría albergar algún propósito homicida; recordé lo tranquilo que había estado justo antes de atacarme en mi propio estudio, y me aseguré de colocarme en una posición desde la que poder agarrarle de inmediato si intentaba abalanzarse sobre ella. La señora Harker entró en la habitación con una graciosa naturalidad que

le habría ganado inmediatamente el respeto de cualquier lunático, pues la naturalidad es una de las cualidades que más respetan los locos. Se acercó hasta él, sonriendo agradablemente, y le tendió la mano.

—Buenas tardes, señor Renfield —dijo ella—. Como ve, le conozco, pues el doctor Seward me ha hablado de usted.

Él no respondió de inmediato, sino que la observó intensamente de arriba abajo con el ceño fruncido. Esta expresión dio paso a otra de asombro, que acabó convirtiéndose en duda; después, para mi intenso asombro, dijo:

—Usted no es la muchacha con la que quería casarse el doctor, ¿verdad? No puede serlo, ¿sabe? Pues ella murió.

La señora Harker sonrió dulcemente al responder:

—¡Oh, no! Yo ya tengo un marido, con el que me casé antes incluso de haber conocido al doctor Seward, o él a mí. Soy la señora Harker.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

—Mi esposo y yo estamos visitando al doctor Seward.

—Pues no se queden.

—Pero ¿por qué no?

Pensé que este tipo de conversación podría resultarle tan desagradable a la señora Harker como lo estaba siendo para mí, de modo que tercié:

—¿Cómo sabía que yo quería casarme?

Su respuesta fue sencillamente despectiva.

—¡Vaya una pregunta más estúpida! —dijo mientras retiraba sus ojos de la señora Harker para mirarme momentáneamente a mí, antes de volver nuevamente su atención hacia ella.

—A mí no me lo parece en absoluto, señor Renfield —dijo la señora Harker, poniéndose inmediatamente de mi parte. Él la respondió con tanta cortesía y respeto como desprecio me había mostrado a mí:

—Por supuesto, entenderá usted, señora Harker, que cuando un hombre es tan querido y honrado como nuestro anfitrión, todo lo que le concierne resulta de sumo interés para nuestra pequeña comunidad. El doctor Seward es apreciado no sólo por su servicio y sus amigos, sino también por sus pacientes, pese a que algunos de ellos, debido a sus carencias en lo que a equilibrio mental se refiere, tiendan a distorsionar las causas y los efectos. Dado que yo mismo he sido paciente de un manicomio, es natural que haya podido observar el modo en el que las

tendencias sofistas de algunos de sus internos les llevan a cometer errores de *non causa e ignorado elenchi* ^[200] .

Los ojos se me abrieron como platos ante aquel nuevo desarrollo. Aquí estaba mi lunático favorito —el más representativo de su tipo que jamás haya encontrado— hablando de filosofía elemental, con los modales de un educado caballero. Me pregunté si no habría tocado la presencia de la señora Harker un resorte en su memoria. En cualquier caso, tanto si esta nueva fase ha surgido de manera espontánea, como si se ha debido a la influencia inconsciente de ella, debe de poseer un extraño don o poder.

Continuamos hablando algún tiempo; y viendo que él parecía bastante razonable, la señora Harker se aventuró, tras lanzarme una mirada interrogativa, a llevar la conversación hacia su tema favorito. Una vez más quedé asombrado, pues Renfield trató la cuestión con una imparcialidad digna de la más completa cordura; incluso se puso a sí mismo como ejemplo al hablar de ciertas cosas.

—¡Vaya! Hasta hace poco, yo mismo era un buen ejemplo de hombre con extrañas creencias. De hecho, no es de extrañar que mis amigos se alarmaran e insistieran en que fuera puesto bajo vigilancia. Solía fantasear con que la vida era una entidad real y perpetua, y que consumiendo una multitud de seres vivos, no importa cuán bajos en la escala de la creación, uno podría prolongar su vida indefinidamente. En ocasiones, esa creencia estuvo tan firmemente arraigada que incluso intenté tomar una vida humana. Aquí el doctor podrá confirmar que, en una ocasión, intenté matarle con el propósito de reforzar mis poderes vitales mediante la asimilación, por parte de mi propio cuerpo, de su vida a través de la sangre, basándome, por supuesto, en la frase de las Escrituras: «Pues la sangre es la vida». Aunque lo cierto es que el vendedor de cierta panacea ha acabado por vulgarizar el tópico hasta el punto de envilecerlo ^[201] . ¿No es cierto, doctor?

Asentí con la cabeza, pues estaba tan perplejo que apenas sabía qué pensar o decir. Resultaba difícil creer que no hacía ni cinco minutos que le había visto comerse todas sus moscas y arañas. Al mirar mi reloj, vi que debía ir a la estación a buscar a Van Helsing, de modo que le dije a la señora Harker que era hora de marcharnos. Ella accedió de inmediato, tras decirle agradablemente al señor Renfield:

—Adiós, y espero poder verle a menudo, en mejores circunstancias para usted —a lo que, para mi asombro, él respondió:

—Adiós, querida mía. Ruego a Dios no volver a ver nunca su dulce rostro. ¡Que Él la bendiga y la proteja!

Me fui a la estación a recoger a Van Helsing, dejando a los muchachos en casa. El pobre Art parecía más animado de lo que ha estado desde

que Lucy enfermó por primera vez, y Quincey vuelve a ser, por primera vez en largo tiempo, el mismo de siempre.

Van Helsing salió del vagón con la impaciente agilidad de un niño. Me vio de inmediato y corrió hacia mí, diciendo:

—Ah, amigo John, ¿cómo va todo? ¿Bien? ¡Estupendo! He estado muy ocupado, pues vengo para quedarme cuanto sea necesario. Todos mis asuntos están en orden, y tengo mucho que contar. ¿*Madam* Mina está contigo? Sí. ¿Y su fantástico esposo? ¿Y Arthur y mi amigo Quincey también están contigo? ¡Bien!

Mientras volvíamos en coche a casa, le conté lo que había pasado, y cómo mi propio diario había resultado ser de alguna utilidad gracias a la sugerencia de la señora Harker. Al oír esto, el profesor me interrumpió:

—¡Ah, la maravillosa *madam* Mina! Tiene el cerebro de un hombre... el cerebro que debería tener un hombre muy dotado, y el corazón de una mujer. El buen Dios tuvo que crearla con un propósito para servirse de tan buena combinación, puedes creerme. Amigo John, hasta ahora la fortuna ha querido que esa mujer nos sirviera de ayuda, pero a partir de esta noche no deberá mezclarse más en este terrible asunto. No es bueno que corra un riesgo tan grande. Nosotros, los hombres, estamos decididos a destruir a ese monstruo. Es más, ¿acaso no hemos hecho un juramento? Pero ésta no es tarea para una mujer. Aunque no resultase herida, su corazón podría quedar afectado ante tantos y tan variados horrores; y durante el resto de su vida podría sufrir, tanto despierta, a causa de los nervios, como dormida, por culpa de los sueños. Además, es una mujer joven y recién casada; dentro de poco tiempo tendrá otras cosas en las que pensar, si no las tiene ya^[202]. Me dices que se ha encargado de mecanografiarlo todo. Siendo así, esta noche participará en nuestras deliberaciones, pero mañana se despide de este trabajo y continuamos solos.

Me mostré completamente de acuerdo con él, y luego le conté lo que habíamos descubierto en su ausencia: que la casa que había comprado Drácula era exactamente la contigua a la mía. Él se quedó atónito, y una gran inquietud pareció dominarle.

—¡Oh, si tan sólo lo hubiéramos sabido antes! —dijo—. Entonces podríamos haberle alcanzado a tiempo de salvar a la pobre Lucy. En cualquier caso, «no hay que llorar por la leche derramada», como decís vosotros. No debemos pensar más en eso, sino seguir nuestro camino hasta el final.

Entonces se sumió en un silencio que no volvió a romper hasta que entramos por mi portal. Antes de ir a prepararnos para la cena, le dijo a la señora Harker:

—Mi amigo John me ha contado, *madam* Mina, que usted y su marido han ordenado cronológicamente todos los acontecimientos que han sucedido, hasta este momento.

—No hasta este preciso momento, profesor —dijo ella impulsivamente—, sino sólo hasta esta mañana.

—¿Y por qué no hasta ahora? Ya hemos visto qué buena luz han arrojado todos los pequeños detalles. Nos hemos contado mutuamente nuestros secretos y, sin embargo, ninguno se siente peor por eso.

La señora Harker empezó a ruborizarse y, extrayendo un papel de su bolsillo, dijo:

—Doctor Van Helsing, ¿quiere leer esto, y decirme si debe añadirlo? Es mi entrada de hoy. También yo he entendido la necesidad de apuntarlo todo, por trivial que parezca; pero poco hay en esto, salvo lo meramente personal. ¿Debo incluirla?

El profesor lo leyó seriamente, y se lo devolvió, diciendo:

—No tiene por qué incluirla si usted no lo desea; pero le agradecería que lo hiciera. Lo único que puede pasar es que su esposo la ame más, y que todos nosotros, sus amigos, la honremos más y le tengamos más cariño y afecto.

Ella la tomó con una deslumbrante sonrisa, ruborizándose de nuevo.

Así que ahora, hasta este preciso instante, todos nuestros documentos están completos y en orden. El profesor se ha llevado una copia para estudiarla tras la cena, y antes de nuestra reunión, que hemos fijado para las nueve en punto. Los demás ya lo hemos leído todo, de modo que cuando nos encontremos en el estudio estaremos bien informados de todo cuanto ha acontecido, y podremos preparar nuestro plan de batalla contra este terrible y misterioso enemigo.

DIARIO DE MINA HARKER

30 de septiembre . —Cuando nos encontramos en el estudio del doctor Seward, dos horas después de la cena, que había sido a las seis^[203] , inconscientemente formamos una especie de junta o comité. El profesor Van Helsing presidió la mesa, tal y como le indicó el doctor Seward nada más entrar en la habitación, y me hizo sentarme a su derecha, pidiéndome que hiciera las veces de secretaria; Jonathan se sentó a mi lado. Frente a nosotros estaban lord Godalming, el doctor Seward, y el señor Morris —lord Godalming junto al profesor, y el doctor Seward en el centro—. El profesor dijo:

—Supongo que puedo asumir que todos estamos ya familiarizados con los hechos que recogen estos papeles.

Todos expresamos nuestro asentimiento, y él continuó:

—Entonces estaría bien, creo, que les cuente algo sobre la clase de enemigo al que vamos a enfrentarnos. A continuación, pondré en su conocimiento algunas cosas que me han sido reveladas sobre la historia de este hombre. Así, después podremos discutir cómo deberemos actuar y tomaremos medidas acordes.

»Los seres que llamamos vampiros existen; algunos de nosotros tenemos pruebas irrefutables de ello. Pero, aunque no contáramos con nuestra propia y desgraciada experiencia, las enseñanzas y crónicas del pasado son prueba suficiente para cualquier persona sensata. Admito que en un principio me mostré escéptico. De no haber sido porque durante largos años me he esforzado por mantener una mente abierta, no lo habría creído hasta el momento mismo en el que la realidad hubiera bramado a mi oído: «¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Te lo demuestro! ¡Te lo demuestro!». ¡Ay! De haber sabido al principio lo que ahora sé... más aún, sólo con haberlo sospechado, una vida preciosa habría sido salvada para nosotros, los que la quisimos. Pero eso es cosa del pasado; y ahora debemos trabajar para evitar que sucumban otras almas. El *nosferatu*^[204] no muere como la abeja cuando pica. Únicamente se vuelve más fuerte; y, siendo más fuerte, tiene aún más poder para hacer el mal. Este vampiro que se encuentra entre nosotros tiene, él solo, la fuerza de veinte hombres; su astucia es mayor que la de los mortales, pues ha madurado con el paso de las eras; además, domina la necromancia, que es, como su propia etimología indica, la adivinación a través de los muertos, y todos los muertos a los que pueda acercarse acatan su mandato; es bestia, y más que bestia; es un diablo despiadado, y carece de corazón; puede, dentro de sus limitaciones, aparecer a voluntad donde y cuando quiera, en cualquiera de sus formas; también puede, dentro de su radio de acción, manipular los elementos: la tormenta, la niebla, el trueno; puede controlar a las criaturas más viles:

la rata, el búho, y el murciélago... la polilla, el zorro, y el lobo; puede crecer y hacerse pequeño; y en ocasiones puede desvanecerse y llegar desapercibido. ¿Cómo emprenderemos, entonces, la lucha contra él? ¿Cómo descubrir dónde está? Y habiéndolo descubierto, ¿cómo le destruiremos? Amigos míos, lo que sé es lo siguiente: la tarea que debemos llevar a cabo es terrible, y podría tener consecuencias que harían estremecerse al más valiente. Pues si fracasamos en nuestra lucha, sin duda él vencerá, y entonces, ¿qué sería de nosotros? ¡La vida no es nada! Es lo que menos me preocupa. Fracasar en esta lucha no es mero asunto de vida o muerte. Es que nos convirtamos en lo mismo que él; que a partir de ese momento pasemos a ser abominables criaturas de la noche como él... sin corazón, ni conciencia, depredando en los cuerpos y las almas de aquéllos a los que más amamos. Las puertas del paraíso quedarán eternamente cerradas para nosotros, pues ¿quién podría abrírnoslas de nuevo? Seríamos perpetuamente aborrecidos por todos; una mancha en el radiante rostro de Dios; una flecha en el costado de Aquel que murió por todos los hombres. Sin embargo, ahora que ha llegado el momento de enfrentarnos a nuestro deber, ¿acaso podemos retroceder? Por mi parte, digo no; pero yo soy viejo, y la vida, con su luz, sus hermosos paisajes, sus trinos de pájaros, su música y su amor, queda ya muy atrás. Ustedes son jóvenes. Algunos han conocido el dolor, pero aún quedan días buenos en sus horizontes. ¿Qué dicen ustedes?

Mientras el profesor hablaba, Jonathan me cogió de la mano. Al verle tender su mano hacia la mía, temí enormemente que se sintiera abrumado por la atroz naturaleza del peligro al que nos enfrentábamos, pero su contacto me hizo revivir... tan fuerte, tan confiado, tan resuelto. La mano de un hombre valiente es capaz de hablar por sí misma; ni siquiera necesita el amor de una mujer que oiga su música.

Cuando el profesor terminó de hablar, mi marido me miró a los ojos, y yo a los suyos; entre nosotros no había necesidad de palabras.

—Yo respondo por Mina y por mí mismo —dijo.

—Cuente conmigo, profesor —dijo el señor Quincey Morris, lacónico como de costumbre.

—Estoy con usted —dijo lord Godalming—, en memoria de Lucy, si no por otra razón.

El doctor Seward simplemente asintió. El profesor se levantó y, tras dejar su crucifijo de oro sobre la mesa, extendió las manos a ambos lados. Yo le cogí de la mano derecha, y lord Godalming de la izquierda; Jonathan siguió agarrando mi derecha con su izquierda, y le tendió la otra al señor Morris. Así, estrechándonos todos las manos, sellamos nuestro solemne pacto. Sentí que se me helaba el corazón, pero en ningún momento se me ocurrió retroceder. Entonces volvimos a sentarnos, y el doctor Van Helsing continuó hablando con una especie de animación que demostraba que el trabajo serio había comenzado.

Había que tomarlo con la misma seriedad y formalidad que cualquier otra transacción de la vida.

—Bueno, ahora ya saben contra qué luchamos; pero nosotros tampoco andamos escasos de fuerza. Tenemos de nuestro lado el poder de la unión... un poder denegado a la clase vampírica^[205]; contamos con los recursos de la ciencia; somos libres de actuar y de pensar; y podemos disponer de las horas del día y de la noche por igual. De hecho, hasta donde alcanzan nuestros poderes, no tienen trabas, y podemos usarlos libremente. Estamos entregados a una causa, y perseguimos un fin desinteresado. Todo esto ya es mucho.

»Ahora, veamos qué restricciones tienen estos poderes, y aquel que los ha dispuesto en nuestra contra. En resumen, consideremos las limitaciones del vampiro en general, y de éste en particular.

»Todo lo que tenemos para guiarnos son las tradiciones y las supersticiones. En un principio, no parece demasiado, sobre todo tratándose de un asunto de vida o muerte... no, de más que vida o muerte. Sin embargo, debemos sentirnos satisfechos; en primer lugar porque no nos queda más remedio, ya que es lo único con lo que podemos contar; y en segundo porque, después de todo, estas cosas, tradición y superstición, lo son todo. ¿Acaso no está basada en ellas la creencia de otros en los vampiros, aunque... ¡ay!, desgraciadamente no la nuestra? Hace un año, ¿quién de nosotros habría aceptado semejante posibilidad, en nuestro científico, escéptico y positivista siglo XIX? Incluso hemos tenido la necesidad de demostrar una creencia que habíamos visto justificada por nuestros propios ojos. Acepten, pues, que todas las creencias sobre el vampiro, sus limitaciones y su cura, descansan por el momento sobre la misma base. Pues, permítanme que se lo diga, es conocido en todos los lugares adonde ha llegado el hombre: la antigua Grecia, la antigua Roma... floreció por toda Alemania, en Francia, en la India, hasta en el Quersoneso; incluso en China, tan alejada de nosotros en todos los sentidos, también allí está presente, y todavía hoy las gentes le siguen temiendo. Siguió la estela de los *berserker* islandeses, del huno engendrado por el diablo, de los eslavos, de los sajones, de los magiares. Por lo tanto, tenemos mucho sobre lo que actuar; y déjenme que les diga que nuestra propia y desdichada experiencia ha justificado muchas de estas creencias. El vampiro sigue viviendo, pues el mero paso del tiempo no basta para matarle, y prospera siempre y cuando pueda cebarse con la sangre de los vivos. Más aún, nosotros mismos hemos visto que incluso puede rejuvenecer; que aunque sus facultades vitales se agoten, parece como si volvieran a regenerarse por sí solas al atracarse con su pábulo. Pero es incapaz de prosperar sin esta dieta; él no come como los demás. Nunca, durante las varias semanas que vivió con él, le vio comer el amigo Jonathan. ¡Nunca! No arroja sombra ni se refleja en los espejos, como también puede atestiguar Jonathan. Su mano tiene la fuerza de varios hombres, algo que, una vez más, comprobó Jonathan cuando cerró la puerta frente a los lobos y también cuando le ayudó a descender de la diligencia. Puede transformarse en lobo, según

inferimos de su llegada en barco a Whitby y a juzgar por el modo en que desgarró a aquel perro. También puede ser un murciélago; así le vio *madam* Mina en Whitby, junto a la ventana; así le vio volar, partiendo de la casa vecina, el amigo John; y así le vio mi amigo Quincey en la ventana de la señorita Lucy. Puede llegar amparado por una niebla que él mismo crea, tal y como demostró aquel noble capitán de navío; pero, por lo que sabemos, sólo puede proyectarla hasta una distancia limitada, y únicamente alrededor de sí mismo. Puede llegar como polvo elemental en los rayos de luna, como de nuevo comprobó Jonathan con aquellas hermanas en el castillo de Drácula. Puede hacerse muy pequeño... nosotros mismos vimos a la señorita Lucy, antes de que hubiera recuperado la paz, filtrarse a través de la puerta del panteón por un resquicio del tamaño de un cabello. Una vez ha encontrado su camino hasta allí, puede salir o entrar de cualquier recinto u objeto, no importa lo bien cerrado que esté; ni siquiera aunque haya sido fundido con fuego... soldado, como dicen ustedes. Puede ver en la oscuridad... un poder nada despreciable en un mundo que está privado de luz la mitad del tiempo. ¡Ah!, pero escuchen hasta el final. Aunque puede hacer todas estas cosas, sin embargo, no es libre. Es más prisionero incluso que el esclavo en la galera, que el loco en su celda. No puede ir a donde se le antoje. Él, que no pertenece a la naturaleza, aún tiene que obedecer algunas leyes naturales. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero no puede entrar en ninguna casa a menos que algún habitante de la misma le permita la entrada; aunque, una vez invitado, puede ir y venir cuantas veces guste. Su poder cesa, como el de todas las criaturas malignas, con la llegada del día. Sólo en determinadas ocasiones puede gozar de una libertad limitada. Si no se encuentra en el lugar al que está ligado, únicamente puede desplazarse al mediodía, o en el momento preciso de la salida o la puesta del sol. Estas cosas que nos cuenta la tradición, nuestros testimonios las han demostrado por inferencia. Por lo tanto, y aun considerando que puede hacer su voluntad dentro de sus propios límites, siempre que cuente con el refugio de su tierra, su ataúd, su infierno, o el de alguna sepultura no consagrada, como vimos cuando se refugió en la tumba del suicida en Whitby; en otras circunstancias está obligado a esperar a que llegue el momento adecuado para poder cambiar. Se dice, también, que únicamente puede cruzar aguas vivas en su momento de reposo, con la pleamar o la bajamar. Luego, hay cosas que le afectan de tal modo que anulan su poder, como el ajo, cuya eficacia ya conocemos. En cuanto a los objetos sagrados, como este símbolo, mi crucifijo, que nos acompaña incluso ahora, mientras deliberamos... ante ellos no es nada, pues su presencia le obliga a alejarse, en respetuoso silencio. Hay otras cosas de las que también debo hablarles, pues podríamos necesitarlas en el transcurso de nuestra búsqueda. La rama de un rosal silvestre puesta sobre su ataúd le retiene en su interior y le impide salir^[206]; una bala consagrada disparada contra el ataúd le mata para que sea un auténtico muerto; en cuanto a la estaca, ya sabemos que proporciona la paz; y que cortar la cabeza otorga el descanso. Lo hemos visto con nuestros propios ojos^[207].

»De este modo, y si hacemos lo que sabemos, cuando encontremos el habitáculo de aquel que antaño fue hombre, podremos confinarle en su

ataúd y destruirle. Pero es inteligente. Le he pedido a mi amigo Arminius^[208], de la Universidad de Buda-Pest, que recogiera su historia; y después de consultar todas las referencias existentes, esto es lo que me ha contado. No hay duda de que se trata realmente de aquel Voivoda Drácula que ganó su nombre batallando contra el turco a través del gran río, en la frontera misma de su imperio. De ser así, estamos hablando de un hombre que ya era extraordinario en vida; pues no sólo en sus tiempos, sino durante siglos venideros, estuvo considerado como el más inteligente y más astuto, así como el más valiente hijo del «país de más allá del bosque^[209]». Su poderoso cerebro y su férrea resolución le acompañaron a la tumba^[210], y ahora se han alzado en nuestra contra. Los Drácula fueron, afirma Arminius, una estirpe noble e ilustre, aunque en ocasiones engendraran vástagos de los que sus coetáneos sospecharon que tenían tratos con el Maligno. Aprendieron sus secretos en la Escoliomancia, entre las montañas que se alzan sobre el lago Hermannstadt, donde el diablo reclama a uno de cada diez pupilos como pago^[211]. En los documentos aparecen palabras tales como *stregoica* : bruja; *ordogy pokol* : Satán e infierno; y en un manuscrito incluso se menciona a este mismo Drácula como a un «wampyr^[212]», palabra cuyo significado demasiado bien comprendemos todos. Su descendencia dio grandes hombres y buenas mujeres, cuyas tumbas santificaron la única tierra en la que puede habitar esta abominación. Pues no es el menor de los terrores de esta maligna criatura el estar profundamente arraigada en todo lo bueno, hasta el punto de que no puede descansar en una tierra yerma de memorias sagradas^[213].

Mientras el profesor hablaba, el señor Morris había estado mirando hacia la ventana, y llegado este momento se levantó silenciosamente y salió de la habitación. Se produjo una pequeña pausa y luego el profesor prosiguió:

—Ahora debemos decidir lo que hemos de hacer. Tenemos aquí muchos datos, y debemos empezar a trazar nuestra campaña. Sabemos, gracias a las investigaciones de Jonathan, que fueron cincuenta las cajas de tierra que llegaron a Whitby procedentes del castillo y que todas ellas fueron entregadas en Carfax; también sabemos que al menos unas cuantas de esas cajas fueron luego trasladadas a otro sitio. Creo que nuestro primer paso debería ser comprobar si las demás siguen en la casa que hay tras ese muro que podemos ver desde aquí o si ha habido más traslados. En este último caso, deberemos rastrear...

En aquel preciso instante nos vimos interrumpidos por un gran sobresalto. Un disparo de revólver retumbó en el exterior; una bala hizo añicos el cristal de la ventana y, tras rebotar en la parte superior del alféizar, fue a golpear contra la pared más alejada de la habitación. Me temo que en el fondo debo de ser muy cobarde, pues grité. Todos los hombres se levantaron de un salto; lord Godalming se abalanzó hacia la

ventana y levantó la guillotina. Entonces oímos la voz del señor Morris desde el exterior:

—¡Lo siento! Me temo que les he asustado. Enseguida entro y les cuento.

Un minuto después, entró y dijo:

—Ha sido una idiotez por mi parte, y le ruego sinceramente que me perdone, señora Harker; temo que debo de haberla asustado terriblemente. El caso es que mientras el profesor estaba hablando, ha llegado un gran murciélago y se ha posado sobre el alféizar. Debido a lo que ha pasado últimamente, les he cogido tal horror a esas malditas alimañas que soy incapaz de soportarlas, de modo que he salido para dispararle, tal y como he estado haciendo últimamente todas las noches que veo uno. Antes solías reírte de mí por ese motivo, Art.

—¿Le ha dado? —preguntó el doctor Van Helsing.

—No lo sé; imagino que no, pues ha salido volando y se ha internado en el bosque.

Sin decir nada más, retomó su asiento, y el profesor prosiguió con su discurso:

—Deberemos rastrear todas y cada una de esas cajas. Una vez estemos preparados, tendremos dos opciones: bien capturar y matar al monstruo en su guarida, o bien esterilizar, por así decirlo, la tierra, de modo que no pueda volver a encontrar seguridad en ella. De ese modo, podríamos encontrarle en su forma de hombre durante las horas que van del amanecer a la puesta de sol y enfrentarnos a él en su momento de mayor debilidad.

»En cuanto a usted, *madam* Mina, ésta será la última noche que participe de este asunto hasta que todo se haya arreglado. Es usted demasiado preciosa para nosotros como para correr semejante riesgo. A partir de que nos separemos esta noche, no deberá preguntar más. Ya se lo contaremos todo a su debido tiempo. Nosotros somos hombres, capaces de soportarlo; pero usted debe ser nuestra estrella, nuestra esperanza, y actuaremos con mucha más libertad si sabemos que no corre usted el mismo peligro que nosotros.

Todos los hombres, incluido Jonathan, parecieron aliviados; pero a mí no me pareció bien que fueran a enfrentarse al peligro quizá con su seguridad menguada —pues a mayor número, mayor seguridad— debido a su preocupación por mí; sin embargo, la decisión estaba tomada y, aunque para mí fue una píldora amarga de tragar, no pude decir nada salvo aceptar su caballerosa preocupación por mí.

El señor Morris reanudó la discusión:

—Dado que no hay tiempo que perder, voto que vayamos ahora mismo a echarle un vistazo a esa casa. El tiempo corre a su favor; y una acción rápida por nuestra parte podría salvar a otra víctima.

Reconozco que al ver tan próximo el momento de pasar a la acción, empezó a fallarme el coraje, pero no dije nada, pues que pudieran excluirme por completo de sus reuniones si llegaban a considerarme un impedimento o un estorbo para su tabor me daba más miedo aún. Ahora han ido a Carfax, armados con todo lo necesario para entrar en la casa.

Como hombres que son, me han dicho que me vaya a la cama y duerma; ¡como si una mujer pudiera dormir mientras aquéllos a los que ama están en peligro! Me echaré y fingiré dormir para que Jonathan no tenga que preocuparse por mí cuando regrese.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

1 de octubre, 4 a.m. —Justo cuando estábamos a punto de abandonar la casa, me trajeron un mensaje urgente de parte de Renfield, preguntando si podría verle de inmediato, ya que tenía algo sumamente importante que decirme. Respondí que le informaran de que por el momento estaba ocupado y que ya atendería a sus deseos por la mañana. Sin embargo, el celador añadió:

—Parece muy insistente, señor. Nunca le había visto tan impaciente. Tengo la impresión de que si no le ve pronto sufrirá uno de sus ataques violentos.

Sabía que no me habría dicho esto sin motivo, de modo que respondí: «Muy bien, iré ahora mismo», y les pedí a los demás que me esperaran un par de minutos, ya que tenía que ir a ver a mi paciente.

—Déjame acompañarte, amigo John —dijo el profesor—. Me ha interesado mucho todo lo que he leído sobre su caso en tu diario. Además, en ocasiones también ha tenido relación con *nuestro* caso. Me gustaría mucho verle, especialmente en un momento en el que su mente está perturbada.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó lord Godalming.

—¿Y yo? —dijo Quincey Morris. Asentí, y recorrimos juntos el pasadizo.

Aunque le encontramos en un estado de agitación considerable, nunca hasta entonces le había visto tan racional en su comportamiento y en su discurso. Mostraba un extraordinario entendimiento de su caso —sin parangón en ningún otro lunático que yo haya conocido—, y dio por hecho que sus razonamientos serían capaces de convencer a cualquiera en su sano juicio. Aunque los cuatro entramos en la habitación, ninguno de los demás dijo nada al principio. Lo que quería decirme Renfield era que le dejara salir inmediatamente del manicomio y que le enviara de regreso a casa. Respaldó su petición con argumentos que pretendían demostrar su completa recuperación, y presentó como prueba la cordura que mostraba en aquellos momentos.

—Apelo a sus amigos —dijo—; quizá a ellos no les importe juzgar mi caso. Por cierto, no me ha presentado.

Yo estaba tan estupefacto, que en aquel momento no reparé en lo extraño que resultaba presentar a un loco en un manicomio; como además había cierta dignidad en su actitud, como en un trato de igual a igual, hice las presentaciones de inmediato:

—Lord Godalming; profesor Van Helsing; señor Quincey Morris, de Texas; señor Renfield.

Él estrechó las manos de todos ellos, diciendo por turnos:

—Lord Godalming, tuve el honor de apoyar la candidatura de ingreso de su padre al Windham^[214] ; lamento saber, puesto que ahora ostenta usted el título, que ya no se encuentra entre nosotros. Fue un hombre querido y honrado por todos los que le conocieron; y en su juventud fue, según tengo entendido, el inventor de un ponche de ron quemado muy apreciado en la noche del Derby^[215] . Señor Morris, debería sentirse usted orgulloso de su gran estado. Su inclusión en la Unión^[216] ha sentado un precedente que podría tener grandes repercusiones en el futuro, pues podría llegar un momento en el que tanto el Polo como los Trópicos juraran lealtad a las Barras y Estrellas. El poder del Tratado aún puede revelarse como un vasto motor de ampliación, una vez la doctrina Monroe^[217] haya ocupado el lugar que le corresponde como fábula política. ¿Cómo podría nadie ser capaz de expresar su placer al conocer a Van Helsing? Caballero, ni siquiera voy a disculparme por haber prescindido de todos los prefijos de tratamiento convencionales. Cuando un individuo ha revolucionado la terapéutica al descubrir la evolución continuada de la materia cerebral, las formas convencionales dejan de ser apropiadas, pues empuerqueñecerían su figura limitándole a una sola clase. A ustedes, caballeros, que bien por nacionalidad, herencia, o dones naturales, están capacitados para ocupar sus respectivos lugares en un mundo en marcha, recurro como testigos de que estoy tan cuerdo como, al menos, la mayoría de los hombres que se hallan en plena posesión de sus libertades. Y estoy convencido de que usted, doctor Seward, humanitario y médico-jurista^[218] , a la vez que científico, considerará un deber moral tratarme con la consideración que corresponde a mis excepcionales circunstancias.

Hizo esta última apelación con un elegante aire de convicción no carente de encanto. Creo que todos nos quedamos anonadados. Por mi parte, me asaltó la convicción —a pesar de conocer su carácter y su historial— de que había recuperado el juicio; y sentí un fuerte impulso de decirle que había quedado convencido de su cordura y que a la mañana siguiente me encargaría de todas las formalidades necesarias para su liberación. En cualquier caso, se me ocurrió que sería mejor esperar antes de hacer una afirmación tan seria, pues ya conocía los repentinos cambios de humor a los que era proclive este paciente en particular. De modo que me contenté con declarar en términos generales que parecía estar mejorando rápidamente; que mantendría una charla más larga con él a la mañana siguiente, y que entonces vería qué podía hacer respecto al cumplimiento de sus deseos. Esto no le satisfizo en absoluto, pues dijo rápidamente:

—Me temo, doctor Seward, que apenas ha comprendido mi deseo. Deseo marcharme de inmediato, ahora mismo, en este preciso momento si

fuera posible. El tiempo apremia y en nuestro acuerdo con el viejo de la guadaña es la esencia del contrato. Estoy seguro de que, ante un galeno tan admirable como el doctor Seward, solicitar un deseo tan sencillo y, sin embargo, tan trascendental, es suficiente como para asegurar su realización.

Me observó intensamente y, viendo la negativa en mi rostro, se volvió hacia los otros y les escrutó atentamente. Al no encontrar suficiente respuesta, añadió:

—¿Es posible que haya errado en mi suposición?

—Así es —dije con franqueza, pero al mismo tiempo, según me pareció, brutalmente. Se produjo un prolongado silencio, y después Renfield dijo lentamente:

—Entonces, supongo que únicamente debo cambiar la naturaleza de mi petición. Permítame que le solicite esta concesión, don, privilegio, como quiera llamarlo. No me importa implorarlo en este caso, pues no es el deseo personal lo que me mueve, sino el bien de otros. No tengo libertad para exponerle todas mis razones; pero le aseguro que puede convencerse de que son buenas, íntegras y desinteresadas, y surgen del más alto sentido del deber. Si pudiera usted ver, caballero, en mi corazón, aprobaría por completo los sentimientos que me mueven. Más aún, me contaría entre los mejores y más auténticos de sus amigos.

Una vez más nos miró a todos atentamente. Yo tenía la convicción cada vez mayor de que este repentino cambio de todo su método intelectual no era sino otra forma o fase de su locura, de modo que me decidí a dejarle hablar un poco más, sabiendo por experiencia que, como todos los lunáticos, acabaría por delatarse a sí mismo. Van Helsing le observaba con una expresión de la máxima intensidad, sus pobladas cejas casi tocándose ante la fija concentración de su mirada. Con un tono que no me sorprendió en el momento, sino después, cuando pensé en ello, pues era el de alguien dirigiéndose a un igual, le dijo a Renfield:

—¿No puede contarnos francamente su auténtica razón para desear ser libre esta noche? Asumo que si logra convencerme a mí, un desconocido carente de prejuicios y con la costumbre de mantener una mente abierta, el doctor Seward le otorgará, bajo su propio riesgo y responsabilidad, el privilegio que usted pretende conseguir.

Él negó tristemente con la cabeza y con una conmovedora expresión de pesar en su rostro. El profesor prosiguió:

—Vamos, señor, recuerde su situación. Reclama usted el privilegio de la razón en su máximo grado y busca impresionarnos con su completo raciocinio. Pero es usted una persona de cuya cordura tenemos motivos para dudar, puesto que aún sigue en tratamiento médico por este mismo defecto. Si no nos ayuda usted en nuestro esfuerzo por escoger la decisión más sensata, ¿cómo podemos llevar a cabo la tarea que usted

mismo nos ha impuesto? Sea usted sensato y ayúdenos; y si está en nuestra mano, nosotros le ayudaremos a conseguir su deseo.

Él siguió negando con la cabeza mientras decía:

—Doctor Van Helsing, no tengo nada que decir. Su argumentación es perfecta y si fuera libre de hablar no dudaría un momento en hacerlo; pero en este asunto no soy amo de mi propio destino. Sólo puedo pedirles que confíen en mí. Si me deniegan la libertad, declino toda responsabilidad.

Pensé que ya era hora de acabar con aquella escena, que estaba comenzando a ser cómicamente grave, de modo que me dirigí hacia la puerta, diciendo simplemente:

—Vamos, amigos míos, tenemos trabajo que hacer. Buenas noches.

Sin embargo, en cuanto me acerqué a la puerta, un nuevo cambio sobrevino en el paciente. Se abalanzó sobre mí tan rápidamente que, por un momento, temí que su intención fuera otro ataque homicida. Mis temores eran, en cualquier caso, infundados, pues se limitó a elevar los brazos, implorante, y repetir su petición de un modo conmovedor. Al ver que su mismo exceso de emoción jugaba en su contra, devolviendo nuestra relación a su vieja dinámica, se volvió aún más vehemente. Miré a Van Helsing y vi mi convicción reflejada en sus ojos, de modo que adopté una actitud más firme, si no más severa, y le indiqué mediante un gesto que sus esfuerzos eran en vano. Ya le había visto anteriormente presa de aquella misma agitación creciente, en otras ocasiones en las que me había hecho peticiones sobre las cuales había reflexionado mucho en su momento, como, por ejemplo, cuando había querido un gato; por lo tanto, estaba preparado para que, de un momento a otro, acogiera mi negativa con la misma hosca aquiescencia. Sin embargo, mis expectativas no se cumplieron, pues cuando se convenció de que su apelación no iba a surtir efecto, cayó en un estado bastante frenético. Se arrojó sobre las rodillas y elevó las manos, retorciéndolas en una súplica quejumbrosa, arrojando un torrente de ruegos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y su rostro y todo su cuerpo expresaban la más profunda emoción:

—Permítame que se lo ruegue, doctor Seward. ¡Oh, permítame que le implore: permítame salir de esta casa de inmediato! Envíeme tan lejos como guste, a cualquier lugar que se le antoje. Haga que me acompañen guardianes armados con látigos y cadenas; permita que me lleven, con camisa de fuerza, esposado, con grilletes en las piernas, aunque sea a una cárcel; pero déjeme salir de aquí. No sabe lo que hace reteniéndome aquí. Le hablo desde lo más profundo de mi corazón... de mi mismísima alma. No sabe usted a quién está agraviando, ni cómo; y yo no puedo decírselo. ¡Ay de mí! ¡No puedo decírselo! Por todo lo que considera sagrado... por todo lo que considera querido... por su amor fallecido... por su esperanza que aún vive... por el amor del Todopoderoso, ¡sáqueme de aquí y salve mi alma de la culpa! ¿No puede oírme,

hombre? ¿No puede entenderlo? ¿Es que nunca aprenderá? ¿No sabe que estoy cuerdo y soy sincero; que no soy un lunático en un ataque de locura, sino un hombre cuerdo luchando por su alma? ¡Oh, escúcheme! ¡Escúcheme! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir!

Pensé que cuanto más se alargara aquello, más frenético se pondría él, y que acabaría sufriendo un ataque; de modo que le tomé de las manos y le levanté.

—Vamos —dije severamente—. Ya no más; hemos tenido suficiente. Váyase a la cama e intente comportarse con más discreción.

De pronto se calló y me observó intensamente durante unos instantes. Entonces, sin decir una sola palabra, se levantó y fue a sentarse en el borde de la cama. El colapso había llegado igual que en anteriores ocasiones, tal y como había esperado.

Cuando el último de nuestro grupo estaba abandonando la habitación, me dijo con voz tranquila, cortés:

—Espero, doctor Seward, que más adelante me hará la justicia de recordar que hice todo cuanto pude por convencerle esta noche.

Capítulo XIX

DIARIO DE JONATHAN HARKER

1 de octubre, 5 a.m. . —Acudí a registrar la casa con los demás con la conciencia tranquila, pues creo que nunca había visto a Mina tan fuerte y con tan buen aspecto. Me alegra mucho que haya consentido en abstenerse, y que deje que seamos nosotros, los hombres, quienes hagamos el trabajo. En cierto modo, me llenaba de aprensión verla mezclada aunque fuera en lo más mínimo en este horrible asunto; pero ahora que su trabajo ha terminado y que gracias a su energía, a su inteligencia y a su previsión, hemos conseguido hilar la historia de tal modo que todos los detalles cuenten, Mina puede sentirse satisfecha de haber dado por finalizada su contribución, y dejar, a partir de ahora, el resto en nuestras manos. Creo que nos sentíamos todos un poco alterados tras la escena con el señor Renfield. Cuando salimos de su habitación, permanecemos en silencio hasta que volvimos al estudio. Entonces, el señor Morris le dijo al doctor Seward:

—Oye, Jack, si ese hombre no estaba intentando engañarnos, debe de ser el lunático más cuerdo que he visto en mi vida. No estoy seguro, pero creo que tenía un propósito serio. Si así fuera, tiene que haber sido muy duro para él que no le hayamos dado ninguna oportunidad.

Lord Godalming y yo permanecemos en silencio, pero el doctor Van Helsing añadió:

—Amigo John, sabes de lunáticos más que yo, y me alegro por ello, pues temo que si la decisión hubiera quedado en mis manos le habría devuelto su libertad antes de ese último arrebató de histeria. Pero vivimos y aprendemos, y en nuestra presente tarea no debemos correr ningún riesgo, como diría mi amigo Quincey. Mejor que todo siga como hasta ahora.

El doctor Seward pareció responderles distraídamente a ambos:

—Lo único que sé es que estoy de acuerdo con usted. Si ese hombre hubiera sido un lunático normal y corriente habría corrido el riesgo de confiar en él; pero el comportamiento de Renfield parece depender tanto del Conde que temo cometer una grave equivocación accediendo a sus caprichos. No consigo olvidar cómo me rogó con idéntico fervor que le dejara tener un gato, para luego intentar desgarrarme la garganta con los dientes^[219] . Además, llamó al Conde «amo y señor», por lo que tal vez quiera salir de aquí para prestarle ayuda de algún modo diabólico.

Ese horrendo ser cuenta con la ayuda de los lobos y de las ratas y de los de su propia especie, así que imagino que tampoco tendría por qué tener inconveniente en servirse de un respetable lunático. Sin embargo, es cierto que parecía hablar en serio. Sólo espero que hayamos hecho lo correcto. Todo esto, sumado a la tarea que tenemos entre manos, contribuye a desconcertar a cualquiera.

El profesor dio un paso al frente y, poniendo una mano sobre su hombro, dijo con su tono serio y amable:

—Amigo John, no te aflijas. Estamos intentando cumplir con nuestro deber en una situación triste y terrible; sólo podemos hacer lo que consideramos mejor. ¿En qué otra cosa podemos confiar, salvo en la misericordia del buen Dios?

Lord Godalming regresó en aquel momento, tras haberse ausentado un par de minutos. Nos mostró un pequeño silbato de plata, mientras afirmaba:

—Una casa tan vieja podría estar llena de ratas. Si es así, tengo la solución a mano.

Después de saltar el muro nos dirigimos hacia la casa, procurando mantenernos a la sombra de los árboles del jardín cuando asomaba la luna. Al llegar al porche el profesor abrió su maletín y extrajo varios objetos que procedió a extender sobre los escalones, separándolos en cuatro pequeños grupos, evidentemente uno para cada uno. A continuación, dijo:

—Amigos míos, vamos al encuentro de un peligro terrible y necesitaremos armas de muchas clases. Nuestro enemigo no es meramente espiritual. Recuerden que tiene la fuerza de veinte hombres y que, aunque nuestros cuellos y nuestras tráqueas sean normales y corrientes, y por lo tanto rompibles o aplastables, él no es susceptible a la mera fuerza física. Un hombre más fuerte, o un grupo de hombres más fuertes en conjunto que él, podrían, dependiendo del momento, reducirle; pero aun así no podrían dañarle tal y como él podría dañarles a ellos. Debemos, por lo tanto, evitar su toque. Mantengan esto cerca de su corazón —dijo mientras escogía un pequeño crucifijo de plata y me lo tendía, ya que era el que más cerca se encontraba de él—; y pónganse estas flores alrededor de su cuello —me entregó una guirnalda de flores de ajo marchitas—. Para enemigos más mundanos, este revólver y este cuchillo; y para ayudarse en todo, estas diminutas linternas eléctricas que pueden abrocharse en el pecho; por último, para todo y por encima de todo, tenemos esto, que no debemos profanar en vano.

Se refería a una porción de la Hostia sagrada, que guardó en un sobre que me entregó a continuación. Los demás fueron equipados del mismo modo.

—Y ahora —dijo—, amigo John, ¿dónde están las llaves maestras? Así podremos abrir la puerta y no tendremos que irrumpir en la casa por la ventana, como tuvimos que hacer en casa de la señorita Lucy.

El doctor Seward probó una o dos llaves maestras sirviéndose de su destreza como cirujano. Al cabo de un rato obtuvo una que encajaba y, tras un breve forcejeo, el cerrojo cedió y retrocedió con un oxidado ruido metálico. Empujamos la puerta; las oxidadas bisagras chirriaron y se abrió lentamente. La escena me resultó sobrecogedoramente similar a la imagen que me había hecho de la entrada en el panteón de la señorita Westenra leyendo el diario del doctor Seward; imagino que a los demás debió de ocurrírseles la misma idea, puesto que retrocedieron al unísono. El profesor fue el primero en adelantarse y entrar por la puerta abierta.

—*In manus tuas, Domine* ^[220] '.—dijo persignándose al traspasar el umbral. Una vez dentro, cerramos la puerta a nuestras espaldas, no fuéramos a llamar la atención de alguien que pasara por la carretera al encender nuestras linternas. El profesor probó cuidadosamente la cerradura para asegurarse de que fuéramos capaces de abrirla desde el interior en caso de que nos viéramos obligados a efectuar una salida apresurada. Después, todos encendimos nuestras linternas e iniciamos el registro.

La luz de las diminutas linternas alumbró todo tipo de formas extrañas, mientras los haces se entrecruzaban y la opacidad de nuestros cuerpos arrojaba grandes sombras. Por mucho que lo intenté, no conseguí desprenderme de la sensación de que no estábamos solos. Supongo que fue el recuerdo de mis terribles experiencias en Transilvania, intensamente reavivado por el siniestro entorno. Creo que todos experimentamos la misma sensación, pues me di cuenta de que los otros no dejaban de mirar a sus espaldas cada vez que oían un ruido o veían una sombra, igual que hacía yo.

Todo el lugar estaba cubierto por una espesa capa de polvo. En el suelo parecía alcanzar varias pulgadas de profundidad, excepto allí donde había huellas recientes. Al iluminarlas con mi linterna pude ver marcas de botas claveteadas donde el polvo se había apelmazado. Las paredes estaban llenas de polvo y pelusas y en los rincones se amontonaban las telarañas, sobre las que el polvo se había ido acumulando hasta darles una apariencia de viejos harapos hechos jirones, ya que el peso las había desgarrado parcialmente. Sobre una mesa, en el vestíbulo, encontramos un gran manojo de llaves, cada una con una etiqueta amarilleada por el tiempo. Habían sido utilizadas en varias ocasiones, ya que en la capa de polvo que había sobre la mesa se apreciaban varias marcas parecidas a la que había quedado expuesta cuando el profesor tomó las llaves. A continuación se volvió hacia mí, y dijo:

—Usted conoce este lugar, Jonathan. Ha copiado mapas, y por lo menos ya sabe algo más que nosotros. ¿Por dónde se va a la capilla?

Tenía una idea aproximada de su ubicación, a pesar de que en mi anterior visita no había sido capaz de acceder a su interior; de modo que abrí la marcha. Tras equivocarse el camino un par de veces, me encontré frente a una pequeña y arqueada puerta de roble, reforzada con bandas de hierro.

—Aquí es —dijo el profesor enfocando su linterna sobre el pequeño mapa de la casa, copiado del archivo de mi correspondencia original relacionada con la compra. Aunque tuvimos algunos problemas para encontrar la llave adecuada entre todas las del manojito, finalmente abrimos la puerta. Estábamos preparados para encontrar algo desagradable, pues mientras intentábamos abrir la puerta un ligero aire maloliente había parecido filtrarse por entre las rendijas, pero jamás habríamos esperado semejante hedor. Ninguno de mis compañeros había visto al Conde a escasa distancia, y siempre que yo le había visto había sido bien en sus habitaciones, durante su etapa de ayuno, o bien ahito de sangre fresca en un edificio en ruinas, al aire libre; pero este lugar era pequeño y cerrado, y el largo abandono había estancado el aire hasta hacerlo hediondo. Un olor terroso, como el de una miasma seca, podía percibirse por encima del aire más pestilente. Pero en cuanto al hedor en sí mismo... ¿cómo describirlo? No era sólo que estuviera compuesto de todos los males de la muerte, y del acre y pungente olor de la sangre, sino que parecía como si la corrupción en sí misma se hubiera corrompido. ¡Ugh! Me da náuseas sólo pensar en ello. Se diría que cada aliento exhalado por aquel monstruo se hubiera adherido a aquel lugar, intensificando su repugnancia.

En circunstancias normales, un hedor semejante habría puesto punto final a nuestra empresa; pero éste no era un caso ordinario, y el elevado y terrible propósito que nos guiaba nos proporcionaba una fuerza que nos alzó por encima de consideraciones meramente físicas. Tras un retroceso involuntario, consecuencia de la primera vaharada nauseabunda, todos y cada uno de nosotros nos enfrascamos en nuestras tareas como si aquel odioso lugar fuera un jardín de rosas.

Antes de que empezáramos a realizar un exhaustivo registro, el profesor dijo:

—Lo primero es ver cuántas cajas quedan; después debemos examinar cada agujero y rincón y grieta, por si encontráramos alguna pista sobre qué ha sucedido con el resto.

Bastó un vistazo para asegurarnos de cuántas quedaban, pues los grandes cofres de tierra eran voluminosos y no había modo de equivocarse.

¡De los cincuenta sólo quedaban veintinueve! En una ocasión me llevé un buen susto, pues, al advertir que lord Godalming se volvía repentinamente para mirar hacia el exterior de la puerta abovedada, en dirección al oscuro pasadizo que se extendía más allá, también yo miré, y por un instante mi corazón dejó de latir. Allí, escondido entre las

sombras, observando, me pareció ver los rasgos del maligno rostro del Conde: el puente de la nariz, los ojos rojos, los labios carmesíes, la funesta palidez... Pero sólo fue un momento, pues al decir lord Godalming: «Me ha parecido ver un rostro, pero sólo eran las sombras», y proseguir con su labor, enfoqué mi linterna en aquella dirección y salí al pasillo. No había rastro de nadie, y dado que no había esquinas, ni puertas, ni aberturas de ninguna clase, sino únicamente los sólidos muros del pasadizo, no podía haber ningún escondrijo, ni siquiera para él. Asumí que el miedo había alimentado mi imaginación y no dije nada.

Un par de minutos más tarde vi a Morris retroceder repentinamente de un rincón que estaba examinando. Los demás seguimos atentamente sus movimientos, pues no cabe duda de que cierto nerviosismo estaba haciendo mella en nosotros, y pudimos ver una masa fosforescente que parpadeaba como un cielo lleno de estrellas. Retrocedimos instintivamente. La estancia se estaba llenando de ratas.

Por un momento, nos quedamos inmóviles, horrorizados. Todos salvo lord Godalming, quien al parecer había anticipado semejante contingencia. Abalanzándose sobre la gran puerta de roble ribeteada de hierro, que el doctor Seward había descrito desde el exterior, descorrió los enormes cerrojos y la abrió de par en par. Entonces, sacando su pequeño silbato de plata del bolsillo, lo sopló produciendo un pitido breve y estridente. Unos ladridos respondieron a la llamada desde la parte trasera de la casa del doctor Seward, y al cabo de un minuto aparecieron tres terriers doblando la esquina a toda velocidad. Inconscientemente, todos nos habíamos acercado a la puerta, y al movernos pudimos comprobar que en aquella zona el polvo estaba muy alterado: por allí habían sacado las cajas que faltaban. A pesar de que sólo había transcurrido un minuto, el número de ratas había aumentado enormemente. Parecían proliferar por toda la capilla a la vez, de forma que a la luz de las linternas, que alumbraban sus nerviosos cuerpos oscuros y sus ojos torvos y refulgentes, el lugar pareció un terreno repleto de luciérnagas. Los perros llegaron precipitadamente, pero cuando alcanzaron el umbral se detuvieron repentinamente, y se pusieron a gruñir, y luego, levantando simultáneamente los hocicos, empezaron a aullar de un modo de lo más lúgubre. Las ratas estaban multiplicándose por miles, así que salimos fuera.

Lord Godalming levantó a uno de los perros y, tras llevarlo en brazos al interior, lo volvió a dejar en el suelo. En el preciso instante en que sus pies tocaron el suelo, el animal pareció recobrar el valor y se arrojó sobre sus enemigas naturales. Las ratas huyeron con tanta rapidez que, antes de que hubiera matado una veintena, la mayor parte de ellas desaparecieron, de modo que los otros perros, que habían sido llevados al interior de igual forma, apenas pudieron cobrarse unas pocas presas.

Parecía como si junto con las ratas se hubiera marchado también una presencia maligna, pues los perros brincaron y ladraron alegremente mientras se abalanzaban sobre sus enemigas postradas, y las volteaban

una y otra vez y las arrojaban al aire con despiadadas sacudidas. A todos nos subió la moral. Ya fuera porque la abertura de la puerta había purificado la mortal atmósfera de la capilla, o bien debido al alivio que habíamos sentido al encontrarnos a cielo descubierto, lo cierto es que la sombra del temor pareció escurrirse de nosotros como una toga, y el motivo de nuestra expedición perdió parte de su siniestro significado. En cualquier caso, nuestra resolución no disminuyó ni un ápice. Cerramos la puerta exterior y echamos los cerrojos, y llevando a los perros con nosotros procedimos a registrar la casa. No encontramos absolutamente nada salvo polvo en extraordinarias cantidades; todo estaba intacto, excepto por mis propias huellas de cuando había realizado mi primera visita. Ni una sola vez dieron los perros la más mínima muestra de intranquilidad, e incluso cuando regresamos a la capilla brincaron a nuestro alrededor, como si hubieran estando cazando conejos en un bosque un día de verano.

Cuando emergimos por la puerta principal el alba ya clareaba por el este. El doctor Van Helsing había cogido la llave de la puerta de entrada de entre todas las del manojo, y cerró la puerta de modo ortodoxo, guardándose la llave en el bolsillo cuando terminó.

—Por lo pronto —dijo—, nuestra noche ha sido bastante productiva. No hemos sufrido ningún daño, como yo temía y, sin embargo, hemos averiguado cuántas cajas han desaparecido. Sobre todo me congratulo de haber podido completar nuestro primer paso, quizá el más difícil y peligroso, sin haber tenido que involucrar a nuestra encantadora *madam* Mina y sin turbar sus pensamientos y sueños con horribles visiones, ruidos y olores que podría no olvidar jamás. Una lección, también, hemos aprendido, si se me permite argumentar *a particulari* [221] : que los animales controlados por el Conde no son en sí mismos susceptibles a su poder espiritual; vean, si no, cómo esas ratas que han acudido a su llamada, igual que los lobos que convocó desde lo alto de su castillo ante su intento de marcha y ante el grito de aquella pobre madre, por mucho que acudan a él, huyen en tropel ante unos perritos tan pequeños como los de mi amigo Arthur. Nos aguardan otras tareas, otros peligros, otros temores; y la de esta noche no será la única ni la última vez que ese monstruo utilice su poder sobre el mundo animal. Por ahora se ha marchado a otra parte. ¡Bien! En cierto modo, nos ha brindado la oportunidad de gritar «jaque» en esta partida de ajedrez que jugamos por la salvación de almas humanas. Ahora vayamos a casa. El amanecer está próximo y tenemos motivos para sentirnos satisfechos de nuestra primera noche de trabajo. Quizá esté decretado que a ésta le sigan otras muchas noches, y días, llenos de riesgos; pero debemos continuar, y no retroceder ante ningún peligro.

Cuando regresamos, la casa estaba en silencio, salvo por los gritos de algún pobre hombre en uno de los pabellones más alejados, y un ruido suave y quejumbroso que surgía de la habitación de Renfield. El pobre desgraciado estaba sin duda torturándose, tal y como hacen los dementes, con innecesarios y dolorosos pensamientos.

He entrado de puntillas en nuestra habitación y he encontrado a Mina dormida, respirando tan débilmente que he tenido que poner el oído sobre su pecho para oírla. Parece más pálida de lo habitual. Espero que la reunión de esta noche no le haya alterado. Realmente agradezco que haya sido dejada al margen de nuestros futuros trabajos e incluso de nuestras deliberaciones. Es demasiada tensión como para que la soporte una mujer. Al principio no pensaba así, pero ahora sé más. Por lo tanto, me alegro de que el asunto esté arreglado. Quizá haya cosas que le asustarían si las oyera; y, sin embargo, ocultárselas podría ser peor que contárselas, en caso de que ella llegara a sospechar que se las estamos ocultando. Por lo tanto, nuestro trabajo ha de ser un libro cerrado para ella, al menos hasta que llegue el momento en el que podamos asegurarle que todo ha acabado y que la tierra ha quedado libre de un monstruo del inframundo. Creo que me resultará difícil empezar a tener secretos tras la confianza que siempre hemos tenido el uno con el otro; pero debo mantenerme firme. Mañana debo guardar silencio sobre los acontecimientos de esta noche, y me negaré a hablar de nada de lo que ha sucedido. Voy a dormir en el sofá para no molestarla.

1 de octubre, más tarde . —Supongo que es natural que hayamos dormido hasta tarde, pues el día de ayer fue muy ajetreado, y durante la noche apenas descansamos. Incluso Mina debe de haber compartido nuestro agotamiento, pues aunque he dormido hasta que el sol estaba bastante alto, me he despertado antes que ella y he tenido que llamarla dos o tres veces antes de conseguir que se despertara. De hecho, estaba tan profundamente dormida que por unos segundos no me ha reconocido, sino que me ha mirado con una especie de mudo terror, como mira alguien que acaba de despertarse de una pesadilla. Se ha quejado un poco de estar cansada, así que la he dejado descansar hasta más avanzado el día. Ahora sabemos que faltan veintiuna cajas, y si se diera la circunstancia de que en cualquiera de los transportes de los que tenemos constancia se hubieran trasladado varias a la vez, podríamos rastrearlas todas. Eso, por supuesto, simplificaría inmensamente nuestra labor, y cuanto antes atendamos el problema, mejor. Hoy voy a ir a hablar con Thomas Snelling.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

1 de octubre . —Hacia mediodía, el profesor me despertó entrando en mi habitación. Se le veía más alegre y jovial que de costumbre, y resultaba bastante evidente que el trabajo de la pasada noche había contribuido a aligerar algunos de los pesos que apesadumbraban su mente. Tras repasar la aventura de la noche, me dijo de repente:

—Tu paciente me interesa mucho. ¿Podría acompañarte a visitarle esta mañana? O si estás demasiado ocupado, ¿podría ir yo solo, si es posible? Ha sido una nueva experiencia para mí encontrar un lunático que habla de filosofía y razona tan convincentemente.

Yo tenía que ocuparme de ciertos trabajos urgentes, por lo que le dije que si quería ir él solo a mí no me importaba, ya que de ese modo no tendría que hacerle esperar; así que llamé a un celador y le di las instrucciones necesarias. Antes de que el profesor saliera de la habitación le puse sobre aviso para que no se dejara influir por ninguna falsa impresión de mi paciente.

—Pero quiero que me hable de sí mismo y de su manía de consumir seres vivos —respondió él—. Ayer le dijo a *madam* Mina, según he leído en tu diario, que en cierta ocasión tuvo tal creencia. ¿Por qué sonríes, amigo John?

—Discúlpeme, pero la respuesta está aquí —dije poniendo la mano sobre el fajo de hojas mecanografiadas—. Cuando nuestro cuerdo y docto lunático hizo esa precisa afirmación de cómo *solía* consumir vidas, en realidad su boca hedía con las moscas y las arañas que se acababa de comer justo antes de que la señora Harker entrara en la habitación.

Van Helsing sonrió a su vez.

—¡Bien! —dijo—. Tu memoria no te engaña, amigo John. Debería haberlo recordado. Y, sin embargo, son precisamente estas lagunas de pensamiento y memoria lo que hace de la enfermedad mental un estudio tan fascinante. Quizá pueda aprender más sobre la locura con este demente que con las enseñanzas del más sabio. ¡Quién sabe!

Proseguí con mi trabajo, y antes de que hubiera pasado mucho tiempo me hallaba completamente absorto en él. Realmente me pareció que el intervalo había sido muy breve, pero Van Helsing volvía a estar en mi estudio.

—¿Interrumpo? —preguntó educadamente mientras esperaba junto a la puerta.

—En absoluto —respondí—. Entre. Ya he terminado mis tareas y estoy libre. Puedo acompañarle ahora, si lo desea.

—No es necesario. ¡Ya le he visto!

—¿Y bien?

—Me temo que no me estima en demasía. Nuestra entrevista ha sido muy breve. Cuando he entrado en su habitación, le he encontrado sentado en un taburete, en el centro, con los codos apoyados sobre las rodillas y en su rostro la viva imagen del descontento. Me he dirigido a él con toda la alegría que he sido capaz de mostrar, y con tanto respeto como he podido asumir. En cualquier caso, no me ha respondido. «¿Es que no me conoce?, —le he preguntado. Su respuesta no ha sido muy prometedora—: Le conozco de sobra; es usted el viejo idiota de Van Helsing. Ojalá se fuera usted con sus estúpidas teorías sobre el cerebro a cualquier otra parte. ¡Malditos sean todos los holandeses duros de mollera!». Y ya no ha querido decir ni una sola palabra más. Se ha limitado a sentarse, implacablemente huraño, y me ha tratado con tanta indiferencia como si no estuviera en la habitación. Me temo que esta vez he perdido la oportunidad de aprender de este lunático tan listo. Voy a ir, si puedo, a levantarme el ánimo charlando alegremente con la encantadora *madam* Mina. Amigo John, soy incapaz de expresar cuánto me congratula que haya dejado de sufrir y de preocuparse con nuestros terribles asuntos. Aunque echaremos mucho de menos su ayuda, es mejor así.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —respondí seriamente, pues no quería que flaqueara en este asunto—. La señora Harker está mejor al margen de todo esto. La situación ya está siendo bastante dura para nosotros, siendo como somos hombres de mundo que ya se han visto en muchos apuros en sus tiempos; pero no hay lugar en esto para una mujer. Si la señora Harker hubiera seguido en contacto con el asunto, a su tiempo, indefectiblemente, habría acabado por destruirla.

De modo que Van Helsing se ha ido a conferenciar con la señora Harker y con Harker; mientras, Quincey y Art han salido a seguir las pistas que tenemos sobre las cajas de tierra. Yo voy a terminar mi ronda de visitas, y esta noche volveremos a reunirnos.

DIARIO DE MINA HARKER

1 de octubre . —Qué extraño me resulta verme condenada al desconocimiento, tal y como me encuentro hoy. Después de tantos años contando con la completa confianza de Jonathan le he visto eludir manifiestamente ciertas cuestiones, precisamente las más vitales de todas. Esta mañana dormí hasta tarde, debido a las fatigas de ayer, y aunque Jonathan también se despertó tarde fue el más madrugador de los dos. Habló conmigo antes de salir, con más cariño y ternura que nunca, pero no dijo ni una sola palabra de lo que había sucedido durante la visita a la casa del Conde. Y, sin embargo, tenía que saber lo terriblemente preocupada que estaba yo. ¡Pobre querido mío! Supongo que debe de inquietarle incluso más que a mí. Todos estuvieron de acuerdo en que era mejor que no siguiera involucrada en este horrendo trabajo, y yo me mostré de acuerdo. ¡Pero pensar que él me oculta cosas! Y ahora estoy llorando como una tonta, cuando sé que todo es consecuencia del gran amor que me profesa mi esposo, y de los mejores deseos de los demás...

Esto me ha hecho bien. En fin, sé que algún día Jonathan me lo contará todo; y para que nunca pueda pensar ni por un instante que yo le he ocultado algo, seguiré llevando mi diario como siempre. Así, si algún día él duda de mi confianza, se lo enseñaré para que sus queridos ojos puedan leer hasta el último de mis más íntimos pensamientos. Hoy me siento extrañamente triste y muy desanimada. Supongo que debe de ser una reacción ante tantas y tan terribles excitaciones.

Anoche me fui a la cama tan pronto como los hombres se marcharon, sencillamente porque me lo habían dicho. No tenía sueño, y sentía una enorme y devoradora preocupación. No podía dejar de pensar una y otra vez en todo lo que ha sucedido desde que Jonathan vino a verme a Londres^[222] ; parece una horrible tragedia, como si el destino estuviera empujando implacablemente hacia algún final predeterminado. Todo lo que he hecho hasta ahora, sin importar lo razonable y correcto que pudiera ser, ha parecido tener las más deplorables consecuencias. Si no hubiera ido a Whitby, quizá la pobre y querida Lucy aún seguiría con nosotros. Ella no había adoptado la costumbre de visitar el cementerio hasta que llegué yo, y si no me hubiera acompañado hasta allí durante el día, no habría regresado luego en sueños; y si no hubiera ido hasta allí en mitad de la noche, dormida, ese monstruo no habría podido destruirla como lo hizo. Oh, ¿por qué iría yo a Whitby? ¡Ya estoy llorando otra vez! No sé qué me pasa hoy. Debo ocultárselo a Jonathan, pues si supiera que he estado llorando dos veces en una misma mañana —yo, que nunca he llorado por mí, y a la que él nunca ha dado motivo para derramar una sola lágrima—, al pobrecito mío se le partiría el corazón. Tendré que disimular, y si me siento llorosa no permitiré que

me vea. Supongo que es una de las lecciones que tenemos que aprender nosotras, las pobres mujeres...

No consigo recordar cómo me dormí anoche. Recuerdo haber oído el ladrido repentino de los perros, y una serie de ruidos extraños, como si alguien estuviera rezando frenéticamente en la habitación del señor Renfield, que se encuentra en alguna parte por debajo de ésta. Y luego todo quedó en silencio, un silencio tan profundo que me sobresaltó, de modo que me levanté y me asomé a la ventana. Fuera todo estaba oscuro y silencioso; las negras sombras proyectadas por la luz lunar parecían llenas de su particular y callado misterio. Nada se movía, sino que todo parecía tenebroso e inmóvil, como la muerte o el destino; de tal modo que una estrecha hebra de niebla blanca, que se arrastraba con una lentitud casi imperceptible por encima del césped en dirección a la casa, pareció tener una voluntad y vitalidad propias. Creo que la digresión de mis pensamientos me hizo bien, pues cuando regresé a la cama sentí un letargo apoderándose de mí. Me tumbé un rato, pero no conseguí dormir, así que me levanté y volví a mirar por la ventana. La niebla se estaba extendiendo y ahora se encontraba muy cerca de la casa, y pude verla, agolpándose cada vez más espesa contra la pared, como si se estuviera alzando hacia la ventana. Renfield, pobre hombre, hacía más ruido que nunca, y aunque no pude distinguir ni una sola palabra de las que dijo, reconocí en cierto modo un tono de súplica apasionada en su voz. Entonces oí ruidos de pelea, y supe que los celadores se estaban encargando de él. Me asusté tanto que volví a meterme en la cama y me cubrí la cabeza con las sábanas, a la vez que me tapaba los oídos. En aquel momento no tenía nada de sueño, o al menos eso pensaba; pero debí quedarme dormida, pues no recuerdo nada más hasta que Jonathan me despertó por la mañana, salvo un sueño que tuve. Creo que me costó esfuerzo y algo de tiempo darme cuenta de dónde estaba y que era Jonathan quien se inclinaba sobre mí. Mi sueño fue muy raro y muy característico del modo en el que los pensamientos de la vigilia se mezclan, o se ven continuados, en los sueños.

Pensé que estaba dormida, esperando a que Jonathan regresara. Estaba muy preocupada por él, pero era incapaz de moverme; los pies, las manos, y el cerebro me pesaban enormemente, de modo que nada funcionaba a su ritmo habitual. Y así dormí, intranquila y sin dejar de pensar. Entonces empecé a darme cuenta de que el aire era pesado, y húmedo, y frío. Me retiré las sábanas del rostro y descubrí, para mi sorpresa, que todo estaba en penumbras a mi alrededor. La luz del gas que había dejado encendida para Jonathan, aunque con la llama baja, parecía una diminuta chispa roja a través de la niebla, que evidentemente se había espesado y había entrado en la habitación. Entonces recordé que había cerrado la ventana antes de meterme en la cama. Me habría levantado para asegurarme, pero una especie de plomizo letargo parecía encadenar mis miembros e incluso mi voluntad. Me quedé inmóvil, aguantando; eso fue todo. Cerré los ojos, pero aun así pude seguir viendo a través de los párpados —es sorprendente cómo nos engañan nuestros sueños, y la facilidad con la que podemos imaginar—. La niebla se espesó más aún, y entonces descubrí cómo había penetrado

en la habitación, pues la vi derramándose como humo —o como el blanco vapor del agua en ebullición—, no por la ventana sino a través de los resquicios de la puerta. Siguió espesándose más y más, hasta que pareció concentrarse en una especie de columna nubosa en el centro de la habitación, a través de cuyo extremo superior pude ver la luz del gas brillando como un ojo rojo. Las ideas se arremolinaron en mi cerebro del mismo modo que la columna nubosa se arremolinaba en la habitación, y a través de todo ello me vinieron a la memoria las palabras de las Escrituras: «... una columna de nubes durante el día y de fuego durante la noche^[223] »'. ¿Se trataría realmente de una guía espiritual que me llegaba en sueños? Pero la columna estaba compuesta tanto de elementos del día como de la noche, pues el fuego era aquel ojo rojizo. Este pensamiento hizo que ejerciera una nueva fascinación sobre mí; hasta que, mientras seguía observándolo, el fuego se dividió y pareció refulgir a través de la niebla como dos ojos rojos, como aquellos de los que me había hablado Lucy en su momento de ensoñación cuando, en el acantilado, la luz agonizante del sol se reflejó en las ventanas de la iglesia de St. Mary. Repentinamente, recordé horrorizada que así había sido como Jonathan había visto materializarse a aquellas horrendas mujeres, en mitad de un torbellino de niebla a la luz de la luna, y debí de desmayarme en mi sueño, pues todo quedó sumido en la negrura. El último esfuerzo consciente que hizo mi imaginación, fue mostrarme un rostro blanco y lívido surgiendo de la niebla para inclinarse sobre mí. Debo tener cuidado con semejantes sueños, pues varios semejantes bastarían para desequilibrar la razón de cualquiera. Les pediría al doctor Van Helsing o al doctor Seward que me prescribieran algo que me hiciera dormir, sólo que temo alarmarles. Semejante sueño, en un momento como el actual, sólo serviría para aumentar sus temores por mí. Esta noche me esforzaré por dormirme de forma natural. Si no lo consigo, mañana por la noche les pediré que me den una dosis de doral; no puede hacerme daño si sólo lo tomo una vez, y me otorgará una buena noche de sueño. La noche de ayer me dejó más agotada que si no hubiera dormido nada.

2 de octubre, 10 p.m. —Anoche dormí, pero no soñé. Debo de haber dormido profundamente, pues Jonathan no me ha despertado al meterse en la cama; pero el sueño no ha sido reparador; hoy me siento terriblemente débil y baja de ánimos. Ayer pasé todo el día intentando leer o dormir. Por la tarde el señor Renfield preguntó si podía verme. Pobre hombre, fue muy amable, y cuando me marché me besó la mano y le rogó a Dios que me bendijera. Por alguna razón me afectó mucho; estoy llorando al acordarme de él. He de tener mucho cuidado con esta nueva debilidad. Jonathan se sentiría desgraciado si supiera que he estado llorando. Él y los demás han pasado el día fuera hasta la hora de la cena y han llegado muy cansados. Yo he hecho todo lo posible por animarles, y supongo que el esfuerzo me ha sentado bien, pues me he olvidado de lo cansada que estaba. Después de la cena me han enviado a la cama y se han retirado a fumar. O al menos eso han dicho, pero yo sé que lo que querían era contarse lo que han averiguado cada uno durante el día; me he dado cuenta, por cómo se comportaba Jonathan, de que tenía algo importante que comunicarles. Como no tenía tanto

sueño como debería haber tenido, le pedí al doctor Seward, antes de que se fueran, que me administrara algún tipo de opiáceo, explicándole que anoche no dormí bien. Él, muy amablemente, me ha preparado una dosis adormecedora y me ha dicho que no me haría ningún daño, ya que era muy suave... Me la he tomado, y estoy esperando a que me sobrevenga el sueño, que sigue haciéndose de rogar. Espero no haber hecho mal, pues ahora que el sueño empieza a coquetear conmigo, me asalta un nuevo temor: que quizá haya sido imprudente al privarme de este modo de la capacidad de despertar. Podría necesitarla. Aquí llega el sueño. Buenas noches.

Capítulo XX

DIARIO DE JONATHAN HARKER

1 de octubre, tarde . —Encontré a Thomas Snelling en su casa de Bethnal Green, pero por desgracia no estaba en condiciones de recordar nada. La misma previsión de cerveza que el anuncio de mi visita había despertado en él resultó ser excesiva, de modo que se había entregado demasiado pronto a la esperada libación. En todo caso, supe por su mujer, que parecía una persona decente, que en realidad Snelling sólo era el ayudante de Smollet, de los dos socios el más responsable. Así que tomé un coche hasta Walworth y encontré a Don Joseph Smollet en casa, en mangas de camisa, bebiendo un té tardío directamente del platillo. Es un tipo decente e inteligente, sin duda un buen trabajador, fiable y con la cabeza en su sitio. Lo recordaba todo sobre el incidente de las cajas, y tras consultar una sorprendente libreta de notas completamente desgastada, llena de apuntes jeroglíficos escritos con un grueso lápiz medio borrado, que extrajo de algún misterioso receptáculo situado en los fondillos de su pantalón, me proporcionó los destinos de las cajas. Había llevado seis en una primera carretada al 197 de la calle Chicksand, Mile End New Town, y otras seis a Jamaica Lañe, Bermondsey^[224] . Si, por lo tanto, la intención del Conde era repartir por todo Londres sus espantosos refugios, éstos tenían que ser los lugares que había escogido como cabeza de puente, de modo que más tarde pudiera distribuir las cajas de un modo más amplio. La manera sistemática en la que había obrado me hizo sospechar que sus intenciones no podían limitarse únicamente a dos extremos de Londres. Ahora contaba con refugios en el extremo más oriental de la zona norte, al este de la zona sur, y en el sur. Estaba convencido de que no tenía intención de dejar el norte y el oeste al margen de su diabólico plan... y mucho menos la City^[225] propiamente dicha, así como el mismo corazón de la moderna Londres, al oeste y sudoeste. Me volví a Smollet y le pregunté si sabía si alguien más había extraído cajas de Carfax.

Él respondió:

—Bueno, jefe, como me ha tratado más que generosamente —le había dado medio soberano—, le diré todo lo que sé. Hace cuatro noches, oí a un hombre que responde al nombre de Bloxam contar en el «Haré and Hounds^[226] », en Pincher's Alley, que él y su socio habían cumplido un extraño encargo en una vieja mansión polvorienta de Purfleet. Como no hay muchos trabajos de ese estilo, se me ocurre que quizá Sam Bloxam pueda contarle algo.

Le pregunté si sabría decirme dónde encontrarle. Le dije que si me conseguía la dirección, se habría ganado otro medio soberano. De modo que se acabó lo que le quedaba de té de un solo trago y se levantó, diciendo que iba a empezar la búsqueda en aquel mismo momento. Al llegar a la puerta se detuvo, y dijo:

—Escuche, jefe, no tiene sentido que le haga esperar aquí. Quizá encuentre pronto a Sam, o quizá no; en cualquier caso, esta noche no estará en condiciones de contarle mucho. Sam es de los que se ponen raros cuando empujan el codo. Si puede darme un sobre con un sello y me escribe en él su dirección, averiguaré dónde puede localizar a Sam y se lo enviaré esta noche por correo. Lo mejor será que vaya a buscarle por la mañana temprano, o quizá no le encuentre; pues Sam se levanta temprano, no importa la cantidad de alcohol que se haya metido entre pecho y espalda la noche anterior.

Me pareció una solución práctica, de modo que una de sus hijas salió con un penique a comprar un sobre y una hoja de papel, con instrucciones de quedarse el cambio. Cuando regresó, puse la dirección del doctor Seward en el sobre y lo sellé, y cuando Smollet me volvió a prometer fielmente que me enviaría la dirección de Bloxam tan pronto como la hubiera averiguado, emprendí el camino de regreso a casa. En cualquier caso, estamos sobre la pista. Esta noche estoy muy cansado y me apetece dormir. Mina está profundamente dormida, y parece demasiado pálida; tiene aspecto de haber estado llorando, a juzgar por sus ojos. Pobrecita mía, no tengo la menor duda de que lamenta que la estemos manteniendo al margen y quizá esté más preocupada aún por mí y por los demás. Pero es mejor así. Mejor sufrir una decepción y preocupaciones como las actuales que terminar con los nervios destrozados. Los doctores tuvieron mucha razón al insistir en que la apartáramos de este horrendo asunto. Debo mantenerme firme, dado que esta carga de silencio recae particularmente sobre mis hombros. No debo hablarle nunca de nuestra situación, bajo ninguna circunstancia. Después de todo, en realidad no debería ser una tarea tan difícil, ya que ella misma se ha vuelto algo reticente al tema, y no ha vuelto a hablar del Conde ni de sus fechorías desde que le hicimos saber nuestra decisión.

2 de octubre, tarde. —Un día largo, duro y emocionante. A primera hora de la mañana recibí por correo el sobre que yo mismo había escrito, en cuyo interior encontré un sucio trozo de papel, en el que estaba escrito, con lápiz de carpintero y caligrafía desgarbada, lo siguiente:

«Sam Bloxam, Korkrans, 4 Poters Cort, Bartel Street, Walworth. Preguntar por el suplente».

Cuando me entregaron la carta aún seguía en la cama, de modo que me levanté sin despertar a Mina. Se la veía agotada y adormilada, y pálida, y no tenía ni mucho menos buen aspecto. No la desperté, pero decidí que, tan pronto como regresara de esta nueva pesquisa, me encargaría

de hacer los preparativos necesarios para que regresara a Exeter. Creo que será más feliz en su propia casa —donde podrá entretenerse con sus tareas diarias—, que aquí entre nosotros, sumida en la ignorancia.

Únicamente vi al doctor Seward un momento y le informé de adonde me dirigía, prometiéndole regresar para contárselo a los demás tan pronto como hubiera averiguado algo. Fui en coche hasta Walworth y encontré, con algunas dificultades, Potters Court. La ortografía del señor Smollet me llevó a engaño, pues pregunté por Poter's Court en vez de por *Potters Court*. En cualquier caso, una vez localicé el callejón^[227] no tuve dificultades para encontrar la casa de huéspedes del señor *Corcoran*. Cuando le pregunté al hombre que abrió la puerta por el «suplente», él negó con la cabeza mientras decía:

—No le conozco. Ése no vive aquí; nunca he oído hablar de él en todo el maldito tiempo que llevo aquí. No creo que haya nadie de esa clase viviendo aquí o en ninguna otra parte.

Saqué la carta de Smollet, y al releerla se me ocurrió que todo podía deberse a otro de sus errores ortográficos.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy el superintendente —respondió. Vi de inmediato que estaba siguiendo la pista correcta; la ortografía me había vuelto a desorientar. Una propina de media corona puso los conocimientos del superintendente a mi disposición, y me enteré de que el señor Bloxam, que, efectivamente había estado aquella noche durmiendo la mona en Corco—ran's, se había marchado a trabajar a Poplar^[228] a las cinco en punto de la mañana. No supo decirme dónde estaba situado exactamente su lugar de trabajo, pero tenía una idea aproximada de que se trataba de una especie de «almacén moderno»; y con esta escuálida pista tuve que partir hacia Poplar. Ya habían dado las doce en punto antes de que consiguiera una pista satisfactoria sobre semejante edificio, cuando, tras preguntar en una cafetería en la que algunos trabajadores estaban tomando su almuerzo, uno de ellos sugirió que en Cross Angel Street estaban levantando un nuevo edificio de «almacenamiento en frío» y, como esto encajaba con la descripción de «almacén moderno», tomé inmediatamente un coche hasta allí. Sendas entrevistas con un malhumorado portero y con un capataz más malhumorado aún —apaciguados en ambos casos con moneda del reino —, me pusieron tras la pista de Bloxam; cuando le sugerí a su capataz que estaba dispuesto a pagarle su tarifa del día únicamente a cambio del privilegio de hacerle un par de preguntas a Bloxam al respecto de un asunto privado, envió a buscarle de inmediato. Se trataba de un tipo lo suficientemente listo, aunque de bruscas maneras y hablar rudimentario. Cuando le prometí pagarle a cambio de su información, y le di un adelanto, me contó que había hecho dos viajes entre Carfax y una casa de Piccadilly, llevando a esta última nueve grandes cajas —muy pesadas—, utilizando un caballo y un carro que él mismo había

alquilado para este fin. Le pregunté si podía decirme el número de la casa en Piccadilly, a lo que él respondió:

—Verá, patrón, el número lo he olvidado, pero sólo estaba a un par de puertas de una gran iglesia blanca, o algo por el estilo, construida no hace mucho. Además, es una vieja casa polvorienta, aunque nada comparable a la otra de la que sacamos las malditas cajas.

—¿Cómo entró en la casa si ambas estaban vacías?

—El viejo que me contrató estaba esperándome en la casa de Purfleet. Me ayudó a levantar las cajas y a subirlas al carro. Maldito si no era uno de los tipos más fuertes que haya visto en mi vida. ¡Y eso que era un viejo de bigotes blancos, tan delgado que uno podría pensar que ni siquiera tuviera sombra!

¡Cómo me hizo temblar esta frase!

—¡Vaya! Que me zurzan si no levantó su extremo de las cajas como si fueran bolsas de té, y mientras yo allí, jadeando y sudando para poder levantar el mío... y eso que no soy ningún debilucho.

—¿Cómo entró en la casa de Piccadilly? —pregunté.

—También estaba allí. No sé cómo lo hizo, pero de algún modo salió y llegó hasta allí antes que yo, pues cuando llamé a la campana me abrió la puerta él mismo y me ayudó a meter las cajas en el recibidor.

—¿Las nueve? —pregunté.

—Sí, había cinco en la primera remesa y cuatro en la segunda. Fue un trabajo de esos que le dejan a uno seco. Lo que ya no recuerdo tan bien es cómo llegué a casa...

—¿Dejaron todas las cajas en el recibidor? —le interrumpí.

—Sí, era un recibidor muy grande y estaba completamente vacío.

Hice un último intento por averiguar algo más:

—¿No dispuso usted de ninguna llave?

—No utilicé ni llave ni nada. El anciano me abrió la puerta personalmente y luego la volvió a cerrar cuando me marché. No recuerdo la última vez... pero eso ya fue cosa de la cerveza.

—¿Y no puede recordar el número de la casa?

—No, señor. Pero no tendrá ninguna dificultad para encontrarla. Es una casa alta, con la fachada de piedra y un arco, y una empinada escalera que conduce hasta la puerta. Recuerdo perfectamente los escalones,

pues subí las cajas hasta arriba con la ayuda de tres vagos que se acercaron para ganarse un cobre. El viejo caballero les dio algunos chelines y ellos, viendo que era hombre de dinero, le exigieron más; pero él cogió a uno por el hombro y amenazó con arrojarlo por las escaleras hasta que todo el grupo se marchó maldiciendo.

Pensé que esta descripción me bastaría para encontrar la casa, de modo que tras pagar a mi amigo por su información, partí hacia Piccadilly. Había conseguido una nueva y perturbadora información: era evidente que el Conde era capaz de manejar las cajas de tierra personalmente. En ese caso, el tiempo era precioso, pues ahora que ya había conseguido un primer nivel de distribución podía completar la tarea sin ser observado en el momento que le resultara más favorable. Despedí a mi taxi en Piccadilly Circus^[229] y caminé en dirección oeste; pasado el Júnior Constitutional^[230] encontré la casa descrita e inmediatamente me convencí de que ésta debía de ser la nueva guarida dispuesta por Drácula. La casa parecía llevar largo tiempo deshabitada. Las ventanas estaban incrustadas de polvo y los postigos echados. Todos los marcos estaban ennegrecidos por el tiempo y la mayor parte de la pintura se había desprendido del metal. Era evidente que, hasta hacía poco, un gran cartel había colgado del balcón; en cualquier caso, había sido violentamente arrancado, pero los montantes que lo habían aguantado aún seguían allí. Por entre los barrotes del balcón pude ver que había algunas tablas sueltas, cuyos bordes mellados parecían blancos. Habría dado cualquier cosa por haber sido capaz de ver el cartel intacto, ya que, quizá, me habría proporcionado alguna pista sobre quién había vendido la casa. Recordé mi experiencia en el proceso de búsqueda y adquisición de Carfax, y no pude evitar sentir que, encontrando al anterior propietario, podríamos dar también con algún medio de acceso a la casa.

Por el momento no había nada más que ver por el lado de Piccadilly, y además no podía hacer nada; de modo que di la vuelta para ver si averiguaba algo desde la parte trasera. Los patios^[231] estaban llenos de gente, puesto que las casas de Piccadilly están en su mayor parte ocupadas. Pregunté a un par de mozos y ayudantes que vi por los alrededores, por si podían contarme cualquier cosa que supieran respecto a la casa vacía. Uno de ellos me dijo que había sido comprada recientemente, pero que no sabía quién había sido el anterior propietario. Me contó, en cualquier caso, que hasta hacía muy poco había habido un cartel de «se vende» colgado, y que quizá Mitchell, Sons & Candy, los agentes inmobiliarios, podrían decirme algo, ya que le parecía recordar haber visto el nombre de esa empresa en el cartel. No deseaba parecer demasiado impaciente, o dejar que mi informador supiera o adivinara demasiado, de modo que, mostrándole mi agradecimiento del modo habitual, me marché paseando. La oscuridad iba en aumento, y la noche otoñal cada vez estaba más cerca, de modo que no perdí tiempo. Tras averiguar la dirección de Mitchell, Sons & Candy consultando un directorio en el Berkeley, pronto me planté en su oficina de Sackville Street.

El caballero que me atendió fue particularmente refinado en sus modales, pero poco comunicativo en idénticas proporciones. Tras haberme dicho una vez que la casa de Piccadilly —a la que en todo momento se refirió como «mansión»— había sido vendida, dio por concluida nuestra entrevista. Cuando le pregunté quién la había adquirido, abrió los ojos como platos, y guardó silencio un par de segundos antes de responder:

—Está vendida, caballero.

—Discúlpeme —dije yo con idéntica educación—, pero tengo un buen motivo para desear saber quién la ha adquirido.

Esta vez, la pausa fue más larga, y sus cejas se elevaron más aún.

—Está vendida, caballero —fue una vez más su lacónica respuesta.

—Estoy seguro —dije yo— de que no tendrá usted inconveniente en revelarme un detalle de tan escasa importancia.

—El caso es que sí lo tengo —respondió—. Los intereses de nuestros clientes están completamente seguros en manos de Mitchell, Sons & Candy.

Estaba claro que se trataba de un gazmoño de primera categoría, y que no iba a arreglar nada discutiendo con él. Se me ocurrió que sería mejor enfrentarme a él en su propio terreno, de modo que le dije:

—Sus clientes, señor, pueden estar contentos de contar con tan celoso guardián de sus confidencias. También yo pertenezco a la profesión —al decir esto le tendí mi tarjeta—. En este caso no me mueve la curiosidad; vengo en representación de lord Godalming, quien desea saber algo sobre esta propiedad que, según tiene entendido, ha estado a la venta hasta hace poco.

Estas palabras le dieron un matiz muy diferente al asunto.

—Estaría encantado de poder satisfacerle, señor Harker —dijo—, y me sentiría especialmente satisfecho de poder complacer a Su Señoría. En una ocasión nos encargamos de alquilar algunas habitaciones para él cuando todavía era el Honorable Arthur Holmwood. Si me deja usted la dirección de Su Señoría, consultaré con la dirección sobre el tema, y sea cual sea la respuesta, se la comunicaré a Su Señoría mediante el correo de esta noche. Sería un placer poder desviarnos hasta tal grado de nuestras normas como para ofrecerle a Su Señoría la información requerida.

Como quería asegurarme un amigo, y no hacer un enemigo, le di las gracias, le di la dirección del doctor Seward, y me marché. Para entonces ya había oscurecido y me sentía cansado y hambriento. Tomé

una taza de té en la Aérated Bread Company^[232] y regresé a Purfleet en el siguiente tren.

Encontré a los demás en casa. Mina parecía pálida y cansada, pero hizo un gallardo esfuerzo por mostrarse radiante y animada; me dio un vuelco el corazón al pensar que era yo quien había provocado su intranquilidad al haberle ocultado información. Gracias a Dios, ésta será la última noche que nos vea deliberando a solas y sintiendo el aguijón de nuestra falta de confianza. Tuve que reunir todo mi coraje para seguir manteniendo la sabia resolución de mantenerla al margen de nuestra siniestra tarea. De todas formas, Mina parece haber aceptado mejor la idea o, en cualquier caso, el tema en sí parece haberse vuelto repugnante para ella, pues cada vez que hacemos alguna alusión accidental se echa realmente a temblar. Me alegra que tomáramos la decisión a tiempo, de otro modo, y viendo semejante reacción, nuestras nuevas averiguaciones habrían representado una tortura para ella.

No podía comunicarles a los demás el descubrimiento del día mientras no estuviéramos a solas; de modo que tras la cena —seguida de un poco de música para guardar las apariencias incluso entre nosotros mismos — acompañé a Mina a su habitación y la dejé para que se fuera a la cama. La querida muchacha se mostró más afectuosa que nunca conmigo, y se abrazó a mí como si quisiera retenerme; pero teníamos mucho de lo que hablar y me marché. Gracias a Dios, el hecho de haber dejado de contarle cosas no ha suscitado ninguna diferencia entre nosotros.

Cuando volví a bajar, me encontré a los demás reunidos junto al fuego en el estudio. Como había aprovechado el desplazamiento en tren para poner mi diario al día, sencillamente me limité a leérselo, pues me pareció el mejor medio de ponerles al tanto de todo lo que había averiguado. Cuando terminé, Van Helsing dijo:

—El de hoy ha sido un espléndido día de trabajo, amigo Jonathan. Indudablemente, estamos tras la pista de las cajas desaparecidas. Si las encontramos todas en esa casa, nuestro trabajo estará cerca de llegar a su fin. Pero si faltara alguna, debemos seguir buscando hasta haberlas encontrado todas. Entonces será cuando asestemos nuestro *coup* final, y cazaremos a ese desgraciado hasta darle una muerte real.

Durante un rato, todos permanecemos sentados en silencio, hasta que el señor Morris dijo de repente:

—¡Oigan! ¿Y cómo vamos a entrar en esa casa?

—Ya entramos en la otra —respondió lord Godalming rápidamente.

—Pero, Art, esto es diferente. Es cierto que irrumpimos en Carfax, pero amparados por la noche y por un parque vallado. Cometer un allanamiento en pleno Piccadilly, tanto da que sea de día o de noche, va

a ser una cosa completamente diferente. Confieso que no se me ocurre ninguna manera de entrar, a menos que el «pollo» de la agencia pueda proporcionarnos alguna llave; quizá lo sepamos cuando recibas su carta mañana.

Las cejas de lord Godalming se contrajeron, y se levantó para recorrer la habitación de un extremo a otro. Enseguida se detuvo y dijo, volviéndose hacia nosotros:

—Quincey tiene la cabeza en su sitio. Este asunto del allanamiento se está poniendo serio; ya nos salimos una vez con la nuestra; pero la tarea que ahora tenemos a mano es mucho más complicada... a menos que consigamos las llaves del Conde.

Como no podíamos hacer nada más por hoy, y era como mínimo recomendable esperar hasta que lord Godalming recibiera noticias de Mitchell, hemos decidido no llegar a ninguna conclusión antes del desayuno. Durante un buen rato hemos seguido sentados, fumando y discutiendo el asunto desde varios puntos de vista; yo he aprovechado la oportunidad para actualizar mi diario hasta este preciso momento. Pero ahora tengo mucho sueño y voy a irme a la cama...

Sólo unas líneas más. Mina duerme profundamente y su respiración es regular. Tiene el ceño fruncido, como si pensara incluso mientras duerme. Sigue estando demasiado pálida, pero ahora no parece tan demacrada como esta mañana. Espero que mañana podamos solucionar todo esto; una vez esté de vuelta en casa, en Exeter, volverá a ser ella misma. ¡Oh, pero qué sueño tengo!

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

1 de octubre . —Renfield vuelve a desconcertarme por completo. Sus humores cambian con tanta rapidez que me resulta difícil seguirles el ritmo, y como siempre están relacionados con algo más que su propio bienestar, constituyen un estudio más que interesante. Esta mañana, cuando he ido a verle después de que hubiera desairado a Van Helsing, ha mostrado un comportamiento digno de un hombre que controlara su destino. De hecho, lo estaba controlando... subjetivamente. No sentía la menor preocupación por los acontecimientos terrenales; estaba en las nubes, observando con condescendencia, desde las alturas, las debilidades y deseos de los pobres mortales; es decir, del resto de nosotros. Pensé que aprovecharía la ocasión para aprender algo, de modo que le pregunté:

—¿Qué tal las moscas últimamente? —él sonrió con aire de superioridad (una sonrisa digna del rostro de Malvolio^[233]), y respondió:

—La mosca, mi querido señor, tiene un rasgo destacado: sus alas son un buen ejemplo de los poderes aéreos de las facultades psíquicas. ¡Los antiguos hicieron bien al representar el alma como una mariposa^[234] !

Se me ocurrió llevar la analogía hasta su extremo lógico y le dije rápidamente:

—Oh, ¿entonces es un alma, detrás de lo que va ahora? —su locura frustró su razonamiento, y una expresión de desconcierto se apoderó de su rostro, mientras negaba con la cabeza con una decisión que raras veces había visto en él, y dijo:

—¡Oh, no; oh, no! No quiero almas. Lo único que quiero es la vida —al decir esto se animó—. Aunque ahora mismo todo me resulta bastante indiferente. La vida está bien, pero ya tengo cuanta pudiera desear. ¡Tendrá que buscarse un nuevo paciente, doctor, si desea seguir estudiando la zoofagia!

Esto me desconcertó un poco, de modo que insistí:

—Entonces controla usted la vida; ¿es un dios, supongo? —él sonrió con una inefable y benigna superioridad.

—¡Oh, no! Lejos de mí el arrogarme los atributos de la Divinidad. Ni siquiera me interesan particularmente sus obras espirituales. ¡Si pudiera definir en qué posición intelectual me encuentro, en lo que a asuntos puramente terrenales se refiere, diría que en cierto modo es equivalente a la posición que ocupaba Henoc espiritualmente!

Esto me planteó un problema, pues no conseguía recordar en ese momento el posicionamiento de Henoc; de modo que tuve que recurrir a hacerle una pregunta sencilla, aunque sentí que obrando de aquella manera me estaba degradando a los ojos del lunático:

—¿Y por qué Henoc?

—Porque él anduvo con Dios^[235] —no conseguí entender la analogía, pero no quise admitirlo; de modo que volví a su anterior negación:

—De modo que ya no le interesa la vida y no quiere almas. ¿Por qué no? Formulé mi pregunta con mucha rapidez, y con cierta severidad, con el propósito de desconcertarle. Y dio resultado; pues por un momento volvió a caer inconscientemente en su servilismo de antaño, se inclinó ante mí, y realmente me aduló mientras respondía:

—¡No quiero ninguna alma, en efecto, en efecto! No las quiero. ¡No me servirían de nada aunque las tuviera! No tendrían ninguna utilidad para mí. No podría comérmelas ni...

Se interrumpió bruscamente, y la expresión astuta volvió a cubrir su rostro, como una ráfaga de viento barriendo la superficie del agua.

—En cuanto a la vida, doctor, ¿qué es, a fin de cuentas? Cuando uno tiene cuanto necesita, y sabe que nunca necesitará nada más... eso es todo. Tengo amigos, buenos amigos, como usted, doctor Seward —dijo con una recelosa sonrisa de astucia inexpresable—. ¡Sé que nunca me faltarán medios de vida!

Creo que, a través de la nubosidad de su locura, percibió algún antagonismo en mi persona, pues de inmediato recurrió al último refugio de los que son como él: un terco silencio. Al cabo de un rato vi que, por el momento, era inútil hablar con él. Estaba de mal humor, así que me marché.

Algo más tarde me mandó llamar. Normalmente no habría acudido sin un buen motivo, pero en este momento me interesa tanto su caso que de buena gana hice el esfuerzo. Además, me alegra tener algo que me ayude a matar el tiempo. Harker está fuera, siguiendo pistas; igual que lord Godalming y Quincey. Van Helsing está en mi despacho, estudiando el informe preparado por los Harker; está convencido de que un conocimiento exhaustivo de todos los detalles podría proporcionarle alguna pista. No desea que le interrumpan sin motivo mientras trabaja. Le habría dicho que me acompañara a visitar al paciente, pero se me ha ocurrido que, después del último desaire, podría haber perdido el interés en verle de nuevo. También había otra razón: Renfield podría no hablar tan libremente frente a una tercera persona como lo hacía cuando estábamos él y yo a solas.

Le encontré sentado en mitad de la habitación, sobre su taburete, una postura que generalmente es indicativa de actividad mental por su parte. Cuando entré, me dijo de inmediato, como si la pregunta hubiera estado esperando en sus labios:

—¿Qué pasa con las almas? —estaba claro que mi suposición había sido correcta. La cerebración inconsciente estaba cumpliendo su cometido, incluso en la mente de un lunático. Me decidí a poner aquel asunto en claro.

—¿Qué cree usted que pasa con ellas? —pregunté. Él permaneció algún tiempo sin contestar, limitándose a mirar a su alrededor, y de arriba abajo, como si esperara encontrar inspiración para su respuesta.

—¡No quiero ninguna alma! —dijo débilmente, como disculpándose. El asunto parecía haber calado hondo en su mente, de modo que me decidí a utilizarlo, a «ser cruel sólo para ser bueno^[236]». De modo que le dije:

—¿Le gusta la vida, y ansía tener vida?

—¡Oh, sí! Eso es correcto. ¡Por eso no tiene que preocuparse!

—Sin embargo —pregunté—, ¿cómo conseguir la vida sin conseguir también el alma? —esto pareció desconcertarle, de modo que proseguí —: Menudos ratos pasará usted cuando vuelva a estar en libertad, con las almas de miles de moscas y arañas y pájaros y gatos, zumbando y piando y maullando a su alrededor. ¡Si ha absorbido sus vidas, deberá cargar también con sus almas! ¿Sabe usted?

Esto pareció afectar a su imaginación, pues se tapó los oídos con los dedos, y cerró los ojos, apretándolos con tanta fuerza como un niño pequeño cuando le están enjabonando la cara. Había cierto patetismo en esta imagen que me impresionó; también aprendí una lección, pues tuve la impresión de encontrarme frente a un niño, aunque fuese un niño de rasgos ajados y abundante barba blanca. Resultaba evidente que estaba inmerso en algún proceso de perturbación mental y, sabiendo que sus anteriores cambios de humor habían servido de indicador de acontecimientos aparentemente ajenos para él, pensé que intentaría penetrar en su mente tanto como me fuera posible con objeto de intentar averiguar algo. El primer paso era devolverle la confianza, de modo que le pregunté, hablando muy alto para que pudiera oírme a través de sus taponados oídos:

—¿Quiere que le consiga algo de azúcar para que pueda volver a reunir sus moscas?

Pareció espabilarse de inmediato, y negó con la cabeza. Con una carcajada, respondió:

—¡Más bien no! ¡Al fin y al cabo, las moscas son criaturas sin importancia!

Tras hacer una pausa, añadió:

—En cualquier caso, no quiero sus almas zumbando a mi alrededor.

—¿O las de las arañas? —continuó.

—¡Al diablo con las arañas! ¿Qué utilidad tienen las arañas? Apenas tienen nada que comer o...

Se interrumpió repentinamente, como si le hubieran recordado un tema tabú. «¡Vaya, vaya!, —pensé para mí mismo—, ésta es la segunda vez que se interrumpe antes de pronunciar la palabra “beber”; ¿qué significará?». Renfield pareció consciente de haber cometido un error, pues se apresuró a añadir, como si quisiera distraer mi atención:

—No tengo el menor interés en seres tan diminutos. Como dice Shakespeare: «Ratas y ratones y esa clase de animales^[237]»; «comida para pollos», podríamos llamarlos nosotros. Ya he superado toda esa tontería. Antes conseguiría convencer a un hombre de que comiera moléculas con un par de palillos que interesarme a mí en los carnívoros inferiores, ahora que sé lo que me espera.

—Ya veo —dije— ¿Quiere animales grandes a los que poder hincarles bien el diente? ¿Qué le parecería desayunarse un elefante?

—¡Qué disparates tan ridículos dice! —se estaba reanimando por completo, de modo que decidí presionarle con dureza.

—Me pregunto... —dije reflexivamente—, ¿cómo será el alma de un elefante?

Obtuve el efecto que deseaba, pues inmediatamente se apeó del burro y volvió a comportarse como un niño.

—¡No quiero el alma de un elefante, ni ninguna otra alma! —dijo. Durante un rato se sentó abatido. De repente, se levantó de un salto, con los ojos llameantes y todas las señales de intensa excitación cerebral.

—¡Al infierno con usted y sus almas! —gritó— ¿Por qué me atormenta con las almas? ¿Es que acaso no tengo ya suficientes preocupaciones, y dolores, y distracciones, sin pensar en almas?

Parecía tan hostil que pensé que se avecinaba otro ataque homicida, de modo que soplé en mi silbato. En cualquier caso, en el preciso instante en el que lo hice, se calmó, y dijo disculpándose:

—Perdóneme, doctor; no he podido contenerme. No necesitaré ninguna ayuda. Mi mente está tan preocupada que soy propenso a la irritabilidad. Si tan sólo conociera usted el problema al que me enfrento, y que estoy tratando de resolver, me compadecería usted, y me toleraría, y me perdonaría. Le ruego que no me ponga la camisa de fuerza. Quiero pensar, y cuando mi cuerpo está confinado no puedo pensar libremente. ¡Estoy seguro de que me entenderá!

Evidentemente, había recuperado el control de sí mismo; de modo que cuando llegaron los celadores les dije que no se preocuparan, y se retiraron. Renfield les observó y, cuando cerraron la puerta, me dijo con considerable dignidad y amabilidad:

—Doctor Seward, ha sido usted muy considerado conmigo. ¡Créame que le estoy muy muy agradecido!

Me pareció bien dejarle en ese estado de ánimo y me marché. Desde luego, la situación de este hombre merece una buena reflexión. Varios aspectos de la misma parecen formar lo que el entrevistador americano llama «una historia», sólo con que consiguiera uno colocarlos en el orden adecuado. Son los siguientes:

No pronuncia la palabra «beber».

Le da miedo verse cargado con el «alma» de cualquier animal.

No tiene temor a necesitar «vida» en un futuro.

Desprecia por completo las formas de vida inferiores, aunque teme verse perseguido por sus almas.

¡Lógicamente, todas estas cosas apuntan en una única dirección! Cuenta con algún tipo de seguridad de que podrá conseguir una forma de vida superior. Pero teme las consecuencias... la carga de un alma. ¡Entonces es una vida humana lo que ansía!

¿Y la seguridad...?

¡Dios misericordioso! ¡El Conde ha llegado hasta él para poner un nuevo plan terrorífico en marcha!

Más tarde . —He ido a buscar a Van Helsing después de haber terminado mi ronda y le he contado mis sospechas. Se ha mostrado muy serio; y tras darle vueltas al asunto durante un rato me ha pedido que le condujera hasta Renfield. Así lo he hecho. Mientras nos acercábamos a la puerta hemos oído al lunático cantando alegremente en el interior, como solía hacer en aquella época que ahora parece tan lejana. Al entrar, hemos visto con asombro que había extendido su azúcar como antaño; las moscas, aletargadas por el otoño, ya estaban empezando a zumbar en la habitación. Hemos intentado hacerle hablar del tema de

nuestra conversación previa, pero no nos ha hecho ningún caso. Ha continuado cantando como si no estuviéramos allí. Había conseguido un pedazo de papel y lo estaba doblando para hacer un cuaderno de notas con él. Nos hemos marchado tan ignorantes como habíamos llegado.

Realmente es un caso curioso; tendremos que vigilarle esta noche.

Carta, Mitchell, Hijos & Candy a lord Godalming

1 de octubre

Milord:

Siempre es para nosotros un gran placer poder complacerle en sus deseos. En relación con la petición de Su Señoría, manifestada por el señor Harker en su nombre, nos congratula poder proporcionarle la siguiente información relacionada con la venta y adquisición del nº. 347 de Piccadilly. Los vendedores son los albaceas del difunto señor Archibald Winter-Suffield. El comprador es un noble extranjero, el Conde de Ville^[238], que efectuó la compra en persona, abonando el importe de la compra en dinero «contante y sonante», si Su Señoría nos permite la utilización de una expresión tan vulgar. Aparte de eso, no sabemos absolutamente nada más de él.

Quedamos, milord,

siempre al servicio de Su Señoría,

MITCHELL, HIJOS & CANDY

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

2 de octubre . —Anoche aposté a un hombre en el pasillo, le dije que tomara detallada nota de cualquier ruido que surgiera de la habitación de Renfield, y le di instrucciones de que me llamara inmediatamente en caso de que ocurriera cualquier cosa extraña. Después de la cena, cuando nos reunimos todos alrededor del fuego en el estudio —la señora Harker ya se había ido a la cama—, discutimos las actividades y descubrimientos del día. Harker había sido el único en obtener algún resultado, y tenemos muchas esperanzas de que su pista sea importante.

Antes de irme a acostar, me acerqué a la habitación del paciente y miré a través de la portezuela de observación. Estaba durmiendo profundamente, y su pecho subía y bajaba con regularidad.

Esta mañana el hombre de guardia me ha informado de que, poco después de medianoche, empezó a inquietarse, y que se puso a rezar en un tono de voz muy elevado. Le he preguntado si eso había sido todo y me ha respondido que eso es todo lo que había oído. Había algo tan sospechoso en su actitud que le he preguntado sin rodeos si se había quedado dormido. Ha negado haber estado durmiendo, pero sí ha reconocido haberse «adormilado» un rato. Es una lástima que no pueda uno confiar en los hombres a menos que se los vigile.

Hoy, Harker ha salido a seguir su pista, y Art y Quincey han ido a buscar caballos. Godalming piensa que no estaría de más tener unos cuantos caballos siempre preparados, pues en el momento en el que obtengamos la información que estamos buscando no habrá tiempo que perder. Debemos esterilizar toda la tierra importada entre el amanecer y la puesta de sol; de este modo sorprenderemos al Conde en su momento de mayor debilidad y sin refugio al que huir. Van Helsing ha ido al Museo Británico a consultar algunas obras de autoridades en medicina antigua. Los viejos galenos documentaron casos que sus continuadores no han aceptado y el profesor está buscando curas brujeriles y demoníacas que podrían sernos útiles más adelante.

A veces pienso que debemos estar todos locos y que despertaremos a la cordura metidos en camisas de fuerza.

Más tarde . —Hemos vuelto a reunirnos. Al menos parece que estamos siguiendo la pista correcta, y nuestra labor de mañana podría marcar el comienzo del fin. Me pregunto si la calma de Renfield tendrá algo que ver con esto. Sus humores han estado tan relacionados con las fechorías del Conde que quizá sea capaz de adivinar sutilmente la inminente destrucción del monstruo. Si tan sólo pudiéramos conseguir alguna pista sobre lo que pasó por su mente entre mi discusión con él y el momento en el que reanudó la captura de moscas, tendríamos una pista valiosa.

Ahora lleva un buen rato que parece tranquilo... ¿O no? Ese alarido parecía venir de su habitación...

El celador acaba de entrar apresuradamente en mi habitación, y me ha dicho que Renfield ha sufrido algún tipo de accidente. Le ha oído gritar; y cuando ha ido a verle le ha encontrado tirado en el suelo, completamente cubierto de sangre. Debo acudir junto a él de inmediato...

Capítulo XXI

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

3 de octubre . —Voy a registrar con exactitud todo lo que ha ocurrido desde la última grabación, en la medida en que sea capaz de recordarlo. Debo intentar no olvidar ni un solo detalle; tendré que proceder con toda calma.

Cuando llegué a la habitación de Renfield le encontré tumbado en el suelo, sobre su costado izquierdo, en medio de un refulgente charco de sangre. Cuando fui a moverle observé de inmediato que había recibido varias heridas terribles; su cuerpo estaba tan descoyuntado que sus diferentes miembros carecían por completo de esa unidad de propósito que marca incluso la cordura letárgica. Como tenía el rostro descubierto pude comprobar que estaba horriblemente magullado, como si hubiera sido golpeado contra el suelo —de hecho, la sangre del charco había manado de las heridas de la cara—. El celador, que estaba arrodillado junto al cuerpo, me dijo mientras le dábamos la vuelta:

—Creo, señor, que tiene la espalda rota. Veá, tanto el brazo derecho como la pierna, y todo ese lado de su rostro, están paralizados.

El celador no conseguía explicarse cómo había podido suceder semejante cosa. Parecía completamente perplejo, y frunció el ceño al decir:

—No comprendo cómo puede haberse hecho ambas heridas a la vez. Podría haberse marcado la cara de ese modo golpeando la cabeza contra el suelo. Una vez se lo vi hacer a una joven en el manicomio Eversfield antes de que nadie pudiera impedirselo. Y supongo que podría haberse roto la espalda cayendo de la cama, siempre y cuando hubiera golpeado el suelo en una extraña y retorcida postura. Pero a fe mía que no logro imaginar cómo han podido ocurrir ambas cosas a la vez. Con la espalda rota le habría resultado imposible golpearse la cabeza; y si ya hubiera tenido la cara así antes de caerse de la cama habría dejado señales en ella.

—Vaya a buscar al doctor Van Helsing —le dije yo—, y dígame que haga el favor de venir aquí de inmediato. Le necesito sin perder un solo instante.

El hombre salió corriendo y al cabo de escasos minutos apareció el profesor, en bata y zapatillas. Cuando vio a Renfield en el suelo le observó intensamente un momento y luego se volvió hacia mí. Creo que

me leyó el pensamiento en los ojos, pues dijo tranquilamente, con intención de que le oyera el celador:

—¡Ah, un lamentable accidente! Necesitará una atenta observación y muchos cuidados. Yo mismo me quedaré contigo; pero antes iré a vestirme. Si me esperas, me reuniré contigo en un par de minutos.

El paciente había empezado a respirar de forma estertórea, y era evidente que había sufrido un daño terrible. Van Helsing regresó con extraordinaria celeridad, trayendo consigo un maletín quirúrgico. Evidentemente, había estado pensando y había tomado una decisión, pues prácticamente antes de mirar al paciente, me susurró:

—Líbrate del celador. Cuando recupere la conciencia, tras la operación, debemos estar a solas con él.

—Creo que eso será todo por ahora, Simmons —dije—. Hemos hecho todo cuanto está en nuestra mano. Será mejor que atienda a su ronda, y el doctor Van Helsing se encargará de operar. Si ocurriera algo fuera de lo habitual en cualquier parte, hágamelo saber de inmediato.

Simmons se retiró y nosotros nos dedicamos a examinar concienzudamente al paciente. Las heridas del rostro eran superficiales; el verdadero daño era una fractura en el cráneo, que se extendía justo hasta el área motriz. El profesor se quedó pensando un momento, y luego dijo:

—Debemos reducir la presión arterial hasta que regrese a unas condiciones normales, en la medida de lo posible; la rapidez de la sufusión es buena prueba de la terrible naturaleza de la herida. Todo el área motriz parece afectada. La sufusión del cerebro aumentará rápidamente, así que debemos trepanar de inmediato, o podría ser demasiado tarde.

Mientras el profesor hablaba, oímos unos discretos golpes contra la puerta. Me acerqué a abrir y me encontré a Arthur y a Quincey en el pasillo, ambos en pijama y zapatillas.

—Hemos oído a tu hombre llamar al doctor Van Helsing y decirle algo sobre un accidente —dijo Arthur—. Así que he despertado a Quincey... bueno, mejor dicho, le he avisado, pues no estaba dormido. Todo esto es demasiado extraño y está sucediendo demasiado rápido como para que ninguno de nosotros pueda dormir profundamente en estos momentos. He estado pensando que mañana por la noche las cosas no van a seguir como hasta ahora. Tendremos que mirar hacia atrás... y también hacia delante, un poco más de lo que lo hemos estado haciendo. ¿Podemos entrar?

Asentí, y mantuve la puerta abierta hasta que entraron; después la volví a cerrar. Cuando Quincey vio la postura y el estado en el que se

encontraba el paciente y percibió el horrible charco en el suelo, dijo suavemente:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? ¡Pobre! ¡Pobre diablo!

Se lo resumí rápidamente, y añadí que esperábamos que recobrara la conciencia después de la operación... al menos durante un corto periodo de tiempo, en cualquier caso. Quincey retrocedió de inmediato y se sentó en el borde de la cama, junto a Godalming; los cuatro nos dedicamos a observar pacientemente.

—Tendremos que esperar al momento adecuado —dijo Van Helsing— para determinar el punto idóneo de la trepanación, de modo que podamos retirar con tanta rapidez y eficacia como sea posible el coágulo de sangre; pues es evidente que la hemorragia está aumentando.

Los minutos que pasamos esperando transcurrieron con una terrible lentitud. Experimenté una horrible sensación de congoja en el corazón, y viendo el rostro de Van Helsing comprendí que también a él le provocaba temor o aprensión lo que estaba por llegar. Me daba miedo lo que nos pudiera contar Renfield. Estaba demasiado asustado para pensar, pero no conseguía quitarme de encima la convicción de que sabía lo que iba a pasar, como he leído que les sucede a los hombres que han oído el reloj de la muerte^[239]. La respiración del pobre hombre era entrecortada e incierta. A cada instante parecía como si fuera a abrir los ojos y a hablar; pero entonces volvía a exhalar una prolongada y estertórea respiración, para recaer a continuación en una inconsciencia más pronunciada. Por muy habituado que estuviera a velar junto a lechos de enfermos y moribundos, aquella incertidumbre cada vez me atenazaba más. Casi pude oír el latido de mi propio corazón, y la sangre que recorría mis sienes sonaba como los golpes de un martillo. Finalmente, el silencio se volvió angustioso. Observé a mis compañeros, uno tras otro, y comprendí, viendo sus ruborizadas caras y húmedas frentes, que estaban soportando una tortura idéntica a la mía. Una incertidumbre nerviosa se había apoderado de nosotros, como si sobre nuestras cabezas fuera a tañer cuando menos lo esperáramos una pavorosa campana.

Finalmente llegó un momento en el que resultó evidente que el paciente se estaba debilitando rápidamente; podía morir en cualquier momento. Miré al profesor y encontré sus ojos fijos en los míos. Tenía el rostro contraído.

—No hay tiempo que perder —dijo con severidad. Sus palabras podrían salvar muchas vidas; eso es lo que he estado pensando mientras esperábamos. ¡Es muy posible que haya un alma en juego! Operaremos justo encima de la oreja.

Sin decir una palabra más, llevó a cabo la operación. Durante un par de minutos la respiración continuó siendo estertórea. Después, el paciente

exhaló un suspiro tan prolongado que pareció como si fuera a desgarrarle el pecho. De repente, abrió los ojos, y nos miró durante unos instantes con una expresión de desconcierto e indefensión; después, la mirada se suavizó para dar paso a una alegre sorpresa y de entre los labios surgió un suspiro de alivio. Se movió convulsamente, y dijo: —Me portaré bien, doctor. Dígales que me quiten la camisa de fuerza. He tenido un sueño terrible, y me ha debilitado tanto que no puedo ni moverme. ¿Qué me pasa en la cara? La siento toda hinchada y me escuece terriblemente.

Intentó volver la cabeza; pero incluso ese mínimo esfuerzo devolvió un tono vidrioso a sus ojos, de modo que la coloqué en su posición anterior con sumo cuidado. A continuación, Van Helsing dijo en un tono tranquilo, grave:

—Cuéntenos su sueño, señor Renfield —al oír la voz, su rostro se iluminó a través de las magulladuras, y dijo:

—¡Doctor Van Helsing! Qué amable ha sido viniendo a verme. Denme un poco de agua e intentaré contárselo, tengo los labios secos. He soñado...

Se interrumpió y pareció a punto de desvanecerse. Llamé en voz baja a Quincey:

—¡Coñac, en mi estudio, rápido!

Quincey salió corriendo y regresó inmediatamente con un vaso, el decantador de *brandy* y una jarra de agua. Humedecimos los resecaos labios, y el paciente revivió rápidamente. En cualquier caso, dio la impresión de que su pobre cerebro dañado había estado trabajando en el intervalo, pues, cuando recuperó del todo la conciencia, me miró penetrantemente con una expresión de angustiada confusión que nunca podré olvidar, y dijo:

—No debo engañarme a mí mismo; no fue un sueño, sino una siniestra realidad.

Después sus ojos recorrieron la habitación; al ver a las dos figuras sentadas pacientemente en el borde de la cama, añadió:

—Si no estuviera ya completamente seguro, su presencia me convencería.

Sus ojos se cerraron un instante, no por efecto del dolor o el sueño, sino voluntariamente, como si estuviera reuniendo todas sus fuerzas para aguantar; cuando los volvió a abrir, dijo apresuradamente, y con más energía de la que había mostrado hasta ese momento:

—¡Rápido, doctor, rápido, me estoy muriendo! Siento que sólo me quedan un par de minutos; y luego tendré que regresar a la muerte... ¡o a algo peor! Vuelva a humedecerme los labios con coñac. Antes de

morir hay algo que debo contarles; o antes de que muera mi pobre cerebro aplastado, en cualquier caso. ¡Gracias! Fue aquella noche en la que les imploré que me permitieran salir de aquí, después de que se marcharan ustedes. Entonces no pude hablar, pues sentí que mi lengua estaba atada; pero salvo por ese detalle, estaba tan cuerdo entonces como lo estoy ahora. Después de que ustedes se hubieran marchado, viví en una agonía de desesperación que duró bastante rato; a mí se me antojaron horas. Hasta que de repente me invadió una paz repentina. Mi cerebro pareció volver a enfriarse, y me di cuenta de dónde estaba. Oí a los perros ladrar detrás de nuestra casa, ¡pero no donde estaba Él!

Los ojos de Van Helsing no parpadearon en ningún momento mientras escuchaba, pero extendió la mano hasta que encontró la mía y la agarró fuerte. En cualquier caso, en ningún momento traicionó sus emociones. Asintió ligeramente y dijo: «Continúe», en voz baja. Renfield continuó:

—Llegó hasta la ventana en mitad de la niebla, como ya le había visto a menudo en anteriores ocasiones; pero esta vez era sólido... no un fantasma, y sus ojos eran tan fieros como los de un hombre enfadado. Abrió su roja boca en una carcajada, y los afilados dientes blancos centellearon a la luz de la luna cuando se volvió para mirar hacia el grupo de árboles de donde provenían los ladridos de los perros. Al principio no quise pedirle que entrara, aunque sabía que eso era lo que Él deseaba... tal y como lo había deseado desde el principio. Pero entonces empezó a hacerme promesas... no mediante palabras, sino creándolas.

—¿Cómo? —le interrumpió el profesor.

—Haciendo que sucedieran; igual que solía enviarme moscas cuando brillaba el sol. Moscas grandes y rollizas, cuyas alas lanzaban reflejos de zafiro y metal; y enormes polillas por las noches, con calaveras y tibias cruzadas sobre sus espaldas.

Van Helsing asintió en dirección a él y me susurró inconscientemente:

—La *Acherontia atropos de la esfinge*. ¡También conocida como la polilla de la calavera de la muerte!

El paciente continuó sin detenerse.

—Entonces empezó a susurrar: «¡Ratas, ratas, ratas! Cientos, miles, millones de ellas... y cada una, una vida; y perros, para comerlos, y también gatos. ¡Todos vivos! ¡Y todos ellos repletos de sangre roja, de años de vida. ¡Y no meras moscas zumbonas!». Yo me reí de Él, pues quería ver qué era capaz de hacer. Entonces los perros aullaron, a lo lejos, por detrás de los oscuros árboles, en su hogar. Me indicó que me acercara a la ventana. Me levanté y miré afuera, entonces Él alzó las manos y pareció llamar sin pronunciar palabra alguna. Una masa oscura se extendió sobre el césped, como una llama de fuego. A continuación Él separó la niebla a derecha e izquierda y vi que había

miles de ratas de ojos rojos y ardientes... como los suyos, sólo que más pequeños. Levantó la mano y todas se detuvieron; y se me ocurrió que Él me estaba diciendo: «¡Te entregaré todas estas vidas, sí; y muchas más, y mayores, a lo largo de incontables eras, si te postras ante mí y me adoras!»^[240]. Y entonces, una nube roja como el color de la sangre pareció cubrirme los ojos; y antes de saber lo que estaba haciendo me descubrí a mí mismo abriendo la ventana y diciéndole: «¡Entra, Amo y Señor!». Las ratas habían desaparecido, pero Él se escurrió hasta el interior de la habitación a través de la ventana, a pesar de que sólo la tenía levantada una pulgada... igual que la luna se ha filtrado a menudo a través de la grieta más diminuta para alzarse frente a mí en toda su grandeza y esplendor.

Se le debilitó la voz, de modo que le humedecí nuevamente los labios con coñac, y él prosiguió; pero parecía como si su memoria hubiera seguido trabajando en el intervalo, pues retomó su historia algo más avanzada. Estaba a punto de pedirle que regresara al punto anterior, cuando Van Helsing me susurró:

—Déjale seguir. No le interrumpas; no puede volver atrás, y si perdiera el hilo de sus pensamientos quizá no sería capaz de seguir avanzando.

Renfield prosiguió:

—Durante todo el día estuve esperando, pero Él no me envió nada, ni siquiera un moscardón, así que cuando la luna se alzó yo estaba muy enfadado. Cuando volvió a escurrirse a través de la ventana, a pesar de que estaba cerrada, sin ni siquiera pedir permiso, perdí la paciencia. Él se rió burlonamente de mí, y su blanco rostro me observó a través de la niebla con sus relucientes ojos rojos, y siguió avanzando como si Él fuera el dueño del lugar, y yo no fuera nadie. Ni siquiera olía del mismo modo cuando pasó a mi lado. No puede sujetarle. Me pareció como si la señora Harker hubiera entrado en la habitación.

Quincey y Arthur se levantaron de la cama y se acercaron a él para oírle mejor, aunque quedándose a sus espaldas, de modo que no pudiera verles. Ambos permanecieron en silencio, pero el profesor se sobresaltó y fue incapaz de disimular un estremecimiento; la expresión de su rostro, en todo caso, se volvió más severa y lóbrega todavía. Renfield continuó sin percatarse:

—La señora Harker no era la misma cuando vino a verme esta tarde; era como un té después de haber agitado la tetera —al oír esto, todos nos estremecemos, pero ninguno dijo nada; él prosiguió—: No me había dado cuenta de que estaba aquí hasta que me habló; y no parecía la misma. No me interesan las personas pálidas, me gusta que tengan mucha sangre en su interior, y a ella parecía no quedarle ni una gota. En aquel momento no pensé en ello, pero cuando se marchó empecé a atar cabos, y me enfureció saber que Él había estado chupándole la vida.

Pude sentir que los demás temblaban, igual que hice yo; pero por lo demás permanecemos inmóviles.

—De modo que me preparé para cuando Él volviera esta noche. Cuando he visto la niebla entrando me he echado encima y la he agarrado fuerte. Había oído que los locos tienen una fuerza sobrenatural; y como sabía que yo estoy loco, por lo menos a veces, decidí utilizar mi poder. Sí, y también Él lo sintió, pues tuvo que salir de la niebla para pelear conmigo. Le agarré con fuerza; y me pareció que iba a ganarle, pues no pensaba permitirle que volviera a tomar más vida de la señora Harker... pero entonces vi sus ojos. Me quemaron con su fuego, y mi fuerza se tornó agua. Él se escurrió a través de ella y, cuando intenté colgarme de Él, me levantó y me arrojó al suelo. Una nube roja me cubrió la vista y oí un ruido atronador. La niebla pareció filtrarse por debajo de la puerta.

Su voz era cada vez más débil, y su respiración más estertórea. Van Helsing se levantó instintivamente.

—Ahora sabemos lo peor —dijo—. Está aquí, y conocemos su propósito. Quizá aún no sea demasiado tarde. Armémonos... tal y como lo estábamos la otra noche, pero no perdamos tiempo; no podemos perder ni un instante.

No hizo falta expresar nuestro temor... no, nuestra *convicción*, con palabras; todos la compartíamos. Subimos apresuradamente a nuestras habitaciones, donde reunirnos los mismos objetos con los que habíamos entrado en la casa del Conde. El profesor tenía las suyas ya preparadas, y cuando nos encontramos en el pasillo, las señaló significativamente mientras decía:

—Nunca me separo de ellas; ni lo haré hasta que este desdichado asunto haya concluido. Dense por advertidos, amigos míos: no nos enfrentamos a un enemigo común. ¡Ay! ¡Qué desgracia que nuestra querida *madam* Mina pueda sufrir!

No pudo seguir; se le quebró la voz. Por mi parte, no sé si era la rabia o el terror lo que predominaba en mi corazón.

Nos detuvimos frente a la puerta de la habitación de los Harker. Art y Quincey dieron un paso atrás, y este último dijo:

—¿Realmente debemos molestarles^[241] ?

—No queda más remedio —dijo Van Helsing funestamente—. Si la puerta está cerrada, la echaremos abajo.

—¿No la asustaremos terriblemente? ¡No es habitual irrumpir en la habitación de una dama!

Van Helsing dijo solemnemente:

—Como siempre, tiene usted razón; pero se trata de un asunto de vida o muerte. Para un médico todas las habitaciones son iguales; y aunque no fuera así, esta noche todas son iguales para mí. Amigo John, cuando gire el pomo, si la puerta no se abre, agacha el hombro y empuja; también ustedes, amigos míos. ¡Ahora!

Al decir esto giró el pomo, pero la puerta no cedió, y nos arrojamos contra ella; se abrió de par en par con un crujido y prácticamente caímos de cabeza en el interior de la habitación. De hecho, el profesor acabó literalmente en el suelo, y miré por encima de él mientras intentaba levantarse apoyándose en las manos y las rodillas. Lo que vi me horrorizó. Sentí que el pelo se me erizaba en la nuca como si fueran púas, y mi corazón pareció dejar de latir.

La luna brillaba con tanta intensidad a través de las espesas cortinillas amarillas que cubrían la ventana, que pudimos ver la escena con toda claridad. En la cama, junto a la ventana, yacía Jonathan Harker, con el rostro rubicundo y respirando agitadamente, como presa de un estupor. Arrodillada en el extremo cercano de la cama, mirando hacia fuera, se encontraba la figura vestida de blanco de su esposa. Junto a ella se alzaba un hombre alto, delgado, vestido de negro^[242]. Su rostro quedaba de espaldas a nosotros, pero en el mismo instante en el que le vimos reconocimos al Conde con todo detalle, incluida la cicatriz de su frente. Con la mano izquierda tenía agarradas las dos manos de la señora Harker, empujándolas hacia atrás todo lo que se lo permitían sus brazos; con la mano derecha la agarraba por la nuca, obligándola a apoyar la cabeza contra su pecho desnudo. El camisón blanco de ella estaba pringado de sangre, y un fino hilillo goteaba por el pecho del hombre, que asomaba a través de su desgarrada camisa. La postura de ambos se parecía horriblemente a la de un niño forzando el morro de un gatito contra un plato de leche para obligarle a beber. Cuando irrumpimos en la habitación, el Conde volvió el rostro hacia nosotros, adoptando la infernal expresión que había leído descrita con anterioridad. Sus ojos rojos centellearon con furia demoníaca; las grandes aletas de su blanca nariz aquilina se abrieron por completo, temblando en los bordes; y los blancos y afilados dientes, tras los repletos labios de su boca goteante de sangre, se juntaron con un chasquido, como los de una bestia salvaje. Se volvió hacia nosotros de un salto a la vez que arrojaba a su víctima contra la cama, sobre la que aterrizó como si hubiera sido lanzada desde algún lugar elevado. Pero para entonces el profesor había vuelto a ponerse en pie y extendió frente a él el sobre que contenía la Hostia Sagrada. El Conde se detuvo de inmediato, tal y como lo había hecho la pobre Lucy en el exterior del panteón, y retrocedió. Los demás levantamos también nuestros respectivos crucifijos, y cuanto más avanzamos, más y más retrocedió él. En aquel momento, una gran nube negra atravesó el cielo cubriendo por completo la luna; cuando la luz de gas prendió bajo la cerilla de Quincey, no pudimos ver nada salvo un vapor tenue que se filtró ante nuestros ojos por debajo de la puerta, que había vuelto a cerrarse con el

propio retroceso del impacto con el que la habíamos forzado. Van Helsing, Art y yo nos dirigimos hacia la señora Harker, que para entonces había recuperado el aliento, profiriendo un grito tan agónico, tan desgarrador, tan desesperado, que ahora me parece que seguirá resonando en mis oídos hasta el día de mi muerte. Durante unos segundos siguió tumbada en la misma postura indefensa y desaliñada. Su cara parecía la de un fantasma, con una palidez acentuada por la sangre que impregnaba sus labios, mejillas y barbilla; de su garganta goteaba un hilillo de sangre. Sus ojos tenían una enloquecida expresión de terror. Entonces se tapó el rostro con sus pobres y magulladas manos, que mostraban en su blancura la roja marca del terrible abrazo del Conde, y desde detrás de ellas surgió un gemido sofocado y desolador que hizo que el terrible grito pareciera únicamente la expresión inmediata de una pena infinita. Van Helsing se adelantó y cubrió su cuerpo gentilmente con la colcha, mientras Art, tras observar el rostro de ella con desesperación durante un instante, salió corriendo de la habitación. Van Helsing me susurró:

—Jonathan está sumido en un estupor como el que sabemos que puede provocar el vampiro. No podemos hacer nada por la pobre *madam* Mina hasta que se haya recuperado; ¡debo despertarle!

Mojó el extremo de una toalla en agua fría y empezó a golpearle con ella en el rostro, mientras su esposa seguía ocultando su rostro entre las manos y sollozando de un modo desgarrador. Levanté la cortinilla de la ventana y miré al exterior. La luna brillaba de nuevo, y mientras miraba pude ver a Quincey Morris corriendo a través del césped para esconderse a la sombra de un gran tejo. No acababa de entender qué estaba haciendo exactamente; pero en aquel instante oí la rápida exclamación de Harker al recuperar una conciencia parcial, por lo que regresé junto a la cama. En su rostro había, como era de suponer, una expresión de asombro absoluto. Durante un par de segundos pareció mareado; y luego pareció recuperar plena conciencia de golpe y se enderezó. Su esposa percibió el rápido movimiento y se volvió hacia él con los brazos extendidos, como para abrazarle; instantáneamente, en cualquier caso, los volvió a retirar y, juntando los codos, volvió a taparse el rostro con las manos y se estremeció de tal manera que hasta la cama bajo ella empezó a temblar.

—En el nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? —gritó Harker—. ¡Doctor Seward, doctor Van Helsing! ¿De qué se trata? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado? Mina, querida, ¿qué sucede? ¿Qué significa esta sangre? ¡Dios mío, Dios mío! ¡A esto hemos llegado! —en aquel momento se levantó sobre sus rodillas y juntó las manos con un golpe salvaje—. ¡Buen Dios, ayúdanos! ¡Ayúdala, oh, ayúdala!

Con un rápido movimiento saltó de la cama y empezó a vestirse. Todo el hombre que había en su interior despertó ante la necesidad de actuar inmediatamente.

—¿Qué ha sucedido? ¡Cuéntenmelo todo! —gritó sin detenerse—. Doctor Van Helsing, usted quiere a Mina, lo sé. Oh, haga algo por salvarla. No puede haber llegado demasiado lejos aún. ¡Protéjala mientras yo voy a *buscarle* !

Su esposa, a través de su terror, su horror y su aflicción, debió de intuir algún peligro seguro para él; e instantáneamente, olvidando su propia pena, le agarró gritando:

—¡No! ¡No! Jonathan, no me dejes. Ya he sufrido bastante esta noche, Dios lo sabe, sin tener que sufrir ahora el temor de que él te haga daño. Debes quedarte conmigo. ¡Quédate con estos amigos, que velarán por ti!

Su expresión se fue volviendo cada vez más frenética a medida que hablaba; y al ver que su marido cedía ante ella, le arrastró hacia abajo, hasta sentarle en un borde de la cama, y se agarró a él fieramente.

Van Helsing y yo intentamos calmarles a ambos. El profesor levantó su pequeño crucifijo de oro, y dijo con una calma asombrosa:

—No tema, querida. Estamos aquí; y mientras esto permanezca cerca de usted, ningún ser abominable podrá acercarse. Por esta noche está a salvo. Debemos mantener la calma y deliberar todos juntos.

La señora Harker siguió temblando y se quedó en silencio, apoyando la cabeza sobre el pecho de su marido. Al levantarla, vio que la camisa blanca de él estaba manchada de sangre allí donde los labios de ella lo habían tocado, y también donde la pequeña herida de su cuello había goteado. En el preciso instante en que se dio cuenta, retrocedió con un alarido, para después susurrar, entre ahogados sollozos:

—¡Impura, impura^[243] ! Ya no podré volver a tocarle ni a besarle. Oh, que deba ser precisamente yo su peor enemiga, y a quien más deba temer.

Al oír esto, Harker dijo con decisión:

—Tonterías, Mina. Me avergüenza oír palabras semejantes. No quiero oírtelas decir; y no pienso oírtelas decir. ¡Que Dios me juzgue por mi abandono, y me castigue con sufrimientos más amargos incluso que los de estos momentos, si alguna vez permito o deseo que cualquier cosa se interponga entre nosotros!

Extendió los brazos y la atrajo hacia su pecho; y durante un rato ella siguió allí sollozando. Él nos miró por encima de la reclinada cabeza de su esposa, con los ojos húmedos y brillantes sobre las temblorosas aletas de la nariz, y los labios tensos como el acero. Al cabo de un rato, los sollozos de la señora Harker se hicieron menos frecuentes y más débiles. Entonces él me dijo, hablando con una estudiada calma que,

según me pareció, indicaba que estaba sometiendo su temple a la más dura prueba:

—Y ahora, doctor Seward, cuéntemelo todo. Demasiado bien sé lo que ha pasado, pero quiero que me cuente los detalles.

Le conté exactamente lo que había sucedido, y él me escuchó aparentemente impasible, pero las aletas de su nariz saltaron y sus ojos echaron chispas cuando le expliqué cómo las despiadadas manos del Conde habían agarrado a su mujer en aquella terrible y horrenda postura, forzando su boca contra la herida abierta en el pecho de él. Me llamó la atención, incluso en aquel momento, ver que mientras el pálido rostro se contraía convulsivamente de ira por encima de la cabeza reclinada, las manos acariciaban tierna y cariñosamente el pelo despeinado. Justo cuando acababa de terminar mi relato, Quincey y Godalming llamaron a la puerta. Les dijimos que entraran. Van Helsing me miró inquisitivamente. Entendí que me estaba consultando si deberíamos aprovechar su llegada para distraer, en la medida de lo posible, los angustiosos pensamientos de la desgraciada pareja; de modo que, al asentir yo en señal de aquiescencia, les preguntó qué habían visto o hecho. Lord Godalming fue el primero en responder:

—No he podido encontrarle ni en el pasillo ni en ninguna de nuestras habitaciones. También he mirado en el estudio, pero aunque había estado allí ya se había marchado. Sin embargo... —se interrumpió de repente, dirigiendo su vista hacia la desdichada mujer reclinada sobre la cama. Van Helsing dijo muy seriamente:

—Continúe, amigo Arthur. A partir de ahora no deberemos tener más secretos. Nuestra única esperanza ahora reside en saberlo todo. ¡Hable libremente!

De modo que Art continuó:

—Había estado allí y, aunque no ha podido disponer de más de un par de segundos, lo ha destrozado todo. Ha quemado todos los manuscritos. Las llamas azules aún parpadeaban entre las cenizas cuando he llegado. También ha arrojado al fuego los cilindros de tu fonógrafo, la cera ha avivado las llamas^[244].

En aquel momento le interrumpí.

—¡Gracias a Dios hay otra copia en la caja fuerte! —su rostro se iluminó un instante, pero inmediatamente volvió a apagarse mientras decía:

—A continuación corrí escaleras abajo, pero tampoco pude encontrar ni rastro de él. Miré en la habitación de Renfield, donde tampoco había nada que ver, excepto...

De nuevo se interrumpió.

—Siga —dijo Harker roncamente; de modo que Arthur asintió con la cabeza y, humedeciéndose los labios con la lengua, añadió:

—Excepto que el pobre hombre ha muerto.

La señora Harker levantó la cabeza, mirándonos a uno tras otro mientras decía solemnemente:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

No pude evitar sentir que Art estaba ocultándonos algo; pero como supuse que sería con algún propósito, no dije nada. Van Helsing se volvió hacia Morris y le preguntó:

—¿Y usted, amigo Quincey, tiene algo que contarnos?

—No mucho —respondió él—. Podría acabar teniendo su importancia, pero por el momento no podría asegurarlo. Se me ha ocurrido que estaría bien saber, a ser posible, adonde se dirigía el Conde al salir de la casa. No le he visto a él, pero sí he visto un murciélago salir por la ventana de Renfield y aletear en dirección oeste. Por alguna razón esperaba verle regresar a Carfax, pero evidentemente buscaba otra guarida. Esta noche ya no volverá, pues el cielo empieza a clarear y el amanecer se acerca. ¡Mañana tendremos trabajo!

Pronunció estas últimas palabras con los dientes apretados. Por espacio de quizá un par de minutos nos quedamos en silencio, y me pareció imaginar que podía oír el sonido de nuestros corazones latiendo; entonces, posando con mucha ternura su mano sobre la cabeza de la señora Harker, Van Helsing dijo:

—Y ahora, *madam* Mina... pobre, querida, querida *madam* Mina, cuéntenos exactamente lo que ha pasado. Dios sabe que no deseo provocarle más sufrimientos, pero es necesario que todos lo sepamos. Pues ahora, más que nunca, tendremos que realizar nuestra labor rápidamente y sin titubeos, con la mayor seriedad. De ser posible, este día que está a punto de empezar debería marcar el final de todo este asunto; y ahora tenemos una oportunidad de vivir y aprender.

La pobre y querida mujer se estremeció, y advertí lo terriblemente nerviosa que estaba mientras estrechaba a su marido con más fuerza contra ella, y enterraba la cabeza en su pecho. Entonces levantó la cabeza orgullosamente, y le tendió una mano a Van Helsing, quien la tomó en la suya y, tras inclinarse para besarla con reverencia, la apretó con firmeza. La otra mano no soltaba la de su marido, quien mantenía protectoramente su otro brazo alrededor de ella. Tras una pausa durante la cual la señora Harker puso en orden sus ideas, dijo:

—Me tomé el somnífero que tuvo usted la amabilidad de prepararme, pero durante un buen rato no surtió ningún efecto. Yo parecía estar

cada vez más despierta, y miles de ideas horribles empezaron a amontonarse en mi cerebro... todas ellas relacionadas con la muerte y los vampiros; con sangre y dolor y desgracias.

Su marido gimió involuntariamente y ella se volvió hacia él para decirle amorosamente:

—No sufras, cariño. Debes ser valiente y fuerte, y ayudarme a cumplir esta horrenda tarea. Si tan sólo supieras el esfuerzo que representa para mí hablar de este horrible asunto, entenderías cuánto necesito tu ayuda. Bueno, vi que tendría que intentar poner algo de mi parte para que la medicina cumpliera su cometido si quería que me sirviera de algo, de modo que me dispuse a dormir. Evidentemente, el sueño debió de apoderarse de mí, pues ya no recuerdo nada más. Jonathan no me despertó al entrar, ya que cuando volví a despertarme ya estaba a mi lado. La habitación volvía a estar llena de la misma niebla blanca y vaporosa que había visto anteriormente. Oh, ahora no estoy segura de si ustedes saben algo de esto; luego podrán leerlo en mi diario. Volví a sentir el mismo vago terror que me había asolado antes, y la misma sensación de que había una presencia en la habitación. Me volví para despertar a Jonathan, pero descubrí que dormía tan profundamente que parecía como si hubiera sido él quien se hubiese tomado el somnífero, y no yo. Seguí intentándolo, pero no conseguí despertarle. Esto me asustó mucho, y miré a mi alrededor aterrorizada. Y entonces, en efecto, mi corazón dio un vuelco: junto a la cama, como si hubiera salido de la niebla, o más bien como si la niebla hubiera dado forma a su figura, pues había desaparecido por completo, se alzaba un hombre alto, delgado, completamente vestido de negro. Le reconocí de inmediato gracias a sus descripciones^[245]. El rostro cerúleo; la alta nariz aguilina, que la luz iluminaba en una línea blanca y delgada; los rojos labios separados, permitiendo que los afilados dientes blancos asomaran entre ellos; y los ojos rojos que me había parecido ver cuando la puesta de sol se reflejó en las ventanas de la iglesia de St. Mary, en Whitby. También reconocí la roja cicatriz en su frente, en el lugar en el que Jonathan le había golpeado. Por un instante mi corazón se detuvo por completo, e intenté gritar, sólo que estaba completamente paralizada. Entonces me dijo con una especie de susurro cortante e intenso, señalando a Jonathan mientras hablaba: «¡Silencio! Si haces el más mínimo ruido, le cogeré y le aplastaré el cerebro delante de tus propios ojos». Yo estaba espantada y demasiado desconcertada para decir o hacer nada. Con una sonrisa burlona, él colocó una mano sobre mi hombro y, agarrándome fuerte, desnudó mi garganta con la otra, diciendo mientras lo hacía: «Primero, un pequeño refrigerio para recompensar mis esfuerzos. No hará falta que te resistas, ¡no es la primera ni la segunda vez que tus venas apaciguan mi sed!».

»Yo estaba desconcertada y, por extraño que parezca, no deseaba resistirme. Supongo que eso forma parte de la horrible maldición que pesa sobre su víctima cuando su toque recae sobre ella. Y entonces... ¡Oh, Dios mío, Dios mío, compadécete de mí! ¡Puso sus hediondos labios sobre mi garganta!

Su marido volvió a gemir. Ella le agarró de la mano con más fuerza y le miró compasivamente, como si fuera él quien hubiera sufrido la afrenta, y continuó:

—Sentí que me abandonaban las fuerzas, y me hallaba como medio desvanecida. No sé cuánto tiempo duró esta monstruosidad; pero me pareció como si hubiera transcurrido mucho hasta que retiró su abominable y horrenda boca sonriente. ¡De la que vi gotear sangre fresca!

Por un momento, el recuerdo pareció abrumarla, y sus miembros se aflojaron. Habría caído de no ser por el abrazo de su esposo. Con grandes esfuerzos consiguió recuperar la compostura y prosiguió:

—Entonces me dijo burlonamente: «Así que tú, y todos los otros, ¿queríais enfrentar vuestros cerebros contra el mío? ¡Tú ibas a ayudar a estos hombres a darme caza y a frustrar mis planes! Ahora ya sabes, como saben ellos en parte, y como sabrán perfectamente en breve, lo que significa cruzarse en mi camino. Deberían haber reservado sus energías para utilizarlas más cerca de casa. Mientras ellos jugaban a enfrentar su ingenio contra mí (¡contra mí, que he comandado naciones, e intrigado para ellas, y luchado por ellas, cientos de años antes de que ellos hubieran nacido!), yo estaba contraatacando en secreto. Y ahora tú, aquélla a la que más aman, serás para mí carne de mi carne; sangre de mi sangre^[246]; raza de mi raza; mi generoso lagar durante una temporada y mi compañera y ayudante en última instancia. También tú serás vengada a su tiempo; pues no uno, sino todos ellos, deberán colmar tus necesidades. Pero por el momento debes ser castigada por lo que has hecho. Has colaborado con intención de frustrar mis planes; ahora deberás acudir a mi llamada. Cuando mi cerebro te ordene “¡ven!”, cruzarás tierra y mar para cumplir mi mandato; y con ese fin... ¡esto!». Se abrió la camisa y con sus largas y afiladas uñas se abrió una vena en el pecho. Cuando la sangre empezó a manar, tomó mis manos con una de las suyas, apretándolas fuertemente, y con la otra me agarró del cuello y presionó mi boca contra la herida, de modo que si no quería ahogarme no me quedaba más remedio que tragar la... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Pero qué he hecho? ¿Qué he hecho para merecer semejante destino, yo que he intentado caminar en mansedumbre y rectitud todos los días de mi vida? ¡Que Dios se apiade de mí! ¡Señor, contempla a esta pobre alma, que está en un peligro peor que mortal, y apiádate de aquéllos para los que es querida!

Entonces empezó a frotarse los labios, como si quisiera limpiarlos de corrupción.

Mientras la señora Harker contaba su terrible historia, el cielo comenzó a iluminarse por el este y la claridad fue aumentando. Harker continuaba inmóvil y callado, pero en su rostro, a medida que fue avanzando la terrible narración, brotó una expresión sombría, cada vez más pronunciada en la emergente claridad, hasta que, al elevarse sobre

el horizonte la primera pincelada roja del inminente amanecer, su piel contrastó oscuramente contra sus cabellos encanecidos.

Hemos decidido que uno de nosotros deberá permanecer cerca de la infeliz pareja hasta que podamos reunirnos todos para preparar nuestro plan de acción.

De una cosa estoy convencido: el sol no va a alumbrar hoy una casa más desgraciada que ésta en toda la gran ronda de su trayecto diario.

Capítulo XXII

DIARIO DE JONATHAN HARKER

3 de octubre . —Como debo hacer algo si no quiero volverme loco, escribo en este diario. Ahora son las seis en punto y dentro de media hora vamos a reunirnos en el estudio. Después desayunaremos algo, ya que tanto el profesor Van Helsing como el doctor Seward son de la opinión de que si no comemos no podremos rendir al máximo. Y Dios sabe que hoy va a ser necesario. Tengo que aprovechar cada oportunidad que surja para seguir escribiendo, pues no me atrevo a pararme a pensar. Debo anotar todo, tanto lo importante como lo accesorio; quizá al final los pequeños detalles resulten ser los más reveladores. Todas las enseñanzas del mundo no podrían habernos llevado a Mina o a mí a una situación peor que en la que hoy nos encontramos. En cualquier caso, debemos confiar y no perder la esperanza. La pobre Mina me acaba de decir justo ahora, con los ojos llenos de lágrimas, que es en los momentos de desgracia y tribulaciones cuando nuestra fe es puesta a prueba, que tenemos que seguir confiando; y que Dios nos ayudará al final. ¡El final! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué final?... ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Cuando el doctor Van Helsing y el doctor Seward regresaron de ver al pobre Renfield, procedimos a discutir seriamente lo que íbamos a hacer a continuación. Antes que nada, el doctor Seward nos dijo que cuando él y el doctor Van Helsing bajaron a la habitación de Renfield le habían encontrado tirado en el suelo, hecho un guiñapo. Tenía el rostro aplastado y lleno de magulladuras, y los huesos del cuello rotos.

El doctor Seward le preguntó al celador que había estado de guardia en el pasillo si había oído algo. Éste dijo que estaba sentado descansando —confesó que medio adormilado— cuando había oído voces airadas en el interior de la habitación, y que luego Renfield había gritado varias veces: «¡Dios, Dios, Dios!». Después oyó un ruido de caída, y cuando entró en la habitación le encontró tirado en el suelo, boca abajo, tal y como le habían visto los doctores. Van Helsing le preguntó si había oído «voces» o «una sola voz», y el celador respondió que no podría asegurarlo; que en un principio le había parecido oír dos voces distintas, pero dado que no había nadie más con Renfield en la habitación, sólo había podido ser una. Podía jurar, de ser necesario, que la palabra «¡Dios!» había sido pronunciada por el paciente. El doctor Seward nos dijo, cuando nos quedamos a solas, que no deseaba incidir en este punto; había que tener en cuenta que existía la posibilidad de que se emprendiera una investigación, y que de nada serviría intentar sacar a relucir la verdad, puesto que nadie la creería. Tal y como estaban las

cosas pensaba que, sirviéndose de la declaración del celador, podría extender un certificado de defunción accidental a causa de una caída de la cama. En caso de que el juez de instrucción lo exigiera, se llevaría a cabo una investigación formal que necesariamente debería arrojar el mismo resultado.

Lo primero que decidimos cuando empezamos a discutir cuál debería ser nuestro siguiente paso, fue que Mina debía contar de nuevo con nuestra plena confianza; y que no volveríamos a ocultarle nada, por muy doloroso que fuera. Ella misma reconoció la sensatez de esta decisión. Resultaba descorazonador verla tan entera y, sin embargo, tan afligida y profundamente desesperada.

—No debemos ocultar nada —dijo—. ¡Ay! Demasiados secretos ha habido ya. Además, nada en el mundo podría causarme más dolor que el que ya he soportado... ¡que el que ahora sufro! Suceda lo que suceda... ¡sólo podrá suscitarme nuevas esperanzas y nuevos ánimos!

Van Helsing la había estaba observando fijamente mientras hablaba y dijo súbitamente, aunque con calma:

—Pero, querida *madam* Mina, ¿acaso no teme después de lo que ha pasado, no por usted misma, sino por otros?

El rostro de Mina se endureció, pero sus ojos brillaron con la devoción de una mártir al responder:

—¡Ah, no! ¡Pues ya me he decidido!

—¿A qué? —preguntó Van Helsing amablemente, mientras los demás guardábamos perfecto silencio; pues cada uno a su modo se había hecho una vaga idea de a qué se estaba refiriendo. Mina respondió con naturalidad, como si sencillamente estuviera constatando un hecho:

—A que si encuentro en mi interior, y puede estar seguro de que no voy a dejar de buscar indicios, la más mínima señal de peligro para aquéllos a los que amo... ¡moriré!

—¿No pensará matarse usted misma? —preguntó él roncamente.

—¡Lo haría; si no contase con ningún amigo que me quisiera tanto como para ahorrarme semejante dolor y tan desesperado esfuerzo!

Mientras decía esto, Mina le dirigió una mirada llena de significado. Hasta entonces Van Helsing había permanecido sentado, pero en este momento se levantó y se acercó a ella, poniendo una mano sobre su cabeza mientras decía con solemnidad:

—Hija mía, si fuera por su bien, no dude que podría contar con uno. En lo que a mí respecta, no dudaría en asumir la responsabilidad ante Dios por aplicarle a usted semejante eutanasia, incluso en este momento... si

fuera lo mejor. No. ¡Si fuera seguro! Pero, hija mía —por un momento pareció ahogarse, y un gran sollozo luchó por brotar de su garganta; él lo engulló y prosiguió—, hay aquí quien no dudará en interponerse entre usted y la muerte. No debe morir. No debe morir por ninguna mano; y menos que ninguna por la suya propia. Hasta que aquel que ha contaminado su dulce vida esté realmente muerto, usted no debe morir; pues mientras él siga no-muerto, la muerte de usted le convertiría en una como él. ¡No, debe usted vivir! Debe luchar y esforzarse por vivir, aunque la muerte parezca la mayor de las recompensas. Debe luchar con la Muerte en persona, sin importar que venga a usted en momentos de dolor o alegría; de día o de noche; ¡en la seguridad o en el peligro! Yo la exhorto, por su alma eterna, a que no muera, es más, a que ni siquiera piense en la muerte, hasta que todo este gran mal haya pasado.

Mi querida esposa se puso mortalmente blanca, y empezó a temblar y a estremecerse, igual que he visto estremecerse y temblar las arenas movedizas ante la llegada de la marea. Todos guardamos silencio, pues no podíamos hacer nada. A la larga ella consiguió calmarse un poco y, volviéndose hacia Van Helsing, dijo con dulzura pero... ¡oh!, con tantísima tristeza, mientras le tendía una mano:

—Le prometo, querido amigo, que mientras Dios me permita vivir lucharé por hacerlo hasta el momento en el que, con Su beneplácito, haya pasado este horror.

Era tan buena y tan valiente que todos sentimos que nuestros corazones se fortalecían para trabajar y perseverar por ella, de modo que empezamos a discutir qué íbamos a hacer. Yo dije que Mina debía encargarse de todos los papeles que teníamos guardados en la caja fuerte, y de todos los documentos, diarios o cilindros de fonógrafo que pudiéramos utilizar a partir de entonces; y que volviera a llevar el registro de todo lo acontecido tal y como había hecho anteriormente. Ella se sintió complacida ante la perspectiva de tener algo que hacer... si es que la palabra «complacida» puede utilizarse en relación a tan sombrío asunto.

Como de costumbre, Van Helsing se había adelantado en sus previsiones a todos los demás y había hecho una ordenación exacta de nuestro trabajo.

—Tal vez fue acertado —dijo— que decidiéramos no hacer nada con las cajas de tierra que había en Carfax cuando fuimos allí. De haberlo hecho, el Conde habría adivinado nuestros propósitos, y sin duda habría tomado medidas de antemano para frustrar un esfuerzo similar respecto a las otras; sin embargo, ahora ignora nuestras intenciones. Es más, con toda probabilidad ni siquiera sabe que tenemos a nuestro alcance el poder de esterilizar sus guaridas, asegurándonos así de que no pueda utilizarlas como antaño. Ahora tenemos muchas más pistas sobre la distribución de las cajas, y es posible que cuando hayamos examinado la casa de Piccadilly podamos rastrear hasta la última de ellas. El día de hoy, por lo tanto, es nuestro; y en él hemos de depositar nuestras

esperanzas. El mismo sol que esta mañana se alzó para alumbrar nuestra desdicha, nos protege con su recorrido. Hasta que vuelva a ocultarse esta noche, ese monstruo no podrá cambiar de forma, sea cual sea la que ahora tenga. Está confinado a las limitaciones de su envoltorio terrenal. No puede fundirse en el aire, ni desaparecer a través de grietas o resquicios o rendijas. Si quiere traspasar un umbral, ha de abrir la puerta como cualquier mortal. Por eso, tenemos este día para encontrar todas sus guaridas y esterilizarlas. De este modo conseguiremos, si no capturarlo y destruirle, sí al menos acorralarlo en algún lugar en el que su captura y destrucción estén, a su tiempo, aseguradas.

Llegado este punto me levanté de un salto, pues no podía seguir soportando la idea de que estuviéramos dejando escapar los minutos y segundos de los que dependían la vida y la felicidad de Mina dedicándonos a hablar en vez de pasar a la acción. Pero Van Helsing levantó una mano en señal de admonición.

—No, amigo Jonathan —dijo—. En este caso, el camino más rápido es el más largo, como dice el proverbio de ustedes^[247]. Cuando llegue el momento, actuaremos, y actuaremos con desesperada rapidez. Pero reflexione: con toda probabilidad, la respuesta a nuestras preguntas se encuentra en esa casa de Piccadilly. El Conde podría haber comprado muchas otras casas. Por lo tanto, debe de tener títulos de propiedad, llaves y muchas otras cosas: el papel en el que escribe, su talonario de cheques... En algún sitio habrá tenido que reunir todas sus pertenencias. ¿Por qué no en este lugar tan céntrico, tan tranquilo, en el que puede entrar y salir tranquilamente por la puerta principal o por la trasera, a la hora que se le antoje, perdido entre la muchedumbre y el tráfico, sin que nadie se fije en él? Tenemos que ir allí y registrar esa casa; y cuando hayamos descubierto sus secretos procederemos, como diría nuestro amigo Arthur en su jerga de cazador, a «taponar las madrigueras»^[248]. Así haremos correr a nuestro viejo zorro. ¿Y bien? ¿Qué le parece?

—¡Entonces vayamos de inmediato! —grité—. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

El profesor no se movió, sino que simplemente dijo:

—¿Y cómo vamos a entrar en esa casa en Piccadilly?

—¡De cualquier modo! —grité—. Por la fuerza si fuera necesario.

—Y sus policías, ¿dónde estarán y qué dirán?

Me quedé pasmado; pero sabía que si quería retrasarse debía de tener un buen motivo para ello. De modo que dije, con toda la tranquilidad que fui capaz de reunir:

—No se demore más de lo que sea estrictamente necesario; estoy seguro de que sabrá a qué tortura estoy sometido.

—Ah, hijo mío, bien que lo sé; y le aseguro que no tengo el más mínimo deseo de aumentar su angustia. Piense únicamente esto: ¿acaso podemos hacer algo antes de que el resto del mundo se ponga en movimiento? Cuando lo haga, llegará nuestro momento. He estado pensando mucho en esto, y me parece que la mejor manera es la más sencilla. Nuestro problema es que deseamos entrar en la casa pero no tenemos llave, ¿no es así?

Yo asentí.

—Ahora suponga que fuera usted realmente el propietario de esa casa y que aun así no pudiera entrar. Piense que no tuviera usted la más mínima conciencia de estar allanando una morada, ¿qué es lo que haría?

—Me procuraría los servicios de un cerrajero respetable y le pondría a trabajar para que me abriera la cerradura.

—Y la policía no interferiría, ¿verdad que no?

—¡Oh, no! No si supieran que el cerrajero ha sido debidamente empleado.

—Entonces —me miró intensamente mientras hablaba—, lo único que se pone en tela de juicio en este caso es la conciencia del que encarga el trabajo. Y la creencia de sus policías sobre si dicha persona obra o no de buena fe. Estoy tan convencido de que los policías de este país son gente aplicada, y de que poseen una fabulosa capacidad para leer el corazón de los hombres, que dudo mucho que vayan a tomarse molestias con semejante asunto. No, no, amigo Jonathan, vaya usted a forzar la cerradura de cien casas vacías en Londres, o en cualquier otra ciudad del mundo; y si lo hace como debe hacerse, y a la hora que debe hacerse, nadie interferirá. Una vez leí una noticia sobre un caballero que tenía una casa muy elegante aquí, en su Londres. Se fue unos meses de veraneo a Suiza, cerrando su casa, y entonces llegó un ladrón, rompió una ventana de la parte trasera y entró. Después abrió los postigos de la fachada frontal y salió y entró por la puerta principal frente a las mismísimas narices de la policía. Después organizó una subasta y la anunció y puso un gran cartel; y en un solo día vendió, a través de un gran subastador, todos los bienes que eran propiedad del otro hombre. A continuación acudió a un constructor y le vendió la casa, con la condición de que la derrumbara y lo dejara todo despejado en un determinado periodo de tiempo. Y su policía, y otras autoridades, le ayudaron en todo lo que pudieron. Cuando el propietario regresó de sus vacaciones en Suiza, sólo encontró un gran boquete en el lugar en el que había estado su casa. Todo se hizo *en règle*; y también nuestro trabajo deberá hacerse *en règle*. No debemos ir tan temprano como para llamar la atención de los policías que en ese momento tienen poco

en que pensar, sino que iremos poco después de las diez en punto, que es cuando la calle está llena de gente, y cuando haríamos algo así si realmente fuéramos los propietarios de la casa.

No pude sino admitir lo acertado de su razonamiento y la terrible desesperación del rostro de Mina se relajó un poco; un consejo tan bueno le daba esperanzas. Van Helsing prosiguió:

—Una vez estemos dentro de la casa, podríamos encontrar más pistas; en cualquier caso, algunos nos quedaremos allí mientras los demás localizan los otros lugares en los que podría haber más cajas de tierra: en Bermondsey y en Mile End.

Lord Godalming se levantó y dijo:

—Aquí podría ser de alguna utilidad. Enviaré un telegrama a mi gente para que tengan caballos y carruajes preparados allí donde vayamos a necesitarlos.

—Un momento, viejo amigo —dijo Morris—, me parece una idea fantástica que lo dejemos todo preparado por si acaso necesitáramos ir a caballo, pero ¿no crees que uno de tus elegantes carruajes, con sus escudos heráldicos, atraería demasiada atención en un camino poco frecuentado de Walworth o Mile End como para nuestros propósitos? Me parece a mí que lo mejor será tomar algún coche que nos lleve al sur o al este; e incluso dejarlo en las cercanías del vecindario al que nos dirigamos.

—¡El amigo Quincey tiene razón! —dijo el profesor—. Como dicen ustedes, tiene la cabeza sobre los hombros. La tarea que vamos a desempeñar es difícil y, si podemos evitarlo, no queremos que nadie nos vea.

Mina se mostraba cada vez más interesada por todo y yo me alegré de ver que la urgencia de nuestro trabajo la estaba ayudando a olvidar momentáneamente la terrible experiencia de la noche. Estaba muy muy pálida, casi como un fantasma, y tan delgada que sus labios se habían contraído, haciendo que sus dientes parecieran de algún modo más prominentes. No mencioné esto último, pues no quería provocarle un dolor innecesario; pero se me congeló la sangre en las venas al pensar en lo que le había ocurrido a la pobre Lucy cuando el Conde le chupó la sangre. Aún no había señales de que los dientes hubieran empezado a afilarse, pero había pasado poco tiempo y aún había razones para temer.

Cuando llegó el momento de decidir la secuencia en la que llevaríamos a cabo nuestra labor y el reparto de nuestras fuerzas, surgieron nuevos motivos de duda. Finalmente decidimos que, antes de partir hacia Piccadilly, debíamos destruir la guarida más cercana del Conde. De este modo, a pesar de que lo descubriera demasiado pronto, seguiríamos estando por delante de él en nuestra labor de destrucción; y su

presencia en una forma puramente material, y en su momento de máxima debilidad podría proporcionarnos una nueva pista.

En cuanto al reparto de las fuerzas, el profesor sugirió que, después de haber visitado Carfax, deberíamos ir todos juntos a la casa de Piccadilly; después, los dos doctores y yo nos quedaríamos esperando allí, mientras lord Godalming y Quincey localizaban y destruían las guaridas de Walworth y Mile End. El profesor nos advirtió de que era posible, si no probable, que el Conde apareciera por Piccadilly durante el día, y que de ser así tendríamos una oportunidad de encargarnos de él allí mismo. En cualquier caso, le perseguiríamos luego todos juntos. Al oír el plan protesté enérgicamente, al menos en lo que se refería a mi participación, pues pretendía quedarme con Mina para protegerla. No tenía ninguna intención de dar mi brazo a torcer en esta cuestión, pero Mina no quiso oír mis protestas. Dijo que era posible que surgiera algún asunto de leyes en el que mi presencia pudiera ser de utilidad; que entre los papeles del Conde podría surgir alguna pista que sólo yo pudiera comprender gracias a mis vivencias en Transilvania; y que, tal y como estaban las cosas, cuantos más fuéramos, más posibilidades tendríamos a la hora de enfrentarnos al extraordinario poder del Conde. Tuve que ceder, pues Mina se mostró inflexible; dijo que *su* última esperanza era que trabajáramos todos juntos.

—En cuanto a mí —dijo—, no tengo nada que temer. Mi situación ya es todo lo desesperada que puede serlo; y, suceda lo que suceda, me aportará esperanza o consuelo. ¡Ve, esposo mío! Si Dios así lo quiere, puede protegerme igual sola que acompañada.

De modo que me levanté, gritando:

—Entonces, en el nombre de Dios, vayamos inmediatamente, pues estamos perdiendo el tiempo. El Conde podría ir a Piccadilly antes de lo que pensamos.

—¡Ni mucho menos! —dijo Van Helsing, alzando una mano.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—¿Acaso ha olvidado —dijo, realmente con una sonrisa—, que anoche se dio un buen atracón, y hoy dormirá hasta tarde?

¡Que si lo había olvidado! ¡Nunca lo olvidaré! ¡Cómo podría! ¿Acaso podría cualquiera de nosotros olvidar alguna vez aquella terrible escena? Mina se esforzó por mantener un semblante bravío, pero el dolor fue superior a sus fuerzas y se tapó el rostro con las manos, y comenzó a sollozar y a temblar. Van Helsing no había pretendido recordarle su terrible experiencia. Simplemente había perdido de vista todo lo que tenía que ver con ella y su terrible prueba en el transcurso de su razonamiento intelectual. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, quedó horrorizado ante su falta de tacto e intentó consolarla.

—Oh, *madam* Mina —dijo—, querida, querida *madam* Mina. ¡Ay! ¡Que precisamente sea yo, de entre todos los que tanto la reverenciamos, quien haya dicho algo tan poco delicado! Mis estúpidos y viejos labios y mi estúpida y vieja sesera no se lo merecen, pero aun así, usted lo olvidará, ¿verdad que sí?

Se acucilló junto a ella mientras hablaba. Mina estrechó sus manos y, mirándole a través de las lágrimas, dijo roncamente:

—No, no lo olvidaré, pues es bueno que lo recuerde; ya que también tengo muchos recuerdos gratos y dulces de usted y lo aceptaré todo junto. Ahora, deben marcharse pronto. El desayuno está listo, y todos tenemos que comer para estar fuertes.

El desayuno se nos hizo muy extraño. Intentamos parecer alegres y animarnos los unos a los otros, y Mina fue la más animada y más alegre de todos. Cuando hubimos terminado, Van Helsing se levantó y dijo:

—Ahora, queridos amigos, nos dirigimos a nuestra terrible empresa. ¿Vamos todos armados, tal y como lo estábamos aquella noche en la que por primera vez visitamos la guarida de nuestro enemigo, armados contra el ataque fantasmal así como contra el carnal?

Le aseguramos que así era.

—Entonces todo está en regla. *Madam* Mina, aquí estará usted *bastante* segura hasta la puesta de sol; y antes ya habremos vuelto... sí... ¡Habremos vuelto! Pero antes de que nos vayamos, permítame que la proteja contra el ataque personal. Yo mismo he preparado su habitación, aprovechando que usted había bajado, colocando ciertos objetos que ya conocemos, de modo que Él no pueda entrar. Ahora, permítame que proteja también su persona. Voy a tocarle la frente con este pedazo de la Sagrada Forma, en el nombre del Padre, del Hijo, y...

Mina profirió un horrible grito que casi nos heló los corazones. Al colocar Van Helsing la Hostia sobre su frente, la había quemado... había hecho arder la carne como si fuese un trozo de metal al rojo vivo. Mi pobre amada entendió el significado del hecho con la misma rapidez con la que sus nervios notaron el dolor provocado por el mismo: y ambos la sobrecogieron tanto que su naturaleza, ya de por sí sobrecargada, se expresó en aquel espantoso grito. Pero también las palabras llegaron rápidamente a su pensamiento; aún no había dejado de sonar en la habitación el eco de su grito, cuando llegó la reacción, y ella se dejó caer al suelo, derrumbándose sobre las rodillas, en una agonía de humillación. Colocando su hermoso pelo frente a su rostro, tal y como el leproso de antaño había colocado su manto, gimió:

—¡Impura! ¡Impura! ¡Incluso el Todopoderoso rechaza mi carne corrupta! Llevaré esta marca de mi vergüenza sobre mi frente hasta el Día del Juicio^[249].

Nadie supo qué decir. Yo me había arrojado a su lado en una agonía de pena e indefensión, y la abracé con fuerza. Durante un par de minutos nuestros desdichados corazones latieron juntos, mientras los amigos que nos rodeaban apartaban sus ojos, llorando en silencio. Entonces, Van Helsing se volvió y dijo, con tal gravedad que no pude evitar sentir que, de alguna forma, estaba recibiendo algún tipo de inspiración y que nos estaba transmitiendo unas palabras que procedían de fuera de sí mismo:

—Quizá tenga usted que cargar con esa marca hasta que Dios Todopoderoso juzgue apropiado, como a buen seguro hará el Día del Juicio, enmendar todos los males de la tierra y de sus hijos que Él ha situado en ella. Y... oh, *madam* Mina, mi querida y adorada *madam* Mina, ojalá los que la amamos podamos estar allí para ver desaparecer esa cicatriz roja, ese sello con el que Dios ha expresado su conocimiento de lo ocurrido, y para volver a ver su frente tan pura como el corazón que conocemos. Pues tan seguro como que vivimos, esa cicatriz desaparecerá en el momento en el que Dios considere justo levantar la carga que tanto pesa sobre nosotros. Hasta entonces soportaremos nuestra cruz, tal y como hizo Su Hijo en obediencia a Su voluntad. Tal vez seamos los instrumentos elegidos por Sus designios y quizá ascendamos a Su presencia igual que lo hizo aquel otro, entre azotes y vergüenza; entre lágrimas y sangre; entre dudas y temores, y todo aquello que marca la diferencia entre Dios y el hombre.

Había esperanza y consuelo en sus palabras, y consiguieron nuestra resignación. Tanto Mina como yo así lo sentimos, y cada uno tomó simultáneamente una de las manos del anciano, y nos inclinamos sobre ellas y las besamos. Entonces, sin mediar palabra, todos nos arrodillamos juntos y, agarrándonos de las manos, juramos permanecer fieles los unos a los otros. A continuación, los hombres juramos alzar el velo de dolor que cubría el rostro de aquélla a la que, cada uno a su manera, amábamos; y pedimos ayuda y consejo para la terrible tarea que teníamos frente a nosotros.

Llegó entonces la hora de partir. De modo que me despedí de Mina — una separación que ninguno de los dos olvidará hasta el día de nuestra muerte— y nos marchamos.

Una cosa he decidido: si descubrimos que finalmente Mina va a acabar convertida en vampiro, no deberá adentrarse sola en esa tierra terrible y desconocida. Supongo que así es como, en los viejos tiempos, un vampiro acababa engendrando a muchos; de igual modo que sus abominables cuerpos sólo pueden descansar en tierra consagrada, así se encargaba el amor más sagrado de reclutar a sus espantosas huestes.

Entramos en Carfax sin problemas y lo hallamos todo igual que en la primera ocasión. Resultaba difícil creer que en mitad de tan prosaico entorno de abandono, polvo y podredumbre, hubiera lugar para horrores como los que ya conocíamos. De no estar decididos, y de no

haber tenido terribles recuerdos para espolearnos, a duras penas habríamos proseguido con nuestra tarea. No encontramos ningún papel en la casa, ni tampoco ninguna señal de uso; y en la vieja capilla las grandes cajas parecían seguir igual que cuando las habíamos visto por última vez. El doctor Van Helsing nos dijo solemnemente colocándose frente a nosotros:

—Y ahora, amigos míos, tenemos un deber que cumplir. Debemos esterilizar esta tierra, consagrada con tan buenos recuerdos, que él ha traído desde su lejana tierra para tan indigno uso. Escogió esta tierra porque había sido consagrada. Ahora debemos derrotarle con su propia arma, pues vamos a hacerla más sagrada aún. Si entonces fue santificada para el uso del hombre, ahora nosotros vamos a santificarla para Dios.

Mientras decía esto, sacó de su maletín un destornillador y una palanca, y enseguida arrancamos por completo la tapa de una de las cajas. La tierra olía a moho y a cerrado; pero de algún modo no nos importó, pues nuestra atención estaba centrada en el profesor. Tras extraer de su caja un pedazo de la Sagrada Forma, lo colocó con reverencia sobre la tierra y luego, tras haber vuelto a colocar la tapa, volvió a atornillarla, y nosotros le ayudamos.

Una tras otra, tratamos del mismo modo cada una de las grandes cajas, y volvimos a dejarlas aparentemente como las habíamos encontrado; pero en el interior de cada una de ellas había una porción de la Hostia.

Cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas, el profesor afirmó con solemnidad:

—Ya hemos conseguido mucho. ¡Si tenemos el mismo éxito con todas las demás, esta noche la puesta de sol podría iluminar la frente de *madam* Mina, inmaculada y blanca como el mármol!

Mientras nos dirigíamos a la estación para coger el tren, pasamos frente a la fachada del manicomio. Yo busqué ansiosamente con la mirada, y vi a Mina asomada a la ventana de nuestra habitación. La saludé con la mano y asentí para comunicarle que habíamos completado con éxito nuestro trabajo allí. Ella asintió a su vez para demostrar que lo había entendido. Lo último que he visto ha sido a ella, despidiéndose con la mano. Hemos llegado a la estación con el corazón apesadumbrado y hemos subido al tren justo a tiempo, pues ya estaba empezando a humear cuando entrábamos en el andén.

He escrito esto en el tren.

Piccadilly, 12:30 . —Justo antes de que llegáramos a Fenchurch Street, lord Godalming me dijo:

—Quincey y yo iremos a buscar a un cerrajero. Será mejor que usted no nos acompañe, por si acaso surgiera alguna dificultad; pues dadas las

circunstancias, que nosotros irrumpiéramos en una casa vacía podría no parecer tan grave. Pero usted es abogado, y la Incorporated Law Society^[250] podría recriminarle su proceder.

Yo puse reparos a que no me permitieran compartir ningún riesgo, ni siquiera el del oprobio, pero él insistió:

—Además, cuantos menos seamos menos llamaremos la atención. Mi título servirá para convencer al cerrajero y a cualquier policía que pudiera aparecer. Lo mejor será que usted, Jack y el profesor esperen en Green Park, en algún sitio desde el que se divise la casa; y cuando vean que hemos abierto la puerta y que el cerrajero se ha marchado, crucen la calle. Estaremos esperándoles y les dejaremos entrar.

—¡Muy buen consejo! —aplaudió Van Helsing, de modo que no hubo nada más que decir. Godalming y Morris partieron en un coche y nosotros les seguimos en otro. Nos bajamos en la esquina de Arlington Street y fuimos caminando hasta Green Park. Mi corazón empezó a latir con fuerza tan pronto como vi la casa de la que dependían tantas de nuestras esperanzas, alzándose sombría y silenciosa, en su desierta condición, entre sus pulcras y alegres vecinas. Nos sentamos en un banco desde el que teníamos buena vista y nos pusimos a fumar unos cigarros, para atraer tan poca atención como fuera posible. Los minutos parecieron transcurrir con pies de plomo mientras esperamos a que llegaran los otros.

Al cabo de un rato vimos llegar un coche de cuatro caballos. De su interior, muy relajadamente, salieron lord Godalming y Morris; del pescante se apeó un trabajador de aspecto grueso cargado con su cesta de mimbre llena de herramientas. Morris pagó al cochero, que se tocó el sombrero y se marchó. Juntos ascendieron los escalones y lord Godalming indicó lo que deseaba. El trabajador se quitó su abrigo relajadamente y lo colgó de una de las estacas de la barandilla, mientras le decía algo a un policía que acababa de aparecer. El policía asintió en aquiescencia y el hombre se arrodilló y colocó su bolsa junto a él. Tras rebuscar en el interior, extrajo una selección de herramientas, que procedió a repartir ordenadamente junto a sus pies. A continuación se levantó, miró a través de la cerradura, sopló en su interior y, volviéndose hacia sus empleadores, hizo algún comentario. Lord Godalming sonrió y el hombre levantó un manojo de llaves de buen tamaño; seleccionando una de ellas, empezó a tantear la cerradura, como si intentara familiarizarse con ella. Tras hurgar un rato, probó con una segunda, y luego con una tercera. De repente la puerta se abrió con un ligero empujón, y tanto el cerrajero como los otros dos entraron en el vestíbulo. Nosotros continuamos sentados inmóviles; mi cigarro ardía furiosamente, pero el de Van Helsing se había apagado por completo. Esperamos pacientemente hasta que vimos al trabajador salir y recoger su cesta. Éste mantuvo la puerta parcialmente abierta, afianzándola con sus rodillas, mientras ajustaba una llave a la cerradura. Finalmente, le entregó dicha llave a lord Godalming, quien extrajo su cartera y le dio algo. El hombre se tocó el sombrero, cogió su

bolsa, se puso el abrigo y se marchó; ni una sola persona se apercibió en lo más mínimo de toda la transacción.

Una vez que el cerrajero se alejó, nosotros tres cruzamos la calle y llamamos a la puerta. Inmediatamente la abrió Quincey Morris, detrás del cual vimos a lord Godalming, encendiendo un puro.

—Este sitio huele fatal —dijo el segundo cuando entramos. Y era cierto que hedía terriblemente, como la vieja capilla de Carfax, y teniendo en cuenta nuestra experiencia previa resultó evidente que el Conde había estado frecuentando el lugar. Nos dispusimos a explorar la casa, manteniéndonos en todo momento juntos, por si acaso sobreviniera un ataque; sabíamos que teníamos que vérnoslas con un enemigo fuerte y astuto, e ignorábamos si el Conde se encontraba o no en la casa. En el comedor, que se extendía por detrás del recibidor, descubrimos ocho cajas de tierra. ¡Ocho cajas de las nueve que buscábamos! Nuestro trabajo aún no había terminado y nunca terminaría a menos que encontráramos la caja ausente. En primer lugar abrimos las persianas de la ventana, que se asomaba al exterior por encima de un patio estrecho y adoquinado, en un extremo del cual había un establo, pintado para parecer la fachada de una casa en miniatura. No tenía ventanas, de modo que no tuvimos que preocuparnos de que alguien fuera a vernos. Examinamos las cajas sin perder tiempo. Sirviéndonos de las herramientas que habíamos traído con nosotros, las abrimos una a una y les dimos el mismo tratamiento que les habíamos dado a las de la capilla. Resultaba evidente que el Conde no estaba en casa en aquel momento, por lo que procedimos a buscar sus efectos.

Tras echar un vistazo superficial en el resto de las habitaciones, desde el sótano hasta el ático, llegamos a la conclusión de que todos los efectos que pudieran pertenecer al Conde estaban en el comedor, y procedimos a examinarlos minuciosamente. Estaban esparcidos en una especie de ordenado desorden sobre la gran mesa del comedor. En un gran fajo encontramos el título de propiedad de la casa de Piccadilly; contratos de compra de una casa en Mile End y otra en Bermondsey; papel de cartas, sobres, plumas y tinta. Todo estaba recubierto con papel ligero de envolver para protegerlo del polvo. También había un cepillo de ropa, un cepillo normal y un peine, una jarra y una bacineta. Esta última estaba llena de agua sucia, enrojecida como con sangre. En último lugar encontramos un pequeño manojó de llaves de todos los tipos y tamaños, probablemente pertenecientes a las otras casas. Cuando examinamos bien este último hallazgo, lord Godalming y Quincey Morris, tomando detallada nota de las varias direcciones de las casas situadas al este y al sur, se llevaron con ellos las llaves en un gran manojó y partieron para destruir las cajas que hubiera en esos lugares. Los demás estamos esperando, con toda la paciencia de que hemos podido hacer acopio, su regreso... o la llegada del Conde.

Capítulo XXIII

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

3 de octubre . —El tiempo se nos hizo terriblemente largo mientras esperábamos el regreso de Godalming y Quincey Morris. El profesor intentó mantener activas nuestras mentes obligándonos a utilizarlas todo el tiempo. Comprendí su propósito benefactor al ver las miradas de reojo que le echaba de vez en cuando a Harker. El pobre hombre está tan abrumado por su desgracia que da pena verlo. Anoche era un hombre franco, de aspecto alegre, con un rostro joven y fuerte, lleno de energía, y cabellos de color castaño oscuro. Hoy es un viejo demacrado y reservado cuyos blancos cabellos están en consonancia con los ardientes ojos hundidos y las líneas grabadas por la pena en su rostro. Su energía sigue intacta; de hecho, es como una llama viviente. Podría ser su salvación, ya que, si todo va bien, será lo que le sostenga durante este periodo de desesperación; ya despertará más adelante, de algún modo, a las realidades de la vida. Pobre hombre, y yo que pensaba que mis propias desgracias eran graves. ¡Pero las suyas...! El profesor lo sabe de sobra y está haciendo todo lo posible por mantenerle entretenido. Lo que le ha estado contando era, teniendo en cuenta las circunstancias, de un interés absorbente. Hasta donde puedo recordarlo, esto es lo que ha dicho:

—Desde que llegaron a mis manos, he estudiado una y otra vez todos los documentos relacionados con este monstruo; y cuanto más los he estudiado, mayor me ha parecido la necesidad de aplastarle por completo. En todos ellos hay indicios de su avance; no sólo de su poder, sino también de su conocimiento del mismo. Tal y como supe gracias a las investigaciones de mi amigo Arminius de Buda-Pest, fue en vida un hombre extraordinario. Soldado, estadista y alquimista, actividad que más tarde representaría el mayor desarrollo de la ciencia y el conocimiento de su tiempo. Tenía un cerebro prodigioso, conocimientos sin parangón y un corazón que no conocía el miedo ni el remordimiento. Se atrevió incluso a atender a la Escolomancia, y no hubo ninguna rama del conocimiento que no abordara. Además, en su caso, las facultades del cerebro sobrevivieron a la muerte física; aunque se diría que su memoria fuese incompleta. En lo que a algunas facultades mentales se refiere, ha sido, y sigue siendo, sólo un niño; pero está creciendo, y algunos comportamientos que eran infantiles al principio, han adquirido ahora una estatura de hombre. Está experimentando, y lo está haciendo bien; de no haber sido porque nosotros nos hemos cruzado en su camino, se habría convertido en el progenitor o propiciador de un nuevo

orden de seres, cuyo camino discurriría a través de la muerte, y no de la vida. ¡Aún podría serlo, si fracasamos!

Harker gimió y dijo:

—¡Y todo esto está dispuesto en contra de mi amada! Pero ¿de qué modo está experimentando? ¡El conocimiento podría ayudarnos a derrotarlo!

—Desde que llegó ha estado poniendo constantemente su poder a prueba, de un modo lento, pero seguro; ese gran cerebro infantil suyo no ha dejado de trabajar. Es bueno para nosotros que aún sea un cerebro infantil, pues si se hubiera atrevido desde un principio a intentar ciertas cosas, haría mucho tiempo ya que habría quedado fuera de nuestro alcance. En cualquier caso, su propósito es triunfar, y un hombre que tiene siglos por delante puede permitirse el lujo de esperar y avanzar lentamente. *Festina lente* ^[251] bien podría ser su lema.

—No consigo entenderle —dijo Harker con cansancio—. ¡Oh, hábleme más claro! Quizá la pena y las desgracias me estén embotando el cerebro.

El profesor colocó una mano tiernamente sobre el hombro de Harker mientras decía:

—Ah, hijo mío, hablaré claro. ¿No se ha dado cuenta usted de cómo, últimamente, este monstruo ha aumentado sus conocimientos a base de experimentar? ¿Cómo se ha servido del paciente zoófago para efectuar su entrada en el hogar del amigo John, pues el Vampiro, aunque posteriormente pueda volver cuando y como lo desee, sólo puede entrar por primera vez en una casa cuando ha sido invitado por un residente? Pero éstos no son sus experimentos más importantes. ¿Acaso no hemos visto cómo al principio utilizó a otro para trasladar estas enormes cajas? Entonces aún no sabía sino que así debía ser. Pero durante todo este tiempo su gran cerebro infantil ha seguido creciendo. En primer lugar empezó a considerar si no podría mover él mismo las cajas. De modo que optó por ayudar a los transportistas; luego, cuando descubrió que podía hacerlo, intentó trasladarlas él solo. Y así continúa progresando y diseminando sus tumbas, de modo que nadie salvo él sepa dónde están escondidas. Quizá su intención sea enterrarlas profundamente en el suelo. Pues aunque sólo las use durante la noche, o en aquellos momentos en los que puede cambiar de forma, le harán idéntico servicio; ¡y nadie podría llegar hasta su escondrijo! Pero, hijo mío, no desespere; ¡este conocimiento le ha llegado demasiado tarde! Ya todas sus guaridas, menos una, han sido esterilizadas para él y, antes de que se ponga el sol, también ésa lo será. Entonces no tendrá ningún lugar en el que refugiarse o esconderse. Esta mañana me demoré para que pudiéramos estar seguros. ¿Acaso no hay más en juego para nosotros que para él? ¿Por qué no ser, entonces, más cuidadosos aún que él? Según mi reloj ya es la una, y si todo ha ido bien el amigo Arthur y Quincey estarán de camino para reunirse con nosotros. Hoy es nuestro día, y debemos avanzar seguros, aunque sea despacio, sin dejar

escapar ninguna oportunidad. ¡Vea! Cuando los otros regresen, seremos cinco.

Mientras decía esto nos sobresaltaron unos golpes en la puerta del recibidor, era la típica doble llamada del chico del telégrafo. Los tres pasamos al vestíbulo con un solo impulso, y Van Helsing, alargando una mano hacia nosotros para indicarnos que guardáramos silencio, se dirigió hacia la puerta y la abrió. El chico le entregó un telegrama. El profesor volvió a cerrar la puerta y, tras mirar la dirección, lo abrió y lo leyó en voz alta:

«Cuidado con D. Acaba de salir apresuradamente de Carfax, a las 12:45, y se ha dirigido al sur. Parece estar haciendo la ronda y podría andar buscándoles - MINA».

Se produjo una pausa, rota por la voz de Jonathan Harker:

—¡Loado sea Dios, pronto nos encontraremos! —Van Helsing se volvió hacia él rápidamente y dijo:

—Dios obrará siguiendo Sus designios y a su debido momento. No tema. Y no se alegre todavía; pues el deseo del momento puede acabar siendo nuestra perdición.

—Ahora mismo no me importa nada —respondió él acaloradamente—, excepto borrar a esta alimaña de la faz de la creación. ¡Vendería mi alma para conseguirlo!

—¡Oh, calle, calle, hijo mío! —dijo Van Helsing—. Dios no compra almas de esta guisa; y el Diablo, aunque pueda comprarlas, no cumple su palabra. Pero Dios es misericordioso y justo, y conoce su dolor y su devoción para con nuestra querida *madam* Mina. Piense cómo se multiplicaría su dolor si oyera sus desafortunadas palabras. No tema por ninguno de nosotros; todos estamos entregados a esta causa, y hoy veremos el fin. Se acerca el momento de la acción; hoy los poderes de este Vampiro están limitados a los de un hombre, y hasta la puesta de sol no puede volver a cambiar. Le llevará algún tiempo llegar hasta aquí, vea, pasan veinte minutos de la una... y por muy rápido que sea aún tardará un rato. Lo que debemos esperar es que lord Arthur y Quincey lleguen antes.

Una media hora después de haber recibido el telegrama de la señora Harker, oímos un golpe tranquilo y resuelto contra la puerta de entrada. Era un golpe ordinario, como el que dan cada hora miles de caballeros, pero hizo que el corazón del profesor y el mío latieran con fuerza. Nos miramos el uno al otro y salimos juntos al recibidor; cada uno estaba preparado para servirse de nuestros variados armamentos, el espiritual en la mano izquierda, el carnal en la derecha. Van Helsing echó atrás el pestillo y, manteniendo la puerta medio abierta, se echó hacia atrás, preparando ambas manos para la acción. La alegría de nuestros corazones debió de reflejarse en nuestros rostros cuando, en el último

escalón, junto a la puerta, vimos a lord Godalming y a Quincey Morris. Entraron rápidamente y cerraron la puerta a sus espaldas. Mientras recorrían el vestíbulo, el primero dijo:

—Todo ha ido bien. Hemos encontrado ambas casas; había seis cajas en cada una, ¡y las hemos destruido todas!

—¿Destruídas? —preguntó el profesor.

—¡Para él!

Guardamos silencio durante un minuto, y luego Quincey dijo:

—Ya no queda nada que hacer salvo esperar aquí. Si, en todo caso, no aparece antes de las cinco, tendremos que marcharnos; pues no podemos dejar a la señora Harker sola tras la puesta de sol.

—Estará aquí dentro de poco —dijo Van Helsing, que había estado consultando su libreta de bolsillo—. *Nota bene* ^[252], el telegrama de *madam* Mina dice que se dirigía al sur desde Carfax, eso significa que se disponía a cruzar el río, algo que sólo puede haber hecho en el momento de bajamar, es decir, poco antes de la una en punto. Que se dirigiera hacia el sur tiene un claro significado para nosotros. Por el momento, sólo sospecha; por eso ha ido directamente desde Carfax al lugar en el que le parece menos probable una interferencia. Deben de haber estado ustedes en Bermondsley muy poco tiempo antes que él. Que no haya llegado aún aquí demuestra que a continuación fue a Mile End. Esto debe de haberle llevado algún tiempo, pues para entonces tendrá que haber encontrado algún modo de que le crucen por encima del río. Créanme, amigos míos, ya no tendremos que esperar mucho más. Deberíamos ultimar algún plan de ataque, con objeto de no desperdiciar ninguna oportunidad. ¡Silencio! Ahora ya no queda tiempo. ¡Saquen sus armas! ¡Prepárense!

Al decir esto levantó una mano amenazadoramente, pues todos pudimos oír una llave insertada suavemente en la cerradura de la puerta de entrada.

No pude dejar de admirar, incluso en un momento semejante, el modo en el que los espíritus dominantes tienden a reafirmarse. En todas nuestras partidas de caza y aventuras en diferentes partes del mundo, Quincey Morris había sido siempre el encargado de preparar el plan de acción, y Arthur y yo nos habíamos acostumbrado a obedecerle implícitamente. Ahora, el viejo hábito pareció renovarse instintivamente. Echando un rápido vistazo a la habitación, Quincey diseñó de inmediato un plan de ataque y, sin decir una sola palabra, sólo mediante gestos, nos situó a cada uno en su respectiva posición. Van Helsing, Harker y yo nos colocamos justo detrás de la puerta, de modo que cuando quedara abierta el profesor pudiera protegerla mientras nosotros dos nos interponíamos entre el recién llegado y la salida. Godalming al fondo, y Quincey al frente, se situaron fuera de vista, preparados para moverse

frente a la ventana. Esperamos sumidos en una incertidumbre que hizo que los segundos transcurrieran con una lentitud de pesadilla. Unos pasos lentos y sigilosos recorrieron el vestíbulo; evidentemente, el Conde estaba preparado para alguna sorpresa... al menos la temía.

De repente, con un único salto, se abalanzó al interior de la habitación superándonos a todos antes de que ninguno de nosotros hubiera podido tan siquiera levantar una mano para detenerle. Hubo en su movimiento, parecido al de una pantera, algo tan inhumano que pareció sacarnos a todos de la impresión que nos había causado su llegada. El primero en reaccionar fue Harker, quien, con un rápido movimiento, se arrojó frente a la puerta que conducía al vestíbulo. Cuando el Conde nos vio, una especie de horrible gruñido cruzó su rostro, mostrando los colmillos largos y puntiagudos; pero la maléfica sonrisa se transformó con idéntica rapidez en una fría mirada de desdén leonino. Su expresión cambió de nuevo cuando, siguiendo un único impulso, todos avanzamos hacia él. Fue una lástima no haber dispuesto de un plan de ataque mejor organizado, pues incluso en aquel momento me pregunté qué íbamos a hacer. Yo mismo ignoraba si nuestras armas letales servirían de algo. Harker, evidentemente, pretendía averiguarlo, pues tenía preparado su gran machete kukri^[253], con el que le lanzó un tajo fiero y repentino. El golpe fue poderoso; sólo la diabólica rapidez de su salto hacia atrás salvó al Conde. Si se hubiera demorado un solo segundo, la afilada hoja le habría traspasado el corazón. Tal y como sucedió, el extremo únicamente llegó a cortar la tela de su abrigo, provocando un gran desgarrón por el que se derramaron un puñado de billetes bancarios y un torrente de oro. La expresión en el rostro del Conde fue tan infernal que por un momento temí por Harker, aunque le vi levantar una vez más su terrible machete para asestar otra cuchillada. Instintivamente, me adelanté con un impulso protector, sosteniendo el crucifijo y la Hostia en mi mano. Noté que una poderosa energía recorría mi brazo y no sentí sorpresa al ver al monstruo retroceder frente a un movimiento similar realizado espontáneamente por cada uno de nosotros. Sería imposible describir la expresión de odio y contrariada malevolencia —de furia y cólera infernal— que se apoderó del rostro del Conde. Su tez cerúlea se volvió de un amarillo verdoso en contraste con sus ardientes ojos, y la cicatriz roja de la frente destacó sobre la pálida piel como una herida palpitante. Un instante después se zambulló sinuosamente por debajo del brazo de Harker antes de que éste pudiera asestar su golpe y, agarrando un puñado de dinero del suelo, atravesó a toda velocidad la habitación y se arrojó contra la ventana, desplomándose en el patio adoquinado que había abajo, acompañado del estruendo y los destellos de los cristales. Entre todo el ruido del cristal haciéndose añicos, pude oír el repiquetear del oro cuando algunos de los soberanos cayeron sobre los adoquines.

Corrimos hasta la ventana y le vimos levantarse ileso del suelo. Tras bajar a la carrera los escalones, atravesó el patio adoquinado y abrió de un empujón la puerta del establo. Desde allí se volvió hacia nosotros y habló:

—Pensabais frustrarme, vosotros... con vuestras pálidas caras puestas en fila, como borregos en el matadero. ¡Aún lo lamentaréis, todos y cada uno de vosotros! Creéis que me habéis privado de mis lugares de reposo. ¡Pero tengo más! ¡Mi venganza sólo acaba de empezar! La prolongaré durante siglos, y el tiempo está de mi parte. Las mujeres que amáis ya son mías; y a través de ellas vosotros, y también otros, acabaréis por ser míos... mis criaturas, para cumplir mi voluntad y para ser mis chacales cuando quiera alimento. ¡Bah!

Con una mueca de desprecio atravesó rápidamente la puerta, y oímos el oxidado cerrojo crujir cuando lo aseguró tras él. Luego oímos otra puerta abrirse y cerrarse más allá. El primero de nosotros en hablar fue el profesor, cuando, percibiendo la dificultad de seguirle a través del establo, nos condujo de vuelta al recibidor.

—Hemos aprendido algo. ¡Mucho! A pesar de sus bravatas, nos teme; ¡teme el tiempo, teme la necesidad! De no ser así, ¿por qué apresurarse tanto? O mis oídos me engañan, o su mismo tono le ha traicionado. ¿Por qué llevarse ese dinero? Ustedes, síganle rápido. Son cazadores de bestias salvajes y las entienden. En cuanto a mí, me aseguraré de que no quede aquí nada que pueda serle de utilidad, en caso de que regrese.

Mientras hablaba, guardó el dinero restante en su bolsillo; tomó los títulos de propiedad del montón, tal y como Harker los había dejado, y los arrojó a la chimenea junto a los restantes objetos, donde les prendió fuego con una cerilla.

Godalming y Morris habían salido corriendo al patio, y Harker había descendido por la ventana para seguir al Conde. En todo caso, éste había asegurado la puerta del establo; y para cuando consiguieron forzarla ya no había ni rastro de él. Van Helsing y yo intentamos preguntar en la parte trasera de la casa, pero los patios estaban desiertos y nadie le había visto partir.

Para entonces ya se estaba haciendo tarde, y no faltaba mucho para la puesta de sol. Tuvimos que reconocer que nuestra partida había terminado; y con los corazones acongojados, nos mostramos de acuerdo con el profesor cuando dijo:

—Volvamos junto a *madam* Mina. Pobre y querida *madam* Mina. Por ahora, hemos hecho todo cuanto podíamos hacer; al menos, mientras estemos allí podremos protegerla. Pero no debemos desesperar. Sólo queda una caja de tierra, y tenemos que encontrarla; si lo conseguimos, todo esto todavía podría acabar bien.

Noté que hablaba con toda la determinación que fue capaz de reunir para consolar a Harker. El pobre hombre estaba muy desmoralizado; una y otra vez se le escapaban gemidos que era incapaz de controlar. Estaba pensando en su esposa.

Con los corazones apesadumbrados regresamos a mi casa, donde encontramos a la señora Harker esperándonos, con una aparente entereza que honraba su valentía y generosidad. Cuando vio nuestras caras, la suya propia se puso tan pálida como la muerte; durante un par de segundos cerró los ojos, como si estuviera rezando en secreto, y a continuación dijo alegremente:

—Nunca podré agradecerse lo suficiente a todos. ¡Oh, querido mío! —mientras decía esto estrechó los grises cabellos de su esposo entre sus manos y los besó—. Apoya tu pobre cabeza aquí y descansa. ¡Todo acabará bien, querido! Dios nos protegerá si tal es su voluntad.

El pobre hombre se limitó a gemir. No había lugar para las palabras en su sublime miseria.

Tomamos una especie de cena ligera, que creo nos animó en cierto modo. Quizá fuera el efecto del simple calor animal de la comida en unos hombres hambrientos, pues ninguno de nosotros había comido nada desde el desayuno; o puede que nos animara la sensación de compañerismo, pero en cualquier caso, nos sentimos algo menos desdichados y contemplamos el mañana no carentes de esperanza. Fieles a nuestra promesa, le contamos a la señora Harker todo lo que había sucedido; y aunque ella se puso blanca como la nieve al oír aquellos momentos en los que el peligro había parecido amenazar a su marido, y roja cuando su devoción hacia ella se puso de manifiesto, lo escuchó todo valientemente y con calma. Cuando llegamos a la parte en la que Harker se había arrojado tan temerariamente sobre el Conde, ella se agarró del brazo de su esposo y le apretó fuertemente, como si su abrazo pudiera protegerle de cualquier daño. No dijo nada, en cualquier caso, hasta que hubimos concluido la narración. Entonces, sin soltar la mano de su marido, se levantó y nos habló. ¡Oh! Ojalá fuera capaz de dar aunque fuese una mínima idea de lo que supuso para nosotros la escena; de esa encantadora y bondadosa mujer, en toda la radiante belleza de su juventud y vivacidad, con aquella cicatriz roja en la frente, de la que era plenamente consciente y que nosotros contemplábamos rechinando los dientes al recordar cuándo y cómo se había producido; de su generosa bondad, opuesta a nuestro odio sombrío; de su tierna fe, opuesta a todos nuestros temores y dudas; y de nosotros mismos, que sabíamos que, simbólicamente, ella era, a pesar de toda su bondad y pureza y fe, una paria de Dios.

—Jonathan —dijo, y la palabra sonó como música en sus labios, de tanto amor y ternura con la que la pronunció—. Jonathan, amado mío, y también ustedes, mis auténticos y verdaderos amigos. Quiero que tengan algo en mente todo el tiempo que dure este horrendo asunto. Sé que deben ustedes luchar... que deben incluso destruir, tal y como destruyeron a la falsa Lucy para que la verdadera Lucy pudiera vivir en el más allá; pero tengan en cuenta que esta tarea no debe nacer del odio. Ese pobre diablo, que nos ha traído tantas desgracias, es quizá el más desdichado de todos. Piensen únicamente en su alegría cuando también él sea destruido en su peor parte, para que su mejor parte

pueda alcanzar la inmortalidad espiritual. Deben compadecerle también, aunque eso no detenga sus manos cuando llegue el momento de destruirle.

Mientras hablaba, pude ver el rostro de su esposo ensombrecerse y tensarse, como si la furia que le consumía estuviera marchitando hasta lo más profundo de su ser. Sin darse cuenta, aumentó la presión que estaba ejerciendo sobre la mano de su esposa, hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Ella ni siquiera parpadeó ante el dolor que supe estaba sufriendo, sino que le miró con unos ojos más suplicantes que nunca. Cuando ella terminó de hablar, Harker se puso en pie de un salto, casi arrancando su mano de la de ella, mientras decía:

—Sólo le pido a Dios que lo ponga al alcance de mi mano el tiempo suficiente como para destruir su vida terrenal. ¡Si más allá de eso, encontrara algún modo de arrojar su alma al infierno por toda la eternidad, también lo haría!

—¡Oh, calla! ¡Oh, calla! En nombre del buen Dios. No digas esas cosas, Jonathan, esposo mío; o me llenarás de miedo y horror. Piensa únicamente, querido, tal y como yo he estado pensando en ello durante todo este larguísimo día, que... quizá... algún día... también yo podría necesitar de tal piedad; y que quizá, algún otro como tú, teniendo idénticos motivos para su ira... ¡podría denegármela a mí! ¡Ay, esposo mío! Si hubiera tenido otra alternativa, realmente te habría ahorrado semejante pensamiento; pero rezo porque Dios no haya tenido en cuenta tus insensatas palabras, salvo como el desgarrado lamento de un hombre enamorado y profundamente afligido. ¡Oh, Dios mío, permite que estos pobres cabellos blancos sean la prueba de lo que ha sufrido, aquel que durante toda su vida no hizo ningún mal y sobre el que tantas penas han recaído!

En aquel momento, todos los hombres estábamos bañados en lágrimas. No había modo de resistirlas y lloramos abiertamente. También ella lloró, al ver que sus cariñosos consejos habían prevalecido. Su marido se arrodilló junto a ella y, abrazándola, enterró el rostro entre los pliegues de su vestido. Van Helsing nos hizo una señal y salimos silenciosamente de la habitación, dejando a los dos corazones amantes a solas con Dios.

Antes de que se retirara para pasar la noche, el profesor preparó la habitación contra cualquier venida del Vampiro y le aseguró a la señora Harker que podría descansar tranquila. Ella luchó por creer que así sería y, manifiestamente por el bien de su marido, intentó parecer convencida. Fue una lucha valiente; y pienso y creo que no quedó sin recompensa. Van Helsing les había dejado a mano una campanilla que cualquiera de ellos podría hacer sonar en caso de cualquier emergencia. Cuando se retiraron, Quincey, Godalming y yo decidimos que nos dividiríamos la noche por turnos y que velaríamos para asegurarnos de la seguridad de aquella pobre y afligida dama. Quincey va a encargarse del primer turno, de modo que los demás nos hemos ido a la cama tan

pronto como hemos podido. Godalming ya se ha acostado, pues le toca encargarse de la segunda guardia. Ahora que he terminado mi trabajo, también yo me iré a la cama.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

3-4 de octubre cerca de la medianoche . —Pensaba que el día de ayer no terminaría jamás. Sentía una especie de anhelo por irme a dormir, como dominado por una especie de fe ciega en que cuando volviera a despertarme algo habría cambiado, y que cualquier cambio debe ser, ahora, necesariamente para mejor. Antes de darnos las buenas noches debatimos cuál debería ser nuestro siguiente paso, pero no conseguimos llegar a ninguna conclusión. Lo único que sabemos es que sigue quedando una caja de tierra, y que sólo el Conde sabe dónde está. Si escoge permanecer escondido, podría esquivarnos durante años; ¡y entretanto...! Es una idea demasiado horrible, que no me atrevo a pensar ni siquiera en estos momentos. Una cosa sí sé: si alguna vez hubo una mujer que fuera toda perfección, ésa es mi pobre y ultrajado amor. Después de su generosa piedad de anoche —una piedad que ha hecho que mi propio odio por el monstruo parezca despreciable— la quiero mil veces más. A buen seguro, Dios no permitirá que el mundo se empobrezca con la pérdida de semejante mujer. En este pensamiento tengo puestas mis esperanzas. Estamos siendo arrastrados hacia los arrecifes, y la fe es nuestra única ancla. Gracias a Dios, Mina está durmiendo, aparentemente sin soñar. Temo cómo podrían ser sus sueños, teniendo tan terribles recuerdos para alimentarlos. Desde que se ha puesto el sol ha estado muy calmada, al menos que yo haya visto. Después, durante un rato, apareció en su rostro una expresión de reposo comparable a la primavera tras las tormentas de marzo. En aquel momento pensé que se debía a las suaves tonalidades de la roja puesta de sol al iluminar su cara, pero ahora pienso que de alguna manera tenía un significado más profundo. Yo particularmente no tengo sueño, aunque estoy agotado... muerto de cansancio. En cualquier caso, debo intentar dormir; pues hay que pensar en el día de mañana, y para mí no podrá haber descanso hasta que...

Más tarde . —Debo de haberme quedado dormido, pues me ha despertado Mina, sentada en la cama con una expresión de sobresalto en el rostro. He podido verla sin problemas, ya que no habíamos dejado la habitación a oscuras; ella me ha puesto una mano de advertencia sobre la boca y me ha susurrado al oído:

—¡Shhh! ¡Hay alguien en el pasillo! —me he levantado suavemente, he atravesado la habitación, y he abierto la puerta con sigilo.

Justo afuera, tumbado sobre un colchón, estaba el señor Morris, completamente despierto. Ha levantado una mano solicitando silencio, mientras me susurraba:

—¡Shhh! Vuelva a la cama; no pasa nada. Uno de nosotros pasará aquí toda la noche. ¡No pensamos correr ningún riesgo!

Su gesto y expresiones no permitían discusión, de modo que he vuelto a la cama y se lo he contado a Mina. Ella ha suspirado, y la sombra de una auténtica sonrisa ha asomado en su pobre y pálido rostro, mientras me abrazaba diciendo suavemente:

—¡Oh, gracias a Dios por los hombres buenos y valientes!

Con un suspiro, ha vuelto a quedarse dormida. Como yo no tengo sueño, escribo esto, aunque debo intentarlo otra vez.

4 de octubre, mañana . —Anoche Mina volvió a despertarme una segunda vez. En esta ocasión los dos habíamos disfrutado de un sueño reparador, pues la claridad grisácea del cercano amanecer hacía que resaltaran los cristales rectangulares de las ventanas, y la llama del gas parecía más una chispa que un disco de luz. Mina me dijo con impaciencia:

—Ve a llamar al profesor. Necesito verle de inmediato.

—¿Por qué? —pregunté.

—No tengo ni idea. Debe de ser una idea que se me ha ocurrido durante la noche, y que ha madurado sin que yo fuera consciente. Debe hipnotizarme antes de que amanezca, y entonces podré hablar. Date prisa, querido mío; se acerca el momento.

Cuando abrí la puerta encontré al doctor Seward descansando en el colchón. Al verme, se puso en pie de un salto.

—¿Suced algo? —preguntó alarmado.

—No —respondí—; pero Mina quiere ver inmediatamente al doctor Van Helsing.

—Iré a buscarle —dijo, y fue corriendo a la habitación del profesor.

Dos o tres minutos más tarde, Van Helsing estaba en nuestra habitación vestido con su bata de noche, y el señor Morris y lord Godalming esperaban junto al doctor Seward en la puerta, haciendo preguntas. Cuando el profesor vio a Mina, una sonrisa —una auténtica sonrisa— disipó la preocupación de su rostro; y se frotó las manos mientras decía:

—Oh, mi querida *madam* Mina, esto sí que es un cambio. ¡Vea, amigo Jonathan, hoy volvemos a tener entre nosotros a nuestra *madam* Mina de siempre!

Entonces, volviéndose hacia ella, dijo alegremente:

—¿Y qué puedo hacer por usted? Pues a esta hora no me habrá llamado por naderías.

—¡Quiero que me hipnotice! —dijo ella—. Hágalo antes del amanecer, pues siento que entonces podré hablar, y hablar libremente. ¡Dese prisa, se agota el tiempo!

Sin decir una sola palabra, él le indicó que se sentara en la cama.

Mirándola fijamente, ejecutó una serie de pases desde lo alto de la cabeza hacia abajo, alternando las manos. Mina le observó atentamente durante un par de minutos, durante los cuales mi corazón latió como un martinete, pues sentí que se acercaba alguna crisis. Sus ojos se cerraron gradualmente, y se sentó completamente rígida e inmóvil; sólo el acompasado movimiento de su pecho demostraba que estaba viva. El profesor realizó un par de pases más y luego se detuvo. Observé que tenía la frente cubierta con grandes perlas de sudor. Mina abrió los ojos, pero no parecía la misma mujer. Había en ellos una mirada distante, y su voz tenía un matiz de triste ensoñación que yo no había oído nunca. Tras levantar una mano para imponer silencio, el profesor me indicó que hiciera entrar a los otros. Entraron de puntillas, cerrando la puerta a sus espaldas, y se quedaron a los pies de la cama, observando. Mina no pareció verles. Van Helsing rompió el silencio imperante hablando en un tono de voz lo suficientemente suave como para no interrumpir la corriente de los pensamientos de Mina:

—¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Mina en un tono neutro—. El sueño no tiene ningún lugar que pueda llamar propio.

Durante varios minutos se impuso el silencio. Mina siguió rígidamente sentada, y el profesor continuó observándola con atención; los demás apenas nos atrevíamos a respirar. La habitación estaba empezando a clarear. Sin retirar sus ojos del rostro de Mina, el doctor Van Helsing me indicó que levantara la cortinilla. Así lo hice, y el día pareció brotar frente a nosotros. Un rayo rojo asomó por el horizonte, y una luz rosácea bañó la habitación. En aquel preciso instante el profesor volvió a preguntar:

—¿Dónde está ahora?

La respuesta llegó como en un sueño, pero con intención; era como si Mina estuviera interpretando algo. La he oído utilizar exactamente el mismo tono cuando lee sus notas.

—No lo sé. ¡Todo me resulta desconocido!

—¿Qué ve?

—No puedo ver nada; está completamente oscuro.

—¿Qué oye? —pude detectar la tensión en la paciente voz del profesor.

—Chapoteo de agua. Borboteos. Y un rumor de olas. Puedo oírlas en el exterior.

—¿Entonces se encuentra en un barco? —todos intercambiamos una mirada, intentando captar algo en el rostro de los demás. Nos daba miedo pensar. La respuesta llegó rápidamente:

—¡Oh, sí!

—¿Qué más puede oír?

—Pasos de hombres corriendo por cubierta. El chirriar de una cadena, y el fuerte tintineo del linguete del cabestrante al caer sobre la rueda de trinquete^[254] .

—¿Qué está haciendo?

—Estoy inmóvil... oh, tan inmóvil. ¡Es como estar muerta!

Su voz se desvaneció en la profunda respiración de alguien que duerme, y los ojos abiertos volvieron a cerrarse.

Para entonces el sol ya se había alzado y estábamos a plena luz del día. El doctor Van Helsing cogió a Mina de los hombros, y la recostó en la cama, apoyando su cabeza suavemente sobre la almohada. Durante un par de minutos, ella siguió reposando como una niña dormida, y luego, con un largo suspiro, se despertó y nos dirigió una mirada de asombro al vernos a todos a su alrededor.

—¿He estado hablando en sueños? —fue todo lo que dijo. Parecía, en todo caso, estar al tanto de la situación sin que nadie se lo contara; aunque estaba ansiosa por saber qué había dicho. El profesor repitió la conversación, y ella dijo:

—Entonces no tenemos un solo momento que perder; quizá aún no sea demasiado tarde.

El señor Morris y lord Godalming se dirigieron hacia la puerta, pero la voz tranquila del profesor les volvió a llamar:

—Esperen, amigos míos. Ese barco, esté donde esté, levaba anclas en el preciso momento en el que ella hablaba. Y en su gran puerto de Londres hay muchos barcos levando anclas ahora mismo. ¿Cuál de todos ellos es el que buscan? Loado sea Dios, al menos volvemos a tener una pista, aunque aún ignoramos adonde podría conducirnos. En cierto modo hemos estado ciegos; ciegos a la manera de los hombres, puesto que, cuando echamos la vista atrás, vemos lo que habríamos visto al mirar hacia delante si hubiéramos sido capaces de ver lo que podríamos haber visto. ¡Ay! Pero esa frase es un galimatías, ¿no es así? El caso es que ahora sabemos lo que pasaba por la mente del Conde cuando agarró

aquel dinero, a pesar de que el terrible machete de Jonathan suponía para él un peligro que incluso él teme: pretendía escapar. Escuchen bien lo que les he dicho: ¡ESCAPAR! Ha comprendido que, con tan sólo una caja de tierra, y perseguido por una partida de hombres, como perros tras el zorro, este Londres no era el lugar adecuado para él. Ha llevado su última caja de tierra a bordo de un barco, y en estos momentos está abandonando el país. Piensa escapar. ¡Pero no lo conseguirá! Porque nosotros vamos a seguirle. «¡Adelante!»^[255], como diría mi amigo Arthur, vestido con su casaca roja. Nuestro viejo zorro es astuto. ¡Oh, muy astuto! Y debemos seguirle con astucia. Pero también yo soy astuto, y ahora ya sé cómo piensa. Mientras tanto, tenemos que descansar y relajarnos, pues nos separan de él unas aguas que no querrá cruzar; que no podría cruzar aunque quisiera... a menos que el barco fuera a tocar tierra, y aun así sólo durante la pleamar y la bajamar. Vean, acaba de salir el sol, y el día es nuestro hasta que vuelva a ponerse. Démonos un baño, y vistámonos, y tomemos un desayuno necesario para todos, del que podremos disfrutar tranquilamente sabiendo que él ya no pisa la misma tierra que nosotros.

Mina le miró con una expresión suplicante al preguntarle:

—Pero ¿por qué debemos seguir buscándole, cuando ya se ha marchado tan lejos de nosotros?

Él tomó su mano y la palmeó mientras respondía:

—No me pregunte nada aún. Cuando hayamos desayunado, entonces responderé a todas sus preguntas.

No quiso decir más, y cada uno fue a su habitación para vestirse.

Después del desayuno, Mina repitió su pregunta. Van Helsing la miró con toda seriedad durante un minuto, y después dijo con tristeza:

—Porque, mi querida, querida *madam* Mina, ahora, más que nunca, debemos encontrarle aunque tengamos que seguirle hasta la mismísima boca del Infierno.

Ella palideció mientras preguntaba débilmente:

—¿Por qué?

—Porque —respondió solemnemente—, él puede vivir durante siglos mientras que usted no es sino una mujer mortal. El tiempo es nuestro peor enemigo... desde el momento en el que él puso esa marca en su garganta.

Llegué justo a tiempo de sujetarla antes de que cayera al suelo, desmayada.

Capítulo XXIV

DIARIO FONOGRAFICO DEL DOCTOR SEWARD GRABACIÓN DE VAN HELSING

Esto es para Jonathan Harker.

Hoy debe quedarse usted aquí junto a su querida *madam* Mina. Nosotros vamos a proseguir nuestra investigación... si puedo llamarla así, ya que no necesitamos investigar lo que ya sabemos y en realidad sólo buscamos confirmación. Pero usted quédese y cuide de ella. Es su mejor y más sagrada tarea. Él no vendrá hoy aquí. Permítame que le cuente lo que nosotros cuatro ya sabemos, pues a ellos ya les he puesto al corriente. Nuestro enemigo se ha marchado; ha regresado a su castillo en Transilvania. Estoy tan seguro de ello como si una gigantesca mano de fuego lo hubiera escrito en la pared^[256]. De algún modo había previsto esta contingencia y guardaba aquella última caja de tierra en alguna parte lista para embarcar. Por eso recogió su dinero; por eso huyó apresuradamente, no fuéramos a cazarle antes de que se pusiera el sol. Era su última oportunidad, salvo que pudiera esconderse en la tumba de la pobre señorita Lucy, que debió de creer abierta para él pensando que ella seguía siendo como él. Pero no hubo tiempo. Al fallarle esa posibilidad, Drácula se dirige sin titubear a su último recurso... su última trinchera, podría decir si deseara una *double entente*^[257]. Es astuto. ¡Oh, muy astuto! Sabe que la partida aquí ha terminado y decide regresar a casa. Busca un barco que siga la misma ruta por la que vino y embarca en él. Ahora nos dirigimos a averiguar qué barco en concreto y a qué puerto se dirige; cuando lo hayamos descubierto, regresaremos y se lo contaremos todo. Entonces podremos consolarles a usted y a nuestra querida *madam* Mina con nuevas esperanzas. Pues cuando lo haya pensado bien, se dará cuenta de que todavía hay esperanza, que no todo está perdido. Esta criatura que perseguimos ha necesitado cientos de años para llegar hasta Londres; y sin embargo nosotros, tan pronto como hemos averiguado la disposición de sus guaridas, hemos conseguido ahuyentarlo en un solo día. Aunque tenga poder para causar mucho daño y no padezca como nosotros, tiene limitaciones. Pero nosotros somos fuertes, cada uno a su manera; y todos juntos somos más fuertes aún. Anímese, querido esposo de *madam* Mina. Esta batalla no ha hecho sino comenzar y al final nosotros venceremos... tan seguro como que Dios se sienta en las alturas para velar por Sus hijos. Por lo tanto, consuélase hasta que regresemos.

VAN HELSING

DIARIO DE JONATHAN HARKER

4 de octubre . —Cuando le he leído a Mina el mensaje que Van Helsing había grabado en el fonógrafo, la pobre muchacha se ha animado considerablemente. Ya sólo tener la certeza de que el Conde se ha marchado del país le ha proporcionado consuelo; y el consuelo le da fuerzas. En cuanto a mí, ahora que ya no estamos cara a cara con este horrible peligro, me resulta casi imposible creer en él. Incluso mis terribles experiencias en el castillo de Drácula parecen como un sueño largo tiempo olvidado. Aquí, a plena luz del sol, acariciados por el fresco y límpido aire otoñal... ¡Ay! ¡Cómo no voy a creer en él! En plena meditación, mi vista se ha posado sobre la roja cicatriz que marca la blanca frente de mi pobre amada. Mientras siga ahí, no habrá lugar a dudas. Y, más adelante, su mismo recuerdo mantendrá nuestra fe tan clara y cristalina como el agua. A Mina y a mí nos da miedo estar ociosos, así que hemos repasado todos los diarios una y otra vez. Por alguna razón, aunque la sensación de realidad parece hacerse mayor con cada nueva ocasión, el dolor y el temor parecen atenuarse. Hay en estos papeles un propósito manifiesto de guía que resulta reconfortante. Mina dice que quizá seamos los instrumentos del bien definitivo. ¡Podría ser! Intentaré pensar como ella. Aún no hemos hablado entre nosotros del futuro. Será mejor esperar a que el profesor y los demás regresen de sus pesquisas.

El día transcurre más rápidamente de lo que jamás habría pensado que un día pudiera volver a transcurrir para mí. Ahora son las tres en punto.

DIARIO DE MINA HARKER

5 de octubre ^[258] , 5 p.m . —Reunión informativa. Presentes: profesor Van Helsing, lord Godalming, doctor Seward, señor Quincey Morris, Jonathan Harker, Mina Harker.

El doctor Van Helsing dio cuenta de las gestiones realizadas durante el día para descubrir a bordo de qué barco y con qué destino había emprendido la fuga el Conde Drácula:

—Como sabía que quería regresar a Transilvania, estaba convencido de que debería ascender por la desembocadura del Danubio; o desembarcar en algún puerto del Mar Negro, puesto que ésa es la ruta que siguió al venir. Frente a nosotros se extendía un terrible vacío.

Omne ignotum pro magnifico ^[259] . Así, con los corazones apesadumbrados, salimos de aquí con la intención de averiguar qué barcos partieron anoche con destino al Mar Negro. Drácula viaja en un barco de vela, ya que *madam* Mina nos dijo que estaban izando velamen. Este detalle no tiene tanta importancia como para aparecer en la lista de embarcaciones de *The Times* , de modo que, siguiendo una sugerencia de milord Godalming, hemos ido a Lloyd's ^[260] , donde tienen un registro de todos los barcos que zarpan, sin importar lo pequeños que sean. Allí descubrimos que sólo un barco con destino en el Mar Negro zarpa con la marea. Se trata del *Zarina Catalina* , que zarpó del muelle de Doolittle con destino a Varna ^[261] y varios puertos del Danubio. «¡Ajá!, —me digo—, ¡éste es el barco en el que viaja el Conde!». De modo que nos dirigimos al muelle de *Dolittle* , y allí nos encontramos con un hombre metido en una oficina de madera tan pequeña que el hombre parece más grande que la oficina. Le preguntamos por la partida del *Zarina Catalina* . Él maldice mucho. Tiene la cara roja y habla a gritos, pero igualmente parece un buen tipo; y cuando Quincey le da de su bolsillo algo que cruje cuando lo enrolla para guardarlo en una diminuta bolsa que esconde entre sus ropas, se vuelve mejor tipo aún y se pone humildemente a nuestro servicio. Nos acompaña por el muelle y pregunta a muchos hombres rudos y acalorados; también resultan ser buenos tipos una vez dejan de estar sedientos. Hablan mucho de sangre y de flores y de otras cosas que no comprendo, aunque imagino lo que significan ^[262] ; pero en cualquier caso nos cuentan todo lo que queremos saber.

»Según ellos, ayer por la tarde ^[263] , a eso de las cinco, llega un hombre que parece tener mucha prisa. Un hombre alto, delgado y pálido, con la nariz alta, los dientes muy blancos, y unos ojos que parecen echar chispas, vestido completamente de negro, excepto por un sombrero de paja que no pega ni con su persona ni con el tiempo. El hombre reparte su dinero haciendo rápidas preguntas sobre qué barco zarpa hacia el

Mar Negro y con qué destino. Alguien le lleva hasta la oficina y luego hasta el barco. Pero él no sube a bordo, sino que se queda en el muelle frente a la pasarela, y le dice al capitán que baje a hablar con él. Cuando oye lo que le va a pagar, el capitán accede a bajar y, aunque al principio jura mucho, se muestra de acuerdo con las condiciones. Entonces el hombre delgado se marcha, no sin antes preguntar dónde puede alquilar un carro y un caballo. Al cabo de un rato regresa conduciendo él mismo un carro en el que trae una gran caja, que descarga personalmente, aunque luego hagan falta varios hombres para colocarla en la grúa del barco. Le da muchas indicaciones al capitán sobre cómo y dónde debe situar su caja; pero al capitán esto no le gusta y jura en muchas lenguas, y le dice que si quiere puede subir a bordo y ver dónde va a colocarla. Pero él dice que no; que no sube, pues tiene muchas cosas que hacer. A lo que el capitán le responde que mejor hará dándose sangrienta prisa, pues su barco zarpará sangrientamente antes de que cambie la sangrienta marea^[264]. En ese momento el hombre delgado sonríe y dice que, por supuesto, deberá zarpar cuando lo considere adecuado; pero que le sorprendería que fuese tan pronto. El capitán vuelve a jurar en políglota, y entonces el hombre delgado le hace una reverencia y le da las gracias, y le dice que volverá a abusar de su amabilidad subiendo a bordo poco antes de zarpar. Finalmente, el capitán, más rojo que nunca, y en más lenguas que nunca, le dice que no quiere ningún floreado y sangriento francés en su sangriento barco. Y así, tras preguntar dónde hay una tienda cercana en la que comprar los formularios de embarque, se marchó.

»Nadie sabía adonde había ido, «ni les importaba una flor», tal y como lo expresaron ellos, pues tenían otras sangrientas cosas en las que pensar; ya que pronto fue evidente para todos que el *Zarina Catalina* no iba a zarpar a la hora esperada. Una fina neblina surge del río, y crece y crece, hasta convertirse rápidamente en un puré de guisantes que envuelve la nave y todo lo que la rodea. El capitán se pone a jurar en políglota; muy políglota; políglota con flores y sangre; pero no puede hacer nada. El agua sigue subiendo y el capitán empieza a pensar que va a perder la marea por completo. Cuando, justo con la pleamar, el hombre delgado sube por la pasarela y solicita ver dónde ha sido almacenada su caja, el capitán no está de un humor particularmente cordial y le responde que ojalá él y su vieja, floreada y sangrienta caja estuvieran en el infierno. Pero el hombre delgado no se ofendió y bajó a la bodega con el oficial a ver dónde había sido colocada, y volvió a subir y se quedó un rato en cubierta, entre la niebla. Suponen que debe haber vuelto a bajar por su cuenta, pues nadie volvió a verle. De hecho, ni siquiera volvieron a pensar en él; pues muy pronto la niebla empezó a dispersarse y todo volvió a estar despejado. Mis sedientos amigos de lenguaje florido y sangriento estallaron en carcajadas al contar cómo los juramentos del capitán habían superado incluso su habitual políglotía y estuvieron más llenos que nunca de pintorescos matices, cuando, tras preguntar a otros marinos que habían estado navegando el río a esa misma hora, averiguó que únicamente un par habían visto niebla, salvo alrededor del muelle Doolittle. En cualquier caso, el barco zarpó con la marea alta; y esa misma mañana debió de alcanzar la

desembocadura del río. Cuando a nosotros nos contaron todo esto, ya debía de encontrarse en mar abierto.

»Por eso, querida *madam* Mina, podemos permitirnos descansar durante algún tiempo, pues nuestro enemigo está ahora en alta mar, con la niebla a su mando, navegando rumbo a la desembocadura del Danubio. Navegar un barco siempre requiere su tiempo, por muy rápido que sea; en cambio, nosotros, cuando emprendamos nuestro viaje, lo haremos por tierra, que es mucho más rápido, y así podremos llegar antes que él y esperarle allí. Lo ideal para nosotros sería llegar hasta él mientras aún está en la caja, entre el amanecer y la puesta del sol; pues entonces no podrá resistirse, y podremos ocuparnos de él tal y como debe hacerse. Tenemos días para preparar nuestro plan. Sabemos adonde se dirige, pues hemos visitado al propietario del barco, que nos ha enseñado las facturas y los documentos. La caja que buscamos debe ser descargada en Varna y entregada a un agente, un tal Ristics, que presentará allí sus credenciales; así, nuestro amigo mercante habrá hecho su parte. Cuando nos pregunta si sucede algo malo, ya que, de ser así, puede telegrafiar y ordenar una investigación en Varna, le decimos «no»; pues lo que debe ser hecho no es labor para la policía ni para los aduaneros. Sólo nosotros debemos hacerlo, y a nuestro modo.

Cuando el doctor Van Helsing terminó de hablar, le pregunté si estaba seguro de que el Conde había permanecido a bordo del barco. Él respondió:

—Tenemos la mejor prueba de eso: su testimonio de esta mañana, durante el trance hipnótico.

Una vez más volví a preguntarle si era realmente necesario que persiguieran al Conde, pues... ¡ay!, me daba pavor que Jonathan me dejara, y estaba convencida de que querría acompañar a los demás si éstos se marchaban. En un primer momento, el profesor me respondió con serenidad. Sin embargo, a medida que continuó hablando, su energía y su contundencia fueron aumentando por momentos, hasta que al final no pudimos evitar apreciar, al menos en parte, aquella autoridad personal que durante tanto tiempo había hecho de él un maestro entre los hombres:

—Sí, es necesario. Es necesario. ¡Es necesario! En primer lugar por su propio bien, y luego por el bien de la humanidad. Este monstruo ya ha causado demasiado daño, en el reducido ámbito al que se ha visto confinado y en el corto periodo de tiempo en el que todavía era sólo como un cuerpo ignorante tanteando sus limitaciones en la oscuridad. Todo esto ya se lo he contado a los demás, y usted, querida *madam* Mina, también podrá saberlo cuando oiga en el fonógrafo el diario de mi amigo John, o la grabación que yo le dejé a su marido. Como ya les conté a ellos, la medida de abandonar su propia tierra yerma —yerma de gente—, para venir a un país nuevo en el que la vida humana abunda como la mies del prójimo^[265], ha sido una tarea de siglos. Si otro no-muerto como él intentara lo que él ha conseguido, quizá no le bastarían

todos los siglos que en el mundo han sido o serán. En su caso, todas las fuerzas ocultas, subterráneas y poderosas de la naturaleza deben de haber firmado una prodigiosa alianza^[266]. La misma tierra en la que ha vivido no-muerto durante todos estos siglos, está repleta de anomalías en los ámbitos geológico y químico. Existen profundas cavernas y fisuras que nadie sabe hasta dónde alcanzan. Hay volcanes; entre ellos algunos cuyos cráteres todavía expulsan aguas de extrañas propiedades y gases que tanto pueden matar como vivificar. Sin lugar a dudas hay algo magnético o eléctrico en algunas de estas combinaciones de fuerzas ocultas que favorecen la vida física de un modo extraño. Y no olvidemos que también él tuvo desde el principio algunas grandes cualidades. En una época cruel y belicosa, fue celebrado por tener los nervios más acerados, el cerebro más sutil y el corazón más valeroso que cualquier otro hombre. De alguna extraña manera, algún principio vital ha alcanzado en él su apogeo y al mismo tiempo que su cuerpo se mantiene fuerte y mejora y prospera, también su cerebro se desarrolla. Todo eso sin recurrir a la ayuda diabólica con la que a buen seguro puede contar; pues ha de doblegarse ante los poderes que provienen, y son simbólicos, del bien. Ahora veamos lo que todo esto significa para nosotros. Él la ha infectado... Oh, perdóneme, querida mía, que tenga que decir algo así; pero lo digo por su bien. Él la ha infectado de tal modo que, aunque jamás volviera a infligirle más daño, usted sólo tiene que vivir... seguir viviendo tan agradablemente como antes, hasta que, a su tiempo, la muerte, que es el destino común de todos los hombres, con la sanción de Dios, la convierta en lo mismo que él. ¡Y eso no debe suceder! Todos nosotros hemos jurado impedirlo. Así, somos ministros de la voluntad de Dios: que el mundo y los hombres por quienes murió Su Hijo no caigan en manos de los monstruos cuya misma existencia es un ultraje para Él. Ya nos ha permitido redimir un alma. Ahora partiremos como los antiguos caballeros de la Cruz para redimir más. Como ellos, tendremos que viajar hacia el amanecer; y como ellos, si caemos, será luchando por una buena causa.

El profesor hizo una pausa y yo pregunté:

—Pero ¿no habrá aprendido el Conde una lección con este rechazo? Dado que le hemos ahuyentado de Inglaterra, ¿no la evitará a partir de ahora, igual que evita el tigre el pueblo en el que ha sido perseguido?

—¡Ajá! —dijo él—. Su símil del tigre me viene muy bien, voy adoptarlo. Al devorador de hombres, que es como llaman en la India al tigre que ya ha probado el sabor de la sangre humana, no vuelve a interesarle ninguna otra presa, y acecha incesantemente hasta que la consigue. Este ser que hemos ahuyentado de nuestro pueblo también es un tigre, un devorador de hombres, y nunca cesará de acechar. Es más, nunca ha sido de los que se retiran para mantenerse alejados. Cuando aún vive, en su vida de ser vivo, cruza la frontera turca para atacar a su enemigo en su propio terreno; pero a pesar de ser derrotado y rechazado, ¿acaso se detiene? ¡No! Regresa una y otra y otra y otra vez. Observe su insistencia y su constancia. Hace ya mucho tiempo que, con su cerebro infantil, concibió la idea de trasladarse a una gran ciudad. ¿Qué hace?

Encuentra el lugar más prometedor para él de todo el mundo. Entonces, deliberadamente, se dispone a prepararse para la tarea. Descubre con paciencia los límites de su fuerza y de sus poderes. Estudia nuevos idiomas. Aprende nuevas normas de vida social y nuevos entornos: el político, el legal, el financiero, el científico, las costumbres de un nuevo país y unas nuevas gentes que llegaron a ser mucho después de que él fuera. Lo que ha vislumbrado sólo ha servido para abrirle el apetito y aumentar su deseo. Más aún, le ha ayudado a desarrollar su cerebro; pues todo ha servido para demostrarle lo acertado que estaba desde un principio en sus conjeturas. Y todo esto lo ha hecho solo; ¡completamente solo! Desde una tumba ruinoso en una tierra olvidada. ¿Qué más no podría hacer cuando el mundo del pensamiento se abra ante él? Él, que como sabemos puede burlar a la muerte; que puede prosperar entre enfermedades que matan pueblos enteros. ¡Ay! ¡Si semejante ser hubiera sido enviado de Dios, y no del Diablo, qué fuerza tan beneficiosa habría sido para este viejo mundo nuestro! Pero nos hemos comprometido a librar al mundo. Nuestro trabajo debe ser silencioso, y todos nuestros esfuerzos secretos; pues en esta era iluminada, en la que los hombres no creen ni siquiera en lo que ven, las dudas de los hombres sabios podrían ser su mayor fuerza, su hoja y su armadura, sus armas para destruirnos a nosotros, sus enemigos, dispuestos como estamos a perder incluso nuestras almas por la seguridad de aquélla a la que amamos, por el bien de la humanidad y por el honor y la gloria de Dios.

Tras una discusión general hemos decidido que no tenemos por qué tomar ninguna decisión definitiva esta noche y que lo mejor será que lo consultemos todos con la almohada, y que intentemos llegar a alguna conclusión. Mañana, durante el desayuno, nos reuniremos otra vez para intercambiar nuestras conclusiones y decidir un curso de acción.

* * *

Esta noche siento una paz y una tranquilidad maravillosas. Es como si me hubiera librado de una presencia amenazadora. Quizá...

No he podido terminar mi reflexión. ¿Cómo terminarla? Pues he visto en el espejo la marca roja que tengo en la frente y he sabido que sigo siendo impura.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

5 de octubre . —Hoy nos hemos levantado temprano, y creo que el sueño nos ha sentado muy bien a todos y cada uno de nosotros. Cuando nos hemos reunido para desayunar, reinaba más alegría de la que cualquiera de nosotros hubiera esperado volver a experimentar.

La resistencia de la naturaleza humana es realmente extraordinaria. Tan pronto como desaparece, sea como sea —incluso mediante la muerte—, el obstáculo que nos atasca —sin importar cuál pueda ser éste—, volvemos a recuperar los principios primarios de la esperanza y el placer. En más de una ocasión, mientras estábamos sentados alrededor de la mesa del desayuno, he abierto asombrado los ojos, preguntándome si estos últimos días no habrían sido un sueño. Sólo al ver la mancha roja en la frente de la señora Harker he vuelto a la realidad. Incluso en este preciso instante, reflexionando seriamente sobre el asunto, me resulta casi imposible aceptar que la causa de todos nuestros problemas aún siga existiendo. Incluso la señora Harker parece perder de vista su problema durante largos periodos de tiempo; sólo de vez en cuando, cuando algo se lo recuerda, vuelve a pensar en su terrible cicatriz. Dentro de media hora vamos a reunirnos aquí, en mi estudio, para decidir un curso de acción. Sólo intuyo una dificultad inmediata, más por instinto que por motivos racionales: va a ser necesario que todos hablemos con franqueza y, sin embargo, temo que, por alguna misteriosa razón, la pobre señora Harker tenga la lengua atada. Sé que ella es capaz de formar sus propias conclusiones, y a partir de todo lo sucedido hasta ahora sé lo brillantes y certeras que pueden llegar a ser; pero en este caso no las expresaré —o no podrá hacerlo— en voz alta. Se lo he comentado a Van Helsing, y creo que deberíamos discutirlo a solas. Imagino que parte del horrendo veneno inoculado en sus venas debe de haber comenzado a cumplir su función. No me cabe duda de que el Conde tenía algún propósito cuando le administró a la señora Harker lo que Van Helsing llama «el bautismo de sangre del Vampiro». Bien podría ser un veneno que se destila a partir de las cosas buenas, ¡en una época en la que la existencia de las eptomainas^[267] es un misterio, nada debería extrañarnos! De una cosa sí estoy seguro: si mi instinto respecto a los silencios de la señora Harker fuese cierto, entonces el trabajo que nos espera tiene una terrible dificultad añadida —un peligro desconocido—. El mismo poder que la obliga a guardar silencio podría obligarla a hablar. No me atrevo a seguir dándole vueltas, ¡pues en ese caso mis pensamientos deshonrarían a una noble mujer!

Van Helsing va a venir a mi estudio un poco antes que los demás. Intentaré sacarle el tema.

Más tarde . —Cuando el profesor vino a mi estudio, hablamos sobre el estado de las cosas. Pude ver que por la cabeza le rondaba algo que quería decirme, pero parecía dudar sobre si abordar el tema. Al cabo de un rato de dar rodeos, me dijo repentinamente:

—Amigo John, hay algo de lo que tú y yo debemos hablar a solas, por lo menos en un primer momento. Más tarde, quizá sea necesario confiárselo también a los demás.

Hizo una pausa, y yo esperé a que estuviera preparado para continuar:

—*Madam* Mina, nuestra pobre y querida *madam* Mina... está cambiando.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al descubrir mis peores temores respaldados de aquella manera. Van Helsing continuó:

—Después de la triste experiencia de la señorita Lucy, esta vez tenemos que estar preparados antes de que las cosas lleguen demasiado lejos. En realidad, nuestra tarea es ahora más difícil que nunca, y este nuevo contratiempo hace que cada hora sea de la máxima importancia. Puedo ver los rasgos del vampiro apareciendo gradualmente en su rostro. Por ahora los cambios son muy superficiales, pero están ahí para verlos, si sabemos mirar sin prejuicios. Tiene los dientes un poco más afilados, y la expresión de sus ojos es en ocasiones más dura. Pero eso no es todo. Ahora guarda silencio a menudo; tal y como le ocurrió a la señorita Lucy, que no habló ni siquiera cuando escribió todo lo que deseaba que se supiera más tarde. Ahora mi temor es el siguiente: si resulta que la señora Harker puede, mediante el trance hipnótico, decirnos todo lo que ve y oye el Conde, ¿no será más cierto acaso que él que la hipnotizó antes, y que bebió de su sangre y le obligó a ella a beber de la suya, podría, si así lo deseara, obligar a su mente a revelar todo aquello que esté en su conocimiento?

Yo asentí en aquiescencia; él añadió:

—Entonces eso es precisamente lo que debemos prevenir; debemos mantenerla en la ignorancia de nuestros propósitos, de modo que no pueda contar lo que no sabe. ¡Será una tarea dolorosa! ¡Ay! Tan dolorosa que me rompe el corazón sólo pensar en ella; pero así debe ser. Ahora, cuando nos reunamos, le diré que, por un motivo que no podemos explicarle, no deberá volver a estar presente en nuestras deliberaciones, sino que simplemente tendrá que permanecer a nuestro lado para que podamos protegerla^[268] .

Se limpió la frente, que había empezado a transpirar profusamente ante la idea del dolor que le infligiría a aquella pobre alma tan torturada. Supe que le consolaría en parte si le dijera que también yo había llegado a aquella misma conclusión; pues al menos suprimiría el dolor de la duda. Se lo dije, y conseguí el efecto que deseaba.

La hora de nuestra reunión está cada vez más cerca. Van Helsing se ha marchado para preparar el encuentro y su doloroso papel en el mismo. En realidad, creo que su propósito es poder rezar a solas.

Más tarde . —Nada más comenzar la reunión, tanto Van Helsing como yo experimentamos un gran alivio. La señora Harker envió un mensaje a través de su marido comunicándonos que por el momento no se nos uniría, ya que pensaba que sería mejor que fuéramos libres de discutir nuestros movimientos sin que su presencia nos resultara embarazosa. El profesor y yo intercambiamos una rápida mirada, y en cierto modo ambos parecimos aliviados. Por mi parte, pensé que si la propia señora Harker era consciente del peligro, nos habíamos ahorrado muchas penas a la vez que mucho peligro. Dadas las circunstancias, el profesor y yo nos mostramos de acuerdo —mediante una mirada interrogante, y un dedo índice sobre el labio a modo de respuesta— en mantener nuestras sospechas en secreto, por lo menos hasta que pudiéramos hablar de nuevo a solas. Inmediatamente abordamos nuestro plan de campaña. Antes, Van Helsing recapituló todos los hechos para nosotros:

—El *Zarina Catalina* salió del Támesis ayer por la mañana. Aun en el caso de que navegara a la máxima velocidad que ha conseguido nunca, le llevaría al menos tres semanas llegar a Varna; nosotros, sin embargo, viajando por tierra, podemos estar allí en tres días. Ahora bien, si le restamos otros dos días de viaje al barco, teniendo en cuenta la influencia que, como bien sabemos, puede ejercer el Conde sobre los fenómenos meteorológicos; y si le sumamos al nuestro un día y una noche, en previsión de cualquier retraso que pudiéramos sufrir, vemos que aun así tenemos un margen de casi dos semanas. De modo que, para no arriesgarnos, como muy tarde deberíamos salir de Londres el día 17. Así, llegaríamos en cualquier caso a Varna un día antes que el barco, con tiempo suficiente para hacer cuantos preparativos fuesen necesarios. Por supuesto, tendremos que ir todos armados... armados tanto contra los males espirituales como los físicos.

—Tengo entendido —intervino Quincey Morris— que en el país del Conde abundan los lobos, y existe la posibilidad de que llegue allí antes que nosotros. Por lo tanto, propongo que añadamos unos cuantos Winchester^[269] a nuestro arsenal. Ante cualquier problema de esa índole, siempre tengo fe en el Winchester. ¿Te acuerdas, Art, cuando nos persiguió aquella manada en Tobolsk^[270] ? ¡Qué no habríamos dado entonces por un rifle de repetición cada uno!

—¡Muy bien! —dijo Van Helsing—. Llevaremos Winchester. Una vez más, Quincey demuestra que tiene la cabeza en su sitio, sobre todo en lo que se refiere a la caza, a pesar de que mi metáfora sea una deshonra mayor para la ciencia que los lobos un peligro para el hombre. Mientras tanto, aquí ya no podemos hacer nada más; y como creo que ninguno de nosotros está familiarizado con Varna, ¿por qué no adelantar nuestra partida? Después de todo, la espera se nos hará igual de larga aquí que

allí. Entre hoy y mañana podríamos tenerlo todo preparado. Luego, si todo va bien, nosotros cuatro emprenderemos el viaje.

—¿Nosotros cuatro? —preguntó Harker, pasando la mirada de uno a otro.

—¡Por supuesto! —respondió el profesor rápidamente—. ¡Usted debe quedarse aquí cuidando de su encantadora esposa!

Harker permaneció un rato en silencio, y luego dijo con voz cavernosa:

—Hablaremos de eso mañana por la mañana. Antes quiero consultarlo con Mina.

Pensé que éste era el momento indicado para que Van Helsing le avisara de que no debía revelar nuestros planes a ella, pero el profesor no hizo ningún caso. Le dirigí una mirada apremiante e incluso tosí. Pero él se llevó un dedo a los labios a modo de respuesta y se dio la vuelta.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

5 de octubre, tarde . —Después de la reunión de esta mañana he sido incapaz de pensar durante un buen rato. El nuevo rumbo que han tomado los acontecimientos ha sumido mi mente en un estado de continua interrogación que no deja sitio para el pensamiento activo. La decisión de Mina de no tomar parte en nuestras deliberaciones me ha dado mucho que pensar, pero como no he podido discutir el asunto con ella, tengo que limitarme a conjeturar. Sin embargo, estoy más lejos que nunca de llegar a conclusión alguna. También me ha desconcertado el modo en el que los demás han recibido la noticia; la última vez que hablamos del tema estuvimos de acuerdo en que no debíamos volver a tener secretos entre nosotros. Mina está durmiendo, tranquila y apaciblemente, como una niñita. Tiene los labios curvados y su rostro reluce de alegría. ¡Gracias a Dios que todavía puede disfrutar de momentos así!

Más tarde . —¡Qué extraño es todo! Mientras estaba sentado observando el feliz sueño de Mina, he estado tan cerca de ser feliz yo mismo como supongo que jamás podré llegar a serlo. A medida que ha ido cayendo la tarde, y la tierra se ha ido oscureciendo con las sombras del sol poniente, el silencio de la habitación se ha vuelto más y más solemne para mí. De repente, Mina ha abierto los ojos y, mirándome tiernamente, me ha dicho:

—Jonathan, quiero que me hagas una promesa bajo palabra de honor. Una promesa que, a pesar de que me la hayas hecho a mí, también será oída por Dios. Una promesa que no deberás romper ni aunque yo me arrojara de rodillas y te lo implorara con los ojos llenos de lágrimas. Rápido, debes hacérmela de inmediato.

—Mina —he dicho—, no puedo hacerte semejante promesa así como así. Podría no tener ningún derecho a hacerla.

—Pero, querido —ha respondido, con semejante intensidad espiritual que sus ojos parecían estrellas polares—, soy yo quien te lo pide; y no lo hago por mí. Puedes preguntarle al doctor Van Helsing si hago bien o no; si él no está de acuerdo, podrás hacer lo que desees. Más aún, si más adelante estáis todos de acuerdo, quedarás libre de tu promesa.

—¡Lo prometo! —he dicho, y por un momento ha parecido supremamente feliz; aunque, para mí, toda la felicidad que pudiera sentir al verla se ha visto contrarrestada por la roja cicatriz de su frente.

—Prométeme que no me contarás nada de vuestros planes para la campaña contra el Conde. Ni una sola palabra, ni una sola inferencia, ni

una sola implicación, ¡no mientras siga teniendo esto! —y se ha señalado la cicatriz con solemnidad. He visto que hablaba muy en serio, y le he dicho solemnemente:

—¡Lo prometo! —pero al decirlo he sentido que, en ese preciso instante, una puerta se cerraba entre nosotros.

Más tarde, medianoche . —Mina ha estado toda la tarde muy animada y alegre. Tanto, que todos los demás han parecido recuperar cierta energía, como si se hubieran contagiado en cierto modo de su alegría; incluso yo me he sentido como si el sudario de tristeza que pesa sobre nosotros se hubiera levantado un poco. Todos nos hemos retirado pronto. Ahora mismo Mina duerme como una niña. Es realmente extraordinario que no haya perdido la facultad de dormir entre tantos y tan terribles contratiempos. Le doy las gracias a Dios por ello, pues en esos momentos al menos puede olvidar sus preocupaciones. Quizá su ejemplo tenga el mismo efecto que esta noche ha tenido en mí su alegría. Lo intentaré. ¡Oh! ¡Ojalá pueda dormir sin soñar!

6 de octubre, mañana . —Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, más o menos a la misma hora que ayer^[271] , y me pidió que fuera a buscar al doctor Van Helsing. Pensé que se trataría de otra sesión de hipnotismo, y fui a buscar al profesor sin hacer preguntas. Evidentemente, él estaba esperando un aviso por el estilo, pues le encontré vestido en su habitación. Tenía la puerta entreabierta, y pudo oír cómo se abría la puerta de nuestra habitación. Me acompañó de inmediato. Al entrar en la habitación, le preguntó a Mina si los demás podían venir también.

—No —dijo ella simplemente—, no será necesario. Podrá contárselo usted mismo. Debo acompañarles en su viaje.

El doctor Van Helsing se sobresaltó tanto como yo. Tras una pausa de un momento, le preguntó:

—Pero ¿por qué?

—Deben llevarme con ustedes. Estaré más a salvo con ustedes y ustedes también lo estarán.

—Pero ¿por qué, querida *madam* Mina? Sabe que su seguridad es lo más importante para nosotros. Nos dirigimos al encuentro de un peligro al que usted es, o podría ser, más propensa que ninguno de nosotros debido a... a circunstancias... a ciertas cosas que han...

El profesor se interrumpió avergonzado.

—Lo sé. Por eso es por lo que debo ir —respondió ella mientras levantaba el dedo para señalarse la frente—. Puedo decírselo ahora, mientras sale el sol; quizá más tarde no sea capaz. Sé que cuando el Conde me lo ordene, deberé ir a su lado. Y sé que si me dice que acuda

en secreto, lo haré aunque tenga que servirme de toda mi astucia; aunque tenga que valerme de cualquier recurso que me permita engañar... incluso a Jonathan.

Dios vio la mirada que me dirigió mientras pronunciaba estas palabras, y si realmente existe un ángel encargado de registrar todos nuestros actos, esa mirada habrá quedado para su honor eterno. Yo únicamente pude agarrar su mano. Fui incapaz de hablar, y mi emoción era demasiado grande incluso para el alivio de las lágrimas. Ella añadió:

—Ustedes los hombres son valientes y fuertes. Son fuertes en número, pues juntos pueden enfrentarse a aquello que acabaría con la resistencia humana de uno solo. Además, podría serles de utilidad, ya que usted podría seguir hipnotizándome, aprendiendo así aquello que ni siquiera yo sé.

—*Madam* Mina, es usted, como siempre, la más sabia —dijo el doctor Van Helsing con mucha seriedad—. Por supuesto que nos acompañará, y juntos lograremos aquello que nos hemos propuesto conseguir.

Cuando el profesor terminó de hablar, me volví hacia Mina, pues me sorprendió su largo silencio. Había caído hacia atrás y se había quedado dormida sobre su almohada; ni siquiera se despertó cuando levanté la cortinilla, permitiendo que la luz del sol inundara la habitación. Van Helsing me indicó que saliera con él en silencio. Fuimos a su cuarto y un minuto más tarde estábamos con lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris. El profesor les contó lo que había dicho Mina, y añadió:

—Mañana por la mañana partiremos para Varna. Ahora tenemos que tratar con un nuevo factor: *madam* Mina. ¡Pero, oh, su alma es verdadera! Ha debido de ser una agonía para ella contarnos tanto como ha hecho, pero tiene toda la razón y ha conseguido avisarnos a tiempo. No debemos dejar escapar ninguna oportunidad, y en Varna tendremos que estar preparados para actuar en el preciso instante en el que ese barco atraque.

—¿Qué haremos exactamente? —preguntó el señor Morris lacónicamente.

El profesor reflexionó unos instantes antes de responder:

—En primer lugar tenemos que abordar ese barco; después, cuando hayamos identificado la caja, deberemos colocar una rama de rosa silvestre sobre su tapa. Nos encargaremos de asegurarla bien, pues mientras permanezca ahí nada podrá emerger; eso dice, al menos, la superstición. Y en la superstición debemos confiar, pues fue la primera fe del hombre, y aún sigue hundiendo sus raíces en la fe. Después, cuando se nos presente la oportunidad que buscamos, cuando no haya nadie cerca que pueda vernos, abriremos la caja, y... y todo estará bien.

—Yo no pienso esperar a que se presente ninguna oportunidad —dijo Quincey—. Tan pronto como vea esa caja, la abriré y destruiré al monstruo. ¡Aunque hubiera mil hombres mirando y aunque deba ser aniquilado por ello inmediatamente después!

Yo le agarré de la mano instintivamente, y la encontré tan recia como un pedazo de acero. Creo que entendió mi mirada; espero que lo hiciera.

—Buen chico —dijo el doctor Van Helsing—. Valiente muchacho. Quincey es todo un hombre, y que Dios le bendiga por ello. Hijo mío, créeme, ninguno de nosotros titubeará ni se detendrá ante ningún temor. Sólo digo lo que podríamos hacer... lo que debemos hacer. Aunque en realidad... en realidad no podemos decir qué es lo que vamos a hacer. Podrían suceder tantas cosas, y sus modos y sus fines son tan variados, que mientras no llegue el momento no lo podremos saber. De todos modos, deberemos ir armados; y cuando por fin llegue el momento de acabar con todo esto, no flaquearemos. Ahora será mejor que dediquemos el día a dejar todos nuestros asuntos en regla. Solucionemos todo aquello que afecta a nuestros seres queridos, y a aquellos que dependen de nosotros; pues ninguno puede asegurar a ciencia cierta cuándo o cómo llegará el final. En lo que a mí respecta, todos mis asuntos están en regla; de modo que como no tengo otra cosa que hacer, me encargaré de los preparativos. Compraré los billetes y todo lo que necesitemos para el viaje.

No había nada más que decir, así que nos separamos. Ahora voy a poner en orden todos mis asuntos terrenales, así estaré preparado para lo que pudiera suceder...

Más tarde . —Ya he terminado; he redactado mi testamento. Mina es mi única heredera, en caso de que me sobreviva. De no ser así, serán estos amigos que tan buenos han sido con nosotros quienes reciban todo cuanto deje.

Se acerca el momento de la puesta de sol; el desasosiego de Mina me ha llamado la atención. Estoy convencido de que su mente oculta algo que será revelado en el momento exacto en el que se oculte el sol. Estas ocasiones se están convirtiendo en momentos de angustia para todos nosotros, pues cada amanecer y cada puesta de sol alumbra algún nuevo peligro, algún nuevo dolor que, en cualquier caso, podría ser, si así lo quiere Dios, un nuevo medio para un buen fin. Escribo todo esto en el diario, pues mi amada no debe oír estas palabras por ahora; pero si algún día pudiera volver a leerlas de nuevo, las encontrará aquí.

Me está llamando.

Capítulo XXV

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

11 de octubre, tarde . —Jonathan Harker me ha pedido que registre esto, ya que afirma no sentirse capaz de hacerlo él mismo y quiere una relación exacta de todo lo ocurrido.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió demasiado cuando nos pidieron que fuéramos a ver a la señora Harker, poco antes de que el sol empezara a ponerse. Últimamente hemos llegado a comprender que tanto el amanecer como la puesta de sol son para ella momentos de especial libertad; aquéllos en los que su antiguo yo puede manifestarse sin que ninguna fuerza externa la subyugue o la reprima, o la incite a pasar a la acción. Este estado o condición comienza aproximadamente media hora antes del momento exacto del amanecer o la puesta de sol, y se prolonga hasta que el sol ha salido por completo, o mientras las nubes siguen reflejando los últimos rayos que se derraman desde más allá del horizonte. Al principio se da en ella una especie de disposición negativa, como si se aflojara una atadura, seguida rápidamente de una libertad absoluta; en todo caso, cuando esa libertad cesa, el retroceso o recaída se produce con extrema rapidez, precedido únicamente por un periodo de silencio premonitorio.

Cuando nos reunimos esta noche ella parecía en cierta manera coartada y daba muestras de estar librando una lucha interna. Lo atribuí al violento esfuerzo que había realizado por liberarse en el preciso instante en el que pudo empezar a hacerlo. En cualquier caso, le bastaron un par de minutos para obtener un completo control de sí misma; entonces, tras indicarle a su esposo que se sentara junto a ella en el sofá en el que estaba medio reclinada, hizo que el resto de nosotros acercáramos nuestras sillas. Tomando la mano de su marido entre las suyas, dijo:

—¡Puede que ésta sea la última vez que estemos todos juntos en libertad! Lo sé, querido; sé que tú estarás conmigo hasta el final —dijo volviéndose a su marido, quien, según pude ver, le había apretado la mano—. Mañana partiremos para llevar a cabo nuestra misión. Y sólo Dios sabe lo que el destino nos deparará a cada uno de nosotros. Han sido ustedes tan buenos como para dejarme acompañarles. Sé que harán ustedes todo lo que unos hombres ardientes y valerosos pueden hacer por una pobre y débil mujer, cuya alma quizá ya esté perdida... no, no, aún no, pero en cualquier caso está en juego. Pero deben recordar que yo ya no soy como ustedes. En mi sangre, en mi alma, hay un veneno que puede destruirme... que sin duda me destruirá, a menos que recibamos algún alivio. Ay, amigos míos, saben ustedes tan bien

como yo que mi alma está en juego; y aunque sé que todavía me queda una salida, ¡ni ustedes ni yo debemos tomarla!

Paseó su mirada suplicante por todos nosotros, empezando y terminando por su marido.

—¿Cuál es esa salida? —preguntó Van Helsing con voz ronca—. ¿Cuál es esa salida que no debemos... no podemos tomar?

—Que muera ahora mismo, bien por mi propia mano, bien por la de otro, antes de que pueda consumarse el mal mayor. Yo sé, y también ustedes lo saben, que una vez muerta podrían (y sé que lo harían) liberar mi alma inmortal, tal y como hicieron con la de mi pobre Lucy. Si la muerte, o el temor a la muerte, fuera lo único que se interpusiera en mi camino, nada me impediría morir aquí, en este preciso instante, rodeada de amigos que me aman. Pero la muerte no lo es todo. No puedo creer que morir en semejantes circunstancias, cuando todavía nos queda esperanza y tenemos una misión por cumplir, pueda ser la voluntad de Dios. Por lo tanto, por mi parte, renuncio a partir de este momento a la certeza del descanso eterno, ¡y me dispongo a salir a la oscuridad, donde quizá me esperan las más nefastas criaturas surgidas del mundo o del inframundo!

Guardamos silencio, pues sabíamos instintivamente que esto era sólo un preludio. Los rostros de los demás mostraron decisión, pero el de Harker se puso de un gris ceniciento; quizá adivinó mejor que cualquiera de nosotros lo que se avecinaba. Ella continuó:

—Eso es lo que puedo aportar a la colación de bienes^[272] —no pude evitar que me llamara la atención el modo en el que se había servido, en semejante situación y con toda seriedad, de tan pintoresca frase legal—. Pero ¿qué darán cada uno de ustedes? Sus vidas, lo sé —agregó rápidamente—; pero para los hombres valientes eso es fácil de dar. Después de todo, sus vidas pertenecen a Dios, y pueden ustedes devolvérselas; pero ¿qué me darán *a mí*?

La señora Harker nos miró de nuevo interrogativamente, pero esta vez evitó el rostro de su marido. Quincey pareció entenderla; asintió a modo de respuesta, y la cara de ella se iluminó.

—Entonces les diré exactamente lo que quiero, pues en esta comunión que ahora existe entre nosotros no debe haber lugar a ninguna duda. Deben prometerme, todos y cada uno de ustedes, incluido tú, mi querido esposo, que en caso de que llegue el momento no dudarán en matarme.

—¿A qué momento se refiere? —dijo Quincey en voz baja, tensa.

—A cuando se convenzan ustedes de que he cambiado tanto que es mejor que muera a que siga viviendo. Entonces, cuando mi carne haya muerto, deberán atravesarme el corazón con una estaca y cortarme la

cabeza sin un instante de demora; ¡o hacer lo que sea necesario para otorgarme el descanso!

Quincey fue el primero en levantarse tras la pausa que se produjo a continuación. Se arrodilló frente a ella y, tomándola de la mano, dijo solemnemente:

—Sólo soy un rudo patán, que posiblemente no haya vivido tal y como debería vivir un hombre para llegar a ganar semejante distinción, pero le juro por todo lo que me es sagrado y querido que, en caso de que llegara el momento, no dudaré en cumplir la tarea que nos ha encomendado. ¡Y también le prometo que me aseguraré de que así sea, pues tan pronto como empiece a dudar, tendré que asumir que ha llegado el momento!

—¡Mi fiel amigo! —fue todo lo que pudo decir la señora Harker, ahogada por las lágrimas, mientras se inclinaba y le besaba la mano.

—¡Yo también se lo juro, mi querida *madam* Mina! —dijo Van Helsing.

—¡Y yo! —dijo lord Godalming.

Cada uno de ellos, a su turno, se arrodilló frente a ella para hacer su juramento. Luego les seguí yo. Finalmente, su marido se volvió hacia ella con ojos tristes y en el rostro una palidez verdosa que suavizaba la nivea blancura de sus cabellos, y preguntó:

—¿También yo, esposa mía, debo hacer tal promesa?

—¡También tú, amado mío! —dijo ella, con un infinito anhelo de compasión en su voz y en su mirada—. No debes retroceder. Eres la persona más cercana y más querida que tengo en el mundo; nuestras almas se han entretejido en una sola para toda la vida y por toda la eternidad. Piensa, querido, que hubo tiempos en los que los hombres valientes mataban a sus esposas, y a todas las mujeres de su familia, para evitar que cayeran en manos del enemigo. Sus manos no titubearon más cuando oyeron a aquéllas a las que amaban implorarles que las sacrificasen. ¡Es un deber de los hombres para con las mujeres que aman, en los momentos de grandes suplicios! Y, oh, amado mío, si debo encontrar la muerte a manos de alguien, que sean las manos de aquel que más me ama. Doctor Van Helsing, no he olvidado su compasión, en el caso de la pobre Lucy, hacia aquel que la amó... —en este momento se interrumpió ruborizándose y cambió la frase—. Hacia aquel que más derecho tenía a otorgarle la paz. Si ese momento llegara de nuevo, espero que convierta usted en un feliz recuerdo para la vida de mi esposo el hecho de que fue su amorosa mano la que me liberó de la horrible esclavitud a la que había sido sometida.

—¡Una vez más, lo juro! —retumbó la voz del profesor.

La señora Harker sonrió —realmente sonrió—, mientras se reclinaba dejando escapar un suspiro, y añadía:

—Y ahora, unas palabras de advertencia; una advertencia que no deben ustedes olvidar jamás. Si este momento llegara alguna vez, podría hacerlo inesperadamente y con gran rapidez. En tal caso, no deberán ustedes perder tiempo en aprovechar la oportunidad. Pues a partir de ese momento yo misma podría estar... ¡Mejor dicho!... *estaré* aliada con su enemigo en contra de ustedes. Y ahora, una última petición —dijo esto con mucha solemnidad—. No es vital ni necesario, como todo lo demás, pero en cualquier caso quiero que hagan una cosa por mí, si lo desean.

Todos nos mostramos de acuerdo, pero ninguno dijo nada; no había necesidad de palabras:

—Quiero que me lean el Oficio de Difuntos.

En este momento se vio interrumpida por un angustiado gemido de su esposo; agarrando su mano, se la colocó sobre el corazón y prosiguió:

—Antes o después tendrán que leérmelo. Al menos de este modo y sea cual sea el resultado de este terrible asunto, será un dulce recuerdo para todos o para algunos de nosotros. Espero que seas tú, amado mío, quien lo lea, pues así será con tu voz como perdure en mi recuerdo para siempre... ¡suceda lo que suceda!

—Pero... ¡amada mía! —suplicó él—. La muerte aún está muy lejos de ti.

—No —dijo ella, levantando una mano en gesto de advertencia—. ¡En este momento me encuentro más profundamente sumida en la muerte que si una tumba yaciera con todo su peso sobre mí!

—Esposa, ¿de verdad tengo que leerlo? —volvió a preguntar él.

—¡Me reconfortaría, esposo mío! —fue todo lo que dijo ella; y Harker comenzó a leer tan pronto como ella le tendió el libro.

¿Cómo podría yo —cómo podría cualquiera— describir esta extraña escena; su solemnidad, su melancolía, su tristeza, su horror y, sin embargo, su ternura? Incluso a un escéptico, incapaz de ver nada salvo un trasunto de amarga verdad en cualquier acontecimiento sagrado o emocional, se le habría derretido el corazón de haber visto a nuestro reducido grupo de amantes y devotos amigos, arrodillados alrededor de aquella afligida y apenada mujer; o de haber oído la tierna pasión en la voz de su marido, mientras leía, ahogado por la emoción —tanto que tuvo que detenerse a menudo—, el sencillo y hermoso Oficio de Difuntos.

—No... no puedo continuar... Me... me fallan la... la voz y... las palabras...

El instinto de la señora Harker fue acertado. Por muy extraño que fuera todo —por muy extravagante que pudiera llegarnos a parecer en un futuro, a pesar de que en aquel momento experimentamos su potente influencia—, lo cierto es que nos reconfortó mucho; y esta vez el silencio, que anunciaba que Mina Harker estaba a punto de volver a perder la libertad de su alma, no nos pareció a ninguno de nosotros tan lleno de desesperación como habíamos temido.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

15 de octubre. Varna . —Salimos de Charing Cross^[273] el día 12 por la mañana. Llegamos a París esa misma noche, y ocupamos las plazas que teníamos reservadas en el Orient Express^[274] . Hemos viajado incansablemente, hasta llegar hoy aquí a eso de las cinco. Lord Godalming ha ido al Consulado a preguntar si había llegado algún telegrama para él. Mientras, los demás hemos venido a este hotel: el Odessus. Quizá en el transcurso del viaje se hayan producido algunos incidentes; sin embargo, yo estaba demasiado ansioso por seguir adelante como para preocuparme por ellos. Mientras el *Zarina Catalina* no llegue a puerto, ninguna otra cosa en el mundo tendrá interés para mí. ¡Gracias a Dios, Mina está bien! Y parece que va recuperando fuerzas; le está volviendo el color. Duerme mucho; se ha pasado casi todo el viaje durmiendo. En cualquier caso, poco antes del amanecer y de la puesta de sol, siempre está muy despierta y alerta; y ya se ha convertido en una costumbre de Van Helsing hipnotizarla en tales momentos. Al principio, le costaba algún esfuerzo, y tenía que hacer muchos pases con las manos; pero ahora Mina parece ceder de inmediato, quizá porque ya está habituada, y el profesor apenas si necesita de algún gesto. En esos momentos concretos, parece ejercer cierto poder sobre los pensamientos de ella simplemente con desearlo. Van Helsing siempre le pregunta qué ve y qué oye.

—Nada; todo está oscuro —responde ella a la primera pregunta.

En cuanto a la segunda:

—Puedo oír el chapaleo de las olas contra el barco, y el agua deslizándose con rapidez por los costados. El velamen y las jarcias se tensan, y los mástiles y los maderos crujen. El viento sopla con fuerza... puedo oírlo gemir en los obenques, y la proa arroja espuma.

Resulta evidente, por tanto, que el *Zarina Catalina* sigue en alta mar, apresurándose rumbo a Varna. Lord Godalming acaba de regresar. Ha recibido cuatro telegramas, uno por cada día desde nuestra partida, y todos al mismo efecto: que en Lloyd's no han tenido noticias del *Zarina Catalina* desde que inició su travesía. Antes de salir de Londres, lord Godalming dejó instrucciones a su agente para que le enviara cada día un telegrama comunicándole si el barco había informado debidamente a la aseguradora sobre su paradero. Sus órdenes fueron que debería recibir un mensaje aunque no hubiera habido noticias, de modo que pudiera estar seguro de que al otro extremo del telégrafo se mantiene una vigilancia constante.

Hemos cenado y nos hemos retirado temprano a la cama. Mañana tenemos que ver al vicecónsul para tratar de obtener, si fuera posible,

una autorización que nos permita subir a bordo del barco tan pronto como llegue a puerto. Van Helsing dice que si queremos tener alguna oportunidad debemos subir a bordo entre el amanecer y el ocaso. El Conde no puede cruzar aguas vivas de *motu proprio*, ni siquiera transformándose en murciélago, de modo que no podrá abandonar el barco. Como no le será posible adoptar su forma de hombre sin levantar sospechas —algo que evidentemente desea evitar— tendrá que permanecer en la caja. Por lo tanto, si conseguimos subir a bordo después del amanecer, estará a nuestra merced; pues podremos abrir la caja y disponer de él, tal y como hicimos con la pobre Lucy, antes de que despierte. No será mucha la piedad que encuentre en nosotros. No creemos que los aduaneros y marineros nos presenten dificultades. ¡Gracias a Dios, en este país los sobornos sirven para conseguir cualquier cosa, y estamos bien provistos de dinero! Sólo tenemos que asegurarnos de que el barco no pueda entrar en el puerto entre la puesta de sol y el amanecer sin que estemos sobre aviso, y entonces todo irá bien. ¡Imagino que Don Dinero podrá resolver también este caso!

16 de octubre. —La información de Mina sigue siendo la misma: olas chapaleando y aguas deslizándose rápidamente, oscuridad y viento favorable. Evidentemente, hemos llegado aquí con una buena ventaja, y cuando tengamos noticias del *Zarina Catalina* estaremos preparados. Sin duda recibiremos algún informe cuando pase los Dardanelos.

* * *

17 de octubre. —Creo que ahora ya lo tenemos todo preparado para darle una bienvenida adecuada al Conde tras su largo viaje. Antes de salir de Londres, Godalming se puso en contacto con la compañía naviera, afirmando que sospechaba que la caja que iba a bordo podía contener ciertos objetos robados a un amigo suyo, y obtuvo permiso para abrirla, siempre y cuando fuese bajo su entera responsabilidad. El armador le entregó un papel destinado al capitán, en el que le solicitaba que le diera todas las facilidades para hacer cuanto desee a bordo del barco, y también una autorización similar para su agente en Varna. Ya hemos hablado con dicho agente —que ha quedado muy impresionado con la cordialidad que le ha brindado Godalming—, y estamos convencidos de que hará todo cuanto esté en su poder para satisfacer nuestros deseos. También hemos ultimado lo que haremos en caso de que consigamos abrir la caja. Si el Conde está allí, Van Helsing y Seward le cortarán la cabeza de inmediato y atravesarán su corazón con una estaca. Morris, Godalming y yo impediremos cualquier tipo de interferencia, recurriendo, de ser necesario, incluso a las armas que llevaremos con este propósito. El profesor dice que si conseguimos tratar de tal modo el cuerpo del Conde, pronto se convertirá en polvo. De ser esto cierto, no habría ninguna prueba contra nosotros en caso de que surgiera una sospecha de asesinato. Pero aunque no fuera así, asumiremos plenamente la responsabilidad de nuestro acto, y quizá algún día este mismo escrito sea la prueba que se interponga entre nosotros y una soga. En lo que a mí respecta, con sumo gusto correría

el riesgo si se me presentara. Tenemos la intención de no dejar piedra sin remover con tal de llevar a cabo nuestro propósito. Hemos llegado a un acuerdo con ciertos oficiales aduaneros para que, tan pronto como el *Zarina Catalina* sea avistado, seamos avisados mediante mensajero.

24 de octubre . —Una semana entera esperando. Godalming recibe telegramas diarios, pero siempre la misma historia: «Aún sin noticias. — La respuesta hipnótica de Mina tampoco varía—: Chapaleo de olas, agua deslizándose, crujido de mástiles».

Telegrama, 24 de octubre

Rufus Smith, Lloyd's, Londres, para lord Godalming, a la atención del vicecónsul de S. M. B. ^[275] , Varna

«*Zarina Catalina* envió comunicación esta mañana desde Dardanelos».

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

25 de octubre ^[276] . —¡Cómo echo de menos mi fonógrafo! Llevar mi diario por escrito —y a pluma nada menos— me resulta francamente fastidioso, pero Van Helsing dice que debo hacerlo. La llegada de Godalming con su telegrama de Lloyd's nos ha llenado a todos de una frenética excitación. Ahora sé lo que sienten los hombres en el campo de batalla cuando oyen la orden de entrar en acción. La señora Harker ha sido la única de nuestro grupo que no ha mostrado ningún signo de emoción. Por otra parte, no es de extrañar, pues hemos puesto especial cuidado en no decirle nada al respecto, y todos intentamos disimular nuestro nerviosismo cuando nos hallamos en su presencia. Antiguamente estoy seguro de que se habría dado cuenta, sin importar cuánto nos hubiéramos esforzado por ocultarlo; pero en este sentido ha cambiado mucho durante las tres últimas semanas. Su letargo es cada vez mayor, y aunque parece fuerte y saludable, y sigue recuperando color, a Van Helsing y a mí no nos convence. Hablamos de ella a menudo; de todos modos, no le hemos dicho ni una sola palabra a los demás. Ya sólo saber que tenemos sospechas acerca de este asunto bastaría para romperle el corazón al pobre Harker, eso por no hablar de sus nervios. Según él mismo me ha contado, Van Helsing le examina los dientes concienzudamente cada vez que ella está sumida en su condición hipnótica, pues dice que mientras no empiecen a afilarse no existe peligro real de cambio. ¡Pero si este cambio se produjera sería necesario tomar medidas! Ambos sabemos cuáles son esas medidas, pero ninguno le menciona al otro sus pensamientos. En cualquier caso, ninguno de nosotros deberá retroceder ante semejante tarea... por muy horrible que resulte de contemplar. ¡«Eutanasia» es una palabra excelente y reconfortante! Le estoy muy agradecido a quien fuese que la inventara.

De los Dardanelos a Varna sólo hay veinticuatro horas de navegación, al ritmo al que ha ido avanzando el *Zarina Catalina* desde que salió de Londres. Por lo tanto, debería llegar aquí en algún momento de la mañana; como es imposible que llegue antes, hoy nos vamos a retirar pronto. Nos levantaremos a la una en punto, para estar listos.

25 de octubre, mediodía . —Aún no hemos tenido noticias de la llegada del barco. Esta mañana, el informe hipnótico de la señora Harker fue el mismo de siempre, de modo que es posible que sepamos algo de un momento a otro. Una excitación febril se ha apoderado de todos nosotros, excepto de Harker, al que se le ve muy calmado; tiene las manos frías como el hielo, y hace una hora le he encontrado afilando su gran machete gurka que ahora siempre le acompaña. ¡No le auguro un buen resultado al Conde si alguna vez el filo de ese kukri llega a tocar su garganta, guiado por esa mano implacable y fría como el hielo!

Hoy la señora Harker nos ha tenido preocupados a Van Helsing y a mí. A eso del mediodía entró en una especie de letargo que no nos gustó nada; aunque no se lo comentamos a los otros, no nos hizo la menor gracia a ninguno de los dos. Como se había mostrado inquieta durante toda la mañana, en un principio nos alegró saber que estaba durmiendo. Cuando, en cualquier caso, su marido ha mencionado casualmente que dormía tan profundamente que no había podido despertarla, hemos ido a su habitación a comprobarlo por nosotros mismos. Respiraba con normalidad y tenía un aspecto tan bueno y apacible que a ambos nos ha parecido que dormir era lo que más le convenía. Pobre muchacha... tiene tantas cosas que olvidar que no es de extrañar que el sueño, si trae consigo el olvido, le sea beneficioso.

Más tarde . —Nuestra opinión estaba justificada, pues cuando despertó algunas horas más tarde de un sueño reparador, pareció más animada y más radiante de lo que lo ha estado estos últimos días. Al ponerse el sol nos proporcionó el mismo informe hipnótico de siempre. Cualquiera que sea el punto del Mar Negro en el que se encuentre ahora, el Conde sigue apresurándose hacia su destino. ¡Hacia su destrucción, confío!

26 de octubre . —Otro día sin noticias del *Zarina Catalina* . A estas alturas ya debería haber llegado. Sabemos que sigue navegando por alguna parte, ya que esta mañana el informe hipnótico de la señora Harker ha vuelto a ser el mismo. Es posible que se hayan visto ocasionalmente retenidos por la niebla; algunos de los vapores que llegaron anoche avisaron de que se habían levantado varios bancos de niebla tanto al norte como al sur del puerto. Debemos permanecer vigilantes, pues el barco podría ser avistado en cualquier momento.

27 de octubre, mediodía . —Es muy extraño; aún no hemos tenido noticias del barco que esperamos. Las palabras de la señora Harker, tanto anoche como esta mañana, han vuelto a ser las habituales: «Chapaleo de olas y agua deslizándose por los costados», aunque añadió que «las olas eran muy débiles. —Los telegramas de Londres también dicen lo mismo—: Sin novedad». Van Helsing está terriblemente preocupado, y me acaba de confesar que teme que el Conde se nos esté escapando. Luego ha añadido significativamente:

—No me gusta ese letargo de *madam* Mina. Las almas y los recuerdos pueden hacer cosas extrañas cuando están en trance.

Estaba a punto de pedirle que se explicara cuando Harker ha entrado en la habitación, y el profesor me ha hecho un gesto de advertencia. Esta noche, con la puesta de sol, intentaremos que sea más explícita durante su estado hipnótico.

Telegrama, 28 de octubre

Rufus Smith, Lloyd's, Londres, para lord Godalming, a la atención del vicecónsul de S. M. B., Varna

«*Zarina Catalina* envía comunicación de entrada en Galatz^[277] a la una en punto de hoy».

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

28 de octubre . —Creo que, cuando recibimos el telegrama anunciando la llegada del *Zarina Catalina* a Galatz, ninguno de nosotros se sintió tan conmovido como habría sido de esperar. Ciertamente; no sabíamos desde dónde, o cómo, o cuándo nos alcanzaría el rayo; pero creo que todos sabíamos que algo extraño iba a suceder. Su retraso en llegar a Varna nos había convencido individualmente de que los acontecimientos no se iban a desarrollar exactamente como los habíamos previsto; sólo esperábamos a saber dónde se produciría el cambio. En cualquier caso, no por ello dejó de ser una sorpresa. Supongo que nuestra naturaleza está tan basada en la esperanza que a menudo creemos, a pesar nuestro, que las cosas serán como deberían ser, y no como deberíamos saber que serán. El trascendentalismo^[278] es un faro para los ángeles, aunque para el hombre no sea sino una quimera. Fue una rara experiencia, que cada uno asumió de un modo diferente. Van Helsing elevó un momento las manos por encima de la cabeza, como protestando ante el Todopoderoso; pero no dijo ni una palabra, y unos segundos más tarde se levantó con el rostro severamente rígido. Lord Godalming se puso muy pálido y se sentó, respirando con dificultad. Yo mismo quedé medio aturdido, observando asombrado a unos y a otros. Quincey Morris se apretó el cinturón con ese rápido movimiento que tan bien conozco; en nuestros viejos tiempos de vagabundeo significaba «acción». La señora Harker se puso tan pálida como un fantasma, de tal modo que la cicatriz en su frente pareció arder, pero juntó las manos mansamente y alzó la mirada en oración. Harker sonrió —realmente sonrió—; la sonrisa siniestra y amarga de aquel que ha perdido la esperanza; pero al mismo tiempo su acción contradujo sus palabras, pues las manos buscaron instintivamente la empuñadura de su gran machete kukri y reposaron allí.

—¿Cuándo sale el próximo tren para Galatz? —preguntó Van Helsing a nadie en particular.

—¡A las 6:30 mañana por la mañana!

Todos nos sobresaltamos, pues la respuesta vino de la señora Harker.

—¿Cómo rayos lo sabe? —dijo Art.

—Olvida, o quizá no lo sabe, aunque Jonathan sí, y también el doctor Van Helsing, que soy una entusiasta de los trenes. Cuando estaba en Exeter solía memorizar los horarios para serle de alguna ayuda a mi esposo. Me resultó tan útil en ciertos momentos, que desde entonces siempre estudio los horarios. Sabía que si por alguna circunstancia nos viéramos obligados a llegar hasta el castillo de Drácula, deberíamos ir por Galatz, o como mínimo a través de Bucarest, de modo que

memoricé los horarios cuidadosamente. Por desgracia, no hay demasiado que memorizar, puesto que el único tren es el de mañana, tal y como les he dicho.

—¡Maravillosa mujer! —murmuró el profesor.

—¿No sería posible conseguir un tren privado? —preguntó lord Godalming.

Van Helsing meneó la cabeza:

—Me temo que no. Este país es muy diferente del suyo o del mío; aunque alquiláramos un tren privado, probablemente tardaría más en llegar que la línea regular. Además, tenemos preparativos que hacer. Debemos pensar. Ahora, organicémonos. Usted, amigo Arthur, vaya a la estación, consiga los billetes para ese tren y asegúrese de que todo esté listo para que podamos partir mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya a ver al agente de la compañía naviera y solicítele una carta dirigida a su agente en Galatz en la que nos otorgue la misma autoridad para registrar el barco que teníamos aquí. Quincey Morris, usted vaya a hablar con el vicecónsul^[279] y solicítele que nos eche una mano con su camarada en Galatz, así como todo lo que pueda hacer por allanarnos el camino, de modo que no tengamos que perder tiempo una vez hayamos cruzado el Danubio. John, usted se quedará aquí a deliberar con *madam* Mina y conmigo. Pues es posible que se retrasen; y de este modo no importará que se ponga el sol, pues yo estaré aquí con *madam* para poder hipnotizarla de nuevo.

—Y yo —dijo la señora Harker animadamente, como si hubiera vuelto a ser ella misma por primera vez en muchos y largos días— intentaré serles de utilidad en todos los sentidos, y meditaré y escribiré para ustedes como solía hacerlo antes. ¡Algo está cambiando en mí de alguna forma extraña, y me siento más libre que últimamente!

Los tres hombres más jóvenes parecieron alegrarse al darse cuenta del significado de sus palabras; pero Van Helsing y yo, volviéndonos el uno hacia el otro, intercambiamos una mirada grave e inquieta. En todo caso, no dijimos nada en aquel momento.

Cuando los tres se marcharon hacia sus respectivas tareas, Van Helsing le pidió a la señora Harker que revisara las copias de los diarios y localizara la parte del diario de Harker en el castillo. Ella fue a buscarla; cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el profesor me dijo:

—¡Pensamos lo mismo! ¡Habla!

—Se ha producido algún cambio. Es una esperanza que me produce vértigo, pues podría engañarnos.

—Muy correcto. ¿Sabes por qué le he pedido que fuera a buscar el manuscrito?

—¡No! —dije—. A menos que fuera para tener una oportunidad de verme a solas.

—En parte llevas razón, amigo John, pero sólo en parte. Quiero decirte algo. Y, oh, amigo mío, voy a correr un riesgo enorme... ¡y terrible! Pero creo que será el acertado. En el preciso momento en el que *madam* ha dicho esas palabras que han arrestado nuestro entendimiento, he tenido una inspiración. Hace tres días, durante su trance hipnótico, el Conde envió su espíritu a leer su mente; o más probablemente llevó el de ella hasta su caja de tierra, hasta ese barco que navega en alta mar, en el momento en que quedó libre a la salida y a la puesta del sol. Supo entonces que estamos aquí; pues ella, que no vive confinada, que tiene ojos para ver y oídos para escuchar, tiene muchas más cosas que contar que él, encerrado como está en su caja-ataúd. Ahora su mayor preocupación es escapar de nosotros. Por el momento no necesita a la señora Harker. Tiene la completa seguridad de que ella acudirá a su llamada; pero por ahora ha interrumpido la comunicación... la ha aislado de su propio poder, tal y como es capaz de hacer, para que ella no pueda ir hasta él. ¡Ah! Eso me da la esperanza de que nuestros cerebros de hombre, que llevan mucho tiempo siendo adultos y que no han perdido la gracia de Dios, acabarán superando a su cerebro infantil, que ha yacido en una tumba durante siglos y que aún no ha crecido hasta alcanzar nuestra propia estatura, pues sólo sabe trabajar con fines egoístas y, por tanto, ínfimos. ¡Aquí viene *madam* Mina! ¡Ni una palabra sobre su trance! No sabe nada de esto; y la abrumaría y la sumiría en la desesperación justo cuando más necesitados estamos de su esperanza y su valentía; cuando más necesitados estamos de su gran cerebro, que aunque está entrenado como el cerebro de un hombre es en realidad el de una encantadora mujer, y que tiene un poder especial que le ha otorgado el Conde, y que quizá no haya podido retirar por completo... aunque él piense que sí. ¡Shhh! Déjame hablar y verás. Oh, John, amigo mío, nos encontramos en una situación terriblemente desesperada. Nunca en mi vida había tenido tanto miedo como ahora. Sólo nos queda confiar en el buen Dios. ¡Silencio! ¡Aquí viene!

Pensé que el profesor iba a derrumbarse y a sufrir un ataque de histeria, tal y como le había sucedido al morir Lucy, pero hizo un gran esfuerzo por controlarse, y volvió a recobrar un perfecto equilibrio emocional antes de que la señora Harker entrara en la habitación, animada y risueña. Aparentemente, tener un trabajo que hacer le ayudaba a olvidar sus desgracias. Al entrar, le tendió a Van Helsing unas cuantas hojas mecanografiadas. Él las repasó gravemente, y su rostro se iluminó mientras leía. Entonces, agarrando las páginas entre los dedos índice y pulgar, dijo:

—Amigo John, he aquí una lección para ti, a pesar de tu experiencia, y también para usted, querida *madam* Mina, que todavía es joven: nunca tengan miedo a pensar. Hace ya algún tiempo que un esbozo de idea ha

estado zumbando a menudo en mi cerebro, pero me daba miedo dejarle alzar el vuelo. Sin embargo, ahora, con nuevos conocimientos, he regresado al mismo lugar del que surgió aquel esbozo de idea para descubrir que no era ni mucho menos un esbozo, sino una idea completamente formada, aunque tan joven que aún no tiene la fuerza suficiente como para utilizar sus pequeñas alas. Más aún, tal y como le sucedía al «patito feo» de mi amigo Hans Andersen, no se trata ni mucho menos de una idea-pato, sino de una gran idea-cisne, que volará majestuosamente con sus grandes alas tan pronto como llegue el momento de probarlas. Vean, voy a leerles lo que escribió Jonathan:

«Otro de su raza quien, tiempo después, condujo a sus fuerzas una y otra vez al otro lado del río a Turquía; quien, a pesar de ser rechazado, regresó una y otra y otra y otra vez, aunque tuviera que volver completamente solo del ensangrentado campo de batalla en el que sus tropas estaban siendo masacradas, puesto que sabía que sólo él podría, en última instancia, triunfar».

»¿Qué nos dice esto? ¿No demasiado? ¡No! El pensamiento infantil del Conde es incapaz de ver; por eso habla sin reservas. Tu pensamiento adulto también es incapaz de ver; igual que el mío, que ha sido incapaz de ver hasta este preciso momento. ¡No! Pero entonces esta dama dice sin pensar algo que tampoco ella sabe lo que significa... lo que *podría* significar. Igual que hay elementos que permanecen inmóviles, pero que, sin embargo, siguiendo las leyes de la naturaleza, se echan a andar y chocan y entonces... ¡Bum! Se produce una explosión de luz que cubre todo el cielo, que ciega y mata y destruye a unos cuantos; pero que ilumina toda la tierra que hay por debajo en un radio de muchas leguas a la redonda. ¿No es así? En fin, se lo explicaré. Para empezar, ¿alguna vez han estudiado la filosofía del crimen? «Sí» y «no». Tú, John, sí; pues es un estudio de la locura. Usted, *madam* Mina, no; pues el crimen no la ha afectado... más que una vez. Aun así, tiene usted una mente despierta, y no razona *a particulari ad universale* ^[280]. Sin embargo, en los criminales se da esta particularidad. Es tan constante, en todos los países y en todas las eras, que incluso la policía, que no sabe demasiado de filosofía, ha llegado a conocerla empíricamente; sabe que *es así*. Eso es ser empírico. El criminal siempre comete el mismo crimen; me estoy refiriendo al auténtico criminal, que parece predeterminado al crimen y que no querrá saber nada de ninguna otra cosa. Este criminal no tiene un cerebro de adulto bien formado. Puede ser listo y astuto y estar lleno de recursos; pero en lo que se refiere al cerebro no tiene estatura de hombre. Como mucho, tiene un cerebro infantil. Este criminal nuestro también está predeterminado al crimen; también tiene un cerebro infantil, pues lo que ha hecho es propio de niños. El pajarito, el pececillo, el cachorro de cualquier animal aprende no por principios, sino empíricamente; y una vez ha aprendido algo, lo utiliza como punto de partida para aprender algo más. *Dos pou sto*, dijo Arquímedes: «¡Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo!» ^[281]. Aquello que se ha hecho una vez es el punto de apoyo mediante el que el cerebro infantil se convierte en un cerebro adulto; y mientras no surja un nuevo propósito, continuará haciendo lo mismo una y otra vez... ¡tal

y como lo hizo anteriormente! Oh, querida mía —dijo dirigiéndose a la señora Harker—, veo que se le abren los ojos, y que la explosión de luz le ha iluminado todas las leguas —pues ella había empezado a dar palmadas con los ojos relucientes. Van Helsing añadió—: Ahora le toca hablar a usted. Cuénteles a estos dos envarados hombres de ciencia qué ve usted con esos ojos tan brillantes.

Van Helsing tomó la mano de la señora Harker y la mantuvo agarrada mientras ella hablaba, cerrando el índice y el pulgar sobre su muñeca —como si le estuviera tomando el pulso—, de un modo instintivo e inconsciente, según me pareció.

—El Conde es un criminal, del tipo criminal. Nordau y Lombroso^[282] así lo clasificarían, y *qua*^[283] criminal posee una mente imperfecta. Por eso, cuando se encuentra en apuros, ha de buscar recursos en el hábito. Su pasado es una pista, y la única página que de él conocemos, de sus propios labios, además, nos demuestra que ya anteriormente, cuando se encontró en lo que el señor Morris llamaría «un callejón sin salida», regresó a su propio país desde la tierra que había intentado invadir con su propósito intacto, para volver a planear un nuevo intento. Volvió a intentarlo, mejor equipado para su tarea; y venció. Del mismo modo, vino a Londres para invadir una tierra nueva. Fue derrotado, y cuando perdió toda esperanza de éxito, y vio que su existencia corría peligro, huyó por mar hacia su país; igual que en el pasado huyó de Turquía cruzando el Danubio.

—¡Bien, bien! ¡Oh, qué mujer tan lista! —dijo Van Helsing entusiasmado, mientras se inclinaba y le besaba la mano. Un momento después, me dijo tan calmadamente como si hubiéramos estado consultando en una habitación de enfermos:

—Sólo setenta y dos; ¡y con toda esta excitación! Tengo esperanzas —volviéndose de nuevo hacia ella, dijo con aguda expectación—: Pero continúe. ¡Continúe! Aún puede contarnos más cosas, si lo desea. No tenga miedo; John y yo ya lo sabemos. En cualquier caso, yo lo sé, y le diré si tiene razón. ¡Hable, sin miedo!

—Lo intentaré; pero espero que me perdonen ustedes si parezco ególatra.

—¡No! No tema. Debe ser ególatra, pues es en usted en quien pensamos.

—Entonces, igual que es criminal, es egoísta; y como su intelecto es reducido y su acción está basada en el egoísmo, se limita a sí mismo a un único propósito, al que se aplica sin ninguna clase de remordimientos. Igual que huyó cruzando el Danubio, abandonando a sus tropas para que fueran hechas pedazos, ahora se ha concentrado en salvarse, sin que nada más le importe. Por eso, como manifestación de su propio egoísmo, ha liberado de algún modo mi alma del terrible poder que adquirió sobre mí en aquella horrenda noche. ¡Lo noté! ¡Oh, lo noté! ¡Gracias a Dios por su misericordia! Mi alma vuelve a ser más

libre de lo que lo ha sido desde aquel horrible momento; y lo único que me turba es el temor de que, mediante algún trance o sueño, él pueda haber utilizado mi conocimiento para sus fines.

El profesor se levantó:

—Efectivamente, se ha servido de su mente de ese modo; dejándonos aquí en Varna, mientras el barco que le llevaba se dirigía velozmente a través de la envolvente niebla hacia Galatz, donde, sin duda, lo tenía todo dispuesto para huir de nosotros. Pero su mente infantil sólo ha sabido ver hasta ahí; y podría ser que, como siempre sucede con la Divina Providencia, precisamente aquello con lo que el malhechor contaba para su propio bien egoísta, resulte ser su mayor perjuicio. El cazador cazado en su propia trampa, como dice el gran salmista^[284]. Pues ahora que cree haber eliminado su rastro y llevarnos tantas horas de ventaja, su egoísta cerebro infantil le hará confiarse. También cree que, al haber interrumpido la comunicación con su mente, usted debe de haber perdido la comunicación con la suya; ¡y ahí es donde se equivoca! Aquel terrible bautismo de sangre que le administró le permite a usted ir hasta él en espíritu, como ya ha hecho en sus momentos de libertad, al amanecer y a la puesta de sol. En tales momentos usted obedece mi voluntad, no la de él; y este poder que procurará su bien y el de otros, lo ha ganado usted sufriendo a sus manos. Lo más precioso de todo es que él ignora este detalle, y para protegerse ha renunciado incluso al conocimiento de nuestra posición. Nosotros, en cualquier caso, no somos completamente egoístas, y creemos que Dios está con nosotros en toda esta negrura y en estas horas oscuras. Le seguiremos; y no nos arredraremos; a pesar de que exista el peligro de acabar convertidos en lo mismo que él. Amigo John, ésta ha sido una gran hora; y nos ha hecho avanzar mucho. Debes ejercer de escriba y anotar todo, de modo que cuando los demás regresen de su trabajo puedas dárselo a ellos, para que sepan lo mismo que nosotros.

Y así, mientras esperamos su regreso, he escrito —y la señora Harker lo ha mecanografiado con su máquina de escribir— todo lo sucedido desde que nos trajo el diario de su marido.

Capítulo XXVI

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

29 de octubre . —Escribo esto en el tren de Varna a Galatz. Anoche nos reunimos todos un poco antes de la puesta de sol. Cada cual había desempeñado su cometido tan bien como había podido. En lo que a intención, empeño y oportunidad se refiere, estamos completamente preparados para nuestro viaje y para la tarea que nos aguarda en Galatz. Cuando llegó el momento oportuno, la señora Harker se preparó para sumirse en el trance hipnótico y, tras un esfuerzo más prolongado y agotador por parte de Van Helsing del que suele ser habitualmente necesario, se sumergió en él. Normalmente basta una sugerencia para hacerla hablar; pero esta vez el profesor tuvo que formularle preguntas, y formulárselas con mucha decisión, antes de que pudiéramos saber nada; finalmente conseguimos una respuesta:

—No puedo ver nada; estamos quietos; no oigo olas chapaleando, únicamente un remolino constante de agua rozando suavemente el calabrote. Oigo a unos hombres hablando a gritos, cerca y lejos, y el rodar y el crujir de los remos en los escálamos. Alguien ha disparado un arma en alguna parte; el eco parece lejano. Oigo ruido de pasos por encima; alguien arrastra sogas y cadenas. ¿Qué es esto? ¡Un rayo de luz! Puedo sentir la brisa.

Alcanzado este punto se interrumpió. Se levantó, como en un impulso, del sofá en el que estaba sentada, y elevó las dos manos, con las palmas hacia arriba, como si estuviera levantando un peso. Van Helsing y yo intercambiamos una mirada de comprensión. Quincey alzó ligeramente las cejas y observó con atención, mientras la mano de Harker se cerraba instintivamente sobre la empuñadura de su kukri. Se produjo un largo silencio. Sabíamos que el momento en el que la señora Harker podía hablar estaba pasando, pero sentimos que era inútil decir nada. De repente volvió a sentarse y, abriendo los ojos, dijo amablemente:

—¿A ninguno de ustedes les apetece una taza de té? ¡Deben de estar tan cansados!

Sólo podíamos hacerla feliz, de modo que aceptamos. Ella salió a buscar el té. Cuando se marchó, Van Helsing dijo:

—Ya lo ven, amigos míos. *Está* muy cerca de la costa; ha salido de su cajón de tierra. Pero aún ha de alcanzar la orilla. Durante la noche puede esconderse en cualquier parte; pero si nadie le acarrea hasta la orilla, o si el barco no atraca, no podrá desembarcar. En tal caso

podría, si fuese de noche, cambiar de forma y saltar o volar hasta la orilla, como hizo en Whitby. Pero si amanece antes de que llegue a la orilla, entonces, a menos que alguien le lleve, será incapaz de escapar. Y si alguien le llevase, entonces los oficiales aduaneros podrían descubrir lo que contiene la caja. De modo que, si todo va bien... si no consigue llegar hasta la orilla esta misma noche o antes del amanecer, habrá perdido todo el día. En ese caso llegaríamos a tiempo: pues si no escapa durante la noche le alcanzaremos durante el día, encerrado en su caja y completamente a nuestra merced; pues no se atreve a mostrar su auténtico yo, despierto y visible, por temor a ser descubierto.

No había nada más que decir, de modo que esperamos pacientemente la llegada del amanecer, pues entonces podríamos saber más a través de la señora Harker.

Esta mañana temprano hemos escuchado su respuesta en trance con el aliento contenido por la ansiedad. El sueño hipnótico tardó aún más en llegar; y cuando por fin se produjo, quedaba tan poco tiempo para la salida del sol que empezamos a desesperarnos. Van Helsing pareció poner toda su alma en el esfuerzo; finalmente, obedeciendo su voluntad, ella respondió:

—Todo está oscuro. Oigo el chapaleo del agua, a mi altura, y crujidos de madera sobre madera.

Se interrumpió y el sol rojo apareció en todo su esplendor. Tendremos que esperar hasta esta noche.

Y así nos dirigimos hacia Galatz, sumidos en una agonía de expectación. Se supone que deberíamos llegar allí entre las dos y las tres de la mañana; pero ya en Bucarest hemos acumulado tres horas de retraso, de modo que va a ser imposible llegar antes del amanecer. Al menos así tendremos ocasión de recibir otros dos mensajes hipnóticos de la señora Harker; uno de ellos, o quizá ambos, podría arrojar algo más de luz sobre lo que está ocurriendo.

Más tarde . —El crepúsculo ha llegado y se ha ido. Afortunadamente, el sol se puso en un momento en el que nada podía distraernos; pues de haberlo hecho mientras nos encontrábamos en alguna estación, quizá no hubiéramos podido asegurarnos la tranquilidad y el aislamiento necesarios. La señora Harker estuvo incluso menos predispuesta a doblegarse ante la influencia hipnótica que esta mañana. Temo que su capacidad para leer las sensaciones del Conde esté desapareciendo justo cuando más la necesitamos. Me da la impresión de que su imaginación está empezando a intervenir. Hasta ahora, siempre que estaba en trance se limitaba a describir los hechos más sencillos. De continuar esto así, podría llevarnos a conclusiones erróneas. Si pudiera convencerme de que el poder que ejerce el Conde sobre ella está desvaneciéndose en la misma medida que la capacidad de ella para localizarle, ése sería un pensamiento feliz; pero temo que no sea así. Cuando la señora Harker habló, sus palabras fueron enigmáticas:

—Algo está saliendo; noto que me atraviesa como una ráfaga de viento frío. Oigo, en la lejanía, ruidos confusos... como de hombres hablando en lenguas extrañas, agua cayendo con violencia, y el aullido de los lobos.

Se quedó en silencio y un escalofrío recorrió todo su cuerpo, aumentando su intensidad durante un par de segundos, hasta que, al final, la pobre muchacha tembló como si hubiera sufrido un ataque de perlesía. No dijo nada más, ni siquiera para responder a las perentorias preguntas del profesor. Cuando despertó del trance tenía frío, y estaba agotada, y lánguida; pero su mente estaba completamente alerta. No podía recordar nada, pero preguntó qué había dicho; cuando se lo contamos, lo ponderó profundamente durante largo tiempo y en silencio.

30 de octubre, 7a.m. . —Nos acercamos a Galatz, y más tarde quizá no tenga tiempo de escribir. Esta mañana, todos esperábamos con ansiedad la llegada del amanecer. Van Helsing, consciente de la creciente dificultad de sumir a la señora Harker en el trance hipnótico, inició sus pases más temprano que otros días. En cualquier caso, no produjeron ningún efecto hasta el momento habitual, cuando ella cedió con más dificultad que nunca, apenas un minuto antes de que saliera el sol. El profesor no perdió tiempo en interrogarla; su respuesta llegó con idéntica rapidez:

—Todo está oscuro. Oigo el agua arremolinándose a mi alrededor, a la altura de mis oídos, y la madera crujiendo sobre la madera. A lo lejos, el ganado. También hay otro ruido, uno muy raro, como de...

Se calló súbitamente y palideció, y luego palideció más aún.

—¡Siga! ¡Siga! ¡Hable, se lo ordeno! —dijo Van Helsing agónicamente. Al mismo tiempo, sus ojos mostraban desesperación, pues el sol naciente enrojecía incluso el pálido rostro de la señora Harker. Ella abrió los ojos, y todos nos sobresaltamos cuando dijo, con mucha dulzura y aparentemente muy preocupada:

—Oh, profesor, ¿por qué me pide que haga lo que sabe que no puedo hacer? No recuerdo nada.

Entonces, viendo la expresión de asombro en nuestros rostros, dijo, volviéndose de uno a otro:

—¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? No sé nada, sólo que estaba aquí tumbada, medio dormida, y le oí decir: «¡Siga! ¡Hable, se lo ordeno!». ¡Me ha parecido muy curioso oírle dándome órdenes como si fuera una niña mala!

—Oh, *madam* Mina —dijo él tristemente—. Es una prueba, si una prueba fuera necesaria, de cuánto la aprecio y la respeto, el que unas palabras dichas por su bien y pronunciadas con más ansiedad que nunca puedan

resultarle tan extrañas... ¡pues pretendían dar órdenes a aquélla a quien tengo el orgullo de obedecer!

Suenan los silbatos; estamos a punto de entrar en Galatz. Ardemos de ansiedad e impaciencia.

DIARIO DE MINA HARKER

30 de octubre . —El señor Morris me ha acompañado hasta el hotel en el que habíamos reservado nuestras habitaciones por telégrafo, pues era el más prescindible, ya que no habla ningún idioma extranjero. Hemos distribuido nuestras fuerzas de un modo muy similar a como lo hicimos en Varna, con la salvedad de que en este caso ha sido lord Godalming quien ha ido a hablar con el vicecónsul, ya que su rango podría proporcionarnos algún tipo de garantía inmediata ante el funcionario, en un momento en el que estamos extremadamente apurados. Jonathan y los dos doctores han ido a ver al agente del armador para conocer los detalles de la llegada del *Zarina Catalina* .

Más tarde . —Lord Godalming ha regresado. El cónsul está de viaje, y el vicecónsul está enfermo; de modo que un secretario se encarga de atender el trabajo rutinario. Se ha mostrado muy servicial y se ha ofrecido a hacer todo cuanto esté en su mano.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

30 de octubre . —A las nueve en punto, el doctor Van Helsing, el doctor Seward y yo visitamos a los señores Mackenzie y Steinkoff, los agentes de la empresa londinense Hapgood. Habían recibido un cable desde Londres en respuesta al telegrama de lord Godalming, en el que se les solicitaba que nos trataran con la mayor deferencia posible. Fueron muy amables y corteses y nos llevaron de inmediato a bordo del *Zarina Catalina* , que seguía fondeado en el puerto fluvial. Allí conocimos al capitán, un tal Donelson, que nos habló de su viaje. Dijo que no había tenido una travesía tan favorable en toda su vida.

—¡Hombre! —dijo—. Pero si hasta pasamos miedo y todo. Estábamos convencidos de que tendríamos que pagarlo con alguna racha de mala suerte para equilibrar la balanza. No es normal ir de Londres al Mar Negro con un continuo viento a favor, como si el Diablo en persona estuviera soplando en las velas con algún fin determinado. Y al mismo tiempo no podíamos ver nada. Cada vez que nos acercábamos a un barco o a un puerto o a un cabo, caía sobre nosotros una niebla que no se nos despegaba. Y luego, cuando por fin se levantaba y mirábamos, no había un carajo que ver. Atravesamos el estrecho de Gibraltar sin ser capaces de comunicar nuestro paso y, de no ser porque tuvimos que esperar en los Dardanelos a que nos dieran el permiso para pasar, habríamos llegado aquí sin ver a nadie. En un primer momento estuve tentado de arriar las velas y barloventear hasta que se hubiera levantado la niebla, pero luego se me ocurrió que si el Diablo estaba decidido a llevarnos raudos y veloces hasta el Mar Negro iba a hacerlo lo quisiéramos o no. Un viaje rápido no nos desacreditaría ante los armadores ni perjudicaría nuestro tráfico; y el viejo Botero, habiendo cumplido su propósito, nos estaría decentemente agradecido por no haberle puesto impedimentos.

Esta mezcla de simplicidad y astucia, de superstición y razonamiento comercial, estimuló a Van Helsing, que dijo:

—Amigo mío, el Diablo es más listo de lo que algunos piensan, ¡y sabe cuándo ha encontrado la horma de su zapato!

Al capitán no le desagració el elogio y continuó:

—Cuando pasamos el Bósforo los hombres empezaron a quejarse; algunos de ellos, los rumanos, vinieron a pedirme que tiráramos por la borda una gran caja que nos había traído a bordo un viejo de aspecto extraño justo antes de zarpar de Londres. Yo ya les había visto espiar al tipo y extender dos dedos cada vez que le veían, para protegerse del mal de ojo. ¡Hombre! ¡Mira que llegan a ser ridículas las supersticiones de los extranjeros! Les ordené que se ocuparan de sus asuntos, pero poco

después un banco de niebla se cerró en torno a nosotros y se me pegaron sus nervios, aunque no diría que fuese por culpa de la caja. Durante cinco días seguimos avanzando sin que se levantara la niebla; sencillamente dejé que el viento nos llevara, pues si el Diablo quería llegar a alguna parte... en fin, no iría a arrojarlos contra un arrecife, ¿no? Y si lo hiciera... bueno, en cualquier caso mantendríamos una atenta vigilancia. Y efectivamente, no encontramos ni un solo obstáculo y navegamos por aguas profundas todo el tiempo. Finalmente, hace dos días, cuando el sol de la mañana empezó a romper la niebla, vimos que estábamos en el río, justo enfrente de Galatz. Los rumanos se volvieron como locos y se empeñaron en que sacara la caja y la arrojara al río, justificadamente o no. Tuve que hacerles entrar en razón con un espeque. Al menos, cuando el último de ellos abandonó la cubierta con la mano en la cabeza, lo hizo convencido de que, con mal de ojo o sin él, las propiedades y la confianza de mis armadores estaban mejor en mis manos que en el fondo del Danubio. Tengan en cuenta que incluso habían subido la caja a cubierta y estaban listos para arrojlarla. Dado que iba consignada Galatz vía Varna, se me ocurrió dejarla ahí hasta que la descargáramos en el puerto y nos libráramos de ella para siempre. No pudimos hacer mucho aquel día, y tuvimos que pasar la noche fondeados; pero por la mañana temprano, una hora antes del amanecer, subió a bordo un hombre con una orden por escrito, enviada desde Inglaterra, para recoger una caja dirigida a un tal Conde Drácula. Más a mano no podía estar. Tenía los papeles en regla y a mí me alegraba librarme de aquel maldito trasto, pues hasta a mí me había empezado a inquietar. ¡Si el Diablo llevaba algún equipaje a bordo, tuvo que ser esa caja!

—¿Cómo se llamaba el hombre que la recogió? —preguntó el doctor Van Helsing, refrenando su impaciencia.

—¡Se lo diré enseguida! —respondió el capitán.

Bajó a su camarote y nos trajo un recibo firmado por un tal Immanuel Hildesheim. La dirección era Burgen-strasse, 16. Comprobamos que aquello era todo lo que sabía el capitán y nos marchamos tras darle las gracias.

Encontramos a Hildesheim en su oficina; un judío típico del Adelphi^[285], con su nariz de oveja y su fez. Su declaración estuvo puntuada por dinero en metálico (nosotros pusimos la puntuación), y tras algún regateo nos contó lo que sabía. Resultó ser poco, pero muy importante. Había recibido una carta del señor De Ville, de Londres, en la que le indicaba que recogiera, a ser posible antes del amanecer, para evitar la aduana, una caja que llegaría a Galatz a bordo del *Zarina Catalina*. Luego, debía entregársela a un tal Petrof Skinsky, que tenía tratos con un grupo de eslovacos que se dedicaban a comerciar río abajo hasta el puerto. A cambio de su gestión había recibido un billete de banco inglés, que ya había canjeado debidamente por oro en el Banco Internacional del Danubio. Cuando Skinsky fue a verle, le llevó

hasta el barco y le entregó directamente la caja, para ahorrarse los portes. Esto es todo lo que sabía.

A continuación buscamos a Skinsky, pero fuimos incapaces de encontrarle. Un vecino suyo, que no parecía profesarle ningún afecto, nos dijo que se había marchado hacía dos días, nadie sabía adonde. Esta información nos la corroboró su casero, que había recibido mediante un mensajero la llave de la casa junto con el alquiler pendiente, en moneda inglesa. Esto había sucedido entre las diez y las once de la noche anterior. Una vez más nos encontrábamos en punto muerto.

Mientras estábamos hablando con él, un hombre llegó corriendo y sin aliento, gritando ahogadamente que habían encontrado el cuerpo de Skinsky dentro del recinto del cementerio de San Pedro y que tenía la garganta completamente desgarrada, como si lo hubiera hecho algún animal salvaje. Los hombres con los que habíamos estado hablando salieron corriendo a contemplar tal horror, mientras las mujeres gritaban: «¡Esto ha sido obra de un eslovaco!». Nos marchamos apresuradamente, no fuéramos a vernos envueltos de algún modo en el asunto, con la demora que esto supondría.

En el camino de regreso al hotel no conseguimos llegar a ninguna conclusión definitiva. Estábamos convencidos de que la caja se dirigía hacia alguna parte siguiendo el río; pero aún teníamos que descubrir adonde. Con el corazón apesadumbrado llegamos al hotel, y a Mina.

Lo primero que hicimos nada más llegar fue discutir si debíamos revelarle a Mina nuestras averiguaciones. La situación se está volviendo desesperada, y aunque sea arriesgado, al menos con ella tenemos una oportunidad. Como paso preliminar, los demás me han liberado de mi promesa hacia ella.

DIARIO DE MINA HARKER

30 de octubre, tarde . —Estaban tan cansados, agotados y bajos de ánimo que no había nada que hacer mientras no hubieran descansado un poco; de modo que les pedí a todos que se echaran media hora mientras yo mecanografiaba todo lo sucedido hasta el momento. Me siento muy agradecida al hombre que inventó la máquina de escribir portátil, y también al señor Morris por haberme conseguido una^[286] . Me sentiría muy perdida haciendo el trabajo si tuviera que escribir con una pluma...

Ya he terminado; pobre y querido, querido Jonathan, lo que debe de haber sufrido. ¡Lo que debe de estar sufriendo ahora! Está tumbado en el sofá, apenas parece respirar y todo su cuerpo está como colapsado. Tiene el ceño fruncido; y el rostro demacrado por el dolor. Pobre hombre, quizá está pensando, puedo ver su cara llenarse de arrugas con la concentración de sus pensamientos. ¡Oh! Si pudiera ser de alguna ayuda... Haré lo que pueda...

Se lo he pedido al doctor Van Helsing, y él ha accedido a entregarme los papeles que aún no he visto... Mientras están descansando, los repasaré cuidadosamente, y quizá llegue a alguna conclusión. Intentaré seguir el ejemplo del profesor, y analizar sin prejuicios los hechos frente a mí.

Creo que, guiada por la Divina Providencia, he hecho un descubrimiento. Voy a buscar los mapas para examinarlos...

Estoy más convencida que nunca de que tengo razón. Mi tesis está lista, de modo que voy a reunir al grupo para leérsela. Ellos podrán juzgarla; es bueno obrar con precisión, y cada minuto cuenta.

MEMORÁNDUM DE MINA HARKER

(Incluido en su diario)

Base para la encuesta . —El problema del Conde Drácula es cómo regresar a su castillo.

(a) *Alguien debe llevarle* . Esto es evidente; pues, si tuviera la facultad de desplazarse a su antojo, podría hacerlo como hombre, como lobo, como murciélago, o de alguna otra forma. Evidentemente, teme ser descubierto o interceptado, en el estado de indefensión en el que debe de encontrarse, confinado como está en su caja de madera desde el amanecer hasta la puesta de sol.

(b) *¿Cómo va a ser llevado ?* Un proceso de exclusión podría sernos útil en este punto. ¿Por carretera, por ferrocarril, por el río?

1. *Por Carretera* . —Infinitas dificultades, especialmente al salir de una ciudad.

(x) Hay gente; y la gente es curiosa, e investiga. Una pista, una sospecha, una duda sobre el contenido de la caja, le destruiría.

(y) Hay, o podría haber, controles de aduana y peajes municipales.

(z) Sus perseguidores pueden seguirle el rastro. Éste es su mayor temor y, para evitar ser traicionado, ha rechazado, en la medida de sus posibilidades, incluso a su víctima: ¡yo!

2. *Por ferrocarril* . —No hay nadie que se encargue de la caja. Tendría que correr el riesgo de sufrir retrasos; y un retraso sería fatal, con enemigos a la zaga. Ciertamente, podría escapar por la noche, pero ¿qué haría si se encontrara en un lugar desconocido, sin un refugio al que poder volar? No es lo que pretende y no está dispuesto a arriesgarse.

3. *Por el río* . —Aunque por una parte es el medio más seguro, también es el que más peligros entraña. Sobre el agua está indefenso, excepto durante la noche; incluso entonces sólo puede conjurar niebla y tormenta y nieve, y convocar a sus lobos. Pero en caso de que naufragara, las aguas vivas se lo tragarían, indefenso; y entonces estaría realmente perdido. Podría hacer que el barco fuese conducido a la orilla; pero si fuera tierra hostil, en la que no pudiera moverse con libertad, su situación seguiría siendo desesperada.

Por mis informes sabemos que sigue navegando; de modo que lo que tenemos que averiguar ahora es por *qué* aguas navega.

Para ello deberíamos averiguar antes cuáles han sido exactamente sus pasos hasta ahora; quizá así arrojemos algo de luz sobre sus posteriores intenciones.

En primer lugar , debemos diferenciar entre lo que hizo en Londres como parte de su plan general de acción, y el modo en el que actuó cuando, obligado por las circunstancias, tuvo que arreglárselas como pudo.

En segundo lugar , debemos averiguar, en la medida en que seamos capaces de conjeturarlo a partir de los hechos que conocemos, qué ha hecho aquí.

En cuanto a lo primero, evidentemente pretendía llegar a Galatz, y mandó una factura a Varna con el único fin de engañarnos en caso de que averiguáramos qué medio iba a utilizar para salir de Inglaterra; su único e inmediato propósito entonces era huir. Prueba de ello es la carta que le envió a Immanuel Hildesheim, con instrucciones de que recogiera y desembarcara la caja *antes del amanecer* . También están las instrucciones recibidas por Petrof Skinsky. Esto sólo podemos suponerlo, pero tuvo que recibir alguna carta o mensaje, puesto que Skinsky fue a ver a Hildesheim.

Sabemos que hasta ahora los planes le han salido bien. El *Zarina Catalina* hizo una travesía excepcionalmente rápida; tanto que despertó las sospechas del Capitán Donelson, pero su superstición, unida a su astucia, jugó a favor del Conde, y navegó con viento favorable, rodeado de niebla, hasta llegar a Galatz completamente a ciegas. Ha quedado demostrado que los preparativos del Conde fueron los adecuados. Hildesheim reclamó la caja, la desembarcó y se la entregó a Skinsky. Skinsky se la llevó... y aquí le perdemos el rastro. Lo único que sabemos es que la caja está siendo desplazada por alguna corriente fluvial. Tanto los aduaneros como los peajes municipales, en caso de que hubiera alguno, han sido burlados.

Veamos ahora lo que debe de haber hecho el Conde desde su llegada... a *tierra* , en Galatz.

Skinsky recibió la caja antes del amanecer. Al amanecer, el Conde podría presentarse con su propia forma. Llegados a este punto, cabe preguntarse por qué fue escogido Skinsky para esta tarea. En el diario de mi marido se menciona que Skinsky tenía tratos con los eslovacos que mercadean río abajo hasta el puerto; que aquel hombre^[287] afirmara que el asesinato había sido obra de un eslovaco, muestra la opinión general en contra de los de su clase. El Conde busca aislamiento.

Mi suposición es la siguiente: que el Conde decidió en Londres regresar a su castillo por vía marítima y fluvial, considerándolo el medio más seguro y discreto. Fue sacado del castillo por un grupo de zíngaros,

quienes probablemente entregaron su carga a estos eslovacos para que llevaran las cajas hasta Varna, donde fueron embarcadas con destino a Londres. De este modo, el Conde tuvo conocimiento de las personas capaces de desempeñar este servicio. Cuando desembarcó, salió de su caja antes del amanecer o después de haberse puesto el sol, y se encontró con Skinsky para darle las instrucciones necesarias para transportar la caja río arriba. Cuando todo estuvo preparado, y supo que ya no le necesitaba, eliminó su rastro —o eso pretendía hacer—, asesinando a su agente.

He estado examinando el mapa, y he descubierto que los dos ríos más apropiados para que los remonten los eslovacos son el Prut y el Seret^[288]. He leído en el escrito mecanografiado que durante el trance oí mugidos de vacas, remolinos de agua a la altura de mis oídos, y crujidos de madera. El Conde, por lo tanto, va en su caja, por el río, en una barcaza probablemente impulsada por remos o pértigas; pues las orillas están cerca y avanzan contra corriente. Si navegasen a favor no habría oído esos ruidos.

Por supuesto, también es posible que no se trate del Seret ni del Prut, pero podemos hacer más averiguaciones. De estos dos ríos el más navegable es el Prut, pero el Seret recibe, a la altura de Fundu, al Bistrita, que asciende hasta rodear el desfiladero de Borgo^[289]. El recodo que hace allí es el punto más cercano al castillo de Drácula al que se puede llegar navegando.

DIARIO DE MINA HARKER

(continuación)

Cuando terminé de leer, Jonathan me tomó entre sus brazos y me besó. Los demás me estrecharon repetidamente las manos, y el doctor Van Helsing dijo:

—Nuestra querida *madam* Mina es una vez más nuestra maestra. Ha sabido ver donde nosotros estábamos ciegos. Ahora volvemos a estar tras la pista, y esta vez podríamos triunfar. Nuestro enemigo está más indefenso que nunca; y si conseguimos alcanzarle de día, mientras sigue en el río, habremos concluido nuestra tarea. Nos lleva ventaja, pero ahora no quiere forzar la marcha, ya que no puede abandonar su caja para no despertar sospechas entre quienes le llevan; pues si sospecharan, podrían arrojarle a la corriente, donde perecería. Él lo sabe, y no lo hará. Ahora, señores, iniciemos nuestro Consejo de Guerra, pues debemos planear en este preciso instante qué vamos a hacer todos y cada uno de nosotros.

—Yo intentaré conseguir una lancha de vapor para perseguirle —dijo lord Godalming.

—Y yo, caballos para perseguirle por la orilla, por si acaso desembarcara —dijo el señor Morris.

—¡Bien! —dijo el profesor—. Muy bien pensado en ambos casos. Pero ninguno debe ir solo. Necesitarán fuerza para vencer a la fuerza: los eslovacos son duros y violentos y llevan armas rudimentarias.

Los hombres sonrieron, pues entre todos acarreaban un pequeño arsenal.

—He traído algunos Winchester —dijo el señor Morris—; son muy útiles contra las multitudes y además podría haber lobos. Recuerden que el Conde tomó algunas otras precauciones e hizo algunas exigencias que la señora Harker no consiguió oír o comprender. Debemos estar preparados para cualquier contingencia.

El doctor Seward dijo:

—Creo que lo mejor será que yo acompañe a Quincey. Estamos acostumbrados a cazar juntos y, bien armados, podremos ocuparnos de lo que sea. Tú tampoco debes ir solo, Art. Quizá tengas que luchar con los eslovacos, y una puñalada desafortunada, pues no creo que estos tipos lleven revólveres, echaría a perder nuestros planes. Esta vez no podemos dejar nada al azar, ni descansar hasta que la cabeza del Conde

haya sido seccionada de su cuerpo y estemos seguros de que no puede reencarnarse.

Miró a Jonathan mientras hablaba, y Jonathan me miró a mí. Pude ver que la indecisión le estaba desgarrando el alma. Por supuesto, quería quedarse conmigo; pero, por otra parte, el grupo del barco sería, con casi total seguridad, el que destruyera al... al... al... Vampiro. (¿Por qué he dudado al escribir la palabra?). Jonathan guardó silencio, y el profesor Van Helsing se dirigió a él:

—Amigo Jonathan, esta misión le corresponde a usted por dos motivos. Primero, porque es joven y valiente y sabe luchar, y es posible que al final sean necesarias todas las energías; por otra parte, porque suyo es el derecho de destruir a aquél (a eso) que tantos sufrimientos ha traído sobre usted y los suyos. No se preocupe por *madam* Mina; yo la protegeré, si usted me lo permite. Soy viejo. Mis piernas ya no pueden correr con tanta rapidez como antaño; no estoy acostumbrado a cabalgar tanto, ni a las persecuciones, ni a luchar con armas letales. Pero puedo tener otra utilidad; puedo luchar de otro modo. Y si fuera necesario, puedo morir tan dignamente como un hombre más joven. Ahora, permítanme que les diga lo que haría yo. Mientras ustedes, milord Godalming y mi amigo Jonathan, remontan el río en esa pequeña pero rápida lancha de vapor, y mientras John y Quincey rastrean las riberas en las que podría desembarcar, yo conduciría a *madam* Mina hasta al mismo corazón del país del enemigo. Mientras nuestro viejo zorro siga atrapado en su caja, flotando sobre la corriente que no le permite escapar a tierra, sin atreverse a levantar la tapa de su ataúd para evitar que sus portadores eslovacos le abandonen aterrorizados a una muerte segura, *madam* Mina y yo seguiremos la ruta de Jonathan, desde Bistritz hasta el Borgo, y alcanzaremos el castillo de Drácula. El poder hipnótico de *madam* Mina nos servirá de ayuda, y seremos capaces de encontrar el camino, por muy oscuro y desconocido que sea, tan pronto como el amanecer nos encuentre cerca de ese fatídico lugar. Aún queda una misión por cumplir allí, y muchos lugares por santificar, para que ese nido de víboras pueda ser aniquilado.

Llegado este punto, Jonathan le interrumpió acaloradamente:

—¿Pretende decir, profesor Van Helsing, que llevaría usted a Mina, en su triste condición y contagiada como está con la enfermedad de ese demonio, precisamente a la boca del infierno? ¡Por nada en el mundo! ¡Ni por todo el Cielo ni el Infierno!

Jonathan se quedó casi sin habla durante un minuto, y luego continuó:

—¿Sabe usted lo que es ese lugar? ¿Acaso ha visto alguna vez esa horrible guarida de infamia infernal, en la que la propia luz de la luna cobra vida en horripilantes formas, y cada una de las motas de polvo que revolotean en el viento lleva consigo el embrión de un monstruo devorador? ¿Acaso ha sentido los labios del Vampiro sobre su garganta?

Tras haber dicho esto, se volvió hacia mí, y sus ojos cayeron sobre mi frente. Entonces elevó los brazos y gritó:

—¡Oh, Dios mío, qué hemos hecho para que este terror caiga sobre nosotros! —y se derrumbó sobre el sofá en un colapso de miseria. La voz del profesor, tan dulce y cristalina que pareció vibrar en el aire, nos calmó a todos:

—Oh, amigo mío, precisamente porque quiero salvar a *madam* Mina de ese horrible castillo es por lo que debo ir. ¡Dios me libre de llevarla al interior de semejante lugar! Pues allí me espera una tarea, una tarea atroz, que sus ojos no deben contemplar. Todos ustedes, caballeros, a excepción de Jonathan, han visto con sus propios ojos lo que debe hacerse antes de que ese lugar pueda ser purificado. Recuerden que nos encontramos en una situación terriblemente apurada. Si el Conde se nos escapa en esta ocasión, y recuerden que es fuerte, sutil y astuto, podría optar por dormir durante un siglo; y entonces, a su tiempo, nuestra querida *madam* Mina —mientras decía esto me cogió de la mano— acudiría a él para hacerle compañía, y sería como aquellas otras que vio usted, Jonathan. Ya nos ha descrito cómo se relamían los labios; y oyó su risa procaz cuando agarraron la bolsa temblorosa que el Conde les arrojó. Se estremece usted, y hace bien. Perdóneme por causarle tanto dolor, pero es necesario. Amigo mío, ¿acaso no nos enfrentamos a una necesidad extrema, por la que estoy dispuesto, de ser necesario, a dar mi vida? Si alguno tuviera que entrar en ese lugar para nunca volver, soy yo quien debe ir, para hacerles compañía.

—Haga lo que quiera —dijo Jonathan, con un sollozo que le estremeció por entero—. ¡Estamos en manos de Dios!

Más tarde . —Oh, cuánto bien me ha hecho ver trabajar a estos valientes. ¡Cómo van a evitar las mujeres amar a los hombres cuando son tan decididos y tan sinceros y tan valerosos! ¡También me ha hecho pensar en el extraordinario poder del dinero! ¡Cuánto puede llegar a conseguir cuando se usa adecuadamente; y cuánto mal puede provocar utilizado de manera indigna! Doy gracias porque lord Godalming sea rico y porque tanto él como el señor Morris —que también tiene mucho dinero— estén dispuestos a gastarlo con tanta liberalidad. Pues de no ser así, nuestra pequeña expedición no podría partir con tanta rapidez, ni tan bien equipada, como lo hará dentro de una hora. No han pasado siquiera tres horas desde que decidimos qué papel iba a desempeñar cada uno de nosotros, y lord Godalming y Jonathan ya tienen una preciosa lancha de vapor, humeante y preparada para partir de inmediato. El doctor Seward y el señor Morris se han hecho con media docena de hermosos caballos, bien pertrechados. Además, tenemos cuantos mapas y accesorios diversos pudiéramos desear. El profesor Van Helsing y yo saldremos en el tren de las 11:40 de esta noche rumbo a Veresti, y desde allí iremos en coche hasta el paso de Borgo^[290] . Llevaremos encima una buena cantidad de dinero en metálico, puesto que tenemos que comprar un carruaje y caballos. Nosotros mismos lo conduciremos, ya que en este asunto no podemos confiar en nadie más.

El profesor chapurrea muchos idiomas, de modo que nos las apañaremos bien. Todos iremos armados. Incluso a mí me han procurado un revólver de gran calibre; Jonathan no estará tranquilo a menos que también yo vaya armada como los otros. ¡Por desgracia no puedo llevar el otro tipo de arma que llevan los demás! La cicatriz de mi frente me lo impide. El encantador doctor Van Helsing intenta reconfortarme diciéndome que llevo todo el armamento que necesito, ya que podría haber lobos. A cada hora que pasa hace más frío, y las ráfagas de nieve vienen y van a modo de advertencia.

Más tarde . —He necesitado de todo mi valor para despedirme de mi amado. Podría ser que no volviéramos a vernos nunca. ¡Valor, Mina! El profesor te observa fijamente; su mirada es una advertencia. Éste no es momento de lágrimas... a menos que Dios permita que sean de alegría.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

30 de octubre, noche . —Escribo esto a la luz de la caldera de la lancha de vapor; lord Godalming está avivando el fuego. Tiene experiencia en este tipo de trabajo, ya que desde hace años tiene una lancha particular en el Támesis, y otra en los Norfolk Broads^[291] . En lo que respecta a nuestros planes, finalmente decidimos que la conjetura de Mina debía de ser correcta y que si el Conde había escogido alguna corriente fluvial para huir de regreso a su castillo ésta sería el Seret, con la intención de remontar luego el Bistríta a partir de su punto de confluencia. Creemos que el lugar elegido por el Conde para desembarcar y dirigirse a los Cárpatos estará en torno a los 47º latitud norte. No nos da miedo avanzar a buena velocidad por el río durante la noche; la corriente es profunda, y las orillas están lo suficientemente separadas para navegar cómodamente, incluso en la oscuridad. Lord Godalming me aconseja que duerma un rato, ya que por el momento basta con que vigile uno solo. Pero no puedo dormir. ¿Cómo iba a hacerlo, sabiendo el terrible peligro que se cierne sobre mi amada, y pensando que ella se dirige precisamente a aquel abominable lugar? Mi único consuelo es que estamos en manos de Dios. Sólo por esa fe sería más fácil morir que vivir, quedando así libre de tantas turbaciones. El señor Morris y el doctor Seward iniciaron su larga marcha poco antes de que saliéramos; van a seguir la margen derecha, aunque a una distancia suficiente como para alcanzar tierras más altas, desde donde puedan divisar un buen trecho de río, evitando sus meandros. A fin de no despertar sospechas, durante los primeros días les acompañarán dos hombres que se encargarán de manejar sus caballos de repuesto, cuatro en total. Cuando los despidan, cosa que ocurrirá dentro de poco, ellos mismos se ocuparán de los caballos. Quizá se dé la circunstancia de que necesitemos unir nuestras fuerzas; de ser así, tendrán monturas suficientes para toda nuestra expedición. Una de las sillas tiene un borrén desmontable, y podría adaptarse fácilmente para Mina, en caso de necesidad.

¡Qué descabellada aventura la nuestra! Todo se agolpa en mi mente, ahora que atravesamos velozmente la oscuridad, mientras el frío que surge del río se alza para golpearnos, rodeados de una plétora de misteriosas voces nocturnas. Parece como si fuéramos arrastrados hacia lugares desconocidos y caminos desconocidos; hacia todo un mundo de cosas oscuras y horribles. Godalming está cerrando la puerta de la caldera...

31 de octubre . —Seguimos avanzando a gran velocidad. Ya se ha hecho de día, y Godalming está durmiendo. Yo estoy de guardia. Esta mañana hace un frío glacial; incluso con nuestros pesados abrigos de piel se agradece el calor de la caldera. Por ahora sólo hemos adelantado a un par de barcas, pero ninguna de ellas llevaba a bordo ninguna caja o

paquete del tamaño que buscamos. En todas las ocasiones, los hombres se han asustado tanto cuando les hemos enfocado con nuestras lámparas eléctricas que se han arrodillado a rezar.

1 de noviembre, tarde . —Todo el día sin noticias; no hemos encontrado nada remotamente similar a lo que estamos buscando. Ya hemos pasado al Bistríta^[292] ; y si nuestra conjetura fuera errónea, temo que hayamos perdido nuestra última oportunidad. Estamos revisando concienzudamente todas las embarcaciones, grandes y pequeñas. Esta mañana temprano, una tripulación nos tomó por un barco del Gobierno, y nos trató en consonancia. Se nos ha ocurrido que éste sería un buen modo de facilitarnos las cosas, de modo que al llegar a Fundu, donde el Bistríta desemboca en el Seret, nos hemos hecho con una bandera rumana, que ahora hacemos ondear conspicuamente. Este truco ha demostrado ser eficaz con cada embarcación que hemos abordado desde entonces; ya que hemos recibido todo tipo de deferencias, y nadie ha objetado lo más mínimo a lo que dijéramos o hiciéramos. Algunos eslovacos nos han contado que fueron adelantados por una gran barcaza, que iba a más velocidad de la habitual, pues llevaba doble tripulación a bordo. Pero esto sucedió antes de que llegaran a Fundu, de modo que no pudieron decirnos si el barco había tomado el Bistríta o había seguido remontando el Seret. En Fundu nadie sabía nada sobre semejante barcaza, por lo que suponemos que debe de haber pasado por allí durante la noche. Tengo mucho sueño; quizá el frío esté empezando a afectarme, y la naturaleza exige que descansemos en algún momento. Godalming ha insistido en encargarse de la primera guardia. Que Dios le bendiga por toda su bondad para con la pobre Mina y para conmigo.

2 de noviembre, mañana . —Es pleno día. Mi buen camarada no quiso despertarme. Dice que habría sido un pecado hacerlo, pues mientras dormía tan plácidamente me olvidaba de mis tribulaciones. Me ha parecido brutalmente egoísta por mi parte haber dormido tanto tiempo, dejándole a él vigilando toda la noche; pero lo cierto es que tiene mucha razón. Esta mañana soy un hombre nuevo; y desde aquí sentado, mientras le observo dormir, me veo capaz de hacer todo lo necesario: ocuparme de la caldera, manejar el timón y vigilar. Noto cómo regresan mis fuerzas y mis energías. Me pregunto dónde estarán ahora Mina y Van Helsing. Deberían de haber llegado a Veresti el miércoles al mediodía. Habrán tardado algún tiempo en conseguir el carruaje y los caballos; pero si han partido pronto y han viajado aprisa, deberían haber alcanzado ya el paso de Borgo. ¡Que Dios les guíe y les proteja! Me da miedo pensar en lo que podría suceder. ¡Si tan sólo pudiéramos avanzar más rápido! Pero no podemos; los motores están vibrando y ya dan de sí todo lo que pueden. Me pregunto cómo les estará yendo al doctor Seward y al señor Morris. Parece haber un sinfín de arroyos que descienden de las montañas para desembocar en este río, pero como ninguno es muy caudaloso —al menos por ahora, aunque sin duda serán terribles en invierno y cuando la nieve se funda— es posible que los jinetes no hayan encontrado demasiados obstáculos. Espero que podamos verlos antes de llegar a Strasba; pues si para entonces no

hemos alcanzado al Conde, quizá deberíamos deliberar todos juntos qué hacer a continuación.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

2 de noviembre . —Tres días de marcha. No ha habido noticias, ni tiempo para escribir en caso de haberlas, pues cada momento es precioso. Sólo nos hemos detenido lo suficiente para que descansen los caballos; pero ambos lo estamos sobrellevando estupendamente. Nuestros antiguos días de aventureros nos están resultando muy útiles. Debemos seguir avanzando; no estaremos contentos hasta que avistemos de nuevo la lancha.

3 de noviembre . —Oímos en Fundu que la lancha se había internado en el Bistrita. Ojalá no hiciera tanto frío. Se acerca una tormenta de nieve; y si cae en abundancia podría llegar a detenernos. En tal caso, tendremos que conseguir un trineo y seguir avanzando al estilo ruso.

4 de noviembre . —Hoy hemos sabido que la lancha había sufrido un accidente al intentar ascender por un tramo de rápidos. Las embarcaciones eslovacas los superan sin problemas, armados con una sirga y su conocimiento de la zona. Algunas los habían remontado sólo un par de horas antes. Godalming es mecánico aficionado, y evidentemente ha sido él quien volvió a poner la lancha en condiciones. Finalmente, con algo de ayuda local, consiguieron remontar los rápidos y han reanudado la persecución. Temo que el barco haya sufrido las consecuencias del accidente; los campesinos nos cuentan que, incluso después de haber alcanzado las aguas tranquilas, continuó parándose una y otra vez mientras permaneció al alcance de su vista. Debemos avanzar más rápidos que nunca; pronto podrían necesitar nuestra ayuda.

DIARIO DE MINA HARKER

31 de octubre . —Hemos llegado a Veresti a mediodía. El profesor me cuenta que esta mañana al amanecer fue prácticamente incapaz de hipnotizarme y que todo lo que llegué a decir fue: «Oscuro y silencioso». Ahora ha salido a comprar un carruaje y caballos. Dice que más adelante intentará comprar más caballos, de modo que podamos intercambiarlos en la ruta. Nos espera un viaje de algo más de setenta millas. El país es encantador, y realmente interesante; ¡cómo habría disfrutado conociéndolo en otras circunstancias! ¡Qué placer tan grande me habría producido recorrerlo a solas con Jonathan! Deteniéndonos a hablar con la gente, para saber algo de sus vidas, y almacenar en nuestras mentes y nuestras memorias todo el color y las características de este bello y agreste país, y de sus pintorescas gentes. Pero ¡ay...!

Más tarde . —El doctor Van Helsing ha regresado. Ya tenemos el carruaje y los caballos; vamos a cenar algo y partiremos dentro de una hora. La posadera nos está preparando una enorme cesta de provisiones como para un regimiento. El profesor la anima a ello y me susurra que podría pasar una semana antes de que estuviéramos en condiciones de volver a conseguir buena comida. Él también ha estado de compras y ha enviado al hotel un magnífico surtido de abrigos de piel y mantas y todo tipo de prendas de abrigo. No habrá peligro de que pasemos frío.

* * *

Estamos a punto de partir. Me asusta pensar en lo que podría sucedernos. Verdaderamente estamos en manos de Dios. Sólo Él sabe lo que va a ocurrir y a Él le ruego, con todas las fuerzas de mi apenada y humilde alma, que proteja a mi querido esposo. Que, suceda lo que suceda, Jonathan sepa que le quise y honré más de lo que soy capaz de expresar y que mi último y más sincero pensamiento siempre será para él.

Capítulo XXVII

DIARIO DE MINA HARKER

1 de noviembre . —Hemos viajado durante todo el día, a buen ritmo. Los caballos parecen darse cuenta de que están siendo tratados con amabilidad y marchan toda la jornada lo más aprisa posible sin que sea necesario fustigarles. Hemos hecho ya tantos cambios, encontrando siempre la misma buena disposición, que eso nos anima a pensar que el viaje será fácil. El doctor Van Helsing se muestra lacónico; les dice a los campesinos que tiene prisa por llegar a Bistritz, y les paga generosamente por el cambio de caballos. Luego nos dan sopa caliente, o café, o té, y volvemos a marcharnos. Es un país precioso, lleno de todo tipo de bellezas imaginables; y la gente es valiente y fuerte y sencilla, y parecen repletos de buenas cualidades. Pero son *muy muy* supersticiosos. En la primera casa en la que nos detuvimos, cuando la mujer que nos atendió vio la cicatriz de mi frente, se persignó y extendió dos dedos en dirección a mí, para protegerse del mal de ojo. Creo que se tomó incluso la molestia de añadir doble cantidad de ajo a toda nuestra comida; y no soporto el ajo. Desde entonces he procurado no quitarme el sombrero o el velo y así he evitado levantar sospechas. Viajamos a toda prisa, y ya que no tenemos un conductor que pueda ir contando chismes, nos adelantamos al escándalo; aunque me atrevería a decir que el temor al mal de ojo nos va acompañar insistentemente durante todo el trayecto. El profesor parece inagotable; no ha querido parar a descansar en todo el día, aunque a mí me ha hecho dormir un buen rato. Me ha hipnotizado al ponerse el sol y dice que he respondido lo de costumbre: «Oscuridad, chapaleo de agua y crujidos de madera»; de modo que nuestro enemigo sigue en el río. Me da miedo pensar en Jonathan; aunque por alguna razón ahora ya no temo por él, ni por mí. Escribo esto mientras esperamos en una granja a que terminen de prepararnos los caballos. El doctor Van Helsing está durmiendo. Pobre hombre. Se le ve muy cansado, envejecido, gris. Pero su boca sigue tan firme como la de un conquistador; incluso mientras duerme muestra una resolución instintiva. Cuando partamos, le obligaré a descansar mientras yo conduzco. Le diré que aún nos esperan varios días de viaje, y que no podemos correr el riesgo de que se derrumbe en el momento en el que más necesitamos sus fuerzas... Todo está listo; salimos en breve.

2 de noviembre, mañana . —Conseguí convencerle y condujimos por turnos toda la noche; ahora tenemos todo el día por delante, despejado pero frío. Hay como una especie de extraña pesadez en el ambiente... digo pesadez a falta de una palabra mejor; me refiero a que ambos nos sentimos oprimidos. Hace mucho frío, y sólo nuestras cálidas pieles nos permiten soportarlo. Van Helsing me ha hipnotizado al amanecer. Dice

que esta vez he respondido: «Oscuridad, crujir de madera y fragor de agua», de modo que el río está cambiando a medida que lo remontan. Espero que mi amado no corra ningún riesgo... más allá del necesario; pero estamos en manos de Dios.

2 de noviembre, noche . —Todo el día conduciendo. La región se vuelve más agreste a medida que avanzamos, y los grandes espolones de los Cárpatos, que desde Veresti parecían tan lejanos y tan bajos en el horizonte, parecen ahora reunirse a nuestro alrededor y cernirse sobre nosotros. Ambos dábamos la impresión de estar de buen humor; creo que hacemos un esfuerzo por animarnos el uno al otro. Obrando así, conseguimos animarnos a nosotros mismos. El doctor Van Helsing dice que mañana por la mañana alcanzaremos el desfiladero de Borgo. Las casas escasean y el profesor dice que a partir de ahora tendremos que continuar con los últimos caballos que conseguimos, ya que es probable que no podamos cambiarlos. Ha comprado otros dos, además de los dos que cambiamos, de modo que ahora tenemos un rudimentario tiro de cuatro. Son pacientes y dóciles y no nos causan ningún problema. Y como no tenemos que preocuparnos de otros viajeros, hasta yo puedo conducir. Alcanzaremos el desfiladero de día; no queremos llegar antes. De modo que avanzamos con calma, y cada uno de nosotros se toma un largo descanso cuando le corresponde. Oh, ¿qué nos deparará el día de mañana? Vamos en busca del lugar en el que mi pobre amado sufrió tantísimo. Dios quiera que lo encontremos, y ojalá se digne a proteger a mi marido y a aquellos que nos son queridos a ambos y que se enfrentan a un peligro tan mortal. En cuanto a mí, soy indigna de su atención. ¡Ay! Soy impura a Sus ojos, y lo seguiré siendo mientras no me permita alzarme frente a Su vista como una más entre los que no han incurrido en Su ira.

MEMORÁNDUM POR ABRAHAM VAN HELSING

4 de noviembre . —Escribo esto para mi viejo y fiel amigo John Seward, doctor en medicina de Purfleet, Londres, en caso de que no vuelva a verle. Quizá sirva de explicación. Es por la mañana, y escribo esto al calor de una hoguera que he mantenido viva toda la noche, con la ayuda de *madam* Mina. Hace frío, frío. Tanto frío, que el encapotado cielo gris está cargado de nieve que cuando caiga se quedará todo el invierno, ya que el suelo se ha endurecido para recibirla. Parece haber afectado a *madam* Mina. Ha tenido la cabeza tan embotada durante todo el día que no parecía ella misma. Duerme, y duerme, ¡y duerme! Ella, que habitualmente siempre está tan alerta, no ha hecho literalmente nada en todo el día; incluso ha perdido el apetito. Tampoco ha anotado nada en su pequeño diario; ella, que aprovecha cada pausa para escribir. El instinto me dice que algo va mal. En cualquier caso, esta noche está más *vif*^[293] . Su largo sueño del día ha sido reparador, pues ahora está tan encantadora y animada como siempre. Intento hipnotizarla con la puesta de sol, pero por desgracia sin efecto; el poder ha ido decreciendo estos últimos días y esta noche me falla por completo. Bueno, hágase la voluntad de Dios, ¡sea cual sea, y a donde sea que nos lleve!

Ahora, recapitulemos; pues ya que *madam* Mina no escribe con su estenografía, tendré que hacerlo yo con mi engorroso y anticuado método, para que ninguno de nuestros días quede sin registro.

Llegamos al desfiladero de Borgo ayer por la mañana, justo después del amanecer. Cuando veo los primeros indicios del alba me preparo para el hipnotismo. Detenemos nuestro carruaje, y descendemos para obrar sin interrupción. Hice un asiento con pieles, y *madam* Mina, tumbada, cedió como de costumbre al sueño hipnótico, pero más lentamente y durante menos tiempo que nunca. Como antes, llega la respuesta: «Oscuridad y remolinos de agua». Entonces se despertó, alegre y radiante. Reanudamos nuestro camino y pronto alcanzamos el paso. En ese preciso momento y lugar, ella arde de entusiasmo; y un nuevo poder-guía se manifiesta en ella, pues señala un camino y dice:

—Es por ahí.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto.

—Por supuesto que lo sé —responde ella, y tras una pausa, añade—: ¿Acaso no lo ha recorrido mi Jonathan y ha descrito su viaje?

Al principio esto me parece un poco extraño, pero luego pienso que sólo hay un camino como ése, poco utilizado y muy diferente a la carretera

de diligencias que va de Bukovina a Bistritz, más ancha y dura, y que tiene más uso.

De modo que descendemos este camino, donde encontramos otros caminos. No siempre estamos seguros de que fueran siquiera caminos, pues están descuidados y ya ha empezado a nevar; sólo los caballos lo saben. Yo les doy rienda suelta, y ellos avanzan pacientemente. Poco a poco vamos encontrando las cosas que Jonathan anotara en su extraordinario diario. Seguimos avanzando durante largas horas y más horas. Al principio le digo a *madam* Mina que duerma; ella lo intenta, y lo consigue. Duerme todo el tiempo; hasta que al final empiezo a sospechar e intento despertarla. Pero ella sigue durmiendo, y no consigo despertarla por mucho que lo intento. No deseo intentarlo demasiado bruscamente, no vaya a hacerle daño; pues sé que ha sufrido mucho, y el sueño en ocasiones es lo único que le ayuda. Creo que yo mismo me quedo adormilado, pues de repente me siento culpable, como si hubiera hecho algo; me levanto como un rayo y me encuentro con las riendas en la mano; los buenos caballos avanzan trotando, trotando, como siempre. Bajo la mirada y descubro que *madam* Mina aún duerme. Ahora ya no queda mucho para la puesta de sol, y su luz fluye por encima de la nieve como una gran corriente amarilla, de tal modo que arrojamos una larguísima sombra sobre la montaña que se alza tan escarpada. Pues estamos ascendiendo, y ascendiendo; y todo es... ¡oh!, tan agreste y rocoso, como si estuviéramos en el fin del mundo.

Entonces hago despertar a *madam* Mina. Esta vez se despierta sin demasiados problemas, y a continuación intento inducirle el trance hipnótico. Pero ella no duerme, como si yo no pudiera. Aun así, lo intento, y lo intento, hasta que de repente la veo a ella, y también a mí, sumidos en la oscuridad; de modo que miro a nuestro alrededor, y me doy cuenta de que el sol ha desaparecido. *Madam* Mina se ríe, y yo me vuelvo y la miro. Ahora está completamente despierta y tiene mejor aspecto que nunca desde aquella noche en Carfax, cuando entramos en casa del Conde por primera vez. Estoy sorprendido, y nada tranquilo; pero ella se muestra tan animada y tierna y atenta conmigo que olvido todo temor. Enciendo una hoguera, pues hemos traído con nosotros una carga de leña, y ella prepara comida mientras yo les quito los roncales a los caballos y los ato en un refugio para que se alimenten. Entonces, cuando regreso junto a la hoguera, ella tiene mi cena lista. Voy a servirla; pero ella sonríe, y me dice que ya ha comido, que estaba tan hambrienta que no ha podido esperar. Esto no me gusta nada, y tengo serias dudas; pero temo afligirla, de modo que guardo silencio. Ella me sirve y como solo; después nos envolvemos en pieles y nos tumbamos junto al fuego, y yo le digo que duerma mientras vigilo. Pero al rato me olvido por completo de vigilar; y cuando de repente recuerdo que vigilo, la veo silenciosamente tumbada, pero despierta, observándome con unos ojos muy brillantes. Una y dos veces más ocurre lo mismo, y duermo mucho hasta poco antes del amanecer. Cuando me despierto, intento hipnotizarla; pero, por desgracia, aunque ella cierra los ojos obediente, no consigue dormir. El sol se alza, y se alza, y se alza. Y entonces, por fin, llega el sueño, pero es demasiado tarde. Sin embargo, es tan profundo que no se despierta. Cuando le he puesto los arreos a

los caballos y lo he preparado todo, tengo que levantarla y subirla dormida al carruaje. *Madam* Mina aún duerme; y en su sueño se la ve más sana y más roja que antes. Y eso no me gusta. ¡Y tengo miedo, miedo, miedo! Temo todas las cosas, incluso pensar; pero debo seguir avanzando. Lo que está en juego es cuestión de vida o muerte, o de más que eso, y no debemos titubear.

5 de noviembre, mañana . —Permíteme que te cuente con precisión todo lo que ha sucedido, pues aunque tú y yo hemos visto algunas cosas extrañas juntos, ahora podrías pensar que yo, Van Helsing, estoy loco; que los muchos horrores y la prolongada tensión nerviosa han acabado por desequilibrar mi cerebro.

Ayer viajamos durante todo el día, acercándonos cada vez más a las montañas, y adentrándonos en una región cada vez más agreste y desierta. Hay profundos y amenazadores precipicios, y muchas cascadas de agua; y la Naturaleza parecía haber celebrado aquí su carnaval en algún momento. *Madam* Mina duerme y duerme; y aunque me entra hambre y la calmo, no puedo despertarla, ni siquiera para comer. Empecé a temer que el fatal hechizo del lugar se hubiera apoderado de ella, contaminada como está por el bautismo del Vampiro. «Bueno, —me dije—, si resulta que ella duerme durante todo el día, tampoco yo dormiré por la noche». Dejando que los caballos avanzaran por la rudimentaria carretera, pues era una carretera primitiva e imperfecta, agaché la cabeza y dormí. De nuevo me desperté con una sensación de culpa y de tiempo transcurrido, y descubrí que *madam* Mina seguía dormida, y que el sol estaba bajando. Pero todo lo demás había cambiado; las ceñudas montañas parecían más lejanas y nos encontrábamos cerca de la cumbre de una escarpadísima colina, en cuya cumbre había un castillo como aquel del que habla Jonathan en su diario. Me sentí jubiloso y temeroso a la vez; pues ahora, para bien o para mal, el fin estaba cerca. Desperté a *madam* Mina y de nuevo intenté hipnotizarla. ¡Pero ay! Sin resultado. Entonces, antes de que la gran oscuridad cayera sobre nosotros —pues incluso después del ocaso los cielos siguieron reflejando sobre la nieve los rayos del sol, y todo se mantuvo durante un tiempo como en un gran crepúsculo—, desengancho a los caballos, los llevo al primer refugio que encuentro y los alimento. A continuación preparo una hoguera y le digo a *madam* Mina, ahora despierta y más encantadora que nunca, que se siente cerca, cómodamente entre sus pieles. Preparo comida; pero ella no quiere comer, diciendo sencillamente que no tiene hambre. No la presiono, pues sé que es en vano. Pero yo sí como, pues ahora necesito ser fuerte por todos nosotros. Entonces, sintiendo mucho miedo por lo que pueda suceder, dibujo un círculo —lo suficientemente grande como para que ella esté cómoda— alrededor de donde está sentada *madam* Mina; y sobre el anillo paso la Hostia, desmenuzándola para que todo quede bien protegido. Ella permaneció inmóvil todo el tiempo... tan inmóvil como una muerta; y palideció e incluso palideció más aún, hasta que ni siquiera la nieve fue tan blanca; y no dijo ni una sola palabra. Pero cuando me acerqué más, se abrazó a mí, y noté que la pobre

temblaba de la cabeza a los pies con tal intensidad que daba lástima. Cuando se tranquilizó un poco, le dije:

—¿No quiere acercarse más al fuego? —pues deseaba poner a prueba lo que podía hacer. Ella se levantó obedientemente, pero cuando dio un paso se detuvo y permaneció inmóvil, como paralizada.

—¿Por qué no sigue? —pregunté. Ella negó con la cabeza y, retrocediendo, volvió a sentarse en su sitio. Entonces, mirándome con los ojos completamente abiertos, como alguien que acaba de despertar del sueño, dijo simplemente:

—¡No puedo! —y permaneció en silencio. Aquello me alegró, pues sabía que si ella no podía, tampoco podría ninguno de aquéllos a los que temíamos. ¡Aunque su cuerpo peligrara, su alma aún seguía a salvo!

Al cabo de un rato los caballos empezaron a relinchar nerviosamente, y tiraron de sus ronzales hasta que me acerqué a calmarles. Cuando notaron mis caricias, relincharon suavemente, como si estuvieran alegres, y me lamieron las manos y se quedaron tranquilos un rato. Tuve que volver a tranquilizarlos varias veces durante la noche, hasta que llegó la hora gélida en la que toda la naturaleza se encuentra en su punto más bajo; y cada vez mi llegada les tranquilizaba. Cuando llegó la hora gélida, el fuego empezó a morir, y yo me dispuse a acercarme para alimentarlo, pues ahora nevaba a ráfagas y se había levantado una niebla helada. A pesar de la oscuridad, había cierta claridad, como sucede siempre en la nieve; y las ráfagas de nieve y las espirales de niebla parecían cobrar la forma de mujeres que arrastraran largos vestidos. Todo estaba envuelto en un silencio fúnebre, siniestro. El único sonido era el de los caballos relinchando y encogiéndose, completamente aterrorizados. Empecé a sentir miedo, un miedo horrible; pero entonces me inundó la sensación de seguridad que desprendía aquel anillo en cuyo interior me encontraba. Empecé a creer, también, que la noche y la penumbra y la falta de sueño acumulada y todas las terribles preocupaciones estaban afectando a mi imaginación. Era como si mis recuerdos de la horrenda experiencia de Jonathan me estuvieran engañando; pues los copos de nieve y la niebla empezaron a girar y a arremolinarse, hasta que pude ver como una imagen difusa de aquellas mujeres que querían besarle. Entonces los caballos se encogieron aún más y gimieron de terror tal y como lo hacen los hombres heridos. Ni siquiera podían recurrir a la locura como vía de escape. Cuando estas extrañas figuras se acercaron a nosotros y nos rodearon, temí por mi querida *madam* Mina. Me volví a mirarla, pero ella estaba tranquilamente sentada y me sonrió; cuando iba a acercarme a echar más troncos al fuego, ella me agarró y me lo impidió, susurrando en un tono tan bajo que su voz parecía salida de un sueño:

—¡No! ¡No! No salga de aquí. ¡Aquí está usted a salvo!

Me volví hacia ella y, mirándole a los ojos, dije:

—Pero ¿y usted? ¡Es por usted por quien temo!

Ella se echó a reír... una risa grave e irreal, y dijo:

—¡Teme por *mí*! ¿Por qué temer por mí? Nadie está más a salvo de ellas en todo el mundo que yo.

Y mientras me preguntaba el significado de sus palabras, un soplo de viento avivó las llamas y vi la roja cicatriz de su frente. ¡Entonces, ay, lo supe! De no haberlo hecho entonces, lo habría sabido pronto, pues las ondulantes figuras de nieve y niebla se acercaron aún más, pero siempre manteniéndose fuera del círculo Sagrado. Entonces comenzaron a materializarse, hasta que —si Dios no me ha arrebatado la razón, pues lo vi con mis propios ojos— tuve frente a mí encarnadas a las mismas tres mujeres que Jonathan había visto en la habitación, cuando quisieron besar su garganta. Reconocí las formas redondas y oscilantes, los ojos duros y brillantes, los dientes blancos, el color rojizo, los labios voluptuosos. No dejaban de sonreír a la pobre *madam* Mina; y cuando su risa rompió el silencio de la noche, entrelazaron sus brazos y la señalaron, y dijeron con aquellas voces suaves y cantarinas que Jonathan comparó con la intolerable dulzura del tintineo de unas copas de cristal:

—Ven, hermana. Ven con nosotras. ¡Ven! ¡Ven!

Horrorizado, me volví hacia mi pobre *madam* Mina, y mi corazón saltó de alegría como una llama. Pues el terror de sus dulces ojos, su repulsión, su horror... le hablaban a mi corazón en tonos de esperanza. Alabado sea Dios, ella no era, todavía, una de ellos. Tomé unos troncos que tenía junto a mí y, extendiendo la Hostia, avancé hacia ellas, acercándome al fuego. Ellas retrocedieron ante mí, y rieron con su risa horrída y grave. Alimenté el fuego sin temor; pues sabía que nuestras protecciones nos mantendrían a salvo. Ellas no podían acercarse a mí mientras estuviera armado de aquel modo, ni tampoco a *madam* Mina mientras permaneciera en el interior del anillo, que no podría abandonar más de lo que ellas podían penetrar en él. Los caballos habían dejado de gemir y yacían inmóviles en el suelo; la nieve caía sobre ellos suavemente, y los iba recubriendo de blanco. Supe que los pobres animales ya no sufrirían más terror.

Y así permanecimos, hasta que el rojo del amanecer comenzó a romper la penumbra de la nieve. Estaba desolado y atemorizado, lleno de pena y terror; pero cuando aquel hermoso sol comenzó a alzarse sobre el horizonte, volví a sentirme vivo. Tan pronto como llegaron los primeros indicios del alba, las horripilantes figuras se disolvieron entre la niebla y los remolinos de nieve; las espirales de oscura bruma se alejaron en dirección al castillo y desaparecieron.

Con la llegada del amanecer, me volví instintivamente hacia *madam* Mina, pretendiendo hipnotizarla; pero había caído en un sueño profundo y repentino del cual no pude despertarla. Intenté hipnotizarla dormida,

pero no respondió; y se ha hecho de día. Aún temo moverme. He reavivado el fuego y he ido a ver a los caballos; están todos muertos. Hoy tengo mucho que hacer aquí, y sigo esperando hasta que el sol esté bien alto; pues podría tener que entrar en ciertos lugares en los que esa luz del sol, a pesar de que la nieve y la niebla la oscurezcan, será para mí una salvaguarda.

Recuperaré fuerzas con un buen desayuno, y luego iré a cumplir mi terrible misión. *Madam* Mina aún duerme. ¡Gracias a Dios su sueño es tranquilo...!

DIARIO DE JONATHAN HARKER

4 de noviembre, tarde . —El accidente con la lancha nos ha supuesto un terrible contratiempo. De no haber sido por eso, hace tiempo que habríamos alcanzado a la barcaza; y ahora mi querida Mina sería libre. Temo pensar en ella, allí en las rasas, cerca de aquel horrendo lugar. Hemos conseguido caballos, y estamos siguiendo el rastro. Anoto esto mientras Godalming se prepara. Vamos armados. Los zíngaros deberán andarse con ojo si pretenden luchar. ¡Oh, si al menos Morris y Seward estuvieran con nosotros! ¡Debemos tener esperanza! Si no escribo más... ¡Adiós, Mina! Que Dios te bendiga y te proteja.

DIARIO DEL DOCTOR SEWARD

5 de noviembre . —Al amanecer hemos divisado al grupo de zíngaros alejándose rápidamente del río. Han rodeado su *leiter-waggon* formando una piña, y han acelerado la marcha, como si se sintieran acosados. La nieve cae en copos ligeros y se intuye una extraña agitación en el aire. Podría deberse a nuestro propio nerviosismo, pero también la meteorología es extraña. A lo lejos puedo oír el aullido de los lobos; la nieve les hace bajar de las montañas; estamos rodeados de peligros por todos los flancos. Los caballos están casi listos, y pronto reanudaremos la marcha. Cabalgamos hacia la muerte de alguien. Pero sólo Dios sabe de quién, o dónde, o qué, o cuándo, o cómo sucederá...

MEMORÁNDUM DEL DOCTOR VAN HELSING

5 de noviembre, tarde . —Al menos estoy cuerdo. Gracias, Dios mío, por esa merced, aunque la prueba ha sido espantosa. Dejé a *madam* Mina durmiendo dentro del círculo Sagrado y me dirigí al castillo. El martillo de herrero que traje desde Veresti en el carruaje me fue útil; pues, aunque todas las puertas estaban abiertas, desencajé sus oxidadas bisagras para evitar que se cerraran, bien por mala suerte o bien por mala intención, y una vez dentro no pudiera salir. La amarga experiencia de Jonathan me sirvió de guía. Gracias a lo que recordaba de su diario encontré el camino hasta la vieja capilla, pues sabía que mi tarea me esperaba allí. El ambiente era opresivo; parecía como si hubiera algún vapor sulfuroso, que por momentos llegó a marearme^[294] . No estaba seguro de si me zumbaban los oídos, o si había oído el aullido de los lobos a lo lejos. Entonces pensé en mi querida *madam* Mina, y me vi en un terrible dilema. Estaba entre la espada y la pared. Como no me había atrevido a traerla al interior de este lugar, la había dejado a salvo del Vampiro en el interior de aquel círculo Sagrado; ¡y sin embargo allí estaría el lobo! Decidí que mi trabajo estaba aquí, y que en cuanto a los lobos debíamos resignarnos, si ésa fuera la Voluntad de Dios. Después de todo, sólo se trataba de la muerte y, más allá, la libertad. De modo que decidí por ella. En mi caso la elección habría sido fácil; ¡mejor descansar en las fauces del lobo que en la tumba del Vampiro! Así que decido continuar con mi trabajo.

Sé que tengo que encontrar al menos tres tumbas... tres tumbas habitadas; así que busco y busco y por fin encuentro una de ellas. Estaba durmiendo el sueño del Vampiro tan llena de vida y voluptuosa belleza que me estremezco al pensar que he venido a cometer un asesinato. ¡Ah! No me cabe duda de que antaño, cuando sucedían cosas semejantes, más de un hombre dispuesto a acometer una tarea como la mía descubrió que en el momento de la verdad le fallaba la voluntad, y luego el valor. De modo que se demora, y se demora, y se demora... hasta que la mera belleza y la fascinación de la lasciva no-muerta le hipnotizan; y él se queda admirándola hasta que llega el ocaso y el sueño del Vampiro termina. Entonces los hermosos ojos de la bella mujer se abren y miran con amor, y la boca voluptuosa se abre para ofrecer un beso... y el hombre es débil. Y una nueva víctima se suma a la grey del Vampiro, ¡un nuevo miembro para engrosar las siniestras y horripilantes huestes del no-muerto!...

Sin duda debe de existir cierta fascinación, cuando incluso yo me veo conmovido ante la mera presencia de semejante ser; a pesar de que yace en una tumba desgastada por el tiempo y recubierta por el polvo de siglos; a pesar de la persistencia de ese inmundo hedor que tienen las guaridas del Conde. Sí, me conmoví. Yo, Van Helsing, con toda mi resolución y mis motivos para odiar, me conmoví hasta tal punto que un

anhelo por demorar mi tarea pareció paralizar mis facultades y entorpecerme el alma. Tal vez la falta de sueño natural y la extraña opresión del aire empezaran a afectarme. Pero lo cierto es que me estaba sumiendo en el sueño —el sueño despierto de uno que se rinde ante una dulce fascinación—, cuando a través del aire despejado por la nieve me llegó un prolongado y apagado lamento, tan lleno de pena y aflicción que me despertó como un toque de clarín. Pues era la voz de mi querida *madam* Mina.

Entonces me dispuse de nuevo a llevar a cabo mi horrenda tarea, y fui levantando tapas de tumbas con una palanca hasta encontrar a otra de las hermanas, también morena. No me atrevo a detenerme a mirarla como a su hermana, pues no quiero quedarme de nuevo embelesado, de modo que sigo registrando hasta que, al cabo de un rato, encuentro en el interior de un magnífico sepulcro, aparentemente levantado para alguien muy querido, a la hermana rubia que, al igual que Jonathan, había visto materializarse a partir de los átomos de la niebla. Era tan bella, tan radiantemente hermosa, tan exquisitamente voluptuosa, que el mismo instinto masculino que hay en mí, y que ha llevado a algunos de los de mi sexo a amar y a proteger a una del suyo^[295], provocó que mi cabeza diera vueltas con una nueva emoción. Pero, gracias a Dios, el lamento de mi querida *madam* Mina aún no se había apagado en mis oídos, por lo que, antes de que su hechizo se apoderara de mí por completo, ya había reunido el coraje suficiente para llevar a cabo mi brutal tarea. Había registrado todas las tumbas que había podido encontrar en la capilla; y como la noche anterior sólo habían acudido a nosotros estas tres espectrales no-muertas, asumí que no habría más no-muertos en activo. Había un gran sepulcro más señorial que los demás; era enorme, y de majestuosas proporciones. En él no había escrita sino una única palabra:

DRÁCULA

Éste era, pues, el hogar no-muerto del Rey Vampiro, al que tantos otros se debían. El hecho de que estuviera vacío me aseguraba con elocuencia lo que yo ya sabía. Antes de acometer la terrible tarea de devolverles a aquellas mujeres su condición de auténticas muertas, deposité en el interior de la tumba de Drácula un fragmento de la Hostia, desterrándole de este modo de ella, no-muerto, para siempre.

Entonces emprendí la tarea que tanto temía. Si se hubiera tratado sólo de una, habría sido relativamente sencillo. ¡Pero tres...! ¡Tener que volver a empezar otras dos veces después de haber completado aquel acto de horror! Pues si terrible fue en el caso de la dulce señorita Lucy, ¿cómo no sería en el de estas extrañas que llevaban siglos sobreviviendo, que se habían fortalecido con el paso de los años, que lucharían, si podían, por preservar sus abominables vidas...?

Oh, amigo mío, fue un trabajo de carnicero^[296]. De no haber reunido coraje conjurando recuerdos de otra muerta, y de la viva sobre la que pendía semejante espanto, no habría sido capaz de completarlo. No paré

de temblar hasta que todo terminó, aunque alabado sea Dios, mi valor no me abandonó. De no haber visto el reposo y la felicidad que cubrió el primer rostro justo antes de que se produjera la disolución final, como demostración de que el alma había sido recuperada, no habría podido continuar con mi carnicería. No habría podido volver a soportar el horrendo chirrido de la estaca al penetrar hasta el fondo; el desplomarse del cuerpo contorsionado y los labios cubiertos de espuma sanguinolenta. Habría huido aterrorizado dejando mi trabajo sin concluir. ¡Pero he terminado! Y ahora puedo compadecerme de esas pobres almas, y llorar al recordarlas, durmiendo plácidamente en su sueño de muerte plena, durante un instante antes de desvanecerse. Pues, amigo John, apenas había terminado de cortar la cabeza de cada una con mi cuchillo cuando todo el cuerpo comenzó a desmoronarse y a deshacerse en polvo primigenio, como si la muerte hubiera ocurrido hace siglos y por fin se hubiera hecho valer, gritando súbitamente: «¡Aquí estoy!».

Antes de salir del castillo arreglé todas sus entradas de modo que el Conde nunca pueda volver a entrar en él como no-muerto.

Cuando entré en el círculo en el que dormía *madam* Mina, ésta se despertó y, al verme, se echó a llorar diciendo que yo había soportado demasiado.

—¡Venga! —dijo—. ¡Alejémonos de este horrible lugar! Vayamos al encuentro de mi esposo que, lo sé, está viniendo hacia nosotros.

Estaba muy delgada y pálida y débil; pero sus ojos eran puros y brillaban con fervor. Me alegró ver su palidez y su enfermedad, pues en mi mente aún estaba fresco el horror del rubicundo sueño del Vampiro.

Y así, con esperanza y confianza, y sin embargo llenos de espanto nos dirigimos hacia el este para encontrarnos con nuestros amigos... y también con *él*, pues *madam* Mina me dice que *sabe que* todos vienen a nuestro encuentro.

DIARIO DE MINA HARKER

6 de noviembre . —La tarde estaba ya muy avanzada cuando el profesor y yo emprendimos el camino hacia el este, por donde yo sabía que llegaría Jonathan. No avanzamos demasiado rápido, ya que, aunque el camino descendía pronunciadamente, teníamos que acarrear nuestras pesadas pieles y abrigos, pues no nos atrevíamos a afrontar la posibilidad de quedar desprotegidos ante el frío y la nieve. También tuvimos que cargar con algunas de nuestras provisiones, pues nos encontrábamos en mitad de la más completa desolación y, hasta donde podíamos distinguir a través de la nevada, no se veían ni siquiera vestigios de vida humana. Cuando llevábamos recorrida como una milla, me sentía tan cansada por la dura caminata que me senté a descansar. Entonces volvimos la vista atrás y vimos la silueta del castillo de Drácula recortada nítidamente contra el cielo; habíamos descendido tanto desde el lugar sobre el que se levantaba, que desde nuestra perspectiva parecía que los montes Cárpatos estuvieran muy por debajo de él. Lo vimos en toda su grandiosidad, encaramado en una cumbre sobre mil pies de puro precipicio, y separado de cualquiera de los montes adyacentes por un gran abismo. Aquel lugar tenía algo de descabellado e imposible. Pudimos oír los distantes aullidos de los lobos. Estaban lejos, pero el sonido, aun amortiguado por la ensordecedora nevada, nos llenó de terror. Supe, por el modo en el que el doctor Van Helsing estaba observando los alrededores, que estaba intentando localizar algún punto estratégico en el que estuviéramos menos expuestos en caso de ataque. El rudimentario camino seguía descendiendo pronunciadamente; podíamos distinguirlo por debajo de la nieve caída.

Al cabo de un rato el profesor me hizo una señal, de modo que me levanté y fui hasta él. Había encontrado un lugar idóneo, una especie de oquedad natural en una roca, con una entrada como un pórtico entre dos peñas. Me tomó de la mano y me condujo al interior:

—¡Vea! —dijo—. Podemos refugiarnos aquí; y si vinieran los lobos, podría enfrentarme a ellos de uno en uno.

A continuación entró nuestras pieles y me preparó un cómodo asiento. Después, sacó algunas provisiones y me pidió que comiera. Pero no pude; ya sólo intentarlo me provocaba repugnancia y, por mucho que me hubiera gustado complacerle, no pude obligarme a intentarlo. Pareció ponerse muy triste, pero no me lo reprochó. Tras sacar sus prismáticos del estuche, subió a lo alto de la roca y empezó a escrutar el horizonte. De repente gritó:

—¡Mire, *madam* Mina, mire! ¡Mire!

Me levanté de un salto y subí a la roca junto a él; el profesor me tendió sus prismáticos y señaló. La nieve caía ahora con más fuerza, y se arremolinaba fieramente, pues estaba levantándose un fuerte viento. En cualquier caso, ocasionalmente se producían pausas entre las ráfagas de nieve que me permitían ver bastante. Desde la altura a la que nos encontrábamos era posible ver a gran distancia; y allá a lo lejos, por detrás de la blanca inmensidad, pude ver el río extendiéndose como una cinta negra llena de ondas y rizos, siguiendo su cauce serpenteante. Justo frente a nosotros, y no demasiado lejos —de hecho, tan cerca que me asombró no haberlos visto antes—, un grupo de hombres a caballo se dirigía hacia nosotros a toda velocidad. En medio llevaban un carro, un gran *leiter-waggon* que oscilaba de un lado a otro como el rabo de un perro con cada accidente del camino. Recortados contra la nieve, pude ver por sus ropas que eran campesinos o gitanos de alguna clase.

Sobre el carro había una gran caja cuadrada. Mi corazón dio un vuelco al verla, pues sentí que el final estaba muy cerca. El atardecer estaba ahora muy cercano, y yo sabía perfectamente que con la puesta de sol aquella Cosa que hasta entonces había estado aprisionada en su interior tendría libertad para adoptar cualquiera de sus muchas formas y eludir todo tipo de persecución. Asustada, me volví hacia el profesor, pero con gran consternación descubrí que no estaba a mi lado. Un instante después, le vi abajo. Estaba dibujando un círculo alrededor de la roca, igual que el que nos había ofrecido refugio la noche anterior. Cuando lo completó, subió de nuevo junto a mí, diciendo:

—¡Al menos aquí estará a salvo de él!

Recuperó sus prismáticos y, aprovechando la siguiente pausa entre ráfagas de nieve, escrutó toda el área que se extendía por debajo de nosotros.

—Vea —dijo—, vienen rápidamente; están azotando a los caballos y forzando el galope tanto como pueden.

Hizo una pausa y luego continuó con voz cavernosa:

—Están corriendo contra el sol. Quizá sea demasiado tarde. ¡Que sea lo que Dios quiera!

En aquel momento, la nieve volvió a caer abundantemente y de forma cegadora, impidiéndonos ver nada. En cualquier caso, pronto volvió a despejar y el profesor barrió de nuevo la planicie con sus prismáticos. Entonces gritó repentinamente:

—¡Mire! ¡Mire! ¡Mire! ¿Lo ve? Llegan otros dos jinetes galopando desde el sur. Deben de ser Quincey y John. Tome los prismáticos. ¡Mire, antes de que la nieve vuelva a taparlo todo!

Cogí los prismáticos y miré. Efectivamente, aquellos dos hombres podían ser el doctor Seward y el señor Morris. Sabía, en cualquier caso,

que ninguno de los dos era Jonathan. Pero al mismo tiempo también *sabía* que no podía estar muy lejos. Miré en todas direcciones y descubrí, al norte del grupo que se nos acercaba, a otros dos jinetes montando a matabalho. *Supe* que uno de ellos era Jonathan y asumí que el otro sería, por supuesto, lord Godalming. También ellos estaban persiguiendo al grupo del carro. Cuando se lo dije al profesor, se puso a dar gritos de alegría como un colegial y, tras mirar atentamente hasta que la nevada hizo imposible ver nada, apoyó su Winchester sobre la piedra de la entrada de nuestro refugio, preparado para utilizarlo.

—Van a converger todos —dijo—. Cuando llegue el momento, tendremos a los gitanos cubiertos desde todos los ángulos.

Saqué mi revólver dispuesta a utilizarlo, pues mientras estábamos hablando el aullido de los lobos había sonado más fuerte y más cercano. Cuando la tormenta de nieve amainó, pudimos volver a mirar por un momento. Resultaba extraño ver que, mientras cerca de nosotros caían gruesos copos de nieve, más allá, sobre las lejanas cumbres de los montes, el sol brillaba de forma cada vez más radiante a medida que iba descendiendo. Al recorrer nuestros alrededores con los prismáticos, distinguí como unos puntos diseminados que se acercaban individualmente o en grupos de dos, de tres y de más; los lobos se estaban reuniendo para atacar a su presa.

Cada segundo de espera se nos hizo eterno. El viento soplaba ahora en violentas ráfagas que arrastraban furiosamente la nieve, arremolinándola a nuestro alrededor. En ocasiones no podíamos ver ni siquiera a la distancia de un brazo; otras, en cambio, el viento parecía limpiar el aire que nos rodeaba, barriendo y bramando, de tal modo que veíamos con perfecta claridad. Últimamente nos habíamos acostumbrado de tal modo a esperar la llegada del amanecer y del ocaso que habíamos llegado a saber con bastante exactitud cuándo se produciría; y en aquel momento supimos que el sol no tardaría mucho en ocultarse.

Resultaba difícil creer que, según nuestros relojes, hubiéramos pasado menos de una hora esperando en aquel refugio rocoso antes de que los diferentes grupos comenzaran a converger cerca de nosotros. El viento llegaba ahora del norte, con ráfagas más fieras y punzantes. Aparentemente había alejado de nosotros las nubes cargadas de nieve, pues ésta ya sólo caía ocasionalmente, de tal modo que ahora podíamos distinguir perfectamente a los individuos de cada grupo, tanto a los perseguidos como a los perseguidores. Curiosamente, los perseguidos no parecían darse cuenta de que les estuvieran persiguiendo —o, si se daban, no les importaba—. En todo caso, sí parecieron apresurarse con redoblada velocidad a medida que el sol fue hundiéndose entre las cumbres de los montes.

Cada vez estaban más cerca. El profesor y yo nos agazapamos detrás de nuestra roca, con las armas preparadas; comprendí que estaba decidido

a no dejarles pasar. Tanto unos como otros ignoraban nuestra presencia.

De repente, dos voces gritaron «¡alto!» al unísono. Una era la de mi Jonathan, agudizada por la cólera; la otra tenía el tono imperioso y decidido característico de la serena autoridad del señor Morris. Puede que los gitanos no entendieran el idioma, pero no había manera de equivocarse el tono, fuese cual fuese la lengua empleada. Instintivamente, tiraron de las riendas, y en ese preciso instante lord Godalming y Jonathan se abalanzaron sobre ellos desde un costado, a la vez que el doctor Seward y el señor Morris hacían lo propio desde el otro. El jefe de los gitanos, un tipo de aspecto espléndido que montaba como un centauro, les hizo señas de que retrocedieran, y con voz fiera ordenó a sus compañeros que siguieran avanzando. Éstos fustigaron a los caballos, que saltaron hacia delante; pero los cuatro hombres levantaron sus Winchester y de forma inequívoca volvieron a ordenarles que se detuvieran. Al mismo tiempo, el doctor Van Helsing y yo salimos de detrás de nuestra roca y les apuntamos con nuestras armas. Viendo que estaban rodeados, los hombres tiraron de las riendas y se detuvieron. El jefe se volvió hacia ellos a la vez que les decía algo, y todos los componentes del grupo sacaron sus armas, cuchillos o pistolas, y se prepararon para atacar. Todo sucedió muy rápidamente.

Tirando velozmente de las riendas, el jefe llevó su caballo a la cabeza del grupo y, señalando primero al sol —que ahora estaba muy cerca de las cumbres de las colinas— y luego en dirección al castillo, dijo algo que no entendí. A modo de respuesta, los cuatro hombres de nuestro grupo saltaron de sus caballos y se abalanzaron sobre el carro. Debería de haber sentido un miedo terrible al ver a Jonathan en semejante peligro, pero el ardor de la batalla debió de apoderarse de mí igual que del resto de ellos; pues no sentí miedo, sino sólo un deseo incontenible de pasar a la acción. Viendo la rápida maniobra de nuestro grupo, el jefe de los gitanos dio una nueva orden y sus hombres se agruparon instantáneamente en torno al carro con una especie de empeño indisciplinado, empujándose y golpeándose entre ellos en su ansiedad por obedecer la orden.

En medio de aquel fragor, pude ver que Jonathan por un lado, y Quincey por el otro, trataban de romper el cerco de gitanos abriéndose camino hacia el carro; resultaba evidente que estaban decididos a completar su tarea antes de que se pusiera el sol. Nada pareció detenerles, ni siquiera obstaculizarles. Ni las armas que les apuntaban, ni los cuchillos resplandecientes que empuñaban los gitanos frente a ellos, ni el aullido de los lobos a sus espaldas, atrajeron siquiera su atención. La impetuosidad de Jonathan y la manifiesta implacabilidad de su propósito intimidó a sus oponentes, que instintivamente se echaron a un lado y le dejaron pasar. Subió al carro de un salto y, con una fuerza que pareció increíble, levantó la gran caja y la arrojó al suelo por encima de una de las ruedas. Entretanto, el señor Morris había tenido que recurrir a la fuerza para atravesar su lado del cerco de gitanos. Todo el tiempo que había estado observando a Jonathan, con el aliento contenido, había

estado observándole también a él con el rabillo del ojo, abriéndose paso desesperadamente. Y le había visto evitar las centelleantes cuchilladas que le habían lanzado los gitanos mientras avanzaba, deteniéndolas con su gran cuchillo bowie^[297], por lo que en un principio pensé que también había conseguido atravesar el cerco sano y salvo; pero cuando llegó junto a Jonathan, que ahora había saltado del carro, pude ver que se agarraba un costado con la mano izquierda y que la sangre manaba a través de sus dedos. A pesar de todo, no perdió un solo instante, pues mientras Jonathan, con desesperada energía, atacaba un lado de la caja, intentando levantar la tapa con su gran machete kukri, él atacó frenéticamente la otra con su cuchillo bowie. La caja comenzó a ceder ante el esfuerzo de ambos hombres; los clavos saltaron con un rápido ruido chirriante y la tapa cayó hacia atrás.

Los gitanos, viéndose apuntados por los Winchester, a merced de lord Godalming y del doctor Seward, se habían rendido y no ofrecían resistencia. El sol casi se había ocultado por detrás de las cumbres de las montañas, y las alargadas sombras de todo el grupo se extendían sobre la nieve. Vi al Conde en el interior de la caja, tendido sobre un montón de tierra, parte de la cual había cubierto su cuerpo debido a la brusca caída. Estaba mortalmente pálido, igual que una figura de cera, y sus ojos rojos centelleaban con aquella horrible mirada vengativa que demasiado bien conocía yo.

Entonces sus ojos vieron el sol hundirse en el horizonte, y su mirada de odio se convirtió en una de triunfo.

Pero, en ese preciso instante, vi el mandoble y el destello del enorme machete de Jonathan, y grité al verle segar la garganta del Conde al mismo tiempo que el cuchillo bowie del señor Morris se hundía en su corazón.

Fue como un milagro; ante nuestros ojos, y en un respiro todo el cuerpo se deshizo en polvo y desapareció de nuestra vista^[298].

Mientras viva, me alegraré recordar que incluso en aquel momento de disolución final apareció en su rostro una expresión de paz como jamás hubiera imaginado que pudiera llegar a ver.

El castillo de Drácula destacaba ahora contra el cielo rojo, y cada piedra de sus derruidas almenas se recortaba contra la luz del sol poniente^[299].

Los gitanos, considerándonos de alguna forma los causantes de la extraordinaria desaparición del hombre muerto, se dieron media vuelta sin pronunciar palabra y se alejaron a caballo como si les fuera la vida en ello. Aquellos que iban a pie, saltaron sobre el *leiter-waggon* y gritaron a los jinetes que no les abandonaran. Los lobos, que se habían retirado a una distancia prudencial, se dispersaron dejándonos solos.

El señor Morris, que había caído al suelo, se apoyó sobre un codo mientras mantenía la mano presionada contra su costado; la sangre seguía manando a través de sus dedos. Corrí hacia él, pues el círculo Sagrado ya no me retenía, y lo mismo hicieron los dos doctores. Jonathan se arrodilló detrás de él, y el herido apoyó la cabeza en su hombro. Haciendo un pequeño esfuerzo, tomó mi mano con un suspiro, y la estrechó en la suya que no estaba ensangrentada. Debíó de ver en mi rostro la angustia de mi corazón, pues sonrió y me dijo:

—Me siento muy feliz de haber sido de alguna ayuda. ¡Oh, Dios! —gritó de repente, tratando de sentarse mientras me señalaba—. ¡Por esto merecía la pena morir! ¡Miren, miren!

El sol se encontraba ahora justo sobre la cumbre de la montaña, y sus rayos rojos cayeron sobre mi rostro, bañándolo en una luz rosácea. Siguiendo un solo impulso, los hombres se arrodillaron, y de sus gargantas brotó un «amén» profundo y sincero, mientras sus ojos seguían la dirección del dedo del moribundo, que decía:

—¡Gracias a Dios, todo esto no ha sido en vano! ¡Vean! ¡Ni la nieve es tan inmaculada como su frente! ¡La maldición ha terminado!

Y, para nuestro amargo pesar, murió, con una sonrisa y en silencio, como un perfecto caballero^[300].

NOTA

Hace siete años todos atravesamos las llamas; y la felicidad que algunos de nosotros disfrutamos desde entonces, bien vale, creemos, el dolor que tuvimos que soportar. Tanto para Mina como para mí fue una alegría añadida que el día del nacimiento de nuestro hijo coincidiera con el aniversario de la muerte de Quincey Morris. Sé que su madre tiene la secreta convicción de que parte del espíritu de nuestro valiente amigo ha pasado a él. Aunque le pusimos los nombres de todos los que formábamos el grupo, nosotros le llamamos Quincey.

Este verano hicimos un viaje a Transilvania y recorrimos la vieja región, que para nosotros estuvo —y sigue estando— tan llena de imborrables y terribles recuerdos. Nos resultó casi imposible creer que las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos y escuchado con nuestros propios oídos fuesen verdad. Hasta el último rastro de todo lo que sucedió había desaparecido. El castillo sigue en pie, aliándose sobre un yermo de desolación.

Cuando regresamos a casa nos pusimos a hablar de los viejos tiempos, que todos podemos recordar sin desesperación, pues tanto Godalming como Seward están felizmente casados. Saqué los papeles de la caja fuerte en la que han permanecido desde que regresamos hace tanto tiempo, y nos sorprendió el hecho de que, entre la enorme cantidad de material de que está compuesta esta relación... ¡apenas hay un documento auténtico! Nada, salvo un montón de folios mecanografiados, a excepción de las últimas notas de Mina, de Seward y mías y del memorando de Van Helsing. Difícilmente podríamos pedirle a nadie, aunque lo deseáramos, que los aceptara como prueba de una historia tan descabellada. Van Helsing lo resumió perfectamente cuando dijo, con nuestro hijo sentado sobre sus rodillas:

—¡No necesitamos pruebas; no le pedimos a nadie que nos crea! Este niño sabrá algún día lo valiente y noble que es su madre. Por ahora ya conoce su dulzura y sus cariñosos cuidados; más adelante comprenderá que algunos hombres la amaron tanto que lo arriesgaron todo por ella.

JONATHAN HARKER

APÉNDICES

APÉNDICE I

Introducción de Bram Stoker a la edición islandesa de Drácula

En 1901 se publicó en Islandia la primera edición en lengua no inglesa de Drácula, retitulada *Makt myrkranna (Los poderes de la oscuridad)*. A pesar de tratarse de una versión considerablemente reducida de la novela —o quizá por ello—, Bram Stoker decidió escribir un nuevo prefacio con objeto de aumentar la ilusión de verosimilitud de su obra. La versión inglesa del prefacio fue recuperada por primera vez en el volumen *A Bram Stoker Omnibus*, editado por Richard Dalby (Foulsham, 1986).

* * *

Prefacio del autor

El lector de esta historia comprenderá en breve cómo los hechos descritos en estas páginas han ido acumulándose gradualmente hasta formar un todo lógico. Salvo por algunos detalles menores, de los que he prescindido al considerarlos innecesarios, he dejado que sean las personas implicadas quienes relaten sus experiencias a su modo; si bien, por razones obvias, he cambiado sus nombres y los lugares reales. En todos los demás aspectos he dejado el manuscrito sin alterar, en deferencia a los deseos de aquellos que han considerado su deber presentarlo ante los ojos del público.

Estoy completamente convencido de que no puede haber lugar a dudas sobre la autenticidad de los hechos aquí descritos, por muy increíbles e incomprensibles que pudieran parecer a primera vista. Y más convencido aún estoy de que siempre deberán seguir siendo hasta cierto punto incomprensibles, a pesar de que la investigación continuada en campos como la psicología y las ciencias naturales podría, en años venideros, ofrecer explicaciones lógicas a unos sucesos tan extraños que, en el momento presente, resultan incomprensibles tanto para los científicos como para la policía secreta. Reitero que la misteriosa tragedia que aquí se describe es completamente cierta en todos sus aspectos externos, aunque, naturalmente, yo he llegado en determinados puntos a diferentes conclusiones que aquellos envueltos en la trama. Pero los hechos son incontestables, y tantas personas los conocen que no pueden ser negados. Esta serie de crímenes aún no se han desvanecido de la memoria... una serie de crímenes que parecen haberse originado en la misma fuente y haber suscitado tanta repugnancia en personas de todo el mundo como los asesinatos de Jack el Destripador, quien entró en la historia un poco más tarde^[1]. Varias personas recordarán aún al destacable grupo de extranjeros que durante varias temporadas seguidas desempeñaron un deslumbrante

papel en la vida de la aristocracia de aquí, de Londres; y algunos recordarán también la repentina desaparición de uno de ellos, sin motivo aparente y sin dejar ni rastro. Todos aquellos que han jugado, voluntaria o involuntariamente, un papel en esta extraordinaria historia son personas bien conocidas y respetadas. Tanto Jonathan Harker y su esposa (que es una mujer de carácter) como el doctor Seward son amigos míos desde hace muchos años, y nunca he dudado de que me estuvieran contando la verdad. También el científico universalmente respetado que aparece aquí bajo pseudónimo es demasiado famoso entre las gentes educadas como para que su nombre auténtico, que he preferido no especificar, no pueda ser intuido por la gran mayoría... sobre todo por aquellos que, por experiencia, han aprendido a valorar y a respetar su genio y sus logros, aunque no compartan su visión de la vida más de lo que lo pueda hacer yo. Pero en unos tiempos como los nuestros, debería resultar evidente para todos los hombres serios y pensadores que

«hay más cosas en el cielo y en la tierra

de las que tu filosofía pudo soñar"^[2] .

Londres,

agosto 1898

B.S.

APÉNDICE II

El invitado de Drácula

En 1914, la editorial londinense George Rutledge & Sons publicó el volumen *Draculas Guest and Other Weird Stories*, una notable colección de cuentos de Bram Stoker, entre los que se encontraban varias de sus historias cortas más celebradas, como «La casa del juez», «La squaw» o «El entierro de las ratas. —En el prefacio, la viuda de Bram, Florence Stoker, afirmaba lo siguiente—: Un par de meses antes de su triste fallecimiento —podría decir que incluso mientras la sombra de la muerte planeaba sobre él—, mi esposo preparó para su publicación tres colecciones de relatos cortos, y ésta es una de ellas. A su lista original de cuentos para este volumen yo he añadido un episodio hasta ahora inédito de *Drácula*. En su momento fue suprimido debido a la longitud de la obra, y podría resultar de interés para los muchos lectores del que es considerado el trabajo más destacado de mi esposo». Si bien la explicación de Florence Stoker ha sido puesta en entredicho en varios estudios recientes^[3], lo cierto es que el problema es mucho más complejo de lo que podría parecer en un primer momento como para descartarla de buenas a primeras. Que Stoker eliminó páginas de la versión final de *Drácula* es un hecho incontestable. La versión original mecanografiada de la novela (nunca se ha encontrado una versión manuscrita, por lo que la opinión general es que escribió *Drácula* directamente a máquina), consta de tres numeraciones distintas, dos de ellas tachadas, reflejando los numerosos cambios y reordenamientos que debió de ir sufriendo el documento (Stoker, al igual que su amigo y coetáneo Conan Doyle, se sirvió de un sistema de «recorta y pega» a la hora de estructurar la versión final de la novela). Y si bien la renumeración definitiva, hecha a mano, anuncia que la novela comienza por la página 3, esa misma página lleva escrito a máquina el número 103, lo que implica que en un determinado momento Stoker decidió prescindir de 102 páginas, de las que no obstante recuperó ciertos elementos sumados en última instancia al documento final (por ejemplo, el verso del *Lenore* de Burger, utilizado en «El invitado de Drácula», reaparece en el capítulo I de la versión definitiva de la novela, en una nota añadida a mano). Las notas supervivientes de Stoker nos dan una ligera idea de qué hubiéramos podido encontrar en esas 102 páginas. Los primeros esbozos de la novela, desarrollados a lo largo de 1890, indican un intercambio de correspondencia a tres bandas entre el Conde Wampyr de Styria, Austria, sir Robert Parton, presidente de la Incorporated Law Society, y un abogado llamado Abraham Aronson^[4]. El Conde, en una de sus cartas, le exige a Aronson que le envíe un representante que no hable alemán, presumiblemente para evitar que los campesinos puedan advertirle de lo que le espera. Aronson decide encargarle la misión a su hombre de confianza, Jonathan Harker, lo que explicaría que en «El invitado de Drácula» éste

no hable alemán, a pesar de que en la versión final de la novela sí tenga «escasos conocimientos» del idioma. A continuación, Harker describiría su viaje mediante las anotaciones en su diario y varias cartas a su prometida. Dos años más tarde, en febrero de 1892, Stoker escribió un memorando en el que ya quedan perfectamente establecidos todos los elementos que aparecerían en la novela tal y como se publicaría cinco años después. Para entonces, ha decidido cambiar el escenario de Styria a Transilvania y el Conde Wampyr ha pasado a ser el Conde Drácula, pero los tres primeros capítulos de la novela siguen centrándose en las peripecias de Harker en Múnich. Stoker recapitula sucintamente los hechos del siguiente modo: «Harker's Diary - Munich - Wolf» [Diario de Harker, Múnich, Lobo] y «Harker's Diary - Munich - Dead House» [Diario de Harker, Múnich, Panteón]. Más tarde, en un intento por dejar firmemente establecida la cronología, Stoker preparó un calendario indicando los días exactos en los que debía suceder cada acontecimiento. Así, el 16 de marzo, Drácula le envía su primera carta a Peter Hawkins; el presidente de la Incorporated Law Society hace lo propio el 21 de marzo; Harker visita Purfleet el 23 de marzo y localiza Carfax al día siguiente; el 13 de abril Drácula escribe al *maitre d'hôtel* del *Quatre Saisons* de Múnich; el 16 de abril Harker visita a Mina en el colegio en el que trabaja ésta^[5]; el 25 por la noche sale de Londres, llegando a París a la mañana siguiente y tomando de inmediato el tren a Múnich, para llegar allí la noche del 26; el 27 tiene una aventura con un lobo en la nieve, es devuelto al hotel a primeras horas del 28 y pasa tanto este día como el siguiente recuperándose de la experiencia; el día 30 Harker va a la ópera a ver *El Holandés Errante*, de Wagner; finalmente, el 1 de mayo visita un mausoleo y esa misma noche, a las 8:35, sale de Múnich. A partir de este momento, la cronología sigue el mismo patrón que el de la versión final de la novela^[6]. Como puede observarse, «El invitado de Drácula» es perfectamente consistente no sólo con el esquema final de la novela, sino también con su argumento. De hecho, aparentes contradicciones como la de que Harker siga sin hablar alemán tienen su paralelismo en diversos errores editoriales de Stoker que siguen campando a sus anchas por las páginas de la versión definitiva de la novela. Podría afirmarse, por lo tanto, con casi total seguridad, que lo que hoy conocemos como «El invitado de Drácula» sí formó parte en determinado momento de la novela. Otras cuestiones mucho más peliagudas, y probablemente indiscernibles, serían las de en qué momento decide Stoker prescindir de los capítulos iniciales de la novela —no parece probable que se tratase de una resolución de última hora—, hasta qué punto llegó a desarrollarlos (¿por qué resurgió la aventura de Harker con el lobo, pero no, por ejemplo, el intercambio de cartas entre Drácula y Hawkins o la visita de Harker a la ópera), y en qué medida «El invitado de Drácula» se ajusta al texto escrito por Stoker o si fue en última instancia retocado por algún anónimo editor a la hora de su publicación. En cualquier caso, y al margen de la fascinante luz que arroja sobre el proceso de creación de la novela, se trata de un relato perfectamente atmosférico e inquietante a la altura de los mejores de Stoker.

* * *

El invitado de Drácula

Había decidido dar un paseo en coche y cuando nos pusimos en marcha el sol brillaba radiante sobre Múnich y el aire estaba repleto de esa alegría propia de principios de verano. Estábamos a punto de partir cuando *Herr Delbrück* (el *maitre d'hôtel* del *Quatre Saisons*, donde me hospedaba) se acercó hasta el coche con la cabeza descubierta y, tras desearme una agradable excursión, le dijo al cochero con la mano todavía en la portezuela:

—Recuerde que ha de estar de vuelta antes de que caiga la noche. El cielo parece despejado, pero el viento del norte trae un fresco que amenaza tormenta. Aunque estoy seguro de que no se retrasará — entonces sonrió y añadió—; ya sabe qué noche es hoy.

Johann contestó con un enfático «Ja, Mein *Herr* » y, tocándose el sombrero, partió rápidamente. Cuando salimos de la ciudad, le hice una señal para que se detuviese y le pregunté:

—Dígame, Johann, ¿qué noche es ésta?

Johann se santiguó a la vez que contestaba lacónicamente:

—*Walpurgis Nacht* .

Después sacó su reloj, un enorme y anticuado armatoste alemán de plata, grande como un nabo, y lo miró con las cejas fruncidas y un leve e impaciente encogimiento de hombros. Comprendí que era su manera de protestar respetuosamente por aquella demora innecesaria, de modo que me recosté en el asiento y le indiqué mediante un gesto que continuase. Arrancó a gran velocidad, como para recuperar el tiempo perdido. Ocasionalmente, los caballos parecían levantar la cabeza y olfatear el aire con recelo. En aquellos momentos yo solía mirar alarmado a nuestro alrededor. La carretera estaba bastante desolada, ya que atravesábamos una especie de meseta barrida por el viento. Mientras seguíamos avanzando, vi un camino con aspecto de poco transitado que parecía adentrarse en un tortuoso valle. Me pareció tan tentador que, aun a riesgo de ofenderle, le pedí a Johann que se detuviese, y cuando lo hizo le dije que me gustaría descender por aquel camino. Él puso toda clase de objeciones y se santiguó repetidamente mientras hablaba. Aquello despertó mi curiosidad, de modo que le hice varias preguntas. Me contestó con evasivas y consultó repetidamente su reloj a modo de protesta. Finalmente, dije:

—Bueno, Johann, a mí me apetece bajar por ese camino. No le obligo a acompañarme a menos que lo desee, pero dígame al menos por qué no quiere venir. Es todo lo que le pido.

A modo de respuesta saltó al suelo con tanta rapidez que pareció haberse arrojado del pescante. A continuación, tendió las manos hacia mí en un gesto de súplica y me imploró que no fuese. Afortunadamente,

había suficiente inglés mezclado entre el alemán como para que pudiera comprender el hilo de su discurso. En todo momento pareció a punto de decirme algo cuya sola idea evidentemente le aterrorizaba; pero cada vez logró contenerse, exclamando al tiempo que se santiguaba:

—*¡Walpurgis Nacht !*

Traté de razonar con él, pero me resultaba difícil discutir con un hombre cuya lengua desconocía. Ciertamente, era Johann quien tenía toda la ventaja, ya que, aunque empezaba hablando en un inglés tosco y macarrónico, acababa invariablemente por excitarse y recurrir a su lengua natal, y cada vez que lo hacía consultaba su reloj. Entonces los caballos comenzaron a mostrarse inquietos y a olfatear el aire. Al darse cuenta, Johann palideció y, mirando asustado a su alrededor, se abalanzó súbitamente hacia las bridas y los hizo avanzar unos metros. Le seguí y le pregunté por qué había hecho aquello. A modo de respuesta se santiguó, señaló el lugar que acabábamos de abandonar y condujo el coche en la dirección del otro camino, señalando una cruz. Después dijo, primero en alemán y luego en inglés:

—Le enterraron aquí... el que se mató.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en las encrucijadas.

—¡Ah! Ya veo, un suicida. ¡Qué interesante! —pero a fe mía que no acababa de entender por qué estaban asustados los caballos.

Mientras estábamos hablando, oímos un sonido a medio camino entre un ladrido y un gañido. Sonó lejos, pero los caballos se inquietaron mucho y a Johann le llevó bastante tiempo apaciguarlos. Completamente pálido, dijo:

—Parece un lobo... pero ahora no hay lobos por aquí.

—¿No? —pregunté—. ¿Hace mucho que no se acercan tanto a la ciudad?

—Mucho. Mucho —contestó—. La primavera y el verano; pero con la nieve los lobos han estado por aquí hace no mucho.

Mientras acariciaba a los caballos y trataba de calmarlos, unos nubarrones oscuros cruzaron apresuradamente el cielo. El sol desapareció y un soplo de aire frío pareció azotarnos. En todo caso, fue tan sólo una ráfaga, más como una advertencia que como algo real, ya que el sol volvió a relucir de inmediato. Johann observó el horizonte protegiéndose los ojos con la mano y dijo:

—Tormenta de nieve; llegará pronto —después volvió a consultar su reloj y, sujetando las riendas con firmeza (porque los caballos seguían golpeando con los cascos y agitando la cabeza inquietos), subió sin más

al pescante, como si hubiera llegado el momento de proseguir nuestra excursión.

Yo me sentía algo obstinado, de modo que no subí enseguida al coche.

—Hábleme —solicité— del lugar al que lleva ese camino —y señalé hacia el valle.

Nuevamente se santiguó y, antes de contestar, murmuró una plegaria.

—Es impío.

—¿El qué es impío? —pregunté.

—El pueblo.

—Entonces, ¿hay un pueblo?

—No, no. Allí no vive nadie desde hace cientos de años.

Mi curiosidad era cada vez mayor.

—Pero usted ha dicho que había un pueblo.

—Había.

—¿Qué ha sido de él?

En aquel momento, Johann procedió a contarme atropelladamente una larga historia, en un alemán y un inglés tan embarullados que no pude entender exactamente qué era lo que estaba diciendo, aunque más o menos comprendí que hacía mucho tiempo, cientos de años, allí había muerto gente que había sido enterrada en sus tumbas; que se habían oído ruidos bajo la tierra y que, al abrir las tumbas, se había descubierto que los hombres y mujeres allí sepultados se encontraban tan sonrosados como los vivos, y que sus labios estaban enrojecidos por la sangre. De modo que, apresurándose para salvar sus vidas (¡sí, y sus almas! —y al decir esto se santiguó—), los que quedaban habían huido a otros lugares, donde los vivos vivieran y los muertos fuesen muertos, y no... otra cosa. Evidentemente le daba miedo pronunciar aquellas últimas palabras. A medida que había ido completando su narración se había ido poniendo cada vez más nervioso. Parecía como si su propia imaginación le hubiese dominado, abocándole a un completo paroxismo de terror, con la cara pálida, sudando profusamente, temblando y mirando a su alrededor como si temiese que alguna presencia espantosa pudiera manifestarse a pleno sol en medio de aquel llano despejado. Finalmente, en una agonía de desesperación, gritó:

—*Walpurgis Nacht* ! —y señaló al coche para que me subiera.

Toda mi sangre inglesa se sublevó al oír aquello, de modo que retrocedí y le dije:

—Usted está asustado, Johann... tiene miedo. Váyase a casa; yo ya volveré solo. El paseo me vendrá bien.

La portezuela del coche estaba abierta. Tomé del asiento mi bastón de roble (que siempre llevo en mis excursiones), y la cerré. Señalando hacia Múnich, dije:

—Regrese usted a casa, Johann; a los ingleses no nos preocupa la noche de Walpurgis.

Los caballos estaban ahora más inquietos que nunca, y Johann trataba de dominarlos mientras me rogaba excitado que no cometiese tamaña insensatez. Al verle tan preocupado, el pobre hombre me dio lástima, sin embargo, no pude evitar reírme. Había abandonado por completo el inglés. Dominado por su ansiedad, había olvidado que el único medio de que le entendiese era hablarme en mi lengua y, sin embargo, no paraba de farfullar en su alemán natal. Empezaba a resultar pesado. De modo que, tras ordenarle que regresara, di media vuelta para bajar desde la encrucijada hacia el valle.

Con un gesto de desesperación, Johann volvió los caballos hacia Múnich. Me apoyé en mi bastón y le observé. Durante un rato marchó despacio. Entonces, sobre la cumbre de la colina, apareció un hombre alto y delgado. Era cuanto pude distinguir desde tan lejos. Al acercarse a los caballos, éstos empezaron a encabritarse y a cocear, y luego a relinchar aterrorizados. Johann no pudo dominarlos, por lo que se desbocaron y emprendieron una frenética carrera. Los estuve observando hasta que se perdieron de vista, y después busqué con la mirada al desconocido, pero también se había esfumado.

Emprendí contento el camino que descendía hasta las profundidades del valle, al que tanto se había opuesto Johann. No veía que existiese la más mínima razón para tal oposición; y me atreveré a decir que durante unas dos horas, quizá, estuve andando sin pensar ni en el tiempo ni en la distancia recorrida, y desde luego sin ver persona o casa alguna. En lo que se refería al paraje, éste era pura desolación. Pero de aquella particularidad no fui consciente hasta que, al torcer en una curva, me encontré en una franja de bosque disperso; entonces me di cuenta de que, sin saberlo, había quedado impresionado por lo desolado del terreno por el que acababa de pasar.

Me senté a descansar y miré a mi alrededor. Noté con sorpresa que ahora hacía bastante más frío que al principio de mi caminata. Una especie de susurro parecía rodearme, y de cuando en cuando, sobre mi cabeza, se oía una especie de rugido apagado. Alcé los ojos y vi que unos enormes nubarrones negros cruzaban el cielo, de norte a sur, a gran velocidad y altura. Las capas altas del aire mostraban signos de tormenta inminente. Sentí un poco de frío y, pensando que se debía al

hecho de permanecer sentado después de haber andado durante tanto tiempo, reanudé el camino.

El terreno por el que iba ahora era mucho más pintoresco. Carecía de detalles sorprendentes que atrajesen la mirada, pero tenía encanto y belleza. No le presté mucha atención al tiempo, y sólo cuando percibí la llegada del crepúsculo se me ocurrió pensar en el regreso. La radiante luz del sol había desaparecido. El aire se había vuelto francamente frío y el cortejo de nubes más llamativo: pasaban acompañadas de una especie de fragor lejano, junto al que parecía llegar, a intervalos, aquel gañido misterioso que el cochero había dicho que pertenecía a un lobo. Dudé unos momentos. Pero me había decidido a visitar el pueblo abandonado, de modo que continué andando y, poco después, desemboqué en una gran extensión de campo abierto completamente rodeado de colinas. Tenían las laderas cubiertas de árboles que descendían hasta la llanura, salpicando en pequeños grupos las lomas más suaves y las depresiones que aparecían aquí y allá. Seguí con la mirada el culebreo del camino y vi que torcía cerca de un espeso grupo de árboles, perdiéndose por detrás.

Aún lo estaba mirando cuando sopló una ráfaga de aire frío y empezó a nevar. Pensé en los kilómetros y kilómetros de campo desierto que había recorrido, y me apresuré a buscar refugio en la arboleda que tenía frente a mí. El cielo estaba oscureciéndose por momentos, y la nieve caía cada vez más rápida y espesa, hasta que tanto la tierra que me rodeaba como la que se extendía frente a mí quedó recubierta por una alfombra blanca y brillante cuyo extremo más lejano se perdía en una brumosa vaguedad. En aquel tramo, el camino era extremadamente burdo, y como discurría por campo llano no se distinguían sus bordes con tanta claridad como cuando pasaba entre los árboles; poco después me di cuenta de que me había salido de él, ya que dejé de pisar terreno firme y los pies se me hundían cada vez más en la hierba y el musgo. Entonces el viento fue cobrando fuerza y potencia hasta que, empujado por él, me entraron ganas de correr. El aire se volvió gélido y, a pesar de mi ejercicio, empecé a sufrir sus efectos. La nieve caía ahora tan espesa y se arremolinaba a mi alrededor de un modo tan vertiginoso, que apenas podía mantener abiertos los ojos. De vez en cuando, un vívido relámpago rasgaba el cielo y, gracias a los rayos, pude ver ante mí una gran espesura de árboles, principalmente tejos y cipreses cubiertos por una gruesa capa de nieve.

Pronto me hallé al amparo de los árboles; y allí, en el relativo silencio, pude oír el rugido del viento sobre mi cabeza. Poco después, la negrura de la tormenta se fundió con la oscuridad de la noche. Poco a poco pareció que la tormenta empezaba a remitir: ahora sólo llegaba en furiosas ráfagas o andanadas. En aquellos momentos el extraño aullido del lobo pareció multiplicarse a mi alrededor con el eco de muchos otros sonidos.

Ocasionalmente, a través de la negra masa de nubes viajeras, surgía algún rayo de luna que iluminaba el entorno y me revelaba que me

hallaba en el lindero de una espesa masa de cipreses y tejos. Cuando la nieve dejó de caer, salí de mi refugio y me puse a inspeccionar con más detenimiento. Pensé que entre los numerosos cimientos frente a los que había pasado, aún podía quedar en pie alguna casa en la que guarecerme un rato, por muy en ruinas que estuviese. Al rodear el bosquecillo, descubrí que estaba circundado por una pequeña tapia y, siguiéndola, en breve encontré una abertura. Allí, los cipreses formaban un paseo que conducía hasta la mole cuadrada de una especie de edificio. En cualquier caso, nada más divisarlo, las nubes ocultaron la luna y tuve que recorrer el sendero completamente a oscuras. El viento debió de volverse más frío aún, ya que de repente me di cuenta de que estaba temblando. Pero esperaba encontrar cobijo, así que continué avanzando a ciegas.

Me detuve porque noté una repentina quietud. La tormenta había pasado y, quizá en sintonía con la naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Pero sólo fue un instante, porque de repente la luna volvió a irrumpir a través de las nubes, revelándome que me hallaba en un cementerio y que la construcción cuadrada que se erguía frente a mí era un enorme mausoleo de mármol, tan blanco como la nieve que lo cubría y rodeaba. Junto al claro de la luna llegó el furioso fragor de la tormenta, que pareció reanudar su curso con un aullido largo y lejano, como el de una multitud de perros o lobos. Me asusté y sentí cómo el frío se apoderaba de mí hasta encogerme el corazón. Entonces, mientras la luna seguía derramándose aún sobre la tumba de mármol, la tormenta dio nuevas muestras de reavivarse... como si estuviese regresando sobre sus pasos. Movido por alguna especie de fascinación me acerqué al sepulcro, para ver de quién era, y por qué se alzaba allí, solo, en semejante lugar. Lo rodeé y, sobre su puerta dórica, escrito en alemán, leí:

CONDESA DOLINGEN DE GRAZ

—STYRIA—

BUSCÓ Y ENCONTRÓ LA MUERTE

1801

En lo alto de la tumba, aparentemente clavada en el sólido mármol (porque el monumento estaba hecho con unos pocos y enormes bloques de piedra), había una gran pica o estaca de hierro. En la parte de atrás vi grabado con grandes caracteres cirílicos:

Los muertos viajan rápido^[7].

Había algo tan increíble y misterioso en todo aquello que el corazón me dio un vuelco y me sentí a punto de desvanecerme. Por primera vez empecé a desear haber seguido el consejo de Johann. Y entonces, casi de

manera misteriosa, me vino a la cabeza un pensamiento que me produjo un terrible sobresalto: ¡era la noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis, en la que, según creían millones de personas, el demonio recorría libremente la tierra... la noche en la que las sepulturas se abrían y los muertos se levantaban y caminaban. La noche en la que los seres malvados de la tierra y el aire y el agua campaban alegremente a sus anchas. Aquél era precisamente el lugar que el cochero había querido evitar. Aquel pueblo abandonado desde hacía siglos. Aquél era el lugar en el que yacían los suicidas. ¡Y allí me encontraba yo, solo, indefenso, temblando de frío, rodeado por un sudario de nieve y perdido en mitad de una furiosa tormenta que amenazaba con descargar de nuevo su ira sobre mí! Me vi obligado a recurrir a toda mi filosofía, a toda la religión que me habían enseñado y a todo mi coraje, para no sumirme en un paroxismo de terror.

Entonces se desató un verdadero tornado a mi alrededor. El suelo se estremeció como pisoteado por un millar de caballos en estampida. Esta vez la tormenta llegó con sus heladas alas cargadas, no de nieve, sino de grandes piedras de granizo que me golpearon con tal violencia que bien hubieran podido ser proyectiles arrojados por honderos baleares; granizos que derribaban hojas y ramas y hacían de los cipreses un cobijo tan seguro como los tallos de trigo. Al principio corrí a resguardarme bajo el árbol más próximo, pero enseguida decidí abandonarlo y buscar el único lugar que parecía ofrecer protección: la profunda entrada dórica del mausoleo de mármol. Allí, acurrucado junto a la gruesa puerta de bronce, pude cobijarme un poco, ya que ahora el granizo sólo me llegaba cuando rebotaba en el suelo y contra las paredes de mármol.

Al apoyarme, la puerta cedió ligeramente, abriéndose hacia el interior. Incluso la protección de una tumba era de agradecer en una tempestad inmisericorde como aquélla. Iba a entrar cuando un relámpago zigzagueante iluminó toda la extensión de los cielos. En aquel instante, al volver la mirada hacia la oscuridad de la tumba, vi (tan cierto como que estoy vivo) a una hermosa mujer, de redondas mejillas y labios rojos, que parecía dormir sobre un féretro. Un trueno estalló en lo alto y me sentí como agarrado por una mano gigante que me arrojó al exterior, a la tormenta. Todo sucedió de manera tan repentina que, antes de cobrar conciencia de la conmoción, moral a la vez que física, sentí sobre mí los golpes del granizo. Al mismo tiempo, tuve la extraña e intensa sensación de que no estaba solo. Miré hacia la tumba. En aquel preciso momento, un nuevo rayo cegador cayó sobre la estaca de hierro que la coronaba y la recorrió hasta llegar a tierra, derribando y desgajando el mármol en una explosión de fuego. La mujer muerta se incorporó envuelta en llamas en un instante de agonía, y su amargo alarido de dolor quedó ahogado por el estruendo del trueno. Aquel pavoroso y confuso sonido fue lo último que oí antes de sentir la mano gigantesca que volvía a agarrarme para sacarme de allí, mientras el granizo me golpeaba y el aire a mi alrededor parecía reverberar con los aullidos de los lobos. La última visión que recuerdo fue la de una

multitud de formas blancas, vagas, movientes; como si las sepulturas que me rodeaban hubiesen vomitado los fantasmas de sus cadáveres, y éstos viniesen hacia mí en medio de la blanca nebulosidad del granizo.

Gradualmente, me llegó un vago atisbo de conciencia; después, una espantosa sensación de cansancio. Durante un rato no recordé nada; después, lentamente, me fueron regresando los sentidos. Notaba los pies tremendamente doloridos y, sin embargo, no podía moverlos. Parecía que los tenía entumecidos. Una sensación helada me recorría la nuca y toda la espina dorsal; y mis orejas, al igual que los pies, estaban muertas y a la vez atormentadas por el dolor. En cambio, sobre el pecho sentía un calor que resultaba delicioso en comparación. Era como una pesadilla... como una pesadilla física, si es que así puede expresarse, ya que notaba un enorme peso sobre mí que me dificultaba la respiración.

Aquel periodo de semiletargo pareció durar bastante, y a medida que iba desapareciendo debí dormirme o desvanecerme. Más tarde noté una especie de malestar, como en un primer estadio de mareo, y un deseo incontenible de librarme de algo... aunque no sabía de qué. Me rodeaba un inmenso silencio (como si todo el mundo durmiese o estuviera muerto), roto únicamente por el cercano jadeo de algún animal. Sentí un roce áspero y cálido en el cuello; entonces tuve conciencia de una espantosa realidad que me heló el corazón y agolpó la sangre en mi cerebro. Un animal enorme se había echado sobre mi pecho y me estaba lamiendo la garganta. Tuve miedo de moverme, ya que el instinto de la prudencia me aconsejaba permanecer quieto, pero la bestia pareció darse cuenta de que se había producido algún cambio en mí porque alzó la cabeza. A través de las pestañas vi, fijos en mí, los grandes y llameantes ojos de un gigantesco lobo. Unos dientes blancos y afilados centelleaban entre sus abiertas fauces, y pude sentir en la cara su aliento cálido, acre, feroz.

A continuación vino otro lapso del que no recuerdo nada. Después tuve conciencia de un gruñido sostenido, seguido de un gañido que luego se repitió varias veces. Después, muy lejos al parecer, oí un: «¡Hooooola! ¡Hooooola!», como de muchas voces llamando al unísono. Precavidamente, levanté la cabeza y miré en la dirección de la que provenían las voces; pero el cementerio me tapaba la vista. El lobo seguía emitiendo extraños gañidos, y un resplandor rojo empezó a desplazarse a través del bosquecillo de cipreses, como si buscara la fuente de los ruidos. A medida que las voces se acercaban, los gañidos del lobo se fueron haciendo más frecuentes y sonoros^[8]. Yo tenía miedo de moverme o de hacer ruido. El resplandor rojo se acercaba sobre el blanco palio que se extendía en la oscuridad que me rodeaba. Luego, de repente, de más allá de los árboles, llegó un grupo de jinetes al trote que llevaban antorchas. El lobo abandonó mi pecho y echó a correr hacia el cementerio. Vi a uno de los jinetes (soldados, a juzgar por sus gorros y sus largos capotes militares) levantar su carabina y apuntar. Un compañero le golpeó el brazo y oí la bala zumbir por encima de mi cabeza. Evidentemente, me había tomado por el lobo. Otro avistó al animal cuando se escabullía y le disparó. Entonces el grupo siguió

avanzando al galope: unos hacia mí y otros siguiendo al lobo, que había desaparecido entre los nevados cipreses.

Al verlos llegar intenté moverme, pero me resultó imposible, aunque era capaz de ver y oír todo cuanto pasaba a mi alrededor. Dos o tres soldados saltaron de sus caballos y se arrodillaron junto a mí. Uno de ellos me levantó la cabeza y colocó su mano sobre mi pecho.

—¡Buenas noticias, camaradas! —gritó—. ¡Aún le late el corazón!

A continuación me vertieron un poco de coñac en la boca; aquello me devolvió algo de vigor y fui capaz de abrir los ojos por completo y mirar a mi alrededor. Entre los árboles se movían luces y sombras, y oí a los hombres llamarse unos a otros. Se agruparon profiriendo exclamaciones sobrecogidas; las luces lanzaron destellos mientras los demás salían corriendo en tropel del cementerio. Cuando llegaron los que más se habían alejado, los que me rodeaban les preguntaron ansiosos:

—Bueno, ¿lo habéis encontrado?

La respuesta sonó atropellada.

—¡No! ¡No! ¡Vámonos, deprisa! ¡Éste no es lugar para entretenerse y menos en una noche como ésta!

—¿Qué era eso? —fue la pregunta, formulada en varios tonos de voz. Oí varias respuestas, todas ellas imprecisas, como si todos sintieran el impulso común de hablar aunque un miedo compartido les impidiera expresar lo que pensaban.

—Era... Eso, exactamente Eso —farfulló uno al que evidentemente le había abandonado momentáneamente la razón.

—Era un lobo y, sin embargo... ¡No lo era! —añadió otro estremeciéndose.

—Es inútil dispararle si no es con una bala sagrada —comentó un tercero en tono más natural.

—¡Nos está bien empleado por salir esta noche! ¡Pues sí que nos hemos ganado los mil marcos! —exclamó un cuarto.

—Hay sangre en el mármol roto —dijo otro, tras una pausa—. Y desde luego no la trajo el rayo. ¿Y ése... se encuentra bien? ¡Mirad cómo tiene la garganta! Ved, compañeros: el lobo se le había puesto encima para mantenerle la sangre caliente.

El oficial me miró el cuello y replicó:

—Está bien, no le ha traspasado la piel. ¿Qué significará todo esto? Nunca le habríamos encontrado de no ser por los aullidos de ese lobo.

—¿Adónde ha ido? —preguntó el hombre que me sostenía la cabeza, que parecía el menos asustado del grupo, dado que tenía las manos firmes y no le temblaban. Su manga lucía el galón de sargento.

—Ha regresado a su cubil —contestó el de la cara larga y pálida, que ahora temblaba de terror y no paraba de mirar asustado en todas direcciones—. Tiene tumbas de sobra para esconderse. Vayámonos, compañeros. ¡Vayámonos ya! Salgamos de este lugar maldito.

El oficial me incorporó hasta sentarme, al tiempo que daba una orden; a continuación, varios soldados me subieron a un caballo. Él saltó sobre la silla, detrás de mí. Me cogió entre sus brazos, mandó emprender la marcha y, apartando la mirada de los cipreses, cabalgamos deprisa, en formación militar.

Aun entonces mi lengua se negó a articular palabra, así que permanecí callado. Debí de quedarme dormido, pues lo siguiente que recuerdo es que me encontraba de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Era casi de día y en el norte se reflejaba una franja roja de luz solar, como un rastro de sangre sobre la nieve. El oficial estaba ordenando a sus hombres que no contasen nada de lo que habían visto, excepto que habían encontrado a un extranjero inglés protegido por un perro grande.

—¿Un perro? ¡No era un perro! —le atajó el hombre que había dado muestras de miedo—. Creo que sé reconocer un lobo cuando veo uno.

El joven oficial le respondió con serenidad.

—Un perro, he dicho.

—¡Un perro! —repitió el otro con ironía. Resultaba evidente que su valor iba regresando en la misma medida que el sol se iba alzando y, señalándome, añadió—: ¡Mire su garganta! ¿Haría eso un perro, señor?

Instintivamente, me llevé la mano a la garganta; y al tocármela lancé un grito de dolor. Los hombres se apelotonaron a mi alrededor para mirar; algunos inclinándose exageradamente sobre sus sillas. Y de nuevo se oyó la sosegada voz del joven oficial:

—He dicho un perro. Si dijéramos otra cosa, se reirían de nosotros.

Me volvieron a montar, en esta ocasión detrás de un soldado, y cabalgamos hasta llegar a las afueras de Múnich. Allí dimos con un carruaje. Me subieron en él, y el joven oficial, escoltado por un soldado a caballo, me condujo al *Quatre Saisons*, mientras los demás regresaban a su cuartel.

Al llegar, *Herr Delbrück* bajó tan deprisa a recibirme que resultó evidente que nos había visto llegar. Agarrándome de las manos, me condujo con cuidado al interior. El oficial hizo un saludo, e iba a dar media vuelta para retirarse cuando, adivinando su intención, le insistí para que me acompañase a mis habitaciones. Ante una copa de vino, le expresé calurosamente mi agradecimiento, tanto a él como a sus valientes camaradas, por haberme salvado. Se limitó a replicar que se sentía más que satisfecho, y que *Herr Delbrück* había tomado desde un primer momento las medidas adecuadas para hacer atractiva la búsqueda. Al oír aquella ambigua alusión, el *maitre d'hôtel* sonrió, mientras que el oficial, alegando deberes que cumplir, se retiró.

—Pero, *Herr Delbrück* —pregunté—, ¿cómo y por qué han ido a buscarme los soldados?

Se encogió de hombros, como si no diese importancia a su propia acción, al tiempo que contestaba:

—He tenido la suerte de que el comandante del regimiento en el que serví me diera permiso para solicitar voluntarios.

—¿Pero cómo sabía usted que me había extraviado? —pregunté.

—Vino el cochero con lo que quedaba de coche que había volcado al desbocarse los caballos.

—Pero no habrá enviado todo un pelotón de rescate sólo por eso, ¿verdad?

—¡Oh, no! —contestó—. Antes de que llegase el cochero recibí este telegrama del boyardo del que es usted invitado —y se sacó del bolsillo un telegrama. Me lo tendió y leí:

BISTRITZ

Cuide de mi invitado. Su seguridad me resulta sumamente preciosa. Si algo le sucediera, o si acaso se extraviara, no escatime para encontrarle y asegurar su bienestar. Es inglés y por lo tanto aventurero. La nieve, los lobos y la noche pueden resultar peligrosos. No pierda un solo instante si sospecha que se halla en apuros. Recompensaré su celo con mi fortuna - Drácula.

Con el telegrama aún en la mano, sentí que la habitación me empezaba a dar vueltas; y si el atento *maitre d'hôtel* no llega a agarrarme, creo que me habría desplomado. Había algo extraño en todo aquello, algo tan misterioso e imposible de imaginar que empezaba a tener la impresión de que unas fuerzas opuestas contendían para tomar posesión de mí... impresión que, aunque vaga, me paralizaba en cierto modo. Ciertamente, me hallaba bajo algún misterioso tipo de protección. En el instante preciso, un mensaje de un país lejano había llegado para

librarme del peligro de quedar dormido en la nieve, a merced de las fauces del lobo.

APÉNDICE III

Final alternativo: la destrucción del castillo

En un principio, Stoker había previsto un final mucho más dramático y contundente para *Drácula*. Sin embargo, en última instancia decidió eliminar los siguientes tres párrafos, en los que describía la destrucción total del castillo del Conde a causa de una misteriosa erupción volcánica, anticipada mediante un par de pistas premonitorias que no llegó a editar y que aún permanecen en la novela (ver discurso del profesor Van Helsing en pág. 525 y nota 294 en pág. 602)—. A pesar de que el verdadero motivo para esta decisión siga siendo un misterio, se manejan dos hipótesis al respecto. La primera, que el final original era demasiado similar al de *La caída de la casa Usher*, de Edgar Allan Poe. La segunda, que Stoker podría haberse planteado una secuela de la novela^[9]. Indudablemente, con la omisión de la destrucción del castillo, el supuesto fallecimiento de Drácula resulta, como mínimo, dudoso. Para empezar, Harker y Morris prescinden por completo de las reglas clásicas tantas veces reiteradas por Van Helsing, limitándose a atacar al Conde con armas blancas. Por otra parte, conocemos que el poder de éste le permite transformarse en polvo, de tal modo que también su disolución final queda en entredicho. A pesar de que ciertos críticos freudianos explican la decisión de Stoker afirmando que ni él ni sus lectores Victorianos hubieran podido admitir jamás que el Conde sufriera el mismo fin orgiástico que Lucy o las vampiras transilvanas (salvajemente penetrado por un grupo de hombres), y a pesar también de que la desaparición de la cicatriz de la frente de Mina parece indicar que, efectivamente, «la maldición ha terminado», lo cierto es que quedan demasiados cabos sueltos (y la destrucción del castillo es, evidentemente, uno de ellos, deliberadamente creado por Stoker) como para ofrecer múltiples puntos de partida para los autores de pastiches. A este respecto, resulta particularmente curioso que el doctor Seward diga específicamente: «... ni descansar hasta que la cabeza del Conde haya sido seccionada de su cuerpo y estemos seguros de que no puede reencarnarse» (ver pág. 580). No «resucitar», ni «regresar a la vida», sino «reencarnarse». E igual que Mina Harker tiene la secreta convicción de que parte del espíritu de Quincey Morris ha pasado a su hijo, ¿quién sabe? Quizá también el espíritu del Conde haya encontrado un nuevo receptáculo...

* * *

La destrucción del castillo

El castillo de Drácula destacaba ahora contra el cielo rojo, y cada piedra de sus derruidas almenas se recortaba contra la luz del sol poniente.

Mientras mirábamos, se produjo una terrible convulsión de la tierra que nos sacudió a uno y otro lado hasta hacernos caer de rodillas. En ese preciso instante, con un rugido que pareció hacer temblar los mismos cielos, todo el castillo, la roca e incluso la colina sobre la que se levantaba, se alzaron en el aire y reventaron en una lluvia de fragmentos, a la vez que una imponente y densa nube de humo negro y amarillo salía disparada hacia arriba con inconcebible rapidez.

Entonces la naturaleza quedó inmóvil, y los ecos de aquel atronador estallido retumbaron con el estampido hueco del trueno... un redoble prolongado y reverberante como el que habrían producido los cielos al desgarrarse. A continuación, las ruinas y fragmentos que habían sido arrojados por el cataclismo cayeron sobre el lugar en el que anteriormente se había alzado el castillo.

Desde donde estábamos, parecía como si la furiosa erupción volcánica hubiera satisfecho la necesidad de la naturaleza, y que el castillo y la estructura de la colina se hubieran hundido de nuevo en el vacío. Quedamos tan consternados por lo repentino y grandioso del acontecimiento que nos olvidamos de todo lo demás.

APÉNDICE IV

Recepción crítica

A pesar de que en las últimas décadas *Drácula* ha inspirado una inabarcable cantidad de estudios y ensayos que han diseccionado la novela desde todos los puntos de vista posibles, filtrándola a través de tamices tan variados como el psicoanálisis freudiano, el feminismo radical, el homoerotismo romántico o el materialismo histórico marxista, lo cierto es que en el momento de su publicación no pasó de ser considerada como, en el mejor de los casos, una excelente novela de terror y misterio de acentuada moralidad; en el peor, como el esfuerzo torpe y sensacionalista de un autor de mal gusto. Prescindiendo por completo incluso de los más evidentes subtextos psicosexuales y sociopolíticos, los críticos Victorianos optaron por centrarse únicamente en los elementos chocantes y aventureros de *Drácula*, incidiendo en la rica imaginación de Stoker y en su capacidad para, «a pesar de todo», enganchar al lector. Arthur Conan Doyle, amigo personal del autor, la definió como «la mejor historia de *diableric* que he leído en muchos años. Resulta realmente asombroso que, a pesar de tratarse de un libro tan largo, capaz de suscitar tanto interés y emoción, nunca haya un anticlímax». Por su parte, la madre de Stoker, Charlotte, demostró poseer cierta clarividencia al afirmar en una carta personal dirigida a su hijo: «Es espléndida, está mil millas por delante de todo lo que habías escrito antes, y tengo la impresión de que situará tu nombre a la altura de los de los mejores escritores contemporáneos. Tanto la historia y el estilo son realmente sensacionales, apasionantes e interesantes. Ningún otro libro desde el *Frankenstein* de la señora Shelley o, en realidad, ningún otro, se asemeja al tuyo en originalidad o terror. Poe ni se acerca. A pesar de lo mucho que he leído, nunca me había encontrado con un libro semejante. Es tan terriblemente emocionante que debería labrarte una enorme reputación y hacerte ganar mucho dinero». Por desgracia, aunque se siguió vendiendo regularmente hasta el día de su muerte, *Drácula* no convirtió a Bram Stoker en un hombre rico. Pero, como buen vampiro, le brindó la inmortalidad de la que carecen la gran mayoría de sus coetáneos. Las siguientes reseñas proceden de diversas fuentes, si bien la mayoría han sido posteriormente recopiladas por Elizabeth Miller en su volumen *Bram Stokers Dracula: A Documentary Volume* (Gale, Dictionary of Literary Biography, vol. 304), y por David J. Skal y Nina Auerbach en su edición anotada de *Dracula* publicada por W. W. Norton & Company.

* * *

¿Realmente han dejado las viejas creencias de influir en la imaginación? Podría ser así, pero nuestros novelistas están experimentando un claro resurgir de la fe en el encanto de lo sobrenatural. Aquí, como ejemplo más reciente, tenemos al señor Bram Stoker abordando la vieja leyenda

continental del hombre-lobo o vampiro, con sus extrañas y excitantes connotaciones de sangre chupada y carne humana devorada, y entretejiéndolo todo con los hilos de una historia larga, con tal seriedad, franqueza y sencilla buena fe que debería conseguir en buen grado que los lectores de ficción rindieran sus imaginaciones en manos del novelista.

The Daily News , 27 de mayo 1897

Se cuenta que para escribir sus hoy casi olvidados romances, la señora Radcliffe se encerraba en completa reclusión y se alimentaba exclusivamente de carne cruda de buey, para poder otorgarle a su trabajo la atmósfera deseada de funestidad, tragedia y terror. Si uno no tuviera la certeza de lo contrario, bien podría suponer que el señor Bram Stoker hubiera adoptado un método y un régimen similares para escribir su nueva novela, *Drácula* . Buscando equivalentes a este relato extraño, poderoso y lleno de horrores, nuestra memoria regresa a novelas como *Los misterios de Udolfo*, *Frankenstein*, *Cumbres borrascosas*, *La caída de la casa Usher* y *Marjery de Quether* . Pero *Drácula* es incluso más espantosa, en su siniestra fascinación, que cualquiera de ellas.

Comenzamos a leerla por la tarde temprano, y acompañamos a Jonathan Harker en su misión a los Cárpatos sin ninguna conjetura definida sobre lo que nos esperaba en el castillo de Drácula. Cuando llegamos al trayecto nocturno a través de las montañas y fuimos perseguidos por lobos, que el cochero, con un poder aparentemente milagroso, repelió mediante un simple gesto, comenzamos a intuir un misterio, pero no nos inquietamos. El primer escalofrío de horror llegó con el descubrimiento de que el conductor y el Conde Drácula no eran sino la misma persona, que el Conde era el único habitante del castillo, y que las ratas, los murciélagos, los fantasmas y los lobos aulladores eran sus familiares.

A las diez en punto, la historia había conquistado de tal modo nuestra atención que no pudimos parar ni para encender la pipa. A medianoche, la narración había comenzado a desestabilizar nuestros nervios; un horror escalofriante se había apoderado de nosotros y, cuando al final, ya de madrugada, subimos a la cama, fue anticipando una pesadilla. Nerviosamente agudizamos el oído por si acaso las alas de algún murciélago estuvieran golpeando contra la ventana; incluso nos palpamos la garganta sintiendo el temor de que un auténtico vampiro hubiera dejado allí las dos espantosas incisiones que en el libro del señor Stoker revelan las infernales intervenciones de Drácula.

El recuerdo de este extraño y espectral relato nos acechará sin duda durante algún tiempo. Sería injusto para el autor revelar la trama. Por lo tanto, nos limitaremos a afirmar que los inquietantes capítulos están escritos y engarzados con considerable arte y astucia, y también con inconfundible poder literario. También debemos brindar tributo a la rica imaginación de la que el señor Stoker da aquí sobrada muestra. Las

personas de valor escaso y naturaleza impresionable deberían limitar la lectura de estas páginas llenas de horrores estrictamente a las horas entre el amanecer y el ocaso.

The Daily Mail , 1 de junio 1897

El señor Bram Stoker debería haber incluido en su libro una advertencia en la que indicara: «Sólo para hombres de pelo en pecho», o algo por el estilo. En caso de dejarlo descuidadamente a la vista, podría caer en manos de esa tía soltera que cree devotamente en la existencia del hombre del saco, o en las de la nueva doncella con insospechadas tendencias histéricas. *Drácula* sería, en ese caso, un arma homicida. Se trata de una lectura para el hombre de conciencia y estómago fuertes, capaz de apagar el gas e ir a acostarse sin mirar por encima del hombro una docena de veces mientras sube las escaleras, y sin sentir el deseo de tener a mano un crucifijo y algo de ajo para impedir que los vampiros puedan llegar hasta él. Y es que hay que decir que la historia trata sobre un Rey Vampiro, y que es horrible y escalofriante en grado sumo. También es excelente y uno de los mejores relatos sobrenaturales que he tenido la suerte de leer.

Pall Mall Gazette, 1 de junio 1897

El romance está muriendo... o eso afirma al menos cierto literato que parece pensar que las formas perennes de pensamiento humano son tan transitorias como la moda. El público se está cansando de romances y una vez más exige obras de problemática social que contengan un análisis más profundo de personajes, circunstancias que se vieron temporalmente oscurecidas debido a las extravagancias de la Nueva Mujer. Es curioso que, en circunstancias como éstas, una de las producciones recientes más curiosas y llamativas deba ser precisamente una puesta al día de una superstición medieval, la vieja leyenda del «hombre-lobo», interpretada y modernizada por el señor Bram Stoker en el libro que ha titulado *Drácula* . Y es que hay dos cosas destacables en la novela: la primera es una confiada dependencia de la superstición para amueblar el terreno de una historia moderna; y la segunda, más significativa aún, es la osada adaptación de la leyenda a esferas tan ordinarias de la existencia moderna como el puerto de Whitby y Hampstead Heath.

Daily Telegraph , 3 de junio 1897

El hombre ya no teme a lo monstruoso y lo antinatural, y a pesar de que el señor Stoker ha abordado su horrendo tema con entusiasmo, el efecto es más a menudo grotesco que terrible. [...] La trama es demasiado complicada para reproducirla aquí, pero dice no poco a favor de la habilidad del autor el que, a pesar de sus absurdos, el lector pueda seguir la historia con interés hasta el final. Es, en cualquier caso, un error artístico llenar con horrores todas las páginas de un volumen. Un toque de misterio, de terror o de lo sobrenatural, resulta infinitamente más efectivo y creíble.

Manchester Guardian, 15 de junio 1897

Actualmente están apareciendo gran número de historias y novelas dotadas de un aire más o menos genuino de creencia en lo sobrenatural. El resurgir de esta fe desaparecida en la visión fantástica y mágica de las cosas, sustituyendo a un punto de vista puramente material, es un rasgo de última hora, una reacción —artificial, quizá, más que natural— frente a las últimas tendencias del pensamiento. El señor Stoker nos provee de tantas mercancías extrañas que *Drácula* se lee como un esfuerzo voluntario por «llegar más allá» que otros en el mismo campo. Hasta qué punto cree el autor en los fenómenos descritos, no es asunto de este reseñador. Tampoco puede sino intentar calibrar hasta qué punto la creencia general en brujas, magos y vampiros —suponiendo que exista en una medida general y apreciable— puede verse estimulada por esta historia. La idea del vampiro es realmente antigua y en la naturaleza hay, qué duda cabe, poderes misteriosos que podrían explicar una vaga creencia en semejantes seres. El modo en el que el señor Stoker presenta este tema, y más aún el tema en sí mismo, es demasiado directo e inflexible. Carece del matiz esencial de terrible lejanía y al mismo tiempo sutil afinidad que separa a la vez que enlaza nuestra humanidad con los seres ignotos y las posibilidades que rondan en los confines del mundo conocido. *Drácula* es enormemente sensacional, pero sufre carencias en el arte constructivo a la vez que en el sentido literario. Se lee a veces como una simple sucesión de hechos grotescamente increíbles, si bien hay momentos mejores que demuestran más habilidad, aunque ni siquiera éstos llegan a producir el mismo temor que tales temas evocarían de la mano de un maestro. Hay en esta novela una cantidad inmensa de energía, cierto grado de imaginación y muchos detalles ingeniosos y macabros. En ocasiones, el señor Stoker casi consigue crear una sensación de realidad en lo imposible; en otras, sencillamente se limita a servirse de un muestrario de rudimentarias descripciones de actos increíbles. La primera parte funciona mejor, pues promete desentrañar las raíces del misterio y el miedo que yace en lo más profundo de la naturaleza humana; pero la falta de habilidad y de imaginación se hace cada vez más evidente. El grupo de personas que se alían para acabar con el vampiro carecen de personalidades definidas. El científico alemán es particularmente pobre y se entrega, como buen alemán, a demasiado sentimentalismo forzado. Aun así, el señor Stoker ha reunido un buen número de «detalles horribles», y en el caso de que su objetivo fuera espantar, lo ha cumplido con creces. Algunas escenas y toques aislados son probablemente lo suficientemente imposibles como para complacer a aquéllos para los que han sido escritos.

Athenaeum , 26 de junio 1897

El señor Stoker posee una afortunada habilidad para conseguir que sus imaginativas imposibilidades no sólo parezcan posibles, sino también convincentes. Con objeto de asegurarse este fin ha seguido el método de Wilkie Collins, elaborando su relato en forma de diarios y cartas, y añadiendo pruebas a las pruebas mediante facturas, telegramas y

documentos legales. [...] Hacia la conclusión de la historia, cuando la acción se acelera y crece en intensidad, la narración resulta notablemente excitante. En resumen, *Drácula* es, con diferencia, el mejor libro que el señor Stoker ha escrito hasta ahora, y da buena muestra de su imaginación y de su poder descriptivo.

St. James' Gazette, 1897

Con *Drácula*, el señor Bram Stoker nos da la impresión —podríamos estar siendo injustos con él— de haberse dispuesto deliberadamente a eclipsar todos los esfuerzos realizados con anterioridad en el campo del horror, a ir «un paso más allá» que Wilkie Collins (cuyo método narrativo ha seguido de cerca), Sheridan Le Fanu y demás maestros de la escuela de la piel de gallina. [...] Su fuerza reside en la invención de incidentes, ya que el elemento sentimental es decididamente insulso. El señor Stoker ha demostrado una habilidad considerable en el uso de todas las tradiciones conocidas de la vampirología, pero creemos que su historia habría sido más efectiva si la hubiera ambientado en un periodo más temprano. La puesta al día del libro —los diarios grabados en fonógrafo, máquinas de escribir y demás— difícilmente encajan con los métodos medievales que en última instancia aseguran la victoria para los enemigos del Conde Drácula.

Spectator, 31 de julio 1897

Aquellos deseosos de un auténtico festín de horrores no necesitan seguir buscando más allá de esta obra, pues en ella el señor Stoker ha tenido el gusto de tejer un romance en torno a los vampiros y sus costumbres. No sólo el tema es macabro, sino que las indudables habilidades descriptivas del autor convierten varias experiencias espantosas en alarmantemente realistas, y engendran una fascinación que le obliga a uno a seguir leyendo hasta el final. [...] A pesar de los méritos del libro, nos resulta imposible felicitar al señor Stoker por su tema, que no parece sino indigno de sus capacidades literarias.

Observer, 1 de agosto 1897

Desde que nos dejó Wilkie Collins no habíamos tenido ningún relato de misterio con una estructura tan liberal y tan bien entretejido. Pero los parecidos con las historias del autor de *La dama de blanco* acaban en la enrevesada trama y en los métodos narrativos, pues la audacia y el horror de *Drácula* son únicamente del señor Stoker. Un resumen del libro espantaría y disgustaría; pero debemos reconocer que, aunque ocasionalmente hayamos pasado rápidamente por encima de algunos hechos con repulsión, leímos casi toda la novela con arrebatado interés. Es, en cierto modo, un triunfo para el autor que ni la improbabilidad de la trama ni el innecesario número de horrendos incidentes protagonizados por el hombre-vampiro sean lo que prime mucho tiempo en la mente del lector, sino que el interés sobre el peligro y las complicaciones de la persecución del villano, de la habilidad y el valor humanos enfrentados al mal inhumano y a la fuerza sobrehumana, sea

lo que se alce por encima de todo. No cabe duda de que deben mantener ustedes *Drácula* lejos de los niños nerviosos; pero un lector crecido, a menos que sea de talante delicado, temblará a la vez que disfrutará de la pág. 35, cuando Harker vea al Conde «emerger por la ventana y empezar a descender reptando por el muro del castillo, *cabeza abajo* sobre aquel terrible abismo, con su capa ondulando a su alrededor como unas enormes alas».

Bookman , agosto 1897

Una de las novelas más poderosas del momento y una que se desmarca por la originalidad de su trama y su tratamiento es *Drácula* , de Bram Stoker. El autor es bien conocido en el mundo dramático gracias a su prolongada relación con *sir* Henry Irving en calidad de *manager* . Hace varios años escribió una extraña historia sobre la vida irlandesa, pero éste es su primer romance largo. Es el oscuro estudio de un vampiro humano, el Conde Drácula, que se sirve de hermosas mujeres como agentes y provoca la muerte de mucha gente inocente. Theophile Gautier trató el mismo tema, pero su vampiro, que era un sacerdote durante el día y un lobo salvaje por la noche, no era ni la mitad de terrible que este maligno Conde y las tres hermosas diablesas que obedecen sus deseos. No hay en la ficción contemporánea una escena más poderosa que la de la muerte de la vampira en la tumba de Lucy, o la de la terrible extinción del maligno poder del Conde. La historia está contada de un modo tan realista que uno llega a aceptar como hechos reales incluso las más desaforadas escapadas de la imaginación. Es un soberbio *tour de force* que se graba en la memoria.

San Francisco Chronicle , 17 de diciembre 1899^[10]

APÉNDICE V

Entrevista con Bram Stoker

La siguiente entrevista, realizada por la periodista Jane Stoddard, apareció publicada en el semanario *British Weekly* del 1 de julio de 1897.

* * *

El señor Bram Stoker

Una charla con el autor de Drácula

Una de las novelas recientes más interesantes y emocionantes es *Drácula*, del señor Bram Stoker. Trata sobre la antigua leyenda medieval del vampiro, y en ninguna obra inglesa de ficción había sido tratada esta leyenda con tanta brillantez. La acción transcurre a caballo entre Transilvania e Inglaterra. Las primeras cincuenta y cuatro páginas, que forman el diario de Jonathan Harker tras salir de Viena hasta que se decide a escapar del castillo de Drácula, no tienen rival, en su extraño poder, en la ficción reciente. El único libro en conocimiento de la que esto suscribe comparable en lo más mínimo con ellas es *Las aguas de Hércules*, de E. D. Gerard, que también trata sobre una zona agreste y poco conocida de Europa Oriental. Sin revelar la trama de la historia, podría decir que Jonathan Harker, cuyo diario es el primero en presentar al Conde vampiro, es un joven notario enviado por su empleador al castillo de Drácula para encargarse de los trámites de compra de una casa y terrenos en Inglaterra.

Desde el primer día de viaje, las señales y los prodigios le siguen. En el Golden Krone en Bistritz, la posadera le advierte de que no vaya al castillo de Drácula y, viendo que su propósito es inflexible, cuelga de su cuello un rosario con un crucifijo. Más adelante tendrá buenos motivos para agradecer este regalo. Los compañeros de viaje de Harker en la diligencia se muestran cada vez más y más preocupados por su seguridad a medida que se van acercando a los dominios del Conde. Amablemente, le obligan a aceptar regalos: rosa silvestre, ajo y fresno. Son protecciones contra el mal de ojo. El autor parece conocer hasta el último rincón de Transilvania y todas sus supersticiones. Poco después, en el paso de Borgo, un carruaje con cuatro caballos aparece detrás de la diligencia. «Los conducía un hombre alto, de barba larga y marrón, tocado con un enorme sombrero negro que parecía esconder su rostro. Sólo pude ver el fulgor de un par de ojos muy brillantes, que parecían rojos a la luz de los faroles, cuando se volvió hacia nosotros. [...] Al hablar sonrió y la luz de los faroles alumbró una boca de aspecto severo, con labios muy rojos y dientes de aspecto afilado, blancos como

el marfil. Uno de mis acompañantes le susurró a otro el verso del *Lenore* de Burger: «Denn die Todten reiten schnell» («pues los muertos viajan rápido»).

Éste es el famoso rey vampiro, el Conde Drácula, antaño un noble guerrero transilvano. Jonathan Harker es consciente desde el principio de que se encuentra en un entorno terrible y fantasmal. Incluso durante el trayecto nocturno hasta el castillo, los lobos que han rodeado el carruaje desaparecen cuando el terrible cochero eleva su mano. A su llegada, el huésped debe esperar a solas hasta que un anciano alto, del que sospecha desde un principio que debe tratarse del mismo cochero, le da la bienvenida a su casa. El Conde nunca come con su invitado. Durante el día permanece ausente, pero por la noche conversa hasta que el amanecer interrumpe la entrevista. No hay espejos a la vista en todo el antiguo edificio, y los temores del joven notario se ven confirmados cuando una mañana el Conde entra inesperadamente en su habitación y se coloca a sus espaldas, pero no arroja ningún reflejo en el pequeño espejo de afeitarse que Harker ha traído desde Londres, y que cubre toda la habitación detrás de él. Las aventuras de Jonathan Harker serán leídas una y otra vez; la parte más impactante del libro después de ésta es la descripción del viaje de la *Demeter* de Varna a Whitby. Un terror sobrenatural acecha a la tripulación desde el momento en que cruzan los Dardanelos y, a medida que va transcurriendo el tiempo, los hombres van desapareciendo uno tras otro. Se susurra que por la noche un hombre alto, delgado y espectralmente pálido, ha sido visto recorriendo el barco. El primer oficial, un rumano que probablemente conoce la leyenda del vampiro, registra durante el día cierto número de viejas cajas y, en una de ellas, encuentra al Conde Drácula dormido. Su propio suicidio y la muerte del capitán se suceden y, cuando el barco llega a Whitby, el vampiro escapa bajo la forma de un enorme perro. Lo más extraño es que, aunque en algunos aspectos se trata de un libro macabro, deja en la mente del lector una impresión completamente saludable. Los sucesos que ocurren están tan alejados de la experiencia ordinaria que no angustian la imaginación de modo desagradable. Ciertamente ningún otro escritor contemporáneo podría haber producido un libro tan maravilloso.

El lunes por la mañana tuve el placer de mantener una breve conversación con el señor Bram Stoker, quien, como la mayoría de la gente sabe, es el *manager* de *sir* Henry Irving en el Teatro Lyceum. Me contó, en respuesta a una pregunta, que había tenido en mente la trama de la historia durante mucho tiempo, y que había pasado unos tres años escribiéndola. Siempre había estado interesado en la leyenda del vampiro.

—Se trata, sin duda —afirmó—, de un tema realmente fascinante, ya que toca tanto el misterio como la realidad. En la Edad Media el terror a los vampiros despobló pueblos enteros.

—¿Existe algún fundamento histórico para la leyenda?

—La base podría estar, supongo, en algún caso como el siguiente: una persona puede haber caído en un trance similar a la muerte y ser enterrado antes de tiempo. Más tarde, el cuerpo podría ser desenterrado y el hombre encontrado vivo. A partir de este suceso, el horror se apodera de la gente y, en su ignorancia, imaginan que se trata de un vampiro al acecho. Los más histéricos podrían caer a su vez en trances similares provocados por el exceso de miedo; así se extendió la historia de que un vampiro podía convertir a muchos otros en sus esclavos y convertirlos en lo mismo que él. Incluso en un único pueblo podía llegar a creerse que había muchas criaturas semejantes. Una vez el pánico se apoderaba de la población, su único pensamiento era huir.

—¿En qué partes de Europa ha prevalecido más esta creencia?

—En ciertas partes de Styria ha pervivido más tiempo y con más intensidad, pero la leyenda es común a muchos países: China, Islandia, Alemania, Sajonia, Turquía, el Quersoneso, Rusia, Polonia, Italia, Francia e Inglaterra, además de todas las comunidades tártaras.

—Para poder entender la leyenda supongo que será necesario consultar a muchas autoridades.

El señor Stoker me contó que el conocimiento de las supersticiones relacionadas con los vampiros demostrado en *Drácula* nacía de muchas lecturas misceláneas.

—Ningún libro que yo conozca le ofrecerá todos los hechos. Yo he aprendido mucho de los *Ensayos sobre supersticiones rumanas*^[11] de E. Gerard, que aparecieron por primera vez en el siglo XIX y posteriormente fueron editados en un par de volúmenes. También aprendí algo de *Los hombres-lobo* del señor Baring-Gould^[12]. El señor Gould ha prometido un libro sobre vampiros, pero no sé si ha hecho algún progreso con él.

Los lectores de *Drácula* recordarán que su más famoso personaje es el doctor Van Helsing, el médico holandés que, con extraordinaria habilidad, devoción y trabajo, finalmente logra superar en ingenio al vampiro y destruirle. El señor Stoker me contó que Van Helsing está basado en un personaje real. En un editorial reciente, publicado en un periódico provincial, se sugiere que del libro se pueden extraer elevadas lecciones morales. Le pregunté al señor Stoker si lo había escrito con un propósito determinado, pero a este respecto no quiso dar ninguna respuesta definida.

—Supongo que cada libro de este tipo debe de contener alguna lección —afirmó—, pero prefiero que sean los lectores quienes la encuentren por sí mismos.

Respondiendo a más preguntas, el señor Stoker me contó que nació en Dublín y que trabajó durante trece años como funcionario. Se graduó en

el Trinity College de Dublín. Su cuñado es el señor Frankfort Moore, uno de los escritores jóvenes más populares del momento. Comenzó su carrera literaria muy pronto. Lo primero que publicó fue un libro sobre *Las tareas de los funcionarios de tribunales de primera instancia*. A continuación escribió una serie de cuentos para niños, *El País del Ocaso* [13], editado por Sampson Low. A éste le siguió el libro por el que hasta ahora había sido más conocido: *The Snakes Pass*. Además, los señores Constable le han publicado en su biblioteca «Acmé» un fascinante librito titulado *The Watter's Mou*. Y ésta, junto con *The Shoulder of Shasta*, completa la lista de novelas del señor Stoker. Lleva en Londres unos diecinueve años y cree que Londres es el mejor lugar posible para un hombre de letras.

—Un escritor encontrará aquí una oportunidad si tiene un mínimo de capacidad; el reconocimiento sólo es cuestión de tiempo.

El señor Stoker habla de la generosidad mostrada entre sí por los autores en un tono que demuestra que al menos él no se siente inclinado a pelear con los críticos.

El señor Stoker no considera necesario publicar a través de un agente literario. Siempre le ha parecido, afirma, que un autor con una capacidad normal y corriente para los negocios puede apañárselas solo mejor que con ningún agente.

—Algunos autores están ganando en estos momentos diez mil al año con sus novelas. No parece ni remotamente justo que deban pagar un diez o un cinco por ciento de esta enorme suma a un intermediario. Con una docena de cartas al año podrían arreglar todos sus asuntos literarios por su cuenta.

Aunque el señor Stoker no lo dijo así, me siento inclinada a pensar que el agente literario es, para él, un vampiro del siglo XIX.

Ninguna entrevista esta semana estaría completa sin una referencia al Jubileo^[14], de modo que le pregunté al señor Stoker, londinense durante casi veinte años seguidos, qué le habían parecido las celebraciones.

—Todo el mundo —dijo— se ha sentido orgulloso de que un día tan importante transcurriera con tanto éxito. Hemos podido disfrutar de una magnífica visión global del Imperio y el desfile de la semana pasada dio buena muestra, como ninguna otra cosa podría haberla dado, de la inmensa variedad de los dominios de la Reina.

APÉNDICE VI

Libros consultados por Stoker para la redacción de Drácula

Siempre metódico, Stoker incluyó entre sus notas preparatorias para *Drácula* una lista con los títulos de todos los libros que fue consultando mientras se documentaba para la redacción de la novela, haciendo además una marca junto a todos aquellos de los que llegó a copiar notas. A continuación, reproducimos la lista, indicando mediante un asterisco los libros utilizados por Stoker como referencia.

* * *

*BARING-GOULD, Sabine, El libro de los hombres lobo. Información sobre una superstición terrible, 1865 [Valdemar, col. Gótica, 54. Traducción de Marta Torres] .**

BARING-GOULD, Sabine, *Curious Myths of the Middle Ages*, 1877. BARING-GOULD, Sabine, *Germany, Present and Past*, 1879.

BASSETT, Fletcher S., *Legends and Superstitions of the Sea and of Sailors. In All Lands and at All Times*, 1879.

BLRD, Isabella L., The Golden Chersonese, 1883 .*

BONER, Charles, *Transylvania: Its Products and Its People* , 1865.*
BROWNE, Sir Thomas, *Religio Medici* , 1643 [Alfaguara, col. Los clásicos, 37. Traducción de Javier Marías].*

CROSSE, Andrew E., Round About the Carpathians, 1878 .*

DORMÁN, Rushton M., *The Origin of Primitive Superstitions: And Their Development into the Worship of Spirits and the Doctrine of Spiritual Agency among the Aborigines of America*, 1881.

MAZUCHELLI, Sarah Elizabeth, Magyarland: Being the Narrative of four Travels through the Highlands and Lowlands of Hungary, 1881 .*

GERARD, Emily, Transylvanian Superstitions, 1885 .*

JOHNSON, Mayor E. C., On the Track of the Crescent: Erratic Notes from the Piraeus to Pesth, 1885 .*

JONES, JOHN, *The Natural and the Supernatural: Or, Man Physical, Apparitional and Spiritual*, 1861.

JONES, WILLIAM, *Credulities Past and Present*, 1880.

JONES, WILLIAM, *History and Mystery of Precious Stones*, 1880.

JONES, Reverendo W. Henry & Kropf, Lewis L., *The Folk-Tales of the Magyars*, 1889.

Lea, Henry Charles, *Superstition and Forcé - Essays on The Wager of Law, The Wager of Battle, The Ordeal and Torture*, 1878.

LEE, Reverendo Frederick George, *The Other World: Or, Glimpses of the Supernatural — Being Facts, Records and Traditions*, 1875.

LEE, Henry, *Sea Fables Explained*, 1883.

LEE, Henry, *Sea Monsters Unmasked*, 1883.

LEE, Sarah, *Anecdotes of Habits and Instincts of Birds, Reptiles and Fishes*, 1853.

MAURY, Alfred [Stoker no indica ningún título en concreto].

MAYO, Herbert, *On the Truths contained in Popular Superstitions — with an Account of Mesmerism*, 1851.

PETTIGREW, Thomas Joseph, *On Superstitions connected with the History and Practice of Medicine and Surgery*, 1844.

REVILLE, REVERENDO ALBERT, *The Devil: His Origin, Greatness and Decadence*, 1871.

RIVINGTON, F. C. yj., *The Theory of Dreams*, 1808 .*

ROBINSON, F. K., *A Whitby Glossary*, 1876 .*

SCOTT, Robert H., *Fishery Barometer Manual*, 1887 .*

WLLKLNSON, WILLIAM, *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia: with various Political Observations Relating to Them*, 1820 .*

APÉNDICE VII

William Wilkinson

En 1890, mientras veraneaba en Whitby, Stoker encontró en la biblioteca municipal un libro titulado *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia* (*Un informe sobre los principados de Valaquia y Moldavia*), escrito en 1820 por William Wilkinson, cónsul británico en Bucarest. A pesar de sus numerosos errores (como, por ejemplo, convertir en Bladus a Radu *El Hermoso*), el libro de Wilkinson contenía una palabra que inmediatamente llamó la atención de Stoker: Drácula. El hijo del dragón. El diablo. Voivoda Drácula. Conde Drácula. ¿Acaso no era un nombre mucho más sutil, sugerente y sonoro para el diabólico vampiro cuyas andanzas pensaba escribir algún día, que el del más bien vulgar Conde Wampyr? Además de brindarle el nombre perfecto para su maléfico personaje, el libro de Wilkinson sigue siendo la única fuente de información demostrable consultada por Stoker al respecto del Drácula histórico, cuya más bien tenue relación con el vampiro literario ha sido enormemente exagerada durante las últimas tres décadas.

* * *

Un informe sobre los principados de Valaquia y Moldavia

[fragmento]

Valaquia continuó pagando tributo hasta el año 1444; cuando Ladislao, Rey de Hungría, preparándose para guerrear contra los turcos, captó al voivoda Drácula para formar una alianza con él. Las tropas húngaras marcharon a través del principado y a ellos se les unieron cuatro mil valacos al mando del hijo de Drácula.

Tras ser derrotados los húngaros en la celebrada batalla de Varna, Hunniades, su general y regente del reino durante la minoría de edad de Ladislao, regresó precipitadamente para hacer nuevos preparativos para proseguir la guerra. Pero el voivoda, temeroso de la venganza del Sultán, le arrestó y le mantuvo prisionero durante un año, pretendiendo así demostrar a los turcos que le trataba como a un enemigo. En el momento en que Hunniades llegó a Hungría, reunió un ejército y se puso al frente del mismo, regresó a Valaquia, atacó y derrotó al principado, y ordenó que el voivoda fuera decapitado en su presencia; hecho lo cual ordenó voivoda a uno de los primados del país, llamado Dan.

Bajo el mando de este voivoda, los valacos volvieron a unirse a los húngaros en 1448 y guerrearón contra Turquía; pero tras ser completamente derrotados en la batalla de Cossova, en Bulgaria, y tras comprobar que no podían seguir plantando cara a los turcos, se

sometieron de nuevo al tributo anual, que pagaron hasta el año 1460, cuando el Sultán Mahomet II, ocupado entonces en completar la conquista de las islas del Archipiélago, les brindó una nueva oportunidad de sacudirse el yugo. Su voivoda, también llamado Drácula*, no se sintió satisfecho con meras medidas prudentes de defensa: al frente de un ejército cruzó el Danubio y atacó a un número escaso de tropas turcas que se hallaban estacionadas en las cercanías; pero este intento, como el de sus predecesores, únicamente se vio recompensado con un éxito momentáneo. Tras volver Mahomet sus ejércitos hacia él, le hizo retroceder a Valaquia, hasta donde le persiguió y donde le derrotó. El voivoda escapó a Hungría y el Sultán ordenó que su hermano Bladus fuera nombrado en su lugar. Éste firmó un tratado con Bladus, mediante el que ató a los valacos a tributo perpetuo; y puso los cimientos de esa esclavitud, de la que ningún esfuerzo ha tenido hasta ahora el poder de librarles con efecto duradero.

* Drácula en el idioma valaco significa Diablo. Los valacos, entonces como ahora, estaban acostumbrados a darle este nombre a cualquier persona que se hiciera notar, bien por su valor, su crueldad, o su astucia.

APÉNDICE VIII

Emily Gerard

Sin lugar a dudas, una de las fuentes de información más importantes para Bram Stoker a la hora de redactar *Drácula* fueron los escritos de Emily de Laszowska Gerard, la esposa inglesa de un comandante de la caballería húngara que vivió en Transilvania durante dos años, el tiempo que estuvo allí destacado su marido. Fascinada por el folklóre y la superstición de los rumanos, Gerard escribió un seminal artículo titulado *Transylvanian Superstitions*, aparecido en la revista *The Nineteenth Century* en el número correspondiente al mes de julio de 1885 (págs. 128-144). Posteriormente, extendería dicho artículo hasta convertirlo en un tratado en dos volúmenes titulado *The Land Beyond The Forest: Facts, Figures and Fancies from Transylvania* (*La tierra más allá del bosque: hechos, datos y creencias de Transilvania*), publicado por Harper & Brothers en 1888. A continuación, ofrecemos unos fragmentos escogidos del artículo original, particularmente ilustrativos de la influencia de Gerard sobre Stoker.

* * *

Supersticiones transilvanas [fragmentos]

Transilvania bien podría ser considerada la tierra de la superstición, pues en ninguna otra parte florece esta curiosa y retorcida planta de la ilusión con tanta persistencia y tal desconcertante variedad. Casi podría decirse que prácticamente todas las especies de demonios, hadas, brujas y trasgos, ahuyentados del resto de Europa por la varita de la ciencia, se hubieran refugiado tras este baluarte montañoso, sabedores de que aquí encontrarían lugares seguros desde los que seguir acechando y desafiando a sus perseguidores durante algún tiempo todavía.

Son muchas las razones por las que estos fabulosos seres podrían haber mantenido una presa anormalmente firme en el suelo de estos lares y, observando el asunto con detenimiento, podemos descubrir nada menos que tres fuentes diferentes de superstición.

En primer lugar, está la que podríamos llamar la superstición indígena del país, cuya geografía es particularmente adecuada como para servir de escenario para todo tipo de seres sobrenaturales y monstruos. Existen innumerables cavernas, cuyas misteriosas profundidades parecen albergar legiones enteras de espíritus diabólicos; claros en los bosques únicamente adecuados para el pueblo de las hadas en las noches de luna; lagos solitarios que instintivamente generan visiones de duendes acuáticos; tesoros que permanecen escondidos en las simas de las montañas... todo ello se ha insinuado gradualmente desde antaño en

las mentes de sus habitantes, los rumanos, y han influido en su modo de pensar, de tal modo que este pueblo, imaginativo por naturaleza y poéticamente inclinado, ha creado para sí mismo a partir de su entorno todo un código de fantástica superstición, al que se adhiere con tanto fervor como a su propia religión.

En segundo lugar, están las supersticiones importadas. Es decir, las viejas costumbres y creencias germanas traídas hasta aquí hace setecientos años por los colonos sajones desde su tierra nativa y, como muchas otras cosas, preservadas aquí con mayor perfección que en su país original.

En tercer lugar, está la superstición nómada de las tribus gitanas, en sí mismas una raza de brujas y adivinas, cuyas caravanas ambulantes cubren el país como una tupida red y cuyos miembros menos errantes habitan los suburbios de ciudades y pueblos.

Por supuesto, todos estos variados tipos de superstición se han entrelazado y entremezclado, han actuado y reaccionado unas con otras, hasta que en muchos casos es un asunto complicado determinar la paternidad exacta de alguna creencia o costumbre en particular; pero de modo general las tres fuentes que he mencionado podrían ser admitidas como una rudimentaria especie de clasificación a la hora de tratar con las principales supersticiones que perviven en Transilvania.

No hay a este respecto una cita más certera que aquélla de los hermanos Grimm, al efecto de que «la superstición en todas sus múltiples variedades constituye *una especie* de religión, aplicable a las necesidades comunes de la vida diaria». Y como tal, algunas formas particulares de superstición bien podrían servir como guía de los caracteres y costumbres de la nación en particular en la que prevalecen.

El espíritu del mal (o, para no andarnos por las ramas, el diablo) juega un papel destacado en el código rumano de la superstición, y nombres tales como el *Gregynia Drakuluj* (jardín del diablo), *Gania Drakuluj* (montaña del diablo), *Yadu Drakuluj* (infierno o abismo del diablo), etc., etc., que frecuentemente encontramos asociados a rocas, cavernas, o picos, confirman el hecho de que estas gentes se creen a sí mismas rodeadas por todos los costados de toda una legión de espíritus malignos.

Además, los diablos cuentan con la ayuda de las brujas y los dragones, y a todos estos peligrosos seres se les atribuyen poderes particulares en días y lugares concretos.

Quizá el día más importante del año es el de San Jorge, el 23 de abril (corresponde a nuestro 5 de mayo), en cuya víspera se siguen celebrando frecuentemente reuniones ocultistas nocturnas en solitarias cavernas o tras muros en ruinas, y en la que se ponen en práctica todas las ceremonias habituales del *sabbath* de las brujas.

La fiesta en sí misma es el día en que más cuidado hay que tener con las brujas. Para contrarrestar su influencia, los rumanos colocan bloques cuadrados de hierba fresca frente a cada puerta y ventana. Se supone que esto prohíbe con efectividad su entrada a la casa o a los establos, pero para mayor seguridad es normal que los campesinos de aquí pasen la noche en vela junto al ganado dormido, vigilando. Esta misma noche es la mejor para encontrar tesoros, y mucha gente la pasa recorriendo las colinas, intentando escarbar la tierra en busca del oro que contiene. Por muy vanas y fútiles que resulten estas búsquedas, en este país tienen una apariencia más razonable que en la mayoría de otros lugares, ya que quizá no haya otro sitio en el que tantas naciones sucesivas se hayan visto obligadas a ocultar sus riquezas al huir de sus enemigos, eso por no hablar de las numerosas venas de oro y plata aún por descubrir que deben recorrer el país en todas direcciones. No pasa un año sin que alguien saque a la luz alguna jarra de barro llena de monedas dacias, o adornos de oro de origen romano, y todos estos descubrimientos sirven para alimentar y preservar la superstición nacional.

En la noche de San Jorge (o eso dicen las leyendas) todos estos tesoros comienzan a arder o, hablando en lenguaje místico, a «florecer» en el seno de la tierra, y la luz que arrojan, descrita como una llama azul semejante a los espíritus del vino, sirve para guiar a los mortales afortunados hasta el lugar en el que están escondidos. Las condiciones para poder extraer con éxito semejante tesoro son muchas, y difíciles de cumplir. En primer lugar, no es ni mucho menos fácil para un mortal común que no haya nacido en domingo, o a mediodía mientras suenan las campanas, encontrar un tesoro. Si en cualquier caso llegara a divisar una llama como la que he descrito, debe clavar rápidamente un cuchillo a través de los harapos con los que se envuelve el pie derecho, y luego arrojar el cuchillo en dirección a la llama que haya visto. Si dos personas están juntas en el momento del descubrimiento, no deben bajo ninguna circunstancia decir ni una sola palabra hasta que hayan desenterrado el tesoro, ni tienen permitido volver a tapar el agujero del que hayan extraído algo, ya que eso provocaría su muerte en breve. Otro rasgo importante que debemos destacar es que las luces vistas antes de la medianoche, en la víspera de San Jorge, marcan tesoros guardados por espíritus benevolentes, mientras que aquellas que aparecen a una hora más tardía son, sin duda alguna, de naturaleza perniciosa.

* * *

Decididamente más maligno es el *nosferatu* o vampiro, en cuya existencia cree el campesino rumano con tanta firmeza como en el cielo o el infierno. Hay dos tipos de vampiros, vivos y muertos. El vampiro vivo es, generalmente, el hijo ilegítimo de dos hijos ilegítimos, pero ni siquiera un linaje inmaculado puede asegurar a nadie contra la intrusión de un vampiro en su cripta familiar, dado que todo aquel que muere a causa de un *nosferatu* se convierte a su vez en un vampiro tras su muerte, y continuará chupando la sangre de otras personas inocentes

hasta que el espíritu haya sido exorcizado, bien abriendo la tumba de la persona sospechosa y atravesando el cadáver con una estaca o disparando una pistola contra el ataúd. En casos muy obstinados se recomienda cortar la cabeza y volver a dejarla en el ataúd con la boca llena de ajo, o extraer el corazón y quemarlo, dispersando las cenizas sobre la tumba.

Que a menudo se recurre a tales remedios, incluso en estos tiempos iluminados, es un hecho bien documentado, y probablemente haya muy pocos pueblos rumanos en los que sus habitantes no recuerden haber presenciado algo similar. De igual modo, no hay ningún pueblo rumano que no cuente entre sus habitantes con alguna anciana (generalmente una comadrona) versada en las precauciones necesarias para contrarrestar a los vampiros, y que hace de esta ciencia un negocio floreciente. Sus servicios son requeridos con frecuencia por aquellas familias que han perdido a un miembro, y que le solicitan que «apañe» el cadáver en su ataúd, para asegurarse de que no salga de él. La mujer tiene varios métodos para contrarrestar los instintos vampírescos que pudieran estar acechando en el difunto. En ocasiones clava un clavo en la frente del muerto o, de otro modo, unta el cadáver con la grasa de un cerdo sacrificado el día de San Ignacio, cinco días antes de Navidad. También es muy habitual dejar sobre el cuerpo un tallo con espinas de rosal silvestre para impedirle salir del ataúd.

* * *

También puede encontrarse aquí a un primo hermano del vampiro, el largamente explotado hombre-lobo de los germanos, acechando aún con el nombre de *Pikolitsch*. A veces se trata de un perro en vez de un lobo, cuya forma ha sido adoptada por un hombre, bien de modo voluntario o como penitencia por sus pecados. En uno de los pueblos aún se cuenta (y se cree) una historia sobre un hombre semejante que, al volver a casa de la iglesia un domingo con su esposa, sintió de repente que había llegado el momento de su transformación. Por lo tanto, le entregó las riendas del carro a ella y se metió entre unos arbustos donde, murmurando la fórmula mística, dio tres saltos mortales sobre una zanja. Poco después, esta mujer, que seguía esperando en vano a su esposo, fue atacada por un perro furioso que salió de entre los arbustos y se abalanzó sobre ella ladrando, y que consiguió morderla gravemente y desgarrar su vestido. Cuando, una hora más tarde, esta mujer llegó sola a casa, fue recibida por su marido, que avanzó sonriendo a recibirla, pero entre sus dientes ella vio fragmentos de su vestido que había sido desgarrado por el perro, y el horror del descubrimiento hizo que se desmayara.

Otro hombre acostumbraba a afirmar seriamente que durante más de cinco años había vivido con la forma de un lobo, liderando una manada de estos animales, hasta que un cazador, al golpearle en la cabeza, le había devuelto a su forma natural.

Un viajero francés relata el caso de un inofensivo botánico que, mientras recogía hierbas en una colina, a cuatro patas, fue visto desde lejos por algunos campesinos, que le tomaron por un lobo. Antes de que hubieran tenido tiempo de llegar hasta él, en cualquier caso, se había vuelto a poner de pie y había mostrado su forma de hombre; pero esto, en las mentes de los rumanos, que ahora estaban convencidos de que se trataba de un hombre lobo, no fue sino un motivo adicional para atacarle. Estaban completamente convencidos de que debía tratarse de un *Pikolitsch*, pues sólo semejante ser podía cambiar su forma de manera tan inexplicable, y un minuto más tarde todos gritaban en pos de esta pobre víctima de la ciencia, que podría haber acabado realmente mal de no haber conseguido alcanzar un carruaje en la carretera antes de que llegaran sus perseguidores.

No será necesario extendernos demasiado en explicar la extraordinaria tenacidad con la que pervive la leyenda del hombre-lobo en un país como Transilvania, en el que los lobos reales aún abundan. Cada invierno aquí trae nuevas pruebas de la osadía y la astucia de estos terribles animales, cuyos ataques sobre rebaños y granjas son a menudo conducidos con una habilidad que haría honor al intelecto humano. En ocasiones, pueblos enteros se ven atemorizados durante semanas por algún líder de manada particularmente audaz, al que los campesinos, no sin motivos, atribuyen una naturaleza más que animal, y uno podría profetizar sin temor a equivocarse que, mientras el lobo real continúe acechando en los bosques transilvanos, su espectral hermano seguirá sobreviviendo en las mentes de sus habitantes.

APÉNDICE IX

Vampiros en Nueva Inglaterra

Stoker recortó y pegó en sus notas preparatorias para *Drácula* este fascinante artículo, aparecido en el *New York World* del 2 de febrero de 1896, probablemente durante la gira americana de 1896 del Lyceum. Para entonces, la redacción de su novela ya estaba bastante avanzada, pero sin duda debió satisfacerle comprobar que el tema elegido no sólo no resultaba remoto e ignoto para el hombre contemporáneo, sino que además había llamado la atención de la prensa americana.

* * *

Vampiros en Nueva Inglaterra

Cadáveres desenterrados y corazones quemados para prevenir contagio — Extraña superstición de antaño — La vieja creencia era que monstruos fantasmales chupaban la sangre de sus familiares vivos.

Recientes investigaciones etnológicas han revelado algo extraordinario en Rhode Island. Parece ser que la antigua superstición del vampiro aún pervive en dicho estado, y en el transcurso del último par de años se han dado muchos casos de personas que han desenterrado los cadáveres de sus familiares fallecidos con el propósito de quemar sus corazones.

Cerca de Newport se han llevado a cabo decenas de estas exhumaciones, con el propósito de impedir que los muertos depredaran sobre los vivos. Según su creencia, es probable que una persona fallecida a causa de la tisis vaya a salir de la tumba durante la noche para chuparle la sangre a los miembros supervivientes de su familia, condenándoles de este modo a un destino semejante.

El descubrimiento de la pervivencia de una superstición que se remonta a los días de Sardanápalus y Nabucodonosor en la culta y educada Nueva Inglaterra ha sido realizado por el reputado etnólogo George R. Stotson. Según sus hallazgos, está muy extendida en una zona que incluiría las ciudades de Exeter, Foster, Kingstown, East Greenwich y muchas aldeas diseminadas. Esta región, en la que abundan las granjas abandonadas, es el territorio natural del vendedor de enciclopedias, del buhonero y del médico ambulante. El aislamiento social es tan absoluto como hace dos siglos.

En un lugar como éste, Cotton Mather^[15] y toda esa multitud de médicos, clérigos y seglares convencidos de la existencia de ideas imposibles de siglos pasados, aún podrían montar su carnaval. No sólo los campesinos que viven apartados del mundo creen ciegamente en el

vampirismo, sino también la gente más inteligente de las comunidades urbanas. Hace algunos años se dio el caso demostrado de un inteligente y prudente cabeza de familia que perdió a varios de sus hijos a causa de la tisis. Después de haberlos enterrado, los exhumó y quemó los cuerpos con el propósito de salvar las vidas de los hermanos y hermanas que les habían sobrevivido.

DOS CASOS TÍPICOS.

En un pequeño pueblo situado a unas quince millas de distancia de Newport, se han producido al menos media docena de exhumaciones relacionadas con esta causa en el transcurso de los últimos años. El caso más reciente aconteció hace dos años en una familia en la que tanto la madre como cuatro de sus hijos habían sucumbido a la tisis. El último de estos niños fue desenterrado y su corazón quemado.

Otro caso fue descubierto en una ciudad costera, no lejos de Newport, que cuenta con un hotel de temporada y varias casas de residentes ocasionales que llegan con el buen tiempo. Un hombre inteligente, de profesión albañil, le contó al señor Stotson que había perdido a dos hermanos por culpa de la tisis. Tras la muerte del segundo hermano, a su padre le habían advertido de que desenterrara el cuerpo y quemara el corazón. Se negó a hacerlo y a continuación él mismo fue atacado por la enfermedad. Finalmente, murió por padecerla. Su corazón fue quemado y, de este modo, el resto de la familia se libró.

Se dice que esta terrible superstición persiste en todos los distritos aislados de Southern Rhode Island, y pervive hasta cierto punto en los grandes centros de población. A veces no sólo el corazón, sino todo el cuerpo, es quemado y las cenizas diseminadas.

En algunas partes de Europa la creencia aún está arraigada en la mente popular. En el continente, de 1727 a 1735, se produjo una epidemia de vampirismo. Miles de personas murieron, según se suponía, porque les habían chupado la sangre unas criaturas que llegaban junto a sus lechos durante la noche, con ojos saltones y labios sedientos por el fluido vital de la víctima. En Serbia se tenía entendido que los demonios podían ser destruidos desenterrando el cuerpo y atravesándolo con un instrumento puntiagudo, tras lo cual era necesario decapitarlo y quemarlo. Un remedio era comer tierra de la tumba del vampiro. En el Levante, el cadáver era cortado en trozos y hervido en vino.

EL VAMPIRISMO, UNA PLAGA.

Una vez que la persona era escogida como víctima por el vampiro, no había esperanzas para ella. Lenta, pero irremediablemente, estaba destinada a consumirse y enfermar, recibiendo mientras tanto visitas nocturnas del monstruo. Ni siquiera la muerte suponía un alivio, pues — y ésta era la parte más horrible de la superstición— la víctima, una vez muerta y enterrada en su tumba, se convertía a su vez en vampiro y se

aprestaba a depredar sobre los vivos. De este modo el vampirismo se propagaba indefinidamente.

Tengan en cuenta, si son tan amables, que en aquella época, cuando la ciencia apenas había nacido y el conocimiento aún no se había extendido entre las gentes para permitirles luchar contra la superstición, que la creencia en la realidad de este horrible fenómeno era absoluta. Su existencia estaba oficialmente reconocida, y se formaron comisiones militares con el propósito de abrir las tumbas de los sospechosos de ser vampiros y tomar las medidas que fueran necesarias para destruirles.

El vampirismo se convirtió en una plaga, más temida que cualquier forma de enfermedad. En todas partes la gente moría a causa de los ataques de los monstruos sedientos de sangre, convirtiéndose a su vez cada víctima en un rondador nocturno a la caza de presas humanas. El terror a este peligro misterioso y ultraterreno llenaba los corazones de todos.

La condición de muchos de los cuerpos desenterrados por las comisiones creadas con este propósito ofrecieron pruebas suficientes de la pervivencia del mal. En muchos casos, cadáveres que llevaban semanas e incluso meses enterrados fueron encontrados frescos y con apariencia de vida. En ocasiones encontraron incluso sangre fresca en sus labios. ¿Qué prueba podría ser más convincente teniendo en cuenta que, como era bien sabido, el cuerpo enterrado de un vampiro se preservaba con el alimento de sus banquetes nocturnos? La sangre en los labios era, por supuesto, la de la víctima de la noche anterior.

La fe en el vampirismo compartida por la mayoría del público era tan completa como la que se siente hoy en día ante un descubrimiento de la ciencia moderna. Era una epidemia real que amenazaba a la gente extendiéndose rápidamente y que sólo podía ser atajada adoptando las medidas más drásticas.

Los contenidos de todas las tumbas sospechosas fueron investigados, y muchos cuerpos hallados en una condición como la descrita fueron inmediatamente sometidos al «tratamiento». Esto implicaba clavar una estaca a través del pecho y extraer el corazón, que luego era o bien quemado o bien cortado en pequeños trozos. Sólo así podía un vampiro verse privado de poder para seguir haciendo el mal. En un caso, un hombre, tras ser desenterrado, se sentó en su ataúd con los labios manchados de sangre fresca. El oficial a cargo de la ceremonia puso un crucifijo frente a su rostro y diciendo: «¿Reconoces a tu salvador?», le cortó la cabeza al desgraciado. Presumiblemente esta persona habría sido enterrada viva en un estado cataléptico.

¿FUERON ENTERRADOS CON VIDA?

¿Cómo puede explicarse el fenómeno? Nadie puede decirlo con seguridad, pero podría ser que la tensión y el terror al que se veían

sometidas las personas temerosas de la epidemia tuviera el efecto de predisponer a las más nerviosas a la catalepsia. En una palabra, la gente era enterrada viva en una condición en la que, al estar suspendidas las funciones vitales, permanecían como muertas durante un tiempo. Es un fenómeno común entre los catalépticos el sangrar por la boca justo antes de recobrar la conciencia. De acuerdo a la superstición popular, el vampiro dejaba su cuerpo en la tumba mientras se entregaba a sus ataques nocturnos.

La epidemia prevaleció por todo el sudeste de Europa, aunque sus efectos fueron peores en Hungría y Serbia. Se supone que tuvo origen en Grecia, donde se tenía la creencia de que los cristianos enterrados en aquel país no podían descomponerse en sus tumbas, ya que habían sido rechazados por la iglesia ortodoxa griega. La alegre noción era que salían de sus tumbas por la noche y proseguían sus ocupaciones como necrófagos. La superstición de los necrófagos es muy antigua e indudablemente de origen oriental. Generalmente, en cualquier caso, un necrófago es justo lo opuesto a un vampiro, ya que se trata de una persona viva que se alimenta de cadáveres, mientras que un vampiro es un muerto que se nutre con la sangre de los vivos. Si tuviera usted elección, ¿qué preferiría ser, un vampiro o un necrófago?

Una de las historias más populares de *Las mil y una noches* habla de una mujer que irritaba a su esposo rechazando la comida. Únicamente tomaba un par de granos de arroz en cada comida. Él descubrió que tenía la costumbre de salir de su habitación sigilosamente por las noches y, al seguirla en una de tales ocasiones, la sorprendió desenterrando y devorando un cadáver.

Entre los numerosos cuentos folklóricos sobre vampiros hay uno relativo a un demonio llamado Dakanavar que moraba en una cueva en Armenia. No permitía que nadie penetrara en las montañas de Ulmish Altotem para contar sus valles. A todo aquel que lo intentó le había chupado la sangre durante la noche a través de la planta de los pies hasta matarlo.

Al fin, en cualquier caso, fue engañado por dos astutos muchachos. Comenzaron a contar los valles y, cuando cayó la noche, se echaron a dormir, teniendo la precaución de colocar los pies de cada uno bajo la cabeza del otro. Por la noche llegó el monstruo y palpó como de costumbre hasta encontrar una cabeza. Luego palpó por el otro extremo y allí encontró otra cabeza.

«¡Vaya!, —gritó—, he recorrido los trescientos sesenta y seis valles de estas montañas y le he chupado la sangre a incontables personas, pero nunca hasta ahora había encontrado a una con dos cabezas y ningún pie». Tras decir esto, huyó y nunca más se le volvió a ver en el país, pero desde entonces la gente ha sabido que las montañas tienen trescientos sesenta y seis valles.

La creencia en los murciélagos vampiros es más moderna. Durante mucho tiempo fue ridiculizada por la ciencia como una ilusión, pero finalmente se ha demostrado que su existencia es un hecho. Fue el famoso naturalista Darwin quien dirimió la cuestión. Una noche estaba acampado con una expedición cerca de Coquimbo, en Chile, cuando un sirviente notó que uno de los caballos estaba alterado. El hombre se acercó al caballo y sorprendió en el acto a un murciélago chupando sangre de uno de los flancos del animal.

A pesar de que muchas clases de murciélagos han sido ignorantemente acusadas de chupar la sangre, sólo una especie es realmente vampira. Constituye un gen en sí misma, e igual que el hombre es la única especie del gen *homo*, el murciélago vampiro es la única especie del gen *desmodus*. Afortunadamente, no es demasiado grande, alcanzando una envergadura de únicamente 60 cm^[16]. Esto no es mucho para un murciélago. Los llamados «zorros voladores» del viejo mundo, que vuelan en bandadas y asolan los huertos, son de tamaño mucho mayor, y hay un murciélago en Java, conocido como «kalong», que tiene una envergadura de un metro y medio de la punta de un ala a la otra. El cuerpo del auténtico murciélago vampiro sólo pesa un par de onzas.



ABRAHAM STOKER Clontarf (Irlanda) 1847- Londres (Reino Unido) 1912. Nació el 8 de noviembre de 1847 en Clontarf, hoy un barrio de Dublín (Irlanda), en cuya universidad estudió. La representación en 1871 de una obra de los alsacianos Emile Erckmann y Alexandre Chatrian —autores de Hugo el lobo y otros relatos de terror— motivará la primera colaboración en prensa de Stoker. Fue crítico teatral durante diez años, hasta que sale de Irlanda en el año 1876 como secretario y representante del actor inglés sir Henry Irving, junto al que dirigió el Lyceum Theatre de Londres. Fueron socios hasta la muerte del actor en 1905.

Stoker fue autor, entre otros títulos, de los libros de cuentos *El país bajo el ocaso* (1881), *Atrapados en la nieve: crónica de una gira teatral* (1908) y póstumamente *El invitado de Drácula y otros relatos inquietantes* (1914), el libro de memorias *Recuerdos personales de Henry Irving* (1906) y entre las novelas destaca, muy especialmente, *Drácula* (1897), obra fundadora del vampiro de Transilvania que ha inspirado a tantos y tantos creadores de todas las artes. La leyenda del vampiro ya existía en varias culturas y disciplinas artísticas, sin embargo, nunca fue tan bien relatada como hizo Stoker.

Falleció pobre y olvidado en Londres el 20 de abril de 1912.

Notas

[1] *Hommy-Beg* quiere decir, en el dialecto de la isla de Man, «pequeño Tommy». Cariñosa dedicatoria para uno de los mejores amigos de Stoker, el novelista *sir* Thomas Henry Hall Caine (1853-1931), sin lugar a dudas uno de los escritores más populares y vendidos de la época gracias a sus melodramáticos relatos, varios de ellos ambientados precisamente en dicha isla. De este modo, Stoker le devolvía el detalle que Hall Caine había tenido al dedicarle su novela *Cap'n Davy's Honeymoon* (1893). A pesar de su enorme fama, comparable en su momento a la de Dickens o Wilkie Collins, y muy superior a la de su amigo Stoker, la obra de Hall Caine no ha perdurado. <<

[2] En su prólogo para la edición islandesa de 1901, Stoker fue más allá aún para preservar la ilusión de realidad de su novela, presentándose a sí mismo como amigo personal de los protagonistas y como garante de la veracidad de los hechos. Ver pág. 619 para leer el texto completo. <<

[3] Algunas ediciones incluyen antes de este primer capítulo el relato «El invitado de Drácula», siguiendo el ejemplo establecido por Raymond T. McNally y Radu Florescu en su volumen *The Essential Dracula* (1979). En cualquier caso, resulta evidente que «El invitado de Drácula», aunque no carece de interés, no forma parte de la versión definitiva de la novela. Para una discusión más detallada del tema, así como para leer el relato, ver pág. 623. <<

[4] Nombre alemán de la actual Bistrita, ciudad rumana situada en la zona norte de Transilvania. <<

[5] Transilvania dejó de ser dominio turco para pasar a formar parte del Imperio Austrohúngaro en 1711. <<

[6] Nombre alemán de la actual Cluj-Napoca, capital histórica de Transilvania y segunda ciudad más grande de Rumania. <<

[7] *Ordnance Survey Maps* en el original. Detallados mapas de Gran Bretaña realizados por el ejército, siguiendo una escala de una pulgada por milla. <<

[8] Es decir, el 4 de mayo en el calendario gregoriano, pero el 22 de abril en nuestro calendario juliano. Esta fecha otorga una gran carga simbólica y premonitoria a este primer capítulo de la novela. Por una parte, la figura de San Jorge, que según dicen se apareció a los soldados cristianos durante la batalla de Antioquía en 1098, invoca de manera casi inmediata el recuerdo de las Cruzadas, un hecho con el que el

mismo Van Helsing comparará más adelante su sagrada misión de perseguir al vampiro, en tanto que reitera la lucha de la civilización occidental contra un enemigo de la fe. Por otra, San Jorge es el caballero encargado de luchar contra el dragón que mantiene retenida a la princesa; qué mejor símbolo para un grupo de ardientes caballeros británicos dispuestos a luchar por la vida de sus doncellas contra un enemigo cuyo nombre significa «hijo del dragón». Quizá por todo ello (aparte de por la influencia de Emily Gerard), Stoker optara por situar la acción de este primer capítulo en dicha noche en vez de hacerlo en la mucho más sonora *Walpurgis Nacht* (el 30 de abril), elemento que sí aparece, sin embargo, en «El invitado de Drácula». <<

[9] *Cat's meat* : carne de caballo preparada por vendedores ambulantes como alimento para gatos domésticos. <<

[10] Literalmente, «tierra media» en alemán. <<

[11] Anglificación de Borgóprund, nombre con el que los húngaros llaman al pueblo rumano de Prundul-Bárgaului, situado a 21 km. al noroeste de Bistrita. No confundir, como parece hacer aquí Stoker, con el desfiladero de Borgo, o Paso Tihuta. <<

[12] Título ostentado por los príncipes soberanos de Valaquia y Moldavia desde el siglo XV hasta 1866. El origen de la palabra, *gospod*, es eslavo y procede a su vez del griego *despótes* (déspota); ha dado pie a otras todavía hoy en uso, como la rusa *gospodín* (señor). <<

[13] *Lenore*, la balada del escritor alemán Gottfried August Bürger (1747-1794), fue publicada en 1773 y traducida al inglés en 1796, inspirando en parte a Samuel Coleridge para su poema *La rima del anciano marinero*, de 1798 (también citado por Stoker en el capítulo VI). Lenore lamenta que su amante, William, no haya regresado de la guerra. Cuando reaparece para convertirla en su esposa, ella le acompaña a su nuevo hogar sólo para descubrir que éste es el cementerio y que William está muerto. <<

[14] La novela está repleta de pequeños momentos enormemente teatrales como éste, que, además de demostrar las intenciones dramáticas de Stoker —que se revela en muchos momentos como un magnífico director escénico—, han contribuido a preservar la frescura de la novela en un entorno eminentemente visual como el del siglo XX. No es de extrañar, pues, que *Drácula* haya sido llevada en tantas ocasiones al cine. Por otra parte, obsérvese que el Conde no acude a saludar a su invitado hasta que éste ha entrado «libremente y por su propia voluntad» en su casa, casi una inversión de las reglas que indican que el vampiro no puede entrar en ningún lugar sin haber sido invitado por un habitante del mismo y un punto de contacto con el folklore tradicional, en el que el vampiro generalmente requiere de algún tipo de complicidad por parte de su víctima. <<

[15] Como puede observarse, la celebrada y muy citada frase «yo nunca bebo... vino», ni siquiera aparece en la novela. Bela Lugosi la pronunció con sumo gusto en la película de Tod Browning de 1931, y Frank Langella y Gary Oldman volvieron a entonarla en las versiones de John Badham (1979) y Francis F. Coppola (1992), aunque con bastante menos encanto. <<

[16] Vino blanco dulce producido en la región húngara de Tokay, de la que recibe su nombre. <<

[17] La descripción de Drácula tiene más que ver con la de un hombre lobo que con la de un vampiro: «Un hombre lobo puede ser detectado fácilmente, incluso cuando se ha despojado de la piel, porque tiene unas manos anchas, de dedos cortos, y siempre con algunos cabellos en la mano. [...] De día el hombre lobo tiene forma humana, aunque se le puede reconocer por la unión de las cejas encima de la nariz». Sabine Baring-Gould, *El libro de los hombres lobo. Información sobre una superstición terrible*. Traducción de Marta Torres. Valdemar, col. Gótica 54. <<

[18] Palacio levantado por el Cardenal Wolsey en 1515, en Richmond, a 24 km. de Londres, junto a la ribera del Támesis. Enrique VIII se apropió de él en 1526 y fue residencia de la realeza británica hasta el reinado de Jorge II, que concluyó en 1760. Ya en tiempos de Stoker era una atracción turística. <<

[19] *London Directory* : exhaustiva guía de comerciantes y fabricantes de Londres y sus suburbios. <<

[20] *Red Book* : publicación encuadernada en rojo en la que se recopilaban los nombres de los miembros de la corte, la nobleza, el gobierno y aquéllos con una pensión del gobierno. *Blue Book* : diario de sesiones parlamentarias, encuadernado en azul. <<

[21] Almanaque creado en 1868 por Joseph Whitaker y publicado anualmente desde entonces. Recogía información general sobre el Imperio Británico: sus nobles, la iglesia, el gobierno, universidades, registro de estatutos aprobados durante el año, estadísticas criminales, noticias económicas... incluso eventos deportivos. El Conde no podía haber elegido una mejor y más abundante fuente de información. <<

[22] *Army Listy Navy List* : publicaciones anuales de información militar, centradas en el ejército y la marina respectivamente, que recopilaban detalles tales como el personal, las pagas, las guarniciones, los puertos, las regulaciones, etc. <<

[23] *Law List* : listado anual de profesionales de la ley y la jurisprudencia de Gran Bretaña y sus colonias: jueces, abogados, notarios, oficiales... <<

[24] Stoker, con su siempre agudo sentido del humor, hace que Drácula se exprese mediante una cita bíblica: «Ella dio a luz a un hijo y Moisés lo llamó Guersón, pues dijo: “Forastero soy en tierra extraña”» (Éxodo 2, 22). Nina Auerbach y David J. Skal añaden que «como Moisés, Drácula espera regresar para guiar a su gente a un país mejor», si bien a uno se le antoja un poco difícil imaginar a Drácula haciendo algo por nadie que no sea él mismo. <<

[25] En noviembre de 1330 los valacos, comandados por el voivoda Basarab I, abortaron un primer intento de invasión magiar al derrotar al ejército liderado por Carlos Roberto de Anjou, rey de Hungría, en Posada, un desfiladero situado en el valle del río Olt. Fue una batalla sangrienta en la que los valacos contaron con una posición elevada, desde la que bombardearon con peñascos y árboles al ejército enemigo. <<

[26] Drácula sigue intentando desviar la atención del hecho de que el cochero y él son la misma persona. Más aún, es muy posible que gran parte de su fortuna, incluyendo la gran cantidad de antiguas monedas de muy diversa procedencia que encontrará Harker posteriormente, provenga de estos tesoros enterrados. De hecho, uno de los rasgos recopilados por Stoker en su «lista de características del vampiro», en sus notas manuscritas preparatorias para la novela (pág. 38a), especifica que «siempre paga utilizando oro antiguo». <<

[27] Guía de ferrocarriles. Incluía mapas de todas las rutas férreas de Gran Bretaña, horarios de salida y llegada y tarifas. Se publicó anualmente entre 1839 y 1961. <<

[28] Concretamente a 160 millas, aprox. 272 km. <<

[29] Suburbio localizado a unos 30 km. al este de Londres, situado en la ribera norte del Támesis. <<

[30] La etimología de Harker no es del todo correcta, pues el nombre debería ser *Quatre Faces* . Por otra parte, su explicación derivada de los puntos cardinales también deja mucho que desear, y podría ser incluso una muestra intencionada por parte de Stoker de la ignorancia del personaje en todo lo referido al mundo macabro y pagano con el que acaba de entrar en contacto. Mucho más satisfactoria resulta la teoría esgrimida por Auerbach y Skal, así como por Juan Antonio Molina Foix, que inciden en el hecho de que la palabra «carfax» denomina el punto en el que se cruzan cuatro caminos, precisamente el lugar en el que tradicionalmente se enterraba a los suicidas, algo que, como veremos

más adelante, puede llegar a ser de vital importancia para Drácula. Sin duda, este último sabe mejor que Harker hacia dónde se dirige. <<

[31] En 1893, año en el que transcurre la novela, la cámara portátil Kodak —comercializada a partir de 1888— era todavía una auténtica innovación. Aparte de ser la más barata y compacta aparecida hasta entonces, era lo suficientemente sencilla de utilizar como para que cualquier aficionado pudiera hacer fotos. Harker, convertido en esta escena en trasunto de agente inmobiliario, es el perfecto ejemplo de ello. <<

[32] Incluye fineses, magiares y siberianos. <<

[33] Thor es el dios del trueno de la mitología nórdica, hijo del gran Wodin, también llamado Wotan o, más comúnmente, Odín. Odín no sólo era el mayor de los dioses nórdicos, sino también el protector de los guerreros caídos en combate. <<

[34] Palabra derivada del noruego *beserkr*, «piel de oso». Algunos guerreros nórdicos solían cubrirse con pieles de animales salvajes, generalmente osos y lobos, y luego se autoinducían un frenesí guerrero que les llevaba a cometer las mayores atrocidades, contribuyendo no poco a crear la leyenda de los hombres-lobo, tal y como recoge Baring-Gould en su espléndido libro: «... sus ojos refulgían como si ardiesen llamas en sus cuencas, rechinaban los dientes y echaban espuma por la boca; mordían los escudos, y se dice que a veces incluso llegaron a atravesarlos con los dientes, y cuando se lanzaban al combate ladraban como perros y aullaban como lobos». <<

[35] Escitia era una antigua región del sudeste de Europa, situada al norte del mar Negro y del mar Caspio. Stoker está citando aquí al historiador Edward Gibbon (1737-1794), autor de la monumental *Historia del declive y caída del Imperio Roman*: «[los godos] les asignaron un origen digno de su físico y costumbres; que las brujas de Escitia, que debido a su práctica abominable y mortal habían sido expulsadas de la sociedad, habían copulado en el desierto con espíritus infernales, y que los hunos eran la progenie de tan execrable unión». <<

[36] Arpad el Conquistador fue el sucesor de Atila y el principal valedor del *honfoglalas* o «conquista de la madre patria». En el año 895 condujo a un grupo de jefes magiares y a sus respectivas tribus a través de los Cárpatos hasta conquistar Hungría, fundando la dinastía de los Arpades, que reinaría en la zona hasta 1301. <<

[37] En *The Land Beyond the Forest*, Emily Gerard caracteriza a los szekler como guardianes de la frontera y recoge una canción popular que probablemente inspirara a Stoker a la hora de redactar el discurso de Drácula: «Noble szekler nací y me criaron, / la cabeza alzo con altivez; / el gran Atila me engendró, / y como legado me dejó / una daga,

un hacha y una lanza; / un corazón que no conoce el miedo; / un brazo poderoso que a menudo ha matado / al enemigo tártaro en el campo y la llanura. / El azote de Atila el bravo / aún persiste entre nosotros como antaño; / y cuando este látigo levantamos, / nuestros enemigos se ven obligados a huir. / Al orgulloso szekler aprenden a conocer, / y se esfuerzan por no ser sus enemigos / pues la sangre de los hunos corre por sus venas calentándole / y sabe bien cómo manejar su brazo». <<

[38] Las cuatro etnias rumanas anteriormente mencionadas por Stoker (ver cap. I). <<

[39] Símbolo de la llamada a la batalla en tiempos de emergencia nacional. <<

[40] En realidad se libraron dos grandes batallas en Kosovo: una en 1389 y otra en 1448; en ambos casos triunfaron los otomanos. Lo más probable es que Drácula se refiera a la segunda, en la que el general húngaro János Hunyadi, príncipe transilvano, perdió la batalla en parte debido a la traición de sus aliados valacos (tal vez Drácula vea más vergüenza en la traición que en la derrota). <<

[41] Tanto McNally y Florescu como Molina Foix identifican a este *voivoda*, o príncipe rumano, como Vlad Tepes el Empalador (1431-1476), gobernante de Valaquia de 1456 a 1462. Sin embargo, y aunque dicha posibilidad sea perfectamente razonable, es harto improbable que Stoker tuviera constancia de la existencia de Vlad Tepes como tal, al que sólo debió conocer como «voivoda Drácula», único nombre que aparece en las escasas notas que copió del libro de William Wilkinson *Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia*, fácilmente identificables como origen de este parlamento. «Su VOIVODA (DRÁCULA) cruzó el Danubio y atacó a las tropas turcas. Triunfo estrictamente momentáneo. Mahomet II le hizo retroceder hasta Valaquia, donde le persiguió y derrotó. El VOIVODA huyó a Hungría y el Sultán hizo que su hermano Bladus (sic) tomara su lugar. Firmó un tratado con Bladus mediante el que los valacos debían rendir tributo a perpetuidad, poniendo los cimientos de una esclavitud aún no abolida». Ver pág. 665. <<

[42] Efectivamente, Radu el Hermoso —que no Bladus—, hermano pequeño de Vlad, subió al poder en 1462, siguiendo una política completamente proturca. <<

[43] Aunque Molina Foix lo identifica como Mijail Viteazul (Miguel el Bravo), gobernador de Craiova que cruzó el Danubio para invadir territorio turco en 1594, lo más probable es que se trate de una invención del propio Stoker, no sólo porque, como hemos visto, en su documentación únicamente constan vagas referencias a Vlad y a su hermano Radu, sino también porque este tercer e ignoto Drácula será identificado más adelante por Van Helsing y por Mina Harker como

Drácula el vampiro. Parece dudoso que Stoker fuera a convertir una figura histórica real en su malévolos villano. <<

[44] Batalla de 1526 en la que los turcos, con Solimán el Magnífico al frente, vencieron al ejército húngaro y conquistaron Hungría. Transilvania se convirtió en un principado turco semiautónomo hasta que Austria volvió a reconquistarla, de ahí el regocijo de Drácula. <<

[45] Dinastías gobernantes del Imperio Austrohúngaro y de Rusia, respectivamente. <<

[46] «He oído al gallo, clarín de la mañana, cuando con arrogancia y voz aguda despierta al dios del día; y a esta señal, ya se hallen en mar, fuego, tierra o aire, errantes vuelven los espíritus a su morada. Que esto es verdad lo prueban los hechos que hemos visto. / Se desvaneció, es verdad, al cantar el gallo». *Hamlet*, acto I, escena I, versos 148-157. <<

[47] Una de las cuatro «Inns of Court» o escuelas de leyes británicas situadas en Londres, en aquel momento, las únicas instituciones que podían autorizar a alguien a ejercer la abogacía. <<

[48] A lo largo de la novela Stoker tiende a justificar de antemano las conductas de sus personajes en virtud de las necesidades dramáticas que vayan a surgir después, anticipando en cierto modo los acontecimientos futuros. <<

[49] Quizá no pueda, pero eso no quiere decir que no vaya a intentarlo. *Drácula* es un perfecto ejemplo de «novela tecnológica» en tanto que, por mucho que nuestros cazavampiros confíen en la superstición y en la religión para luchar contra este enemigo surgido de tiempos remotos, lo que realmente va a darles una mínima oportunidad frente al salvajismo ancestral de Drácula va a ser su entrega total a los más recientes avances de la tecnología: cámaras, fonógrafos, telégrafos, máquinas de escribir portátiles, rifles de repetición, lanchas a vapor, etc. <<

[50] En *El Rey Lear*, acto III, escena IV, versos 21-22, Lear se lamenta de la ingratitud de sus hijas del siguiente modo: «¡Oh! Este camino conduce a la locura; evitémoslo. ¡Basta ya de esto!». <<

[51] Stoker cita aquí incorrectamente otro pasaje de *Hamlet*, sustituyendo *My tables, my tables — meet it is I set down*, por *My tablets! quick, my tablets! 'Tis meet that I put it down*. La cita completa, más escalofriante teniendo en cuenta la relación de Harker con Drácula, sería: «¡Oh, villano, villano! ¿Sonríes, maldito villano? Mis cuadernos... bueno será que lo escriba, que uno pueda sonreír y sonreír y sea un villano». *Hamlet*, acto I, escena V, versos 106-108. <<

[52] Esta hermosa y rubia vampira iba a ser, en principio, la misma Condesa Dolingen de Graz que aparece en «El invitado de Drácula». La eliminación por parte de Stoker de 101 páginas de su manuscrito original motivó varias referencias a acontecimientos que no aparecen en la versión definitiva de la novela. <<

[53] Esta frase se repite desde un primer momento en las notas preparatorias de Stoker. De hecho, es la única línea de diálogo que aparece en su primer esbozo de la estructura del libro (escrito el 14 de marzo de 1890), incluida en la sucinta descripción de este capítulo: *Loneliness. The Kiss. «This man belongs to me . —(Soledad. El beso—. Este hombre me pertenece»*). Noel Stoker afirma que el origen de *Drácula* fue una pesadilla de su padre en la que un rey vampiro se levantaba de su tumba. De ser esto cierto, no resultaría muy difícil imaginar qué palabras debió susurrarle el vampiro al aterrizado Stoker. <<

[54] Adopción polaca de la palabra alemana *hauptmann* , capitán o comandante, es decir, el jefe. <<

[55] En realidad, Noé nunca llegó a ver el lugar en el que se posó su paloma: «Aún esperó otros siete días y volvió a soltar la paloma fuera del arca. La paloma vino al atardecer trayendo en el pico un ramo verde de olivo, por donde conoció Noé que habían disminuido las aguas de encima de la tierra» (Génesis 8, 10-11). <<

[56] Curiosamente, Stoker utiliza aquí el participio *molested* , que también tiene, principalmente, el sentido de agredido sexualmente. <<

[57] Harker se olvida de la ocasión en la que se cortó en la mejilla mientras se afeitaba después de haber amanecido. El Conde incluso le saludó con un «Buenos días» (ver cap. II). <<

[58] Aunque en toda la novela no haya ninguna referencia directa a *Macbeth* , el mismo Stoker reconocía que esta obra le intrigaba más que ninguna otra. Después de haber visto a Henry Irving y a Ellen Terry interpretarla en el Lyceum durante 151 representaciones seguidas entre 1888 y 1889, no cabe duda de que algún poso debió de dejarle, aunque fuese de manera inconsciente. Así, en *Drácula* aparecen elementos también presentes en *Macbeth* , como el siniestro castillo, las fuerzas sobrenaturales o las escenas de sonambulismo. En esta frase, Stoker utiliza la expresión *weird sisters* (extrañas hermanas) para referirse a las tres vampiras; la misma de la que se sirve Shakespeare en cinco ocasiones para referirse a las tres brujas de *Macbeth* . <<

[59] No tanto un dicho como una frase directamente extraída de la versión inglesa de la *Odisea* de Homero, traducida por Alexander Pope (1688-1744): *welcome the coming, speed the parting guest* . Telémaco,

hijo de Odiseo, solicita a Menelao que le permita regresar a Itaca, su hogar, y éste contesta: «La misma bajeza comete quien anima a su huésped a que se vaya, cuando éste no quiere hacerlo, que quien se lo impide cuando lo desea. Hay que agasajar al huésped cuando está en tu casa, pero también despedirlo si lo desea». Traducción de José Luis Calvo. Ediciones Cátedra, col. Letras Universales 62. <<

[60] Aunque nunca ha aparecido así en las ediciones británicas, por algún motivo aún sin determinar la primera edición americana de *Drácula* (Doubleday & McClure Co., 1899), incluía otras cuatro perturbadoras y sugerentes palabras, quedando así la frase: «Tened paciencia. *Esta noche es mío* . ¡Mañana por la noche, mañana por la noche será vuestro!». <<

[61] Como ya sabemos, la ventana desde la que se descuelga Harker tiene vistas al sur, no al este. <<

[62] Stoker se sirve en esta frase del verbo *to batten* (que aquí he traducido muy libremente como «depredar»), cuyo significado literal es el de atiborrarse con glotonería. Como muy agudamente indica John Paul Riquelme, aunque no se trate de un verbo muy habitual, en este caso no podía ser más apropiado, ya que aparte de su propio significado la palabra incluye la sílaba *bat* , que en inglés quiere decir murciélago, o lo que es lo mismo, una de las muchas manifestaciones del Conde. Por otra parte, no deja de llamar la atención que Harker parezca conocer a la perfección el ciclo de reproducción del vampiro. <<

[63] Aunque existieron varios modelos antes que el suyo, normalmente se atribuye el «invento» de la máquina de escribir al norteamericano Christopher Latham Sholes (1815-1891), pues fue él quien ideó el teclado *qwerty* cuyo fue el diseño de la primera máquina producida en masa, a partir de 1874, por la compañía de armas Remington & Son. <<

[64] La novela está plagada de guiños de Stoker al lector, como éste en el que, a pesar de lo afirmado por el personaje, resulta evidente que va a ocurrir lo contrario. <<

[65] Como, sin ir más lejos, la madre del propio Stoker, Charlotte. Téngase en cuenta, por otra parte, la intención de Mina de querer imitar a las damas periodistas. <<

[66] En francés, un buen partido. Al contrario que Mina, que aprende idiomas con una finalidad profesional o cultural, Lucy sólo conoce palabras relacionadas con las convenciones sociales. <<

[67] Según nos cuenta aquí Stoker, Mina y Lucy son amigas desde la infancia y parecen pertenecer a un mismo *status* social. Sin embargo, más adelante sabremos por otras fuentes que Mina es huérfana, que ha

tenido que trabajar para labrarse un porvenir y que al que conoce desde que era pequeña es a Harker (al que Lucy nunca ha visto en persona). <<

[68] Apenas sabemos mucho sobre las edades de los protagonistas de *Drácula*, excepto por los 19 años de Lucy y los 29 del doctor Seward. Teniendo en cuenta que lo más probable es que Mina sea mayor que Lucy y que, como sabremos más adelante, Harker, Morris y Arthur son más jóvenes que Seward, podríamos situar a todos ellos aproximadamente a mediados de la veintena. <<

[69] Mina, al parecer, trabaja en un internado para señoritas. Parece evidente que Lucy ha sido una de sus alumnas hasta hace poco y que probablemente ha dejado el internado debido a sus problemas de salud, a los que se alude tangencialmente en diversas ocasiones. Por lo tanto, Mina ha de ser mayor que Lucy y no parece muy probable que pudieran haber sido amigas desde niñas. <<

[70] Otro de los abundantes recursos teatrales de la obra. En este caso, puro vodevil. <<

[71] Una de las muchas alusiones a los problemas de salud de Lucy a los que antes hacíamos referencia. <<

[72] Una referencia a *Otelo*, que cortejó a Desdémona contándole sus aventuras. Significativamente, las dos menciones que de la obra de Shakespeare hace Lucy corresponden en ambos casos a doncellas de infausto destino: Desdémona y Ofelia. <<

[73] Se trata de una referencia un tanto confusa a la parábola de las diez vírgenes: «Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Las necias, en efecto, al tomar sus lámparas no se proveyeron de aceite; las prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuzas» (Mateo 25, 1-13). Así las vírgenes prudentes pueden ser reconocidas por sus pretendientes al encender las lámparas. Sin embargo, nadie identifica a las necias, de tal modo que quedan solteras. Por otra parte, Morris hace también una rústica alusión a Juan 1, 26-27: «... en medio de vosotros está uno a quien no conocéis que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia». <<

[74] Juego de palabras. *Sloppy* puede querer decir descuidado, pero también húmedo. <<

[75] Thomas Edison (1874-1931) construyó el primer fonógrafo en 1877 <<

[76] El primero de varios errores de cronología presentes en la novela. La fecha de esta entrada debería ser, lógicamente, el 25 de mayo. <<

[77] «Todo en Roma está a la venta». La cita correcta debería ser *Omnia Romae venalia esse* y pertenece a la *Guerra de Yugurta* (20:1) de Salustio. También Juvenal afirmaba en sus *Sátiras* (3:183) que *Omnia Romae cum pretio* , «todo en Roma tiene un precio», como el infierno de Seward. <<

[78] *Verbum sapienti sat est* . Para el sabio, una palabra basta. <<

[79] Stoker visitó Nuremberg en 1885 con Henry Irving y Ellen Terry, en un viaje para documentarse de cara a la producción de *Fausto* del Lyceum. Además, Stoker situó en Nuremberg su cuento «La squaw». (*Cuentos de medianoche* , Valdemar, col. El Club Diógenes 138). <<

[80] En el año 867 —la abadía fue fundada en el año 658—, los daneses no sólo destruyeron la abadía sino todo el distrito circundante. Como bien indican Auerbach y Skal, Stoker nos presenta Whitby como un lugar vulnerable a las invasiones extranjeras (¡y bárbaras!). No es de extrañar, pues, que Drácula lo escoja como lugar para su desembarco. <<

[81] Poema de *sir* Walter Scott (1771-1832) escrito en 1808. En él, una monja, Constance de Beverley, renuncia a sus votos para seguir por amor al traicionero caballero Marmion, quien luego la abandona. En castigo, Constance será emparedada viva en las mazmorras de la abadía de Whitby (ver canto segundo, XXV-XXX1II). <<

[82] Según una leyenda local, se trata de Santa Hilda, primera abadesa de Whitby. Según otra versión, sería *lady* Hilda, hija del fundador de la abadía. En cualquier caso, ninguna de las dos versiones aclara por qué sigue vagando entre las ruinas. <<

[83] Después de que las campanas de la abadía fueran robadas, el barco en el que viajaban naufragó. Según la leyenda local, en tiempos de crisis las campanas suenan desde el fondo del mar. <<

[84] Wellington derrotó a Napoleón (otro invasor extranjero) el 18 de junio de 1815. <<

[85] Durante la época victoriana, Whitby era conocida principalmente por su industria relacionada con el tallado de este mineral de color negro brillante, a partir del cual se manufacturaban no sólo adornos, botones y cuentas de rosario, sino también un elemento primordial para la vestimenta de los dolientes entre los siglos XVII y XIX: las *mourning stones* (literalmente piedras de luto) o joyas negras. <<

[86] Concretamente 199. <<

[87] Mencionado en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare. Graciano se burla de aquellos que pretenden aparentar sabiduría diciendo: «Yo soy *sir* Oráculo. / ¡Y cuando abro los labios, que ningún perro ladre!» (acto I, escena I, versos 93-94). <<

[88] Otra oblicua referencia a los problemas de salud de Lucy. <<

[89] El señor Swales habla continuamente con un cerrado dialecto de Yorkshire, elaborado por Stoker a partir de sus propias notas tomadas durante su estancia en Whitby y del libro *A Glossary of Words Used in the Neighbourhood of Whitby* (F. K. Robinson, 1876). En este caso, por ejemplo, utiliza la denominación *kirk-garth* para referirse al *churchyard*, o cementerio de la iglesia —el dialecto proviene de los tiempos sajones; «kirk» significa iglesia en alemán—. No es de extrañar que la pobre Mina apenas consiga entenderle. <<

[90] La bahía de Andrés se encuentra en el mar Caribe, cerca de Santo Domingo. Ciertamente, a un buen trecho de Whitby. <<

[91] También en Groenlandia. <<

[92] Su estancia vacacional en Whitby durante el verano de 1890 resultó ser realmente provechosa para Stoker. Como parte del proceso de documentación para la novela hizo una lista en la que reunió más de 80 inscripciones copiadas de lápidas auténticas, entre las que se cuentan las de Edward Spencelagh, Braithwaite Lowrey, Andrew Woodhouse, John Paxton e incluso la del señor Swales. <<

[93] «Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad sacaban a enterrar a un muerto. Era el hijo único de su madre, que era viuda» (Lucas 7, 11-17). Jesús, apiadándose de la viuda, hace resucitar al difunto. El refinado y por momentos macabro humor de Stoker podría estar manifestándose al incluir esta cita bíblica precisamente en una tumba destinada a albergar el cuerpo de un muerto viviente. <<

[94] *sir* John Scott Burdon-Sanderson (1828-1925) fue el médico inglés que midió por primera vez los impulsos eléctricos del corazón. El escocés *sir* David Ferrier (1843-1928), primer profesor de Neuropatología en el King's College de Londres, hizo experimentos que determinaron la estructura cerebral de los primates. Ambos fueron polémicos partidarios de la experimentación con animales, y el segundo llegó incluso a ser juzgado por este motivo. Parece como si Seward estuviera tentado de ir más allá incluso que ellos, experimentando con un ser humano. <<

[95] Una vez más, los anhelos de los protagonistas de *Drácula* anticipan lo que habrá de suceder posteriormente. El doctor Seward pide una causa desinteresada a la que entregarse en cuerpo y alma, y como en «La pata de mono» de Jacobs va a ver cumplido su deseo, sin embargo, deberá pagar un terrible precio a cambio. <<

[96] Las notas tomadas por Stoker el 11 de agosto de 1890, mientras estaba en Whitby, indican: «día gris-el sol alto sobre el Kettleness-todo gris... gris roca terrosa... grises nubes tintadas con la luz del sol... todo vastedad-nubes apiladas y un «murmullo» sobre el mar-como un presagio-ocasionales siluetas oscuras en la playa-hombres como árboles que caminan». Como puede apreciarse, muchas de sus anotaciones pasaron a formar parte de la novela prácticamente palabra por palabra. <<

[97] Una referencia a la curación del ciego de Betsaida. Jesús saca al ciego del pueblo, le escupe en los ojos, le impone las manos y le pregunta si ve algo. «Él, alzando la vista, dijo: “Veo a los hombres, pues los veo como árboles, pero que andan» (Marcos 8, 22-26). Auerbach y Skal ven también en esta frase ecos de la marcha sobre Dunsinane de los soldados escudados tras las ramas arrancadas del bosque de Birnam. «Estando de centinela en la colina, he mirado del lado de Birnam y acto seguido me ha parecido que el bosque empezaba a moverse». *Macbeth*, acto V, escena V. <<

[98] A la hora de traducir este artículo he partido de una asunción indudablemente discutible, pero en cualquier caso lo suficientemente provocativa y a la vez verosímil como para incluirla aquí: que el autor del texto no es otro que la misma Mina Murray. En primer lugar, el artículo viene firmado por *a correspondent*, corresponsal en el sentido de persona que escribe un texto y lo manda por correo (Stoker siempre utiliza dicha palabra con la misma finalidad: véase el informe del doctor Hennessey al doctor Seward en el cap. XII o el recorte de *The Westminster Gazette* en el cap. XIII), y no por «nuestro corresponsal» como siempre se ha traducido (la palabra *our* no aparece por ninguna parte; sí lo hará más adelante, en el cap. XI, en otro recorte de prensa firmado, esta vez sí, por «nuestro entrevistador»). En segundo lugar, en el escrito no sólo aparecen varios detalles que en teoría sólo debería conocer Mina, sino que también refleja su fijación con el dialecto del lugar, los largos pasajes descriptivos y la vida marinera. Por último, cabe recordar la intención de Mina de emular a las damas periodistas y su empeño por practicar a la menor ocasión tanto la redacción como la entrevista. Que el texto no está escrito por un profesional resulta evidente al leer la frase que despide el artículo: «Enviaré, a tiempo para su siguiente número, más detalles sobre el barco abandonado que tan milagrosamente encontró el camino hasta puerto en mitad del temporal», que revela claramente su condición de informe enviado voluntariamente por algún emprendedor testigo presencial. <<

[99] Nombre que se les da ocasionalmente a los cirros debido a su forma de cintas largas, finas y ligeras. En cualquier caso, es mucho más habitual referirse a ellos como «colas de caballo». <<

[100] No resulta difícil identificar al señor Swales como el viejo pescador (ciertamente su anuncio de la llegada de la tormenta no podía ser más enfático) y como ya sabemos Mina habla todas las tardes con el guardacostas. <<

[101] Royal Academy of Arts y Royal Institute respectivamente. Ambas instituciones organizaban exposiciones anuales en mayo. <<

[102] La Enciclopedia Británica define un *coble* como «barca de pesca de fondo plano en la que el timón se extiende por debajo de la quilla, con una vela al tercio sobre un mástil inclinado». Un *mule* es un *coble* de popa puntiaguda. <<

[103] ¿Una referencia a Lucy? <<

[104] Versos de *La rima del anciano marinero*, oscuro y turbador poema de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). Después de que el marinero titular haya matado un albatros, el mar queda completamente en calma: «Día tras día, día tras día, permanecemos sin aliento ni movimiento; tan ociosos como un barco pintado, sobre un pintado océano». (11:116-118). Posteriormente, el barco será abordado por una especie de entidad no-muerta que supondrá la perdición de su tripulación. <<

[105] Nueva referencia a las conversaciones entre Mina y el señor Swales. <<

[106] Cosa digna de contar. <<

[107] En el original *thruff-steans*. Nuevamente, una expresión utilizada en exclusiva por el señor Swales que Mina ya recogió en el capítulo anterior. Por otra parte, la utilización de la expresión «como las llaman» en Whitby, indica que el autor del texto no es oriundo del lugar. <<

[108] La casa en la que se aloja Mina se encuentra precisamente cerca del acantilado oeste, y sin lugar a dudas ése habría sido su mejor punto de observación para contemplar los acontecimientos (volverá a utilizarlo en el siguiente capítulo, cuando intente localizar a la desaparecida Lucy). <<

[109] Legislación de origen medieval para la formación de patrimonios no enajenables, como comunidades y mayorazgos. Sería el caso, por

ejemplo, de los poseedores de una finca en quienes se perpetúa el dominio por no poder enajenarla. <<

[110] Referencia al poema *Casabianca*, de Felicia Hemans (1793-1835), en el que describe la patética muerte de un joven de 13 años que se niega a abandonar su puesto en la cubierta de un barco ardiendo mientras no se lo ordene su padre —ignorando que éste ha muerto—. El poema está basado en un hecho real acaecido durante la batalla de Albukir (1 de agosto de 1798), en la que Nelson destruyó la armada de Napoleón mientras aún estaba anclada. Louis Casabianca, padre del muchacho, prefirió —como buen corso— quemar su barco antes de permitir que cayera en poder de los ingleses. <<

[111] Por una parte, recuerda fonéticamente a *Dimitri*, nombre de la goleta rusa cuyo naufragio en Whitby inspiró a Stoker para este pasaje. Por otro, abunda en la serie de referencias literarias y culturales relacionadas con la muerte y los infiernos que Stoker va diseminando a lo largo del relato. En este caso, Deméter es la diosa griega de la fertilidad, cuya hija, Perséfone, es raptada por Hades, que la lleva al infierno para convertirla en su mujer. <<

[112] S.P.C.A.: Society for the Prevention of Cruelty to Animals. Equivalente británico de la Sociedad Protectora de Animales. <<

[113] Con un grano (de sal), es decir, con reservas. <<

[114] Palabra de origen persa. En Turquía, la India, Egipto y otros países, sinónimo de propina, gratificación o soborno. Un perfecto y muy apropiado equivalente, teniendo en cuenta las circunstancias, sería la expresión «mordida». <<

[115] Es decir, al mar Egeo. <<

[116] Cabo situado en el sudeste de Inglaterra, al sur de Margate y al norte de Ramsgate. <<

[117] En un principio podría parecer que esta entrada del diario de Mina negara por completo la teoría de que ella misma fuese la autora del artículo de *The Dailygraph*. De hecho, parece diseñada por Stoker (o por ella misma) precisamente con esa intención. Sin embargo, si atendemos a los detalles, veremos que no está describiendo la noche de la tormenta, sino la noche *siguiente*, es decir, la noche del 7 de agosto. Pero sabemos que la *Demeter* efectuó su entrada en el puerto la noche del 6 (la anterior entrada de Mina en su diario, fechada precisamente al atardecer del día 6, finaliza anunciando la inminente llegada de la tormenta). Si fuera necesario, un vistazo al calendario de 1893 nos aclara aún más la cronología. Según da a entender *The Dailygraph*, «el sábado por la tarde —refiriéndose al 5 de agosto de 1893, que efectivamente fue sábado— fue tan espléndido» que al día siguiente,

domingo 6, la zona se llenó de turistas. Poco antes de la medianoche de ese mismo día estalla la tormenta. Lo cual suscita una enorme duda: ¿por qué no escribe Mina absolutamente nada en su diario durante todo el día 7, saltándose e ignorando por completo precisamente el mayor y más llamativo acontecimiento de toda su estancia en Whitby? En buena lógica, la respuesta debería ser: porque estaba escribiendo su artículo para *The Dailygraph* (donde aparecerá publicado *al día siguiente*, 8 de agosto) en el que ya ha dejado debida constancia de todas sus experiencias e impresiones. <<

[118] En una nueva y sorprendentemente macabra muestra del irónico humor de Stoker, el señor Swales ha encontrado la muerte en la tumba del suicida Geordie Canon, un lugar que consideraba completamente seguro. <<

[119] La invención del término «nueva mujer» suele atribuirse a la novelista Sarah Grand (1854-1943), quien lo utilizó por primera vez en su novela feminista de 1893 *The Heavenly Twins*. Pronto empezó a utilizarse para definir a las mujeres de marcada individualidad e independencia, aunque en manos de ciertos autores el término adoptó una connotación negativa o burlesca mediante el que identificar a mujeres de «conducta sexual agresiva», sufragistas, fumadoras o cualquier otro rasgo que inquietara o incluso molestara al correcto varón Victoriano. <<

[120] Ludwig Spohr (1784-1859), compositor y violinista alemán. Sir Alexander Campbell MacKenzie (1847-1935), violinista y compositor escocés. Ambos muy populares a finales del XIX. <<

[121] Una libra, 17 chelines y 9 peniques. <<

[122] Una imagen muy potente, la del vampiro surcando los aires mientras chupa la sangre a su víctima, afortunadamente recuperada y hábilmente escenificada por Neil Jordán en su adaptación de *Entrevista con el vampiro* (1994). <<

[123] No se trata de una manifestación temprana del fenómeno *hooligan*, sino de una nueva referencia a *Hamlet* (acto V, escena I, versos 148-153):

HAMLET: ¿Y por qué le enviaron a Inglaterra?

GRACIOSO PRIMERO: ¿Por qué iba a ser? Porque está loco. Allí recobrará la razón, y si no lo hace, poco les va a importar en aquel país.

HAMLET: ¿Por qué?

GRACIOSO PRIMERO: Nadie lo notará, puesto que allí todos están tan locos como él. <<

[124] Seward se revela, en ésta y otras ocasiones, como uno de los personajes más clasistas de la novela. En este caso, parte para su razonamiento de Mateo 10, 29 («¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre») y Lucas 12, 6 («¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno de ellos está olvidado ante Dios»). <<

[125] El tricloro etanol hidratado, o hidrato de cloral, es un sedante utilizado en el tratamiento a corto plazo del insomnio y para aliviar la ansiedad. También se usa para mitigar el dolor postoperatorio y para tratar el síndrome de abstinencia del alcohol. <<

[126] A lo largo de la novela diversos personajes otorgan a Drácula una presencia divina e incluso le confunden con Dios. En ocasiones Stoker parece tratarlo más como a una antítesis divina, o a una especie de anticristo, que como a un simple vampiro. <<

[127] Famoso criminal conocido por sus múltiples fugas de prisiones, incluyendo la de Newgate en la que incluso le habían encadenado al suelo (1702-1724). <<

[128] Contrariamente a lo que en un principio nos había contado Stoker sobre que habían sido amigas de la infancia, Mina se revela ahora como tutora o maestra de Lucy. <<

[129] Esta carta debe de ser, con toda probabilidad, del 20 de agosto en vez del 30. En primer lugar, porque como veremos en la entrada de su diario del 24 de agosto, Lucy se encuentra de regreso en Hillingham, Londres, mientras que esta carta está escrita en Whitby. Por otra parte, aquí afirma tener muy buena salud, mientras que Seward afirma el día 31 de agosto que está pálida y demacrada (lo que no es de extrañar, ya que vuelve a encontrarse en el ámbito de influencia de Drácula, del que había escapado al abandonar éste Whitby en dirección a Carfax). Aunque lo más probable es que se trate de un fallo tipográfico, Stoker podría estar incluyendo errores a propósito con la intención de aumentar el verismo de la novela. Una posible explicación para su inclusión aquí, por ejemplo, podría ser que, a la hora de transcribirla — más adelante en el libro—, Mina haya podido interpretar automáticamente esta carta como una respuesta a su misiva del día 24, y por eso la haya colocado a continuación. <<

[130] Antiquísimo proverbio inglés que Seward asocia en este caso con el primer ministro y novelista Benjamín Disraeli (1804-1881), quien lo reinterpretó en su última novela, *Endymion*: «Lo que anticipamos raramente ocurre; lo que menos esperamos generalmente sucede» (Libro II, cap. 4). <<

[131] Teniendo en cuenta que, tal y como sabemos por el diario de Lucy, un murciélago estuvo rondando junto a su ventana la noche del 23, no es de extrañar que el doctor Seward atribuya un propósito concreto a este murciélago. <<

[132] Que se aloje en este hotel, probablemente el más lujoso y exclusivo de la época en Londres, da buena muestra de la categoría de Arthur Holmwood. Situado en la esquina entre Albemarle Street y Piccadilly, era el favorito de la realeza, la nobleza y la diplomacia. <<

[133] *A temper of the ice-brook* en el original (literalmente, «un temperamento de arroyo congelado»). Mediante esta expresión, Seward hace una oblicua cita a *Otelo*, acto V, escena II, versos 261-262, *I have another weapon in this chamber /It was a sword of Spain, the ice-brook's temper* («Tengo otra arma en esta habitación. Es una espada española, templada en agua helada»), jugando con dos significados de la palabra *temper*: temperamento y templar. <<

[134] Se refiere a los grandes almacenes Harrods, en aquel entonces uno de los lugares habituales de encuentro para la gente de posibles. <<

[135] Doctor en Medicina, Doctor en Filosofía, Doctor en Literatura, etc., etc. <<

[136] Muy conveniente para Van Helsing, puesto que estaba situado justo junto a la estación de ferrocarril de Liverpool Street, desde donde salía el tren que enlazaba con los *ferrys* a Holanda. <<

[137] Curiosamente, Van Helsing siempre habla un inglés más correcto cuando lo escribe el doctor Seward, quizá porque éste está menos obsesionado con los dialectos y las jergas que los Harker. <<

[138] Van Helsing hace aquí una astuta referencia a Lucas 8, 4-15 y a la parábola del sembrador, mediante la que Jesús compara la simiente y su crecimiento con la palabra de Dios y el modo en el que algunos la aceptan y otros la rechazan: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Van Helsing parece en este caso asumir una posición divina, desde la que exige a Seward que tenga fe en sus palabras; que aprenda a escuchar. Por otra parte, refuerza su discurso con una pequeña broma, utilizando la palabra espiga a la vez que le tira de la oreja (dos significados distintos de la misma palabra: *ear*). <<

[139] No por coincidencia, Van Helsing comparte algunos rasgos físicos con su oponente, Drácula. <<

[140] Desfibrinar: separar la fibrina, proteína que causa la coagulación de la sangre. Aunque la transfusión de sangre fuese un proceso conocido desde el siglo XVII, era tan sumamente peligroso que llegó a

ser prohibido en países como Francia, Inglaterra o Italia. Fue el descubrimiento y tipificación de los diferentes grupos sanguíneos por parte de Karl Landsteiner (1868-1943) lo que lo convirtió en un procedimiento viable. Dado que su primer trabajo al respecto data de 1901 y que no fue realmente aceptado por la comunidad médica hasta que en 1909 estableció la hoy conocida clasificación A, B, AB y O, lo más probable es que Van Helsing hubiera matado a Lucy con sus transfusiones indiscriminadas (a no ser, claro, que la mordedura del vampiro haya comenzado a cambiar ya su metabolismo haciéndolo receptivo a toda clase de sangre; es de suponer que un vampiro debería ser capaz de asimilar todos los tipos sanguíneos). <<

[141] Curiosamente, Van Helsing se expresa en alemán, cuando lo lógico sería que lo hiciera en neerlandés. *Gott in Himmel* quiere decir «Dios del cielo». <<

[142] Van Helsing comparte e incluso lleva un poco más allá la tesis de Sherlock Holmes: el proceso deductivo «parte de la suposición de que una vez se descarta lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad». «La aventura del soldado descolorido», *El archivo de Sherlock Holmes* (1927). <<

[143] Nueva referencia a la *Odisea*, concretamente al Canto IX y al paso de Ulises por la tierra de los Lotófagos, los comedores de la flor de loto, que provoca el olvido. «Marcharon enseguida y se encontraron con los Lotófagos. Éstos no decidieron matar a nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que de ellos comía el dulce fruto del loto ya no quería volver a informarnos ni regresar, sino que prefería quedarse allí con los Lotófagos, arrancando loto y olvidándose del regreso» (versos 91-95). <<

[144] El Leteo era el río (o lago) cuyas aguas bañaban los Campos Elíseos. Los muertos acudían a beber sus aguas, pues proporcionaban el olvido de sus vidas pasadas. La fuente de la eterna juventud fue buscada en vano por el conquistador español Juan Ponce de León (1460-1521), quien como fruto de sus exploraciones descubrió Florida, donde luego sería herido por los indios seminola que le obligaron a volver a Cuba, donde falleció. Tal y como indica Riquelme, los ejemplos de Van Helsing no resultan particularmente alentadores, puesto que ninguno sugiere la idea de un regreso feliz (o de recuperación, en este caso). <<

[145] Nueva alusión a *Hamlet* (acto V, escena I, versos 229-231), sólo que en esta ocasión Stoker sustituye *virgin rites* —o ritos virginales— por *virgin crants*, siendo *crant* una palabra arcaica para «guirnalda» y jugando así con el hecho de que Lucy lleva una guirnalda de flores de ajo puesta alrededor del cuello. Igual que sucedía en el caso de Desdémona, Ofelia fallece trágicamente. <<

[146] También Ofelia se despide con un: «Señoras, muy buenas noches. Buenas noches, dulces señoras. Buenas noches, buenas noches...». (*Hamlet* , acto IV, escena V, versos 71-72). <<

[147] Lujoso hotel (aunque no tanto como el Albermale) situado en la esquina de Berkeley Street, cerca de Piccadilly. <<

[148] La antinatural absorción de sangre por parte de Lucy, con cada vez menos consecuencias para su cuerpo, es muestra evidente del cambio que ha empezado a operarse en ella. <<

[149] El señor Bilder habla con un marcado acento *cockney* que el entrevistador transcribe literalmente. Así, Bersicker debe de ser la transcripción fonética del modo en el que Bilder pronuncia el auténtico nombre del lobo: *Berserker* (ver nota 34 en cap. III). <<

[150] Johann Christian Cari Jamrach (1815-1891), célebre tratante de animales de origen alemán. Se cambió el nombre por el de Charles Jamrach al nacionalizarse británico en 1856. <<

[151] Stoker o su anónimo entrevistador comete aquí un error; debería ser lupino, no vulpino. <<

[152] Nueva referencia del entrevistador a la parábola bíblica del hijo pródigo. Para celebrar el regreso de éste a casa, su padre ordena: «Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida: se había perdido y ha sido hallado» (Lucas 15, 23-24). <<

[153] «Pero cuidado con comer la sangre, porque la sangre es la vida, y no puedes comer la vida con la carne» (Deuteronomio 12, 23). Curiosamente, traducciones más recientes, como la de la nueva edición de *La Biblia de Jerusalén* , indican lo siguiente: «Pero cuidado con comer la sangre, porque la sangre es el alma, y no puedes comer el alma con la carne», que es precisamente el terrible dilema que se le presentará a Renfield en el cap. XX. <<

[154] A puerta cerrada. <<

[155] Nuevo error en la fecha. Tal y como dice Seward, está grabando la entrada en su diario a la una de la madrugada, por lo cual, aunque esté narrando hechos acontecidos el 19 de septiembre, la fecha correcta debería ser el 20. <<

[156] Doctor en Medicina, Miembro del Real Colegio de Cirujanos, Licenciado en Medicina por la Universidad del Rey y la Reina, Irlanda, etc. <<

[157] Mezcla de ron y agua. <<

[158] Great Walworth: barrio obrero de Southwark, suburbio del sur de Londres situado a unos 3 km. al sur de Waterloo. Bethnal Green: barrio obrero del este de Londres, colindante con Whitechapel. Soho: barrio del centro de Londres. <<

[159] Del poema «The Death-Bed, —de Thomas Hood (1799-1845). Otro poema de Hood—, The Dream of Eugene Aram», fue el que le recitó Henry Irving a Stoker al día siguiente de haberse conocido en diciembre de 1876, y cuya intensidad provocó en el futuro autor de *Drácula* «una especie de violento ataque de histeria». <<

[160] Capilla ardiente. <<

[161] Expresión extraída del poema «The Giaour», de lord Byron (1788 - 1824): *Decay's effacing fingers / Have swept the lines where beauty lingers* . Además, el poema contiene también la siguiente maldición proferida por un turco: «A la tierra como Vampiro / deberá regresar tu cadáver de su tumba expulsado: / para acechar espectralmente tu tierra nativa, / y chupar la sangre de todo tu linaje». <<

[162] El equivalente británico de nuestro Colegio de Abogados. <<

[163] Esquina de Hyde Park en la que se cruzan Piccadilly y Grovesnor Place. <<

[164] Se refiere al *Rotten Row* , paseo arenoso de aproximadamente 2 km. frecuentado por los jinetes, que recorre el extremo sur de Hyde Park. <<

[165] Coche ligero de dos plazas, cuatro ruedas y techo retraible. Llamado victoria en honor a la Reina Victoria. <<

[166] Célebre joyería londinense. <<

[167] Uno podría sospechar a partir de esta escena que el Conde se dedica a recorrer Londres buscando nuevas presas. Sin embargo, tanto Stoker como Van Helsing obvian por completo que pueda haber más víctimas aparte de Lucy. <<

[168] Fundada en el mismo año en el que transcurre la novela: 1893. Uno de los muchos detalles aportados por Stoker para hacer de *Drácula* una obra completamente enmarcada en el *zeitgeist* . <<

[169] Suburbio situado al norte de Londres. <<

[170] The Heath, o Hampstead Heath, es todavía hoy una especie de reliquia de tiempos pasados que el industrialismo no ha conseguido arrasar (aunque lo intentó); un auténtico trozo de bosque de 853 acres con varios lagos naturales que se diría trasplantado a la gran metrópoli. <<

[171] *Bloofer Lady* e n el original. La palabra *bloofer* no existe, sino que supuestamente es el modo en el que pronunciaría *beautiful* (bella, hermosa) un niño pequeño que aún no supiera hablar muy bien. Así describe también un niño a Lizzie Hexam, protagonista femenina de la novela *Nuestro mutuo amigo* , publicada entre 1864 y 1865 por Charles Dickens (1812-1870). Por otra parte, también los hay que se inclinan por pensar que *bloofer* se refiere en realidad a *bloody* (sangriento), algo que ciertamente encajaría mejor con la sarta de titulares sensacionalistas mencionados por el redactor al inicio del artículo, pero que quizá quede algo fuera de lugar en el resto del texto, de ahí que me haya inclinado por la primera opción. <<

[172] Un simpático homenaje de Stoker a una dama a la que conocía perfectamente en calidad de primera actriz del Lyceum y oponente escénica de Irving desde 1878 hasta 1903. <<

[173] En realidad no hay ninguna Shooter's Hill en Hampstead Heath, aunque sí en Greenwich. Es probable que parte de la geografía de este episodio, así como de la del siguiente, sea inventada o por lo menos esté veladamente disimulada por Stoker. De este modo, Shooter's Hill correspondería a Highgate West Hill, y el inexistente cementerio de Kingstead al St. John's Church o al Highgate Cemetery, en el que reposan celebridades victorianas como Karl Marx o Dante Gabriel Rossetti. <<

[174] Palabra por palabra, tal cual. <<

[175] Literalmente, a dos manos. <<

[176] Estación de tren cercana a los jardines de Kensington, en Londres. <<

[177] Ciudad de Cornualles, situada a unos 80 km. de Exeter ya 160 de Londres. <<

[178] Entre éstos podrían estar las cartas intercambiadas entre Drácula y el señor Hawkins que, según las notas de Stoker, eran el inicio previsto de la novela antes de que decidiera comenzar directamente con el viaje de Harker. <<

[179] Otra forma de llamar a la telequinesis, o capacidad de mover cuerpos con el pensamiento. <<

[180] Apariciones fantasmales. <<

[181] Jean-Martin Charcot (1825-1893), considerado por muchos el padre de la neurología moderna y auténtico maestro de la hipnosis con fines terapéuticos, recurso también adoptado por algunos de sus más famosos alumnos, como Alfred Binet y Sigmund Freud. Stoker llegó a conocerlo durante una visita que hizo al Lyceum. <<

[182] Charcot había fallecido el 16 de agosto, justo el mes anterior. <<

[183] Se refiere a Thomas Parr, un campesino del que se dice que llegó a vivir 152 años —no 169—, de 1483 a 1635, y que fue incluso presentado como fenómeno en la corte de Carlos I. También equivoca Van Helsing la cifra en lo que se refiere a Matusalén ya que, según la Biblia, «el total de los días de Matusalén fue de novecientos sesenta y nueve años» (Génesis 5, 27). <<

[184] Una probable referencia al capítulo XII de *Viaje alrededor del mundo siguiendo el Ecuador*, de Mark Twain (1835-1910), que aparece encabezado por la siguiente cita: «Hay quienes se burlan del colegial llamándole frívolo y superficial; sin embargo fue el colegial quien dijo «la fe es creer en aquello que sabes que no es así»». Twain atribuye dicha cita al ficticio *Nuevo Calendario de Pudd'nhead Wilson*, siendo este último el protagonista de otro libro suyo anterior: *La tragedia de Pudd'nhead Wilson* (1894). <<

[185] En el *Don Juan* de lord Byron, Don Alfonso irrumpe acompañado de sus criados en el dormitorio de su esposa, convencido de que ésta tiene un amante, «para demostrarse la cosa que más aborrecía». <<

[186] Una de las posadas más célebres de Hampstead Heath, situada en la parte oeste del parque. <<

[187] The Spaniards Inn, o la posada de los españoles, se encuentra a poco menos de un kilómetro al norte de Jack's Straw Castle, siguiendo la Spaniards Road. <<

[188] Palabra francesa que en castellano se suele traducir como «trato», si bien en inglés sirve para denominar la charla informal que precede a un encuentro formal. <<

[189] O bien Van Helsing está intentando justificar peregrinamente sus actos, confiando en que sus compañeros, como protestantes, no conozcan bien los estresijos del catolicismo (teniendo en cuenta los

actos del personaje y sus constantes quebrantamientos de la ley, uno tiende más a imaginarle robando la Hostia que siguiendo los cauces habituales), o probablemente Stoker confunde el concepto de indulgencia, ya que ésta es una remisión que hace la Iglesia de las penas debidas por los pecados ya cometidos, nunca por los que se puedan cometer. Por lo tanto, en caso de haber conseguido algún permiso para tan utilitario y probablemente sacrílego uso de la Sagrada Forma (cosa ya de por sí harto improbable) nunca habría sido una indulgencia. <<

[190] La Lucy vampírica es morena, en oposición a la rubia virtud de la Lucy virginal. <<

[191] En realidad, Stoker utiliza la expresión *bore her shape*, literalmente «llevaba puesta su forma», como si un demonio estuviera sirviéndose del cuerpo de la mujer como envoltorio carnal, un concepto retomado y hábilmente expandido en la serie *Buffy the Vampire Slayer*. <<

[192] Es decir, entre 5 y 8 cm. de circunferencia y unos 90 cm. de largo. <<

[193] Sin embargo, al margen de Lucy, no conocemos a ninguna otra víctima de Drácula que se haya convertido en vampiro. A pesar de las apocalípticas palabras de Van Helsing, los casi dos meses de estancia del Conde en Inglaterra apenas han tenido consecuencias. <<

[194] Referencia de Van Helsing a Lucas 9, 62: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios». <<

[195] Calle en la que se encuentra la Liverpool Street Station, gran estación ferroviaria situada en el centro de Londres. <<

[196] En Fenchurch Street estaba localizada la estación de los Blackwall Railways, encargada de comunicar los barrios situados en la ribera norte del Támesis hasta la altura de Shoeburyness, incluyendo, por tanto, Purfleet. <<

[197] Ver nota 50 en pág. 108. <<

[198] Después de los hechos. De manera retroactiva. <<

[199] En un alarde de auténtico modernismo, Stoker no sólo lleva a su último extremo la novela epistolar —con precedentes tan ilustres como el de Jean-Jacques Rousseau con *La nueva Eloísa* (1761), Pierre Choderlos de Laclos con *Las amistades peligrosas* (1782) y, sobre todo, el Wilkie Collins de *La dama de blanco*, una influencia inapelable en el autor de *Drácula* —, sino que además dinamita por completo las estructuras narrativas clásicas, alternando diferentes tipos de medios y

lenguajes, rompiendo la cronología (esta entrada de Harker, por ejemplo, es anterior en el tiempo a la de Seward que hemos leído justo antes), prescindiendo absolutamente de un narrador omnisciente que revele la auténtica naturaleza de los hechos (es la yuxtaposición de los documentos la que nos permite conocer lo ocurrido... o más bien *una versión* de lo ocurrido), e incluso introduciendo un (para la época) inusitado juego metalingüístico: como podemos ver aquí, los protagonistas de la obra no sólo se limitan a ser los autores de los documentos que forman la misma, sino que además se encargan personalmente de su transcripción e incluso de su ordenación, eligiendo de este modo qué datos darnos a conocer. Por si eso fuera poco, el lector va a poder asistir, a partir de este momento, al proceso de construcción del resto de la novela, al mismo tiempo que todo lo escrito hasta ahora pasa a formar parte física de la misma (obsérvese la cantidad de referencias al grosor del fajo de papeles, al número de copias que se manejan, a los documentos que se destruyen... incluso a los documentos que se eligen dar o no a conocer, ya no al lector, sino entre los mismos personajes). <<

[200] *Noncausae* : errores de relación de causa y efecto. *Ignoratio elenchi* : ignorancia de los cargos. <<

[201] Varios tónicos Victorianos se hicieron eco de esta cita bíblica. Según Wolf, Renfield podría estar refiriéndose a Hughes Blood Pills, pero es más probable que esté aludiendo a Clarke's World-Famed Blood Mixture, producto que utilizaba dicha frase como eslogan. Ambas afirmaban revitalizar el cuerpo purificando la sangre. Ver pág. 433. <<

[202] Una oblicua referencia al hecho de que Mina pudiera estar embarazada, inspiración para pastiches como *La voz de Drácula* , de Fred Saberhagen. <<

[203] A pesar de que Seward acaba de indicar que la reunión va a ser a las nueve, Mina afirma ahora que comenzó dos horas después de la cena (es decir, a las ocho), un detalle tan absurdo que casi se diría deliberado por parte de Stoker para llamar la atención sobre este fallo de cronología. <<

[204] En realidad, la palabra *nosferatu* , de la que tomo su título la espléndida adaptación no oficial de *Drácula* dirigida por F. W. Murnau en 1922, no existe. Stoker se topó con ella en el libro de Emily Gerard, *The Land Beyond the Forest* , y podría tratarse de una mala interpretación de la autora de la palabra *necurat* , eufemismo rumano para referirse a espíritus malignos en general y al diablo en particular. <<

[205] Una afirmación cuando menos contradictoria, teniendo en cuenta el trío de vampiras del castillo, que siempre depredan en grupo. <<

[206] También Gerard recoge en su libro la costumbre de los rumanos de poner una rama de rosal silvestre sobre sus muertos para evitar que puedan levantarse. <<

[207] Stoker recogió en sus notas preparatorias más características del vampiro que al final no llegaron a aparecer en la novela, como por ejemplo la «insensibilidad a la música» o que «los pintores no pueden retratarle, no consiguen plasmar el parecido». <<

[208] Homenaje de Stoker al profesor Ármin Vámbéry (1831-1913), al que conoció en Londres el 30 de abril de 1890 en la *beefiteak room* o habitación del bistec del Lyceum, en la que Irving solía agasajar a los invitados de renombre con succulentas y prolongadas cenas. Fue profesor de lenguas orientales en la Universidad de Budapest y aventurero célebre en media Europa gracias a un buen número de libros en los que describía sus viajes (igual que *sir* Richard Burton, recorrió Oriente —principalmente Armenia y Persia— disfrazado de nativo). <<

[209] Traducción literal de *Transilvania* . <<

[210] Curiosamente, en ningún momento se nos da ninguna explicación sobre cómo se convirtió Drácula en vampiro (si bien más adelante Van Helsing especula que las «anomalías geológicas y químicas» propias de Transilvania, combinadas con las fuerzas ocultas, «favorecen la vida de un modo extraño»). Marv Wolfman, responsable junto al excelente y siempre sugerente dibujante Gene Colan de la mejor y más prolongada incursión de Drácula en el mundo de las viñetas (los 70 números de la colección *Tomb of Dracula* , editada por Marvel Comics entre septiembre de 1972 y agosto de 1979) creó un curioso origen para el personaje en otra publicación de la misma casa, el magazine *Dracula Lives!* (concretamente en el nº 2, aparecido en 1973). En él, Drácula resultaba gravemente herido en el campo de batalla —luchando, cómo no, contra los turcos— y era entregado a los cuidados de una bruja gitana que resultaba ser una *striga* , o bruja vampiro, que decidía vengar el dolor causado a su pueblo por el voivoda condenándole a la inmortalidad. <<

[211] Otra de las leyendas tomadas por Stoker del libro de Gerard. La Escoliomancia es una escuela en la que «los secretos de la naturaleza, el lenguaje de los animales y todos los sortilegios mágicos son enseñados por el diablo en persona; —sólo diez discípulos eran admitidos en cada ocasión y, cuando el curso terminaba—, nueve regresaban a sus casas y el décimo era retenido por el diablo como pago» por sus impías enseñanzas. Sabiendo esto, cabe preguntarse si todos los vampiros son capaces de controlar ciertos animales, o sólo el Conde puede hacerlo al haber aprendido su lenguaje en la Escoliomancia. Gerard añade también que las riberas del lago estaban pobladas por los descendientes de los niños que habían abandonado Hamelín siguiendo al famoso flautista. <<

[212] Conde Wampyr era el nombre elegido en un principio por Stoker para su nefando personaje. Afortunadamente, cambió de opinión tras leer el libro de William Wilkinson. <<

[213] Sin embargo, contradictoriamente, sí puede hacerlo en las tumbas no consagradas de los suicidas. <<

[214] Exclusivo club londinense de ambiente literario situado en St. James Square. <<

[215] Famosa y elegante carrera de caballos fundada en 1870 por el doceavo Earl de Derby. Se celebra anualmente en la localidad de Epsom. <<

[216] Texas pasó a formar parte de la Unión de Estados Americanos en 1845. <<

[217] Doctrina adoptada en 1823 por el quinto presidente de Estados Unidos, James Monroe, con la intención de definir la esfera de influencia de Estados Unidos, afirmando su propósito de no interferir en los asuntos internos de los países europeos y advirtiéndoles a estos que el gobierno estadounidense no toleraría el establecimiento de nuevas colonias europeas en el continente americano, ni interferencias en los asuntos internos de los países del hemisferio oeste. <<

[218] Es decir, forense, otra especialidad de Seward que hasta ahora desconocíamos. <<

[219] En realidad, Renfield utilizó un cuchillo. <<

[220] «En tus manos, Señor». A la vez que Van Helsing cita la Pasión de Cristo («Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu»», Lucas 23, 6), Stoker aprovecha para recordar uno de los mayores éxitos de la carrera de Irving, *Beckett*, de Tennyson (adaptada e interpretada por el histrión en 1892), cuyas últimas frases eran: «¡En tus manos, oh, Señor! ¡En tus manos!». <<

[221] Abreviación de la locución latina *a particulari ad universale*, de lo particular a lo universal. Es decir, generalizando o extrapolando a partir de una única experiencia. <<

[222] Otra escena descartada que sí recogía, sin embargo, la película de Coppola, en la que Harker, antes de su viaje a Transilvania, se despedía de Mina en Londres. <<

[223] «Yahvé marchaba delante de ellos: de día en columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego, para

alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche» (Exodo 13, 21-22). Como Renfield, también Mina toma a Drácula por una manifestación divina. Por otra parte, la permanencia constante de Yahvé junto a los israelitas parece presagiar el modo en el que, una vez mordida por el vampiro, Mina va a quedar perpetuamente unida a él. <<

[224] Mile End New Town: barrio situado al este de Londres, como una extensión de Whitechapel. Bermondsey: barrio portuario situado en la ribera sur del Támesis, al sudeste del puente de la Torre. <<

[225] El casco antiguo de Londres, que comprende toda la zona en su día protegida tras las murallas durante la Edad Media. <<

[226] La liebre y los sabuesos. <<

[227] Uno de los significados de *court* es el de callejón, generalmente sin salida. <<

[228] Barrio portuario e industrial del East End, situado en la ribera norte del Támesis y cercano a los muelles de Limehouse. <<

[229] La famosa plaza circular de la que parten varias de las calles más importantes de Londres: Piccadilly, Regent, Haymarket, Coventry y Shaftesbury Avenue. <<

[230] Club político conservador. <<

[231] En el original, *mews* : espacios abiertos, situados detrás de las mansiones, en los que los señores aparcaban los coches y tenían sus caballerizas. <<

[232] Cadena de teterías que aún hoy sigue funcionando. <<

[233] El pomposo personaje de la comedia *Noche de Reyes* , de William Shakespeare. Creyendo engañado que su ama Olivia está enamorada de él, Malvolio, el mayordomo, se presenta ante ella con una satisfecha sonrisa burlona. <<

[234] En griego, *psyché* tiene el significado tanto de alma como de mariposa. Además, es la raíz de la palabra inglesa *psychic* , que Renfield acaba de utilizar en la frase anterior. <<

[235] «Henoc tenía sesenta y cinco años cuando engendró a Matusalén. Henoc anduvo con Dios; vivió, después de engendrar a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Henoc

fue de trescientos sesenta y cinco años. Henoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó» (Génesis 5, 21-24). El comentario de Renfield puede reflejar, por una parte, su ansia por alcanzar la inmortalidad o, por lo menos, una longevidad paralela a la de la estirpe de Henoc (su padre, Yéred, vivió 962 años; casi los mismos que su hijo Matusalén). Por otra parte, se trata de un nuevo y, en cierto modo, atrevido paralelismo entre la figura de Dios y la de Drácula, de los cuales, como hemos visto, hay varios en la novela. En último lugar, podría incluso poner de manifiesto la esperanza de Renfield de ganar su libertad con la ayuda de Drácula («desapareció porque Dios se lo llevó»), si bien siguiendo el paralelismo al pie de la letra podría tratarse de una nueva muestra de la macabra ironía de Stoker, que estaría así anticipando el destino del lunático. <<

[236] Una nueva referencia a *Hamlet*. «Debo ser cruel sólo para ser bueno. Así empieza lo malo, y lo peor está por llegar» (acto III, escena IV, versos 176-177). Una vez más, el contexto que acompaña a la referencia no podría ser más ominoso. <<

[237] *El Rey Lear*, acto III, escena IV, verso 142. <<

[238] La pronunciación inglesa del nombre De Ville es muy similar a la de la palabra *devil*, diablo; es decir, el mismo significado que tiene la palabra *drácula* en valaco, algo que podría deberse, sencillamente, a una característica falta de sutileza por parte de Stoker, pero que quizá pueda tener un significado más oculto y sugerente. En *Carmilla*, el relato de Sheridan Le Fanu, la vampira homónima reaparece en varias ocasiones con diferentes nombres anagramáticos, como Millarca o Mircalla. Aquí, Drácula, en vez de servirse de otro anagrama (como, por ejemplo, Alucard —utilizado por Lon Chaney Jr. en la película de la Universal *El hijo de Drácula*—), juega con la fonética y los significados. ¿No podría ser que, quizá en contrapartida por su falta de reflejo en los espejos o por su capacidad para acechar desapercibidos, los vampiros sean incapaces de cambiar de nombre, y estén limitados a recurrir a este tipo de maniobras cada vez que necesitan un sosias? <<

[239] *Death-watch* en el original. Aunque algunos estudiosos y traductores le otorgan a esta palabra su significado medieval de «patrullas de la muerte» (patrullas que recorrían las calles con un carro para recoger a los muertos de la peste), dicha referencia parece un poco fuera de lugar en este caso. Seward debe estar refiriéndose, con toda probabilidad, al *Xestobium rufovillosum*, coleóptero xilófago también llamado «escarabajo del reloj de la muerte» (*death-watch beetle* en los países anglosajones), que produce un ruido parecido al tic-tac de un reloj. Tradicionalmente, en Inglaterra se pensaba que el sonido de dicho escarabajo era un presagio de muerte. <<

[240] Por una vez, Drácula se aparta de los símiles divinos para adoptar su papel de diablo en esta recreación de las tentaciones de Jesús en el desierto: «De nuevo le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le

muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: “Todo esto te daré si postrándote me adoras”» (Mateo 4, 8-9. Véase también Lucas 4, 5-7). <<

[241] Curiosamente, la crisis es tan tremenda como para dejar al pobre Renfield morir solo en su celda, pero no para irrumpir en el cuarto de un matrimonio que puede estar en peligro. Contradicciones de la moral victoriana. <<

[242] Más recursos teatrales de Stoker. Las vestimentas de los personajes parecen pensadas para que puedan ser identificados a primera vista desde la última fila de la platea. <<

[243] «El afectado por la lepra llevará la ropa rasgada y desgredada la cabeza, se tapará hasta el bigote e irá gritando “¡Impuro, impuro!”. Todo el tiempo que le dure la llaga, quedará impuro» (Levítico 13, 45-46). <<

[244] Un duro golpe para la credibilidad del relato, ya que, debido a la desaparición de los documentos reales, poca justificación van a poder esgrimir nuestros cazavampiros a partir de ahora. <<

[245] La impresión ha sido tan fuerte que Mina ha debido olvidar que vio a Drácula en la calle, en el cap. XIII, pág. 307. <<

[246] Drácula vuelve a expresarse en términos bíblicos: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada» (Génesis 2, 23). <<

[247] Un equivalente podría ser nuestro «vísteme despacio que tengo prisa». <<

[248] En inglés, *to stop the earths*, literalmente «detener la tierra». Se refiere a la costumbre de taponar las madrigueras de los zorros antes de darles caza para que no puedan refugiarse en ellas. <<

[249] Ver nota 243 en el capítulo anterior, pág. 473. <<

[250] Ver nota 162 en pág. 306. <<

[251] Apresúrate despacio; lema del emperador Augusto, según cuenta Suetonio en *Vida de los doce césares*. <<

[252] Fíjense bien, dense cuenta. <<

[253] Enorme cuchillo o machete curvado, más ancho en la punta que en el mango y normalmente con el filo en el lado cóncavo, utilizado por los

temibles gorkas (o etnia guerrera) del Nepal, que lucharon como mercenarios junto a las fuerzas coloniales británicas en la India. Suele medir unos 30 cm. (a excepción de los kukris ceremoniales o *konras*, que necesariamente deben tener grandes dimensiones y un corte muy afilado para poder seccionar de un solo golpe la cabeza del búfalo en ciertos rituales), y desciende de los célebres *kopis* griegos, llevados hasta Nepal por Alejandro Magno. Curiosamente, Harker se ha hecho con un arma oriental para luchar contra el enemigo venido de Oriente. <<

[254] La sorprendente fluidez con la que Mina se expresa en términos marineros podría ser una consecuencia de sus experiencias e investigaciones en Whitby. <<

[255] En el original, *Tally Ho!*: grito lanzado por el cazador para avivar a la jauría en el momento de avistar la presa. <<

[256] Alusión a Daniel 5, 4-5: «Y mientras bebían vino, alababan a sus dioses de oro y plata, de bronce y hierro, de madera y piedra. De repente aparecieron unos dedos de mano humana que se pusieron a escribir frente al candelabro, en la cal del muro del palacio real, y el rey vio el trozo de mano que escribía». <<

[257] En francés, doble sentido. Van Helsing está haciendo un juego de palabras al utilizar la palabra *earthwork*, literalmente terraplén o, en sentido militar, barricada de tierra creada artificialmente (de ahí que haya optado por traducirlo como «trinchera», un término quizá más apropiado en este contexto), en lugar de *earth-box*, caja de tierra. <<

[258] Nuevo fallo de cronología. Esta entrada debería ser del 4 de octubre, ya que Van Helsing está dando a conocer el resultado de las investigaciones *del día*, y como sabemos por el diario de Jonathan Harker, dichas investigaciones se han llevado a cabo en la mañana del 4. <<

[259] «Todo lo desconocido resulta prodigioso». Tácito, *Agrícola* 30:4. <<

[260] Famosa compañía aseguradora de navíos. Lloyd's mantenía un registro de todos los barcos, tanto ingleses como extranjeros, asegurados por la empresa, y además publicaba una lista diaria con los movimientos de todos ellos. <<

[261] Uno de los puertos más importantes del Mar Negro. Perteneció al imperio turco entre 1391 y 1878, cuando fue cedido a Bulgaria. <<

[262] La falta de familiaridad de Van Helsing con el habla vulgar británica le lleva a confundir aquí los significados de las palabras

bloody y *blooming* , que toma en su sentido literal de «sangriento» y «floreciente», a pesar de que los estibadores las estén usando en sus acepciones de «maldito» y «condenado». <<

[263] Si la entrada de Mina fuera realmente del día 5, Van Helsing debería decir aquí «anteayer», refiriéndose al día 3, que es cuando sabemos que huyó el Conde. <<

[264] Ver nota 262 y téngase en cuenta durante todo el parlamento del profesor. <<

[265] «Si pasas por las mieses de tu prójimo, podrás coger espigas con la mano, pero no meterás la hoz en la mies de tu prójimo» (Deuteronomio 23, 25). <<

[266] Van Helsing contradice ligeramente, no por primera y última vez, sus propias explicaciones. ¿Por qué no va a poder ningún otro vampiro repetir la hazaña del Conde? ¿Por qué se ha dado una conjunción de maravillas sobrenaturales en su caso, entre las que ahora se cuenta incluso la misma esencia de su tierra transilvana? ¿Se trata realmente de un hombre excepcional o únicamente debe sus éxitos a fuerzas sobrenaturales más allá de su control? <<

[267] Alcaloides tóxicos que se producen durante el proceso de putrefacción de las proteínas animales y vegetales. Antiguamente se pensaba que eran el origen del envenenamiento sanguíneo, como parece indicar aquí el doctor Seward. <<

[268] Como bien indican Auerbach y Skal, los personajes masculinos de *Drácula* tienen un constante dilema propiamente Victoriano sobre si incluir o no a Mina como miembro de pleno derecho en sus actividades. Por una parte admiran sus recursos y su iniciativa, pero por otra no pueden dejar de pensar que son impropias de una mujer e intentan ponerles freno. <<

[269] Rifles de repetición producidos por la Winchester Repeating Arms Company a partir de 1866. <<

[270] Ciudad rusa situada en el extremo oeste de Siberia, a orillas del río Irtysh. Fue la vía de comunicación y el centro comercial más importante de la zona hasta la construcción del Transiberiano a lo largo de la década de los años noventa del siglo XIX, que favoreció a Omsk, situada más al sur. <<

[271] En realidad fue anteayer; es decir, el día 4 (ver pág. 513). <<

[272] Obligación en la cual se encuentran ciertos herederos forzosos que concurren con otros a una sucesión de aportar a la masa hereditaria

determinadas liberalidades recibidas del causante antes de la muerte de éste, para que los otros herederos participen de ellas proporcionalmente. <<

[273] Una de las más importantes estaciones de tren londinenses, cercana a Trafalgar Square. <<

[274] Célebre y lujosa línea férrea que unía París con Estambul, inaugurada en 1883 e inmortalizada en la novela de Agatha Christie, *Asesinato en el Orient Express* (1934). <<

[275] Su Majestad Británica. <<

[276] Nuevo error en la cronología. Teniendo en cuenta que el telegrama informando del paso del *Zarina Catalina* por los Dardanelos ha llegado el día 24, y que se supone que el barco va a llegar a Varna en 24 horas, resulta evidente que esta entrada está escrita en la noche del 24, pues Seward anuncia que esperan que la llegada a puerto del barco se produzca al día siguiente. En caso de estar escrita el día 25, como indica Stoker, estarían esperando su llegada el día 26, lo cual no tiene ningún sentido y es inconsistente con la siguiente entrada. <<

[277] Nombre alemán de la actual Galad, ciudad rumana con puerto en el Danubio, situada a unos 150 km. del Mar Negro y a 195 km. al noroeste de Bucarest. <<

[278] Movimiento filosófico y literario de inspiración kantiana surgido en Nueva Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX, representado por autores como Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Margaret Fuller o Bronson Alcott. El trascendentalismo se oponía a la idea de que el hombre necesite de un intermediario para entrar en contacto con lo divino, por lo que criticaba la religión organizada. También defendía el sufragio femenino, la mejora de las condiciones de los trabajadores y la libertad de los esclavos. Influyó fuertemente en Walt Whitman, uno de los héroes literarios de Stoker. <<

[279] ¿Por qué enviar al único americano a hablar precisamente con el vicecónsul británico? <<

[280] Ver nota 221 en pág. 428 <<

[281] La frase completa es *δοξ μοι που στω και κινω την γην* (dos moi pou sto kai kino ten gen). En teoría fue la frase con la que Arquímedes (287-212 a. C.) formuló el principio de la palanca ante Hiero, rey de Siracusa, al desencallar mediante un sistema de poleas la nave favorita de éste, la *Syrakosia* . <<

[282] Max Nordau (1849-1923), médico húngaro, destacado sionista y autor de varios y polémicos libros, entre ellos *Mentiras convencionales de la sociedad* (1883), en el que atacaba el egoísmo, la irracionalidad y el nihilismo como los peores males de la sociedad, y *Degeneración* (1893), en el que afirmaba que el hombre civilizado estaba degenerando intelectualmente y por lo tanto también físicamente (ya que para él un aspecto era consecuencia del otro), y que la era moderna estaba sumida en la decadencia y la confusión. Cesare Lombroso (1835-1909), criminólogo y antropólogo italiano, integrante junto a Enrico Ferri y Raffaele Garofalo de la *scuola positiva italiana*, desarrolló en libros como *El hombre delincuente* (1876) su teoría de que el criminal pertenecía a un estado evolutivo inferior al del ser humano normal, derivado de un desarrollo embrionario incompleto, y que estaba genéticamente predeterminado al crimen. Al igual que Nordau, creía que su degeneración moral iba acompañada de unos rasgos físicos bestiales y de un acentuado infantilismo. No deja de ser curioso que Mina cite a Lombroso teniendo en cuenta que en su tratado *La mujer delincuente, la prostituta y la mujer normal*, éste afirmaba que la mujer ocupa un lugar inferior en la escala evolutiva. Van Helsing, sin embargo, sí parece ser un ávido seguidor de las teorías de Lombroso, no sólo por su convencimiento del «infantilismo cerebral» de Drácula, sino incluso en su apreciación por las habilidades de su querida *madam* Mina, de la que afirma repetidas veces que «tiene un cerebro de hombre». <<

[283] «Como», «en cuanto que». <<

[284] Una imagen recurrente en los Salmos. Por ejemplo: «Cavó una fosa, cavó bien hondo, mas cayó en el hoyo que él abrió (7, —16). O—: Tendieron una red a mis pasos, mi cuello se doblegaba; una fosa cavaron ante mí, ¡cayeron ellos dentro!» (57, 7). Ver también Salmos 9,16; 69, 23 y 141, 10. <<

[285] Se refiere al teatro Adelphi, especializado en farsas y melodramas... no muy sofisticados. A pesar de que Stoker debía de considerar al Adelphi como un teatro inferior al Lyceum, Harker se sirve de los mismos tópicos antisemitas. <<

[286] A pesar de que Leonard Wolf sugiere que la máquina portátil utilizada por Mina pudiera ser la, para la época, manejable Columbia Index 2, producida a partir de 1885 por la Columbia Type Writer Company de Nueva York, parecería más razonable pensar que se tratase de la Blickensderfer 5, creada en 1891 por George Blickensderfer (1850-1917) y comercializada masivamente en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Alemania a partir de 1893. No sólo era la más ligera del mercado, sino que su éxito fue muy superior a la Columbia. Por otra parte, incidiría en la tendencia de Stoker a incluir referencias lo más contemporáneas posibles al año en el que transcurre la novela (como el fallecimiento de Charcot o el uso de *The Westminster Gazette*; ver notas 168 y 182, en págs. 314 y 338). <<

[287] En realidad fueron unas mujeres quienes lo gritaron. <<

[288] El Prut nace en la parte ucraniana de los Cárpatos y es afluente del Danubio, con el que se une a la altura de Reni, una ciudad cercana a Galati. El Seret, o Siretul (Seret es el nombre ucraniano), nace también en los Cárpatos para ir a unirse al Danubio en Galati. <<

[289] En este caso Stoker confunde la geografía. Efectivamente, el Bistrita es tributario del Seret, sin embargo, se le une a la altura de Bacáu, no de Fundu. Por otra parte, la comuna de Fundu-Moldovei está situada en el paralelo 47 y puede alcanzarse fluvialmente siguiendo otro tributario del Seret, el Moldova. Teniendo en cuenta que Jonathan Harker comenta «que el lugar elegido por el Conde para desembarcar y dirigirse a los Cárpatos estará en torno a los 47 grados, latitud norte», lo más lógico sería tomar el Moldova en vez del Bistrita. <<

[290] 145 km. a través de los Cárpatos separan Veresti del paso de Borgo. <<

[291] Conjunto de vías navegables situado en Norfolk, en el sudeste de Inglaterra. <<

[292] Se trata del Bistrita moldavo, no del Bistrita transilvano que pasa por Bistritz. <<

[293] En francés, «animada». Sin embargo, Van Helsing ha utilizado la palabra en masculino. La forma correcta sería *vive* . <<

[294] Un detalle de cierta importancia para la escena final eliminada por Stoker, en el que sin embargo Harker no había reparado. <<

[295] Evidentemente, se refiere al modo en el que todos los miembros masculinos del grupo de cazavampiros aman y protegen a Mina Harker. Quizá lo rebuscado de la frase haya motivado que la mayoría de traductores opten por una solución del estilo de «el mismo instinto masculino, que llama a los de mi sexo a amar y proteger a las del suyo», como si todos los hombres fueran igual de nobles y todas las mujeres igual de dignas de amor y protección, un sentimiento loable pero que no se corresponde con la intención de Van Helsing. <<

[296] Curiosamente, Van Helsing, cuya mujer está en coma vegetativo, muerta para él «pero viva para la iglesia», aplica una suerte de eutanasia a estas muertas vivientes, en el momento en el que están sumidas en su «coma» diurno. <<

[297] Brutal cuchillo de caza con una hoja de unos 35 cm. de largo y 7 cm. de alto, popularizado por el aventurero Jim Bowie, fallecido en el asedio de El Álamo en 1836. <<

[298] A pesar de todo lo dicho anteriormente, Drácula parece por medios puramente físicos y muy remotamente emparentados con el ritual necesario para su destrucción, suscitando numerosos interrogantes. <<

[299] Originalmente, a esta frase le seguía otro párrafo del que Stoker decidió prescindir en última instancia, en el que describía la destrucción del castillo de Drácula. Ver pág. 642. <<

[300] Tal y como él mismo había anunciado en el cap. XXIV, Quincey Morris destruye al monstruo «aunque hubiera mil hombres mirando y aunque deba ser aniquilado por ello inmediatamente después». <<

[1] Los asesinatos de Jack el Destripador tuvieron lugar en el año 1888, principalmente en el barrio de Whitechapel. Stoker debía de ser plenamente consciente de la resonancia que tendría entre sus lectores el situar una de las casas de Drácula en Mile End New Town (ver pág. 439), una extensión de Whitechapel contemplada con recelo por los habitantes de la clase media londinense debido a su alto índice de inmigración —principalmente venida de los países del este— y sus altas tasas de criminalidad, atribuidas en gran medida por los británicos al «barbarismo de los extranjeros» que gradualmente se estaban haciendo con un hueco cada vez mayor en el East End. Stoker pone aquí de manifiesto con sorprendente candor sus arraigados prejuicios raciales, sin duda uno de los principales motores de la trama de la novela, asociando a Jack el Destripador y a Drácula con «el peligro extranjero». Si bien no hay en la novela ninguna referencia directa a los crímenes de Whitechapel, las connotaciones eran evidentes. Un reseñista del semanario *The Stage*, por ejemplo, comentaba a propósito de *Drácula*: «El señor Bram Stoker aborda, *mutatis mutandis*, los recientes y tristemente célebres asesinatos de mujeres en Londres». <<

[2] *Hamlet*, acto I, escena V, versos 166-177: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que tu filosofía pudo soñar». <<

[3] Ver *Drácula: Sense and Nonsense*, de Elizabeth Miller. <<

[4] El personaje de Aronson acabaría convirtiéndose en el de Peter Hawkins, a cuyo entierro, recordemos, acude un representante enviado por el presidente de la Incorporated Law Society. <<

[5] Otro de los muchos elementos eliminados a los que, no obstante, se hace referencia en la versión definitiva de *Drácula* (ver pág. 434). Como bien señala Christopher Frayling en *Vampyres: lord Byron To Count*

Drácula , el 16 de abril de 1893 fue domingo, lo que podría indicar un error por parte de Stoker o, sencillamente, reforzar la más que probable noción de que Mina trabajara en un internado. <<

[6] Es muy posible que Stoker elaborara este calendario a finales de 1892 o a principios de 1893, lo que explicaría por qué los acontecimientos de la novela transcurren en este último año. <<

[7] Ver nota 13 en pág. 69. <<

[8] Casi se diría que la intención del lobo no es tanto agredir a Jonathan como, muy al contrario, protegerle y asegurarse de que es localizado por los soldados. Después de todo, *Drácula* todavía necesita de sus servicios y no sería de extrañar que tuviera más de un modo de asegurar su llegada sano y salvo al castillo. <<

[9] Según recoge David J. Skal en su libro *Hollywood Gothic* , «supuestamente, el escritor americano Roger Sherman Hoar afirmó que Stoker le había contado “que planeaba traer a *Drácula* a América en una historia diferente”». <<

[10] Esta última reseña hace referencia a la edición americana de *Drácula* , publicada por Doubleday & McClure Co. en 1899, dos años después de que hubiera aparecido en Inglaterra. <<

[11] Stoker se refiere al ensayo *Transylvanian Superstitions* . Ver apéndice VIII. <<

[12] En realidad, *El libro de los hombres lobo. Información sobre una superstición terrible* . <<

[13] *El País del Ocaso y otros cuentos inquietantes para niños* . Valdemar, col. El Club Diógenes, 179. Traducción de José Luis Moreno-Ruiz. <<

[14] Se refiere al Diamond Jubilee, o celebración de los cincuenta años de reinado de la Reina Victoria, celebrado el 22 de junio de 1897. Más de 50.000 soldados llegados de todas las colonias del Imperio Británico desfilaron en su honor. <<

[15] Cotton Mather (1663-1728), célebre puritano de Nueva Inglaterra, pastor de la Old North Church de Boston y fanático convencido de la existencia de la brujería, a cuya prevención y erradicación dedicó varios de sus 382 libros. Jugó un papel decisivo en los juicios de Salem, pues, aunque no participó directamente en ellos, era amigo personal de tres de los cinco jueces, quienes además eran miembros de su parroquia y a los que aconsejó. Posteriormente, escribiría un libro acerca de tan

nefasto incidente: *Wonders of the Invisible World* , en el que intentó minimizar su participación en los mismos. <<

[16] Al igual que Stoker, el anónimo redactor de este artículo comete un ligero error. Aunque es cierto que algunas especies de falsos murciélagos vampiros alcanzan una envergadura de entre 40 y 60 cm., el auténtico vampiro, el *desmodus rotundus* , mide entre 16 y 18 cm. <<

